
Lo que
EL MULTIMILLONARIO
DEJÓ ATRÁS
ABANDONADA, EMBARAZADA y
ATADA AL DESPIADADO MULTIMILLONARIO
TAYLOR MCQUEEN

Lo que EL MULTIMILLONARIO DEJÓ ATRÁS

ABANDONADA, EMBARAZADA *y*
ATADA AL DESPIADADO MULTIMILLONARIO

TAYLOR ***MCQUEEN***

Copyright © 2026 TAYLOR MCQUEEN
1ª Edición

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma, por medios electrónicos o mecánicos, sin el consentimiento escrito del autor/editor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida por ningún medio, tangible o intangible, sin la previa autorización del autor. La violación de los derechos de autor es un delito previsto por la ley n° 9.610/98, castigado por el artículo 184 del código penal.

¡Por favor, respeta el arduo trabajo de esta autora! Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o copiada sin permiso, excepto por breves citas utilizadas en reseñas o promociones.

Este libro está licenciado solo para tu disfrute personal. ¡Gracias!

TEXTO REVISADO SEGÚN EL ACUERDO ORTOGRÁFICO DE LA LENGUA ESPAÑOLA.

SINOPSIS
DEDICATORIA
1. ALICE BRAGA
2. ARTHUR MENDONÇA
3. ALICE BRAGA
4. ARTHUR MENDONÇA
5. ALICE BRAGA
6. ARTHUR MENDONÇA
7. ALICE BRAGA
8. ARTHUR MENDONÇA
9. ARTHUR MENDONÇA
10. ALICE BRAGA
11. ALICE BRAGA
12. ARTHUR MENDONÇA
13. ALICE BRAGA
14. ARTHUR MENDONÇA
15. ALICE BRAGA
16. ALICE BRAGA
17. ARTHUR MENDONÇA
18. ALICE BRAGA
19. ALICE BRAGA
20. ARTHUR MENDONÇA
21. ALICE BRAGA
22. ALICE BRAGA
23. ALICE BRAGA
24. ARTHUR MENDONÇA
25. ALICE BRAGA

26. ARTHUR MENDONÇA
27. ALICE BRAGA
28. ARTHUR MENDONÇA
29. ALICE BRAGA
30. ARTHUR MENDONÇA
31. ALICE BRAGA
32. ARTHUR MENDONÇA
33. ALICE BRAGA
34. ARTHUR MENDONÇA
35. ALICE BRAGA
36. ARTHUR MENDONÇA
37. ALICE BRAGA
38. ALICE BRAGA
39. ARTHUR MENDONÇA
40. ALICE BRAGA
41. ARTHUR MENDONÇA
42. ALICE BRAGA
43. ALICE BRAGA
44. ALICE BRAGA
45. ARTHUR MENDONÇA
46. ALICE BRAGA
47. ALICE BRAGA
48. ALICE BRAGA
49. ARTHUR MENDONÇA
50. ARTHUR MENDONÇA
51. ALICE BRAGA
52. ARTHUR MENDONÇA
53. ALICE BRAGA

54. ARTHUR MENDONÇA
55. ALICE BRAGA
56. ARTHUR MENDONÇA
57. ALICE BRAGA
58. ARTHUR MENDONÇA
59. ALICE BRAGA
60. ARTHUR MENDONÇA
61. ALICE BRAGA
62. ARTHUR MENDONÇA
63. ALICE BRAGA
64. ARTHUR MENDONÇA
65. ALICE BRAGA
66. ARTHUR MENDONÇA
67. ALICE BRAGA
68. ARTHUR MENDONÇA
69. ALICE BRAGA
70. ARTHUR MENDONÇA
71. ALICE BRAGA
72. ARTHUR MENDONÇA
73. ALICE BRAGA
74. ARTHUR MENDONÇA
75. ALICE BRAGA
76. ARTHUR MENDONÇA
77. ALICE BRAGA
78. ALICE BRAGA
79. ARTHUR MENDONÇA
80. ALICE BRAGA
81. ARTHUR MENDONÇA

82. ALICE BRAGA
83. ARTHUR MENDONÇA
84. ALICE BRAGA
85. ARTHUR MENDONÇA
EPÍLOGO — ALICE MENDONÇA
AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

Él opera corazones. Ella ha aprendido a sobrevivir con lo que queda del suyo después de que él se lo rompiera.

Arthur Mendonça es un cirujano brillante, heredero de un imperio hospitalario, devoto del método como quien confía en su propia respiración.

A sus cuarenta y dos años, mide la vida en protocolos y está absolutamente convencido de que la felicidad es un capricho; la eficiencia, no. O, al menos, lo estaba hasta que la nueva empleada de su propio hospital le pone la vida patas arriba.

Alice Braga es una joven inocente, de voz suave y espalda erguida, que llega a su nuevo trabajo llena de expectativas. Convertirse en el centro de atención de su jefe, veintidós años mayor que ella, no es una de ellas. Verse atrapada en un contrato de relación con él tampoco.

El acuerdo que él propone es quirúrgico: doce meses, un contrato, sin sentimientos. Solo cuerpo.

Pero lo que comienza como un acuerdo controlado descarrila cuando una mentira, plantada meticulosamente entre ambos, explota justo donde más duele. Las puertas del ascensor se cierran y nada de lo que eran sale intacto.

Embarazada, acusada de traición y rechazada, Alice desaparece.

Él recupera el control de siempre… O casi.

Porque, años después, una llamada de emergencia vuelve a coser sus mundos: un niño en la planta de pediatría, cables, monitores… y unos ojos que devuelven a Arthur el reflejo de algo que juró que no existía.

Y cuando comprende que se equivocó, el hombre del método descubre algo más: para salvar lo que aún late tendrá que operarse

a sí mismo, derribar certezas, desarmar el control convertido en arma y pedir lo que nunca pidió: perdón.

Ahora Alice cuida de más de un corazón. Las promesas no la conmueven. La presencia, sí.

Y la presencia no se representa: se demuestra, día tras día. ¿Será Arthur capaz de demostrarla?

Un romance de segundas oportunidades, diferencia de edad, jefe/asistente y redención; una historia sobre aprender a cuidar sin controlar, a decir «no» como límite y a descubrir que el mayor gesto de amor cabe en lo cotidiano.

DEDICATORIA

Para quienes alguna vez respiraron cuatro, cuatro, ocho en la oscuridad esperando a que llegara el ocho.

Para las Alice que se quedaron,
para los Arthur que aprendieron a quedarse
y para cada doña Dalva que se convirtió en porche durante la tormenta.

Este libro es vuestro.

01.

ALICE BRAGA

La recepción del Hospital Jardim Coração huele a café recalentado, alcohol de 70 grados y cansancio.

Ya soy capaz de reconocer el turno por el tono del murmullo: el de la mañana es apresurado, ansioso por ponerse al día con los retrasos; el de la noche, pesado, resignado. El del mediodía, en el que me encuentro, parece estar siempre suspendido, como si el mundo se detuviera un instante antes de decidir si va a mejorar o a empeorar.

—Alice, ¿puedes imprimir los informes de la planta de cirugía, por favor? —pide Amanda, la jefa de recepción, sin mirarme siquiera.

—Claro —respondo, como siempre.

Sonrío apenas, aunque sé que no me verá. La sonrisa es más para mí. Un gesto automático que me ayuda a conservar la ligereza.

Me aferro a esos pequeños mecanismos porque, si no lo hiciera, todo a mi alrededor me recordaría lo cansada y sola que estoy, y lo cerca que me encuentro de renunciar a unos sueños demasiado grandes para alguien que apenas consigue pagar el alquiler.

La acreditación me cuelga floja sobre el pecho mientras introduzco las contraseñas en el sistema, y la vieja impresora empieza a chirriar antes de escupir las hojas.

Me gusta trabajar en el hospital. Me gusta de verdad. No por el sueldo, que es modesto, ni por las ocho horas con la espalda recta y los zapatos apretados. Sino porque, de algún modo extraño, este lugar me hace sentir útil. Como si mi existencia tuviera alguna importancia, por pequeña que fuera. Como si estar aquí fuera algo más que sobrevivir. Y también… está él.

Arthur Mendonça.

El director médico y jefe de cirugía, heredero de la red hospitalaria. Un hombre que desprende poder, silencio y una distancia que roza lo sobrenatural. Recorre los pasillos como una tormenta de invierno: rápido, preciso y gélido. Es imposible no advertir su presencia, incluso cuando no dice una palabra.

Y yo no lo conozco. No de verdad. Pero a veces, solo a veces, sorprendo sus ojos en los míos. Y hay algo allí. Un breve segundo de vacilación. Una grieta diminuta en su armadura. Después, nada. Aparta la mirada como si yo nunca hubiera estado allí.

—Buenos días, doctor Mendonça.

La voz de mi compañera me arranca de mi ensueño. Cuando levanto la vista, él pasa por delante, como siempre, camino del ascensor privado. Traje gris oscuro, bata impecable encima, reloj caro, cabello negro peinado hacia atrás con una precisión milimétrica. Y los ojos. Siempre esos ojos. Azules, fríos y afilados como bisturíes.

No responde al saludo. Nunca responde.

Y, aun así, todo el mundo lo saluda. Como si ignorar a los demás formara parte de su encanto. Como si lograr que reparara en uno, aunque no respondiera, fuera una especie de privilegio.

Pasa junto a mí. Durante un segundo, la corriente que provoca su paso rápido me agita el pelo. Y, por algún motivo absurdo, siento que el estómago se me contrae.

Ridícula, Alice.

—Ahí va el doctor insensible —dice mi compañera cuando él ya está lejos.

Así lo llaman entre susurros por los pasillos. Yo no creo que sea insensible. ¿Reservado? Sin duda. Pero insensible, no. Nadie sin sensibilidad podría cuidar a los pacientes tan bien como los cuida el doctor Mendonça.

Regreso a mi mesa y ordeno los informes impresos. Intento ignorar el calor absurdo de mis mejillas. El recuerdo de la última vez que estuvimos a pocos centímetros. Aquella ocasión en que tomó un papel de mi mano y, por un segundo, mis dedos rozaron los suyos.

Fue rápido. No fue nada. Pero para mí… lo fue todo.

Sé que no es la clase de hombre que mira dos veces a una recepcionista. Y, aun así, hay momentos breves, silenciosos, imperceptibles, en los que juraría que me está mirando.

Tal vez solo sea mi imaginación. Tal vez sea necesidad de afecto. O quizá una manera cobarde de soñar con un mundo en el que yo sea algo más que una chica que intenta sobrevivir en una ciudad demasiado grande, un hospital demasiado elegante y un uniforme que no combina con el frío constante que siento por dentro.

Suspiro y vuelvo al trabajo.

El doctor Mendonça es inalcanzable. Y, si fuera lista, aprendería a dejar de mirarlo. Pero la verdad es que estoy cansada de ser lista.

Cansada de calcularlo todo a todas horas.

Cansada de vivir en una contención eterna.

Cansada de pensar que soñar es un lujo.

Entrego los informes y aviso de que voy a tomarme un descanso. Saco el almuerzo frío del bolso y voy al comedor del personal. Me siento en mi rincón de siempre, desde donde puedo ver el patio por la ventana agrietada y fingir que el verde de fuera es algo más que un pasillo de hormigón con unas cuantas plantas que intentan sobrevivir.

Destapo el recipiente. Arroz, huevo cocido, tomate con sal. Sé que debería comer proteínas, que mi cuerpo aún es frágil y que la anemia puede volver, pero la carne está cara y ahora la prioridad es pagar la mensualidad de la universidad.

Me quedan dos días de plazo y todavía no tengo el dinero.

Respiro hondo, apoyo los codos en la mesa y escondo el rostro entre las manos. Estoy agotada. Dormir poco, trabajar todo el día, ir a clase por la noche, estudiar de madrugada. Todo para intentar asegurarme un futuro que a veces parece alejarse cada vez más.

A los veinte años ya siento que tengo el doble.
No porque haya vivido mucho, sino porque aprendí demasiado pronto a no contar con nadie.

Doña Dalva, con quien comparto una habitación diminuta desde que llegué a São Paulo, dice que soy «castigada por la vida, pero testaruda». Me prestó el primer abrigo de verdad que tuve, me enseñó a preparar té de boldo y reza por mí todas las noches antes de dormir.

Ella también está enferma otra vez. Cáncer. Y yo finjo que no es grave porque aceptarlo sería demasiado. Qué ironía, ¿no? Esa maldita enfermedad parece perseguirme con el único propósito de recordarme, a todas horas, que la libertad es un lujo que nunca podré permitirme.

Bajo de nuevo la vista hacia el plato y me obligo a comer, aunque no tenga ganas. Me tiemblan ligeramente los dedos; tal vez sea efecto de la hipoglucemia. O del miedo. O del agotamiento. Quizá de las tres cosas.

—¿Estás bien?

La voz me sorprende. No porque sea amable —aquí no es habitual que alguien me lo pregunte—, sino porque es la suya. Arthur Mendonça está de pie frente a mí con una taza de café en la mano.

Sin bata.

Sin prisa.

Solo él.

Todo mi cuerpo se congela. Tardo uno o dos segundos en asegurarme de que de verdad me está hablando a mí.

Es esa clase de hombre imposible de ignorar. Alto, de casi un metro noventa, con unos hombros anchos que dibujan a la perfección la bata hecha a medida que siempre lleva sobre el traje oscuro.

Tiene el cabello oscuro, peinado rígidamente hacia atrás en un corte clásico, sin un solo pelo fuera de lugar. La mandíbula bien marcada; la barba, siempre corta y perfectamente recortada, resalta unos labios firmes que rara vez se curvan en algo que no sea una expresión seria o levemente arrogante.

Y los ojos, esos ojos azul grisáceo, afilados como cuchillas, fríos como el acero, capaces de desmontar a cualquiera con una sola mirada.

Arthur Mendonça es la personificación del orden, el control absoluto y esa autoridad silenciosa que domina cualquier espacio con una facilidad desconcertante.

—¿P-perdón…?

Frunce el ceño, como si se arrepintiera de haber hablado. Pero no se marcha. Da medio paso hacia delante. Su mirada recorre mi plato casi vacío, luego mis manos y, por último, mi rostro.

—Pareces pálida —dice con el tono que emplea durante las visitas clínicas. Técnico. Objetivo.

Me río. No porque resulte gracioso, sino porque es ridículo.

—Creo que es mi estado natural —bromeo en voz baja.

No se ríe. Pero tampoco se marcha.

—¿Tienes antecedentes de anemia?

La pregunta me desarma. Es tan… médica. Tan propia de él.

—Tuve anemia en la adolescencia. Y leucemia también.

La palabra queda suspendida entre nosotros. Pesada.

Arthur arquea apenas las cejas. No por sorpresa, sino como quien archiva un dato importante.

—¿Está en remisión?

Asiento, intentando parecer más firme de lo que me siento.

—Desde hace cinco años.

—¿Y sigues con las revisiones?

Debería. Pero no lo hago. Porque cuesta caro. Porque conseguir cita por el SUS tarda meses. Porque paso más tiempo cuidando a otros enfermos que cuidándome a mí misma.

Sin embargo, antes de que responda, alguien lo llama por la radio: una emergencia. Vacila un segundo, con los ojos todavía clavados en mí; después responde a la llamada con un gesto y se vuelve.

—No pases demasiado tiempo sin comer —dice mientras se aleja.

Y se marcha.

Así, sin más.

Como una tormenta silenciosa.

Y yo me quedo allí, con el tenedor en la mano y el corazón desbocado, intentando comprender qué significa aquello. Si es que significa algo. O si no es más que un impulso. Un resto de humanidad. Una pregunta médica formulada a destiempo.

Qué patético es que quiera creer con tanta desesperación que se trata de preocupación. Pero sé que no. No por mí. No a causa de mí. El universo nunca me ha concedido ese regalo, ni siquiera cuando era un bebé. Desde luego, no va a hacerlo ahora.

02.

ARTHUR MENDONÇA

Estaba pálida.

No con la palidez que deja un turno largo, sino pálida por dentro, como si la sangre hubiera renunciado a circular. Esa clase de detalle no me pasa inadvertida, y no solo porque sea médico. Yo no ignoro las señales. Las desviaciones más pequeñas cuentan historias enteras y, a veces, son ellas las que salvan o destruyen vidas.

Iba a por un café antes de la siguiente operación cuando la vi en el comedor del personal, sentada sola en un rincón frente a un plato deprimente de arroz con huevo y tomate. Hombros encorvados, postura recogida. La clase de imagen que otro médico habría ignorado. Yo no.

No sé decir si fue curiosidad o un reflejo, pero mis pasos se hicieron más lentos. Odio que mi cuerpo tome decisiones antes de que yo las autorice.

Tenía la cabeza apoyada entre las manos, el rostro medio oculto. Aun así, se le notaba el agotamiento. Su mirada… no era la de alguien que simplemente está cansado. Era la de quien ha aprendido a sobrevivir en silencio. Reconozco esa mirada, no porque me identifique con la fragilidad, sino porque he visto a demasiadas personas intentar disimularla.

Parecía pequeña. Frágil. Y, al mismo tiempo, había cierta rigidez en la forma en que sujetaba el tenedor, como si le dijera al mundo: no tengo mucho, pero basta para mantenerme en pie. Esa obstinación me llamó más la atención de la que debería.

Antes de pensarlo mejor, ya estaba allí, preguntándole si se encontraba bien.

Error.

Yo no hago esa clase de acercamientos. No con los empleados. No con mujeres tan jóvenes. No con nadie a quien pretenda mantener a distancia.

Levantó la vista, sorprendida, tal vez incluso confusa, como si no estuviera segura de que le hablaba a ella. Lo cual, en cierto modo, era razonable.

Miré el plato, luego sus manos y después su rostro.

—Pareces pálida —constaté con el mismo tono que empleo en cualquier evaluación clínica: objetivo, limpio, sin margen para interpretaciones emocionales.

Soltó una risa baja, incómoda.

—Creo que es mi estado natural.

No me reí. No era una broma.

—¿Tienes antecedentes de anemia?

Hubo un microsilencio antes de su respuesta:

—Tuve anemia en la adolescencia. Y leucemia también.

La palabra quedó flotando en el aire. No me sorprendió, pero la fijé en la memoria. Esa clase de información siempre resulta útil.

—¿Está en remisión?

—Desde hace cinco años —respondió.

—¿Y sigues con las revisiones? —pregunté, sabiendo ya por su vacilación que la respuesta era «no».

La radio me llamó antes de que pudiera confirmarlo. Una emergencia. La miré un segundo más de lo debido; después respondí con un gesto y me volví.

—No pases demasiado tiempo sin comer.

Y me marché.

En el pasillo comprendí lo que acababa de hacer. Preguntar. Quedarme. Mirar. Dar instrucciones. No eran hábitos propios de mí.

Alice Braga —descubrí su nombre la semana pasada, después de preguntárselo a una enfermera— había acaparado mi atención durante más tiempo que cualquier otra persona de este hospital en años.

Las presencias anónimas ya resultan molestas. Pero, cuando adquieren nombre y rostro, empiezan a ocupar espacio. Y Alice lo está ocupando. En los pasillos, en recepción, en el aparcamiento. Como una presencia constante en mi visión periférica.

No posee nada de lo que suelo buscar en una mujer. Pequeña, delicada, con facciones suaves y unos ojos castaños demasiado grandes, demasiado expresivos. Esa clase de mirada que parece guardar una historia que yo no he pedido escuchar, pero que me descubro intentando descifrar.

Esa curiosidad es un problema. No me gusta sentirme provocado, en especial por alguien que ni siquiera intenta hacerlo. Y Alice… provoca. No con palabras ni gestos calculados, sino con una serenidad que me despierta el deseo de romperla solo para ver qué sucede.

Hoy, la escena del comedor me ha afectado de un modo que no debería. El plato insuficiente. La obstinación silenciosa. Su resistencia a admitir debilidad. Todo eso ha removido algo que creía haber enterrado junto a Marjorie.

Enterré a mi prometida hace cinco años. Y con ella, cualquier inclinación a implicarme de forma duradera. Lo que queda es funcional: encuentros ocasionales, mujeres ajenas a mi círculo, ninguna promesa, ninguna intimidad que no pueda terminarse con una sola frase.

Funcionaba.

En el quirófano, el orden regresó. Allí dentro, el mundo es previsible. Cada corte, cada punto, cada monitor: lógica pura. Fuera soy el heredero de un imperio hospitalario que carga con el apellido Mendonça como un patrimonio, blanco de expectativas sobre

matrimonio e hijos que no tienen nada que ver con la felicidad y sí con conservar el linaje.

He aprendido a aceptar la presión sin reaccionar. Pero presión y distracción son cosas distintas, y Alice es, de algún modo, una distracción.

En el vestuario cambio el gorro por una camisa limpia; la bata, por una chaqueta a medida. Mi taquilla está organizada como el quirófano: camisas ordenadas por color, documentos en orden alfabético, cada objeto en su lugar. Es ese orden el que me permite conservar el control.

Y ya sé que Alice Braga es la variable que amenaza ese orden.

Mientras cierro la taquilla, pienso: esto tiene que terminar aquí. Pero ya sé que no será así.

03.

ALICE BRAGA

El trayecto desde la estación de metro hasta la universidad es corto, pero de noche parece una travesía. La mochila me cuelga del hombro como si llevara piedras. Y, en cierto modo, las lleva.

Libros de arte. Cuadernos. Bocetos que nunca me he atrevido a enseñar a nadie.

En la mochila también llevo mi único paraguas, viejo y remendado con cinta adhesiva, y el pan con requeijão envuelto en una servilleta que doña Dalva insiste en darme todas las mañanas con la excusa de que «el requeijão es cosa de ricos».

Llego a la universidad con cinco minutos de retraso. Me siento en la última fila, donde a nadie le importa si estás allí para aprender o solo para no perder la beca. Esa noche pertenezco claramente a la segunda categoría.

El profesor habla de luz, sombra y composición. Yo pienso en facturas, análisis de sangre y en la mirada de un hombre que, dos días atrás, me observó como si me conociera más de lo que me gustaría.

Arthur Mendonça.

Todavía siento el impacto de aquella conversación en el comedor. Y es ridículo, lo sé. Pero, al mismo tiempo, resulta imposible fingir que no ocurrió. ¿Sabía mi nombre? No importa. Habló conmigo.

Y él no habla con nadie, ni siquiera cuando le dirigen la palabra, salvo que sea estrictamente necesario. Y yo sigo repitiéndome que se preocupó, aunque solo fuera durante un segundo. Son demasiados acontecimientos importantes en una vida en la que nunca sucede nada ni remotamente interesante. ¿Cómo iba a olvidarlos sin más?

Miro la hoja que tengo delante. En blanco.
Se supone que debo hacer un ejercicio de composición libre. Algo sencillo.
Pero tengo la mente demasiado llena para crear nada.

La clase termina antes de que trace una sola línea.

Tomo el metro de vuelta a casa y camino hasta el barrio modesto donde vivo. Las calles son estrechas y las farolas parecen cansadas de intentar iluminar algo. Subo los tres pisos del edificio sin ascensor y, cuando abro la puerta, me envuelve el aroma del té de manzanilla.

—Tienes el plato preparado dentro del horno —dice doña Dalva desde el sillón, envuelta en una manta vieja—. He calentado los frijoles y he hecho farofa.

—Gracias, Dalvinha —respondo con una sonrisa, como hago siempre que quiero ocultar el cansancio.

Ella me devuelve la sonrisa, pero tiene los ojos hundidos. El pañuelo anudado a la cabeza apenas disimula cuánto ha adelgazado. La quimioterapia es dura y los medicamentos que necesita son cada vez más caros.

—¿Se ha tomado la medicina de las nueve?

—Estoy intentando que dure, hija —responde, como si fuera lo más normal del mundo.

Se me revuelve el estómago. Abro la nevera y saco la caja donde guardamos las pastillas. Solo quedan dos.

—Doña Dalva…

—Es solo hasta la semana que viene. La gente de la iglesia está organizando una rifa, pero no sé si dará tiempo. El médico dijo que este ciclo no puede interrumpirse, ¿verdad?

Asiento en silencio. Eso fue exactamente lo que dijo.

Me apoyo contra la pared y abro la aplicación de la universidad. Faltan tres días para que venza la mensualidad.

Si no pago, pierdo el semestre. Y si compro las medicinas de doña Dalva… no podré pagar la universidad. Si pago la universidad… dejo a doña Dalva sin tratamiento. Mi mundo siempre está hecho de elecciones imposibles. Y últimamente todas parecen equivocadas.

Suelto un largo suspiro y recorro los pocos pasos que me separan de la cocina, el rincón izquierdo del pequeño estudio que doña Dalva y yo compartimos. La única habitación de las tres estancias es para la anciana que vive bajo aquel techo, por supuesto. La única cama también.

Yo duermo en un colchón, en el rincón derecho del salón. Mi dormitorio improvisado. Enciendo el fuego bajo el cazo de agua que doña Dalva ya ha dejado preparado y coloco el plato encima. No tenemos microondas, así que es la forma más práctica de calentar la comida.

Mientras el agua se transforma en vapor, me doy una ducha rápida y por fin me quito la ropa de la calle para ponerme una camiseta enorme y holgada y unos pantalones cómodos. Mi mejor compra de segunda mano hasta hoy.

Cuando regreso a la cocina, el plato está caliente. Envuelvo los bordes con un paño y lo llevo hasta la pequeña mesa de dos plazas donde comemos. Doña Dalva está absorta en los últimos minutos de la telenovela y sé que no recibiré ni una pizca de su atención hasta que termine el episodio.

Tomo una hoja y el bolígrafo abandonados sobre la mesa y, entre soplar la comida, que ahora está demasiado caliente, y comer, garabateo una figura cualquiera. Es una mujer de espaldas, con un pájaro atado a la muñeca por una cinta roja. Ni siquiera sé por qué lo dibujo. Tal vez sea yo.

El pájaro es el arte. La cinta, la deuda. Y la mujer… bueno. La mujer solo quiere volar. Garabateo encima del dibujo y me concentro en terminar la cena antes de que acabe la telenovela. Pensándolo bien, no quiero hablar.

Lavo el plato después de vaciarlo, me cepillo los dientes y beso con suavidad la frente de doña Dalva, murmurando un «buenas noches» para no interrumpir su entretenimiento.

Me tumbo en el colchón, me vuelvo hacia la pared, me subo la manta hasta la barbilla y cierro los ojos.

Intento no pensar en las facturas.

Intento no pensar en las medicinas.

Intento, por encima de todo, no pensar en Arthur Mendonça.

Fracaso en todos mis intentos.

04.

ARTHUR MENDONÇA

La cena semanal en casa de mi padre no es una tradición. Es una inspección.

Nunca lo ha dicho en voz alta, pero cada plato alineado, cada copa de cristal en la posición exacta y cada silencio entre una frase y otra forman parte de un ritual concebido para medir. Medir mi paciencia, mi postura, mi grado de conformidad con lo que él considera aceptable para un Mendonça.

Asisto porque resulta más eficiente que negarme y prolongar la conversación en otro momento. Llego con puntualidad, soporto las dos horas de convivencia y me marcho con la certeza de que, por mucho que discrepemos, el tablero permanece en su sitio.

—¿Algún problema con la carne? —pregunta sin mirar el plato, sino a mí, como si mi falta de apetito fuera más importante que cualquier sabor.

—Ninguno —respondo, cortando un trozo pequeño más para cerrar el asunto que por hambre—. Solo estoy distraído.

—Los médicos distraídos matan pacientes.

—Los médicos distraídos no alcanzan mi posición, padre —mantengo el tono contenido, entrenado. No es necesario alzar la voz para marcar territorio.

Asiente, pero su mirada es un recordatorio: todo queda registrado. Nada se olvida. La cena continúa al mismo ritmo, los cubiertos encontrándose con la porcelana de manera acompasada, hasta que llega la parte inevitable.

—Te haces mayor —empieza con la objetividad de quien presenta un diagnóstico—. El futuro no se construye solo. Ha llegado la hora de pensar en matrimonio, en hijos.

No hay transición entre los temas. Para él, esto no requiere preparación. Es solo otro punto en la lista de control de calidad de mi vida.

—Hay mujeres adecuadas, dispuestas —continúa—. Inteligentes, bien relacionadas, capaces de representar a la familia.

Mi padre no habla de amor. Nunca lo ha hecho. Habla de eficiencia genética, imagen pública, estabilidad. Y lo comprendo. Durante años compartí esa misma visión. Las relaciones previsibles son más seguras. No abren flancos innecesarios.

Pero, en medio de aquella conversación milimétricamente previsible, una imagen se insinúa: Alice.

No es intencionado. Llega como un reflejo. Aquel pobre plato de comida que tenía delante en el comedor. La forma en que mantiene la barbilla alta incluso cuando parece demasiado cansada para sostener su propio cuerpo. La firmeza con la que se mantiene invisible cuando cualquier otra intentaría agradar para sobrevivir.

Expulso el pensamiento. No es el momento. No es la clase de asociación que me permito, y menos aún en la mesa de mi padre.

—Arthur, ¿me estás escuchando? —su tono corta mi distracción.

—Sí —respondo sin vacilar—. Tendré en cuenta tus sugerencias.

Asiente, satisfecho con la formalidad de la respuesta, y vuelve a lo que conoce: cifras, expansión hospitalaria, adquisiciones de equipos. Todo lo que puede medirse, comprarse y venderse.

Pero, mientras habla de márgenes de beneficio, Alice regresa como un ruido persistente al fondo de mi mente. No se impone, pero tampoco se marcha.

El trayecto de vuelta a casa transcurre en silencio. En el ático, todo está como lo dejé: líneas rectas, gris calculado, ausencia deliberada de excesos. La clase de espacio que no ofrece sorpresas.

Dejo la chaqueta sobre el sofá, saco una botella de agua de la cocina, organizada por tipos y fechas de caducidad, y camino hasta

la biblioteca. Estanterías de madera oscura, libros en orden alfabético, luz indirecta. Allí es donde suelo encontrar el equilibrio.

Me siento en el sillón heredado de mi abuelo, abro un libro de casos clínicos y leo tres páginas. No asimilo nada. La organización es perfecta; mi mente, no.

Cierro el volumen con más fuerza de la necesaria y lo devuelvo a la estantería.

Alice Braga.

Su nombre se infiltra por las grietas de mi rutina como una filtración en una estructura de acero: lenta, pero constante. En el dormitorio me tumbo mirando el techo blanco.

Normalmente, el silencio absoluto es un aliado. Esa noche hay demasiado espacio para el pensamiento equivocado. No soy un hombre de dudas. Nunca lo he sido. Pero esa noche tengo que repetirme mentalmente, más de una vez, que ella no posee ningún poder sobre mí.

Y que, si permitiera que lo tuviera, no sería por accidente. El sonido seco del móvil rompe el silencio calculado del apartamento. Llamada directa, línea interna del hospital. No es para intercambiar cortesías.

—Mendonça —respondo sin alterar el tono.

—Doctor, viene un politraumatizado en la ambulancia. Varón, treinta y cinco años, colisión frontal, fracturas múltiples, traumatismo craneoencefálico e inestabilidad hemodinámica. El médico de guardia solicita su presencia.

Miro el reloj: 23:42. La frialdad que otros confunden con falta de urgencia se adueña de mí al instante. En el hospital, el tiempo no se mide en minutos, sino en márgenes de seguridad, y aquel se está estrechando.

—Preparen el quirófano, el equipo completo y dos juegos de implantes ortopédicos. Estoy de camino —termino la llamada antes

de oír el «sí, señor».

El traje se queda sobre el respaldo del sofá; en el coche cambio la camisa por un pijama quirúrgico oscuro. Cuarenta minutos después entro por el acceso restringido del bloque quirúrgico. El aire frío, el olor a clorhexidina, el sonido rítmico de los monitores: todo en su sitio. Aquí no hay espacio para distracciones.

Encuentro al equipo reunido en la antesala. Cirujano ayudante, anestesista, instrumentistas, residentes. Todos esperando.

—Estado —pido mientras me ajusto el gorro.

—Tensión baja, ochenta sobre cincuenta; frecuencia cardíaca, ciento cuarenta; saturación de ochenta y ocho con mascarilla de oxígeno. Abrasiones extensas, fractura abierta de fémur, posible hemorragia interna.

—Primero la hemorragia; después estabilizaremos el fémur. Quiero una vía de gran calibre, la transfusión preparada y el calentador encendido.

Mi voz corta el aire como una hoja y nadie vacila. Dentro del quirófano, la luz intensa del foco cae sobre el cuerpo del paciente.

En cuanto los guantes cubren mis manos, el mundo queda reducido a lo importante: campo estéril, bisturí, control absoluto de la situación.

—Incisión media. —La hoja abre la piel con precisión milimétrica y la sangre asciende caliente, amenazando con ganar velocidad—. Aspiración. Compresas. Vamos, mantengan limpio el campo.

El equipo responde con movimientos sincronizados. No necesito repetir nada. Conocen mi ritmo, el compás exacto entre una orden y la siguiente. El anestesista actualiza las constantes; el ayudante sigue cada paso como una sombra.

La hemorragia es grave. Localizo el origen, coloco la pinza vascular en el punto exacto y hago una ligadura rápida. El sangrado cede. El monitor se estabiliza en cuestión de segundos.

—Bien. Ahora vamos con el fémur.

Manos firmes, mente despejada. El clic metálico de los implantes, el sonido del taladro óseo: todo forma parte de una coreografía que solo existe porque cada persona de la sala conoce su papel.

Sesenta y cuatro minutos después, la herida está cerrada y el paciente, estable y sedado sobre la camilla para su traslado a la UCI. Me quito los guantes con el mismo cuidado con el que me los puse, sin salpicaduras, sin urgencias innecesarias.

En la antesala me espera el coordinador de guardia.

—Han salvado al tipo, doctor.

—No lo hemos salvado. Lo hemos mantenido con vida. El resto depende de él —digo mientras continúo por el pasillo sin aminorar el paso.

En el hospital no necesito pensar qué decir. No necesito medir nada que no sean centímetros de incisión y mililitros de sangre perdida. Es el único lugar donde control y resultado son proporcionales, y donde el margen de error es cero.

Fuera soy heredero, apellido, expectativas. Aquí soy un bisturí.

05.

ALICE BRAGA

Ya no sé qué me arde más: los ojos cansados o la punta de los dedos, que roza sin querer la cacerola caliente.

El intenso olor a chocolate impregna cada centímetro de la casa diminuta, se adhiere a mi piel y al pijama gastado que doña Dalva ha remendado más veces de las que puedo contar.

Son las tres de la madrugada y esta es la cuarta noche consecutiva que paso en vela, dando forma a brigadeiros y colocándolos con cuidado en pequeñas cápsulas de papel de colores. Doscientos cincuenta brigadeiros, el objetivo de esta noche. El objetivo de todas las noches.

Sé exactamente cuánto vale cada brigadeiro, cuánto representa cada bolita de azúcar y cansancio en mi lucha contra las mensualidades atrasadas de la universidad.

Después de suplicar en administración, enseñar los informes médicos de doña Dalva y prácticamente rogar de rodillas, por fin consigo una semana más para pagar la cuota del acuerdo por las mensualidades atrasadas.

Pero solo obtengo esa prórroga porque empleo todo el dinero destinado a la universidad en comprar las medicinas que doña Dalva necesita con tanta desesperación. Y no me arrepiento. Ni por un segundo. Volvería a hacerlo.

Eso no cambia el hecho de que ahora tengo que correr contra el tiempo y reponer ese dinero antes de que sea demasiado tarde. Mi única salida es esta: vender brigadeiros en los autobuses que tomo a diario, en el comedor y en la sala de descanso del hospital donde trabajo. Y por la noche, en la universidad. El plan es sencillo, claro y agotador, pero funciona.

No importa que mi cuerpo suplique descanso ni que ya haya superado el límite saludable de café por noche. Doña Dalva tiene sus medicinas y yo voy a conseguir pagar la mensualidad. Es lo único en lo que necesito concentrarme.

Formo otro brigadeiro y lo paso con cuidado por las virutas de chocolate. La vista borrosa me obliga a parpadear con fuerza varias veces, ahuyentando el sueño que insiste en intentar ganarme la batalla. Me palpita la cabeza en señal de protesta, pero no tengo derecho a rendirme.

Desde el dormitorio llega la tos ahogada de doña Dalva. Mis dedos se quedan inmóviles sobre la mesa durante un instante. Contengo la respiración y ruego que no se despierte. El silencio regresa poco a poco, permitiendo que mi corazón reduzca el ritmo.

Tomo otra cápsula de papel y respiro hondo, tragándome la angustia, el miedo y las ganas de llorar de puro cansancio.

—Solo un poco más, Alice —me susurro—. Tú puedes.

Sigo trabajando en silencio, ignorando el temblor que nace en mis manos y termina en el pecho. Es la ansiedad, el agotamiento, el miedo constante a fracasar.

En algún momento de la madrugada empiezo a tararear en voz baja una canción que le gusta a doña Dalva. Una vieja melodía de la radio que ella siempre canta mientras cose o lava ropa para otras personas. Me reconforta, como si su presencia invisible estuviera allí, animándome a continuar.

Me detengo un instante al sentir que se me llenan los ojos de lágrimas. Parpadeo deprisa, molesta conmigo misma por dejar que el cansancio me debilite también por dentro. Llorar no solucionará nada, no pagará las facturas ni mantendrá viva a doña Dalva. Respiro hondo, levanto la barbilla con determinación renovada y continúo formando los dulces con movimientos mecánicos y precisos.

De vez en cuando, mi mirada escapa hacia el viejo reloj de la pared de la cocina. La aguja parece burlarse de mí, corriendo demasiado deprisa hacia la mañana, acelerando unas horas que ya no tengo.

Son casi las cinco cuando termino el último brigadeiro y coloco cuidadosamente las cajas sobre la mesa. Una leve sonrisa cansada aparece en mis labios. Lo he conseguido. Otro día asegurado, otra pequeña victoria.

Los hombros se me desploman de alivio y permito que los ojos se cierren durante un segundo. Solo uno, suficiente para que mi mente vuelva a vagar hasta Arthur Mendonça.

Estoy segura de que no tiene ni idea de lo que significa cambiar horas necesarias de sueño por horas preparando brigadeiros. Ese hombre nunca ha tenido que luchar por su propia supervivencia. Nunca ha tenido que tomar decisiones desesperadas e imposibles.

Por eso no debería pensar en él. Y también por eso, cada vez que dispongo de un segundo libre, huyo hacia su rostro y hacia el recuerdo de cómo me miró: rápido, distante, pero con tanta intensidad que parecía ver dentro de mí.

Arthur es mi fantasía. Es el mundo que nunca tuve ni tendré, pero con el que cualquier chica sueña. Una tontería absoluta. Los hombres como él no reparan en chicas como yo. No de verdad. Pero ¿a quién le importa? En mi propia mente, desde luego que a mí no.

Suspiro profundamente, abro de nuevo los ojos, recupero el control de mis pensamientos y me concentro en lo que importa de verdad.

Me lavo las manos con cuidado y noto por primera vez lo secas y lastimadas que están por el exceso de azúcar y el calor constante de la cacerola.

El reflejo del pequeño espejo de la cocina me muestra a una chica a la que apenas reconozco: pálida, consumida, con ojeras profundas y ojos apagados. Me dedico una sonrisa irónica.

—Estás estupenda, Alice —murmuro con sarcasmo, alejándome enseguida del espejo.

Preparo un café fuerte, aunque sé que es demasiado, y me obligo a beberlo a pequeños sorbos, deseando que la cafeína haga efecto deprisa.

Me ducho y cambio el pijama gastado por el uniforme del hospital, me peino a toda prisa e intento ocultar las ojeras con corrector, pero ningún maquillaje barato puede disimular por completo el estado en el que estoy.

Al pasar frente a la puerta del dormitorio vuelvo a oír la respiración tranquila de doña Dalva. Me detengo un instante y la observo con cariño y gratitud. Todo esto merece la pena. Por ella. Siempre por ella.

—Encontraré una solución —prometo en voz baja, más para mí misma que para ella—. Siempre la encuentro.

Cierro la puerta con cuidado y meto en el bolso las cajas de brigadeiros que pueden salvar mi futuro. Un futuro que, en ese momento, parece tan lejano e improbable como un sueño imposible.

Empieza otro día.

Y estoy preparada para afrontarlo. Porque no tengo elección. Nunca la he tenido.

***

Ya pasan de las diez de la mañana cuando me doy cuenta de que no he bebido ni un sorbo de agua desde que empezó el turno. El dolor de cabeza, antes apenas un murmullo molesto, ahora me golpea las sienes como una banda desafinada.

Me trago el malestar y sigo sonriendo a la siguiente paciente que se acerca a recepción. Todo mi cuerpo parece un borrón de agotamiento; los movimientos, automáticos; la voz, casi robótica mientras repito por enésima vez ese día:

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

La mujer que tengo delante apenas levanta la vista del móvil cuando habla con tono seco e irritado:

—He venido a visitar al paciente Augusto Carvalho, habitación 514.

Asiento y noto que los dedos me tiemblan mientras tecleo el nombre. Pero, durante un instante, las letras de la pantalla se mezclan. Parpadeo con fuerza, esforzándome por enfocar.

—¿Puede repetir el nombre, por favor?

La mujer resopla con impaciencia.

—Augusto Carvalho. ¿Tan difícil es?

—Lo siento —murmuro, tecleando despacio esta vez—. Voy a comprobarlo.

La demora le parece insoportable. Tamborilea las uñas perfectamente arregladas sobre el mostrador de mármol y me lanza una mirada irritada.

—¿Puedes darte más prisa? No pago una fortuna en este hospital para esperar a una recepcionista incompetente que apenas sabe leer un nombre en la pantalla. ¿Cuántas veces necesitas oírlo para entender? ¿Tengo que deletrearlo?

Las palabras me alcanzan como pequeñas cuchilladas. Me arde el rostro de vergüenza mientras noto las miradas de otros pacientes y visitantes volverse hacia mí.

Las manos empiezan a temblarme mientras vuelvo a escribir el nombre. Las letras de la pantalla se desdibujan y todo empeora.

—L-lo siento —tartamudeo, con una voz más débil de lo que quisiera—. Lo localizaré enseguida… ¿Puede prestarme un documento de identidad, por favor?

La petición parece enfurecer a la visitante.

—¡No, ya basta! —La mujer golpea con fuerza el mostrador y provoca un estruendo que atrae todas las miradas del vestíbulo—.

¡Su incompetencia es inadmisible! ¿Sabe cuánto cuesta cada minuto que me está haciendo perder, jovencita? ¡Quiero hablar ahora mismo con su supervisor!

—Señora… Por favor… Solo sigo el procedimiento habitual. Todos los visitantes deben presentar un documento para registrarse —argumento con toda la calma que consigo imprimir a mi voz. No es mucha.

—¿Así que el procedimiento habitual consiste en hacer perder el tiempo a quienes vienen aquí?

Abro y cierro la boca, pero mi cerebro ralentizado no encuentra una respuesta adecuada y la visitante entrecierra los ojos.

Intento tragar saliva; siento que se me cierra la garganta. Me arden los ojos y sé que estoy a punto de llorar de puro agotamiento y humillación.

—Yo… Ya he localizado al paciente. Si me presta su documento, puedo autorizar su entrada en un minuto. No es necesario llamar a un supervisor. Yo…

—¿Ahora me dices tú lo que tengo que hacer?

Vuelvo a abrir la boca, pero esta vez permanece abierta aunque no tengo ni idea de qué decir. La situación se descontrola demasiado deprisa y ni siquiera sé cómo ha empezado todo.

No es raro encontrar personas que se creen mejores que yo solo porque estoy allí trabajando. Tampoco gente nerviosa, con los sentimientos a flor de piel por el estado de los pacientes a quienes vienen a visitar.

En dos meses de trabajo ya me he acostumbrado a una dosis diaria de arrogancia y condescendencia, pero nunca me había ocurrido nada ni remotamente parecido.

—¡Vas a llamar a tu supervisor ahora mismo! —grita con la voz aún más alta, fuera de control, sin importarle las personas que ya contemplan la escena con expresiones de asombro o curiosidad

indiscreta—. ¡Exijo hablar inmediatamente con un responsable! —le exige a la recepcionista que trabaja a mi lado—. ¡Quiero que aparten a esta chica ahora mismo! ¡Es inadmisible que tenga que soportar una atención tan deficiente! ¡Mi marido podría morir mientras ella me hace perder el tiempo!

A estas alturas, las lágrimas están a punto de escapar, suspendidas sobre mis córneas. Ya no consigo pensar con claridad, las piernas me fallan y siento que podría desplomarme en cualquier momento.

—¿Hay algún problema? —pregunta una voz grave, extraña y familiar a la vez, y el corazón me da un salto al reconocerla.

Arthur Mendonça está de pie junto a la mujer, alto, imponente y frío como siempre, con las manos en los bolsillos de su bata impecablemente blanca.

—Sí —se queja la mujer de inmediato, levantando la barbilla con arrogancia—. Esta recepcionista no es capaz de hacer ni el trabajo más básico. ¡Es una incompetente!

Arthur arquea apenas una ceja y me mira durante un instante tan fugaz que casi creo haberlo imaginado antes de volver toda su atención hacia la mujer.

—Augusto Carvalho es, por casualidad, paciente mío. Doctor Arthur Mendonça —dice, tendiéndole la mano—. Creo que todavía no nos han presentado.

El acercamiento parece calmar ligeramente a mi agresora, que baja los ojos hacia la mano de Arthur antes de aceptarla y volver a mirarlo.

—No. No nos han presentado. Soy Mariana Carvalho, su esposa.

—Bien, el señor Augusto ha sido trasladado esta mañana a la UCI y sus familiares ya han sido informados —dice con firmeza, sin levantar la voz—. Si usted no recibió esa información, le recomiendo que lo compruebe con otros miembros de su familia. En cualquier caso, eso no justifica su comportamiento.

La mujer echa la cabeza atrás, visiblemente sorprendida por la reprimenda velada, aunque sin duda no tanto como yo. Abre la boca, indignada por la censura pública, e intenta reaccionar:

—¡Eso no importa! ¡Exijo respeto como clienta!

Arthur levanta apenas una ceja y exhibe una sonrisa cortante, casi cruel.

—El respeto en este hospital es mutuo, señora. Si desea presentar una reclamación formal, yo mismo la acompañaré a atención al paciente. Estoy seguro de que les interesará registrar exactamente cómo ha tratado usted a nuestra empleada, Alice.

—¿Cómo se atreve a compararme con una… recepcionista? ¿Sabe con quién está hablando? —balbucea.

—No tengo ni idea. Y, sinceramente, no me interesa descubrirlo.

La visitante abre la boca para replicar, pero la autoridad natural de Arthur la silencia. Solo balbucea algo incomprensible antes de girarse sobre los talones, furiosa y humillada, y desaparecer por el pasillo.

Arthur se vuelve de inmediato y continúa su camino, sin darme siquiera la oportunidad de darle las gracias. Me quedo paralizada varios segundos, observándolo alejarse rápidamente por el pasillo hasta que su silueta desaparece por completo.

Respiro hondo y comprendo que he contenido el aire durante toda la escena. Todavía me tiemblan las manos, ahora por un motivo completamente distinto. Me toco el rostro caliente sin darme cuenta y suspiro, sintiendo el corazón martillear en el pecho.

¿Ha ocurrido de verdad? ¿Arthur Mendonça me ha defendido frente a una visitante? Ni siquiera sabía que conocía mi nombre, aunque mi cerebro insiste en recordarme que habló conmigo en el comedor días atrás.

Niego con la cabeza, intentando ordenar los pensamientos. En realidad no me miró. No directamente, no de esa forma. Fue una

coincidencia, un acto casual de defensa profesional. Pero, aun así, la manera en que pronunció mi nombre…

Me muerdo el labio y siento que las mejillas me arden todavía más. Es ridículo e infantil alimentar cualquier esperanza de que aquel gesto signifique algo. Arthur Mendonça pertenece a otro mundo, muy por encima de mi alcance. Y, aun así, mientras reanudo la atención a los pacientes con una sonrisa educada, no puedo evitar el pensamiento que aparece como un susurro obstinado al fondo de mi mente cansada:

No me importaría perder la virginidad con él.

La idea aparece de repente, me hace enrojecer con intensidad y apartar enseguida la vista hacia la pantalla del ordenador.

Al fin y al cabo, soñar es lo único que puedo hacer. Y, en ese momento, no parece tan malo permitirme ese pequeño lujo.

06.

ARTHUR MENDONÇA

Si hay algo que me molesta más que las reuniones administrativas es que las programen durante mi turno de guardia.

No porque desprecie la gestión —sin ella, el hospital se derrumbaría—, sino porque para mí cada minuto fuera del quirófano es un minuto desperdiciado en abstracciones. Y las abstracciones no salvan vidas.

A las 9:20 estoy en la quinta planta, terminando de revisar las pruebas de un paciente al que operé la semana anterior. Dos minutos más y comenzaré la ronda habitual por las UCI. La radio de mi bolsillo vibra: reunión extraordinaria a las 10:00, sala del consejo. El tono del mensaje no es una invitación. Es una convocatoria.

Le entrego el historial a la residente mientras me ajusto la bata sobre el hombro.

—Controlen la presión durante las próximas dos horas —ordeno —. Y avisen si hay cualquier variación en la saturación.

Asiente, nerviosa. Todavía no ha aprendido que, cuando digo algo, no estoy sugiriendo: estoy ordenando.

Recorro el pasillo hasta el ascensor, con el sonido de mis pasos absorbido por el suelo encerado. Mientras espero, capto fragmentos de conversaciones: diagnósticos, resultados de pruebas, comentarios sobre turnos agotadores.

Es un ruido constante que siempre me ofrece una visión general de lo que sucede en el hospital. Hoy no le presto atención. Ya estoy ocupado calculando cuánto tiempo perderé sentado a una mesa con administradores.

La sala del consejo se encuentra en la última planta del edificio administrativo: puertas dobles de madera oscura, moqueta que

ahoga cualquier sonido, cristales ahumados que filtran la luz de la mañana. Cuando entro, todos están ya en su sitio.

Me siento a la cabecera, como siempre, con la ciudad de São Paulo extendiéndose a mi espalda tras las ventanas panorámicas. Me gusta esta disposición: quien me habla contempla el reflejo de su propia expresión en el cristal y yo lo observo todo de frente.

Renata, a mi derecha, ajusta la tableta. Puntual como un metrónomo, anuncia:

—Buenos días a todos. Empezaremos de inmediato para no alterar el horario del doctor Mendonça.

Llegan las cifras: ocupación de camas, tasas de infección, duración media de los ingresos. Mientras hablan, no me limito a mirar las hojas de cálculo proyectadas en la pantalla. Observo cada microexpresión.

El director financiero parpadea más de lo normal al hablar de recortes. La responsable de suministros evita el contacto visual mientras informa sobre retrasos de proveedores. Ningún dato es completamente objetivo cuando se sabe leer a las personas.

—Siguiente punto: contratación del asistente personal de la dirección médica —dice Renata—. Ningún candidato ha cumplido los criterios establecidos por usted.

—¿Qué criterios han sido el problema esta vez? —pregunto.

—Competencias técnicas insuficientes y… —hace una pausa calculada— falta de preparación emocional para soportar el nivel de exigencia y confidencialidad.

Marcos Andrade, un administrador competente que a veces confunde eficiencia con audacia, se inclina en su silla:

—Tal vez sea el momento de revisar los criterios, doctor. Llevamos meses buscando y todavía no hemos encontrado a nadie.

La sala enmudece. Mantengo los ojos clavados en él hasta que cambia de postura.

—Los criterios no cambian. El puesto exige a alguien que no cometa errores, mantenga una confidencialidad absoluta y comprenda que es temporal. Fallar en cualquiera de esos puntos supone un riesgo. Y yo no trabajo con riesgos.

Asiente y retrocede. Renata recupera el control del orden del día, aunque todavía queda tiempo para otros dos asuntos: la ampliación de oncología y la compra de un nuevo tomógrafo. Registro mentalmente los puntos críticos y dejo que los demás resuelvan los detalles operativos.

Media hora después, Renata da por terminada la reunión. Me levanto, preparado para recuperar mi día real, el que sucede entre bisturíes y monitores, no entre hojas de cálculo y proyecciones. En el pasillo me alcanza:

—Doctor, ha aparecido un candidato prometedor para el puesto de asistente. ¿Puedo enviarle el currículum para que lo valore?

—Envíelo a mi correo.

No reduzco el paso.

Al cruzar el vestíbulo acristalado, un movimiento en el mostrador de recepción atrae mi atención. Alice está allí, tecleando, con la frente ligeramente fruncida por la concentración. Nada en la escena justifica que aminore el paso, pero lo hago. De inmediato, como una interferencia irritante, recuerdo lo que presencié antes.

La recepcionista frágil, en apariencia incapaz de enfrentarse sola a una simple visitante agresiva. Pongo los ojos en blanco mentalmente, irritado conmigo mismo por haber intervenido. No es propio de mí.

Mi pausa dura apenas medio segundo, lo suficiente para advertirla y molestarme por mi propia reacción.

Continúo hasta el ascensor. El reflejo del acero cepillado muestra lo que necesito ver: traje impecable, expresión impasible, postura erguida. Control intacto. O, al menos, eso parece.

La octava planta se abre con el sonido característico del bloque quirúrgico: el zumbido de los monitores, los pasos rápidos de los enfermeros, ese olor limpio y metálico que anuncia que todo está preparado.

Cuando termino de cambiarme, el equipo ya espera en la antesala.

—¿Situación? —pregunto mientras me lavo las manos.

—Paciente varón, sesenta y dos años, aneurisma de aorta abdominal roto. Presión inestable, hemorragia activa —responde el cirujano ayudante.

El protocolo automático toma el control. Bata estéril, guantes, mascarilla. Entro en el quirófano y todo se coloca en el lugar correcto. Aquí no hay margen para distracciones. Aquí mi mente es tan precisa como el corte de la hoja que sostengo.

—Pinzamiento proximal, ahora —ordeno, y me entregan la pinza antes incluso de que termine el gesto—. Sutura lateral, mantenga la tracción —continúo, con voz firme pero sin elevar el tono.

Cada orden se cumple de inmediato. El equipo se mueve como una prolongación de mis manos. La sangre, el campo quirúrgico, los instrumentos… todo responde a mi ritmo. Ninguna vacilación, ninguna palabra más de las necesarias.

Cuarenta y ocho minutos después, la hemorragia está controlada, el aneurisma reparado y el paciente estable. Cierro con la misma precisión con la que abro. La belleza de un procedimiento bien ejecutado consiste en devolverle al cuerpo su integridad, casi como si nada hubiera ocurrido.

Al quitarme los guantes siento esa satisfacción silenciosa y familiar: aquí soy inquebrantable. Aquí no entra nada sin mi permiso.

De vuelta en el vestuario, mientras cambio la bata por el traje, la imagen de Alice en el mostrador regresa, inoportuna. Controlar significa saber dónde colocar la atención. Y yo elijo no colocarla en ella.

Por ahora.

07.

ALICE BRAGA

El autobús se sacude más de lo normal esa mañana, pero ni siquiera eso borra la sonrisa discreta de mi rostro. Está funcionando.

Los brigadeiros se venden bien, incluso mejor de lo que imaginaba. Faltan dos días para que venza el plazo de la mensualidad y ya llevo en el bolso casi el ochenta por ciento de la cantidad que necesito, listo para ingresarlo más tarde, durante la pausa del almuerzo.

Una sensación extraña y poco frecuente de esperanza empieza a crecer dentro de mí mientras recorro el estrecho pasillo del autobús, ofreciendo los brigadeiros a los pasajeros con la sonrisa más educada y sincera que consigo mostrar, aunque esté agotada.

—¡Brigadeiros caseros! ¡Dos reales cada uno o tres por cinco! —anuncio una vez más, levantando la caja para que todos la vean.

Una señora de cabello blanco y sonrisa amable me hace una seña desde un asiento cercano. Me acerco y elige tres brigadeiros; me entrega un billete arrugado de cinco reales con una sonrisa cálida.

—Están deliciosos, cariño. Espero que consigas lo que necesitas.

—Gracias —respondo, con un nudo de gratitud en la garganta. Las personas amables son cada vez más escasas.

Guardo el billete en el bolsillo del pantalón. Más tarde lo pondré con los demás en la pequeña bolsa azul de ganchillo que doña Dalva hizo especialmente para mí, asegurando que el azul daba suerte. Tal vez sea cierto. Quizá la suerte por fin me esté sonriendo.

Un pequeño tirón en la manga me devuelve al presente. Cuando me vuelvo, encuentro dos grandes ojos castaños que me miran expectantes. Una niña de no más de cuatro o cinco años observa con atención la caja de brigadeiros que llevo en las manos.

—Mamá, quiero uno —dice en voz baja, mirando a la mujer sentada a su lado, una joven con el cabello recogido en un moño suelto y expresión agotada.

—Hoy no, hija —responde la madre con una sonrisa cansada, apretándole suavemente la mano.

Después me dirige una mirada avergonzada, claramente incómoda. Conozco demasiado bien esa mirada; yo misma la he lanzado cientos de veces a lo largo de mi vida.

Sonrío con dulzura y me agacho un poco hasta quedar a la altura de la niña.

—Oye, puedes elegir uno —le ofrezco, acercándole la caja.

La mujer abre mucho los ojos y levanta una mano en tímida protesta.

—No, señorita, no hace falta. Gracias, de verdad. Sé que los vende porque necesita el dinero, no sería justo…

La interrumpo con una sonrisa todavía más dulce y niego ligeramente con la cabeza.

—No pasa nada. Siempre preparo algunos de más precisamente para situaciones como esta. Además, el dinero nunca es lo más importante.

La madre vacila y me mira con intensidad, como si quisiera creerme pero todavía luchara contra la culpa. Bajo la voz y añado con suavidad:

—En serio, no se preocupe. A veces un brigadeiro puede cambiar un día entero. ¿No es verdad?

La mujer suspira y por fin asiente, con los ojos humedecidos.

—Sí… —murmura, emocionada—. Muchísimo. Gracias —añade en voz baja.

La niña sonríe radiante y elige con cuidado un brigadeiro. La observo dar el primer mordisco, y la expresión de pura alegría que

aparece en su carita me provoca una felicidad tan intensa como infrecuente.

—¡Gracias, señorita! —dice la niña entre sonrisas enormes y dientes manchados de chocolate.

La madre me aprieta suavemente el brazo y murmura otro agradecimiento antes de apartar deprisa la mirada. Parece a punto de llorar, y yo también desvío los ojos. No quiero invadir ese momento.

Dios sabe cuántas veces he llorado yo misma en un autobús, y tener público no es precisamente lo que más se desea en momentos así.

El autobús frena bruscamente en la siguiente parada y casi me hace perder el equilibrio. Entran nuevos pasajeros a toda prisa, apretujándose por el pasillo estrecho. Retrocedo contra los asientos y protejo la caja de brigadeiros junto al pecho mientras pasan los recién llegados.

El espacio se vuelve todavía más estrecho y sofocante. Ya estoy preparada para volver a vender cuando el vehículo por fin reanuda la marcha.

Dos de los pasajeros que acaban de subir se levantan de repente, sacan armas de la cintura y gritan unas palabras que me hielan todo el cuerpo de terror.

—¡Esto es un atraco! ¡Todo el mundo quieto! ¡Dinero, relojes, alianzas y móviles, ahora! —brama uno de ellos, con el rostro cubierto por un pañuelo oscuro.

El corazón se me desboca presa del pánico, la sangre me golpea con fuerza en los oídos mientras la adrenalina irrumpe con violencia en mi cuerpo.

—¡Todo el mundo quietecito y nadie saldrá herido! —exige el segundo hombre mientras avanza rápidamente por el pasillo, arrancando bolsos y carteras a los pasajeros con movimientos bruscos y amenazadores.

Agarro por instinto el bolsillo de la mochila donde guardo la bolsita azul, con las manos temblando desesperadamente. No, no, por favor, ahora no.

Pero es inútil. El hombre ya está delante de mí, apuntándome directamente a la cara con el arma, y la sangre se me congela de miedo.

—¡Vamos, chica! ¡Dame la mochila! —grita con agresividad, arrancándomela del hombro.

—¡No, por favor, señor! ¡No haga eso, necesito ese dinero! —suplico con la voz temblorosa, intentando sujetar la bolsa con una fuerza que ni siquiera sabía que poseía.

—¡Cierra la boca, chica! ¡Suéltala ahora o disparo! —gruñe, acercándome el arma al rostro.

Siento lágrimas calientes deslizarse por mis mejillas mientras los dedos sueltan lentamente la correa de la mochila. Él me la arranca de las manos con brutalidad y continúa por el pasillo, apoderándose de bolsos y móviles de otros pasajeros aterrorizados.

Todo sucede en pocos minutos. Los dos hombres bajan corriendo del autobús y dejan tras de sí un silencio y una conmoción absolutos.

Todo mi cuerpo tiembla con violencia, incapaz de reaccionar mientras permanezco allí, inmóvil, mirando al vacío. Las voces que me rodean suenan amortiguadas y lejanas, como si estuviera sumergida en agua helada.

Cuando por fin consigo moverme, me siento en el asiento más cercano, con las piernas flojas y débiles. Las lágrimas continúan bajándome en silencio por el rostro mientras contemplo mis manos vacías, aún temblorosas.

Mi dinero. Los brigadeiros. El ochenta por ciento que ya había logrado reunir.

Todo ha desaparecido.

Una desesperación profunda se apodera de mí, asfixiante, aplastante. Apoyo la frente entre las manos, incapaz de controlar el sollozo bajo que escapa de mi garganta.

El sueño ha durado unos minutos. La esperanza, todavía menos. Solo queda el vacío y la pregunta más dolorosa, que resuena sin descanso en mi cabeza:

¿Qué voy a hacer ahora?

08.

ARTHUR MENDONÇA

El trayecto hasta el aparcamiento subterráneo siempre ha sido mi proceso de desaceleración.

El paso gradual de la luz blanca y clínica del hospital a la penumbra fría del hormigón. El sonido constante y acompasado de mis pasos resonando sobre el suelo pulido, el aire más denso, la temperatura siempre unos grados más baja.

Es durante ese trayecto cuando empiezo a cambiar la piel del médico por la del hombre que termina su jornada. Es mi ritual y no renuncio a él.

El descenso en el ascensor al final de esa noche sigue el guion de siempre… hasta que deja de hacerlo.

El sonido llega primero como un ruido lejano, una interrupción discreta en el silencio estéril del aparcamiento. Un sonido que no pertenece a aquel ambiente impersonal. Bajo. Irregular. Casi devorado por el eco vacío. Un sollozo.

Me quedo inmóvil un segundo, como si mi cuerpo evaluara por sí solo si merece la pena investigar. Una parte de mí —la pragmática, la que conoce el valor de mantener las distancias— quiere seguir hasta el coche e ignorarlo.

Pero el sonido se repite. Bajo. Tembloroso. No es el llanto de quien quiere que lo escuchen. Es el llanto de quien quiere desaparecer. Y, contra el sentido común, cambio de rumbo.

Dirijo mis pasos hacia un rincón más apartado, más allá de las anchas columnas de hormigón. Entonces la veo.

Alice Braga está sentada en el suelo, encogida detrás de un sedán oscuro, casi invisible para quien no la busque. Rodillas contra el pecho, brazos cruzados sobre ellas, cabeza gacha.

Sus hombros tiemblan al ritmo irregular de quien lleva llorando el tiempo suficiente para haber perdido la noción de su propia postura. No hay maquillaje corrido ni representación alguna: solo la vulnerabilidad desnuda de alguien que ha dejado de intentar parecer bien.

Me detengo a pocos metros. Durante un instante, me limito a observar.

La luz tenue de las lámparas frías dibuja largas sombras a su alrededor. Esa imagen no encaja con la chica discreta que recorre los pasillos del hospital casi sin dejar rastro.

Ver a Alice así, desmontada, resulta… incómodo. No porque despierte compasión —no lo hace—, sino porque hay algo genuino allí. Algo que mi experiencia me aconseja mantener lejos, pero que mis pies se niegan a abandonar.

—Señorita Braga. —Mi voz sale baja, medida, suficiente para romper su aislamiento sin parecer invasiva.

El impacto es inmediato. Levanta la cabeza demasiado deprisa; los ojos rojos e hinchados parpadean contra la luz débil. Durante un segundo parece no saber si debe huir o justificarse.

—D-doctor Mendonça… —Tiene la voz ronca, arañada por el llanto. Se pasa el dorso de la mano por el rostro con un gesto apresurado, casi infantil, como si borrar las lágrimas pudiera borrar también lo que acabo de ver.

Doy otro paso, reduciendo la distancia pero conservando espacio suficiente para que no se sienta acorralada.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto con el mismo tono que empleo en un quirófano: directo, controlado, sin margen para desviaciones.

Se muerde el labio inferior, respira hondo y abre la boca… pero vuelve a cerrarla.

—Yo… lo siento. Ya me iba —dice por fin, y la prisa de sus palabras suena como un intento de terminar el asunto antes de

empezarlo. Intenta levantarse, pero fracasa. Le tiemblan las piernas y vuelve a encogerse en el suelo.

Me agacho y apoyo una rodilla en el suelo frío.
—He preguntado qué ha ocurrido —repito más despacio, dejando que el peso de la frase llene el espacio entre nosotros.

Me mira. No como una empleada mira a su jefe, sino como alguien que decide si merece la pena entregar un pedazo de su orgullo. Entonces dice:

—Me atracaron esta mañana. Se lo llevaron todo. El dinero de la universidad… todo. —Las últimas palabras salen como si la desgarraran por dentro—. Estaba tan cerca… faltaban dos días…

La frase muere en un sollozo.

Por dentro, catalogo la información con la frialdad que empleo en los diagnósticos. No hay heridas ni riesgo inmediato para la vida. El daño es económico, el impacto emocional, evidente. Una situación remediable. Pero mi reacción no es levantarme y marcharme.

Vuelve a bajar el rostro, como si esconderse fuera la forma más segura de enfrentarse a mí. Pero la manera en que se muerde los labios para contener más lágrimas me mantiene exactamente donde estoy.

—¿Cuánto? —pregunto.

Levanta el rostro como si hubiera dicho algo totalmente inesperado.

—No importa, doctor. Yo… encontraré una solución.

La negativa me irrita más de lo debido.
Le toco la barbilla y la obligo a mirarme de nuevo. El gesto es breve, pero deliberado.

—No me gusta repetir las preguntas, señorita Braga. ¿Cuánto?

Hay un instante de vacilación antes de la respuesta:

—Mil quinientos.

Asiento y le suelto el rostro.

—¿Por qué llevaba esa cantidad encima?

—Estaba vendiendo brigadeiros… para pagar la universidad. Es una historia larga, pero necesitaba el dinero ahora. Tengo que pagar la mensualidad dentro de dos días o lo perderé todo. —La voz le tiembla al final y vuelve a apretar los labios, conteniendo más lágrimas.

El silencio que sigue no es incómodo. Es calculado.
Me levanto y me ajusto la chaqueta.

—¿Ha terminado su turno? —pregunto, aunque ya sé que la respuesta no importa—. Venga. La llevaré a casa.

—No hace falta, doctor Mendonça, todavía tengo que… —intenta decir, pero la interrumpo.

—No era una petición. Es de noche y no está en condiciones de volver al trabajo. ¿Tiene que recoger algo del vestuario?

Niega con la cabeza.

—No. Ellos… se lo llevaron todo.

Le tiendo la mano. Vacila, pero la acepta. Sus dedos están fríos, pequeños contra los míos. Cuando la ayudo a ponerse en pie y noto su desequilibrio, apoyo la mano libre en la base de su espalda.

No es un gesto pensado. Es un reflejo. Su cuerpo se pone rígido durante un segundo antes de ceder. Obediencia. La reconozco cuando la veo.

—¿Puede caminar? —pregunto.

Asiente.

La conduzco hasta el coche, con el sonido de nuestros pasos resonando por el aparcamiento casi vacío. Alice no dice nada, pero es consciente de mi presencia de una forma que se percibe en sus hombros tensos, en la respiración medida.

Abro la puerta del acompañante. Entra sin protestar. Doy la vuelta, ajusto el asiento y arranco el motor. Mientras maniobro, veo por el rabillo del ojo que cierra los párpados e inspira profundamente.

Cansancio extremo. Agotamiento emocional. Todo en ella grita vulnerabilidad y lo más curioso es que, aun así, todavía intenta conservar una apariencia de control.

Salgo del aparcamiento y tomo la avenida principal.
No hablo. No es necesario. Para mí, el silencio revela más que cualquier pregunta. Y Alice, aun sin abrir la boca, me está diciendo mucho.

09.

ARTHUR MENDONÇA

El aire del coche sigue demasiado frío, pero no toco el mando. Quiero ver si Alice se queja, si se mueve incómoda, si me pide que lo ajuste.

No lo pide. No se mueve. Se limita a mantener los dedos entrelazados sobre el regazo, con la mirada fija en la calle como si contar farolas fuera un ejercicio de supervivencia. Subo medio punto la temperatura sin mirarla. Ninguna reacción. Lo registro.

La ciudad pasa tras la ventanilla como un borrón irregular de luces y sombras. En el quirófano, la luz nunca falla; el metal no improvisa. La calle, sí. Conozco todas las vías del trayecto, pero estoy más pendiente de ella que del camino.

El ángulo de la cabeza, la forma en que aprieta los labios, la manera casi imperceptible de morderse el interior de la mejilla… señales claras de que conserva el control por pura obstinación.

Siempre he preferido el silencio. Siempre lo he necesitado.
El silencio es una herramienta, no un consuelo. Mantiene las líneas limpias, evita ruidos innecesarios y garantiza que solo lo importante disponga de espacio.

En mi vida, el orden y la precisión no son virtudes, sino requisitos previos. Y nada ayuda más a conservar la precisión que la ausencia de sonido. Pero el silencio dentro del coche esa noche no tiene nada de funcional.

Es un silencio vivo, denso, y le pertenece por completo a ella. De los que no solo llenan un espacio, sino que lo transforman. De los que se adhieren a la piel.

Alice no me mira. No mueve las manos, no se ajusta el cinturón, no se aclara la garganta para romper la atmósfera. Solo contempla

la ventanilla, con la barbilla ligeramente baja, como si no quisiera arriesgarse a encontrar mi reflejo en el cristal.

Su uniforme sigue impecable; desde lejos, cualquiera pensaría que es una empleada más que termina el turno. Pero de cerca… De cerca parece desnuda.

No en sentido físico. Es el despojo de quien ya no tiene energía para mantener las defensas en pie. Vergüenza, vulnerabilidad, dolor en carne viva… todo expuesto. Cosas que aprendí muy pronto a no permitir que otros vieran. Cosas que, si quieres sobrevivir en mi mundo, tienes que enterrar muy hondo.

Y eso me molesta. Más de lo que debería. Más de lo que estoy dispuesto a admitir.

Mantengo las manos en el volante y los ojos en la calzada hasta que la tensión empieza a acumularse como electricidad antes de una tormenta. Necesito romper el ciclo.

—En algún momento sería útil saber adónde conduzco —digo sin apartar la mirada de la avenida, pero con un tono lo bastante seco para arrancarla del trance.

La reacción es inmediata. Parpadea varias veces, confusa, y después sus mejillas se tiñen rápidamente de rojo al comprender a qué me refiero.

—Dios mío, doctor Mendonça, yo… —se lleva una mano al rostro, como si quisiera esconderse—. No le he dicho la dirección, lo siento. Estaba distraída y…

—Alice. —La interrumpo. Su nombre en mi boca suena más directo de lo que pretendía, pero no retrocedo—. Dígame dónde es.

Respira hondo y baja las manos.

—Vila Andrade, cerca de Jardim São Luís. Rua dos Cravos, número ciento cuarenta y tres. Es… muy sencillo.

«Muy sencillo» es un eufemismo generoso. Conozco la zona. Calles mal iluminadas, edificios con un mantenimiento mínimo y más

de una denuncia policial por semana. La clase de lugar que convierte los atracos en rutina.

Introduzco la dirección en el GPS y vuelvo a acelerar. Podría dejar que el silencio cayera otra vez, pero decido no hacerlo. Quizá para mantener su mente ocupada. Quizá para mantener ocupada la mía.

—¿Hace mucho que vive allí? —pregunto, conservando un tono neutro.

—Dos años. Desde que vine a São Paulo. Vivo con doña Dalva. —Una pausa—. Es como si fuera mi abuela, pero no lo es. Le alquilo… una cama.

Vuelvo apenas el rostro mientras proceso la información. Una cama, no una habitación. Eso me da una idea más clara de su nivel de vida.

—¿Siempre regresa sola a estas horas? —pregunto, rompiendo el silencio antes de que eche raíces.

—Casi siempre. —La respuesta llega baja, sin vacilación, pero ese «casi» no escapa a mi atención.

Casi. Deja espacio para excepciones. Y las excepciones implican variables; las variables merecen ser vigiladas. No pregunto quién la acompaña las pocas veces que no vuelve sola. Si resulta relevante, lo averiguaré de otro modo.

El semáforo se cierra. Un motorista se detiene a nuestro lado, vuelve la cabeza y tarda demasiado en mirar hacia el interior del coche. Sus ojos se fijan en el asiento del acompañante.

Alice no se da cuenta. O finge no hacerlo. Yo sí. En cuanto cambia la luz, acelero más de lo necesario, lo suficiente para apartarlo de mi campo de visión. Ella se agarra al reposabrazos de la puerta por reflejo, sus dedos pequeños aferrándose al tejido.

—¿Puede dormir en un coche en marcha? —pregunto sin mirarla.

La pregunta parece fuera de lugar y tal vez sea precisamente por eso por lo que la formulo. Quiero ver cómo reacciona.

—No demasiado. No suelo confiar… así.

La pausa antes de la última palabra contiene más de lo que admite su tono. «Así» puede significar muchas cosas. Desconocidos. Hombres. Yo.

Cambio de marcha con calma.

—Entonces hablaremos. Cuénteme algo sobre doña Dalva.

El efecto es inmediato. La tensión de sus hombros cede un poco y comprendo que hablar de esa mujer funciona como un refugio.

Las historias llegan en fragmentos: una receta, un comentario gracioso, detalles sobre cómo organiza la cocina. No es un discurso ensayado, sino recortes de una vida cotidiana sencilla. La clase de relato que dice más del vínculo entre dos personas que de los hechos en sí.

—¿Ha pensado en pedirle que aplace el alquiler para poder pagar la mensualidad? —pregunto.

Esboza una sonrisa pequeña y cansada.

—Ojalá. Doña Dalva necesita el dinero para sus medicinas. Tiene cáncer. Son caras. Solo me tiene a mí.

Otra pieza encaja. Y otro dato que no sabía que quería hasta que me lo ha entregado.

—El hospital tiene un programa de suministro de medicamentos para familiares de empleados —digo—. Incluye tratamientos oncológicos.

Niega con la cabeza.

—Solo para empleados fijos. Estoy en el segundo mes del periodo de prueba. Y doña Dalva no es mi abuela de verdad…

—Vive con usted —la interrumpo—. Es suficiente. Y el periodo de prueba puede ignorarse. Mañana, a las nueve, estará resuelto. Hablaré con quien sea necesario.

Vuelve la cabeza tan deprisa que casi me hace reír, pero no lo hago.

—¿Lo jura?

—No hago promesas vacías, Alice. —Detengo el coche en el semáforo y la miro—. Recibirá el tratamiento. Puede dejar de preocuparse por eso.

La tensión de su rostro disminuye un poco. No toda, pero sí lo suficiente para que vea el alivio.

—Gracias, doctor Mendonça. No sabe lo importante que es esto.

—Me lo imagino. —Hago una breve pausa—. Y puedes llamarme Arthur. No estamos en el hospital.

Vacila antes de asentir. El semáforo cambia y vuelvo a conducir. Mis preguntas llegan antes de que decida si quiero formularlas.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

Demasiado joven para llevar tanto peso sobre los hombros.

—¿Y tú? —se atreve a preguntar.

—Cuarenta y dos.

Me mira rápidamente, como si me evaluara.

—No lo pareces.

—¿Eso es un cumplido? —pregunto sin alterar el tono.

Se ruboriza.

—¡Sí! Es un cumplido.

Su rubor podría pasar inadvertido para cualquier otro. No para mí.

—¿Cuántos días llevas sin dormir? —pregunto de repente.

Parpadea, confusa.

—Yo…

—Soy médico, Alice. —Miro al frente—. He visto las señales. ¿Cuánto tiempo?

Suspira.

—Unos diez días. Necesitaba preparar los brigadeiros. Esta mañana creí que conseguiría venderlos todos y dormir un poco. Ahora… —la voz le falla— ahora no podré cerrar los ojos.

El diagnóstico mental es instantáneo: privación del sueño, agotamiento físico, vulnerabilidad inmunitaria. En alguien con antecedentes de leucemia no es solo imprudente, sino peligroso. Pero no lo digo. Todavía no.

—¿Has presentado una denuncia? —pregunto.

—No. Si hubiera ido a comisaría, habría perdido el trabajo de hoy. No puedo faltar durante el periodo de prueba.

—Alice, hoy no tenías que haber ido a trabajar. Si hubieras presentado la denuncia, mañana podrías entregarla y te justificarían la ausencia.

—Lo sé, pero no quería decepcionar a nadie. Como he dicho, todavía estoy en el periodo de prueba. No puedo arriesgarme a perder esta oportunidad.

—Cuidarte no habría decepcionado a nadie. El Jardim Coração valora mucho el bienestar físico y mental de sus empleados. —Hago una breve pausa—. Yo lo valoro.

Alice se limita a asentir en silencio, visiblemente incómoda, y el silencio regresa al coche durante unos instantes.

—Sabes que puedes presentar la denuncia por internet, ¿verdad? —pregunto, rompiendo el silencio una vez más.

Levanta la cabeza rápidamente, sorprendida por la información.

—No, no lo sabía. —Su expresión se ilumina con una esperanza repentina—. Puedo hacerlo mañana en la sala de descanso del hospital. No tengo ordenador. Y mi móvil… también se lo llevaron.

Otro elemento para la lista.

—Con la denuncia puedes solicitar una nueva prórroga para pagar la mensualidad. Muchas instituciones tienen políticas específicas para casos como el tuyo.

Alice levanta los ojos de inmediato, con una sorpresa genuina estampada en su rostro delicado. Durante un breve momento, una brillante llama de esperanza prende en su mirada.

—¿En serio? ¿De verdad puedo hacerlo?

—Puedes. Es tu derecho. Has sido víctima de un delito grave e imprevisto. Eso sirve como justificación legal para una prórroga excepcional. Estoy seguro de que tu universidad tiene mecanismos internos para atender casos así.

Sin embargo, su expresión cambia bruscamente antes de que termine la frase. Los ojos vuelven a apagársele y parece marchitarse delante de mí; aquella breve animación desaparece con la misma rapidez con la que surgió.

—Ese ya es el plazo ampliado —responde—. La universidad lo hizo por doña Dalva. Dijeron que no podían prorrogarlo otra vez.

Para ella, el caso parece cerrado. Para mí, no.

—Aun así, es un hecho nuevo. —Inclino ligeramente la cabeza—. No se trata de pedir un favor, sino de ejercer un derecho.

Me mira como si quisiera creerme. Sé que quiere hacerlo.

El coche continúa y la ciudad empieza a cambiar de aspecto. Las calles más iluminadas dan paso a farolas defectuosas, aceras rotas y fachadas cansadas. La clase de escenario que no sostiene promesas ni cuerpos durante demasiado tiempo.

Nos quedan poco más de diez minutos hasta el destino. Me parece tiempo suficiente para profundizar.

—Has dicho que tuviste leucemia durante la adolescencia, ¿verdad? —pregunto después de unos segundos sin que ninguno hable.

Alice me mira y asiente despacio.

—Tenía quince años cuando lo descubrí. —Se muerde el labio inferior, no por nerviosismo, sino por la costumbre de quien ha aprendido a ordenar sus pensamientos antes de hablar—. Fue una época muy complicada.

—Me lo imagino. ¿Quién cuidó de ti entonces? ¿Tus padres?

Baja los ojos hacia sus propias manos, entrelazadas sobre el regazo. Tarda varios segundos en responder.

—No exactamente. Soy del interior, de Ribeirão Preto. Mis padres están vivos, pero… nunca tuvieron mucho dinero ni paciencia para ocuparse de mí. Cuando enfermé, todo empeoró. No eran capaces de afrontar ni la enfermedad ni el tratamiento. Así que terminaron cuidándome las monjas de un convento que colaboraba en un proyecto social con un hospital. —Hace una breve pausa y esboza una sonrisa pequeña que no le alcanza los ojos—. La hermana Cecília prácticamente me adoptó durante el tratamiento. Casi vivía en el hospital. Cuando me dieron el alta, me quedé en el convento. Mis padres ya no veían motivo para recogerme. Supongo que era un problema demasiado grande para ellos.

La indignación no es una emoción que suela nombrar, pero eso es lo que arde bajo la superficie. No por lástima —esa es fácil, perezosa —, sino por la rebelión silenciosa de saber que alguien como ella, que aún conserva rastros de luz incluso agotada, fue descartada por quienes deberían haber sido su primer círculo de protección.

—¿Por eso viniste a São Paulo? —pregunto, manteniendo el tono neutro.

—Sí. En cuanto cumplí los dieciocho, dejé el convento. Doña Dalva conocía a la hermana Cecília. Ella consiguió ponerse en contacto y me ayudó cuando llegué.

Cuanto más habla, más difícil resulta cumplir la promesa tácita que me hice de no abrir esa caja. Alice Braga es la clase de variable que desbarata cualquier previsión. Y a mí me gustan las previsiones.

—¿No volviste a hablar con tus padres?

—No. No tiene sentido insistir en algo que no existe. —Levanta la mirada y lo que veo no es ira ni dolor, sino aceptación—. La familia no tiene por qué ser quien te trajo al mundo. Puede ser quien decide quedarse cuando todo lo demás se marcha.

Trago saliva. Mi relación con mi padre es difícil, pero el abandono absoluto es un territorio que ni siquiera él cruzaría. Su conformismo me incomoda. El conformismo es peligroso: echa raíces, te acostumbra a aceptar menos de lo que deberías.

El GPS anuncia que estamos a dos minutos del destino, pero reduzco la velocidad antes de doblar la esquina. Quiero observar el entorno. Veo grupos en las aceras, dos bares todavía abiertos, música alta en uno de ellos. La miro de nuevo. Mantiene el cuerpo ligeramente encogido, como si intentara hacerse más pequeña.

Aparco frente al número que me ha dado. Es una casa encajada entre otras dos, aunque tal vez «casa» sea una palabra demasiado generosa para definir la construcción. Verja baja, pintura descascarillada, iluminación deficiente, forma estrecha. ¿Cuántas estancias caben allí? ¿Dos? No más de tres, desde luego.

No me gusta. Me quito el cinturón despacio, sin dejar de observar la entrada. Alice tarda un segundo en moverse.

—Gracias por lo de hoy —dice, con la mano ya en la manilla pero sin mirarme—. … Arthur. —El nombre sale tímido.

Asiento.

—No tienes que darme las gracias. Limítate a cuidarte.

Abre la puerta, pero antes de salir se muerde el labio: un gesto pequeño, involuntario, cargado de algo que no es solo nerviosismo.

Me quedo allí unos segundos más, con el coche encendido, una mano en el volante y una irritación creciente, no solo por el lugar, sino por el hecho de que ya estoy pensando cómo evitar que vuelva a hacer sola ese trayecto.

Y lo más irritante es saber que esta reacción ya no es puntual. Es un patrón.

Saco el móvil y escribo dos mensajes:

Para Renata: incluir a Dalva de Oliveira, conviviente de la empleada Alice Braga, recepcionista, en el Programa Farmacéutico. Prioridad. Hoy.

Para Seguridad: registrar entrada/salida en Rua dos Cravos, 143, de 19:00 a 23:00. Discreto.

Pongo la marcha atrás. Algunas cosas las reparo antes de que se rompan.

10.

ALICE BRAGA

La impresora emite un ruido bajo y escupe la última página de la denuncia que acabo de registrar por internet.

La retiro de la bandeja con cuidado y repaso las líneas frías que describen, de manera casi impersonal, uno de los peores momentos de mi vida.

Mi nombre completo, el número del autobús, la calle, la hora, lo que se llevaron. Leerlo todo otra vez me devuelve la opresión en el pecho, pero, curiosamente, no es esa la sensación que más me domina esta mañana.

He llegado antes al hospital precisamente para asegurarme de poder imprimir la denuncia antes de empezar el turno. Estoy agotada, las piernas todavía parecen temblarme y me arden los ojos por la falta de sueño.

Pero, incluso en medio del cansancio y del caos en el que se ha convertido mi vida durante las últimas veinticuatro horas, es el recuerdo de la noche anterior lo que hace latir todo mi cuerpo con una inquietud que nunca había experimentado.

Es el recuerdo de la noche anterior. El coche, su silencio, las preguntas que llegaban en el momento exacto para sacarme de mi burbuja, la promesa sobre doña Dalva.

He repasado cada detalle tantas veces durante la madrugada que, si cerrara los ojos, podría reconstruir todo el trayecto. Y cuanto más intento apartarlo, más parece insistir mi cuerpo en recordarlo.

Cada palabra intercambiada, cada mirada que lanzaba en mi dirección, el tono suave, firme, casi protector con el que me hablaba. Cada detalle está grabado en mi memoria con una precisión que debería ser imposible, teniendo en cuenta mi estado emocional.

Suspiro profundamente y niego con la cabeza en un intento inútil de alejar esos pensamientos mientras camino hacia recepción.

Tengo que guardar la denuncia en uno de los cajones hasta que termine el turno, cuando iré a la universidad a suplicar otra prórroga. Se me oprime el pecho solo de pensarlo, pero antes de que consiga ordenar una sola idea concreta me interceptan en cuanto llego al mostrador.

—Alice, espera —me llama Amanda, otra recepcionista, levantando rápidamente una mano con expresión curiosa y animada —. El doctor Mendonça ha pedido que vayas a su despacho en cuanto llegues.

Me detengo de golpe. El corazón me da un salto tan violento que me sorprende que nadie más pueda oírlo. Siento que el rostro me arde y respiro hondo, intentando recuperar el equilibrio.

—¿Ahora?

—Ahora. —La comisura de su boca se eleva en una sonrisa llena de segundas intenciones—. Y fue muy específico: inmediatamente.

Asiento, intentando que no se note que me han empezado a sudar las manos. Inclina la cabeza y me evalúa con una sonrisa sugerente.

—¿Puedo preguntar el motivo de esta convocatoria especial?

Trago saliva, completamente desconcertada. ¿El motivo? A mí también me encantaría saberlo.

Arthur prometió resolver el tratamiento médico de doña Dalva, pero imaginaba que se pondría en contacto conmigo alguien de Recursos Humanos o algún empleado del área administrativa. Nunca pensé que volvería a reunirme en persona con el mismísimo Arthur Mendonça tan pronto.

—No sé el motivo.

—Entonces ve a descubrirlo —me aconseja Amanda con un guiño, demasiado divertida por mi incómoda situación—. Y, si quieres un

consejo, date prisa. Al doctor insensible no le gusta esperar.

No necesita repetirlo. Me vuelvo con la denuncia apretada entre los dedos y me dirijo al ascensor. En cuanto se cierran las puertas, me apoyo contra la pared de acero frío y suelto el aire lentamente, como si pudiera obligar a mi corazón a reducir el ritmo. No sirve de nada.

Cuando el ascensor se abre en la última planta, me arreglo el pelo y camino hasta la puerta de cristal esmerilado. Su secretaria levanta la mirada por encima de una pila de documentos.

—Puede entrar, señorita Braga. La está esperando.

Doy las gracias y empujo la puerta. Arthur está detrás del escritorio, camisa impecable, mirada directa. No sonríe ni me indica que me acerque; se limita a observarme hasta que me detengo frente a la silla opuesta.

—Buenos días, Alice. —Su voz es baja, firme—. Siéntate.

Obedezco. No dice nada durante unos segundos; deja que el peso del silencio trabaje, como si quisiera medir lo que hago con él.

—¿Has dormido? —pregunta, como si fuera otra comprobación rutinaria.

Desvío la mirada.

—No mucho.

—Me lo imaginaba. —No añade nada más, pero la forma en que entorna los ojos dice que ha archivado la información—. Recursos Humanos ya ha autorizado tu acceso al programa comunitario. Hoy mismo se pondrán en contacto contigo para registrar a doña Dalva.

Me trago el nudo que se forma en la garganta.

—Gracias.

Ignora el agradecimiento, toma un papel y lo desliza hacia mí.

—Esto cubre la cantidad que perdiste ayer.

Bajo los ojos. Mil quinientos reales. Me falta el aire durante un segundo.

—Arthur… Doctor —me corrijo de inmediato—. Doctor Mendonça, no puedo aceptarlo. —Coloco la denuncia sobre la mesa, como prueba de que tengo un plan—. Voy a intentar conseguir otra prórroga de la mensualidad. Aunque pague ahora, el mes que viene…

—No es un regalo —me interrumpe, con una voz que corta cualquier intento de negativa—. Es un adelanto.

Levanto la mirada hacia la suya.

—¿Un adelanto… de qué?

Arthur se recuesta en la silla y me evalúa como si escogiera la forma más eficiente de decir lo que viene a continuación.

—Asistente personal de la dirección médica. El puesto depende de mí. Yo elijo quién lo ocupa. Te lo estoy ofreciendo.

Me quedo muda.

—¿A mí?

—Sigues instrucciones. Mantienes la confidencialidad. No generas ruido. Eso es poco común. —Apoya los codos sobre la mesa—. Y lo poco común me interesa.

Mi mente corre. Es una oportunidad absurda. Pero también es Arthur Mendonça.

—¿Y si digo que sí?

—Empiezas hoy. —La respuesta llega sin vacilación—. El sueldo cubrirá tus gastos con holgura. Tendrás estabilidad. Y yo estaré observando.

La propuesta no tiene nada de «amable». Es clara, directa e irresistible. No sé si el frío del estómago es miedo o alivio.

—Acepto.

Un mínimo atisbo de satisfacción cruza su rostro antes de desaparecer.

—Perfecto. Pasa por Recursos Humanos para firmar el contrato y, después, sal a renovar tu vestuario. Mañana te quiero lista a las siete.

Parpadeo.

—¿Renovar mi vestuario?

—No hay uniforme. —Habla como si fuera evidente—. Me acompañarás a todos los compromisos externos. La apariencia forma parte del trabajo. Recursos Humanos te entregará el presupuesto y la lista de tiendas.

Asiento, todavía intentando asimilarlo. Me levanto para salir, pero su voz me retiene en la puerta:

—Alice.

Me vuelvo.

—Regla número uno: no llegues tarde.

Asiento otra vez y solo cuando cierro la puerta comprendo que he estado conteniendo la respiración desde que entré.

El trayecto hasta Recursos Humanos parece más largo de lo habitual. Cada paso va acompañado del recuerdo de cómo dijo estaré observando. No era una figura retórica. Arthur no habla por hablar.

La responsable del departamento, una mujer llamada Patrícia, ya me espera en la puerta cuando llego.

—¿Señorita Braga? Entre, por favor. —Me conduce hasta la mesa, donde ya hay un contrato impreso sobre el cristal—. El doctor Mendonça ha llamado personalmente. Dijo que necesitaba agilidad.

Claro que lo dijo.

Firmo las hojas que ella va pasando, una a una, casi sin tiempo para leer más que lo esencial. Puesto: asistente personal de la

Dirección Médica. Salario: más de lo que jamás imaginé que podría ganar. Prestaciones: todas.

Cuando termino, Patrícia abre una carpeta más pequeña y saca un sobre grueso.

—Aquí tiene el presupuesto para renovar su vestuario. La lista de tiendas y profesionales autorizados. Las compras deben realizarse hoy y tendrá que enviarme los recibos mañana por la mañana.

Sostengo el sobre como si pesara más de lo que pesa en realidad.

—¿Hay… algún criterio específico?

—Sí. —Sonríe de manera protocolaria, pero la respuesta sale como si ya la hubiera ensayado—. Prendas adecuadas para acompañar al doctor Mendonça. Las tiendas ya saben qué deben enviar.

No hacen falta más explicaciones. Sé exactamente qué significa: nada demasiado llamativo, nada demasiado informal, nada que no supere la regla invisible de aprobación que él lleva dentro de la cabeza.

Patrícia me entrega una tarjeta corporativa temporal, válida solo para las compras de ese día, y me acompaña hasta la puerta.

—Ha pedido que, si es posible, lo termine todo antes de que acabe la tarde.

Es menos una petición que una sentencia.

Las dos primeras tiendas son exactamente como imaginaba: espacios silenciosos, luz blanca impecable, dependientas que se mueven como si se deslizaran por el suelo. Enseño la lista e inmediatamente se forma un equipo a mi alrededor, separando prendas, tomando medidas, sugiriendo combinaciones.

No estoy acostumbrada a que me traten como una prioridad. Es extraño. Casi incómodo. Pero, a medida que los percheros se llenan de opciones, percibo el patrón: cortes precisos, colores neutros,

tejidos que no se arrugan con facilidad, zapatos que combinan elegancia y sentido práctico.

En algún momento me encuentro frente al espejo con una americana estructurada y pantalones de vestir. Es como contemplar una versión de mí cuya existencia desconocía. Más… pulida. Más controlada. Menos… mía.

—Estas prendas se entregarán esta noche en la dirección que usted indique —informa la dependienta con una sonrisa.

Pienso en decir «mi casa», pero la imagen del barrio, la verja baja y la acera mal iluminada me hace vacilar. A Arthur no le gustaría que las entregaran allí, pero ¿adónde más podría enviarlas?

Cuando salgo de la última tienda ya es el final de la tarde. El sobre de Recursos Humanos está vacío y solo llevo una bolsa con dos cambios de emergencia para el día siguiente. El resto llegará por la noche.

Tomo el metro e intento ignorar la extraña sensación que me acompaña desde que salí del hospital. No es solo el cambio brusco en mi rutina.

Es el hecho de que cada etapa de ese día —contrato, compras, plazos— ha sido decidida por él, dirigida por él, y que, de algún modo, yo no he sentido la necesidad de cuestionar nada.

Arthur no me pidió mi opinión sobre lo que consideraba necesario para el trabajo, algo que era de esperar. Pero tampoco preguntó por mis gustos ni por mi disponibilidad para atender los suyos. Se limitó a determinarlo. Y, para mi sorpresa, una parte de mí piensa que… así es más fácil.

11.

ALICE BRAGA

El despertador suena a las cinco y media, pero llevo despierta al menos veinte minutos.

No por ansiedad, sino porque, aunque estoy agotada, el sueño ya no llega como antes de que dejara de dormir para preparar brigadeiros. Tal vez sea la cantidad de información nueva. Tal vez el peso de saber que, a partir de hoy, pasaré cada minuto de la jornada —y buena parte de los anteriores y posteriores— al lado de Arthur Mendonça.

La ropa que he elegido está doblada sobre la silla desde la noche anterior. Pantalón negro de vestir, camisa blanca con un corte sutilmente entallado y zapatos de salón bajos, nuevos, todavía con olor a cuero. Me visto despacio, cuidando que cada pliegue y cada botón queden en su sitio.

Cuando termino, me miro al espejo y necesito varios segundos para reconocerme. No parezco la recepcionista que pasa inadvertida tras el mostrador. Parezco… funcional. Preparada. Más que eso: parezco formar parte de un escenario que no es mío, pero en el que tendré que actuar a la perfección.

El chófer me espera frente a la casa de doña Dalva, apoyado en el coche negro que parece absorber la escasa luz de la mañana. Abre la puerta con un gesto discreto y el silencio del trayecto es absoluto, la clase de silencio que Arthur cultiva.

Si alguien me hubiera dicho dos días atrás que entraría al Hospital Jardim Coração por la puerta principal, vestida con ropa cara e impecable, con un móvil nuevo en el bolsillo y un portátil ligero y sofisticado en las manos, me habría reído hasta quedarme sin aire. Y, aun así, eso es exactamente lo que ocurre esta mañana.

Cuando cruzo el vestíbulo principal hacia el ascensor, no consigo contener la sonrisa absurda e incrédula que aparece espontáneamente en mi rostro.

Por nerviosa e insegura que me sienta durante el primer día en un puesto tan importante, es imposible no experimentar una alegría pura e infantil ante todas las cosas increíbles que han sucedido en apenas veinticuatro horas.

Cuando llegamos, todavía faltan quince minutos para que empiece la jornada. Espero que eso me permita pasar por mi antiguo puesto y despedirme de Amanda, pero en cuanto entro en la planta de la dirección, la secretaria pelirroja levanta la mirada y dice:

—Ha pedido que entre en cuanto llegara.

Ha pedido, no… ha ordenado.

Arthur está de pie junto al escritorio, con las mangas de la camisa dobladas hasta los antebrazos. Mira el reloj antes de mirarme y el gesto, aun sin palabras, hace que mi columna se enderece automáticamente.

—Has llegado a tiempo —dice como quien marca un acierto en un informe—. Siéntate.

Obedezco. La silla frente a él es cómoda, pero la forma en que ocupa el espacio vuelve imposible relajarse.

Desliza hacia mí una agenda encuadernada, ya rellenada en parte.

—Esta es tu base. —El bolígrafo que sostiene señala líneas y horarios como si trazara un mapa—. Iré añadiendo compromisos a lo largo del día. Serás responsable de garantizar que nada se retrase y de recordarme lo que figura en el papel si estoy ocupado con otra cosa.

Asiento, pero no ha terminado.

—También quiero que filtres y priorices todos los correos que no sean estrictamente clínicos. Eso incluye asuntos administrativos,

invitaciones y cualquier intento de contacto personal.

La palabra personal queda allí, suspendida, como si pesara más de lo necesario.

—Entendido.

Me observa durante un instante que parece más largo de lo que es.

—La primera reunión empieza dentro de veinte minutos. Antes quiero que vengas conmigo a traumatología.

—¿Para…? —me atrevo a preguntar.

—Para que veas cómo manejo determinadas situaciones. —La respuesta es seca, pero no áspera—. Así aprenderás más deprisa.

***

Traumatología está concurrida, pero Arthur recorre el pasillo como si la confusión que lo rodea no existiera. Saluda a dos médicos, formula tres preguntas rápidas sobre un caso y, sin reducir el paso, me da instrucciones en voz baja:

—Anota el nombre de ese paciente. Quiero el historial completo en mi mesa antes de que termine la mañana.

No hay pausa para «por favor» o «¿puedes?». Solo lo que quiere, cuando lo quiere. Y, sorprendentemente, yo me limito a asentir y tomar nota.

Así continúa hasta que volvemos al ascensor. Cuando se cierran las puertas, me lanza una mirada lateral, casi evaluadora.

—Hasta ahora no has cuestionado ninguna de mis instrucciones.

—No había motivo para cuestionarlas.

Se le mueve un músculo en la comisura de la boca, como si quisiera sonreír pero no lo hiciera.

—Veremos cuánto dura eso.

El resto de la mañana es una prueba constante: plazos cortos, decisiones rápidas, agendas modificadas en el último minuto. No levanta la voz ni necesita repetir nada. Basta una mirada o un mínimo cambio de tono para que yo sepa que algo debe hacerse en ese instante.

Al mediodía, cuando la reunión por fin termina, recoge la agenda que tengo delante y escribe una nota rápida.

—No está mal para el primer día. Pero recuerda, Alice… —levanta la vista y me inmoviliza con ella—, aquí la puntualidad es lo mínimo. Lo que espero es precisión.

No dice que sea un elogio. No hace falta.

***

El restaurante no tiene letrero en la puerta y la fachada discreta se parece más a la entrada de un edificio residencial que a un lugar donde comer. En el coche, Arthur ya me ha advertido: «No toques el móvil. No hables más de lo necesario. Observa».

No podría olvidarlo aunque quisiera.

El maître nos recibe con un saludo contenido que, aun así, rebosa deferencia. Nos conduce hasta una mesa aislada al fondo, donde ya esperan dos hombres. Ejecutivos, a juzgar por el corte de sus trajes y la forma en que mantienen la espalda demasiado recta para estar cómodos.

Arthur hace las presentaciones con el mínimo de palabras.

—Alice Braga, mi asistente.

Asiento con educación y estrecho las manos que me tienden. Uno de ellos aprieta con demasiada fuerza, como si quisiera medir algo. No sé si lo percibe, pero Arthur inclina ligeramente la cabeza hacia mí, un gesto tan breve que parece un error de postura.

Lo entendemos: yo, que no debo mostrar incomodidad; él, que me señala que lo ha advertido.

La conversación empieza con cifras. No médicas, sino administrativas. Proyecciones de costes, contratos de suministro, plazos de entrega. Me concentro en seguirla y registrar mentalmente los puntos clave, un hábito que Arthur ya parece esperar de mí.

En medio de una explicación más larga, se inclina apenas hacia un lado y habla lo bastante bajo para que solo yo lo oiga:

—Anota esos nombres. Quiero que compruebes sus antecedentes antes de que termine el día.

Inclino la cabeza en señal de conformidad sin dejar de escribir en el cuaderno que tengo delante.

Cuando llega el camarero, Arthur no me pregunta qué quiero. Pide por mí:

—Para ella, ensalada de hojas verdes y lenguado a la plancha. Sin salsas.

Mi primer impulso es abrir la boca para protestar, pero vuelvo a cerrarla de inmediato. Su expresión no deja espacio para preguntas.

—¿Algún problema? —pregunta, aunque ya conoce la respuesta.

—Ninguno —respondo, manteniendo la voz neutra.

Hay algo calculado en ello. Quiere saber si seré capaz de conservar la compostura incluso cuando no controle los detalles.

Entre un plato y otro, los ejecutivos desvían la conversación hacia temas triviales: viajes, clima, fútbol. Arthur no habla mucho, pero cuando lo hace todos escuchan.

Comprendo que parte de ese respeto no proviene solo de sus palabras, sino de la cadencia, de la pausa antes de cada respuesta, como si otorgara al silencio el mismo peso que al sonido.

En un momento determinado, uno de ellos me formula una pregunta directa:

—¿Y qué tal es trabajar para el doctor Mendonça?

Siento converger las miradas. Respiro despacio.

—Intenso —respondo con una sonrisa breve—. Pero productivo.

Arthur no me mira, pero veo moverse imperceptiblemente la comisura de su boca, como si aprobara la elección de la palabra.

Cuando termina el almuerzo, se levanta primero, saluda a los dos hombres y me guía hacia la salida con una mano en la base de la espalda. El contacto es mínimo, casi protocolario, pero contiene el mismo subtexto que todo en él: dirección.

En el coche, antes incluso de que el chófer arranque, habla:

—No ha estado mal. —Se vuelve ligeramente hacia mí—. Pero has vacilado al responder.

—Quería ser sincera.

—Sinceridad no es vacilación. —Sus ojos se fijan en los míos, firmes pero no hostiles.

Asiento y guardo la lección como quien guarda una llave nueva. El resto del trayecto transcurre en silencio. No de los que pesan, sino de los que preceden a la siguiente prueba.

12.

ARTHUR MENDONÇA

El almuerzo no trata de contratos. Todavía no.

Las cifras, las cláusulas y las proyecciones son secundarias; podría resolverlas sin salir del hospital. El objetivo es otro: colocar a Alice fuera del entorno previsible y comprobar si se hunde o nada.

Ella no lo sabe, pero está siendo evaluada desde el momento en que entra en el coche.

La elección del restaurante, de los invitados, incluso de la mesa: todo es intencionado. Un lugar donde las miradas pesan, las conversaciones se calibran y cada reacción dice más que cualquier currículum.

Sobre el papel, Alice Braga no existe para el puesto que le ofrecí. No tiene la formación exigida, no domina las herramientas, carece de una red de contactos y, hasta ayer, no sabía nada sobre cómo desenvolverse en reuniones de alto nivel. Pero un currículum no mide el instinto. Y ella tiene instinto.

Puede que nunca haya sido indulgente con los otros candidatos que tampoco cumplían los requisitos, pero ninguno me miró de aquel modo en el aparcamiento.

Ninguno sostuvo mi mirada incluso con miedo.
No es algo que explique. No es algo que acostumbre a perdonar, mucho menos a premiar. Pero en ella no pareció debilidad. Pareció… resistencia.

La misma que observo ahora mientras se presenta: postura erguida, sin exagerar la sonrisa, mano firme al estrechar las otras. No se encoge, pero tampoco intenta ocupar un espacio que no le pertenece.

Durante la conversación mantiene los ojos atentos, no solo a mí, sino a lo que sucede en la mesa. Capta los nombres, los matices, lo que no se dice. Cuando le pido que anote algo con discreción, lo hace sin apartar la atención del diálogo y sin la menor vacilación.

Cuando uno de los hombres pregunta qué tal es trabajar para mí, veo el microsegundo de cálculo antes de la respuesta. Sí, vacila, y vacilar puede salir caro. Pero elige la palabra adecuada.

«Intenso». No me halaga, no me menosprecia, no intenta resultar ingeniosa. Es objetiva. Y, cuando eres nuevo en el juego, la objetividad es supervivencia.

La mayoría de las candidatas que entrevisté para el puesto fallaban en el mismo punto: querían agradar. Creían que su función era resultar agradables. Alice, en cambio, parece comprender casi por instinto que su valor reside en ser funcional.

Es el mismo razonamiento que aplico a un buen equipo quirúrgico: no necesito ayudantes que me sonrían; necesito personas que anticipen un movimiento, mantengan la calma y no rompan el ritmo.

Alice puede aprender la técnica. Lo que no se enseña es la combinación de percepción, discreción y resistencia que ya ha demostrado. Cuando salimos del restaurante, ya ha superado mis pruebas iniciales. El almuerzo ha sido más una confirmación que un descubrimiento.

Y la verdad —esa que no verbalizo ni ante mí mismo— es que la decisión de anoche, la de ofrecerle el puesto, no fue impulsiva. Fue consecuencia de un patrón que ya venía observando.

En recepción, cuando mantuvo un tono firme incluso frente a una visitante agresiva. En el aparcamiento, cuando sostuvo mi mirada para responder las preguntas aunque todavía temblaba.

En el coche, cuando no intentó defenderse ni justificarse más de lo necesario. Posee la combinación que rara vez encuentro:

vulnerabilidad aparente y núcleo sólido. Es la clase de perfil que el resto del mundo subestima, pero que yo solo quiero… controlar.

En el trayecto de vuelta al hospital permanece en silencio. No es incomodidad, sino concentración. Repasa mentalmente cada detalle, cada frase intercambiada, como alguien que sabe que cada movimiento cuenta.

Y cuenta.

Cuando baja, tomo una nota mental: ajustar la agenda de la semana para incluirla en otras dos reuniones. Si voy a moldearla, lo haré deprisa.

Y si alguien pregunta por qué elegí a Alice Braga para el puesto, daré la respuesta más breve y verdadera posible: porque es la pieza que nadie ve llegar hasta que ya está sobre el tablero.

***

La reunión ya está a punto de terminar y yo ya he decidido mentalmente que esta será la última vez que cubra la ausencia de Rafael.

Esos encuentros administrativos son la antítesis de lo que me interesa: demasiadas voces, demasiadas opiniones irrelevantes y un desfile interminable de egos que intentan demostrar su importancia con gráficos y hojas de cálculo.

Cuando por fin cierro el portátil, dispuesto a levantarme, oigo abrirse la puerta a mi espalda.

—Vaya, vaya… si es el hombre más ocupado de São Paulo. —La voz llega acompañada por una sonrisa tan amplia que casi puede oírse—. ¿Puedo entrar o interrumpiré la representación?

Vuelvo la cabeza y encuentro a Rafael Leme apoyado en el marco de la puerta, demasiado bronceado para la primavera paulista, con la corbata floja y ese aire de quien no debe nada a nadie, lo que en su caso es casi cierto.

—¿No se suponía que volverías el mes que viene?

Mi voz sale neutra, pero la comisura de su boca se eleva como si hubiera oído una bienvenida afectuosa.

—Sorpresa. —Abre los brazos con un gesto exagerado antes de entrar y, como siempre, saludar a cada persona de la sala como si fuera la más importante del mundo.

Las sonrisas se extienden por la sala; todos están muy acostumbrados a las demostraciones públicas y explosivas de simpatía de Rafael. Incluso a mí, que no soy un hombre de abrazos, me abraza. Porque no le importa. Nunca le ha importado.

Nos conocimos en la universidad y la verdad es que nuestra amistad solo fue posible gracias a la pura fuerza de voluntad del universo. Donde yo era agua, él era aceite. Todo en nosotros se encontraba en extremos opuestos y nunca conseguíamos coincidir en casi nada, salvo, por supuesto, en el valor de la medicina, aunque por razones completamente distintas.

—Oxford ha sido increíble, pero ya sabes cuánto echo de menos este lugar… y a su gente —continúa cuando termina de rodear la mesa y saludar a todos. Es entonces cuando la ve.

Alice está cerca de la ventana, con una carpeta en la mano, esperando para acompañarme de regreso a la planta de la dirección. La atención de Rafael la encuentra en el mismo segundo en que sus pies pisan la moqueta y el resto de la sala deja de existir.

—¿Y quién es esta aparición? —Su mirada la recorre de arriba abajo en un examen que ni siquiera finge discreto—. ¿Ya no me presentas a las nuevas empleadas, Arthur? ¿Te guardas a las mejores?

Alice parpadea, confusa, antes de acomodar la carpeta contra el pecho.
Yo mantengo la expresión inalterada.

—Es mi asistente personal. —Me aseguro de cargar de peso la palabra «mi», y él lo capta de inmediato—. Alice Braga.

—¿Asistente personal? —repite Rafael, como si saboreara la expresión. Le tiende la mano con una sonrisa que, por desgracia, ya he visto funcionar más veces de las que me gustaría—. Rafael Leme, traumatología. Pero puedes llamarme Rafael.

Alice vacila un segundo antes de aceptar el apretón de manos. Rafael la retiene algo más de lo necesario y la observa como si catalogara cada detalle para utilizarlo más adelante.

Rafael Leme es un médico brillante especializado en traumatología y un seductor nato. No hay una sola mujer que se cruce en su camino sin que él se empeñe en intentar conquistarla. No por casualidad se ha ganado en los pasillos el infame apodo de «doctor Seductor».

—Siempre has contratado competencia, Arthur —dice sin apartar los ojos de ella—. Es la primera vez que te veo contratar tentación.

Me inclino ligeramente hacia delante y apoyo las manos sobre la mesa. Solo entonces se molesta en mirarme.

—Y es la primera vez que te veo interesado en algo que no vas a tener.

Su sonrisa se ensancha todavía más, como si yo acabara de confirmar una sospecha deliciosa.

—¿Vas a tenerlo tú? —me provoca, arqueando una ceja—. ¿Así que ya es una cuestión de posesión? Esto se pone interesante…

Alice mira de uno a otro, claramente perdida, y decido terminar el asunto antes de que él se prolongue.

—Ya no hacemos falta aquí. —Cierro el portátil y me levanto—. Muy amable por tu parte no avisarme de que vendrías. Podría haber encontrado una forma mucho más eficiente de emplear mi tiempo.

—¿Y perderme tu adorable reacción ante una sorpresa? —desdeña, chasqueando la lengua—. ¡Jamás!

—Alice, vamos.

Ella da un paso adelante y Rafael, como si no supiera cuándo detenerse, todavía añade:

—Ha sido un placer conocerte, Alice. Espero verte más por aquí… si Arthur te deja.

Sonríe educadamente, sin saber que la última parte no es una broma.

Yo sí lo sé. Rafael también. Y el maldito se está divirtiendo.

Mientras salimos juntos, me lanza esa mirada lateral que conozco bien: la de quien olfatea una vulnerabilidad y está dispuesto a hurgar hasta ver sangre.

El pasillo está en silencio, salvo por el sonido de los tacones de Alice a mi izquierda. Rafael se ha quedado en la sala, pero su presencia aún me persigue, como si su sonrisa se hubiera pegado al aire y me acompañara hasta aquí.

No se trata de lo que dijo. Se trata de cómo lo dijo.
Rafael siempre ha sido así: cruza límites como quien atraviesa la calle para comprar pan. Sin pedir permiso, sin medir las consecuencias, sin importarle a quién pisa por el camino. Pero, por algún motivo, hoy no me ha resbalado como el agua.
Hoy se ha quedado atascado.

Miro de reojo a Alice. Camina con la carpeta firme contra el pecho, los ojos al frente, intentando conservar la compostura después de la escena. No parece haber entendido las insinuaciones, pero… Rafael sí. Y yo he comprendido que él las comprendió.

—¿Él es… siempre así? —pregunta en voz baja, como si no estuviera segura de querer saber la respuesta.

—Peor. —Mi voz sale seca, definitiva—. Y tú no tienes que acostumbrarte.

Me mira deprisa, sorprendida por la firmeza de la respuesta, antes de volver a contemplar el pasillo. Un detalle sencillo: acepta sin

discutir. No se ríe, no intenta quitarle importancia, no formula más preguntas. Se limita a confiar.

Llegamos al ascensor y pulso el botón. Espero en silencio, pero la imagen de Rafael reteniendo su mano un segundo de más, la forma en que midió cada línea de su cuerpo como si tuviera derecho, queda grabada en mi mente como un destello que se repite.

No son celos. Los celos implican no querer compartir algo que ya es tuyo.
Lo que me molesta, comprendo, es constatar que, técnicamente, ella todavía no lo es. Interesante.

Llega el ascensor. Espero a que ella entre primero y la sigo. Pulso la planta de la dirección y mantengo los ojos en el panel, pero mi atención está en Alice. Resulta fácil imaginar a Rafael encontrando una forma de cruzarse otra vez en su camino. Siempre lo hace. Siempre encuentra una brecha.

Y es entonces cuando comprendo que tal vez haya subestimado el riesgo de tener a Alice en ese puesto.

Siempre he elegido asistentes como quien selecciona piezas de un equipo quirúrgico: funcionales, previsibles, desechables cuando sea necesario. Alice no es ninguna de esas cosas. Cuando se abren las puertas, hablo antes de pensar:

—Mantente alejada de él.

Se detiene y me mira de lado, como si quisiera preguntar por qué. Pero no lo hace. Se limita a asentir, seria, y continúa caminando.

Eso es lo que me molesta más que la intromisión de Rafael: la facilidad con que obedece.

Y, aun así, lo poco que me parece suficiente.

13.

ALICE BRAGA

No estoy segura de haber oído bien. El ascensor todavía me engulle en silencio cuando él suelta:

—Mantente alejada de él.

Es tan directo, tan… Arthur, que durante un segundo solo consigo parpadear. ¿Alejarme de quién? Ah. Rafael. El «doctor Seductor». Había oído hablar de él desde que empecé a trabajar en el Jardim Coração, aunque estaba fuera.

A Amanda le encantaba susurrar cosas sobre él, siempre comparándolo con el «doctor insensible». Yo no entendía su fascinación, pero después de tratar con el hombre apenas unos instantes empiezo a hacerme una idea de los motivos de mi antigua compañera de mostrador.

—De acuerdo —respondo, porque no tiene sentido discutir.
Pero por dentro… no entiendo nada.

Estoy a punto de reírme sola. Como si yo fuera la clase de mujer a la que él necesita proteger de un hombre como Rafael Leme. Si lo que Amanda contó es cierto, esos galanteos son tan naturales para el doctor Rafael como respirar. No significa que de verdad esté interesado en mí.

Pero hay algo en la forma en que Arthur lo dice… No es un consejo. No es una advertencia. Es una orden. Y sus órdenes llegan cargadas de una gravedad que no sé nombrar, pero que siento en los huesos.

Mientras recorremos el pasillo, comprendo que su tono no tiene nada que ver con la preocupación por mi bienestar. O, al menos, no solo con eso. Parece más bien… irritación. ¿Con Rafael? ¿Conmigo? ¿O con el simple hecho de que hayamos compartido el mismo

espacio el tiempo suficiente para mantener una conversación de dos minutos?

Continúo en silencio, porque cada vez que intento comprender a Arthur Mendonça termino sintiéndome como una niña que trata de resolver un acertijo sin saber siquiera por dónde empezar.

Aun así, su frase resuena en mi cabeza.
Y por mucho que me diga que no importa, la verdad es que sí importa. Mucho más de lo que debería.

Mis primeros días de trabajo pasan tan deprisa que, cuando me doy cuenta, ya han transcurrido casi dos semanas desde que dejé recepción para convertirme en asistente personal del doctor Mendonça.

La rutina cambia de manera tan drástica que a veces todavía me descubro, por reflejo, a punto de dirigirme al mostrador de recepción por la mañana.

Ahora mis mañanas empiezan con una carpeta de cuero bajo el brazo, reuniones en el calendario y su voz grave como despertador adicional, porque cuando Arthur Mendonça quiere que estés en un lugar a una hora determinada, se asegura de que estés allí.

Al principio, cada paso parece ensayado. Tengo miedo de respirar mal, equivocarme con un nombre, retrasar un documento. Arthur no se queja, pero tampoco ahorra observaciones breves y precisas cuando algo puede hacerse mejor. Aprendo rápido que «mejor» es sinónimo de «a su manera».

Durante la primera semana descubro que detesta que alguien deje la puerta del despacho entornada en lugar de cerrada.

Durante la segunda comprendo que recuerda mentalmente cada hora en que me alejo del escritorio y, si tardo más de diez minutos, recibo un mensaje seco: ¿Estado?

Durante la tercera entiendo que no se trata de controlar por controlar. Es método. Él funciona así y espera que todos a su alrededor funcionen también.

Y, aun así… hay momentos que no encajan en ese patrón rígido.

Un contacto rápido para guiarme por el pasillo.

La mirada que se demora un segundo más de lo necesario cuando me entrega una taza de café.

La forma en que baja la voz cuando necesita llamarme lo bastante cerca para explicarme algo en el ordenador.

Si fuera Amanda —y no yo— diría que eso es tensión sexual. Pero no puede ser. Solo es… incomodidad. Sí, incomodidad. Una clase de energía que hace que esté más atenta, más consciente de él y, por lo tanto, más irritada conmigo misma.

Tampoco me trata nunca como trata a Rafael.
Con su amigo hay ironía e incluso provocaciones. Conmigo, las palabras son medidas, quirúrgicas. Pero a veces, cuando me sorprende perdida en mis propios pensamientos durante una reunión, juraría ver en la comisura de su boca un esbozo de sonrisa, demasiado pequeño para ser real pero imposible de ignorar.

El trabajo por sí solo exige más que cualquier puesto que haya ocupado. Agenda quirúrgica, reuniones del consejo, compromisos sociales relacionados con el hospital… y una cantidad aterradora de nombres y cargos que tengo que memorizar.

Arthur siempre se da cuenta cuando acierto, pero nunca me elogia directamente. Lo más parecido es un «bien» seco, pronunciado mientras pasa al siguiente asunto como si fuera irrelevante.
Debería odiarlo, pero de algún modo ese «bien» me sostiene durante horas.

Rafael, en cambio, parece decidido a hacerme reír al menos una vez al día. Se presenta en el despacho de Arthur como quien entra en su propia casa, ignora el mal humor de su jefe y me incluye en bromas ante las que muchas veces no sé si reír o poner los ojos en blanco.

Arthur termina sus visitas invariablemente con un: «¿Hoy no tienes trabajo en tu departamento, Rafael?».

Y Rafael se limita a sonreír, como si supiera que está poniendo a prueba los límites de su amigo.

Al terminar la jornada voy a la universidad o a casa con los hombros tensos, los pies doloridos y la cabeza llena. Pero a veces, durante el trayecto, me descubro recordando un detalle absurdo: cómo me entregó la carpeta ese día, su mano firme rozando apenas la mía; o cómo la corbata se le queda un poco torcida después de una operación y él me permite arreglársela en silencio.

Niego con la cabeza para expulsar los pensamientos y me concentro en el trabajo que tengo delante. Me inclino sobre el equipo, ajusto el ángulo de la cámara, el sonido de los altavoces y pruebo las conexiones.

La sala de videoconferencias está fría, iluminada por lámparas blancas que proyectan un brillo casi metálico sobre la mesa larga.

Suena el clic seco de un botón y después un siseo en el audio. Mis dedos se mueven rápidos, ágiles, hasta que un cambio en el aire me hace comprender que ya no estoy sola.

No necesito mirar para saber que es él. El calor de un cuerpo grande y sólido se extiende a mi espalda, demasiado cerca. El leve movimiento del aire cuando respira parece infiltrarse por mi nuca y bajar en oleadas. El corazón se me acelera como si hubiera oído susurrar su nombre.

—Listo… —murmuro, levantando el rostro despacio, sin atreverme a volverme de golpe.

Cuando lo hago, Arthur está a un paso de mí. Solo uno. Sus ojos —intensos, casi plateados bajo esa luz— me atrapan como un gancho. No hay prisa ni dulzura: es la mirada de quien mide, calcula, invade.

—Gracias.

La voz llega grave, ronca, casi como un contacto físico. No se mueve.

La escasa distancia hace que cada centímetro parezca demasiado importante. Mi respiración tropieza. Siento que el rubor me sube rápidamente por el cuello hasta el rostro. Aparto la mirada por instinto y entonces lo veo.

Está mirando mi boca. No de pasada. No por casualidad. La mira como si fuera el punto más importante de la sala.

El impacto me deja inmóvil, pero solo dura un segundo. Arthur parpadea, vuelve el rostro y retrocede dos pasos, reconstruyendo entre nosotros la barrera de aire frío.

—Ya puedes salir —dice con el mismo tono seco con el que termina las reuniones. Se vuelve hacia la pantalla como si nada hubiera ocurrido.

Salgo deprisa y cierro la puerta con un cuidado exagerado para no delatar el temblor de mis manos. En el pasillo apoyo la espalda contra la pared y respiro hondo una, dos, tres veces, intentando disipar algo que ni siquiera sé nombrar.

Paso el resto de la tarde sumergida en tareas, pero cualquier pausa basta para que la escena se repita entera en mi mente. El sonido de su voz. La cercanía. Y, por encima de todo, aquella mirada fija y pesada sobre mi boca.

Apoyada en el mostrador de recepción de la última planta mientras compruebo los compromisos en la tableta, me doy cuenta de que hago girar el bolígrafo entre los dedos como una forma de mantener ocupado el cuerpo… y la cabeza lejos de él.

Tengo que dejar de pensar en eso. Son imaginaciones mías. Cosas pequeñas. Sin importancia. Al menos, eso es lo que sigo repitiéndome.

Suena el teléfono y me sobresalta. Respiro hondo y contesto enseguida:

—Despacho del doctor Mendonça, le atiende Alice.

—¡Alice, querida! Qué alegría escuchar tu voz.

Reconozco de inmediato esa voz llena de picardía y simpatía.

—Doctor Leme, buenas tardes —respondo, sonriendo sin querer porque resulta demasiado simpático.

Además, siempre es interesante —de una manera extraña y algo divertida— verlo interactuar con Arthur. Son como el agua y el vino.

—Rafael —me corrige con su habitual tono desenfadado—. ¿Está Arthur disponible? He llamado a su móvil, pero creo que me ha bloqueado.

—Creo que todavía está en la videoconferencia internacional —explico, intentando no reír—. ¿Quiere que le deje un mensaje?

—Sí: dile que no debería evitarme porque jamás renunciaré a él —declara Rafael con dramatismo, arrancándome una risa baja y sincera.

—De acuerdo. Le transmitiré el mensaje exactamente así.

—Excelente, Alice. Eres una joya. ¿Te he dicho ya que él no se merece una asistente como tú?

Me ruborizo sin querer y aparto los ojos hacia el teclado que tengo delante.

—Sí, ya me lo ha dicho.

—Pues estupendo, ahora lo refuerzo. Y, por cierto, si Arthur olvida algún día valorarte como mereces, llámame de inmediato. Yo sé apreciar lo bueno.

Niego con la cabeza y sonrío mientras cuelgo, sabiendo que no tengo valor ni siquiera para transmitirle a Arthur la mitad del mensaje.

Pero sienta bien oír esas cosas. Sienta bien que te vean, sobre todo alguien tan vibrante y carismático como Rafael. Aun así, el

corazón no se me acelera con el doctor Rafael. No me tiemblan las manos ni pierdo el aliento cuando se acerca.

Todo eso solo sucede con una persona, una persona que parece decidida a volverme loca con su imprevisibilidad, fría y cálida al mismo tiempo.

Al terminar la jornada, con el despacho casi vacío y el silencio apoderándose del ambiente, por fin se abre la puerta de la sala de conferencias. Sale con la chaqueta doblada sobre el brazo y el rostro cargado de un agotamiento evidente. Cuando me ve todavía sentada, frunce ligeramente el ceño.

—¿Todavía no te has ido?

—Estaba terminando algunos detalles para mañana —respondo, levantándome deprisa—. El doctor Leme llamó hace unas horas. Pidió que le dijera que no debería evitarlo porque jamás renunciará a ti.

Arthur cierra brevemente los ojos y suspira con fuerza.

—Que Dios me ayude —murmura antes de mirarme otra vez—. No escuches ni la mitad de lo que diga Rafael.

—Descuida —respondo con una sonrisa mientras recojo mis cosas para marcharme.

Caminamos juntos hasta el ascensor en silencio. Cuando se abren las puertas, entramos uno al lado del otro.

Arthur pulsa el botón del aparcamiento subterráneo, donde deja el coche, y yo selecciono la planta baja, donde sé que me espera el chófer que me llevará a la universidad.

Observo el reflejo de Arthur en la puerta plateada del ascensor y admiro con discreción cómo siempre parece conservar un control perfecto, incluso cansado. Su rostro serio, impenetrable, casi intimidante.

Pero las luces del ascensor parpadean de repente, seguidas de una breve sacudida que me hace perder el equilibrio. Por instinto me

agarro al brazo de Arthur, que extiende inmediatamente una mano y me sostiene con firmeza para que no caiga.

El contacto de su piel contra la mía provoca una corriente eléctrica que se dispara por todo mi cuerpo y me roba por completo la capacidad de respirar durante unos segundos.

Levanto el rostro hacia él, demasiado alterada para disimular mi reacción. Arthur me mira profundamente, serio, intenso, sin apartar la mano de mi brazo.

—¿Estás bien? —pregunta con un tono bajo, casi ronco.

—Sí —respondo en un susurro, incapaz de apartar los ojos de los suyos.

El ascensor vuelve a moverse y rompe el contacto visual. Arthur suelta mi brazo despacio y yo echo de menos de inmediato la firme presión de sus dedos sobre mi piel.

Las puertas se abren en la planta baja y salgo rápidamente, despidiéndome con un gesto breve. No me atrevo a mirar atrás. Sé que, si lo hago, no conseguiré ocultar cuánto me ha afectado aquel contacto fugaz.

Cruzo el vestíbulo principal con el corazón acelerado, la piel aún hormigueando donde él me tocó.

Durante los días siguientes me sumerjo en la nueva rutina como si cada tarea fuera un salvavidas en medio de un mar agitado. Organizar la agenda de Arthur, coordinar reuniones, garantizar que los documentos correctos estén sobre su mesa antes de cada compromiso. Todo exige atención y me gusta esa sensación de utilidad, como si mi trabajo tuviera un peso real.

Pero hay otra constante que no esperaba: la manera en que, sin previo aviso, rompe cualquier ritmo que intento establecer.

A veces es sutil. Un contacto rápido en la mano al entregarme un documento, que tarda medio segundo más de lo necesario en separarse.

A veces, más explícito. Como al final de una tarde en que, al pasar detrás de mí mientras escribo un correo, se inclina ligeramente, lo suficiente para que sienta su respiración demasiado cerca de mi nuca.

—¿Estás revisándolo antes de enviarlo? —La voz baja, casi ronca, hace que mis dedos se detengan sobre el teclado.

—S-sí… —tartamudeo, agradecida de que no pueda verme el rostro.

—Bien. —Y se marcha como si nada hubiera ocurrido.

Empiezo a percibir un patrón. Arthur se acerca, rompe mi equilibrio y retrocede con la rapidez suficiente para dejarme sola con el efecto.

En las reuniones externas es todavía peor. Se asegura de presentarme por mi nombre y cargo, como si señalar públicamente que estoy bajo su responsabilidad fuera tan importante como el propio negocio que discutimos. Cada vez que lo hace noto miradas distintas sobre mí, y noto también que él las advierte.

El problema es que, por mucho que lo intente, no encuentro ninguna razón puramente profesional para determinadas actitudes suyas.

Como la mañana en que, mientras organizo su mesa antes de la llegada de un cliente, Arthur entra en la sala sin hacer ruido. Solo me doy cuenta cuando veo su reflejo en el cristal de la ventana.

—¿Estás bien? —pregunta, y no se refiere al trabajo.
Me vuelvo despacio y trago saliva.

—Sí.

Me observa durante unos segundos demasiado largos y después asiente, satisfecho, como si la respuesta fuera una prueba que he superado.

Lo que más me desconcierta es que nunca prolonga esos momentos lo suficiente para que yo pueda reaccionar con claridad.

Es como si quisiera recordarme que controla incluso el tiempo que pasamos lejos el uno del otro.

Y, a pesar de todo, empiezo a esperar esos momentos. Sé que no debería.

Es al principio de la tercera semana cuando Arthur anuncia, con la sequedad habitual, que debo acompañarlo a un simposio de cirugía cardíaca en Río.

—Nos vamos mañana temprano y regresamos al final del día —dice sin levantar los ojos de la pantalla—. Vístete de manera adecuada para un evento científico. Zapatos cómodos, pero que no parezcan cómodos. ¿Entendido?

—Eso creo —respondo, desconcertada por la contradicción.

Se limita a levantar una ceja, como si dijera que lo aprenderé con la práctica.

Al día siguiente, el viaje empieza como cualquier otra tarea profesional: agenda en la mano, confirmaciones guardadas en el móvil nuevo que ordenó a Recursos Humanos que me entregara durante la primera semana.

Pero, en cuanto entramos en el coche que nos llevará al aeropuerto, la sensación cambia. No es el hospital. No hay paredes blancas, batas ni la voz de recepción de fondo. Solo estamos él, yo y kilómetros de carretera hasta Congonhas.

Durante el vuelo trabaja todo el tiempo y yo intento hacer lo mismo, revisando las presentaciones que se debatirán. Pero cada vez que nuestros brazos se rozan en el estrecho reposabrazos, mi cuerpo reacciona como ante una descarga eléctrica, pequeña pero imposible de ignorar.

El simposio transcurre sin incidentes… hasta la última ponencia, cuando un grupo de médicos se acerca a Arthur. Entre ellos hay una cirujana plástica que parece salida de la portada de una revista: tacones altos, sonrisa fácil y un interés descarado por él.

—Doctor Mendonça, por fin nos conocemos fuera de las páginas de las publicaciones… —dice, tocándole el brazo con una familiaridad suficiente para incomodarme, aunque no tengo ningún motivo racional para ello.

Arthur responde con cortesía, pero su mirada encuentra la mía por encima del hombro de la mujer, como si midiera mi reacción. Mantengo el rostro neutro y anoto mentalmente que debo confirmar la hora del vuelo de regreso, pero por dentro la escena se me pega a la piel.

De camino al aeropuerto, el silencio parece más cargado que nunca. Estoy agotada, pero inquieta, y sé que no es por el evento. Arthur, en cambio, parece perfectamente cómodo con la ausencia de palabras. Hasta que, sin mirarme, dice:

—No forma parte de tu función permitir que tu atención se desvíe por distracciones innecesarias.

—No estaba distraída —replico demasiado deprisa.

Hace una pausa, como si analizara el peso de mis palabras, y solo entonces responde:

—Perfecto. Porque a partir de hoy me acompañarás en más viajes como este. Y tendrás que aprender a leer el ambiente… y a mí… con más atención.

El resto del vuelo transcurre en silencio, pero no es el mismo silencio de antes. Es otro. Más denso. Más consciente. Y, cuando aterrizamos en São Paulo, sé que algo ha cambiado, aunque no consiga darle nombre.

14.

ARTHUR MENDONÇA

El control es un músculo. Cuando lo entrenas todos los días, responde. Cuando te relajas, falla.

Yo siempre he entrenado.

Me despierto a la misma hora, como las mismas cosas, corro las mismas distancias, hago las mismas revisiones. El resultado es previsible: rindo por encima de la media y pago con gusto el precio de la rutina. Así se opera un cuerpo abierto durante seis horas y todavía se sale a una reunión con todas las cifras en la cabeza.

Hace poco más de un mes, el músculo empezó a temblar. No fue una sacudida. Un temblor fino. Casi invisible. Un ajuste de enfoque que tarda medio segundo más. Una pausa dos milímetros fuera de lugar.

Lo suficiente para irritarme, porque no estoy ciego ante mis propias desviaciones. He identificado el vector: Alice.

No como un acontecimiento extraordinario, sino como una variable constante. Y lo constante es peor que lo intenso. Lo intenso se domina por agotamiento. Ante lo constante, hay que rediseñar el sistema.

He intentado etiquetar el problema de tres formas para volverlo manejable: novedad, proximidad, logística. La novedad pasaría. La proximidad podía modularla con la agenda. La logística era cuestión de entrenamiento. El plan era limpio, hasta que volvió Rafael.

Rafael es todo lo que yo no soy. Brillante y ruidoso. Un cometa que cruza el cielo de la sala y hace que la gente levante la mirada. Deshace la gravedad por donde pasa y le divierte que yo la restablezca después. Llevamos dos décadas repitiendo este baile. Cumple una función útil: oxigena los ambientes. También cumple una función peligrosa: pone a prueba los límites.

Desde que volvió de Oxford, ha descubierto a Alice, y Alice ha descubierto una risa que no utiliza en el trabajo. No me gusta esa risa. No porque haya algo más que cortesía y ligereza —no lo hay—, sino porque el sonido me alcanza como un recordatorio de que mi plan de contención presenta fallos por dentro y por fuera. Fuera: Rafael. Dentro: yo.

Estoy en la fase posterior a la negación. No soy un hombre dado al drama: admito, cuantifico, proyecto.

Admisión parcial: Alice altera mi nivel basal de vigilancia.

Cuantificación: frecuencia diaria, picos en situaciones de proximidad física y riesgo de exposición pública.

Proyección: sin intervención, la curva ascenderá.

Me gustan las curvas previsibles y esta no lo es.

La mañana empieza con una agenda que yo mismo he diseñado para que sea quirúrgica: junta administrativa, visita técnica al nuevo centro de diagnóstico por imagen, almuerzo con dos donantes y conferencia con la filial de Lisboa. Todo con intervalos contenidos, recorridos planificados, sin espacio para que nadie improvise.

A las 8:05, Alice entra en la sala con el «resumen ejecutivo» que creé según mis parámetros y que ella optimizó al tercer día en el puesto.

Estandarización impecable: epígrafes en negrita, indicadores a la derecha, anexos señalados con pestañas adhesivas; azules para finanzas, amarillas para personal, grises para mantenimiento.

Nunca he tenido que pedir nada por segunda vez. Nunca he necesitado repetir instrucciones. Es una competencia infrecuente: metabolizar una exigencia en la primera lectura. Casi nadie lo hace. Ella sí.

—El comité quiere empezar por la asignación del tomógrafo —dice, colocando la carpeta en la posición exacta que marqué sobre la mesa—. He actualizado los presupuestos con la cotización de esta

madrugada y he dejado el contrato del proveedor con dos opciones de garantía. —Una pausa, una mirada rápida—. Y he añadido una tercera posibilidad: leasing durante doce meses con opción de compra. Es menos eficiente a largo plazo, pero conserva liquidez para la reforma de la sexta planta.

«Tercera posibilidad». No se la pedí, pero pensé en ella anoche. Iba a proponerla. Ella se ha adelantado. El músculo vuelve a temblar, no por un fallo, sino por reconocimiento.

—Muy bien —respondo—. Pondremos a prueba la resistencia de Finanzas ante la opción mixta.

Asiente y permanece allí, en silencio, esperando la siguiente orden. Me gusta ese silencio. No es pasivo; está preparado.

—Tú redactarás el acta —añado—. Y filtrarás las preguntas de mantenimiento. No quiero dispersiones.

Otro gesto de asentimiento. Sencillo. Eficaz.

Entramos en la sala grande a las 8:30. La geografía del poder es siempre la misma: cabecera, laterales, proyección al fondo, luz fría.

Empiezo por la visión general, cedo la palabra a Finanzas, corto las derivaciones y regreso al eje. Cuando un director intenta reabrir un asunto cerrado, Alice me toca el codo con el índice —gesto mínimo, comunicación sin sonido— y señala con el bolígrafo el punto ya marcado como «decidido».

No hace falta ninguna palabra. Digo «siguiente» y la máquina continúa. A veces la eficiencia es erótica.

A las 9:17 se abre la puerta sin aviso de la secretaria. Ni siquiera necesito levantar los ojos. La estela de colonia amaderada y entusiasmo precede a la voz.

—Te avisé de que pasaría a mirar —dice Rafael, apoyando el codo en el respaldo de una silla y la barbilla en la mano, como si presenciara un partido de tenis—. No sabía que hoy habría un espectáculo aparte.

La frase llega cargada de subtexto; su mirada cae directamente sobre Alice antes de volver a mí.

—Buenos días, Alice. —El tono cambia un milímetro, esa cordialidad brillante que utiliza como llave maestra.

Ella responde con un «buenos días, doctor Leme» profesional. Nada fuera del guion. Aun así, advierto el detalle: ajusta la postura medio centímetro.

No es retroceso, sino alineación. La clase de ajuste que hace alguien cuando se siente observado por más personas de las que quisiera. No me gusta que se ajuste para terceros.

—Continúen —le digo al grupo y me digo a mí mismo.

Rafael se queda hasta el final, formula dos preguntas válidas y tres que no aportan nada salvo ponerme a prueba. Alice las anota todas y, cuando necesito un dato que no aparece en la diapositiva, ella ya lo tiene en el papel.

En el pasillo de la duodécima planta se forma la disposición natural: yo delante; Rafael y Alice, uno al lado del otro detrás. El sonido de ambos me acompaña, la risa de él en frecuencia alta, la respiración de ella en frecuencia baja. No me gusta trabajar con ruido entre frecuencias.

En el ascensor estamos los tres. Él apoya el antebrazo en la barra y se vuelve hacia ella:

—Así que tú eres la leyenda urbana que ha logrado sobrevivir cinco semanas como asistente de Arthur. —Me mira con exageración calculada—. Enhorabuena. Has ganado una condecoración invisible.

—Solo hago mi trabajo, doctor —dice ella con sencillez.

—«Solo» es una palabra que no combina con Arthur —replica—. Con él, el adverbio es «exactamente».

—Exactamente —confirmo sin sonreír, y miro el panel de números como quien observa un monitor cardíaco. Contando latidos.

Las puertas se abren en la octava planta, la nueva zona de diagnóstico por imagen. El equipo nos espera para la visita técnica. Rafael va delante porque no sabe caminar en segundo plano. Yo voy detrás porque sé conservar la arquitectura. Alice se queda en medio, donde la quiero.

El ingeniero empieza a hablar del refuerzo del suelo y las vibraciones. Escucho y mido al mismo tiempo: distancia entre Rafael y Alice, intervalo entre preguntas, dirección de las miradas de terceros. Él tiene carisma de escenario. Ella, concentración de biblioteca. El contraste crea chispas. Las chispas, yo las apago.

—Braga —la llamo, empleando el apellido de forma deliberada. Levanta los ojos en la primera sílaba—. Anota la franja de entrega del proveedor B y comprueba si coincide con la disponibilidad del equipo de obra. No quiero una obra detenida por el equipo ni un equipo detenido por la obra.

—Ya lo estoy coordinando con Mantenimiento y Compras —responde sin mirar el papel. Ya está hecho. Por supuesto que lo está.

Rafael oye «Braga» y sonríe desde dentro del apodo. Atrapa los apodos al vuelo y los colecciona. Después, con ese sentido del momento propio de quien sabe perturbar la superficie sin romper el cristal, dice:

—¿De verdad necesitas hacer trabajar tanto a esta pobre chica? Ayer volvió a quedarse hasta tarde. Yo mismo la vi. —Y, dirigiéndose a ella—: ¿Verdad, Alice?

Abre la boca para responder, pero la interrumpo de inmediato, demasiado irritado por el tono insinuante de Rafael.

—Ella sabe lo que tiene que hacer, Rafael. Y tú no deberías entrometerte en asuntos que no te conciernen.

Él chasquea la lengua.

—Dime una cosa, Alice: ¿cómo soportas el mal humor permanente de tu jefe?

—Yo no… —empieza Alice con timidez, claramente desconcertada.

—Rafael —vuelvo a interrumpir, rígido—. ¿Tienes algo realmente importante que evaluar en esta planta o solo estás aquí para obstaculizar su trabajo?

—Si necesitas cualquier cosa, incluso un intermediario simpático cuando él esté insoportable, tienes mi número.

—Ya tiene todo lo necesario para ejecutar lo que exijo —respondo con sequedad. No hace falta decir más, pero quiero más—. Y cuando esté «insoportable», será porque alguien se encuentra por debajo del nivel requerido.

Rafael levanta las manos con teatralidad.

—El sargento Mendonça en acción.

El equipo ríe en voz baja. Alice no. Sus ojos pasan de uno a otro, evaluando el terreno. Hay personas que buscan el lado cálido de una sala. Alice busca la línea recta. Se apoya en ella y permanece. Esa es la diferencia entre agradar y alinearse. La alineación me sirve. Agradar me estorba.

Durante el almuerzo con los donantes, el propietario del restaurante quiere sentar a Rafael entre las dos mecenas más habladoras. A él le encanta. Yo acepto porque optimiza la conversación.

Alice se sienta a mi derecha, como establece el manual que yo mismo reescribí. Llega con el orden del día impreso para ellos, la lista de contrapartidas y un cuaderno discreto para observaciones.

Advierte que la servilleta de la señora del extremo tiene una mancha diminuta de vino y la sustituye sin espectáculo. Advierte que uno de los donantes habla más despacio cuando yo acelero y ajusta mi ritmo con una pregunta que me hace respirar medio segundo más entre asuntos.

Advierte, sobre todo, que el contrato modelo contiene una cláusula que el departamento jurídico olvidó actualizar; hace una

marca discreta y yo la corrijo con el bolígrafo antes de firmar la carta de intenciones.

Rafael, entre historias y encanto, comenta con voz lo bastante alta para que lo oiga la mesa de la izquierda:

—Arthur no sonríe porque reserva los músculos para las operaciones. Pero, si firman, prometo conseguir una foto suya sonriendo para el folleto.

Las mecenas ríen y piden la foto. Alice vuelve el rostro hacia mí en la milésima exacta en que voy a negarme. No es una petición. Es una lectura. Se inclina y murmura:

—Cinco segundos solucionan esto. —Habla como si se tratara de plazos de entrega—. Y evitan diez minutos de insistencia.

Detesto las fotos. Detesto la insistencia. Abro una concesión milimétrica de cinco segundos. Las mecenas consiguen la imagen. Rafael obtiene material para bromear durante un mes. Alice consigue un dato sobre mi tolerancia. Yo consigo lo que quería: la firma de la carta de intenciones.

Al final, el propietario viene a ofrecer un postre por cuenta de la casa. Yo lo rechazo. Rafael acepta dos. Alice, ninguno.

En el coche, de regreso al hospital, me ofrece un resumen verbal de lo que los donantes reforzaron «fuera del orden del día»: horarios preferentes, la manía de uno por los informes impresos, la alergia del otro a los correos largos. Todo útil. Todo sin adjetivos.

Cuando nos detenemos en un semáforo, mira por la ventanilla y veo mi imagen reflejada en el cristal junto a la suya, superpuestas durante un segundo. Quien dijo que no sonrío estaba en la otra mesa. No he sonreído. Pero vuelvo a sentir temblar la mecánica del músculo del control.

A las cuatro de la tarde, Rafael aparece en mi puerta sin llamar, como siempre, y se deja caer en el sillón frente a mí.

—Entonces… —empieza, alargando la vocal—, ¿cuándo vas a admitir que has colocado un terremoto debajo de tu mesa y has decidido llamarlo «asistente»?

No respondo. No necesita respuesta para continuar.

—Alice es… —busca una palabra, algo que Rafael rara vez hace —… limpia. No juega. No mide la seducción. Se limita a cumplir. —Apoya la cabeza en el respaldo y me estudia con un ojo medio cerrado—. Y precisamente por eso estás jodido.

—Profesionalmente, está por encima de la media —digo como quien emite un informe.

—¿Y personalmente?

—No trabajamos «personalmente».

Se ríe por lo bajo.

—Claro. —Se levanta—. ¿Puedo quedar con ella para tomar una cerveza e integrarla en el alegre equipo del hospital o el sargento considera que la integración es pecado?

—Su agenda es mía —respondo—. Si quieres integración, pídesela a mi agenda. Y no confundas un equipo con un público.

Rafael levanta las cejas, satisfecho con la reacción que ha logrado arrancarme, y sale como entró: sin pedir permiso.

Me quedo mirando la puerta cerrada. El músculo vuelve a temblar y cuento mentalmente hasta diez. Después hago lo que siempre hago cuando no me gusta un movimiento: creo un procedimiento.

Abro la agenda compartimentada que utilizamos Alice y yo. Incluyo dos bloques recurrentes nuevos: Revisión diaria de prioridades a las 7:45 —quince minutos antes de las reuniones de la mañana— y Debriefing de cierre a las 19:05 —diez minutos después del final oficial de la jornada—.

Ambos a puerta cerrada, ambos conmigo, ambos sin Rafael. Estandarización. Antes de que alguien lo llame «celos», yo lo llamo «control de flujo».

A continuación le envío un mensaje breve por el canal interno:

Mañana, 7:45. Traer: informe del tomógrafo, calendario de mantenimiento, puntos de atención del almuerzo y borrador jurídico revisado. Y Alice, regla número dos: a las puertas se llama desde fuera. Aquí no se entra sin ser anunciado. Aquí dentro no ocurre nada sin mi aprobación.

Responde en menos de un minuto: Entendido. Materiales listos a las 7:45. Y… anotado lo de la puerta.

Cierro la pantalla. Miro la ciudad por la ventana. El día empieza a declinar. El músculo del control sigue temblando, pero sé entrenar músculos. Si el sistema tiene fallos, rediseño el sistema.

Admisión parcial concluida: yo formo parte del problema.

Cálculo en curso: formaré parte de la solución.

Me levanto, cojo la bata y voy a la UCI. Cuando necesito recordar quién soy, entro allí donde el margen de error es cero. El resto —Rafael, donantes, fotos, risas, la nueva curva que insiste en subir— lo pongo a trabajar a mi favor.

Porque lo que ha entrado en mi casa, en mi agenda y en mis vectores no sale sin un protocolo. Y ya he empezado a escribir el suyo.

15.

ALICE BRAGA

La tormenta ya ha empezado incluso antes de que anochezca, pero, cuando salimos del ascensor del bloque administrativo, parece que el cielo entero se ha desplomado sobre São Paulo. La lluvia golpea los grandes ventanales como un puñado de piedras y el sonido de los truenos retumba por el pasillo vacío.

Arthur camina delante de mí con pasos largos y seguros, una mano sujetando la tarjeta que abre cada puerta. Yo voy justo detrás, intentando concentrarme en lo que estamos haciendo y no en cómo su camisa blanca se ciñe a sus anchos hombros bajo la bata.

—Asegúrate de coger las carpetas de 2014 a 2016 —dice sin mirarme, mientras pasa la tarjeta por la última puerta.

—Sí, señor —respondo, entrando con él en el archivo.

El espacio es estrecho, con filas de armarios metálicos hasta el techo y un olor a papel guardado que recuerda a una biblioteca antigua. Los fluorescentes zumban sobre nosotros y ya siento el aire más denso allí dentro, como si aquel lugar nunca hubiera recibido aire fresco.

Empezamos a buscar. Arthur se sube a una pequeña escalera, abre carpetas con la precisión de un cirujano, y yo me arrodillo ante la parte más baja de otra estantería.

El sonido de la lluvia llega amortiguado, pero no lo suficiente para impedirme percibir el instante exacto en que un trueno estalla cerca. Tan cerca que siento vibrar las paredes.

Y entonces todo parpadea. Una vez. Dos. Y las luces se apagan.

Solo queda una claridad tenue procedente de la lámpara de emergencia sobre la puerta. Arthur suspira y oigo el pitido seco de la cerradura electrónica al bloquearse.

—Mierda —murmura, sacándose el móvil del bolsillo. La pantalla ilumina su rostro y esa expresión seria que parece tallada en piedra —. El sistema ha bloqueado las puertas. Tardarán en reactivarlas manualmente a estas horas.

—¿Quiere decir que… estamos encerrados? —Mi voz suena más alta de lo que pretendía y resuena entre las estanterías.

—De momento, sí —responde con una calma casi irritante—. No corremos ningún peligro.

Se apoya contra el lateral de uno de los armarios, con los brazos cruzados, como si aquello fuera apenas una molestia menor. Yo, en cambio, siento despertar cada músculo de mi cuerpo al tomar conciencia de que estamos solos. Solos y demasiado cerca.

El silencio se instala entre nosotros, roto únicamente por el sonido acompasado de la lluvia en el exterior. Finjo buscar algo en los estantes inferiores, pero soy absurdamente consciente de que me está mirando. Es casi físico.

Cuando por fin me incorporo con una carpeta cualquiera entre las manos, Arthur sigue allí, apoyado, observándome como si yo fuera una ecuación que está decidido a resolver.

—¿Tienes frío? —pregunta con voz grave y baja.

—No… —respondo, pero es mentira. No tengo frío. El escalofrío que siento no tiene nada que ver con la temperatura.

Se aparta del armario y da dos pasos hacia mí, los suficientes para que yo retroceda por instinto hasta que mi espalda choca con el borde de una estantería. La lámpara de emergencia dibuja sombras duras en su rostro, acentúa sus ángulos y vuelve sus ojos aún más intensos.

—Estás nerviosa. —No es una pregunta.

—No… —intento negarlo, pero la palabra sale débil.

Arthur inclina un poco el rostro, como si me estudiara de cerca, y después baja la mirada hasta mi boca. La misma mirada de la sala

de videoconferencias, esa que llevo semanas intentando borrar de mi memoria.

—¿Sabes cuál es el problema de trabajar tan cerca de mí, Alice? —dice, con la voz todavía más baja, casi rozándome la piel—. Que, cuando quiero algo… no tengo la costumbre de esperar.

El corazón se me dispara. Debería decir algo, apartarme, pero tengo los pies clavados al suelo.

Me toca el rostro con la punta de los dedos, tan suavemente que parece más una amenaza que una caricia. Todo mi cuerpo reacciona, como si ese simple gesto hubiera accionado un interruptor cuya existencia desconocía.

—Arthur… —Mi voz no es más que un susurro, y ni siquiera yo sé si le estoy pidiendo que pare o que continúe.

No responde. Solo se acerca más, su calor me envuelve y, cuando su boca toca la mía, la tensión acumulada durante las últimas semanas estalla como una goma al romperse.

El beso es firme, exigente, como si estuviera reclamando algo que ya le pertenece. Le correspondo sin pensar, mis manos encuentran su pecho y sienten bajo las palmas el ritmo controlado de su respiración.

Su boca toma la mía de un modo devastador. No hay delicadeza en ese beso. Solo hambre. Solo deseo puro, ardiente, explícito en cada movimiento de sus labios calientes y firmes al presionar los míos, obligándome a abrir la boca en un suspiro sobresaltado y completamente rendido.

Su lengua se desliza despacio en mi interior, cálida, húmeda, exigente. Provoca. Explora. Me roba cualquier pensamiento racional que aún pudiera quedarme.

Nunca me han besado así, pero mi cuerpo parece tener voluntad propia. Mi lengua roza la suya, tímida, temblorosa, casi pidiendo permiso.

Arthur me gira con precisión y me aprisiona entre su cuerpo y el armario. La carpeta que sostenía cae al suelo con un golpe sordo, pero no me importa.

Me muerde suavemente el labio inferior antes de profundizar el beso, y siento un escalofrío violento que se extiende por mi nuca, baja por mi columna y se instala en el punto más sensible entre mis piernas.

El sonido lejano de la lluvia, el espacio reducido, la luz tenue… todo se disuelve hasta que solo queda él.

Cuando su mano baja por mi cintura y me atrae contra él, comprendo que ya no existe una línea entre la resistencia y la entrega. Ya la he cruzado.

Un gemido bajo escapa de mi garganta cuando Arthur profundiza aún más el beso, enreda su lengua con la mía y la acaricia con un ritmo que parece una promesa indecente.

Las manos de Arthur me aprietan la cintura con firmeza y cada centímetro de mí parece responder a ese contacto como si llevara toda la vida esperándolo. No comprendo cómo un simple roce puede resultar tan arrollador.

—Estás temblando —murmura, con los labios tan cerca de los míos que su respiración se mezcla con la mía.

Quiero negarlo, pero es inútil. Mi cuerpo no obedece a mi voluntad.

—Es… es demasiado —confieso con la voz quebrada, incapaz de encontrar otra palabra que defina esa mezcla insoportable de nerviosismo y deseo.

Arthur ladea la cabeza y me estudia durante un instante demasiado largo. Es como si sopesara cada reacción, midiera cada respiración, calibrara exactamente hasta dónde puede llegar.

—Entonces dímelo… ¿quieres que pare? —pregunta, y esa calma contenida suena más peligrosa que cualquier arrebato.

Mi mente grita que me aparte. Es lo que siempre hago. Pero no puedo. Niego con la cabeza en un gesto casi imperceptible y siento que me arde el rostro ante la admisión silenciosa.

La comisura de sus labios se curva, pero no es una sonrisa; es la sombra de alguien que acaba de recibir la confirmación de algo que ya sabía.

Arthur desliza una mano hasta la base de mi columna y me guía más cerca, hasta que no queda ningún espacio entre nosotros. Su calor atraviesa mi ropa y su cuerpo es firme, sólido, una muralla contra la que no puedo ni quiero luchar.

—Alice… —pronuncia mi nombre como si probara su sonido en su propia boca, con la voz grave rozándome la piel—. Nunca te han tocado más allá de ciertos límites, pero yo no soy un hombre que haga nada a medias. No voy a empezar algo que no pueda terminar.

No es una pregunta. Es un diagnóstico. Una constatación fría y precisa, como si la hubiera leído directamente de un historial invisible al que solo él tiene acceso.

Todo mi cuerpo se paraliza. Las palabras se quedan atrapadas en mi garganta, presas en el nudo que asciende con la vergüenza y… con otra cosa que no quiero nombrar.

—Yo observo —continúa, con los ojos clavados en los míos, sin dejarme margen para apartar la mirada—. Veo cómo reaccionas, cómo me miras, lo que haces y lo que no haces cuando estás cerca de mí.

Siento que me arde el rostro. No existe defensa posible cuando alguien afirma algo así con tanta certeza. Cierro los ojos un instante, como si eso pudiera protegerme de su intensidad. Pero no sirve de nada.

—No… —Mi voz sale baja, casi un susurro avergonzado—. Nunca, pero… no quiero que pares. Quiero… Quiero llegar hasta el final.

El silencio que sigue es distinto. Más denso. Siento que el aire cambia entre nosotros. Sus dedos ascienden por el costado de mi

cuerpo hasta alcanzar mi nuca, donde se cierran con firmeza controlada.

—Entonces vas a mirarme y a aprender —declara sin prisa, pero con la seguridad de quien no retrocede.

El siguiente beso es más lento, más profundo, como si cada movimiento estuviera calculado para enseñarme lo que quiere que sienta. Su lengua explora mi boca con una paciencia casi cruel, guiándome para que siga el ritmo, para que le responda.

Mis manos, vacilantes al principio, encuentran el camino hasta sus hombros y después bajan por su pecho firme. Siento su corazón, constante, seguro, mientras el mío parece descontrolado.

Arthur interrumpe el beso solo el tiempo suficiente para apoyar la frente contra la mía.

—¿Confías en mí? —pregunta, y no es una frase lanzada al aire. Es una línea trazada.

—Sí —respondo antes de poder reconsiderarlo.

Me gira y me conduce hasta una mesa baja en un rincón del archivo, apartando una pila de carpetas sin siquiera mirar. Me sienta en el borde, se queda de pie entre mis piernas y sus manos sujetan mis muslos con la firmeza exacta para impedir que retroceda.

El contacto asciende despacio por los costados, recorriendo mi cuerpo como si memorizara cada curva. Cuando vuelve a llegar a mi cintura, se inclina para apoderarse de mi boca una vez más, ahora más hambriento, más exigente.

Siento que su mano se desliza por mi pierna hasta el borde de la falda, y todo mi cuerpo reacciona con un escalofrío que me deja sin aliento. No sé si estoy preparada para aquello, pero sé que no quiero que se detenga.

—Voy a enseñarte lo que significa que te toquen de verdad —murmura contra mis labios antes de volver a besarme, y comprendo que ya no hay vuelta atrás.

Su beso no es apresurado. Es firme, profundo, como si quisiera redibujar con la suya el contorno de mi boca. Sus labios se amoldan a los míos de un modo que me deja sin aire y, aun así, no quiero respirar si eso significa que va a parar.

Su mano grande y caliente desciende lentamente por el costado de mi cuello; el pulgar roza la curva sensible bajo mi oreja y hace que toda mi piel se erice. No necesita apresurar nada; parece querer demostrar que cada segundo bajo su contacto le pertenece. Solo a él.

Cuando sus dedos se deslizan por mi clavícula, siento como si escribieran sobre mí algo invisible e indescifrable. El calor de su palma cubre mi hombro, después el costado de mi brazo, y entonces rodea mi cintura con la misma precisión calculada de un movimiento quirúrgico, atrayéndome hasta que no queda ningún espacio entre nosotros.

Su lengua invade mi boca con dominio, exige una respuesta, explora cada rincón, y su sabor —cálido, ligeramente amargo, como el café fuerte— se mezcla con el mío y me embriaga. Mi cuerpo reacciona antes de que mi mente consiga seguirlo.

Cuando se aparta apenas lo suficiente para permitirme respirar, el aire entra en mis pulmones como una descarga. Su mirada atrapa la mía, oscura y densa, pero con una claridad que me hace comprender que él ya lo sabe. Siempre lo ha sabido.

—Presta atención, señorita Braga —ordena en voz baja, y cada sílaba parece deslizarse por mi piel como una caricia física.

Su mano asciende por mi costado y bordea sin prisa el arco de mi pecho; el pulgar roza el tejido con firmeza suficiente para arrancarme un suspiro que él captura con otro beso. Después vuelve a bajar, moldea mi cintura y recorre la curva de mi cadera como si estuviera memorizando el camino.

Explora cada centímetro de mí con la paciencia de quien conoce exactamente el efecto que provoca y lo hace a propósito. Todo mi

cuerpo parece latir bajo su control y no sé si quiero que se detenga algún día.

Su mano vuelve a subir, ahora sin ninguna prisa, hasta cubrirme por completo un pecho sobre la ropa. El calor que atraviesa la tela parece irradiar directamente hacia el centro de mi cuerpo y, cuando su pulgar vuelve a rozarme el pezón, esta vez con más firmeza, siento que todo mi cuerpo reacciona. Me flaquean las rodillas, me falta el aire y un calor denso se extiende por mi vientre.

Arthur me empuja ligeramente sobre la mesa y me deja muy poco espacio entre la pared y su cuerpo. Su peso contra mí no me asfixia; es un recordatorio constante de que él tiene el control.

Sus labios abandonan mi boca para explorar el contorno de mi mandíbula y descender por mi cuello, y cada exhalación contra mi piel envía ondas eléctricas por mis nervios.

Cuando alcanza la curva donde mi hombro se une al cuello, succiona suavemente, marca territorio, y siento que mi cuerpo se arquea de forma involuntaria, ofreciéndole más espacio. Se da cuenta. Arthur se da cuenta de todo.

—Así —murmura contra mi piel—. Tu cuerpo aprende deprisa… Bien. Quiero que reconozcas este ritmo como mío. Podría pasarme semanas descubriendo hasta dónde soy capaz de hacerte perder el aliento.

Sus manos se deslizan por la parte delantera de mi cuerpo hasta el borde de la blusa. Levanta la tela despacio y me descubre centímetro a centímetro, como si yo fuera un regalo que desenvolviera con deliberada calma.

Lentamente, sus dedos empiezan a desabrochar los botones de mi blusa, uno por uno, revelando poco a poco mi piel erizada por la exposición y la expectativa.

Apenas consigo respirar, apenas consigo pensar; toda mi conciencia se reduce a cada nuevo roce, a cada nueva sensación que crea.

Cuando abre el último botón, siento la palma grande y caliente de Arthur deslizarse bajo la blusa abierta. Sus dedos tocan mi piel desnuda por primera vez y el aire frío del ambiente choca con mi cuerpo caliente y expuesto, pero la sensación es sustituida enseguida por el calor abrasador de la boca de Arthur.

Cubre con delicadeza la curva superior de mis pechos, besando, mordiendo, lamiendo con una lentitud casi insoportable. Cada beso, cada roce de su lengua sobre mi piel es una promesa silenciosa y explícita de que no se detendrá hasta llevarme al límite.

Arthur no se apresura. Pasea la mirada de uno de mis pechos al otro, como si evaluara una obra excepcional. Entonces sus manos apartan mi blusa ya abierta y la deslizan por mis hombros hasta que cae, olvidada, sobre la mesa detrás de mí.

La otra mano, ágil y experta, alcanza mi espalda y desabrocha rápidamente el sujetador. Desliza la prenda por mis brazos y me deja por completo expuesta ante él.

Por instinto intento cubrirme con las manos, dominada por un impulso tímido e inseguro, pero Arthur aparta mis brazos con suavidad y firmeza y los mantiene a ambos lados de mi cuerpo.

—No te escondas de mí —ordena en voz baja—. Quiero mirarte entera.

Me arden las mejillas, pero obedezco de inmediato. Mi cuerpo tiembla de expectación y una nueva oleada de calor intenso recorre mi piel cuando siento sus ojos oscuros y hambrientos examinando cada centímetro de mí.

Arthur me sujeta por la cintura con una mano y, con la otra, cubre uno de mis pechos, siente su peso, su forma, su calor. Baja la cabeza y atrapa el pezón entre los labios, alternando succiones y suaves mordiscos, mientras la otra mano acaricia el pecho opuesto y me estimula hasta que me oigo gemir.

Tiemblo entre sus manos, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás en una rendición absoluta, completamente a su

merced. Mi cuerpo se arquea al instante y un gemido alto e incontrolable escapa de mis labios mientras una violenta oleada de placer estalla en todo mi ser.

—Arthur… esto es…

No consigo terminar la frase. No existen palabras capaces de describir lo que me está haciendo.

Su lengua gira despacio alrededor de mi pezón, provoca, lame, succiona con suavidad antes de repetirlo todo en el otro pecho con la misma intensidad, con la misma paciencia enloquecedora.

Mis manos se aferran desesperadamente a sus anchos hombros, intentando en vano encontrar algún punto de equilibrio mientras la boca de Arthur sigue torturándome con lentitud.

—Abre los ojos —ordena en voz baja, firme y dominante—. Quiero verte mientras te hago sentir todo esto. Quiero verte perder el control.

Obedezco y abro los ojos para encontrarlo mirándome con un deseo crudo y explícito. Sonríe levemente al comprobar mi obediencia inmediata.

—Buena chica —murmura antes de volver a bajar la cabeza y succionar mi pecho con firmeza, arrancando de mis labios un gemido desesperado.

El sonido parece complacerlo, porque intensifica el contacto: la succión se vuelve más firme y el movimiento de su mano, más deliberado. Siento que una presión insoportable empieza a acumularse entre mis piernas, y el simple roce del tejido de las bragas contra mí ya me parece demasiado.

Arthur se arrodilla ante mí sin romper el contacto visual y me aprisiona con una mirada que me ordena limitarme a permanecer allí y sentir.

Sus manos me sujetan la cintura mientras sus labios trazan un camino lento por mi abdomen. Cuando llegan al borde del pantalón,

desabrocha el botón y baja la cremallera sin apresurarme, observando cada mínima expresión de mi rostro.

—Voy a quitártelo —dice en voz baja, casi como una advertencia, y desliza la prenda hacia abajo junto con las bragas.

El aire frío encuentra mi piel sensible y, antes de que pueda sentirme demasiado expuesta, Arthur pasa toda la mano entre mis muslos, firme, cubriéndome por completo de una sola vez. El contacto no es intrusivo, pero sí absoluto. Percibe la humedad acumulada allí y sonríe de lado, satisfecho.

—Ya estás tan mojada… —Su tono no contiene prisa ni sorpresa, solo constatación y posesión.

Su pulgar empieza a dibujar lentos círculos sobre mi clítoris, mientras dos dedos se deslizan entre mis pliegues y extienden mi excitación. Evita penetrarme, pero la presión y la constancia del movimiento me hacen estremecer.

—Arthur… —El nombre sale en un susurro roto y él levanta la mirada, manteniendo la mano exactamente donde está.

—No digas nada. Limítate a sentir.

Los círculos se vuelven más firmes y, antes de que me dé cuenta, uno de sus dedos penetra lentamente en mí, tanteando el espacio, observando mi reacción. Todo mi cuerpo se tensa. Él se detiene y espera.

—Mírame —ordena. Cuando obedezco, añade—: Mira cómo te preparo.

Retira el dedo y, con calma, vuelve a introducirlo, esta vez más hondo. Lo mueve despacio y crea un ritmo suave. Cuando nota que empiezo a relajarme, añade un segundo dedo, abriéndome más, pero manteniendo el contacto controlado.

La presión aumenta. El calor también. Cada embestida parece amoldar mi cuerpo a su tamaño. Siento que eso es lo que quiere:

que esté preparada para recibirlo sin dolor, solo con la sensación intensa que me está prometiendo.

—Será grande —murmura, casi como un secreto—, pero vas a recibirme entero.

El tercer dedo entra despacio, con cuidado, y un gemido escapa antes de que pueda contenerlo. Continúa hasta sentir que mi resistencia cede, hasta que mi cuerpo se amolda de forma natural a la invasión. Entonces los retira y se lleva la mano a la boca, lamiéndolos como si saboreara algo que le pertenece por derecho.

Arthur se aparta apenas lo suficiente para observarme; sus ojos oscuros recorren mi cuerpo, iluminado únicamente por la luz de la luna, y en sus labios se forma una sonrisa de aprobación y posesión.

—Eres perfecta —dice en voz baja, con absoluta intensidad, mientras sus manos acarician mis muslos y abren mis piernas para él.

El rostro me arde con violencia, pero no consigo cerrar los ojos ni apartar la mirada. Necesito verlo. Necesito ver a Arthur mirándome con ese deseo explícito, casi salvaje, que ahora se refleja con toda claridad en su rostro.

Se arrodilla ante mí, mantiene los ojos fijos en los míos y besa la cara interna de mis muslos, ascendiendo con la boca caliente y húmeda hasta alcanzar el centro de mi necesidad.

Cuando su lengua roza suavemente por primera vez el punto sensible entre mis piernas, estoy a punto de gritar. Todo mi cuerpo se curva al instante en respuesta, incapaz de controlar la intensidad de las sensaciones que se apoderan de mí.

—Arthur… —consigo murmurar con esfuerzo, temblando violentamente, sintiendo cómo mi racionalidad se desvanece por completo con cada movimiento lento y torturador de su lengua.

Levanta el rostro un instante, los ojos brillantes bajo la luz de la luna reflejada en algún objeto detrás de nosotros, mientras sonríe despacio, perversamente satisfecho.

Entonces, sin esperar respuesta alguna, vuelve a bajar la cabeza e intensifica de inmediato el contacto, succionando y lamiendo con un hambre y una precisión casi desesperadas, llevándome rápidamente al límite insoportable de un placer intenso cuya existencia ni siquiera imaginaba.

Mis manos se aferran con fuerza a los bordes de la mesa, intentando anclarme desesperadamente a la realidad mientras la boca de Arthur explora mi cuerpo con una intensidad que rebasa cualquier límite de la razón.

Su lengua se mueve en círculos lentos y firmes sobre mi punto más sensible, provocándome, presionando exactamente donde el placer resulta casi insoportable.

—Por favor… —suplico en un gemido débil mientras me arqueo involuntariamente contra él. Mis caderas se mueven en pequeños impulsos desesperados, buscando más contacto, más presión, más de él.

Arthur responde a mi súplica silenciosa deslizando una de sus manos grandes y firmes entre mis piernas. Uno de sus dedos entra en mí y hace que mi cuerpo se contraiga ante esa sensación extraña y nueva, pero increíblemente placentera.

Mi gemido se intensifica, más alto, más desesperado, mientras él empieza a mover el dedo despacio y explora con cuidado mi interior.

Una nueva oleada de placer se extiende violentamente por todo mi cuerpo. Mis piernas se abren aún más para él de forma involuntaria y Arthur, al percibir mi entrega completa, introduce un segundo dedo, aumentando la sensación de plenitud y la intensidad.

Su lengua vuelve a presionar mi punto sensible y lame con deliberada firmeza, provocando descargas eléctricas de placer con cada movimiento. Siento algo intenso, algo enorme y aterrador que crece rápidamente dentro de mí y amenaza con estallar con una fuerza que jamás había experimentado.

Sus ojos permanecen fijos en los míos mientras sigue estimulándome sin tregua y los dedos dentro de mí aceleran el ritmo.

Todo mi cuerpo se estremece violentamente. La oleada de placer estalla con una fuerza brutal y aplastante que me arrebata por completo la capacidad de respirar, pensar o reaccionar.

Gimo alto, sin ningún control, mientras él sigue succionándome el clítoris y me guía a través de ese placer devastador y arrollador.

Cuando por fin regreso a la realidad, todavía jadeante y temblorosa, Arthur se incorpora y me mira con los ojos oscuros, brillantes y posesivos. Sus labios húmedos están rojos, hinchados por la intensidad con la que me ha devorado, y eso vuelve a erizar mi cuerpo, todavía sensible y palpitante.

Se inclina despacio y se apodera de mi boca en un beso profundo y posesivo, haciéndome saborear mi propio placer en su lengua.

El beso es ardiente, voraz, completamente exigente, y yo no puedo hacer otra cosa que corresponderle, enredando mi lengua con la suya, absolutamente entregada.

—Ahora sí —dice mientras se incorpora.

El peso de su presencia alzada ante mí hace reaccionar todo mi cuerpo. Ya respiro deprisa, pero él no tiene prisa.

Se acerca hasta que su calor vuelve a envolverme y, con las manos firmes, me sujeta el rostro, obligándome a mantener la mirada clavada en la suya.

—Quiero que entiendas una cosa, Alice —dice en voz baja, con la voz grave rozándome la piel como una caricia—. Desde el momento en que entre en ti, no quedará ninguna duda de a quién perteneces.

El sonido de su cremallera al bajar resuena más fuerte que cualquier trueno en el exterior. Se baja el pantalón apenas lo suficiente para liberarse y la imagen me corta la respiración. Es…

grande. Mucho más de lo que había imaginado, incluso en las fantasías más audaces que me han asaltado durante estos días.

Arthur parece advertir mi reacción y un destello de satisfacción cruza su rostro. Se sujeta la base con una mano y, con la otra, vuelve a tocarme entre las piernas. El pulgar encuentra de nuevo mi clítoris y, con movimientos lentos y firmes, eleva mi tensión hasta que me arqueo contra él, sin darme cuenta siquiera de que me acerco a otro orgasmo.

Cuando siente vibrar mi cuerpo, se agacha ligeramente y coloca la punta en mi entrada. No empuja; se limita a permanecer allí, presionando, comprobando el encaje.

—Respira —me indica, y obedezco, aunque el aire salga tembloroso—. Vas a sentir cada centímetro.

Retrocede un poco, sin apartar los ojos de los míos, y retira también los dedos. Con un gesto preciso saca un preservativo del bolsillo interior de la americana. Abre el envoltorio con una calma irritante, como si no existieran ni tormenta ni urgencia, solo su control.

—Nada ocurre entre nosotros sin que yo decida cada detalle —murmura mientras se lo coloca con un movimiento rápido y seguro.

Solo entonces vuelve a situarse, con la punta presionando contra mí, como si nada, ni siquiera esa pausa, hubiera roto el hilo de tensión que nos mantiene unidos.

Empuja lentamente y el glande abre espacio donde antes no lo había. La dilatación es intensa, casi incómoda, pero el calor que me transmite y la forma en que controla cada movimiento convierten la sensación en algo adictivo.

—Mírame —repite, y solo entonces avanza un poco más para retirarse enseguida y repetir el movimiento, entrando algo más hondo con cada breve embestida.

Está amoldando mi cuerpo al suyo con paciencia, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

Un gemido escapa cuando por fin empuja con suficiente profundidad para llenarme por completo. Me falta el aire y Arthur me sujeta la cintura, inmovilizándome mientras me deja sentir su peso y su grosor.

—Así… —murmura con los ojos fijos en los míos—. Ahora eres mía.

Se retira casi por completo y vuelve a entrar, más firme, y mi cuerpo ya no sabe distinguir entre placer y rendición.

El movimiento siguiente es más lento, profundo, como si quisiera que percibiera cada detalle de él al deslizarse dentro de mí. Arthur no se apresura. No lo necesita. Controla el ritmo como un director que ya conoce la música, pero quiere que cada nota se sienta hasta su último eco.

Me sujeta la cintura con firmeza y me guía en el compás que él impone: hacia delante, hacia atrás, siempre en el mismo ángulo que me obliga a morderme el labio para no gemir demasiado alto. Cuando cierro los ojos, me hace abrirlos de nuevo tocándome la barbilla o rozando con la boca mi oreja.

Cada vez que jadeo o dejo escapar un sonido más alto, ajusta la presión, la velocidad, como si registrara mi reacción y aplicara el resultado al instante. Es como si mi cuerpo fuera un territorio que estuviera cartografiando, marca por marca, aprendiendo dónde apretar, dónde aliviar, dónde atacar sin previo aviso.

Sus manos abandonan mi cintura para ascender por el costado de mi cuerpo, pasar por mis costillas y mi pecho; el pulgar roza el pezón ya endurecido antes de volver a bajar.

Es imposible decidir qué me enloquece más: su movimiento dentro de mí o ese contacto explorador que parece estar en todas partes al mismo tiempo.

El ritmo empieza a cambiar. Poco a poco, las embestidas se vuelven más intensas, menos contenidas. No es prisa, sino un permiso que parece concederse a sí mismo, centímetro a centímetro,

como si comprobara cuánto puede permitirse perder el control sin rendirse por completo.

—¿Lo sientes? —pregunta en voz baja, con la mirada fija en la mía.

—Sí… —Mi voz sale temblorosa, apenas un susurro.

—Quiero que sientas más.

La siguiente embestida llega más hondo y no consigo contener el gemido que escapa. Aprisiona mi pierna contra su propio cuerpo, abriéndome aún más, y el nuevo ángulo hace que una oleada de placer me atraviese por completo.

—Así… —Su respiración ya es más pesada, su control empieza a resquebrajarse—. Otra vez.

Y repite. Una, dos, tres veces, cada una arrancándome sonidos más altos, hasta que ya no consigo pensar en otra cosa que no sea seguirlo, dejar que me lleve adonde quiera.

Su mano baja entre nosotros y el pulgar encuentra mi clítoris con la misma precisión con la que maneja un bisturí. El contacto es firme, acompasado con las embestidas, y la combinación me lleva rápidamente al borde.

—Ahora, Alice… —Su tono es una orden, pero contiene algo más, algo crudo, casi urgente—. Córrete para mí.

El mundo se disuelve en el instante en que sus palabras entran en mi cuerpo junto con el último movimiento. El orgasmo me golpea como un impacto físico y hace que mis músculos se contraigan alrededor de él, atrayéndolo más hondo.

Arthur deja escapar un gemido bajo y grave y avanza hasta el límite, como si quisiera enterrarse en mí para siempre antes de continuar.

Su orgasmo llega poco después, con un último impulso fuerte y todo su cuerpo tenso contra el mío. Durante unos segundos solo existen nuestras respiraciones agitadas, el sonido amortiguado de la

lluvia golpeando las ventanas y su peso manteniéndome en mi sitio, como si no quisiera permitir que aquel momento terminara tan pronto.

Cuando finalmente retrocede, lo hace despacio, como quien no quiere romper el vínculo que acaba de crearse. Pero la mirada que me dirige lo dice todo: sabe exactamente lo que me ha hecho.

Arthur se aparta apenas lo necesario para quitarse el preservativo con un movimiento rápido y preciso y desecharlo sin prisa. Yo permanezco allí, respirando con dificultad, con las piernas temblorosas, intentando convencer a mi cuerpo de que vuelva a obedecerme.

Al principio no dice nada. Se limita a arreglarse la ropa, cerrando la cremallera y el botón del pantalón con ese mismo método calculado de siempre. Es como si reorganizara no solo lo que lleva puesto, sino también cada rasgo de su propia expresión.

Cuando por fin levanta el rostro, sus ojos ya no contienen el calor que me ha abrasado minutos antes. Vuelven a ser fríos, claros, atentos. Pero ya conozco la diferencia: sé que se trata de una reconstrucción deliberada y que, por debajo, el incendio aún no se ha apagado.

Arthur extiende una mano, como si fuera evidente que debo aceptarla. Y lo hago. Me ayuda a ponerme de pie y me sujeta con firmeza por la cintura cuando las piernas me fallan un instante. Su pulgar recorre una sola vez la piel desnuda de mi cadera, de manera casi imperceptible, antes de apartarse como si nada hubiera ocurrido.

—Vístete —dice con voz firme, controlada, aunque algo más grave de lo habitual—. No quiero que salgas de aquí como si hubiera ocurrido algo que no estuviera bajo mi control.

La frase debería ofenderme, pero, de algún modo, encierra un peso que va más allá de la arrogancia. Es como si se recordara a sí mismo —y también a mí— que, en su relato, todo tiene que haber sido premeditado. Incluso cuando no lo ha sido.

Me vuelvo para ponerme la blusa, todavía sintiendo el cuerpo palpitar, y advierto que observa cada movimiento. No con la mirada hambrienta de unos minutos antes, sino con el análisis frío de quien registra una prueba importante.

Cuando termino, da un paso hacia mí, me ajusta el cuello de la blusa y me mira directamente a los ojos.

—¿Qué…? —empiezo, pero la voz me flaquea. Me detengo, respiro hondo y vuelvo a intentarlo—. ¿Qué va a pasar después de esto?

Arthur no da ninguna señal de necesitar pensar la respuesta, aunque su mirada, tan firme como siempre, hace que parezca estar analizando la pregunta desde todos los ángulos posibles.

Un músculo se mueve en su mandíbula antes de que responda, con la voz baja pero cargada de intención:

—Después de esto… ajustaré lo que sea necesario para que siga funcionando.

16.

ALICE BRAGA

Me despierto sobresaltada, con el corazón desbocado, como si una sirena hubiera sonado dentro de mi propio pecho. Tardo unos segundos en reconocer dónde estoy: en el viejo colchón, en la estrecha sala del estudio que comparto con doña Dalva.

Respiro aceleradamente y me incorporo despacio, parpadeando varias veces mientras mi mente intenta ordenar desesperadamente los acontecimientos de la noche anterior. No puede haber sido un sueño. Ha sido demasiado real, demasiado intenso, demasiado inolvidable.

Cierro los ojos y vuelvo a sentir el calor de sus manos sobre mi piel, la forma posesiva y absolutamente intensa con la que Arthur me besa, me toca, me hace suya. Todo mi cuerpo se eriza ante el recuerdo vívido de su peso sobre mí, dentro de mí, llenándome por completo.

Es imposible que algo así haya sido solo un sueño.

Respiro hondo, intentando controlar la sonrisa tonta que inevitablemente aparece en mis labios. Todavía puedo sentir en la piel las caricias suaves y lentas que dedica a mi cuerpo después de que todo termina.

Recuerdo perfectamente cómo me observa Arthur mientras vuelvo a vestirme. Su atención por completo concentrada en mí, meticulosa, como si siguiera un procedimiento en el quirófano.

Después, el trayecto en coche hasta aquí transcurre en silencio, pero cargado de una tensión que ninguno de los dos parece dispuesto a romper. Él mantiene los ojos en la carretera y yo, en mis propias manos, como si cualquier palabra pudiera desestabilizar el frágil equilibrio que acabamos de crear.

Abro los ojos, dejo escapar un largo suspiro y solo entonces percibo el silencio y el olor a café recién hecho procedente de la pequeña cocina improvisada. Una amplia sonrisa se adueña de mi rostro.

La tormenta ha pasado y, por la ventana abierta, un sol radiante entra sin pedir permiso e inunda el pequeño estudio con una luz dorada que parece combinar a la perfección con mi ánimo casi ridículamente feliz.

Me levanto deprisa, sintiéndome más ligera que nunca, me pongo una camiseta ancha y cómoda y voy a la cocina.

—Buenos días, mi niña —me saluda doña Dalva con una sonrisa débil pero sincera mientras remueve despacio el café con una cucharilla.

—¡Buenos días, Dalvinha! —exclamo animada, dándole un beso cariñoso en la frente—. ¿Cómo estás hoy?

Sonríe, sorprendida por mi ánimo desmesuradamente alegre.

—Por lo visto, no tan bien como tú. Nunca te había visto despertarte con esa sonrisa. —Entorna los ojos con curiosidad—. Ayer pasó algo bueno, ¿verdad?

Siento que el rostro se me enciende al instante y aparto la mirada, acercándome a la nevera para disimular mi evidente vergüenza.

—Fue un buen día, nada más —respondo vagamente, aunque no consigo ocultar la enorme sonrisa que insiste en permanecer en mi rostro.

Doña Dalva no insiste, pero siento su mirada atenta en mi espalda mientras preparo rápidamente pan con mantequilla. Hoy no es un día cualquiera. Tengo planes especiales.

—¿Vas a salir? —pregunta con curiosidad al advertir mis prisas.

—Vamos a salir, en realidad. Ponte algo cómodo, voy a llevarte a conocer un lugar especial.

Alza las cejas, sorprendida, pero no hace preguntas. Se limita a asentir con una sonrisa extrañamente esperanzada. Quizá ya se lo imagina o quizá solo se alegra de verme tan animada por primera vez en meses.

Media hora después, estamos dentro de un taxi, camino de la dirección que he investigado cuidadosamente durante toda la semana.

Doña Dalva no parece capaz de relajarse a mi lado. Aprieta con fuerza el viejo bolso contra el pecho y observa con recelo cómo el taxímetro aumenta rápidamente.

—Alice, no hacía falta, hija —dice por fin en voz baja y preocupada—. El taxi es muy caro, ¿no? Podríamos haber ido en autobús. No es justo que gastes así tu dinero conmigo. Ya es demasiado todo lo que has hecho. No hace falta exagerar.

Me vuelvo hacia ella con una sonrisa suave y le toco delicadamente la mano para tranquilizarla.

—Te mereces esto y mucho más, Dalvinha. Y no tienes que preocuparte. Ya te lo he dicho: ahora mi sueldo ha mejorado mucho y puedo pagar estas cosas. No tienes por qué sentirte culpable, ¿de acuerdo?

Suspira en voz baja y aparta la mirada, todavía claramente incómoda con la idea.

—Lo sé, hija, pero el dinero no es infinito. Acabas de cobrar tu primer sueldo nuevo y ya pagas mis medicinas, ayudas con todo en casa… Me preocupa. No quiero ser una carga para ti. Mucho menos ahora que por fin estás consiguiendo encauzar tu vida.

Esas palabras rozan algo muy profundo en mi interior. Le aprieto la mano con más firmeza y mi sonrisa se transforma en algo más dulce y significativo.

—Nunca has sido una carga para mí, Dalvinha. Al contrario, eres mi familia. La única que tengo. Siempre has cuidado de mí, incluso cuando apenas podías cuidar de ti misma. Todo lo que hago ahora

no es solo por ti, también es por mí. Necesito saber que estás bien, que tienes una vida digna y cómoda. Te lo mereces.

Se muerde los labios, emocionada, y vuelve a apretarme la mano mientras asiente despacio y las lágrimas le llenan los ojos en silencio.

—Yo solo quiero que seas feliz, hija mía. Que no tengas que preocuparte tanto por mí. Con el tratamiento que me da ahora el hospital ya me siento más fuerte. Puedo ir en autobús, puedo ayudar más en casa… No tienes que hacerlo todo sola.

Respiro hondo, conmovida por su sincera preocupación.

—Sé que no tengo que hacerlo, Dalvinha. Pero quiero hacerlo. ¿Me dejas cuidar de ti ahora? —le pido—. Es mi turno.

Por fin sonríe y una lágrima discreta recorre su mejilla mientras asiente despacio.

—Eres testaruda, niña. Siempre lo has sido. Pero te quiero muchísimo por eso.

Sonrío ampliamente y apoyo la cabeza en su hombro con cariño.

—Yo también te quiero, Dalvinha. Muchísimo.

Doña Dalva tiene razón. Todavía no he cobrado mi segundo sueldo, pero he recibido una provisión para gastos personales y las tarjetas de beneficios, que son, desde luego, mucho más de lo que gasto. Así que, por primera vez en mi vida, no camino por la cuerda floja cuando se trata de dinero.

Dentro de unas semanas recibiré mi segunda nómina con el nuevo sueldo. Y eso abre una serie de posibilidades que antes no eran más que sueños imposibles. Pienso convertir uno de esos sueños en realidad.

Cuando el taxi por fin se detiene ante la dirección, doña Dalva frunce el ceño, confundida, y me dirige una mirada desconfiada mientras la ayudo a bajar del coche.

—¿Dónde estamos, Alice? ¿Qué hacemos aquí?

Me limito a sonreír, sujetándole el brazo con firmeza mientras caminamos despacio hasta la pequeña casa de verja azul claro. Una mujer joven, bien vestida y amable nos espera con una sonrisa acogedora.

—Buenos días, ¿Alice? —pregunta, acercándose para saludarme con un apretón de manos firme y profesional—. Soy Beatriz, la agente inmobiliaria que habló con usted por teléfono. Han llegado a la hora perfecta.

—Buenos días, Beatriz —la saludo con una sonrisa animada, sintiendo la mirada confusa y curiosa de doña Dalva clavada en mí —. Ella es doña Dalva. ¿Vemos la casa?

—Claro, claro. Acompáñenme, por favor —dice Beatriz con amabilidad mientras abre la verja y nos conduce hasta la entrada de la casa.

—¿La casa? —susurra doña Dalva, claramente aún perdida, alternando la mirada entre la agente y yo—. Alice, ¿qué está pasando?

Le sonrío, con el corazón acelerado por la expectación mientras entramos en el pequeño porche, donde el sol parece todavía más brillante y acogedor.

—Quería darte una sorpresa, Dalvinha. He estado buscando y esta casa está disponible para alquilar. Pensé que te gustaría conocerla.

Sus ojos se abren de par en par, primero por la sorpresa y después por una emoción pura y sincera. Me aprieta la mano con fuerza mientras Beatriz abre la puerta principal y nos invita a entrar.

Recorremos despacio la casa sencilla y acogedora, y doña Dalva parece incapaz de pronunciar una sola palabra mientras contempla cada estancia con los ojos brillantes. Por fin, cuando llegamos al pequeño patio trasero, se vuelve hacia mí, me sujeta las manos con fuerza y tiene ya los ojos húmedos.

—Alice… —dice con voz entrecortada, la emoción presente en cada palabra—. Lo has conseguido, mi niña. Por fin vas a tener una casa para ti sola. Ay, hija, eso es todo lo que siempre le he pedido a Dios. Estoy tan feliz, tan orgullosa de ti… Te echaré muchísimo de menos, pero quiero que sepas que esto era lo que siempre había soñado para ti.

El corazón se me encoge con fuerza y siento que las lágrimas calientes me llenan los ojos mientras aprieto sus manos con cariño.

—Dalvinha, escucha… No estoy alquilando esta casa para vivir sola —le explico en voz baja, con una sonrisa dulce y emocionada—. Quiero que vengas a vivir conmigo. Las dos, juntas. Está cerca del hospital, el barrio es mejor y más seguro, y tú también tendrás una calidad de vida mayor. Esta casa será nuestra, no solo mía.

Sus ojos se llenan todavía más de lágrimas mientras se cubre la boca con una mano, completamente sorprendida y conmovida por lo que acabo de decir.

—¿Tú… hablas en serio? ¿Quieres que venga a vivir aquí contigo?

Sonrío ampliamente y asiento con absoluta firmeza.

—Claro que quiero. No consigo imaginar mi vida sin ti, Dalvinha. Ahora tendremos una casa solo para nosotras.

No consigue responder de inmediato; se limita a abrazarme con fuerza, con silenciosos sollozos que sacuden su frágil cuerpo contra el mío.

—Dios no me dio hijos —susurra por fin contra mi hombro, con la voz quebrada por la emoción—. Pero me dio a ti. Y eso es más de lo que jamás habría podido pedir.

La abrazo todavía más fuerte y siento el calor del sol sobre nosotras mientras dejo que esa felicidad absurda y perfecta se apodere de mi corazón.

—¿Estás segura, Alice? —pregunta en voz baja, casi insegura.

Sonrío ampliamente y asiento.

—Nunca he estado tan segura de nada. Esta será nuestra casa. Y cuidaré de ti como tú siempre has cuidado de mí.

Su frágil cuerpo tiembla ligeramente entre mis brazos. Permanecemos allí, quietas en el porche, mientras una brisa suave agita nuestro cabello y trae una frescura deliciosa después de la tormenta de la noche anterior.

Y mientras doña Dalva hace planes entusiasmados sobre la decoración y las flores del patio, yo me pierdo en pensamientos silenciosos, inevitablemente llenos de la imagen de Arthur, de la forma en que sus ojos oscuros brillan intensamente al mirarme.

Pero, a medida que avanza el día, el móvil continúa silencioso en mi bolsillo. Ningún mensaje, ninguna llamada, nada. Una punzada de ansiedad empieza a formarse despacio en mi pecho, pero la aparto enseguida.

Es demasiado pronto para preocuparme. Arthur es un hombre ocupado, serio. Seguro que está trabajando, haciendo cosas importantes. No hay motivo para el pánico. Todavía no.

Y así sigo convenciéndome, incluso mientras el corazón se me oprime discretamente, mientras continúo mirando el móvil cada cinco minutos, mientras una parte minúscula y racional de mí empieza a preguntarse en silencio:

¿Y ahora?

Ha dicho que ajustará lo que sea necesario para que siga funcionando. Pero ¿qué significa eso?

Niego con la cabeza y expulso ese pensamiento. Todo saldrá bien. Tiene que salir bien. Al fin y al cabo, hace un día precioso y tengo una casa que alquilar, planes que realizar, sueños que construir.

Sea lo que sea lo que me reserve el futuro, será bueno. Tiene que serlo. O, al menos, eso es lo que deseo creer desesperadamente.

17.

ARTHUR MENDONÇA

Los eventos de gala siempre han sido para mí una formalidad desagradable. Conversaciones vacías, sonrisas ensayadas e intereses disfrazados de seda y sastrería. El único motivo para estar allí es estratégico y, esa noche, ni siquiera eso parece distraerme.

Un camarero pasa ofreciendo champán. Cojo una copa y doy un sorbo rápido, no por el sabor, sino por la pausa que me concede en la interminable sucesión de apretones de manos. El sabor desaparece deprisa. La inquietud, no.

—¿Una noche difícil? —Rafael aparece a mi lado con esa sonrisa de quien está a punto de decir algo que va a irritarme.

—No tienes ni idea —respondo, sin intentar disimular mi mal humor.

Ladea la cabeza y me mira como si fuera un caso clínico. —Pensé que después del viernes estarías más… relajado. A juzgar por tu desaparición durante el fin de semana, imaginé que ya habrías satisfecho tu curiosidad.

—No empieces —lo corto con sequedad y doy otro sorbo.

—Yo no he dicho nada… —Levanta las manos, divertido—. Solo estoy observando. Y, por lo que veo, ha ocurrido algo distinto. Estás… raro. Más de lo normal.

Me ajusto los gemelos, intentando concentrarme en aquello que está a mi alcance controlar. Desde el viernes, Alice ocupa más espacio del que debería en mi mente. Y sí, había imaginado que una sola vez bastaría para apagar la excitación que la chica despierta en mí. Pero con ella cada contacto solo abre más espacio. No lo cierra.

Es como si ahora todo mi cuerpo, cada músculo, cada célula, exigiera más. Más de ella. Más del sabor de su piel suave. Más de los

gemidos roncos que deja escapar cuando estoy dentro de ella. Más de ella sumisa y entregada, exactamente donde necesito que esté.

—Nada ha cambiado —digo directamente.

Rafael no parece convencido. Sigue con la mirada a una mujer de vestido ceñido que pasa junto a nosotros.

—Entonces, en ese caso… —sonríe de lado—, ¿qué tal si nos distraemos? ¿Un trío? Como en los viejos tiempos.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo hicimos dos veces. No inventes una tradición.

—Dos, cinco… ¿qué más da? —Se encoge de hombros—. Sigue siendo divertido.

Sigo la dirección que señala con la mirada, pero la idea muere antes de nacer.

—Paso.

Arquea las cejas.

—¿Pasas? ¿Estás enfermo?

—No. —Suspiro—. Simplemente ahora no quiero a otra persona.

Sonríe como quien acaba de encontrar oro.

—Ah… ahora nos acercamos más a la verdad. La asistente…

—Rafael. —El tono basta para cortar la frase por la mitad.

Se ríe.

—De acuerdo, quédate con tu misterio. Pero, Arthur… si piensas mantener el control, tendrás que actuar pronto. Si no, será ella quien marque el ritmo.

—No lo hará —garantizo, lacónico.

—Bueno, si tú lo dices… —Me da una palmada ligera en el hombro mientras ya desvía la atención hacia otro grupo—. Procura que esta historia no te vuelva todavía más gruñón de lo que ya eres.

Lo observo mientras se aleja. En el fondo tiene razón. Si quiero que Alice esté conmigo bajo mis condiciones, necesito crear el escenario adecuado. Y, a partir de ahí, cada paso tendrá que estar calculado.

El control no se pierde de una sola vez. Se escapa en pequeños desvíos. Y con Alice ya he permitido demasiados. Cuando Rafael se aparta, me quedo con la copa vacía en la mano y la cabeza regresando al mismo punto de antes: Alice.

El salón está lo bastante lleno para que nadie advierta si me retiro a un rincón. Cruzo el espacio hasta uno de los balcones laterales, donde la música y las conversaciones llegan apenas como un murmullo lejano. Apoyo las manos en la barandilla y dejo que mi mirada recorra la ciudad iluminada.

Es impresionante cómo consigue ocupar espacio en mi mente sin ningún esfuerzo consciente. Alice no calcula nada, y quizá por eso precisamente cada gesto suyo permanece conmigo durante días. Su inocencia es una provocación involuntaria, y eso la vuelve más peligrosa que cualquier mujer que haya intentado seducirme deliberadamente.

No se trata solo de atracción física, aunque resulta imposible negar la urgencia que se apodera de mi cuerpo cada vez que pienso en ella. Se trata de que, de algún modo, ha roto la barrera que separa lo circunstancial de lo personal. Y yo no admito perder el control en nada personal.

Para mí, el control siempre ha sido una cuestión de arquitectura: cada pieza en su sitio, cada riesgo calculado, cada salida prevista. Y ahora me encuentro ante una variable que no encaja en la ecuación. Es inadmisible.

Respiro hondo y vuelvo a pensar en términos de estrategia. Si quiero mantener a Alice de manera definitiva dentro de mi campo de influencia, necesito ofrecerle algo que la retenga allí y, al mismo tiempo, cerrar todas las salidas que pueda utilizar para escapar. No

mediante imposiciones explícitas, sino creando circunstancias tan cómodas y seguras que rechazarlas suponga ponerse en desventaja.

El evento de esa noche no gira en torno a la fiesta, ni a los patronos ni a las donaciones. Es una prueba. Los eventos como ese siempre son pruebas, porque quien controla el relato controla el resultado. Y eso es lo que necesito hacer.

Necesito ofrecerle a Alice una elección aparente, aunque en la práctica solo exista un camino lógico. Me enderezo y siento que la inquietud da paso a una claridad fría.

No estoy a merced de la situación. Todavía no. Y mientras tenga aliento para pensar, dispondré de medios para convertir la ventaja en mía.

Dejo la copa en una consola cercana y regreso al salón. Todavía quedan algunas manos que estrechar y algunas sonrisas que devolver antes de que termine la noche. Pero la verdadera negociación ya está en marcha. Y solo acabará cuando Alice esté donde quiero: al alcance de mi mano y sometida a las reglas que yo establezca.

***

Lunes, siete y media de la mañana.

El sonido de la puerta al abrirse es el detonante de lo que ya sé que ocurrirá.

Alice entra, puntual como siempre, equilibrando la carpeta de informes sobre un brazo y con la tableta apretada contra el cuerpo. Falda lápiz negra, camisa de seda blanca, el cabello recogido en un moño sencillo que deja el cuello al descubierto… y ese maldito perfume delicado que se infiltra en el aire como si tuviera el derecho adquirido de acompañarme a todos los lugares.

Su mirada encuentra la mía y se produce ese segundo inevitable en que el mundo se reduce al sonido de nuestra respiración. Sus

ojos castaños se abren ligeramente antes de suavizarse y el rubor invade su rostro. No hay cálculo alguno en eso.

Alice no lo hace a propósito. Esa inocencia es lo que más me corroe: cada gesto suyo produce el efecto de una provocación precisa, pero no es más que un reflejo natural. Y precisamente por eso me desarma.

—Buenos días, doctor Mendonça. —Su voz sale baja, casi vacilante.

—Buenos días, Alice. —Mantengo el tono controlado, sin conceder margen alguno—. Espero que hayas descansado. Nos espera un día largo.

Asiente y se ocupa de su mesa. Yo vuelvo a mis correos electrónicos e intento ignorar que, desde el viernes, ella es la primera imagen que acude a mi mente al despertar y la última antes de dormir.

El día se arrastra como si cada minuto fuera un desafío a mi autocontrol. Cada vez que se inclina para entregarme un documento, la manga de la camisa retrocede y deja al descubierto su delicada muñeca, su piel suave. Cada vez que pasa cerca, el calor de su cuerpo atraviesa el aire. Es imposible «no advertir» a Alice. Ella llena el espacio.

Hacia las seis de la tarde, la reunión ya se prolonga más de lo necesario. Matheus repite datos que ya se han discutido dos veces y mi paciencia con las cifras redundantes es limitada. Todavía más limitada cuando Alice está sentada a mi derecha, cruzando y descruzando las piernas, y la tela de la falda asciende lo suficiente para revelar un palmo más de piel.

Pienso en esperar, en dejar que termine. Pero cada vez que su perfume se mezcla con el aire acondicionado, cada vez que cambia de posición las piernas, siento que mi control se inclina un poco más.

—Basta. —Los corto con sequedad y levanto una mano. El silencio es inmediato—. Terminamos por hoy. Continuaremos mañana.

Miradas confundidas. Nadie protesta. Las sillas rechinan, recogen los papeles y, uno a uno, todos salen. Excepto Alice.

Permanece allí, mirándome como si intentara descifrar algo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, con los ojos dulces e inocentes todavía llenos de dudas—. La reunión iba bien y…

Me levanto, voy hasta la puerta, activo el cierre y regreso junto a ella.

—Son las seis y un minuto. Tu jornada ha terminado —digo con calma.

—Yo… puedo quedarme si me necesita. —La respuesta es instintiva y constituye una prueba más de que no comprende el juego que está jugando conmigo.

Apoyo las manos en la mesa y me inclino para que mi cuerpo invada su espacio. Veo que su respiración se acelera. —Perfecto —digo en un tono más bajo—. Porque vas a quedarte.

Su boca se abre para iniciar una pregunta, pero no le doy la oportunidad. La sujeto por la cintura y la atraigo hacia mí con firmeza, sintiendo el impacto de su cuerpo contra el mío. El primer contacto de nuestros labios es de todo menos suave. Llevo tres días imaginando de nuevo su sabor y el recuerdo palidece ante la realidad. Su lengua encuentra la mía con hambre y un gemido bajo escapa y vibra contra mi boca.

La aprisiono contra la mesa, sintiendo la rigidez de la superficie en su espalda y el calor creciente entre nosotros. Una de mis manos se desliza por el costado de su cuerpo, asciende hasta el cuello y lo sujeta con cuidado, pero con la posesión inequívoca de quien sabe que puede hacerlo.

—No tienes ni idea de lo que me has hecho hoy —murmuro contra su boca, mordiéndole suavemente el labio inferior antes de

besarla de nuevo, más hondo—. Ni idea.

No responde con palabras. Sus pequeñas manos se aferran a mis hombros y su cuerpo se arquea buscando más contacto. Siento el roce de su muslo contra el mío y, durante un instante, casi olvido cómo se respira.

Me aparto apenas lo suficiente para levantarle el borde de la falda. Mis dedos encuentran el encaje de las bragas y el calor húmedo que hay debajo. Paso la palma y noto el tejido ya empapado.

—Mojada… —Mi voz sale más baja, más grave—. Tan deprisa.

Se muerde el labio y el rubor asciende hasta sus orejas.

—Desde esta mañana… —admite en un soplo.

Satisfacción. Pura, afilada.

—Quítatelas. —Es una orden, no una petición.

Alice obedece. Sus dedos ágiles bajan las bragas, que caen al suelo con un sonido suave. Mantiene los ojos en los míos, y eso resulta casi más excitante que verla expuesta.

Le separo las piernas con las mías y la alzo para sentarla en el borde de la mesa. Mantengo una mano firme en la cara interna de su muslo para que permanezca abierta, mientras la otra baja la cremallera de mi pantalón.

Deja escapar un suspiro tembloroso al verme y su reacción es involuntaria: las caderas se mueven hacia lo que desean. La sujeto por ellas y la mantengo inmóvil.

—Esperas hasta que yo lo diga. —Mi voz está controlada, pero la tensión que contiene es innegable.

Apoyo solo la punta contra su entrada y siento palpitar su calor. Hago un movimiento lento, casi imperceptible, solo para provocarla, y veo que cierra los ojos.

—Suplica. —Me inclino hasta tener la boca junto a su oído—. Quiero oírte.

—Por favor, Arthur… —Su voz tiembla—. Te necesito.

El sonido es como una cadena al romperse. Avanzo despacio dentro de ella, sintiendo cómo cede cada centímetro de resistencia hasta quedar completamente enterrado. La sensación tiene una intensidad violenta. Cierro los ojos un instante y respiro para no perder el ritmo.

Cuando empiezo a moverme, cada embestida está medida. Lo bastante honda para arrancarle un suspiro, lo bastante lenta para mantenerla consciente de cada detalle. Se aferra a mis hombros, las uñas marcan la tela de la camisa, y gime mi nombre con un sonido que hace contraerse mi abdomen.

Aumento el ritmo. La mesa empieza a rechinar bajo nosotros. El sonido de nuestros cuerpos al encontrarse se mezcla con sus gemidos y crea una cadencia que me arrastra más hondo, más deprisa. Le sujeto el rostro con una mano y la obligo a mantener los ojos abiertos. —Quiero verte cuando te corras para mí.

Niega con la cabeza, casi incapaz de mirarme de lo dominada que está por el placer, pero obedece. Y cuando su cuerpo empieza a temblar, sé que ya está ahí. La sujeto con firmeza y mantengo el ritmo hasta sentir que se desmorona, que su calor y su presión se intensifican mientras grita mi nombre.

Su orgasmo es el detonante. Me entierro hasta el fondo y dejo que mi propia oleada me alcance, una descarga pesada que recorre cada músculo. Me aprieto contra ella, respirando hondo, sintiendo cada espasmo hasta el último.

El silencio posterior es denso. Solo se oyen nuestras respiraciones mezcladas con los latidos que retumban en mis oídos.

Permanezco allí unos segundos y después retrocedo despacio, arreglándome la ropa mientras ella sigue sentada, con las piernas

aún abiertas, la respiración irregular y la falda arrugada alrededor de la cintura.

La arreglo con mis propias manos, le bajo la falda y limpio con calma cualquier rastro de la urgencia que hemos tenido. No dice nada. Se limita a observarme.

Apoyo las manos en la mesa y me inclino hasta quedar frente a ella, con el rostro lo bastante cerca para sentir su respiración.

—Ahora sí, podemos hablar. —Mi tono recupera la calma habitual, como si el huracán de los últimos minutos no hubiera sido más que un ajuste necesario para devolver cada cosa a su sitio.

Y, en cierto modo, lo ha sido.

18.

ALICE BRAGA

Todavía siento la piel caliente y el cuerpo palpitante, como si cada latido de mi corazón resonara en el lugar donde él ha estado segundos antes.

Las piernas todavía me tiemblan y mis manos descansan en el regazo, intentando disimular que aún no he recuperado por completo el aliento.

Arthur, en cambio, parece exactamente igual que siempre: sereno, impecable, como si lo que acaba de ocurrir no fuera más que otra decisión administrativa de su agenda.

Lo observo mientras se ajusta la corbata, se sienta y, con la precisión metódica de quien controla cada detalle, ordena una pequeña pila de papeles. Entonces, sin mirarme, los desliza por la mesa hasta detenerlos ante mí.

—¿Qué es esto? —Mi voz suena más baja de lo que pretendía y solo advierto mi vacilación cuando siento que su mirada se posa por fin sobre mí.

—Lee.

Bajo los ojos hacia el documento y mi estómago se contrae. El título, en letras sobrias, parece todavía más frío que el propio Arthur:

Contrato de relación.

Una oleada de frío y calor recorre mi columna. Levanto el rostro despacio y lo encuentro recostado en la silla, con las manos cruzadas sobre el pecho, expresión neutra y mirada fija, casi pesada.

—¿Esto… va en serio? —consigo preguntar, aunque sé que él no bromea con algo así.

—Es definitivo —responde sin vacilar—. Si vamos a continuar lo que hemos empezado, quiero que las reglas estén claras desde el principio. Para los dos.

La palabra «reglas» suena extraña, pero también peligrosamente familiar en sus labios. Arthur no habla de sentimientos. Habla de estructura.

Apoyo las manos sobre el documento, todavía sin valor para pasar la primera página. Una parte de mí quiere levantarse y marcharse; otra quiere saber exactamente hasta dónde piensa llegar con esto.

Respiro hondo y por fin empiezo a leer.

Cláusula 1: Confidencialidad absoluta.

Ninguna de las partes podrá divulgar la existencia, las condiciones ni ningún detalle de la relación, de forma directa o indirecta.

Trago saliva.

Cláusula 2: Discreción en el entorno laboral.

No se permitirá ninguna conducta que pueda despertar sospechas. Las interacciones se limitarán a lo necesario para el desempeño profesional.

El rostro empieza a arderme. Sé que debería concentrarme en el texto, pero no consigo dejar de pensar en el contraste entre lo que está escrito y lo que acaba de ocurrir entre nosotros en esa misma sala.

Cláusula 3: Exclusividad.

Durante la vigencia de este contrato, la parte contratada no mantendrá ninguna relación íntima con terceros.

—«Exclusividad» —leo en voz alta, incapaz de evitar un tono ligeramente sorprendido.

—Exactamente —dice con firmeza—. Mientras estés conmigo, estarás solo conmigo. No es negociable.

Su mirada sostiene la mía como si quisiera grabar esas palabras en mi interior. No es una petición, y la certeza de su voz me inquieta.

Sigo leyendo.

Cláusula 4: Disponibilidad.

La parte contratada deberá estar disponible siempre que se la requiera, salvo por motivos médicos o una urgencia familiar.

Intento mantener la concentración, pero resulta imposible no sentir el peso de cada línea. Ya soy consciente de que Arthur es controlador; lo que no imaginaba es que fuera a organizar ese control en forma de documento.

Paso la página.

Cláusula 5: Responsabilidades económicas.

El corazón se me acelera.

—¿«Responsabilidades económicas»?

—Significa —empieza con voz baja y serena— que, mientras este contrato esté vigente, yo cubriré todos tus gastos. Vivienda, transporte, alimentación, ropa, salud… todo. Además, recibirás una asignación mensual de treinta mil reales.

Parpadeo, intentando asimilarlo.

—¿Treinta… mil? —repito, incapaz de ocultar mi conmoción.

—Estarás a mi disposición. Es justo que recibas una compensación.

Aprieto los labios y siento que la contradicción me oprime el pecho.

—Arthur, no es necesario. Tengo mi sueldo, puedo mantenerme sola.

—No se trata de necesidad, Alice —me corta—. Se trata de garantías.

—Esto… —La voz me falla y respiro antes de continuar—. Esto parece… incorrecto.

Arquea una ceja, como si la palabra le resultara curiosa.

—¿Incorrecto?

—Parece que me estás… pagando. Para… —No consigo terminar.

—Para que estés disponible, sí. —No aparta la mirada—. Y para que comprendas que esto es físico. Solo físico.

Su claridad me golpea en seco.

—Esperaba que… Tu compañía y… —Dejo de hablar y siento que el rostro y el cuello me arden de inmediato—. Y… nosotros. Que fueran recompensa suficiente.

—No existe ningún «nosotros», Alice —replica de inmediato, y yo parpadeo.

—Pero… esto y el contrato… Y…

—Existen precisamente para garantizar que entiendas la naturaleza de lo que sea que hagamos. Nos atraemos. Yo te quiero en mi cama y tú quieres estar en ella. Pero eso es todo.

Abro la boca para decir no sé qué, pero Arthur levanta una mano, me interrumpe antes de que pueda empezar y continúa:

—Eres joven y probablemente deberías rechazar lo que te estoy proponiendo, pero no lo harás. Y, si yo fuera un hombre mejor, ni siquiera te lo propondría, pero no lo soy. Soy un hombre que toma lo que quiere y, en este momento, eso eres tú.

—Me quieres… —repito las palabras como si necesitara volver a oírlas.

—Te quiero.

—¿Solo… sexo?

—Exactamente. Sin cenas románticas, sin encuentros públicos, sin intimidad fuera de la cama. No seremos amigos. Ni amantes.

Nuestra relación será de posesión. Mientras dure este contrato, me pertenecerás. Cuido muy bien de lo que me pertenece y no quiero que te engañes pensando lo contrario.

La palabra «posesión» palpita en mi cabeza. Aspiro aire despacio.

—Doce meses. Sin sentimientos. Sin fotos. Sin preguntas.

—¿Y si me enamoro?

—El romance no forma parte del contrato. En el trabajo me llamas doctor.

—¿Y fuera?

—Sigues obedeciendo mis órdenes y me llamas señor, pero gimes mi nombre y te corres en mi cama.

—Esto… —trago saliva— ¿es como Cincuenta sombras?

Arthur no se ríe. No hay burla ni sorpresa. Se limita a observarme un instante, como quien elige con precisión la herramienta adecuada antes de abrir una pieza delicada.

—No. —La respuesta es limpia—. No es un contrato de BDSM. No estoy proponiendo un «club de juguetes» ni un manual de esposas y látigos. No se trata de dolor ni de espectáculo. Se trata de poder. De control. Y de cederme ese control mientras dure el acuerdo.

Permanezco en silencio. Él continúa con voz baja y firme:

—Si quieres probar accesorios, podemos hablarlo. Si me lo pides, lo valoraré. Pero lo que quiero de ti no depende de eso. Lo que me interesa es la dinámica: yo decido, tú cumples. Yo defino los límites, los horarios y las rutinas. Tú tienes derecho a decir «para» si traspaso lo que te resulta tolerable, y yo me detengo. —Hace una pausa—. Lo que no puedes hacer es convertir «para» en una negociación. Utilizarlo como moneda de cambio pone fin al contrato.

—Entonces… no se trata de dolor. —Mi voz sale pequeña.

—Se trata de mando y obediencia. —Ni siquiera parpadea—. De exclusividad, confidencialidad y disponibilidad. De que elijas —

conscientemente— entregarme las riendas y, a cambio, recibas cuidados y protección y satisfagas lo que yo exija. Es sencillo. Y absoluto mientras dure.

—¿Y por qué necesitas que te entregue eso? —pregunto, intentando comprender dónde duele exactamente.

—Porque yo funciono así. —Se inclina unos centímetros—. Trabajo mejor cuando todo lo que me concierne está organizado y a mi alcance. Y, te guste o no el término, ahora tú me conciernes. El contrato garantiza que los dos conozcamos el papel de cada uno. Sin celos románticos, sin confusiones sobre «qué somos». Es poder. Y consentimiento.

—Consentimiento… —repito, sujetando con el pulgar el borde del papel.

—La base de todo. —Su mirada no vacila—. Sin consentimiento no hay contrato. Sin contrato no hay nada entre nosotros. Si dices que no, lo respeto. Si dices que sí, exijo. Y cuido.

—¿Y si algún día quiero… más? —La pregunta escapa antes de que pueda contenerla—. No accesorios. Más… de ti.

Su expresión no se suaviza.

—Entonces sufrirás —responde con franqueza—. Porque esto —señala las páginas con la barbilla— es lo máximo que ofrezco. Y prefiero que lo sepas ahora, con todas las letras, a que tengas que aprenderlo después de la peor manera.

Me quedo contemplando las líneas negras. Las palabras parecen frías; su voz, no. Hay algo casi… honesto y, por eso mismo, más peligroso.

—¿Comprendes la diferencia, Alice? —concluye—. Cincuenta sombras vende una fantasía con escenario e instrumentos. Lo que yo te propongo es realidad: disciplina, rutina, señales claras. Tú me entregas el volante. Yo no estrello el coche. Y te llevo exactamente adonde quiera y adonde tú aceptes ir.

Respiro hondo e intento recomponer el ritmo del corazón dentro del pecho.

—Lo comprendo. —Y odio que la palabra suene como un alivio.

Me muerdo el labio, intentando ordenar la confusión de mi mente. Una parte de mí quiere afirmar que todo aquello es repulsivo. Otra… quiere saber cómo sería vivir sometida a reglas tan claras, sin margen para la incertidumbre.

—Yo no soy… —vacilo— una prostituta.

—Lo sé —dice con rapidez, y esta vez hay algo en su mirada que no es frialdad—. Y precisamente por eso me interesas.

Se me revuelve el estómago y no consigo discernir si la sensación es orgullo o alarma.

—Entiendo por qué quieres un contrato, pero ¿y el dinero? —pregunto, intentando encontrar una salida—. ¿Por qué lo necesitamos?

—Porque las relaciones que carecen de un sistema de intercambio bien definido dejan espacio para las ilusiones —responde sin vacilar —. Y yo no permito ilusiones.

Cierro los ojos un instante. No sé si la propuesta me ofende o me fascina. Probablemente ambas cosas.

—¿Y si digo que no? —La pregunta sale casi en un susurro.

Arthur no cambia de expresión.

—Lo respetaré. Y todo terminará hoy. Te trasladarán a otro departamento. Sin excepciones.

Un frío asciende por mi columna. La simple idea de no verlo todos los días, de no sentir ese imán que parece arrastrar mi cuerpo hacia el suyo… duele.

Se da cuenta. Siempre se da cuenta.

—No tienes que responder ahora. —Su voz se suaviza, pero conserva todo su peso—. Llévatelo a casa. Piénsalo.

Miro el contrato entre mis manos. El papel parece más pesado de lo que debería.

Arthur continúa:

—Mientras no lo firmes, todo entre nosotros será estrictamente profesional. Sin excepciones, sin desvíos. Espero que lo entiendas con absoluta claridad.

Su mirada firme e inquebrantable sostiene la mía con una intensidad silenciosa y deja claro que no existe margen para negociaciones ni términos medios. Es eso o nada.

Respiro hondo y asiento, incapaz de pronunciar una sola palabra ante el torbellino de emociones que invade mi pecho.

Me levanto despacio, todavía con las piernas inestables. Aprieto el contrato contra el pecho, como si así pudiera impedir que lo atravesara hasta llegarme al corazón.

Al salir, una parte de mí quiere correr de vuelta y decir «sí» en ese mismo instante. La otra… quiere hacer pedazos esas páginas. La puerta se cierra a mi espalda con un clic que resuena en el pasillo silencioso.

El sonido es tan definitivo que, durante un instante, tengo la sensación de que ese clic también ha cerrado algo dentro de mí.

Aprieto el contrato contra mi pecho y los bordes del papel presionan mi piel a través de la tela de la blusa. Cada paso por el pasillo parece más lento, como si el peso no estuviera en mis manos, sino en mis piernas.

Paso por recepción, consciente de que Amanda me saluda, pero incapaz de procesar sus palabras. Respondo con un gesto vago y sigo caminando. Las luces blancas del hospital se reflejan en el suelo porcelánico y veo mi propia silueta deformada con cada paso.

El aire parece más frío en el pasillo, pero mi piel arde. No sé si es vergüenza, excitación o miedo. Tal vez todo al mismo tiempo.

Al pasar por el ala administrativa, oigo voces procedentes de una sala abierta. Alguien se ríe a carcajadas. El sonido me parece fuera de lugar, casi irreal, como si llegara de un mundo al que ya no pertenezco.

Aprieto un poco más el contrato. El calor de mi cuerpo ya ha templado el papel, y eso me incomoda, como si estuviera absorbiendo más de lo debido.

Cuando por fin llego a la salida, respiro hondo antes de empujar la puerta. La brisa fría de la noche me golpea como una descarga y solo entonces advierto lo tensa que estoy.

Bajo los escalones despacio, sintiendo el hormigón firme bajo mis pies y, al mismo tiempo, la extraña inestabilidad en mi interior. A cada paso que me aleja del hospital me acompaña la certeza de que el contrato sigue allí, no solo entre mis manos, sino impregnado en mi cuerpo.

Entro en el coche que me espera y permanezco unos segundos mirando mi regazo. Apenas advierto cuándo el chófer asignado pone el vehículo en marcha. Me quedo allí, respirando, sintiendo la presencia física de ese sobre sobre mis piernas, como si estuviera vivo.

No importa adónde vaya ahora. Sé que me llevo todo aquello conmigo: no solo el papel, sino todo lo que representa.

19.

ALICE BRAGA

Tres días.

Tres días largos, agotadores y silenciosos desde que Arthur Mendonça deja ese contrato ante mí como quien sirve un café, con la frialdad precisa de quien sabe que la decisión ya está tomada y solo falta que la otra parte acepte.

No lo he firmado. Tampoco lo he rechazado.

Ese miércoles, la carpeta con el documento está en el fondo de mi bolso, doblada con un cuidado que roza lo ritual. Siempre conmigo, como si fuera indispensable. O como si no tuviera valor para abandonarla. No sé si es cobardía o esperanza. Quizá ambas cosas.

Lo más irritante es que él no vuelve a mencionar el asunto. No hace preguntas, no lanza miradas sugerentes, no deja escapar insinuaciones. Se mantiene en el papel de jefe impecable, sin ningún rastro del hombre que, días antes, me deja sin aliento y con el cuerpo marcado por su posesión.

Esa ausencia de reacción es lo que más me incomoda. Es como si me hubiera sacado de una habitación caliente para arrojarme a un espacio frío y estéril. Volvemos a las instrucciones breves, a la puntualidad de las reuniones, al protocolo impecable. Todo encorsetado.

Y, sin embargo, hay tensión. Ya no aquella electricidad urgente, sino algo denso, pesado, como una capa de aire espeso entre nosotros.

A veces, un gesto mínimo rompe esa barrera durante unos segundos. Hoy, por ejemplo, cuando nuestras manos se rozan al pasarnos la tableta.

Una descarga breve, pero suficiente para encender en mí el recuerdo de su piel contra la mía. El calor que asciende deprisa, el estómago que se contrae. Y, como siempre, él actúa como si no hubiera ocurrido nada. Cada día comprendo un poco más hasta qué punto eso me vuelve loca.

Ya son más de las seis y media cuando por fin salgo del hospital. El aire de primavera tiene esa tibieza fresca que vuelve innecesarios los abrigos, y el cielo muestra un azul profundo atravesado por las últimas manchas anaranjadas del atardecer.

El chófer, Jorge, espera como siempre. Me saluda con su habitual «Buenas noches, señorita Alice» y abre la puerta del coche. Respondo con una sonrisa educada, pero estoy muy lejos de prestar atención.

El sobre con el contrato está dentro del bolso, rozando el costado de mi pierna. No pesa de verdad, pero parece tener el peso de un ancla.

Tres días llevándolo de un lado para otro. Tres días evitando abrir el documento delante de nadie. Tres días regresando a casa sin haber tomado ninguna decisión.

Jorge mantiene bajo el volumen de la radio. A veces, su mirada encuentra la mía en el retrovisor, como si quisiera preguntarme algo. No lo hace. Mejor así. Yo no sabría responder.

En algún momento, mis ojos se pierden en la ventanilla. El reflejo del cristal muestra el contorno de mi rostro bajo la iluminación amarilla de la calle. Parezco tranquila, quizá incluso aburrida. Pero por dentro estoy agotada de tanto pensar.

Minutos después, bajo ante el edificio de la Facultad de Artes. Los pasillos de la universidad están ya casi vacíos, salvo por los alumnos del turno de noche, siempre más silenciosos, más cansados, más concentrados. Como yo.

Entro en el aula y me siento al fondo. La profesora de Historia del Arte Moderno habla de las relaciones de poder en los retratos

clásicos: de cómo la posición de un cuerpo, la dirección de una mirada o el ángulo de una pintura pueden revelar quién manda mucho mejor que cualquier otro símbolo del cuadro.

«La autoridad no reside únicamente en quien aparece retratado —dice—, sino también en quien mira. Quien observa también ejerce poder. Especialmente cuando quien está siendo observado lo sabe».

La frase me atraviesa como un rayo. Arthur. Siempre mirando. Y yo siempre consciente. Después de eso ya no consigo prestar atención a nada más de la clase. A este paso suspenderé todas las asignaturas del semestre.

Cuando llego a casa, la luz del salón está encendida. Encuentro a doña Dalva sentada en el sillón, con el mando a distancia en la mano y el televisor apagado.

Eso ya resulta extraño por sí solo. Siempre deja puesta la telenovela, incluso cuando no presta atención. Dice que «le gusta oír hablar a la gente».

—¡Ya estoy en casa! —anuncio, dejando el bolso en el sofá y yendo a la cocina a por un vaso de agua.

—Buenas noches, hija mía. —Su voz está un poco más alta de lo normal, como si necesitara imponerse a un ruido inexistente.

Regreso al salón y me detengo ante ella. Hay algo poco natural en la forma en que mantiene las manos entrelazadas sobre el regazo y la barbilla ligeramente alzada. Es la postura de quien se prepara para decir algo importante… y decide tragárselo.

—¿Todo bien, Dalvinha? Estás rara. —Me siento en el brazo del sillón.

—Sí, estoy bien. Ha sido un día largo. —Sonríe, pero sus ojos no la acompañan—. Estos cambios de tiempo acaban conmigo.

Frunzo el ceño. Nos conocemos demasiado bien. Siempre dice cuándo está cansada. Pero hoy me mira como si estuviera sopesando cada palabra.

—¿Estás segura?

—¡Claro, niña! —La respuesta llega demasiado deprisa—. Deja de mirarme así. Ve a ducharte. Tu plato ya está preparado en el horno.

Está nerviosa. Y lo disimula mal. Pero estoy demasiado cansada para insistir. Aun así, una punzada en el estómago me dice que hay algo que no está diciendo.

***

La ducha debería haberme relajado. No lo consigue.

El agua caliente resbala por mis hombros, pero la tensión permanece atrapada bajo la piel. Cierro los ojos y, por supuesto, aparece Arthur. Sus manos sujetándome contra la mesa. Su voz baja, controlada, como si siempre supiera qué decir para dejarme sin aliento.

«Yo te quiero en mi cama y tú quieres estar en ella».

Arrogante. Seguro. Irritante. Y, de algún modo, tentador.

La verdad es que el contrato ha cambiado de forma dentro de mi cabeza. Antes, lo que me incomodaba era la cuestión del dinero, el miedo a sentirme comprada. Ahora es mucho más que eso.

Se trata de posesión. De convertirme en propiedad suya. Eso me afecta de un modo que no sé explicar. Una parte de mí se estremece con solo pensar en ceder. Otra parte… quiere hacerlo. Quiere descubrir hasta dónde puede llegar la sensación de recibir cuidados y protección y obedecer las órdenes de alguien como Arthur.

Pero él ha sido claro: no es amor. No es romance. Es control. Y yo tendría que entregárselo, aunque también me aterra renunciar a lo único que siempre he tenido.

Salgo de la ducha con más preguntas que respuestas.

Cuando regreso al salón, doña Dalva sigue en el mismo lugar, ahora con el televisor encendido, pero me mira como si esperara algo. Atravesar la estancia bajo su mirada me produce la extraña sensación de estar siendo examinada.

—La rara eres tú —dice de pronto, sin apartar los ojos de mí—. Más de lo normal.

Después de calentarme el plato, me siento a la mesa y remuevo la comida.

—Solo estoy cansada.

—Ajá. Ya. —Coge el mando y baja el volumen—. Siempre estás cansada, claro. Pero hoy parece otra cosa. Tienes la cabeza en otra parte.

Bajo la mirada. Ella espera. El silencio entre nosotras se prolonga hasta que suspira.

—Sé que no quieres hablar. No voy a obligarte. Pero quédate aquí conmigo un rato, ¿sí?

Asiento.

Llevo el plato y me siento junto a ella en el sofá. El televisor muestra un programa cualquiera, pero yo no lo veo. Su silencio es amable, pero dentro de mí la cabeza hace ruido.

Cuando por fin me acuesto, me llevo el sobre conmigo. La luz de la lámpara de noche vuelve suave la estancia, pero el contrato sobre mi pecho parece irradiar peso. Ya conozco de memoria cada cláusula. Sé lo que significa.

Arthur no quiere solo mi cuerpo. Quiere mi entrega. Quiere controlar mi rutina, mis horarios, mis decisiones. Quiere que admita que él está al mando.

Y lo más perturbador es comprender cuánto me atrae y me asusta a partes iguales.

Puedo decir que no. Él me dará libertad para rechazarlo. Pero, si digo que sí, cruzaré una línea invisible. Una línea que no puede deshacerse después de atravesarla.

Me tumbo de lado y abrazo el sobre. Patético. Pero reconfortante.

Quiero ceder. Pero también quiero creer que, si me resisto, él podría cambiar las condiciones. Que me vería de otra forma. Que me daría más. Pero Arthur Mendonça no es esa clase de hombre. Y lo sé.

Cierro los ojos con el corazón pesado. Y, antes de dormir, no pienso en cómo sería decir que sí. Pienso en cómo sería decir que no y en qué perdería exactamente.

20.

ARTHUR MENDONÇA

Aún no ha firmado. Y para mí eso no solo resulta irritante, sino ineficiente.

Cada día que el contrato no regresa a mi mesa prolonga el margen de incertidumbre. Y un margen de incertidumbre es demasiado espacio para alguien como Alice.

Viene a trabajar puntual, impecable, cumple cada orden y cada exigencia sin fallar… pero tampoco cruza la línea que me permitiría avanzar. No retrocede. No avanza. Permanece exactamente en el punto que me obliga a mirarla todos los días y recordar que aún no está sometida a mis condiciones.

Esa es la parte que más me incomoda: ella lo sabe. Sabe que, mientras no firme, no la tocaré. Es mi propia regla y no quebranto las reglas sin motivo.

Lo que en cualquier otra mujer parecería calculado —un «buenos días, doctor Mendonça» pronunciado con esa voz suave, la forma en que se inclina para entregarme un documento o cruza despacio las piernas durante una reunión— sé que, en ella, nace de una ausencia total de malicia.

Eso es lo que me vuelve loco. No está jugando. No sabe lo que hace. Pero, aun así, cada gesto funciona como una provocación involuntaria que alcanza exactamente donde no debería.

Y yo estoy limitado a observarla desde lejos. En el consejo, desplazándose la falda lo suficiente para mostrar más piel de la apropiada en un entorno formal. En el pasillo, esquivándome en el último segundo sin parecer apresurada. Una zona gris demasiado cómoda para ella y demasiado restrictiva para mí.

Ya sé que, si lo permito, puede mantener este juego durante semanas. Y eso es inadmisible.

Cierro la carpeta de informes que finjo leer y contemplo la ciudad por la ventana. Las luces empiezan a sustituir al sol y sé que podría resolverlo todo con un mensaje breve: «Vuelve ahora».

Ella volvería, pero no lo haría bajo mis condiciones. Necesito la firma. No por el papel en sí —el contrato ya está en el cajón con las cláusulas que me interesan—, sino por lo que representa: un hito, un punto a partir del cual todo lo demás quedará sometido a mi control legítimo.

Es sencillo: mientras no firme, aún puede marcharse. Y yo no negocio con activos volátiles.

Decido que ha llegado el momento de mover el juego. No empujarla directamente, sino crear unas circunstancias en las que decir «no» cueste más de lo que está dispuesta a pagar. A Alice le gusta creer que transita por mi mundo, aunque solo sea durante unos instantes. Así que le daré la oportunidad de hacerlo… y ataré la cuerda en el otro extremo.

El evento benéfico se acerca. Como patrono, mi presencia es obligatoria, y ya se están enviando invitaciones al personal clave. Su nombre aún no figura en la lista. Por ahora.

Si quiere estar allí —y sé que quiere— tendrá que hacerlo bajo mis condiciones. Condiciones que, por cierto, están escritas y solo esperan su firma.

Rafael responde a la tercera llamada, con la voz cargada de un entusiasmo irritante.

—¡Mendonça! Iba a llamarte mañana, pero, ya que me has ahorrado el trabajo… —empieza, pero lo interrumpo.

—Necesito que añadas un nombre a la lista interna del evento benéfico.

Al otro lado de la línea oigo una risa baja.

—Vaya, qué honor —responde con sarcasmo—. Por fin recuerdas que formo parte del comité. Déjame adivinar: ¿el nombre que

quieres que añada es Alice Braga?

Pongo los ojos en blanco, aunque sé que no puede verme.

—Limítate a hacer lo que te he pedido, Rafael.

Se ríe.

—De acuerdo… pero dime, ¿cuál es tu plan? Porque dudo que consista en llevar a la señorita de paseo y pensar que un vestido bonito y unas copas de espumoso harán que corra a tu despacho con el contrato firmado. —Su tono rezuma ironía—. Te conozco, Arthur. Esto no es una invitación, sino un cebo. Ya has dispuesto el tablero entero y solo estás moviendo las piezas.

—¿Y desde cuándo entiendes tú de tableros? —replico—. Tu paciencia no dura ni hasta la mitad de la partida.

—Mi paciencia sí dura… Lo que no soporto es esa forma tuya de fingir que su presencia allí será casual. —Baja la voz, cargándola de malicia.

—Me gustaría que fingieras que no existo. ¿Es posible?

Suelta una carcajada.

—Por desgracia, no. Sobre todo porque soy el único que sabe que Arthur Mendonça tiene una nueva obsesión y lo que eso significa de verdad.

—No es una obsesión.

Rafael vuelve a reírse.

—¿Y cómo lo llamamos ahora?

—No tengo tiempo para esto —digo—. ¿Has apuntado esa mierda para no olvidarla?

—¿Y perderme la oportunidad de contemplar el espectáculo desde primera fila? ¡Jamás!

No respondo; me limito a esperar el siguiente comentario. Llega enseguida.

—Pero oye… —Alarga la pausa y ya sé que se aproxima algo inútil —. Si tu estrategia necesita un… refuerzo persuasivo, puedo prestarte el mío.

La mandíbula se me tensa al instante.

—Rafael… —lo interrumpo, sabiendo ya adónde va—. Ni siquiera vas a pensar en ponerle las manos encima. —Mi voz sale baja, pero firme, cargada de amenaza.

—…iba a decir que puedo pronunciar un discurso conmovedor en el escenario, mencionar su nombre y quizá hasta bailar con ella. —Su risa resuena—. Relájate, sé que no puedo tocar a tu preciosa Alice.

—Me alegra saber que al menos eso lo has entendido —digo con sequedad, aunque sin la frialdad anterior—. Alice es mía. Solo mía. Y, si alguien —incluido tú— intenta tocarla, no habrá hospital en esta ciudad capaz de reparar el daño. Limítate a ocuparte de la lista.

Deja escapar un silbido bajo y divertido.

—Y todavía tienes el descaro de afirmar que es solo… sexo. Ajá… Ya… Descuida, jefe. —Su voz contiene una sonrisa—. Pero quiero estar en primera fila el día que firme. Ese será el día en que hasta tú pierdas el control.

—Si sigues hablando, no recibirás invitación para este ni para ningún otro evento —replico.

Se ríe otra vez y cuelgo antes de que empiece otro monólogo.

21.

ALICE BRAGA

El auditorio principal del Hospital Jardim Coração está más lleno de lo que lo he visto en mucho tiempo. Una hilera de carteles nuevos, todos con el logotipo del hospital y frases sobre innovación, ocupa el fondo del escenario.

Los asientos de cuero, el olor mezclado a café y desinfectante, el aire gélido procedente directamente del aparato de climatización… todo contribuye a producirme esa sensación de evento grande, caro e importante.

Estoy en la tercera fila, con la tableta sobre el regazo y el lápiz digital en la mano. Oficialmente, mi función es registrar el orden del día para Arthur, pero, en la práctica, acabo organizando información para casi toda la junta directiva.

En el escenario parece perfectamente cómodo. Traje oscuro impecable, corbata alineada, expresión neutra, voz firme que resuena sin esfuerzo por los altavoces. Pasa las diapositivas con clics precisos y presenta proyecciones y objetivos con tal claridad que nadie se atreve a interrumpirlo.

—Abriremos el turno de preguntas —anuncia, con un breve gesto hacia los directores de las primeras filas.

La directora de Oncología, una mujer rubia que habla despacio, pide el micrófono y empieza a explicar la compra de un nuevo equipo. Cita cifras que conozco bien… y que son incorrectas.

Vacilo durante dos segundos. Siento el impulso de corregirla, de aclararlo, de demostrar que sigo esos datos de cerca. Levanto una mano.

Arthur me ve. Sus ojos pasan sobre mí un instante y hace un gesto breve para que hable.

—En el último análisis de costes detectamos que…

—Eso ya se ha corregido —me corta antes de que termine, volviéndose hacia la mesa de directores—. La cifra actualizada está en el anexo tres, página siete.

La frase es seca. Precisa. Irrefutable. Pero no hay ni rastro de amabilidad, ningún esfuerzo por suavizar la interrupción. Siento como si sus palabras hubieran cortado el aire entre nosotros. Y también mi voz.

Retrocedo de manera automática. Bajo los ojos hacia la tableta y finjo revisar los anexos, como si su corrección no me hubiera atravesado la piel. Pero tengo todos los músculos rígidos. El calor asciende por mi cuello y me quema hasta las orejas.

A mi derecha, dos enfermeras cuchichean, quizá sin darse cuenta de que puedo oírlas.

—Siempre es así —dice una con el tono de quien ya lo ha presenciado muchas veces—. El doctor insensible no deja que nadie ocupe más espacio del que él quiere concederle.

—Y con las mujeres… —añade la otra con una risita breve—. No duran. Ni en el trabajo ni en la cama.

Contengo la respiración. Mantengo la mirada fija en la pantalla y anoto palabras que ni siquiera leo de verdad. No voy a reaccionar. Allí no. Delante de todos no.

La reunión continúa. Arthur retoma la palabra con la misma seguridad, pasa a otro tema y, pocos minutos después, pone fin al encuentro con un «Gracias a todos» que suena más a punto final que a agradecimiento.

Las sillas rechinan mientras la gente se levanta. Los zapatos resuenan sobre el suelo de madera. Me quedo atrás, aún sentada, escribiendo algo en la tableta solo para tener una excusa que evite cruzarme con nadie en el pasillo atestado.

Al otro lado de la sala, Arthur habla con dos inversores extranjeros. No sonríe. Manos en los bolsillos, postura erguida, cada gesto calculado. Ni una mirada en mi dirección.

El peso de esa falta de atención cae sobre mí con fuerza. Fuera lo que fuera lo que había ocurrido antes entre nosotros… allí, en ese espacio público, delante de otras personas, yo solo soy una empleada más. Una línea en la nómina. Una asistente reemplazable.

Lo sé, pero una parte estúpida de mí se ha acostumbrado tanto a trabajar cerca de él que nunca se había planteado cómo sería cuando coincidiéramos en espacios tan públicos como aquel simposio.

Y las palabras de las enfermeras siguen resonando. No duran. Ni en el trabajo ni en la cama.

¿Cómo conocen la parte de la cama? Nunca he oído a nadie decir que haya dormido con Arthur en ese hospital. Al fin y al cabo, es conocido como el doctor insensible.

¿He estado ciega todo este tiempo? ¿He decidido ver solo lo que me parecía bueno? ¿Por qué, de repente, se me hiela el vientre ante esa posibilidad?

El resto de la tarde se arrastra; cada tarea parece más mecánica que la anterior. Cuando el reloj marca el final de la jornada, apago el ordenador, guardo la tableta en el bolso y cojo el abrigo de la silla. Solo quiero llegar a casa y olvidar la humillación de la mañana.

Recorro el pasillo silencioso hasta la recepción de la planta y saludo con un gesto a Amanda, que sigue escribiendo concentrada detrás del mostrador. Pulso el botón del ascensor, con la mente puesta ya en el camino de regreso a casa.

—Alice.

La voz grave suena a mi espalda y mi cuerpo reacciona antes de que pueda pensar. Me vuelvo despacio. Arthur está inmóvil en medio del pasillo, con las manos en los bolsillos del traje y la mirada fija en mí.

—¿Te vas? —pregunta, como si no lo supiera.

—Sí. Acabo de terminar mi jornada —respondo, intentando mantener la voz neutra.

Asiente una vez y da dos pasos hacia mí.

—Ven conmigo. Tengo una última tarea para ti antes de que te marches.

Vacilo un segundo, pero él ya se ha vuelto y camina hacia su despacho. Respiro hondo y lo sigo, sintiendo cómo se me acelera el pulso con cada paso.

El sonido de mis tacones resuena sobre el suelo, mezclado con su firme cadencia delante de mí.

—¿Qué necesita que haga? —pregunto, intentando aferrarme al tono profesional en cuanto entramos.

La puerta se cierra con un clic suave y amortigua el sonido lejano del pasillo. Antes de que pueda apartarme, Arthur ya está frente a mí, alto, imponente, ocupando todo mi campo de visión.

Avanza sin prisa, pero con la determinación de quien ya sabe exactamente lo que quiere. Apoya una mano en la pared junto a mi rostro y, al instante siguiente, mi cuerpo queda atrapado entre él y la superficie fría.

Su calor contrasta con el frío de la pared contra mi espalda.

—Arthur… —Su nombre sale en voz baja, más como una reacción que como una pregunta.

—¿Qué estás haciendo, Alice? —Su voz grave roza mi oído y siento su vibración antes de procesar las palabras—. ¿Evitando mirarme? ¿Cumpliendo órdenes que yo no he dado?

—Solo me concentro en el trabajo —miento, respirando entrecortadamente.

Arthur deja escapar una risa baja y sin humor y se inclina todavía más. Una de sus manos abandona la pared y me ciñe la cintura; el

pulgar presiona ligeramente, como quien mide la tensión de su propio dominio.

—Concentrándote en el trabajo… —alarga la frase, con los ojos fijos en los míos—, ¿o intentando olvidar cómo te hago sentir?

El espacio entre nosotros desaparece. Su calor me envuelve y su perfume amaderado, mezclado con el olor de mi propia piel, me marea.

—No te engañes, Alice. —Su mano asciende desde mi cintura hasta la nuca y me sujeta con firmeza, obligándome a mantener el contacto visual—. No importa lo que decidas… Lo recordarás.

Sus labios rozan los míos y su voz se vuelve más baja, más grave:

—Recordarás lo que es mío.

Entonces me besa. Y no es un beso para saciar la nostalgia. Es un beso para marcarme. Profundo, exigente, posesivo. Su lengua invade mi boca como si reclamara territorio, impone el ritmo y guía mi cuerpo hasta que mi espalda queda pegada a la pared y mis manos, atrapadas entre nosotros, intentan en vano decidir si empujarlo o atraerlo más cerca.

La mano en mi nuca no me permite retroceder. Él dicta la presión, la velocidad, hasta el instante exacto en que me libera, apartándose apenas lo necesario para que el aire frío se introduzca entre nosotros.

Mis dedos siguen aferrados a la tela de su traje, como si mi cuerpo no hubiera recibido la orden de apartarse. Arthur pasa el pulgar por mis labios húmedos y presiona suavemente, como si sellara el gesto.

—Deja de torturarnos a los dos. Firma —dice con una voz que no deja ni una sola rendija para la duda. No es una petición. Es una orden.

Trago saliva. El «sí» está listo para salir, pesado sobre mi lengua, pero, si acepto en ese estado —con el cuerpo en llamas y la mente

sumergida—, no habrá vuelta atrás.

—Todavía necesito tiempo —consigo decir con una voz más baja de lo que quisiera.

Me observa durante un instante largo, con algo a medio camino entre la decepción y una paciencia forzada.

—Veinticuatro horas, Alice. —Su mano suelta mi cintura con un gesto calculado—. Después, si no tengo tu respuesta, entenderé que es un no. Y se tramitará tu traslado.

El vacío que deja su contacto es casi físico. Me limito a asentir y me vuelvo para salir, con la sensación de que cada paso pesa más que el anterior.

Veinticuatro horas.

Y ahora está seguro de que sé exactamente lo que estoy a punto de perder.

22.

ALICE BRAGA

Paso toda la clase en la universidad sin estar allí de verdad.

Las voces de los profesores no son más que un ruido lejano, como si alguien hubiera dejado una radio encendida en la habitación contigua.

Finjo tomar apuntes, pero lo que garabateo en el cuaderno son las mismas palabras que Arthur me ha dicho horas antes: «Tienes veinticuatro horas».

Van y vienen, martilleando al mismo ritmo que la sangre palpita en mis sienes.

Veinticuatro horas para decidir si firmo un contrato que puede cambiarlo todo… o si acepto el traslado y dejo de verlo.

Y quiero hacerlo. Lo quiero de un modo que me avergüenza admitir, que me abrasa el cuerpo entero cada vez que recuerdo su beso, sus manos, la forma en que ocupa el espacio a mi alrededor como si yo estuviera hecha para permanecer allí.

Pero querer no es lo mismo que deber. Y lo sé.

Salgo de la universidad con el cuerpo pesado, como si cada paso tirara de mí hacia abajo. El aire nocturno está húmedo y se pega a la piel, y la mochila sobre mis hombros parece pesar el triple.

El camino de vuelta a casa nunca me ha parecido tan corto, como si el universo quisiera empujarme directamente hacia otro impacto.

Cuando doblo la esquina de mi calle, comprendo que algo va mal.

El silencio no es el habitual, ese que llega después de las nueve, cuando todo el mundo ya ha retirado las sillas de la acera.

Es un silencio tenso, lleno de miradas furtivas.

Los vecinos están en las verjas, algunos por parejas, otros solos, todos con esa actitud de quien quiere mirar pero no quiere que lo vean mirando.

Entonces veo el coche negro detenido frente a mi casa. No es solo el coche: son los dos hombres apoyados contra él, con los brazos cruzados y postura de guardias, esa clase de presencia que no se mezcla con el barrio, sino que se impone sobre él.

Y, junto a la verja, doña Dalva sostiene dos bolsas, con el cuerpo encorvado y los dedos blancos de tanto apretar las asas. El pañuelo de su cabeza se agita con la débil brisa, pero lo que me hiela es su mirada: una mezcla de cansancio y miedo.

El hombre que habla con ella es alto, ancho de hombros, con tatuajes que le ascienden por el cuello y los brazos. No necesito oír su tono para saber que no es una conversación. Es un aviso.

—¿Qué está pasando? —Mi voz sale antes de que pueda pensar.

Todas las miradas se vuelven hacia mí. El hombre levanta el rostro despacio y esboza una sonrisa lenta que no le llega a los ojos.

—Tú debes de ser Alice —dice como si ya me conociera—. Llegas justo a tiempo.

Cruzo la verja sin pedir permiso y coloco mi cuerpo delante de doña Dalva, sintiendo su olor, ese perfume sencillo que siempre me recuerda al hogar. El calor de su mano roza mi brazo y advierto cuánto tiembla.

—Suelte sus bolsas —digo, intentando mantener la voz firme.

Deja escapar una risa baja, como si yo hubiera contado un chiste.

—Eso no es suyo, señorita. Ya no. Ahora esta casa es mía. Pago anticipado de una vieja deuda.

Se me hunde el estómago.

—¿Qué deuda? —pregunto y, aunque oigo la tensión de mi propia voz, no bajo la mirada.

Da un paso hacia mí y el olor a tabaco y perfume barato me golpea de lleno.

—La clase de deuda que no se resuelve con excusas. Su… ¿abuela? —Me examina con una sonrisa torcida— pidió dinero prestado hace unos meses. Los intereses crecen, ya sabe cómo funciona. Yo soy paciente… pero la paciencia tiene un límite.

Siento que doña Dalva se encoge detrás de mí.

—Fue para las medicinas… —murmura con la voz quebrada.

La sonrisa del hombre se estrecha.

—Y eso que estoy siendo generoso. Me quedo con la casa y todavía les doy treinta días para conseguir el resto: treinta mil reales. —Su mirada atrapa la mía—. A partir de ahora, la deuda es suya.

Durante un segundo creo no haberlo oído bien. Sus palabras resuenan, pero no parecen encajar en la realidad. Doña Dalva… deuda… treinta mil reales… mi casa.

El suelo bajo mis pies parece ceder y mi cuerpo se vuelve ligero, como si hubieran succionado el aire. Nunca había oído nada sobre esto. No tiene sentido. Doña Dalva jamás ha mencionado que deba dinero, y mucho menos a alguien como ese hombre.

—Tiene que haber un error… —empiezo, pero levanta una mano y me interrumpe con un gesto indolente.

—No hay ningún error, señorita. Son negocios. Y ahora usted está en el centro.

Su mirada desciende sin prisa, como si me evaluara de la cabeza a los pies. No es solo intimidatoria: es sucia. Repulsiva. Sonríe de forma torcida, con las comisuras curvándose hacia arriba.

—Treinta mil es mucho dinero para conseguirlo así… deprisa. —Su voz es lenta, arrastrada, cada palabra gotea como aceite hirviendo —. Pero… quizá podamos encontrar otra forma de que me pague.

No necesita decir nada más. Comprendo exactamente lo que quiere decir. Su mirada dice el resto y me desnuda allí mismo, en plena calle, delante de unos vecinos que miran y fingen no ver. Se me revuelve el estómago y el corazón se me acelera tanto que siento palpitar la piel.

Siento que la mano de doña Dalva me aprieta el brazo con fuerza.

—Alice… no —susurra con la voz cargada de pánico.

Mi respiración se vuelve corta y durante un instante creo que voy a gritar. Pero me trago la bilis y mantengo la barbilla alta, incluso con el miedo ardiendo en mi interior.

—Eso no va a ocurrir. Conseguiré el dinero —digo con una voz más firme de lo esperado, aunque el sabor amargo me asciende por la garganta.

Me observa durante otro instante y su sonrisa se ensancha. —Perfecto. Entonces la deuda es oficialmente suya. Treinta días. Y, si no paga… volveremos a hablar de otras alternativas.

La insinuación suspendida en el aire me eriza la piel, no de frío, sino de asco.

En ese momento advierto que doña Dalva pesa cada vez más contra mí y que su respiración se acelera. Miro a un lado y veo el sudor que le corre por la sien, el pañuelo pegado a la frente.

—¿Dalva? —la llamo, sujetándola con ambas manos—. Doña Dalva, mírame.

Parpadea despacio, como si tuviera dificultades para enfocar, y siento que el pánico me atraviesa.

—Eh, respira hondo… —Intento mantener la voz serena, pero sale temblorosa. La mano de doña Dalva está helada y el peso de su cuerpo se apoya cada vez más en mí.

El usurero retrocede medio paso, no por preocupación, sino para no ensuciarse si ella cae. Los dos hombres apoyados contra el coche

contemplan la escena con desinterés, como si fuera otro detalle cualquiera de la calle.

—Creo que la conversación ha terminado por hoy —dice mientras se arregla el cuello de la camiseta—. Treinta días, Alice. Ni se les ocurra intentar entrar en mi casa. Ya tengo planes para ella. Y recuerde… hay más de una forma de pagar.

La última frase va acompañada de una mirada lenta y repulsiva que me eriza la piel entera. Tengo que contenerme para no escupir al suelo.

—Lárguese de aquí —gruño, pero él solo se ríe, un sonido bajo y satisfecho, antes de darme la espalda y entrar en el coche. El rugido del motor ahoga los murmullos de los vecinos y, pocos segundos después, el vehículo desaparece al final de la calle.

Miro alrededor, intentando encontrar un rostro conocido, alguien que pueda ayudarme a llevar a doña Dalva a alguna casa, ya que la nuestra está cerrada. Pero todas las miradas se desvían, como si de pronto el suelo resultara fascinante. Nadie quiere involucrarse.

—Ven, vamos… —Intento guiar a doña Dalva hacia dentro, pero su peso aumenta de repente y me falta el aire cuando comprendo que está a punto de desmayarse—. ¡Mierda!

Mi mente se dispara. ¿Llevarla al centro de salud? ¿Llamar a una ambulancia? Necesito algo rápido, alguien que la atienda sin hacer preguntas… y, antes de poder filtrar el pensamiento, un nombre se adueña de mi mente.

Arthur.

El móvil está en mi mano antes de que me dé cuenta. Pulso su número y empieza a llamar. Un tono. Dos.

—¿Alice? —Su voz suena firme, alerta, como si ya estuviera esperando que ocurriera algo.

—Es doña Dalva… Ella… —La voz me falla y se traga la urgencia —. Necesito ayuda. Ahora.

No hace preguntas.

—Envíame la ubicación —dice, y cuelga.

Sujeto a doña Dalva contra mí y siento que su corazón late demasiado deprisa mientras intento mantener la calma. Dentro de mí, sin embargo, regresa con fuerza la misma sensación de unas horas antes en el pasillo del hospital: el hielo en el vientre y el calor en la piel, mezclados en un caos que ya no sé si nace más del miedo o de él.

Son menos de treinta minutos, pero parecen horas. El sonido de un motor potente rompe el silencio de la calle y, cuando levanto la cabeza, veo acercarse el coche negro de Arthur. Aparca junto a la acera y, antes incluso de que el vehículo se detenga por completo, ya ha abierto la puerta y ha bajado.

Su mirada pasa de mí a doña Dalva en un segundo. No pregunta nada de inmediato: se limita a acercarse y arrodillarse junto a ella, que está a punto de desplomarse contra mi cuerpo.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —Su voz es firme, pero no dura.

—Unos minutos… —respondo, tragando saliva—. Se quejaba de mareo y después se ha puesto pálida, débil.

Arthur apoya dos dedos sobre su pulso y después le toca la frente con el dorso de la mano.

—Está fría… —murmura para sí antes de mirarme—. Tenemos que llevarla al hospital ahora mismo.

Pasa un brazo bajo sus piernas y el otro por detrás de su espalda y la levanta con facilidad.

—Abre la puerta del coche —dice, sin apartar los ojos de ella.

Hago lo que me ordena. La acomoda con cuidado en el asiento trasero, le arregla el pañuelo que se le desliza de la cabeza y comprueba rápidamente su respiración.

—Sube.

El trayecto hasta el hospital parece más rápido que nunca. Yo miro por la ventanilla e intento controlar la ansiedad, mientras Arthur divide su atención entre la carretera y la paciente del asiento trasero. De vez en cuando le pregunta algo con voz baja, casi demasiado serena para la velocidad a la que conduce.

—Doña Dalva, ¿me oye? ¿Le duele el pecho? ¿Le falta el aire? — Espera la respuesta, atento a cada sílaba, a cada movimiento suyo.

En Urgencias todo ocurre deprisa. Basta con que entre cargándola en brazos para que aparezca un equipo. Arthur habla en términos que no comprendo del todo, pero que abren camino al instante. Oxígeno, camilla, pruebas.

Y yo me quedo inmóvil en el pasillo, con el corazón latiendo tan fuerte que ahoga el resto de los sonidos. Lo único que consigo pensar es que esa mujer está allí por mi culpa y que necesito encontrar la manera de garantizar que nunca volvamos a llegar a ese extremo.

***

Apoyo la frente contra el cristal frío de la puerta y observo a doña Dalva tendida, conectada a un monitor que emite un pitido acompasado. Está despierta, pero tiene los párpados pesados y esa expresión cansada que conozco demasiado bien.

El pañuelo le cubre casi toda la cabeza, pero no oculta la palidez que se ha adueñado de ella. La imagen me golpea como un puñetazo. Odio verla así, frágil y vulnerable, cuando ha sido la persona más firme que he conocido en mi vida.

Mueve una mano despacio, como si quisiera arreglar la sábana, y ese gesto sencillo me oprime el pecho, como si me faltara el aire. La habitación parece demasiado grande para su pequeño cuerpo.

A mi espalda, el pasillo está silencioso, salvo por los pasos de los enfermeros que van y vienen. Sé que, cuando le den el alta, no podremos regresar a casa. Esa puerta ya está cerrada para nosotras

y la imagen del coche negro y la sonrisa repulsiva del usurero me abrasa por dentro.

Necesito encontrar otro lugar para ella. Un lugar seguro. Y rápido.

Pero no es solo eso. Todavía faltan treinta mil reales. Y, con cada minuto que pasa, se vuelve más clara la realidad de que no tengo adónde huir.

En el reflejo del cristal veo a Arthur al final del pasillo, hablando con una enfermera. No me mira, pero su mera presencia me alcanza como una promesa y una amenaza al mismo tiempo.

Sé lo que quiere. Y sé exactamente lo que podría conseguir si digo que sí.

La idea de firmar ese contrato me pone tensa, casi me provoca náuseas…, pero también me ofrece algo que nada más puede darme ahora: la certeza de que doña Dalva estará protegida, medicada y a salvo.

Y, en el fondo, ya sé que voy a ceder. Porque, al mirarla en esa cama, no queda espacio para el orgullo.

Permanezco allí unos segundos más, como si la distancia entre Arthur y yo fuera mayor que el largo y silencioso pasillo. Cada paso que necesito dar parece exigir más valor del que poseo.

Pero, cuando se despide de la enfermera y vuelve el rostro hacia mí, nuestras miradas se encuentran y es como si el aire se volviera más denso. Arthur no dice nada. Solo espera.

Acercarme a él es como caminar hacia el interior de una corriente eléctrica. El corazón me late deprisa, pero no solo por miedo a su respuesta. También porque sé que, una vez pronunciada, esta decisión no tendrá vuelta atrás.

Me detengo ante él.

—Acepto.

No disimula que no le sorprende, pero tampoco sonríe. Lo único que aparece es un destello fugaz en sus ojos, seguido del regreso

inmediato al control absoluto.

—No tienes que contarme lo que ha ocurrido si no quieres —dice sin que suene a pregunta. Es una constatación, casi fría.

Se me revuelve el estómago. El nudo de mi garganta se aprieta porque, de algún modo, lo sabe. Sabe que estoy allí por el dinero.

Sabe que, después de repetir más de una vez que no quería nada suyo, he regresado precisamente para pedirle aquello que más he negado. Y no parece siquiera sorprendido ante la contradicción.

Arthur da un paso hacia mí y reduce todavía más el espacio que nos separa.

—Pero eso no cambia nada —continúa con voz baja y controlada —. Es la mejor decisión que podrías tomar. Cuidaré de ti y de doña Dalva.

La vergüenza arde con más fuerza, pero, antes de que pueda decir nada, añade:

—Ahora, mientras dure este contrato, me perteneces. No soy un hombre apegado a muchas posesiones, Alice… pero cuido muy bien de lo que tengo.

Trago saliva, incapaz de sostenerle la mirada durante más de unos segundos.

—Cuando se duerma, sube a mi despacho —dice, recuperando el tono práctico—. Firmaremos el contrato y mañana por la mañana tendrás el dinero en tu cuenta.

Asiento con la garganta seca.

—Entendido.

Arthur da otro paso hacia mí, hasta que siento su calor y comprendo que el pasillo está demasiado silencioso para fingir que esto es solo una conversación profesional.

—Y, Alice… no lo olvides: tú has elegido esto.

La frase queda suspendida entre nosotros como un sello que marca el instante en que todo cambia.

Cuando me aparto, miro de reojo la habitación de doña Dalva. Duerme, ajena a lo que acabo de hacer por ella… o por las dos. Y, en el fondo, sé que no ha sido solo por ella.

23.

ALICE BRAGA

Cuando la enfermera apaga las luces de la habitación y confirma que doña Dalva pasará la noche en observación, siento que la tensión abandona mis hombros como quien deja caer una maleta pesada.

Permanezco allí unos minutos más, solo para asegurarme de que su respiración sigue acompasada, de que el pitido no altera su cadencia. Le beso la frente con cuidado, le arreglo el pañuelo y susurro un «ahora vuelvo» que parece dirigido más a mí que a ella.

El pasillo está medio vacío cuando salgo; el hospital huele a limpio y a frío, y el silencio solo se rompe por las ruedas de algún carrito y unos pasos largos. Envío un mensaje breve: «Se ha dormido». La respuesta llega en segundos, sin adornos: «Sube».

El ascensor hasta el ala administrativa parece más pequeño de noche. Veo mi reflejo en la puerta de acero: el cabello recogido de cualquier manera, la camisa arrugada por un día que no ha terminado cuando debía, unas ojeras que ninguna cantidad de agua fría resolvería. Cuando la puerta se abre, encuentro la planta casi a oscuras, con una luz de presencia encendida cada diez metros, como si el edificio respirara despacio.

Del despacho de Arthur emana claridad por debajo de la puerta. Llamo dos veces y empujo.

Está de pie, sin la bata, con las mangas de la camisa remangadas hasta los antebrazos y la corbata floja. Tiene esa postura de siempre, la que me hace sentir observada por completo aunque sus ojos estén sobre un papel. Encima de la mesa hay un fajo de hojas sujetas con una pinza grande y una pluma estilográfica alineada con una precisión casi irritante.

—¿Cómo está? —pregunta sin rodeos.

—Dormida. Estable. —Cierro la puerta con cuidado—. Han dicho que probablemente le darán el alta por la mañana.

Arthur asiente una vez. Señala la silla frente a la mesa. Me siento, pero no toco nada; mantengo las manos entrelazadas sobre el regazo, como si pudiera retener la ansiedad entre los dedos.

Acerca el contrato, lo abre por la mitad y pasa las páginas con paciencia. No es la prisa de quien quiere librarse de un asunto, sino la calma de quien saborea el control.

—Volveré a leer las cláusulas importantes. Sin teatro, Alice. Sin poesía. —Su voz corta el aire, limpia—. Si tienes dudas, pregunta. Si no, firmas.

Asiento. Siento que el corazón me asciende hasta la garganta.

—Cláusula 1: Confidencialidad absoluta. —Me mira por encima del documento—. Nadie aparte de nosotros dos. Ni compañeros, ni amigos, ni doña Dalva. Si lo mencionas mediante insinuaciones, por descuido o por rabia, habrás incumplido. Y yo lo termino.

—Entendido.

—Cláusula 2: Exclusividad. —Su timbre se vuelve más bajo—. No soy un hombre que comparta lo que es suyo. Mientras dure el contrato, no sales con nadie más. No hablas más de lo necesario con hombres a los que yo no haya dado mi aprobación. No dejas margen para interpretaciones.

—¿Eso incluye las redes sociales? —La pregunta escapa antes de que pueda filtrarla.

—Las incluye. Nada de fotos, nada de frases «enigmáticas», nada de cebo para llamar la atención. Si quieres publicar algo, me lo enseñas antes. Yo lo apruebo. Sencillo.

Trago saliva y siento que el rostro se me calienta un poco. No es vergüenza ante el control, sino el peso de admitir que, en cierto modo, aquello me gusta. ¿Parece una clase distinta de… juego?

—Cláusula 3: Disponibilidad. —Apoya los dedos sobre el papel—. Yo defino los horarios. Puedes negarte por motivos médicos, por una imposibilidad laboral real o por doña Dalva. Fuera de eso, respondes.

—¿Y el trabajo? Mis funciones aquí… —me aventuro.

—Oficialmente no cambian. —Una comisura de sus labios se eleva —. Extraoficialmente, tu agenda coincidirá con la mía con mayor frecuencia. Tendrás cobertura para ello. —Se inclina unos centímetros—. Yo no dejo cabos sueltos.

Asiento, conforme. El estómago frío y caliente a la vez.

—Cláusula 4: Condiciones materiales. —Pasa la página—. A: transferencia inicial antes de mañana por la mañana. B: chófer y coche a tu disposición, también para doña Dalva cuando sea necesario. C: sus gastos médicos cubiertos por mí, sin que tu nombre aparezca en ninguna parte. D: un móvil exclusivo para hablar conmigo. Solo yo tendré el número. Lo llevarás contigo y responderás.

—Yo… gracias. —Las palabras salen pequeñas.

No es gratitud pura; es el reconocimiento avergonzado de una necesidad.

—Cláusula 5: Límites. —Vuelve a examinarme como quien comprueba una sutura—. No te hago daño. Ni física ni profesionalmente. No te expongo. Si sobrepaso lo que consideras tolerable, lo dices. —Un silencio mínimo—. Pero no utilizas el «límite» como chantaje. Eso pone fin al contrato.

Parpadeo despacio. Eso, a su manera, es una forma de cuidado. Atada con una cuerda gruesa, pero cuidado al fin y al cabo.

—Cláusula 6: Vigencia y rescisión —continúa—. Un año. Si quieres marcharte antes, me das treinta días y mantenemos una conversación limpia. Sin escenas. —Apoya la pluma sin soltarla—. Si yo quiero terminar, te avisaré. No perderás lo que ya hayas recibido y doña Dalva continuará cubierta durante tres meses. Después, cada uno volverá a ser un desconocido.

El aire parece volverse más pesado; hago un esfuerzo para no cruzar los brazos como quien se protege. Arthur hojea hasta el final, vuelve el documento hacia mí y desliza la pluma en mi dirección.

—Lee las notas finales —dice—. Después firma.

Cojo el contrato. La tinta negra marca términos y párrafos con una nitidez irritante. Me tiemblan menos los dedos de lo que esperaba.

Leo cada punto con la atención de quien sabe que su propio cuerpo está siendo negociado junto con su rutina. «Confidencialidad», «exclusividad», «disponibilidad», «cobertura médica». Palabras frías que, juntas, forman una promesa y una cárcel al mismo tiempo.

—¿Alguna objeción? —Su voz está cerca, pero no es apremiante.

—Una pregunta. —Levanto los ojos—. ¿Por qué yo? No… —me corrijo, sintiendo lo absurda que es la frase—. No es eso. Sé lo que quieres. Lo que quiero saber es qué ocurrirá cuando… —busco la palabra— cuando deje de ser una novedad.

Arthur me mira durante un segundo que parece prolongarse. Cuando llega, su respuesta contiene algo gélido y honesto:

—No mantengo a nadie por la novedad. Lo mantengo por su utilidad y por placer. Tú me resultas útil. Y me das placer. —Se encoge apenas de hombros—. Mientras siga siendo cierto, te cuidaré. Cuando deje de serlo, te avisaré. Sin crueldad gratuita. Yo no desperdicio lo que es mío.

No sé si esto es lo más cerca que podría llegar de una declaración o lo más lejos que se permitiría. En cualquier caso, comprendo el idioma en el que estamos hablando.

Firmo el primer ejemplar. Después el segundo. Mi nombre queda bonito sobre la hoja blanca; no parece mío.

Arthur recoge los documentos con un gesto tan preciso como una incisión. Guarda el contrato en una carpeta y cierra el cajón con

llave. Coge una pequeña caja de cuero y la abre, revelando un móvil negro y fino, sin ninguna marca visible.

—Este es el teléfono. —Lo desliza hacia mi lado—. De momento solo contiene mi número. Sin aplicaciones. Sin distracciones. Responderás cuando suene.

—De acuerdo.

Rodea la mesa y se detiene a mi lado. Su proximidad posee una temperatura propia; oigo el sonido de su reloj cuando mueve la muñeca. Arthur coloca detrás de mi oreja un mechón de cabello y permanece allí sin prisa, como si le gustara comprobar el límite exacto en el que el contacto encuentra el consentimiento.

—Mírame. —Lo hago—. A partir de ahora eres mía. No tienes que apreciar la palabra ni repetirla. Tienes que entenderla. Y cumplir.

—Lo entiendo. —Para mi sorpresa, la voz sale estable.

—Perfecto. —Baja los ojos hacia mi boca un instante, pero retrocede medio paso—. Hoy regresas a la habitación. —La pausa es un hilo tenso—. Pero antes vamos a organizar tu rutina.

Me ofrece la mano para levantarme; contiene caballerosidad y dominio en la misma medida. Me pongo de pie. Arthur señala el sillón junto a la ventana y vuelvo a sentarme, ahora con él delante, los brazos cruzados y su enorme cuerpo ocupando el espacio como si la estancia hubiera sido diseñada a su alrededor.

—El chófer llegará a las seis y media. Mañana pasas por casa y recoges lo que necesites. —Enumera con los dedos, práctico, pero vacila al verme abrir la boca y volver a cerrarla—. ¿Qué ocurre?

Aprieto los dedos contra la tela del pantalón, buscando las palabras.

—Yo… no puedo pasar por casa —admito avergonzada, incapaz de explicar el motivo.

Arquea una ceja.

—¿No puedes o no quieres?

—No puedo. —Respiro hondo—. La casa… ya no es mía. La ropa, todo lo que tenía allí… se ha quedado dentro. Incluso las prendas que compré cuando… —hago un gesto breve— cuando me ascendieron.

Arthur se recuesta en la silla y me observa durante un instante que parece demasiado largo. Entonces dice, como si ya tuviera la solución antes incluso de conocer el problema:

—Eso facilita las cosas. —Habla casi para sí antes de volver a mirarme—. Tendrás una casa nueva. Hoy mismo tramitaré el contrato de alquiler a mi nombre.

El impacto me deja sin respuesta durante un segundo.

—No hace falta…

—Sí hace falta. —Me corta con pragmatismo—. Y necesitas ropa nueva. También lo resolveremos.

—Arthur, puedo arreglármelas con… —empiezo, pero levanta una mano y pone fin a mi intento.

—No vas a arreglártelas. Harás lo que yo determine. —Hay algo frío y, al mismo tiempo, seguro en la frase—. Instalaremos a doña Dalva en un piso cerca del hospital, con una enfermera a jornada completa. Quiero que tenga fácil acceso al tratamiento y a ti.

Asiento, pero la siguiente pregunta escapa antes de que pueda medir el tono:

—¿Y yo? ¿Dónde voy a vivir?

Se inclina y apoya los antebrazos sobre la mesa.

—Conmigo.

Parpadeo, sorprendida.

—¿Eso es… un requisito?

—No. No figura en el contrato. —Una comisura de sus labios se curva apenas—. Es una petición. Y, si aceptas, recibirás una recompensa.

Entrelazo las manos sobre el regazo y aprieto los dedos.

—No necesito nada más.

Arthur sostiene mi mirada durante un segundo cargado con algo a medio camino entre un desafío y una promesa.

—El dinero y los bienes materiales no son las mejores recompensas que existen, Alice.

El calor asciende por mi rostro antes de que pueda controlarlo. Aparto la mirada, pero no con suficiente rapidez para impedir que él lo advierta.

—Entonces está decidido. —Se levanta y cierra el asunto como quien concluye un diagnóstico—. Mañana por la mañana nos ocuparemos de la mudanza de las dos. Envíame las medidas de doña Dalva y habrá ropa esperándola cuando llegue a su nueva casa. Te quedarás con ella hasta que esté instalada. Ni un minuto más.

Me limito a asentir, sintiendo que, una vez más, mis fronteras han cambiado de lugar sin que haya advertido cuándo. Algo dentro de mí oscila entre el alivio y… la rendición. Estoy demasiado cansada para convertirlo en algo romántico.

Arthur me sujeta la muñeca durante un segundo: dos dedos firmes, un contacto que no duele pero expresa exactamente lo necesario. Ahora el camino es este.

—Vuelve con ella. —Sus ojos se suavizan una fracción—. Y duerme. Mañana te exigiré entera.

La palabra «exigiré» debería indignarme. En cambio, ordena mi caos. Cojo el teléfono, lo guardo en el bolso y salgo. Antes de cerrar la puerta, oigo su pluma rasgando un papel. Su mundo nunca se detiene; a partir de hoy, el mío bailará a su alrededor.

En el ascensor respiro hondo y solo entonces advierto que tengo las manos frías. Miro el panel de espejo. Parezco otra y, al mismo

tiempo, exactamente la misma, pero sin el barniz de las decisiones bonitas.

Cuando se abren las puertas, la tenue luz del pasillo me devuelve a lo importante: doña Dalva duerme al final de esa hilera de luces. Y mañana el dinero estará en la cuenta.

No sé si eso me salva o me encadena. Quizá haga ambas cosas.

24.

ARTHUR MENDONÇA

Sabía que diría que sí. La única duda era cuándo, y por eso le di un ultimátum. Me había cansado de esperar, aunque admito que no había previsto este desenlace.

Cuando Alice entra en mi despacho esa noche y firma el contrato, no siento sorpresa. Siento la confirmación de un cálculo que ya había realizado. Pero existe una diferencia entre saber y comprender. Y yo no funciono bien sin comprender.

Le digo que no tiene que contarme lo ocurrido si no quiere, y eso es precisamente lo que hace. Prefiere comportarse como si hubiera sido una elección fría y práctica, como si, durante las horas transcurridas entre el momento en que sale de mi despacho y el instante en que me llama, hubiera tropezado con la decisión que lleva dos semanas posponiendo y se hubiera limitado a aceptarla.

Le digo que no tiene que contármelo si no quiere y, técnicamente, es cierto. Ella no tiene que hacerlo. Pero yo necesito saberlo. No por curiosidad. No opero de ese modo. Se trata de control. De disponer del mapa completo del territorio que ahora es mío.

El contrato no es solo papel firmado. Es un documento que formaliza un acuerdo: todo lo que toca a Alice me concierne. No es una metáfora. Es literal. Si existe una razón que la ha hecho quebrar su resistencia, esa razón está dentro de mi perímetro. Y nada dentro de mi perímetro puede quedar fuera de mi control.

Cuando sale para regresar a la habitación de doña Dalva, cojo el móvil, abro la aplicación de mensajes y escribo: «Necesito información sobre Alice Braga, últimas 48 horas». Lo envío a un contacto que no necesita más detalles, porque los detalles cuestan tiempo. Recibo la confirmación de lectura en segundos.

Mi equipo fuera del hospital funciona como un sistema inmunitario: solo ataca cuando se lo ordeno y lo hace para neutralizar, no para crear ruido. Su discreción es absoluta. Por eso, en veinte años, nunca se ha vinculado mi nombre a ningún escándalo.

Cierro el móvil y regreso al contrato. Recorro las firmas con la mirada. Su trazo es firme para alguien que tenía las manos frías. Eso me dice más que cualquier discurso: sabe sostener sus decisiones incluso cuando está al límite. Es útil.

Dos horas después recibo un informe preliminar. Nombres, horas, direcciones. Un movimiento inusual en la calle donde vivía.

Coche negro, dos hombres y un tercero con actitud dominante, patrón de liderazgo en grupos delictivos. Su rostro aparece en una imagen captada por la cámara de seguridad de un comercio cercano. Ya lo había visto antes. No en persona, sino en expedientes de operaciones policiales que nunca se hicieron públicas.

La conexión es inmediata: un usurero con ramificaciones en grupos de milicianos de la zona este. No sorprende que toda la calle se haya convertido en piedra en cuanto se detuvo allí. Nadie habla, nadie ve. Y nadie denuncia.

El informe incluye el detalle que me interesa: Alice llega durante el enfrentamiento. Interviene. Pocos minutos después, doña Dalva presenta síntomas de malestar. ¿Una ambulancia? No. Me llama a mí.

Esa parte me hace detenerme.

Tenía opciones. Podía haber llamado a Urgencias, a cualquier vecino, incluso a un taxi. Pero me llamó. No solo porque sabía que respondería deprisa, sino porque, en ese instante, yo ya era la elección obvia. Es el principio de la dependencia. Y la dependencia es un terreno fértil para la fidelidad, siempre que se cultive de la manera adecuada.

Apago la pantalla y permanezco en silencio unos segundos, dejando que el peso de esa información se asiente. No siento lástima por ella. No funciono de ese modo. Lo que siento es la certeza de que ahora mi margen de acción con Alice es prácticamente ilimitado.

Pertenecerme significa más que utilizar mi dinero u obedecer mis órdenes. Significa que su seguridad es responsabilidad mía y que yo decido qué es seguro. Significa que el espacio físico en el que vive debe estar bajo mi supervisión. Y significa que sus vulnerabilidades se convierten en activos estratégicos.

Por eso decido que vivirá conmigo. Su casa ya no existe: problema resuelto antes incluso de que yo lo supiera. El piso para doña Dalva será discreto, estará cerca del hospital y contará con una enfermera privada. Eso resuelve dos cuestiones: la salud de la anciana y el rápido acceso de Alice a ella. Pero Alice no vivirá allí.

En mi espacio puedo observarla mejor. Ajustar rutinas sin resistencia. Y eliminar interferencias. Puedo ver quién llama, quién le envía mensajes e incluso cómo reacciona cuando no sabe que la observan. Es práctico. Y sí, también conveniente.

Me pregunta si es un requisito. Le digo que no. Técnicamente, no lo es. Es una petición. Y mis peticiones no se rechazan sin pagar un precio. Le ofrezco una recompensa porque en este momento resulta más eficiente que imponer. Aún se está adaptando al concepto de «pertenecer». Forzar demasiado y demasiado pronto genera una fricción innecesaria.

Y, por supuesto, la recompensa no es material. El dinero y los objetos pierden valor cuando se vuelven previsibles. Lo que ofrezco es otra moneda, algo que ata de manera más profunda y menos evidente. Eso es lo que ocupará sus pensamientos cuando esté sola en la habitación, no el saldo de la cuenta.

Paso el resto de la madrugada rediseñando la logística. Un chófer fijo y discreto, preparado para situaciones de riesgo. Una nueva línea telefónica para uso personal y profesional. Ropa nueva encargada,

con medidas estimadas a partir de los registros de la compra anterior, aunque le pido a la asesora que realice los ajustes en persona durante la primera prueba.

También modifico algunos accesos internos del hospital: cualquier solicitud relacionada con Alice pasará por mi correo antes de llegar a otros departamentos. Oficialmente, es para «agilizar procesos». Extraoficialmente, para filtrarlo todo.

El piso de doña Dalva estará amueblado antes del fin de semana. Equipamiento médico, cocina funcional, seguridad las veinticuatro horas en el edificio. Nadie necesita saber que es mío. En la escritura figurará una sociedad pantalla, como siempre.

En cuanto a la milicia… no me interesa «resolver» eso ahora. Él no la tocará mientras no sepa quién está detrás. Y, cuando lo sepa, no querrá ponerlo a prueba. Pero mantendré una vigilancia pasiva. Quiero saber si es disciplinado o si le gustan los riesgos.

El teléfono vibra a las seis. Mensaje del contacto: «El objetivo principal no ha mostrado intención de retomar el contacto, pero mantiene interés financiero en la deuda». Traducción: esperará el dinero. Perfecto. Eso me da margen para consolidar mi posición.

Durante el desayuno reviso el calendario. Nada de eventos sociales mientras doña Dalva no reciba el alta. No es altruismo, sino gestión de imagen. Alice asociará mi decisión con el cuidado y todos en el hospital percibirán coherencia. Me gusta cuando las líneas se cruzan así.

Al mediodía pido a la asesora que pase por el hospital para realizar una primera evaluación de vestuario. No aviso a Alice. Quiero ver cómo reacciona ante decisiones tomadas sin consultarla. Todavía cree que puede elegir en algunos aspectos. No puede.

En teoría, Alice me pertenece durante un año. En la práctica, ese plazo es irrelevante. El contrato es solo la primera capa, la visible. La verdadera permanencia se construye mediante el hábito y la dependencia. Cuanto más integre mis rutinas en las suyas, más difícil será romper.

Pienso en ella viviendo en mi apartamento y en cuánto acelerará eso el proceso. Veré cómo se mueve en un espacio que no es suyo, pero donde todo me responde. Eso me permitirá acceder a detalles que, de otra forma, tardarían meses en aparecer: qué hace cuando está cansada, irritada, vulnerable. Cómo reacciona al silencio. Si cierra las puertas con llave. Si tiene el sueño ligero.

Esas cosas importan. No por romance; no estamos hablando de eso. Importan porque me indican dónde puedo apretar y dónde debo aflojar. Porque me muestran cómo mantener el control sin que advierta hasta qué punto es absoluto.

Cuando salgo del hospital al final del día, miro la ventana de la habitación donde está doña Dalva. Luz tenue, cortina cerrada. Alice está dentro. No porque yo se lo haya ordenado —todavía no—, sino porque quiere. Así empieza. Primero lo hace porque quiere. Después, porque es más fácil. Después, porque ha olvidado cómo era hacerlo de otra manera.

Al día siguiente, cuando entre en el coche, no se limitará a cambiar de dirección. Cruzará una frontera invisible que muy poca gente atraviesa y de la que nadie regresa igual.

Y yo estaré preparado para recibirla.

25.

ALICE BRAGA

El médico entra empujando la puerta con la cadera, con la carpeta bajo el brazo y la sonrisa breve de quien ya lo ha visto todo.

La bata está impecablemente limpia, pero el bajo del pantalón tiene una salpicadura de lejía. Ya casi ha terminado la mañana; la luz que se filtra por la rendija de la cortina es demasiado blanca, como si hubieran lavado el día por dentro.

—Buenos días, doña Dalva —empieza con una voz redonda, entrenada para tranquilizar—. Y buenos días, Alice.

—Buenos días —respondemos al unísono.

Comprueba el monitor, apoya los dedos en su pulso, mira el reloj como quien conversa con el tiempo y anota algo. Formula preguntas sencillas —dolor, mareo, náuseas— y ella responde una por una, con la cooperación educada de quien quiere agradar al hijo de la vecina.

—Está estable, las constantes son buenas y la tensión ha mejorado respecto a anoche —resume, levantando la mirada—. La observaremos unas horas más, pero, si continúa así, hoy mismo recibirá el alta.

«El alta hoy». Las palabras quedan suspendidas en la habitación, como el polvo invisible que solo aparece cuando lo alcanza la luz.

—¿Hoy? —repite doña Dalva, y la forma ligera pero cargada con un peso oculto en que pronuncia la palabra me pellizca por dentro.

—Hoy —confirma el médico, dirigiéndome la mirada cómplice de quien está dando una buena noticia—. Volveré a primera hora de la tarde. Estén tranquilas.

Anota algo, guarda el bolígrafo como quien remata un procedimiento y sale. La puerta se cierra con un clic discreto y se

traga los sonidos del pasillo: carritos, pasos largos, una voz que ríe a lo lejos.

Nos quedamos solas con el pitido constante en un rincón. Durante unos instantes solo oímos nuestra respiración. Le arreglo el pañuelo, un gesto automático que repito desde que aprendí a leer los prospectos de los medicamentos.

—El alta hoy —repito, intentando que suene como una sonrisa.

—Hum —responde sin sonreír. Mueve los dedos bajo la sábana, como si contara monedas invisibles. Después alza la barbilla con ese pequeño movimiento que siempre anuncia terquedad—. Quizá… quizá sea mejor que no parezca estar tan bien.

La miro sin comprender al principio.

—¿Qué quieres decir?

—Eso. —Se encoge de hombros—. Quizá podría temblar un poco cuando vuelva. Tardar en responder. Decir que se me ha nublado la vista. Me dejarían pasar otra noche. No es una casa, pero hay techo.

Su sinceridad me atraviesa. Siento vergüenza y ternura al mismo tiempo.

—Dalvinha…

—Lo sé, lo sé —se apresura, como si adivinara mi respuesta—. No está bien engañar al médico. Pero… —se le humedecen los ojos, y también la voz— ya no tengo casa, Alice.

La frase es sencilla. Y me rompe en un lugar que estaba intentando evitar. Porque es verdad. La casa es una llave que ya no abre nada.

Apoyo los codos en la barandilla de la cama y respiro despacio. Tengo una respuesta preparada, limpia, práctica, pero no puedo dársela como merece escucharla. Confidencialidad absoluta. La primera cláusula del contrato palpita como una quemadura reciente.

—No vamos a quedarnos en la calle —digo con el cuidado de quien pisa un suelo agrietado—. Habrá un lugar. Cerca del hospital,

con gente que te cuide. Hoy mismo.

—¿Hoy? —La esperanza asoma tímida, desconfiada.

—Hoy —confirmo, devolviéndole lo que me ha dado el médico, pero con otra tinta—. Yo… —me aclaro la garganta, buscando un camino entre la verdad y la mentira que no me haga tropezar— he hablado con la administración de la inmobiliaria. La casa que visitamos todavía no está disponible, pero han conseguido un piso de transición. Es provisional, pero seguro. Y también he encontrado una enfermera para los próximos días.

«Administración». De todas las verdades a medias, esta es la que menos duele. No es una mentira completa. En cierto modo, es él quien lo «administra».

Doña Dalva me examina.

—¿Una enfermera? —pregunta en voz baja, frunciendo el ceño—. No necesito una enfermera.

Me río tan bajo como ella ha hablado.

—Sí la necesitas. Porque necesito que alguien te vigile.

Doña Dalva tuerce los labios, pero no protesta.

—No quiero que estés preocupada por mí en el trabajo. Solo por eso aceptaré —avisa, y yo le dedico una sonrisa triste—. Bueno, ya íbamos a mudarnos, ¿verdad? —Intenta ver el lado positivo—. Al menos seguiremos juntas.

El sí me quema en la punta de la lengua, pero ahora el contrato también vive allí.

—En realidad, yo… Yo te instalaré. Me quedaré hasta que te duermas. —Trago saliva—. Después… ha surgido una oportunidad —miento, y la arruga de la frente de doña Dalva se acentúa.

—¿Una oportunidad? —repite, entornando los ojos.

—Sí… —Tardo un segundo más en responder, intentando no parecer nerviosa—. Una compañera del hospital se va de viaje y

necesita que alguien viva en su piso durante unos meses. Está más cerca del trabajo y ella lo necesitaba mucho. —La mentira se desliza de mi boca como aceite.

Sonrío, pero la sonrisa no me llega a los ojos.

He pasado la noche entera despierta, pensando en esa historia, después de que la enfermera me permitiera entrar sin hacer preguntas.

Me siento en el sillón junto a la cama y coloco el bolso sobre el regazo, como quien sujeta un ancla. El pitido marca un tiempo que, paradójicamente, me tranquiliza. Cojo el móvil nuevo: pantalla limpia, vacía. Lo abro por impulso; solo aparece un contacto: A. Vuelvo a cerrarlo. Lo guardo. Pienso.

—Es temporal, hasta que nuestra casa esté preparada y ella regrese.

Doña Dalva me observa durante un instante largo, como quien calcula si la madera de un puente soportará el peso.

—¿Y es un buen lugar? —Su voz está cargada de cariño, pero también de cierta desconfianza.

—Sí. Seguro, tranquilo… y, si no me gusta, le diré que no puedo quedarme e iré al piso contigo. Ya tendremos nuestra casita, aunque sea temporal —respondo deprisa, pegando una naturalidad que no siento.

Doña Dalva deja escapar un «hum» que no es exactamente asentimiento, pero tampoco una negativa.

—Mientras tú estés bien… —dice por fin y se recuesta en la almohada—. No quiero que te mudes por mi culpa y acabes siendo infeliz.

—Estaré bien —le aseguro, y esta vez la mentira duele un poco más.

El móvil negro, el nuevo, sin marca, sin aplicaciones y con un solo número, vibra en silencio dentro de mi bolso. El sonido no existe,

pero lo siento. Lo saco como quien extrae un bisturí de su estuche. «Sal en cuanto puedas». Sin firma. No hace falta.

—Es del hospital —invento a medias mientras guardo el aparato —. Tengo que resolver los trámites del alta. Ahora vuelvo.

Asiente y le beso la frente con cuidado, sintiendo el tenue olor a crema y lejía. En el pasillo, el aire está más frío y las luces de presencia forman islas de claridad sobre el suelo.

Arthur está apoyado contra la pared de enfrente, con los brazos cruzados y las mangas de la camisa remangadas hasta los antebrazos. Hoy lleva un traje gris oscuro; en la muñeca, el reloj metálico que marca el tiempo con un sonido que solo oigo cuando está muy cerca.

—¿Cómo está? —pregunta sin saludar.

—Mejor. Le dan el alta hoy.

—Bien. —Su asentimiento ya contiene logística—. El coche que las llevará sale a las tres. La enfermera las recibirá en el piso a las tres y media. —Me mira el rostro y añade—: Ya está todo preparado.

—Ella… —empiezo y me detengo. Quiero decirle que doña Dalva deseaba quedarse otra noche. Mi obligación: confidencialidad y su mano sujetando la cuerda de mi día—. Está nerviosa por el alta. Pero yo se lo explicaré.

Me examina durante un segundo, como si evaluara una sutura.

—Le explicarás que el lugar es seguro, que el hospital está a cinco minutos y que habrá alguien allí las veinticuatro horas. —Su voz suena como una indicación médica—. Y se lo dirás de manera que te crea a ti, no a mí.

Es como si hubiera soplado el polvo de mi mentira y me hubiera devuelto la parte limpia. Asiento.

—La asesora de vestuario subirá a las once y cuarenta —continúa, práctico, como quien cambia de instrumento durante una operación

—. Cinco minutos. Solo las medidas. No entrará si tu abuela está despierta.

—No es mi abuela —respondo antes de poder filtrar las palabras.

Sostiene mi mirada un instante más de lo necesario.

—Lo sé.

Silencio. El pitido detrás de mí marca el compás. Recuerdo su mano en mi nuca la noche anterior y siento el peso de «pertenecer» clavado bajo la piel como un alfiler.

—De acuerdo —digo por fin.

Arthur baja los brazos. No se acerca, pero su cuerpo siempre parece estar un paso más cerca de lo que permite la vista.

—¿Necesitas algo?

«Dormir a tu lado y olvidar durante cinco minutos que he vendido mi control», pienso. Digo:

—No.

Una comisura de sus labios se mueve un milímetro. A veces creo que así es como sonríe cuando la sala está a oscuras.

—A las tres, Alice. No llegues tarde. —Y se marcha, como si la frase hubiera cerrado la bisagra de nuestro día.

Regreso a la habitación antes de que el pasillo invente preguntas. Doña Dalva duerme, con los dedos por fin relajados sobre la sábana. Me siento en el sillón y permanezco allí escuchando el pitido que, por primera vez, no me irrita. Ritmo. Orden. Cosas que, hasta ayer, solo me pertenecían a mí.

A las once y cuarenta llaman suavemente. Abro la puerta y aparece una mujer con un móvil entre las manos, gafas de ojo de gato suspendidas en la punta de la nariz y una cinta métrica enrollada entre los dedos. Luce una sonrisa profesional.

—Cinco minutos —susurra, como si ya lo supiera todo—. Lo prometo.

La llevo al baño de la habitación, cierro la puerta y apoyo los pies contra el marco para no sentir que estoy mintiendo de pie. Toma las medidas deprisa, de forma invisible: pecho, cintura, caderas, hombros. Anota el nombre «Alice Braga» en un bloc sin marca. Cuando termina, la asesora me entrega una tarjeta en blanco.

—Entrega esta noche en la dirección indicada.

No menciona la dirección. No hace falta. Aunque yo no tengo la menor idea de cuál es.

—Gracias —respondo en un hilo de voz y, cuando abro la puerta, doña Dalva aún duerme. Durante un segundo agradezco que tenga el sueño profundo.

El tiempo fluye despacio hasta las dos. Leo y releo las indicaciones del alta que la enfermera ha dejado en unas hojas grapadas, como si la repetición pudiera convertir las palabras en protección. Despierto a doña Dalva con un beso y ella abre los ojos despacio, como quien regresa de un viaje ligero.

—¿Cómo estás? —pregunto.

—Tengo hambre —responde, y yo me río sin ganas, porque resulta tan normal que duele.

Llega la bandeja del almuerzo y le acomodo la servilleta sobre el regazo como quien impone un brazalete de capitana: un gesto de respeto. Entre bocado y bocado, le hablo de los «arreglos» con la naturalidad de quien ha leído el guion cinco veces.

—Cerca del hospital, Dalvinha. Ascensor, edificio tranquilo, una enfermera que vivirá contigo. —Evito la palabra «mío» en todas sus formas.

Me escucha con atención, masticando despacio. Poco a poco se relaja esa mirada que calcula los riesgos.

—¿Tiene ventana? —pregunta con sencillez, como una niña que valora una casa por su luz.

—Sí. Dos. Y cortinas gruesas por si entra demasiado sol.

—Entonces, de acuerdo —decide, como quien acepta bailar con una pareja desconocida porque sus pies se han calmado con la música.

A las dos y cuarenta regresa el médico. Buena tensión, saturación correcta, indicaciones entregadas. El bolígrafo escribe «alta» con un trazo que parece demasiado definitivo para caber en un papel. Firmo donde me piden, respiro donde lo necesitan.

El traslado organizado por el hospital es sencillo: silla de ruedas por formalidad, un celador con media sonrisa y el ascensor despejado. El pasillo nos engulle en una marcha lenta y, durante un segundo, recuerdo a los vecinos observando el coche negro días antes. Nadie habla, nadie ve. Y una aprende a caminar con la espalda recta aun así.

En la puerta nos espera el chófer. No Jorge, sino otro hombre. El coche huele a cuero y a algo amaderado que no es perfume, sino una norma. La enfermera está en el asiento delantero, con el cabello recogido en un moño y la mirada atenta.

—Soy Miriam —dice, volviéndose con voz cálida—. Me quedaré con usted.

—Gracias, hija mía —responde doña Dalva, sujetándome la mano como si los nudillos fueran nudos marineros.

El trayecto dura menos que mi deseo de posponerlo. El edificio es luminoso y en recepción hay macetas con plantas de verdad, no de plástico. Subimos. En el rellano reina un silencio que parece paciente.

La puerta del piso se abre con un clic y, durante un instante, permanezco en el umbral como quien pide permiso. Todo huele a nuevo: pintura seca, madera recién pulida, la áspera dulzura de un lugar que aún no ha aprendido los ruidos de sus habitantes.

El salón tiene un sofá de tela suave, un sillón de brazos anchos, de esos que abrazan, y una pequeña mesa con un jarrón de flores claras. La cocina brilla de acero inoxidable, pero sin ostentar riqueza.

Es funcional, limpia, sólida. Su dormitorio está a la derecha. Cama de buena altura, sábanas blancas, una manta azul doblada a los pies. La ventana da a un árbol alto; su copa entra como un secreto verde.

—Tiene ventana —le digo a doña Dalva, y veo que sus hombros descienden medio centímetro.

—Sí —repite, y sonríe de lado.

—Y hay ropa para ti en el armario. Es poca, pero después compraremos más, ¿de acuerdo?

Asiente y me mira como si pudiera ver mi alma.

—Gracias, hija mía —dice y, por algún motivo, no parece referirse solo a la ropa.

No consigo responder.

Miriam toma el mando como quien sabe llegar sin irrumpir: medicamentos separados, temperatura regulada, almohada ajustada para la espalda. Le muestra el baño, las barras firmes, el timbre de llamada junto a la cama. Todo pensado para alguien a quien amo.

—¿Y tú? —Doña Dalva me arranca de la lista con esa mirada que me encuentra incluso cuando me escondo—. ¿Vemos tu habitación?

—Vamos —respondo, y vamos.

Es igual al primer dormitorio, pero mi ropa está en una sofisticada bolsa de papel sobre la cama. Solo un conjunto. El armario, vacío.

—Hoy te quedas, ¿verdad? —pregunta doña Dalva cuando nos sentamos en el salón y enciende el televisor para ver la telenovela de la tarde.

—Hasta que te duermas.

—¿Abres un poco la ventana?

La abro. Entra el aire de la tarde. Durante unos minutos permanecemos las tres —yo, ella y Miriam— en esa pausa de luz.

—Prepararé café —dice Miriam, y sale dejando entreabierta la puerta de la cocina. Un gesto inteligente: espacio para que podamos ser personas sin desaparecer del mapa.

Me siento en el borde del sofá y sujeto los dedos de doña Dalva. Me los aprieta como cuando yo tenía fiebre.

—Tengo miedo —dice sin rodeos, mirando el árbol por la ventana —. No de morir. Eso ya ha dejado de asustarme. Tengo miedo de dar trabajo. De que te pierdas a ti misma por mi culpa.

El nudo asciende por mi garganta antes de que pueda tragármelo.

—Nunca has sido una carga —respondo, y es verdad desde la primera vez que tuve que cuidarla—. Y no voy a perderme. —Una mentira posible—. Te prometo que no.

—Promesa de una niña de veinte años —me provoca con suavidad, y yo me río—. Aun así… da gusto oírla.

Miriam regresa con el café y unas galletas redondas sobre un plato blanco. Bebemos despacio, aprendiendo la casa nueva a través del sabor. Después, medicinas, agua y un poco de telenovela a bajo volumen.

Me ducho y me pongo la ropa nueva. Un vestido sencillo, más elegante. Una muestra de lo que será mi vestuario a partir de ahora, supongo.

El cansancio llega mansamente. A las seis, doña Dalva ya cierra los ojos durante intervalos más largos. A las seis y veinte está dormida.

Permanezco sentada un rato, limitándome a observar su respiración hundirse y regresar, como el mar en un día tranquilo. Cuando me levanto, Miriam también lo hace, en silencio.

—Yo me quedo —dice—. Vete tranquila.

«Vete tranquila». Resulta casi gracioso. No recuerdo la última vez que lo estuve. Cojo el bolso y me detengo en la puerta para mirar una última vez la copa del árbol.

El móvil vibra en mi bolsillo. «Baja». Y una palabra más: «Ahora».

—Volveré temprano mañana —le digo a Miriam, y ella asiente—. Si se despierta por la noche y pregunta…

—Le daré el mensaje.

—Gracias.

—No hay de qué.

Respiro hondo y salgo.

El ascensor desciende deprisa, como si tuviera prisa por entregarme. En la planta baja, el cristal de la recepción me devuelve mi reflejo: el cabello recogido de cualquier manera, ojeras sinceras, la boca todavía marcada por una decisión que finjo que es solo práctica.

La puerta automática se abre a la calle. Me espera un coche negro. No el de siempre. El de siempre parece trabajo. Este parece una respuesta.

Él está solo en el asiento trasero, con las mangas de la camisa remangadas y el nudo de la corbata flojo. El chófer ni siquiera mira. Cuando me acerco, Arthur abre la puerta con una mano, sin pronunciar mi nombre. Entro.

El aroma amaderado del coche es el mismo que el de su despacho y me pregunto cuántos lugares del mundo huelen así porque él lo ha querido. Cierro la puerta. El clic parece sellar algo más que metal.

—Ya está instalada —digo antes de que pregunte—. Se ha dormido.

—Buena chica —responde con sencillez, y solo después comprendo que la expresión sirve para las dos.

El coche arranca. La ciudad pasa en láminas de luz tras la ventanilla.

—Has hecho lo correcto —añade con ese tono que es mitad evaluación y mitad autorización—. ¿Le has dado las gracias a Miriam?

—Sí.

—Perfecto.

Silencio. Sé que vamos a su apartamento. No porque lo hayamos acordado, sino porque, en el nuevo mapa de mi día, los lugares a los que voy son aquellos que él mantiene iluminados.

—¿Tiene ventana? —pregunto sin pensar, y solo advierto lo absurdo de la pregunta cuando vuelve el rostro, intrigado.

—¿Mi dormitorio? —replica, y siento que el rostro me arde. Me río, avergonzada.

—El dormitorio… donde yo… —No termino.

Una comisura de sus labios cede dos milímetros.

—Sí. —Vuelve a mirar al frente—. Y persianas, por si la claridad supone un problema para ti.

La respuesta me alcanza en un lugar extraño entre el miedo y el alivio. Apoyo la cabeza contra el respaldo y cierro los ojos durante un segundo, intentando oír algo aparte de mi propia sangre.

Cuando los abro, me está observando. No como jefe. Como alguien que comprueba el punto exacto de mi límite para saber cuánto puede apretar sin romperme.

—A partir de hoy —dice en voz baja— no tienes que inventar ninguna historia. Yo hago el trabajo sucio. Tú solo cumples.

Asiento, porque eso es. Porque es fácil de entender, difícil de tragar y, lo que más me asusta, extrañamente cómodo.

El coche entra en el garaje de un edificio de cristal. Las luces del techo se deslizan por el capó como ondas claras. Cuando apoya la mano sobre mi rodilla —dos dedos, nada más—, una corriente

eléctrica asciende por mi piel y el contrato, que hasta entonces era papel, vuelve a convertirse en cuerpo.

—Hemos llegado —dice como si solo hablara de geografía.

Bajo y la puerta se cierra detrás de mí con el mismo clic de todas las puertas que él cierra: sencillo, definitivo, sin gritos. El ascensor sube sin hacer ruido. Respiro hondo.

Pienso en doña Dalva durmiendo bajo una ventana con un árbol. Pienso en el médico diciendo «el alta hoy». Pienso en mí, que no recibo el alta de nada y me doy de baja de mí misma.

Cuando se abren las puertas, entro en el apartamento que ahora me contendrá. Y, por primera vez desde que firmo, comprendo que lo que me salva y lo que me encadena pueden ser exactamente lo mismo.

26.

ARTHUR MENDONÇA

Está dentro de mi perímetro.

La puerta se cierra detrás de nosotros con un clic preciso y amortigua el ruido lejano del ascensor. El apartamento está en penumbra, iluminado únicamente por las luces bajas que dejo encendidas por la noche, no por estética, sino para crear un mapa de sombras que me permite ver sin ser visto.

Se detiene un instante en el recibidor, con el bolso colgado del hombro y los ojos recorriendo el espacio como si intentara absorberlo todo de una vez. No dice nada, pero veo que alza la barbilla un milímetro, como si el aire pesara más aquí. Y pesa. Entrar en un lugar propio es distinto. Este es mío y todo en él me responde.

—Vamos —me limito a decir mientras paso delante.

La conduzco por el amplio salón, con ventanales del suelo al techo que muestran la ciudad en recortes de luz. La disposición de los muebles no es aleatoria: está pensada para controlar los desplazamientos, facilitarme la lectura de quién entra y adónde se dirige. Pasa los dedos por el respaldo del sofá en un gesto automático y yo lo registro.

—Este es el salón. —Continúo el recorrido—. Allí está la cocina. No es tu territorio, pero puedes utilizar lo que necesites.

Me mira de reojo, quizá percibiendo la diferencia entre permiso y posesión.

—¿Y… el personal? —pregunta.

—Hay algunas personas. No necesitas conocerlas ahora. Cuando lo considere oportuno, te las presentaré.

Avanzo por el pasillo. Abro la puerta del dormitorio que he preparado para ella. Espacio amplio, cama extragrande, ropa nueva ya dispuesta en el vestidor, algunas prendas en el baño, organizadas por orden de uso. Permanece en el umbral, como si cruzarlo significara admitir algo que todavía intenta negar.

—Este es tu dormitorio —informo, y veo la vacilación en sus hombros.

—¿Y… nosotros vamos a…? —Se detiene a mitad de la frase y retrocede un paso, cerrando los dedos sobre el asa del bolso—. Quiero decir… ¿vamos a compartir cama?

Esperaba la pregunta. Ladeo la cabeza sin prisa por responder.

—Cuando quiera, vendré a buscarte. Hasta entonces dormirás aquí.

Parpadea y el color asciende por su rostro. No es pura vergüenza, sino también el reconocimiento del poder dentro de nuestra dinámica.

—¿Qué esperas de mí aquí… aparte de…? —Hace un gesto leve sin terminar.

—Obediencia —respondo con sencillez—. Y discreción. No hay más normas domésticas que las que ya figuran en el contrato, pero el contrato se aplica aquí dentro igual que en cualquier otro lugar.

Asiente y mira alrededor, quizá buscando algún detalle que le permita sentir que una parte de este espacio es suya. No lo encuentra.

Cuando doy un paso atrás para señalar que voy a dejarla, se apresura a hablar:

—¿Tú… no vas a quedarte? —Su voz sale más baja y el rubor aumenta.

Una comisura de mis labios se eleva. Sabía que esa pregunta también llegaría.

—Date una ducha. Acostúmbrate al nuevo entorno. No hay prisa. Ahora me perteneces. Y voy a disfrutar cada segundo.

La dejo allí, ante la puerta abierta, sujetando el bolso como si fuera lo último que todavía pudiera llamar suyo. Salgo del dormitorio, cierro la puerta con un giro controlado del pomo y voy a mi despacho.

Ahora me pertenece. Entera y completamente. Incluso la cama en la que dormirá es mía. El suelo que pisa es mío. La temperatura del aire que respira la determino yo.

Horas después, esa conciencia me acompaña por el pasillo oscuro del apartamento. Voy descalzo, con el suelo frío bajo las plantas de los pies, mientras la casa respira a intervalos largos: el zumbido lejano de la ciudad tras los ventanales, el crujido de la madera al adaptarse a la temperatura nocturna.

Me detengo ante su puerta. El reloj de mi muñeca marca las 00:37. Podría esperar hasta mañana. Decido no hacerlo. Llamo una vez. No para pedir permiso, sino para avisar de que voy a entrar.

Abro.

La penumbra del dormitorio está atravesada por una franja de luz procedente de la ciudad. Está sentada en el borde de la cama con el pijama nuevo, de algodón claro y sencillo, y el borde de la camiseta rozándole la cintura. El cabello recogido en alto, algunos mechones sueltos en la nuca. Descalza. El sobre de la entrega, vacío y doblado sobre la silla. Todo su cuerpo dice «cansada». Sus ojos dicen otra cosa.

Cierro la puerta detrás de mí. El clic es discreto, como todos los clics que importan.

—¿Cómo está? —pregunto, aunque conozco la respuesta.

—Dormida. —Su voz es baja, limpia—. La enfermera es buena.

Asiento. Doy dos pasos. El dormitorio se vuelve más pequeño.

—Levántate. —No es brusquedad. Es gramática.

Obedece. No con una rapidez nerviosa, sino con esa obediencia atenta que ya reconozco como parte de su naturaleza y no del miedo. Me detengo a un brazo de distancia.

El olor de su piel es reciente, cálido, mezclado con el jabón neutro de la ropa nueva. Mi cuerpo responde antes de que decida cómo, y ese «antes» es la primera concesión que me permito en días.

—Mírame. —Lo hace—. Sabes por qué he venido.

Un soplo de vacilación atraviesa sus ojos y desaparece como la sombra de una nube sobre el agua. El contrato proporciona el marco; aun así, quiero la respuesta.

—Lo sé.

—¿Y tú?

No cae en la trampa de preguntar «¿yo qué?». Respira.

—Yo también he venido.

El hambre que contengo se convierte en una curva en mis hombros. Doy otro paso. Sujeto con la mano derecha la cintura de su pantalón de pijama y la atraigo un centímetro hacia mí, lo suficiente para que su cuerpo comprenda que deja de ser una línea y se convierte en un punto bajo mi mando.

La izquierda asciende por su columna y abre la pinza del cabello con un solo gesto. El moño cede y el pelo cae por su nuca como un secreto al ser contado.

—¿La palabra? —pregunto en voz baja junto a su oído, tal como figura en el anexo de límites: confirmación antes de avanzar. Yo he escrito la regla. Yo cumplo la regla.

—Rojo —dice con absoluta firmeza—. Y hablaré si lo necesito.

—Habla. —Mi boca roza su oreja—. Mientras no lo hagas, yo actúo.

Le sujeto la barbilla e inclino su rostro. El beso no es de reconocimiento, sino de marca. Tono, presión, ritmo. Abre la boca

bajo la mía como quien recuerda una coreografía con el cuerpo.

Su lengua encuentra la mía con esa docilidad que no es una sumisión barata, sino una entrega lúcida. Siento que su respiración falla y su cintura cede un milímetro. La empujo hasta que su espalda choca con el panel acolchado del cabecero. Una de mis manos permanece sobre su cuello, firme, sin fuerza, solo para decir: «Yo guío».

—Quítate la camiseta —digo contra su boca.

Alza los brazos; tiro de la tela por encima de su cabeza con un gesto limpio. El aire nocturno roza la piel de su pecho. Piel real, sin pose. El pezón se endurece ante el cambio de temperatura.

Apoyo primero el dorso de los dedos —temperatura neutra, reconocimiento— y solo después la boca, lenta, decidida. Mi mano izquierda desciende por el costado de su cuerpo, un mapa que ya he estudiado pero que quiero redibujar ahora que está en mi casa. Su vientre se retrae ligeramente bajo mi contacto; la respiración se acorta, como quien sube dos peldaños de una vez.

—El pantalón —pido, bajando el tono porque sé lo que mi voz le provoca.

Desata el cordón y baja el pijama por las caderas, dejándolo caer. Se queda solo con las bragas. La luz de la ciudad dibuja cortes de sombra sobre sus muslos. Me aparto medio paso, únicamente para mirar. Tener hambre no me exime del método. El hambre sin método es desperdicio y yo no desperdicio lo que es mío.

—Sube. —Señalo la cama con la barbilla.

Primero sube de rodillas y después se sienta, con las piernas lo bastante abiertas para invitarme y provocarme. Una invitación inocente que desarma defensas que ninguna estrategia conseguiría derribar.

Le sujeto el tobillo, deslizo la mano por detrás de la pantorrilla y asciendo con los dedos por la cara interna del muslo. Ninguna parte del cuerpo reacciona como la cara interna de un muslo; es el lugar

donde hasta la piel presta atención. Su mirada desciende hacia mi mano como si el resto del mundo estuviera menguando.

La toco por encima de las bragas. Caliente. Mojada de una forma honesta, sin teatro. Aparto la tela con dos dedos y paso la punta del dedo corazón por su abertura una vez, sin prisa, como quien escribe el primer trazo de una firma que ocupará toda la página.

El sonido que emite no es gemido ni palabra; es un «ah» de sorpresa inevitable. Introduzco el dedo despacio y siento que su cuerpo se adapta al mío, como al medir un anillo. Segundo dedo. Mis falanges conocen la anatomía; las entreno para ello. Las curvo.

Sus caderas responden con una ligera convulsión. Su mano aprieta la sábana, ese gesto que no sirve para huir, sino para recordar dónde está.

—Mírame. —Lo hace, con los ojos brillantes y la boca entreabierta. La pupila dilatada como una sala oscura en la que empieza a sonar música grave—. No apartes la mirada.

La sostiene. Mantengo el movimiento en su interior con una cadencia creciente. Cuando siento el primer temblor profundo, retiro la mano. Intenta seguir el impulso de su cuerpo, pero la sujeto por la cintura.

—Todavía no. —No es crueldad. Es arquitectura—. Túmbate boca abajo.

Obedece. Apoya el rostro sobre el antebrazo y la curva de su espalda se forma lenta, hermosa. Le bajo las bragas con una maniobra sencilla y limpia hasta las rodillas; ella ayuda y expulsa la tela con el talón hasta que sale como un problema resuelto.

Le sujeto las caderas y la mantengo exactamente como quiero, con una de mis rodillas entre sus piernas, obligándolas a abrirse despacio.

Paso la palma por la cara interna de su muslo y asciendo lentamente, sin prisa por llegar adonde ella quiere. Su respiración cambia antes incluso de que la toque, y lo advierto.

—Más abierta, Alice —murmuro, presionando con la rodilla hasta que cede un poco más.

Obedece. Siempre obedece cuando mi tono desciende de ese modo.

Me inclino sobre ella, apenas apoyando el peso de mi cuerpo, y mi boca encuentra el punto donde se unen el cuello y el hombro.

Muerdo suavemente, no para hacerle daño, sino para recordárselo. Sigo bajando, esparciendo besos y mordiscos a lo largo de su columna, con el olor cálido de su piel mezclado con el jabón que ha utilizado.

Cuando alcanzo la zona lumbar, mantengo una mano firme en su cintura y el pulgar presiona un punto que le arranca un suspiro. Bajo más y deposito un beso lento sobre cada nalga antes de separar la carne con las manos y exponerla por completo ante mí.

Se estremece. No de frío.

Paso dos dedos por su abertura de arriba abajo, solo para sentir hasta qué punto está ya mojada. Un sonido pequeño escapa de ella, amortiguado contra el brazo donde oculta el rostro. Sonrío contra su piel.

—No te escondas de mí —digo, llevando de nuevo la mano hasta ella, esta vez deteniéndome exactamente donde lo necesita y moviéndome despacio, en círculos indolentes. Su cuerpo responde al instante, alzándose más y buscando mayor contacto.

Mantengo el ritmo lento hasta sentir que empieza a perder la cadencia de la respiración. Entonces me detengo. Deja escapar un sonido frustrado y yo me inclino para hablarle al oído:

—Yo decido cuándo recibes más.

Abrazo sus caderas con las manos, encajo mi cuerpo contra su espalda y durante un instante me limito a permanecer allí. El silencio anterior al primer compás forma parte de la música.

Me bajo la cremallera del pantalón sin tocarla. Dentro del dormitorio, el sonido parece mayor de lo que es. Me duele todo el cuerpo y, al mismo tiempo, siento esa calma cortante que aparece cuando comienza la ejecución.

Me coloco.

Paso el glande por su entrada, mojándolo, midiendo el estado de su cuerpo, confirmando que no necesitamos nada más de lo que ya tenemos. Le sujeto la muñeca con una mano, suavemente, como una pinza que señala mi presencia, y mantengo la otra firme sobre su cadera.

Entro.

Despacio al principio, hasta el fondo. Su cuerpo me recibe como si me reconociera de otra vida o de un sueño que se ha quedado esperando. Me detengo allí, profundo, y permanezco inmóvil. Respiro contra su nuca.

Siento que su piel responde con un escalofrío que atraviesa su espalda como una ola breve. Salgo dos centímetros y regreso. La vagina es un conducto muscular, y los músculos aprenden cuando reciben instrucciones claras. Yo doy instrucciones claras.

Aumento el ritmo centímetro a centímetro, como quien doma su propia voluntad con unas riendas cortas. El sonido que emiten los cuerpos cuando todo encaja es más eficaz que cualquier palabra. Ella empieza a perder el ritmo de la respiración; yo acompaso mis movimientos a esa pérdida de control.

La mano que le sujeta la muñeca asciende hasta mi marca favorita: la nuca. No para apretar, sino para contener. La otra guía su cadera y la inclina en un ángulo donde un milímetro de diferencia se convierte en un terremoto.

—Bien —digo, y la palabra sale más baja de lo que pretendía—. Aguanta.

Aguanta. Su cuerpo tiembla bajo el mío como una cuerda tensa. Oigo el primer gemido abierto, sin vergüenza. El sonido enciende todo lo que llevo guardando en un barril.

Podría haberla dejado correrse allí. No lo hago.

Alzo su cuerpo, me siento detrás y la llevo sobre mi regazo, con las manos sobre sus pechos y la boca en su cuello. El nuevo ángulo hace que mi longitud roce un punto que la desarma. Su «ah» se convierte en «Arthur» durante una exhalación que conozco y colecciono.

—Mira la ventana —murmuro mientras muerdo el borde de su oreja—. Toda la ciudad y tú aquí.

No es exhibicionismo. Es contexto.

Lleva los ojos hacia la ventana; el reflejo de nuestros contornos en el cristal negro devuelve una imagen que es mitad nosotros, mitad noche. Cuando su cuerpo empieza a palpitar a mi alrededor, retiro una mano de su pecho y la bajo; dedos sobre el clítoris, presión precisa, sin caridad.

El orgasmo llega como un chasquido que ha tardado en producirse y que, por ello, cobra intereses. Su cadera sufre dos, tres espasmos, un «Dios mío» que no es oración ni blasfemia, solo constatación.

Mantengo la cadencia hasta presenciar el final del clímax y entonces abandono el cálculo: entro por completo, fuerte, deprisa, con los músculos del abdomen ardiendo. Me corro dentro de ella con un sonido que no permito que nadie oiga, salvo quien merece saber en qué me convierto cuando dejo de fingir que no siento.

Permanecemos inmóviles durante unos segundos: piel contra piel, respiraciones desacompasadas que intentan ajustarse a un nuevo ritmo. Beso la base de su nuca, un gesto pequeño, privado. Salgo despacio. Ella aún tiembla en ondas amplias.

Tiro de la sábana hasta cubrirle las caderas y recorro el contorno de su clavícula con el índice, como quien firma al pie de la página. Voy al baño, me lavo las manos y traigo una toalla tibia. La limpio con calma, como prometí que haría siempre. Sin prisas. El cuidado forma parte del acuerdo, no es un adorno.

—¿Agua? —pregunto.

—Ajá —asiente sin abrir los ojos.

Coloco el vaso entre sus dedos y lo sostengo mientras bebe, como si yo fuera el marco de la puerta. Cuando termina, la tumbo de lado y me siento en el borde de la cama, con una mano en su cabello y la otra sobre su rodilla.

Su cuerpo todavía lleva mi marca en lugares que no se ven; me gusta. No para alardear, sino para recordar: ningún contrato sustituye lo que aprende la piel.

—Mañana, chófer a las seis y media. —Le doy el horario antes de ofrecer una opinión; costumbres—. Irás con él directamente al hospital. Antes, dile a la enfermera que llegaré a las nueve para revisar las primeras horas de tu abuela. —Hago una pausa—. No hace falta que estés presente —añado, solo para oír qué parte de ella protestará por no ser necesaria.

—Quiero estar —responde casi automáticamente.

—Entonces estarás. —Acepto y veo en sus ojos ese alivio imperceptible de quien disfruta sintiéndose útil. Lo utilizo con delicadeza—. La asesora de vestuario traerá el resto de lo que necesitas a las seis. Te lo probarás aquí y lo resolverás todo en una hora. —Ladeo la cabeza—. Sin discusiones inútiles. —La comisura de sus labios tiembla, como si fuera a decir «yo no discuto». No lo hace. Ha aprendido.

—Y… —Vacila—. Doña Dalva me ha preguntado si me quedaría con ella… por la noche. —Su sinceridad tiene la pésima costumbre de desarmarme sin avisar—. Le he dicho que me quedaré hasta que se duerma.

—Y te quedarás. —No soy estúpido; no le quito a una mujer la única ancla limpia que tiene durante el día y espero que me lo agradezca—. Pero después regresarás.

Asiente, y la sencillez del gesto me ofrece la medida exacta de cuánto hemos avanzado hoy: ayer habría sido una petición; hoy es una rutina.

Me levanto y cierro la cortina. Ella no lo pide, pero sé cuándo la luz se vuelve excesiva. Cojo el móvil del bolsillo. Me espera una serie de mensajes, todos alineados con lo que ya había decidido antes de venir: chófer fijo, vigilancia pasiva en el perímetro del edificio de doña Dalva, entrega de medicamentos reforzada con un recordatorio en mi teléfono y en el de la enfermera, ajuste de las reuniones de mañana para que mi horario matutino coincida con las horas de regreso de Alice. No dejo cabos sueltos.

—Duerme —digo mientras guardo el aparato—. Te exigiré entera a las seis.

Sonríe levemente con los ojos cerrados.

—Eso ya lo he oído.

—Y volverás a oírlo. —Le coloco un mechón de cabello detrás de la oreja—. Porque es verdad.

Salgo del dormitorio con la misma discreción con la que he entrado. Cierro la puerta sin llave. En el pasillo, el aire está un grado más frío. Mi apartamento siempre regresa a su temperatura base cuando nadie insiste en lo contrario.

Voy a mi despacho. Me siento. Abro el portátil.

Lo que siento no es euforia. La euforia es para aficionados. Lo que tengo es una especie de satisfacción silenciosa que me vuelve más atento, no menos. Ahora empieza la parte que realmente importa: convertir el documento en hábito y el hábito en permanencia.

Envío tres instrucciones.

1. **Hospital: toda solicitud relacionada con la asistente Alice Braga pasa primero por mi correo electrónico. Justificación: «agilidad de proyectos interdepartamentales». Realidad: filtro.**
2. **Transporte: ordenar a Jorge que varíe rutas, horarios y lugares de parada. No por paranoia teatral, sino por hábito defensivo. Quien nunca percibe un cambio de patrón es quien desea pasar inadvertido.**
3. **Perímetro: vigilancia rutinaria durante siete días en la calle de doña Dalva; observar el comportamiento, contacto cero. El usurero sabe que el dinero llegará. Quiero saber si sabe esperar.**

Abro el panel del teléfono que le he dado a Alice. Configuración mínima, nada intrusivo. Solo lo necesario: mi número como prioritario, llamadas de voz siempre permitidas, notificaciones restringidas para que no viva pendiente del aparato. No la necesito digital. La necesito presente.

Pienso en la ventana de su dormitorio y en cómo la ciudad devolvía nuestras sombras mientras la poseía. Pienso en la forma en que me mira al decir «yo también he venido». Es más que deseo. Es materia prima para una dependencia saludable, esa que no humilla ni rompe, que se limita a desplazar el eje hasta que el giro se vuelve inevitable.

No voy a apresurarme. El error de los hombres que «conquistan» consiste en consumirlo todo con el primer plato. Yo como despacio. Lo de hoy basta para grabar en su cuerpo la información que quiero que lleve bajo la ropa durante el día, delante de todo el mundo: perteneces.

Mañana actuaré en el hospital como siempre: profesional, impecable, impenetrable. Yo decido cuándo nos ve el mundo. Y el mundo no nos verá. Confidencialidad absoluta. La regla me protege y, por ironía, también la protege a ella de sí misma. El secreto es

una casa sin ventanas por las que pueda mirar el vecino, y ya he ofrecido suficientes ventanas por hoy.

Me recuesto, cierro los ojos un instante. Recuerdo la precisión de su cuerpo, cómo obedece cuando la orden es clara. Recuerdo también la sinceridad de la pregunta que no formula: «¿Hasta cuándo?». La respuesta me resulta indiferente. El plazo escrito es cosmético. Lo que importa es lo que se construye en el espacio entre una orden y el consentimiento.

Abro los ojos. Respondo dos correos irrelevantes porque la vida continúa incluso cuando la sangre aún palpita en las muñecas. Bebo agua. Me levanto.

Me detengo otra vez ante su puerta, sin llamar. Oigo su respiración al otro lado. Regular. Tranquila. Un pitido invisible señala que, por hoy, mi sistema ha funcionado.

Me voy a dormir.

Mañana despertará en mi apartamento y se pondrá una prenda que yo he elegido sin necesidad de elegirla por ella. Beberá café en una taza sin historia, pero con una función. Verá la ciudad por la ventana y recordará el cristal devolviendo nuestras sombras. Me encontrará en el pasillo y bajará los ojos una milésima antes de alzarlos. Esa milésima es mía.

Y yo, que he llegado hasta aquí impulsado por un hambre antigua, seguiré comiendo despacio. Porque nadie me arrebata lo que sé conservar. Y ahora, más que firmado, ya está instalado.

27.

ALICE BRAGA

Sé que son poco más de las cuatro y veinte sin necesidad de mirar el reloj. Rara vez duermo hasta más tarde porque necesito mucho tiempo para llegar al trabajo.

Querría decir que descubrir que puedo dormir más horas es el primer cambio, pero la cama en la que estoy tumbada parece hecha de nubes y el dormitorio respira con un ritmo que no es el mío.

Como si alguien hubiera entrenado el aire para moverse de la manera correcta. Abro los ojos y tardan un poco en adaptarse a la oscuridad casi completa del dormitorio. También me gustaría afirmar que tardo en comprender dónde estoy, pero no sería más que otra mentira.

Hasta el silencio que me rodea es distinto. Es un recordatorio. Silencio de apartamento grande, diferente al de lugares pequeños como el de doña Dalva, donde siempre hay un vecino tosiendo o una tubería quejándose. Aquí reina un silencio denso, como si hubieran ensayado el aire para no molestar.

Me quedo mirando las gruesas lamas de la persiana. Imagino que la luz debe atravesarlas en franjas perfectas, que debe caer sobre el suelo como si alguien hubiera medido con una regla incluso la claridad antes de entregar el día, mientras siento…

Siento el cuerpo dolorido, el calor residual de las horas anteriores y el frío de las sábanas a mi lado. Nunca había dormido en una cama lo bastante grande para que existiera en ella un lado frío porque nadie se hubiera acostado allí.

Siento que mi respiración cambia mientras mi mente estalla en silencio. Siento que cada certeza que tenía sobre mí misma rebota contra las paredes hasta disolverse en el aire, exactamente como el

viento del aparato de climatización, sin que pueda hacer nada para impedirlo ni siquiera escribir otras nuevas.

Menos mal que dispongo de tiempo, porque no me veo capaz de levantarme de esa cama durante la próxima hora. Estoy paralizada. Atrapada en mi propia cabeza. En mi presente. En mi absoluto desconocimiento de cómo será mi futuro.

Tantas preguntas… Y la conciencia de que he renunciado al derecho a obtener respuestas. ¿Y a cambio de qué…?

«Solo es un contrato, Alice —reflexiono en silencio—. No es un pacto con el diablo. Es un contrato con tu jefe. Un hombre al que conoces… y deseas».

Sí, lo deseo. Pero ¿lo conozco? Desde el segundo en que suelto aquella pluma, se ha apoderado de mí la extraña certeza de que la respuesta es no.

Vuelvo el cuello hacia el lado frío de la cama. La colcha aún conserva el pliegue exacto con el que la colocaron ayer, como si incluso a mi sueño le hubieran ordenado no deshacerla. Tengo la impresión de que, en algún momento, también se exigirá su obediencia.

El móvil negro está en la mesilla, donde lo dejé. Ayer, cuando Arthur me lo entrega, solo contiene un contacto. Hoy, al desbloquearlo, veo tres más: Miriam, Chófer, Recepción — Planta administrativa. También hay aplicaciones nuevas: Agenda, Notas, Tareas y redes sociales. Qué generoso… Me río en silencio, burlona.

Mi dedo se dirige solo al icono de Tareas, pero, antes de abrirlo, aparece un aviso: «Límite de uso diario alcanzado. Disponible de nuevo a las 06:00». Ni siquiera la he utilizado.

Vuelvo a reír, esta vez en voz alta. Una risa breve e incrédula. Alguien —él— ya ha decidido cuánto tiempo puedo utilizar cada aplicación.

Apago la pantalla y contemplo mi tenue reflejo. Ojeras profundas, rostro arrugado por el sueño. No necesito un espejo para saberlo. Y

me pregunto qué secuencia de pulsaciones lleva a alguien a limitar el teléfono de otra persona.

Me levanto. El suelo frío me arranca un escalofrío agradable. En el vestidor —un vestidor de verdad, sería imposible llamarlo armario—, la ropa cuelga como soldados en formación: perchas idénticas, espacios medidos entre ellas, colores organizados.

Todo es tan perfecto que resulta irritante. Elijo a propósito algo sencillo: pantalón negro, blusa blanca con un detalle en el hombro. Me recojo el cabello en una coleta baja. Me aplico máscara de pestañas. Bálsamo labial. Pienso en un pintalabios rojo, solo para ver el caos que provocaría, pero vuelvo a guardarlo.

En la mesilla, junto al móvil, hay una nota doblada escrita por él. «Come». Una orden breve que parece más un empujón en el estómago que un gesto de cuidado.

Y, aun así, como. No de pie en la cocina, apoyada contra la encimera como había imaginado. Por supuesto que no. Encuentro la mesa dispuesta para una persona en el comedor. No hay ningún empleado a la vista y, sin embargo, el vapor del café con leche asciende en espiral desde la taza. Dulce exactamente como me gusta.

No faltan opciones, pero no toco nada aparte de pan con mantequilla. Intento hacer ruido con el plato solo para ver si aparece alguien. No ocurre. A las seis y veintinueve, el interfono se ilumina.

Llevo la vajilla sucia hasta el fregadero porque resulta demasiado extraño abandonarla allí. Todavía no sé dónde se guarda el resto ni he tenido tiempo para aprenderlo. Pero todo el mundo sabe que los platos sucios se dejan en el fregadero. Eso es lo que hago.

Apago una luz que yo no había encendido y cojo mi bolso nuevo y reluciente y el móvil. El ascensor está allí con las puertas abiertas, como si me hubiera estado esperando.

El portero me desea buenos días con una sonrisa educada. El coche negro está en la plaza más cercana; el chófer —no Jorge, sino

el otro, el de ayer— sale para abrir la puerta.

—Buenos días, señorita Alice.

—Buenos días… —Dejo la frase suspendida.

—Dênis.

—Ahora estamos en paz. Buenos días, Dênis.

Entro.

—¿Al hospital?

—Al hospital. Después, al mismo edificio al que fuimos ayer.

Asiente y seguimos una ruta que no conozco. Nunca había estado en casa de Arthur hasta la noche anterior y puedo contar con los dedos las veces que he pisado ese barrio. No está hecho para bolsillos poco profundos como el mío.

Dênis pasa por detrás de una plaza y evita un semáforo cerrado. Veo el sol reflejarse en la ventanilla de un autobús y recuerdo cuando necesitaba tomar dos para llegar al trabajo. Dos vidas atrás. O tres. O ayer.

En el hospital, el olor de siempre: desinfectante, café aguado, metal.

Subo a la planta administrativa. Fátima está en el escritorio frente al despacho de Arthur y escribe con unas uñas rojas que repiquetean sobre las teclas. Resulta extraño cómo un día puede nacer distinto, sentirse distinto y, aun así, parecer exactamente igual a todos los anteriores.

—Buenos días, Alice —me saluda, y le devuelvo una pequeña sonrisa.

—Buenos días. ¿Todo bien?

—Cansada. Maria Alice ha pasado una mala noche —comenta—. Apenas he dormido.

Es su perrita.

—¿Pero está bien?

—Sí, solo que parece una aspiradora: se ha tragado algo que no debía, pero ya lo ha echado y está estupenda. La que no está bien soy yo. Pasarme todo el día sin dormir será complicado, pero habrá que tener paciencia, ¿no?

Tuerzo apenas los labios, un poco divertida.

—Sí… paciencia. —Me humedezco los labios—. ¿Ha llegado el presupuesto de Ortopedia?

—Ha llegado… torcido. —Sonríe de lado.

Yo también sonrío.

—¿Me lo envías, por favor?

—Ya está en tu correo. —Baja la voz como quien comparte un secreto de pasillo—. ¿Debo esperar alguna sorpresa hoy? —pregunta, y niego con la cabeza.

En algún momento de las últimas semanas eso ha empezado a ocurrir. Durante los primeros días después de mi ascenso, me preocupa que Fátima pueda guardarme resentimiento; al fin y al cabo, ella es la secretaria de Arthur.

Pero pronto demuestra ser una preocupación completamente innecesaria. Arthur nunca había delegado en nadie la mayor parte del trabajo que yo hago ahora; lo realizaba él mismo. Y, al sumarme al equipo, ella acaba recibiendo un escudo contra el humor casi siempre encantador de nuestro jefe.

—Creo que no.

Niego con la cabeza y arrugo ligeramente la nariz. Estoy segura de que no tendré el mismo privilegio. ¿Por qué resulta todo tan extraño? Parece que una docena de mariposas comparte espacio con una serpiente inquieta dentro de mi estómago.

En mi rincón enciendo el ordenador y abro la agenda. Lo bueno de trabajar allí es que todo funciona. Reviso el orden del día, separo los anexos y envío dos correos al departamento jurídico.

A las ocho y cuarenta ya estoy de nuevo en el coche.

En el edificio de doña Dalva, el olor a «flores blancas» me recibe antes de que Miriam abra la puerta.

—Nerviosa, pero bien —dice en cuanto abro la boca para preguntar—. Está despierta desde muy temprano.

Entro en el dormitorio y encuentro a mi viejecita con una manta azul sobre las rodillas y un pañuelo cuidadosamente anudado en la cabeza.

—Hija mía. —Extiende la mano.

Apoyo la frente contra la suya durante un segundo. Ese olor: la crema que utiliza desde siempre, el jabón nuevo, algo de casa recién estrenada que aún huele a tienda y una pizca de la paz que tanto necesito.

—¿No te dije que vendría temprano?

—Sí. —Me aprieta la mano—. Y te creí.

Me río y me siento en el borde de la cama.

—¿Cómo has pasado la noche?

—Como una reina —bromea, señalando el timbre junto a la cama —. Hasta tengo una campanilla. —Y le guiña un ojo a Miriam, cómplice.

—Es un sistema de llamada, doña Dalva —corrige la enfermera con dulzura—. Las campanillas son medievales.

—A mí me gusta lo medieval —replica, y su pequeño gesto de humor vuelve a desarmarme.

Suena el timbre de la puerta y Miriam me mira. Asiento, el corazón me da un vuelco y, cinco pasos después, Arthur aparece en la puerta del dormitorio.

Me muerdo el labio y aparto la mirada durante un segundo. Él no entra en un lugar, lo ocupa. No es brusquedad, sino… gravedad. No

sonríe, pero tiene una forma de inclinar la cabeza que casi equivale a un buenos días.

Lleva la camisa blanca remangada hasta los antebrazos y en la muñeca el reloj de siempre, que parece decir «yo marco el tiempo, no al contrario». No hay ninguna bata a la vista. Habla en voz baja.

—Doña Dalva. —Parece pronunciar su nombre con respeto, y yo lo guardo—. ¿Me permite?

Ella asiente y él le apoya dos dedos en el pulso, comprueba la frecuencia con el reloj y observa su respiración. Los gestos son tan sencillos que casi pasan inadvertidos. Casi.

—¿Mareo? ¿Dolor en el pecho? ¿Le falta el aire? —pregunta con la cadencia de quien sabe repetir las mismas preguntas hasta que se responden solas.

—Solo echo de menos mi casa —responde con sinceridad, y él mueve la cabeza en un gesto casi imperceptible que, en cualquier otra persona, sería una sonrisa.

—Eso tiene tratamiento —dice. Y, durante un instante, lo creo.

Se vuelve hacia Miriam, que, después de revisar la carpeta, empieza a informar. Arthur escucha, señala una cosa u otra, ajusta una dosis y cambia el orden de un medicamento.

La conversación es técnica y tibia, como el agua que dejamos caer sobre la piel para acostumbrarnos a la temperatura de la ducha. Observo en silencio, no como asistente, sino como alguien que busca alguna prueba de humanidad en un hombre que ha convertido mi cuerpo en un mapa trazado con regla y mi vida en una posesión con contrato y todo.

Cuando termina la consulta, se inclina un centímetro hacia el cabecero y arregla la punta de la manta azul a los pies de la cama. La punta. No hace falta. Es una línea de tela que no calienta más ni menos la espinilla de doña Dalva. Pero su mano pasa, tira de ella, la asienta y permanece un segundo más.

No es estética. Es cuidado.

La garganta se me oprime sin permiso. Él no advierte que lo he visto. O lo advierte y me concede ese segundo de gracia. Me aferro a él como quien se sujeta al borde de una piscina cuando le falta el aire. Guardo la escena en un lugar donde no hay nadie.

—Ante cualquier cambio, llámeme —le dice a Miriam—. Cualquiera. No espere.

—Sí, doctor.

—Y usted —vuelve hacia doña Dalva—, levántese solo con ayuda. —Entonces utiliza la voz que no admite ningún «pero»—. Es una orden.

—Pero, muchacho… —empieza, aunque el «muchacho» se queda corto, porque sabe escuchar cuando alguien dice «es por su bien».

Entonces se vuelve hacia mí sin tocarme.

—Ven.

La palabra golpea mi cuerpo de un modo conocido. Sale de la habitación y tardo dos segundos en comprender que ha llegado el momento de despedirme. Doña Dalva es más rápida que yo.

—Le gustas —dice como quien habla del tiempo.

—Le gusta que todo funcione —respondo en voz baja.

—Una cosa no impide la otra. —Me guiña un ojo y yo me río, porque, por supuesto, seguirá dándome trabajo incluso mientras me ofrece consuelo—. ¿Por qué iba un hombre importante como él a interesarse en cuidar personalmente a una vieja como yo? —pregunta y, salvo por la parte de «vieja como yo», me hago la misma pregunta.

¿Por qué?

Arthur no tenía que venir en persona. No tenía que ser cordial. No tenía que arreglar la manta.

—Y es más guapo de lo que dijiste. —El comentario me arranca de mis pensamientos y siento que el rostro me arde al instante.

Miro hacia la puerta y, por supuesto, Arthur todavía está en el pasillo, de espaldas, pero escuchando; no me cabe ninguna duda.

—Yo… Eh… —Aprieto los ojos y niego con la cabeza—. ¡Usted es terrible! —la acuso, y le beso la frente.

Me despido, prometo volver por la noche y dejo el timbre al alcance de doña Dalva.

Arthur está apoyado en la pared del pasillo, con los brazos cruzados y la postura de quien sabe que no necesita hablar para ser escuchado. En cuanto me acerco, se endereza y empieza a caminar, como si yo ya supiera que debo seguirlo.

En el ascensor no dice nada. El espejo nos refleja: yo, intentando parecer entera, y él, pareciendo demasiado entero. Cuando las puertas se abren en la planta baja, seguimos hasta el coche.

Dentro, el chófer pone el motor en marcha sin mirar atrás. Arthur apoya el puño sobre la rodilla, con el reloj marcando una hora que solo le importa a él.

—Has comido —dice, sin interrogación ni elogio.

—He comido.

—Perfecto.

Quiero decirle que he comido porque había una nota. Que he sentido la mantequilla derritiéndose sobre el pan como quien recibe permiso para existir. Que he odiado y amado la nota en la misma medida. Permanezco en silencio.

—Necesito tu horario de la universidad —avisa, y abro la boca para preguntar por qué, solo para comprender, un segundo antes de hablar, que no explicármelo ha sido una elección deliberada.

Cierro la boca.

—¿Tengo permiso para hacer preguntas? —pregunto frunciendo el ceño, consciente de que no necesito aclarar que hablo de nuestra nueva… relación.

Arthur se limita a volver el rostro hacia mí.

—Siempre.

—¿Y vas a responderlas?

Sonríe, aparentemente satisfecho. Me muerdo el labio.

—Solo si son las correctas.

—Entonces, si son incorrectas, ¿te quedarás en silencio?

Se limita a arquear una ceja. Quiero poner los ojos en blanco. ¿Me castigará? Es una pregunta que debería haber formulado antes de estampar mi firma en el contrato, ¿verdad? Pero, entre usureros, las facturas de la universidad y doña Dalva necesitando ayuda, resulta difícil acordarme de todo.

—De acuerdo —murmuro, apretando el bolso contra el cuerpo—. ¿Debo esperar que Dênis me recoja en la universidad?

—Sí —responde—. Más ventajas de tu puesto. —Esta vez ofrece una justificación y cumple la promesa de ser responsable, a partir de ahora, de las mentiras que yo necesite contar—. Te llevará a casa de doña Dalva, te quedarás hasta que se duerma y después regresarás a casa, salvo que yo diga lo contrario.

Asiento y Arthur aparta la mirada para concentrarse en el móvil mientras sigue hablándome.

—Quiero que cenes antes de ir a la universidad todos los días. Si no tienes clase, la cena se servirá en casa a las nueve, sin retrasos.

Vuelvo a asentir.

—Y te estoy enviando un número —avisa al mismo tiempo que siento vibrar el móvil dentro del bolso—. Quiero que pidas cita hoy. Sal antes para ir.

—¿Una cita? —repito, confundida porque tenga que solicitarla yo misma, por absurdo que parezca—. Me hicieron un chequeo hace menos de dos meses, cuando me ascendieron. Recursos Humanos dijo que…

—Sé que te hicieron un chequeo y sé lo que dijo Recursos Humanos, Alice —me interrumpe—. Pero las circunstancias han cambiado desde entonces, ¿verdad? —Vuelve a fijar los ojos en los míos y, de repente, todo mi cuerpo arde. La forma en que pronuncia esas palabras y la intensidad de su mirada me distraen tanto que nada podría haberme preparado para su siguiente pregunta—: ¿Cuándo empieza tu próximo ciclo?

Parpadeo y me pongo roja de inmediato.

—¿M-mi c-ciclo?

Silencio. Perfecto. Esa era la pregunta equivocada.

Exhalo despacio por la boca.

—No lo sé. Es… irregular. Una secuela de la anemia —admito.

—Eso imaginaba.

—Habla con la doctora Beatriz sobre tus opciones y elige la que te haga sentir más cómoda. Sin embargo, es probable que te recomiende una que suspenda el sangrado de forma continua mientras utilices el anticonceptivo. Tus análisis están bien, pero nunca está de más tomar precauciones y, en tu caso, preservar el hierro siempre es una buena idea.

—¿Mis análisis? ¿Cuándo…? ¿Cuándo has visto mis análisis?

Silencio. Vuelvo a exhalar, esta vez por la nariz y de forma audible.

—Creo que no me gusta eso de las preguntas correctas.

Arthur se ríe. Una risa pequeña y breve, más sincera. Apoya dos dedos bajo mi barbilla y alinea mi rostro con el suyo.

—A mí sí —responde lacónico, y no tengo ni idea de cómo lo consigue, pero siento que mi cuerpo se inclina hacia el suyo.

Lo permite. También se inclina y roza nuestros labios con la mayor sutileza posible. Cierro los ojos esperando más. Él retrocede y su pulgar acaricia mi labio inferior. Ahora tiene una expresión seria.

—Quiero saber qué has decidido en cuanto salgas de la consulta —avisa, y el coche se detiene.

Desvío los ojos hacia la ventanilla y solo entonces comprendo que ya estamos en el aparcamiento subterráneo del hospital.

Asiento, algo aturdida. La presencia de Arthur siempre ha sido embriagadora, por decirlo suavemente, pero ahora que… hablamos de algo más que agendas y presupuestos parece todavía peor. Ni siquiera he advertido el paso del tiempo. ¿Cuánto hemos tardado? ¿Quince minutos desde el piso de doña Dalva hasta aquí?

Arthur vuelve a mirar al frente, como si hubiera permanecido exactamente así durante todo el trayecto, y Dênis abre la puerta. Él baja y después me indica que haga lo mismo.

En cuanto pongo un pie fuera del coche, la rutina me engulle y lo agradezco. Las horas corren a velocidad de hospital: despacho correos, corrijo el presupuesto torcido de Ortopedia, reclamo al departamento jurídico y cierro la agenda de la junta directiva sin dejar huecos.

Todo en piloto automático, aunque mi mente regresa al pañuelo azul y a la sonrisa de doña Dalva. Y, por supuesto, al rubor que siento cuando afirma que Arthur es más guapo de lo que le había contado.

A las 13:42 vibra el móvil: «Come». Nada más. Contemplo la palabra como quien observa a un pájaro posarse y volver a alzar el vuelo. Ya había comido cinco minutos antes. Escribo «Vale», pero lo borro antes de enviarlo. Yo también puedo guardarme algunas respuestas si quiero.

Rafael aparece pasadas las dos, apoyado en el marco de la puerta como un adolescente consciente de su atractivo.

—Eh, Braga. —Siempre pronuncia mi apellido como si fuera el nombre de un equipo—. ¿Está en orden la agenda del jefe infernal?

—Siempre.

No lo miro porque, si lo hago, intentará leer cosas que no tiene derecho a leer.

—¿Cómo ha ido la mudanza? ¿Ya estás debidamente instalada?

Lo lanza como quien arroja el envoltorio de un caramelo a la papelera sin apuntar. Abro la boca, un poco perpleja. ¿Rafael… lo sabe? Por supuesto que lo sabe. Por supuesto que la cláusula de confidencialidad se aplica a mí, pero no a Arthur.

—Sí —respondo con las mejillas encendidas, porque ¿qué otra cosa podría decir?

—Si en algún momento necesitas cambiar de aires, tienes mi dirección. —Me guiña un ojo—. Bueno, Arthur la tiene. Pero tú puedes acceder a sus contactos, así que es lo mismo.

Se ríe y se encoge de hombros.

Estoy a punto de responder algo que ni siquiera sé qué es cuando Arthur aparece detrás de Rafael.

—El orden del día, Rafael. —Arthur no me mira—. Y deja de molestar a mi asistente.

—Entendido, capitán. —Vuelve a reír y acompaña a mi jefe; los dos entran en el despacho y yo me quedo fuera.

28.

ARTHUR MENDONÇA

El ruido de la ciudad es apenas un zumbido lejano detrás del doble acristalamiento. En el despacho hay poca luz, procedente de una lámpara de pantalla recta situada en un rincón, que crea un círculo perfecto sobre la mesa.

Los informes ocupan la mitad de la superficie y la otra mitad está despejada, por costumbre, no por azar. Mi ordenador está abierto y muestra una hoja de cálculo con las previsiones de costes para el próximo trimestre. Compruebo cada cifra como quien mide la tensión de un cable antes de soltar la carga.

Aun así, en cuanto la alerta parpadea en una esquina de la pantalla, mis ojos se desvían hacia ella porque la estaba esperando.

Un mensaje breve, blanco sobre negro:

Puerta principal: abierta.

No existe una hora inadecuada para una alerta así. En mi territorio se registra cada entrada y cada registro exige una respuesta.

No cierro la hoja de cálculo. Me limito a mover el cursor para abrir la cámara del recibidor. La imagen en directo aparece en menos de un segundo.

Su cabello sigue recogido exactamente como cuando sale del hospital, aunque cada centímetro de su pequeño cuerpo parece ahora mucho más agotado.

El bolso nuevo le cuelga del hombro mientras sus ojos recorren el entorno como si intentaran memorizar un mapa invisible. No es pura vacilación; hay curiosidad y cierta cautela en cada paso.

Alice cierra la puerta detrás de sí y permanece allí un instante, el tiempo suficiente para que advierta cómo inspira, como si quisiera

percibir el aire antes de avanzar.

Pulso un botón y se activa el sonido ambiental. Ningún ruido aparte del cierre al encajar. No me levanto. Observo.

Cruza el recibidor y los sensores siguen su desplazamiento: dos puntos del mapa del sistema parpadean a medida que pasa. No hay empleados a la vista, también por elección mía. Quiero ver cómo se mueve sin público.

En el límite del campo de visión de la cámara se detiene. Mira a la izquierda, hacia el salón. Un segundo. Dos. Después continúa por el pasillo que conduce a su dormitorio. El sistema confirma: puerta del dormitorio de invitados, abierta.

Cierro la ventana de la cámara. No necesito ver nada más. Cojo el teléfono negro de la mesa y escribo un único mensaje:

«En mi dormitorio dentro de treinta minutos».

El aviso de lectura llega deprisa, pero no hay respuesta escrita. Sonrío levemente, un reflejo breve, más cálculo que emoción, y regreso a la hoja de cálculo.

Tendré tiempo para interactuar con ella cuando quiera. Por ahora, saber que está donde debe es suficiente, así que termino las comprobaciones. Tardo exactamente veinticinco minutos, pero antes de levantarme vuelvo a abrir la cámara.

Alice ya ha salido de su dormitorio, pero, en lugar de recorrer las dos puertas que la separan del mío y llamar, avanza por el pasillo y baja las escaleras. Va a llegar tarde. Me humedezco los labios, cierro la ventana y salgo del despacho.

La encuentro en la cocina. La luz está encendida y la puerta de la nevera, abierta. Sostiene un vaso de cristal y tiene la expresión de quien no busca nada concreto.

Me apoyo en el marco sin anunciarme y espero a que advierta mi presencia. Cuando lo hace, su cuerpo reacciona antes que el rostro:

un sobresalto mínimo en los hombros seguido por el lento giro de la cabeza.

—Hola —dice parpadeando.

—Pensé que llegarías más tarde.

Se vuelve y aprieta el vaso contra el cuerpo.

—Se ha dormido pronto. Siempre pensé que a doña Dalva le gustaba acostarse tarde para ver la telenovela, pero empiezo a preguntarme si no la veía para esperarme porque le preocupaba que estuviera en la calle.

—¿Y ahora ya no se preocupa?

—Creo que menos. Sabe que vivo en este barrio. Se lo he contado.

Asiento. Un silencio breve, pero denso. No resulta incómodo. Es… observación.

El camisón negro que lleva es nuevo, pero la forma de moverse de Alice no tiene nada de «nuevo». Es la misma que me intriga, que la sitúa en mi mapa, que me hace reparar en la nueva recepcionista.

Habla conmigo, pero la nevera sigue abierta y empieza a pitar. Alice da un pequeño salto hacia atrás, sobresaltada.

—¡Jesús! —exclama.

—¿Buscas algo concreto o eres de las que abren la nevera para pensar? —pregunto con más seriedad de la que exige la situación.

Cierra la puerta.

—Agua. Nada más.

Cruzo la cocina, cojo un vaso de la vitrina y lo presiono contra el dispensador de la puerta de la nevera que Alice no había abierto. El agua llena el vaso y se lo ofrezco.

—Aquí no necesitas abrir la nevera. Solo tienes que servirte desde la puerta.

—Ah —dice, genuinamente sorprendida, con las cejas arqueadas.

Acepta el vaso y bebe despacio.

—¿Cómo ha ido su día? —pregunto.

—Bien. Ha preguntado por ti.

La información llega como un dato clínico, pero hay algo en su tono… algo que hace que mi atención se concentre más en su rostro que en la respuesta.

—¿Y qué le has dicho?

Apoya el vaso en el fregadero, pero no me mira.

—Que estás bien cuando todo funciona —se aventura a provocarme con una sonrisa de lado oculta tras el vaso de agua.

Me acerco. El suelo frío amortigua mis pasos.

—Incorrecto. —Espero hasta que levanta la mirada—. Me gusta tenerlo todo bajo control.

—¿Y cuál es la diferencia? —me desafía, inclinando la cabeza un poco más hacia atrás.

Sonrío levemente.

—Quién manda.

Durante un instante sostiene mi mirada y no hay cocina, no hay hora, no existe nada aparte del desafío implícito. Entonces vuelve el rostro y huye, y una comisura de mis labios se eleva un milímetro. Buena chica.

Alice se muerde el labio y sus ojos se fijan en algún punto. Sigo la dirección de su atención y encuentro una tarta que alguien ha dejado allí. El deseo se refleja en su rostro con tal intensidad que casi resulta gracioso.

—¿Tienes hambre? —pregunto, recuperando su atención.

Parpadea, abre la boca, no dice nada y vuelve a cerrarla. Mira otra vez la tarta.

—He cenado temprano, pero no es hambre. Es solo que… es tan bonita. Y todavía está entera. ¿Por qué está entera? ¿No te gusta la tarta?

Las tartas me resultan indiferentes. De hecho, es la primera vez en años que veo una en mi casa. Me inclino, paso junto a ella y abro el armario. Cojo un plato y lo dejo sobre la encimera, pero no sirvo nada.

—Si quieres tarta, come, Alice —digo, repitiendo el tono de la nota de esta mañana.

—¿Puedo?

Me muerdo la punta de la lengua mientras la observo. Me gusta el control. Me gusta la obediencia. Pero no alcanzaré el nivel que deseo de ninguna de las dos cosas si pasa el resto de ese año, que acaba de empezar, comportándose como una invitada.

Los invitados están acostumbrados a que se les concedan cosas. Esa clase de sumisión no me sirve.

Compartir mi casa me resulta extraño. Solo lo he hecho una vez, en circunstancias completamente distintas y mucho tiempo atrás. Pero es un medio para alcanzar un fin. Un fin que merecerá la pena. Si soy sincero, ya la está mereciendo.

—Vives aquí, Alice. Si quieres comerte un trozo de tarta, hazlo.

Ladea la cabeza.

—¿Qué más puedo hacer?

—Todo lo que no infrinja las normas ya establecidas. Si considero necesario establecer otras nuevas, se te informará.

Inclina la cabeza hacia el otro lado mientras una expresión pensativa se adueña de su rostro.

—¿Puedo pasearme desnuda por la casa? —pregunta de pronto, como si se hubiera limitado a lanzar al aire la idea más absurda que ha conseguido imaginar y quizá sea exactamente eso lo ocurrido.

No le ofrezco reacción alguna.

—No. Infringiría la cláusula de exclusividad. Hay cámaras y vigilancia las veinticuatro horas, lo que significa que otros ojos además de los míos podrían verte.

Abre los ojos de par en par y después inclina la cabeza hacia el techo.

—Están bien escondidas. No las encontrarás —advierto.

—¿Y no te pareció buena idea avisarme?

No respondo.

—¿Por qué hay cámaras? —prueba con otra pregunta, todavía mirando al techo como si de repente estuviera rodeada de lentes invisibles.

—Porque todo lo que ocurre aquí me concierne —respondo con sencillez, observando cómo se muerde una comisura de los labios mientras intenta decidir si eso la irrita o la intriga.

Alice coge el plato y corta un trozo de tarta sin prisa, como si me pusiera a prueba con cada movimiento. Se lleva el tenedor a la boca y muerde despacio.

—Mmm… —suspira, cerrando los ojos durante un segundo—. Ha merecido la pena.

Saca la lengua y limpia el resto de cobertura en la comisura de sus labios, y yo observo como si fuera un gesto obsceno. ¿Qué le ocurre a mi cerebro cuando se trata de esa chica?

Aprovecho el silencio posterior para cambiar de tema.

—¿Cómo ha ido la consulta?

Mastica, traga y bebe un sorbo de agua antes de responder.

—Ha sido tranquila… —empieza, apoyando un brazo en la encimera—. La doctora Beatriz me ha explicado tres opciones distintas y ha respondido mis preguntas. Al final he elegido el implante. Es más práctico, dura más tiempo y no tengo que

preocuparme cada mes. Ha dicho que probablemente… —hace una pausa— mi menstruación deje de venir por completo, porque ya era irregular. También ha dicho que, como no estoy al principio del ciclo, tengo que esperar siete días para garantizar la eficacia —explica y aparta la mirada.

—Y no enviaste el mensaje para decirme qué habías elegido. —Cruzo los brazos con firmeza—. Pensé en preguntarte si habías perdido el teléfono, pero no es el caso. Recibiste el mensaje para acudir a mi dormitorio y lo cumpliste.

El tenedor se detiene a medio camino de su boca.

—Yo… lo he olvidado.

Ladeo la cabeza y la analizo. Es verdad. No está mintiendo. Pero aun así…

—Entonces memorízalo —digo en voz baja—. Cuando te dé una orden, cúmplela. No cuando la recuerdes. No cuando te venga bien. Siempre.

El rubor asciende por sus mejillas, pero no es simple vergüenza. Hay algo de excitación. Y ese es el segundo problema con Alice Braga. El que, muy probablemente, nos ha conducido hasta este momento. A mí me gusta mandar; a ella no solo le gusta obedecer, sino que mis órdenes la excitan.

No siempre es consciente de sus propias reacciones. La mayoría de las veces, no. Pero yo sí. De cada una de ellas. Corta otro pedazo de tarta, esta vez más despacio.

—Entendido —dice sin mirarme.

El aire entre nosotros cambia. Ya no es solo una conversación, sino una cuerda de la que ambos tiramos. Mastica con calma, pero sus ojos se desvían hacia mí y la comisura de sus labios amenaza con una sonrisa contenida.

Cuando termina, señalo la puerta con la barbilla en un gesto breve.

—Vamos.

—Tengo que lavar el plato.

No respondo. Me limito a arquear una ceja, me vuelvo y salgo de la cocina. Unos segundos después oigo el tenedor al caer sobre el plato y sus pasos detrás de mí.

En el dormitorio cierro la puerta tras nosotros.

—Llegas tarde.

Parpadea, sorprendida.

—¿Cómo que llego tarde?

—Te dije que estuvieras en mi dormitorio dentro de treinta minutos. —Miro el reloj de la mesilla—. Han pasado cuarenta y cinco.

—Pero… pero… —balbucea—. Estaba contigo.

Doy un paso hacia ella y dejo que la sombra de mi presencia la cubra.

—¿Cuál es la regla número uno, Alice? —La punta de mis dedos roza su barbilla y la eleva.

Se humedece los labios y después jadea ligeramente.

—Yo… Yo… ¿Qué ocurre cuando desobedezco?

Sonrío sin prisa y siento que la respuesta pesa en el aire.

—Estás a punto de descubrirlo. —Mi voz desciende un tono—. Empieza por quitarte el camisón y ponerte de rodillas.

29.

ALICE BRAGA

El borde del camisón se desliza por mis brazos como quien renuncia a protegerme. El aire no se vuelve más frío; soy yo quien adquiere mayor conciencia del frío. Me arrodillo en el centro de la alfombra, con los pies juntos y la espalda recta. El camisón cae junto al sillón, una marca de rendición tan trivial que me avergüenza durante un segundo.

No me toca. Su silencio posee un espesor propio, de esos que hacen que el cuerpo obedezca antes de que la mente comprenda. Miro al frente, no hacia él. Ya he aprendido que, en el vocabulario de Arthur, alzar los ojos sin que lo ordene es hablar fuera de turno.

—¿Sabes por qué llegar tarde es un problema, Alice? —Su voz llega detrás de mí, baja, limpia, sin prisa.

—¿Porque no te gusta esperar? —me aventuro, y el rubor asciende. Sé que «porque no te gusta» es una respuesta menor, de esas que sirven para el mundo pero no para él.

—No me gusta. —Su paso desplaza el aire junto a mi nuca—. Pero en tu caso es otra cosa. Cuando llegas tarde, decides cuál de mis órdenes vale más. Me dices que tu lógica pesa más que la mía.

El contacto no llega. Lo que llega es el soplo de su voz junto a mi oreja:

—¿De quién son las reglas?

—Tuyas.

—¿Y de quién es la responsabilidad de cumplirlas?

—Mía.

—Perfecto. —Me rodea y se detiene delante. No se agacha para ponerse a mi altura; deja que sienta el peso de la diferencia—. Parte

de tu corrección consiste en sentir. Parte, en asociar. Hoy harás ambas cosas.

Quiero decirle que estaba con él; que perder la noción del tiempo en una cocina no es desobediencia, sino… vida. Me lo trago. De todos modos, la justificación moriría antes de nacer.

—Manos al suelo. No me mires hasta que te lo diga. —Gramática, no brusquedad.

Apoyo las palmas sobre la alfombra. El tejido raspa ligeramente y recuerda a mis rodillas que allí no hay almohadones. El cuerpo comprende la postura como quien reconoce una coreografía nueva. Su olor se vuelve más nítido: madera limpia, cuero y algo cálido que no procede de ningún perfume.

—Suelta el aire —ordena sin tocarme.

Obedezco. Solo mi respiración se convierte en ruido.

—Has llegado quince minutos tarde —informa como quien lee un informe—. Trabajaremos cada uno de ellos.

Su mano se posa en la curva de mi zona lumbar: caliente, firme, inmóvil. Contengo el aliento esperando el impacto. No llega. Lo que llega es la retirada de la mano, el vacío donde antes había peso.

—Minuto uno.

El «uno» resulta más fuerte que cualquier azote. La cuenta, no la fuerza. Es el recordatorio de que el tiempo le pertenece.

Sus dedos recorren la cara interna de mi muslo, desde arriba hasta casi la rodilla, sin prisa. Contengo el impulso automático de cerrar las piernas. No necesita ordenarme que las abra más. Mi cuerpo ya comprende el idioma.

—Minuto dos.

Silencio. Pasos lentos. Las mangas remangadas hasta los antebrazos, la hebilla del reloj lanzando un destello rápido. Soy la paciente que sabe qué hará el médico y, aun así, se sobresalta ante el bisturí.

—Minuto tres —dice detrás de mí, y la punta de sus dedos atrapa un mechón de mi cabello para colocarlo detrás de la oreja. Preciso, sin ternura, sin prisa.

—Todavía llevas las bragas —susurra junto a mi oído—. Quítatelas.

El encaje desciende por mis muslos y rodillas hasta convertirse en un aro de tela sobre la alfombra. Mis manos quedan suspendidas en el aire durante un segundo, inseguras, vacías. No me atrevo a moverlas sin una orden.

Espera a que sienta lo ridículo de no saber dónde colocarlas.

—Las manos en la cama.

Gateo dos palmos hasta alcanzar el borde. La colcha está fría; mis dedos se hielan al instante. A mi espalda, silencio. El silencio forma parte del método. El silencio enseña más que los gritos.

—Minuto cuatro.

El contacto de toda su palma abierta llega sobre mi nalga derecha. No es violencia, sino instalación. La piel se calienta bajo su mano. El cuerpo se prepara. La mente aprende.

—Cuenta —dice.

—U-uno.

El segundo llega al otro lado, idéntico, con el mismo ritmo. Alterna uno, otro, uno, otro, variando poco, como un metrónomo.

—Dos. Tres. Cuatro…

En algún punto entre el ocho y el diez, la piel arde. Nada que duela de verdad. Lo suficiente para abrasar el lugar de la memoria. Cuando mi voz falla en el diecisiete, no subraya la victoria ni siente lástima.

—Vuelve a empezar.

Vuelvo a empezar. Cuento. Cuando llego a veinte, su mano no golpea. Acaricia. Presiona despacio y extiende el calor. Un cuidado

que me confunde, que no encaja en el relato de un castigo. La confusión es una herramienta suya.

—Levántate —ordena.

Apoyo los dedos en la alfombra para alzar el torso. Me gira por los hombros con una mano firme y coloca mi cuerpo entre sus piernas; está sentado en una silla que antes no se encontraba allí. No lo he oído traerla, y eso es peor: controla incluso lo que pasa inadvertido.

—En mi regazo. —Me siento frente a él—. Aquí aprendes.

Sus manos me sujetan por la cintura. Su mirada es hormigón. No parpadea más de lo necesario.

—Hoy utilizarás la boca como yo quiero. Aprenderás el ritmo, la presión, el gesto. No es un favor, sino un método. —Su voz desciende medio tono—. ¿La palabra?

—Rojo —respondo entera—. Si lo necesito, hablaré.

—Habla. —Su pulgar roza mi labio inferior y arrastra ligeramente —. Mientras no lo hagas, cumples.

Se desabrocha el cinturón. El sonido de la hebilla es un corte de metal en la media luz. No aparto la mirada. Me obligo a no hacerlo.

—Las manos sobre mis rodillas —indica—. Hombros abajo. Cuello relajado. Respira por la nariz.

La cremallera desciende despacio. No es exhibicionismo. Es control del tiempo: el suyo y el mío. Siento las manos calientes sobre sus rodillas y, al mismo tiempo, un frío ligero que recorre la piel de mis brazos.

Se sujeta la base con una mano y se libera sin prisa. Su cuerpo caliente; el mío, alerta. Mi mente pide rapidez. No se la doy.

—Mírame —dice, y lo hago—. Sin prisa. Abre la boca solo lo suficiente para sellar. Sin dientes. Labios firmes. La lengua debajo, sosteniendo, no empujando.

Acerco el rostro. Su olor llega entero, sin filtros. Primero apoyo la punta de la lengua, como quien toca el agua con un dedo. Me sujeta la barbilla con firmeza y calibra el ángulo.

—Así —me guía—. Sella.

Cierro la boca a su alrededor despacio. Mis labios lo rodean y mi lengua sirve de lecho cálido. Su peso sobre ella hace que cierre los ojos por reflejo. Su mano se cierra brevemente sobre mi cabello y me sostiene.

—Los ojos en mí —recuerda, y los abro.

—Respira —ordena con paciencia—. Por la nariz. Corto.

Obedezco. El primer deslizamiento carece de ritmo, tímido. Se ríe, no con burla, sino satisfecho de que el experimento empiece a funcionar.

—Presión constante. —Su pulgar en mi barbilla marca la cadencia —. No aflojes a mitad. No aprietes en la punta. Mantén.

Quiero apresurarme. No me lo permite. La mano en mi cabello funciona como un freno de mano: toca el cuero cabelludo y, con poquísima tracción, dicta el «ahora».

—La mano —dice, bajando los ojos hacia la base—. Utiliza la mano. Sella la boca en la parte más sensible. La mano se ocupa del resto. Un solo gesto. Sin «retorcer». —Hace una pausa—. Solo un poco.

Lo rodeo con la mano y siento la piel tensa, caliente, palpitando bajo mis dedos. La boca sellada sobre la corona. La lengua sosteniendo desde abajo, acompañando, sin entorpecer. El sonido que emito sin querer resulta humillante. Él lo advierte.

—Eso es. —Su voz se vuelve más áspera—. Mantén el sonido breve. El resto es mío.

Las mejillas empiezan a dolerme ligeramente, no de dolor, sino por el esfuerzo. Él lo percibe antes que yo.

—Relaja las mejillas. Suelta el aire. —Apoya el índice sobre una de ellas y señala la relajación—. Eso es.

La cadencia se ajusta. Comprendo qué quiere decir con «método»: no consiste en «ir haciendo», sino en una línea limpia, sin desperdicio. Su cuerpo responde con un temblor mínimo en los músculos de los muslos. Aprieto la mano por instinto. Él me sujeta la muñeca.

—La señal —dice en voz baja—. Cuando necesites aire, toca mi cadera con dos dedos. Yo me detengo. Tú respiras. Continúas.

Lo toco. Se detiene. Respiro. Continúo.

—Labios firmes —insiste y me corrige milímetro a milímetro—. La lengua acompaña. No golpea. —La mano en mi cabello se vuelve algo más firme—. Los ojos en mí.

Lo miro. Su rostro, capaz de entrar en un quirófano y olvidarse del mundo, está allí por completo, mirándome. No es ternura, sino concentración. La clase de concentración que me percibe durante cada segundo que existo a su lado.

La garganta protesta cuando intento tragar. Él se anticipa.

—No fuerces el fondo. —Su pulgar separa un poco mi labio inferior—. Hoy no. Hoy se trata de control, no de una prueba. —Un milímetro menos de profundidad—. Mejor.

El sabor, cálido, salado, ligeramente metálico, alcanza mi paladar. Quiero acelerar: deseo puro mezclado con la necesidad de hacerlo bien. Me contiene con dos dedos.

—Ritmo medio. Sostenido —me anima en un hilo de voz—. Cuenta por dentro. Cuatro para bajar, dos para subir. —Pausa—. Eso es.

Cuento. Uno, dos, tres, cuatro… uno, dos. Su lenguaje invade mi cabeza; de repente, obedecer resulta más fácil que pensar por mi cuenta. Mi cuerpo encuentra un camino.

—Abre un poco más —pide, y la mano en mi cabello regula—. Suelta la base con la mano y vuelve. Eso… —El aire le falla en un punto y la palabra sale irregular, convertida a medias en aliento—. Buena chica.

Siento que su pierna se endurece bajo mi mano y mis dedos se hunden en la tela del pantalón. El peso sobre mi cabello aumenta, no para empujar, sino para sujetarme. Su respiración se vuelve más corta.

—Tres cosas —dice, y quiero reírme de que Arthur sea capaz de enumerar «tres cosas» en ese momento—. Una: mantén el labio aquí. —Su pulgar toca un punto sensible y todo mi cuerpo comprende que ese «aquí» importa—. Dos: presión constante con la mano. No cambies al final. Tres… —respira hondo y su voz regresa más grave—: los ojos en mí hasta el último segundo. Si digo «para», te detienes. Si digo «quédate», te quedas.

Me quedo. No pienso en lo correcto ni en lo incorrecto. Actúo. Mi cuerpo se ha convertido en instrumento de trabajo; él, en el cirujano, preciso, seguro, exigente. Sé, por una intuición casi brutal, que el placer que siente nace tanto de lo que hago con la boca como de lo que él hace con mi mente. Enseñar es otra forma de poseer.

El tiempo pierde su forma. Pueden haber pasado tres minutos o treinta. Solo comprendo que se aproxima el final cuando tensa la mandíbula, sus ojos se oscurecen y respira en números impares.

—¿Paro? —pregunto con la mirada. Comprende la pregunta sin palabras.

—Quédate. —Su mano aprieta un poco mi cabello—. Quédate.

Me quedo. Siento que su cuerpo sufre una breve convulsión, controlada como todo en él. El calor llena mi boca. No empuja; no lo necesita. Trago lo que consigo, respiro brevemente por la nariz y vuelvo a sellar hasta sentir que el pulso cede.

Su mano libera mi cabello despacio, como quien desata un nudo que no debe convertirse en desorden. Apoya dos dedos en la

comisura de mi boca y limpia un rastro con una paciencia que me desarma sin previo aviso.

—Abre —pide. Lo hago—. La lengua.

Toco el labio inferior con la punta de la lengua. Lo limpia con el pulgar, suavemente, como quien firma al pie de la página. No es humillación. Es estética. Es suyo.

—Levántate. —Su voz todavía contiene arena.

Me levanto con las piernas temblorosas por haber estado de rodillas sobre la alfombra y la mente suspendida en algún lugar entre «lo he hecho bien» y «qué estoy haciendo». Él también se levanta, se arregla el pantalón con gestos limpios, se abrocha el cinturón y va al baño a buscar una toalla. Tibia. Tibia. Siempre regresa con cosas tibias.

—La boca —dice, y lo comprendo. Apoya la toalla caliente contra mis labios y la sostiene con toda la mano, sin peso, sin prisa. El calor expulsa la tensión de mi mandíbula. No sabía que lo necesitaba hasta recibirlo. Eso es lo que me irrita de él: no sé que necesito algo hasta que me lo trae.

Me conduce hasta la cama sujetándome la muñeca: dos dedos firmes, la marca que deja cuando quiere guiarme, no arrastrarme. Me siento en el borde. Él se arrodilla. Sí, ese hombre enorme se arrodilla, pero no para pedirme nada, sino para cuidarme.

—Las rodillas —dice, señalándolas con la mirada. Obedezco. La toalla tibia baja hasta ellas y la palma de su mano extiende el calor por la piel que la alfombra ha irritado. No es necesario. Lo hace de todos modos. Y es eso, no el castigo, lo que me desarma. Respiro como quien libera un secreto que nadie le ha pedido.

—¿Duele? —pregunta, y niego con la cabeza.

—No.

Respira hondo, mantiene la mano sobre mis rodillas un segundo más y después se levanta. La cama recibe mi peso. Se sienta a mi

lado, con el hombro rozando sin llegar a tocar. La lámpara dibuja una línea clara sobre el relieve del músculo de su antebrazo. El reloj no dice nada; solo cuenta.

—¿Qué has aprendido? —La pregunta llega limpia, sin adornos.

—Que no debo llegar tarde —digo, y es una respuesta peor de la que quería ofrecer—. Y que cuento por dentro. Cuatro para bajar, dos para subir. Y que quieres que te mire… —respiro— siempre.

—Mmm. —Se inclina un milímetro—. Y que tu boca obedece mejor cuando tu cuerpo ya ha comprendido la regla. —No es un elogio, sino una constatación clínica—. Te he azotado poco, Alice. —Una comisura de sus labios insinúa ironía—. Lo suficiente para fijarlo. El resto ha sido asociación.

Me río suavemente. Estoy mareada y no me avergüenza admitirlo ante mí misma. A él no se lo diría.

—¿Volverás a llegar tarde? —Lo plantea como una pregunta. Sabe a veredicto.

—No.

—Perfecto. —Apoya una mano sobre mi nuca durante un segundo, sin tirar—. Cuando diga treinta minutos, serán veintinueve. —La retira—. Y una cosa más.

Lo miro. Parece el de siempre: los ángulos rectos, la línea limpia de la boca, la mirada constante. Aun así… hay un casi.

—Mañana la cena será en casa a las nueve. Llegarás a las nueve menos dos. —No sonríe—. Y traerás tu cepillo de dientes a mi baño. Lo dejarás allí. Ya no se moverá de aquí.

La palabra «mi» no me sorprende. «Baño», sí. Es más íntimo que una cama. La cama es visita. El baño es convivencia.

—Entendido —respondo, y solo entonces advierto que mi corazón ha reducido el ritmo de una forma que no parece cansancio. Parece… suelo.

Se levanta y recoge la toalla. En la puerta del baño se vuelve de lado:

—Dos cosas sobre esta noche —dice con tono de revisión de quirófano—. Una: no te corres sin permiso. Ni con la mano, ni contra la almohada, ni en la ducha. —Su mirada desciende un grado, pesada—. Si te oigo, lo sabré. —Pausa—. Dos: no habrá penetración hasta que concluya el periodo de seguridad del implante. Siete días. Ya lo sabías. —Su timbre baja aún más—. Yo también. No pondré en riesgo tu cuerpo por mi deseo.

Ese «yo también» me atraviesa en un punto sin nombre. No quiero llorar. No lo hago. Lo que llega es algo más sencillo y, por ello, más peligroso: confianza.

—Sí, señor. —Sale antes de que pueda pensarlo. Arquea una ceja, satisfecho, y desaparece detrás de la puerta.

Me quedo en el dormitorio con todo el cuerpo vibrando de una forma que no es solo sexual. Es un ajuste. Pienso en el cinturón, en la mano tibia, en los tres puntos de instrucción.

Pienso en la cocina, en la tarta, en el periodo de siete días. Pienso en doña Dalva y la manta azul arreglada por unos dedos que no tenían por qué hacerlo. Pienso demasiado cuando estoy sola y, aun así, hoy pensar duele menos.

Regresa con un vaso de agua. Lo apoya contra mis dedos, como siempre; vuelve a sostener el gesto por mí, a convertirse en ese marco invisible que mantiene todo en su sitio. Bebo la mitad y se lo devuelvo. Él bebe la otra mitad sin apoyar la boca en el mismo punto del borde que yo. No es asco, sino método.

—Ducha —dice—. Tibia. Después, a la cama. A tu cama.

Asiento y me levanto. En la puerta del baño vuelve a hablar, y el último hilo de luz alcanza sus ojos de un modo que guardo sin pretenderlo:

—Alice.

—¿Mmm?

—Cuando estés en la ducha y tu mente quiera hablar, te dirás dos cosas. —Su voz se vuelve más baja—. «Obedezco» y «estoy a salvo».

«Estoy a salvo». No sabía que quería oír esas tres palabras de ese hombre. Ahora lo sé.

Me ducho despacio, como quien vuelve a entrenar un músculo. El agua tibia alivia las rodillas, la mandíbula, el deseo. Apoyo la frente contra el azulejo frío y repito las dos frases que me ha ordenado. No como un mantra absurdo, sino como un protocolo.

Cuando salgo, la luz está más baja. Él ya no se encuentra en el dormitorio, o sí y sabe esconderse entre las sombras, como siempre. Entro en mi habitación. La sábana tiene un pliegue nuevo que reconozco: su mano. Me tumbo de cara a la ventana. La ciudad devuelve una sombra que es mitad mía, mitad suya. Tengo la boca caliente y cansada.

El teléfono vibra una vez. Lo abro.

«Duerme. Chófer a las 6:30».

Escribo «Vale» y lo borro. Vuelvo a guardarme la respuesta para mí.

Cierro los ojos. El castigo todavía arde ligeramente, extendido, enseñándole a mi cuerpo por dónde no debe caminar. La lección también palpita y me sorprendo repasando mentalmente los cuatro y dos, los labios firmes, la mano, la mirada. Voy cayendo en un sueño que se parece menos a caer que a replegarme.

Sueño con un reloj que no emite ninguna alarma. Solo marca el tiempo. Y, por primera vez en mucho tiempo, dormir no parece una pausa del mundo, sino parte de él.

En el límite del sueño oigo abrirse la puerta de mi dormitorio con un clic conocido. No muevo el cuerpo, solo el oído. Pasos silenciosos.

La mano recorre mis mantas. La mano. No para tocarme, sino para alisar el pliegue. Para confirmar que estoy aquí.

La puerta se cierra. El silencio recupera el patrón de esa casa. Sonrío en la oscuridad, una sonrisa que no es feliz ni triste, sino la de quien ha encontrado la temperatura adecuada de su propio cuerpo.

El sueño me arrastra por completo cuando la última orden del día reaparece sola en mi cabeza, sin él: «Mañana trae tu cepillo a mi baño».

Baño. No cama. Baño.

El mundo se desplaza medio centímetro hacia la derecha dentro de mí.

Y me duermo.

La alarma suena antes de la hora que había escrito en el mensaje. No es un tono corriente, sino la alarma del teléfono negro, seca, sin música. «Chófer: 6:30» parpadea en la pantalla como si fuera una guardia hospitalaria.

Comprendo que he dormido casi una hora más de lo habitual y habría seguido durmiendo si el teléfono no hubiera sonado. En realidad, podría haberme dado la vuelta y cerrado los ojos cinco minutos más, pero la noche anterior ha dejado una clase distinta de vigilancia en mi cuerpo.

No es ansiedad. Es una atención más profunda, como si cada músculo hubiera comprendido que obedecer empieza antes de que él dé la orden.

El dormitorio aún está en penumbra. La persiana deja pasar finas franjas de luz y las marcas de mi cuerpo —el calor en las rodillas, la leve tensión en la mandíbula— son recordatorios tan claros como la nota del día anterior. Pienso en «cuatro para bajar, dos para subir» y siento que el rubor asciende aunque nadie me esté mirando.

Me levanto despacio. El suelo frío muerde mis pies antes de la alfombra. El bolso está donde lo dejé la noche anterior, pero ahora existe una diferencia casi imperceptible: sobre la cómoda hay un cepillo de dientes nuevo, todavía envuelto en plástico. Azul oscuro. No es mío, pero el mensaje es el mismo que la orden: su baño.

Cojo el cepillo como quien acepta una invitación y voy hasta allí. No necesito preguntar cuál es; el baño de Arthur no parece un baño, sino una sala preparada para un procedimiento. Encimera de mármol limpia, espejo sin una sola marca, toallas blancas perfectamente alineadas. Huele a él: amaderado, limpio, cortante. Coloco el cepillo en el vaso junto al suyo, un mango rozando el otro, y siento un extraño vértigo. Es un objeto trivial. Pero ahora está allí.

El espejo me devuelve el reflejo con el cabello recogido en alto y una expresión que no sé clasificar. Ni feliz ni angustiada. Más… consciente.

Cuando regreso al dormitorio, la cama está impecable. No estaba así al despertar. Yo no la he hecho. Y no he oído entrar a nadie. La forma en que la sábana está doblada a los pies es suya. Un recordatorio silencioso de que el espacio le pertenece incluso cuando no está presente.

Me ducho deprisa y me pongo la ropa que había dejado preparada la víspera antes de bajar a la cocina: pantalón negro y blusa clara. Recorro el pasillo en silencio.

El apartamento respira con ese ritmo ensayado: aire acondicionado constante, luces bajas, nada fuera de lugar. En la cocina el desayuno ya está servido. Una taza humeante, pan con mantequilla, nadie a la vista.

Me siento. Bebo el primer sorbo y lo siento como un «buenos días» sin palabras. Con el segundo oigo pasos firmes detrás de mí. Arthur entra, con las mangas ya remangadas hasta los antebrazos, el reloj en la muñeca y olor a ducha reciente.

—¿El cepillo? —Es lo primero que dice.

—En tu baño —respondo, y una comisura de sus labios se eleva de forma casi imperceptible. No comenta ni elogia. Solo lo registra mentalmente, como siempre.

Coge su taza, bebe un sorbo y me mira como quien comprueba que se ha cumplido un protocolo. La mesa permanece en silencio unos segundos, no incómodo, solo… lleno.

—Esta noche, a las nueve, cenaremos aquí —dice directamente—. Después te enseñaré el resto del ático.

No sé por qué la idea de que me lo «enseñe» me pone tensa. Él ya sabe que ahora es mi territorio; quizá quiera ver hasta dónde me muevo dentro de él.

—Entendido.

Es el primero en levantarse y deja el plato en el lugar exacto donde estaba cuando se sentó. Me mira y sostiene la mirada más de lo necesario.

—Hasta luego —dice antes de salir.

El sonido de la puerta de entrada al cerrarse resulta casi tan marcado como el de mi propia respiración.

Bebo el resto del café y pienso que, de todas las cosas que he tenido que aprender, esta quizá sea la más extraña: aquí hasta las mañanas tienen dueño.

Cuando el interfono parpadea a las 6:28, ya estoy preparada.

30.

ARTHUR MENDONÇA

El hospital aún está silencioso cuando llego. Silencioso en sentido relativo: las luces frías ya están encendidas en los pasillos, los monitores parpadean en verde y naranja, se oye una conversación amortiguada en la recepción de Urgencias.

Pero para quien lleva décadas aquí todos los días, esta hora es lo más parecido a un vacío. Es durante este intervalo cuando se perciben los verdaderos cambios en la rutina.

Cambio el traje por la bata en el vestuario. Camisa blanca impecable, mangas remangadas hasta los antebrazos. El reloj permanece en mi muñeca, como siempre, no por la hora que marca, sino por la reacción que provoca cuando la persona que está ante mí advierte que lo estoy mirando.

Me detengo cinco minutos en mi despacho antes de la primera reunión. Abro el correo. Entre informes e invitaciones hay un memorando interno sobre la «revisión de cláusulas de confidencialidad» en contratos de puestos sensibles.

Lo leo dos veces. No es una coincidencia: es la clase de iniciativa que mi padre patrocinaría discretamente para crear brechas. No haré nada de inmediato. A veces, dejar que crea que no me he dado cuenta resulta más útil.

A las 6:32 reviso la agenda de Alice. Yo mismo he liberado un intervalo entre las nueve y media y las diez, suficiente para que pase por el ala de Ortopedia y se cruce con Rafael. Quiero observar sin interferir. Quiero saber si Rafael todavía intenta provocarla cuando cree que estoy ocupado. Quiero ver si mantiene el patrón de ayer: mirada firme, respuestas breves, nada que él pueda interpretar como una invitación.

A las 6:47 estoy en el pasillo administrativo. Saludo con un gesto a dos jefes de departamento y entro en la sala de reuniones para asistir a un comité breve.

Mientras el director financiero habla sobre los costes de importación de suministros, mi atención se divide entre el reloj y el sonido que llega del pasillo: pasos acompasados, tacón bajo. Los reconozco.

A las 6:56 pasa frente a la puerta de cristal. No me mira —la confidencialidad absoluta es una regla—, pero su postura está más erguida. Pantalón negro, blusa clara, cabello recogido.

Mira a Fátima en su mesa, intercambia media docena de palabras y desaparece por el pasillo hacia su propio escritorio. Pero veo el detalle que me interesa: lleva el teléfono negro en la mano, no dentro del bolso. Significa que está pendiente de los mensajes. Bien.

Después de la reunión hago una ronda rápida por la séptima planta. Paso por Ortopedia y el laboratorio y saludo al responsable de cada departamento. Rafael está en el pasillo de Ortopedia, apoyado contra la pared, con una sonrisa preparada.

Veo cómo intercepta a Alice en mitad del trayecto. No oigo la conversación, pero leo las señales: mantiene la distancia física, con el cuerpo alineado para seguir caminando y el móvil en la mano como si estuviera a punto de recibir una llamada. Él intenta inclinarse hacia su espacio; ella no cede. Bien.

Sigo caminando hasta quedar lo bastante cerca para que no parezca que me dirijo directamente hacia ellos. Rafael me ve primero. Endereza la postura y saluda. Alice no me dice más que «buenos días», sin inclinar la cabeza más de lo necesario. Perfecto: discreción intacta.

—El orden del día, Rafael —digo con sequedad, y veo que una comisura de sus labios esboza una sonrisa breve antes de seguirme.

Cuando entramos en mi despacho, no habla de Alice, pero lo hace como si quisiera que yo sacara el tema. No le concedo ese placer.

A las 9:50, cuando regresa a su mesa, paso junto al mostrador como por casualidad. Dejo sobre la superficie un sobre con dos presupuestos revisados y digo, con el mismo tono que utilizaría con cualquier asistente:

—Necesito que esto quede cerrado antes del final del día.

Lo que nadie aparte de ella advierte es que mi mano permanece medio segundo más sobre el sobre, lo suficiente para que comprenda que también le pido otra cosa: continúa exactamente así.

El resto de la mañana transcurre sin ruido. Pero, poco después del mediodía, recibo en el teléfono corporativo un mensaje de un número que no utilizo desde hace meses: Juliano M. Contable de la Fundación M., hombre de confianza de mi padre.

Texto breve: «Tenemos que hablar. Es sobre contratos e… intereses». Lo borro antes de que la pantalla se apague sola. Ya sé de qué clase de interés se trata, y no tengo ninguno.

A la una, mientras almuerzo en el comedor ejecutivo, veo en el reflejo del cristal que ella también está allí, dos mesas detrás, hablando con Fátima. No mira en mi dirección. Yo tampoco en la suya. Esa es la base: el mundo no nos ve. Y, mientras se cumpla esa regla, puedo gestionar todo lo demás.

A las 20:56, el timbre interno anuncia que la cena está preparada. Ya estoy en la cocina revisando dos informes en la tableta. El reloj marca las 20:58 cuando oigo sus pasos en el pasillo.

La puntualidad entra dentro de lo aceptable. No necesito que cronometre los segundos todos los días, pero me gusta saber que, si se lo pido, es capaz de hacerlo.

Alice entra sin anunciarse, con pantalón de tela ligera, blusa sencilla y el cabello recogido. Ha llegado antes porque no tenía clase en la universidad, pero todavía no nos habíamos encontrado.

Según Miriam, las sospechas de mi asistente sobre el sueño de doña Dalva eran correctas: prefería acostarse temprano y ahora,

sabiendo que su nieta de corazón estaba a salvo, podía hacerlo.

Alice se detiene junto a la mesa como quien calcula la distancia antes de sentarse. Su plato ya está servido. El mío también. No hay ningún empleado a la vista. Es otra regla que no necesita pronunciarse: aquí no necesitamos público.

—Buenas noches —dice con voz neutra.

—Buenas noches. —Le indico la silla con un gesto mínimo.

Comemos en silencio durante unos minutos. El sonido de los cubiertos es el único ruido. Observo de reojo cuando prueba el plato, percibe el punto exacto de sazón y contiene una sonrisa. Lo registro. Pequeñas reacciones así dicen más que cualquier agradecimiento verbal.

Cuando terminamos, soy el primero en levantarme. Ella se pone de pie a continuación, automáticamente.

—Ven —me limito a decir.

Mostrarle el resto del ático es otro recurso de observación. Cada espacio nuevo en el que entra se convierte en otro punto del mapa que ahora me pertenece.

La primera puerta es la de la biblioteca. No es la estancia más grande del ático, pero sí una de las más controladas. Estanterías del suelo al techo, libros ordenados por tema y autor, mesa de lectura en el centro.

—Aquí el silencio es una regla. —Toco el borde de la mesa—. Y nada sale sin que yo lo sepa.

Alice recorre los estantes con la mirada, pero no toca nada. El pasillo de la izquierda nos conduce a la sala de música. Piano de cola negro y pulido. Sillas en semicírculo, discreto aislamiento acústico en las paredes. Sus ojos curiosean.

—La utilizo poco —comento—. Pero me gusta tenerla preparada.

Veo cómo pasa la punta de los dedos por la tapa del piano sin presionar las teclas. Un gesto ligero que indica que todavía no sabe

si pertenece a ese espacio.

Al otro lado abro la puerta del despacho privado. No el del ala administrativa, sino el mío en casa. Mesa amplia, dos monitores, carpetas etiquetadas, ninguna fotografía.

—Aquí solo entras cuando yo te lo diga —establezco directamente, sin suavizarlo—. Aunque la puerta esté abierta.

Asiente y el gesto resulta lo bastante contenido para que sepa que ha comprendido la importancia.

Seguimos hasta la terraza suspendida. Amplias vistas de la ciudad, iluminación indirecta, sillas bajas. El aire frío alcanza su cuerpo y veo que alza un hombro antes de relajarlo.

—Este es el único lugar del ático sin cámaras —informo—. No es por ti. Siempre ha sido así.

Mira el horizonte y durante un segundo veo que su atención se libera. Solo un segundo.

La última estancia es la que quería reservar para el final: la sala contigua a mi dormitorio. No es un lugar de paso, sino una prolongación. Sofá bajo, alfombra gruesa, iluminación regulable, puerta interior hacia el vestidor.

—Esta sala es una extensión de mí. —Me detengo en el umbral para que ella entre primero—. Si estás aquí es porque yo quiero. O porque te lo he permitido.

Entra y mira alrededor sin preguntar nada. Cierro la puerta detrás de nosotros, no para encerrarla, sino para que comprenda que allí dentro la frontera es distinta.

Permanecemos en silencio unos segundos. Ella, en el centro de la alfombra. Yo, apoyado contra el marco. El tiempo suficiente para que el aire cambie.

—La visita ha terminado —anuncio, volviendo a abrir la puerta—. Mañana, rutina normal. Chófer a las seis y media. Y… —la miro por

encima del hombro— cuando te diga «la casa es tuya», sabrás exactamente qué significa.

Salgo primero. Sus pasos suenan detrás de mí, medidos, como si cada uno fuera una respuesta.

31.

ALICE BRAGA

El banco del parque está tibio por el sol de primavera, pero el aire todavía conserva ese ligero frío que pide una chaqueta fina. Cruzo las piernas, hundo la espalda contra el respaldo y apoyo el vasito de helado sobre el muslo, sintiendo el contraste helado. Ya va por la mitad. Sin prisa.

He almorzado ñoquis, un plato que siempre me parecía excesivo pedir durante la jornada laboral: demasiado caro para la mayoría de mis días, demasiado lento para la rutina de un hospital. Desde que empiezo a trabajar allí, paso por esa cafetería a la ida o a la vuelta con ese deseo infantil de «algún día vendré». Y nunca venía.

Hoy no ha sido un plan. Ha sido un chispazo. Podía hacerlo. Llevaba semanas pudiendo. El caos de ser asistente de Arthur Mendonça lo había engullido todo, incluso los pequeños deseos, y este había quedado olvidado. Pero, después de sobrevivir a mi primera semana de contrato, creo que me lo merezco.

No ha sido una semana ligera. Dormir bajo el mismo techo que Arthur Mendonça significa respirar con un compás que no es el mío, comer cuando él lo ordena y despertar con la agenda ya establecida antes incluso de abrir los ojos.

Pensaba que sería asfixiante y, a veces, lo es. Pero también hay algo en su precisión que me hace sentir menos perdida, como si hubieran empaquetado y etiquetado el caos de mi vida. No es lo que esperaba.

Es peor cuando recuerdo que cada gesto de cuidado es también una forma de posesión. Mejor cuando comprendo que esa posesión me mantiene a salvo de cosas que nadie más podría contener. Lo que me sorprende es la ausencia de excesos: no exige mi presencia

a cada minuto, no invade todos mis espacios… pero, cuando decide hacerlo, no me queda espacio alguno.

La única decepción, si puedo llamarla así, es comprender que una parte de mí ya ha empezado a medir mis propios pasos con su regla, y ni siquiera sé si quiero impedirlo.

Respiro hondo el aire frío, con olor a árboles y a masa horneada que todavía llega desde la esquina. Pienso en doña Dalva. Le gustaría este lugar. Todo el parque es una ventana abierta: bancos alejados entre sí, gente leyendo, perros corriendo, niños disputándose el espacio con las palomas.

Estoy tan distraída conmigo misma que no percibo que alguien se acerca. Solo lo advierto cuando el peso a mi lado cambia el equilibrio del banco.

Vuelvo el rostro y frunzo el ceño.

El hombre no es un desconocido. Es un rostro grabado por la peor mañana del año. Uno de los que empujaron a doña Dalva y sus bolsas por la acera, ignorando sus protestas y fingiendo no oírme cuando les pedí que se detuvieran.

El corazón se me dispara. La lengua se me pega al paladar.

—Buenas tardes, señorita —dice como si estuviéramos en la cola de una panadería.

No consigo responder. Se inclina ligeramente hacia delante y apoya los codos en las piernas.

—He venido a darle un recado. Puede haberse mudado del barrio y haber escondido a su abuela quién sabe dónde… pero nosotros seguimos sabiendo dónde trabaja.

Mi respiración se acorta.

—Si no paga, el jefe irá a visitarla. Y la próxima visita no será tan… fácil.

El nombre aparece en mi cabeza como una cicatriz: Anselmo Faria. La voz gruesa, el olor a tabaco rancio, la mirada repugnante

que me examinó de arriba abajo.

—Mudarse no borra una deuda, señorita. El jefe quiere que lo recuerde.

Trago saliva y siento que el helado se vuelve agrio en mi boca.

—Yo… quiero pagar. —Las palabras salen bajas, pero rápidas—. Solo que todavía no he conseguido ir a verlo.

Arquea una ceja.

—Ya tengo el dinero —continúo, intentando mantener estable la voz—. ¿Hay una cuenta donde pueda ingresarlo?

Me examina como quien pesa una mentira en el aire.

—¿Una cuenta?

—Sí —consigo responder después de tragar saliva.

Los ojos del hombre se estrechan y después alza una ceja.

—Deme su número.

El instinto grita que no debo hacerlo. Pero se me cierra la garganta. Todo mi cuerpo parece pegado al banco. Necesito una salida que no aumente el riesgo. Le doy mi número antiguo, el del viejo móvil que durante los últimos días llevo más por costumbre que por utilidad.

—Anselmo se pondrá en contacto. —Se levanta y se arregla la chaqueta—. Si yo fuera usted, respondería.

Permanece un segundo mirándome, después me da la espalda y se marcha por el camino principal del parque.

Tardo unos minutos en levantarme. El helado se ha derretido lo suficiente para desbordarse. Lo tiro en la papelera más cercana y empiezo a caminar.

***

El hospital parece más frío que por la mañana. Apenas apoyo la cadera contra mi mesa, el teléfono negro vibra en mi mano.

A: «En mi despacho. AHORA».

Paso directamente junto a la mesa de Fátima y empujo la puerta del despacho. Arthur está recostado en la silla, pero su mirada fija en mí borra cualquier impresión de descanso.

Me basta un segundo para saber que ha leído las señales. No solo las de mi rostro; siempre lee más allá.

No aparta la mirada, como si esperara que yo misma rellenara lo omitido. Inclina la cabeza un grado, lo suficiente para avisarme de que ya está reconstruyendo por su cuenta el resto de la historia. No necesito que se explique, y ya he aprendido a reconocer ese silencio concreto y pesado.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta con voz baja y limpia.

—Nada.

—Te daré una segunda oportunidad, Alice. Pero no te engañes: tendrá un precio. No soy un hombre generoso. ¿Qué ha ocurrido?

Esta vez pronuncia las tres últimas palabras con deliberada lentitud y no sé qué hacer con las que ascienden por mi garganta como soldados ansiosos por obedecer la orden de su comandante.

Cierro los ojos un instante y respiro hondo.

—Por favor… no es nada importante, solo… No me obligues a decirlo.

Mi voz sale más baja de lo que quisiera, raspada por dentro. El miedo sigue apoyado contra la puerta, como si me hubiera seguido desde el parque y ahora escuchara cada palabra.

Sus exigencias me presionan como una mano firme en la nuca y mantienen mi cabeza erguida cuando todo en mí quiere encogerse.

El encuentro con aquel hombre aún es un sabor amargo atrapado en mi garganta, disputándose el espacio con un corazón que parece haber emigrado hasta allí, latiendo demasiado deprisa, intentando escapar. Sé que Arthur percibe cada una de esas reacciones sin que

tenga que confesarlas y, aun así, quiero creer que me equivoco. Pero su silencio… Quiere oírlo de mí y no va a ceder.

—Solo… me he encontrado con alguien a quien no quería ver —admito en una voz todavía más baja que antes.

La ligera inclinación de su cabeza lee la otra mitad en el espacio que he dejado.

—Eso significa que Anselmo te ha enviado un recado.

Mi conmoción dura diez segundos enteros.

—Tú… ¿Cómo…?

Las palabras tropiezan en mi boca, como si cada letra pesara demasiado para salir.

Primero llega la conmoción, seca, paralizando mis músculos, como si me hubieran arrancado el suelo bajo los pies y todavía intentara comprender por qué no he caído. Inmediatamente después, la vulnerabilidad me golpea con un frío en el estómago que no tiene nada que ver con la temperatura.

Y, por último, la vergüenza asciende caliente y me abrasa el rostro, como si alguien hubiera encendido un foco únicamente para exponer todo lo que deseo ocultar.

El cuerpo reacciona antes que la mente: manos frías, respiración corta, un nudo formándose en la garganta. Mientras tanto, mi cabeza se precipita en un torbellino: ¿desde cuándo lo sabe? ¿Desde antes de que firmara? ¿Sabe que acepté por el dinero? Entonces, durante todo este tiempo me ha observado guardándose ese conocimiento, sin decir nada…

—¿Qué te dije, Alice? —El tono duro de Arthur atraviesa mis pensamientos como un trueno—. Mientras dure este contrato, me perteneces. No soy un hombre apegado a muchas posesiones… —Repite las palabras que pronuncia la noche en que acepto el contrato y se levanta mientras pulsa el botón de la mesa; los cristales se vuelven opacos y sé qué más significa. Nadie se

atrevería a acercarse lo suficiente al despacho de Arthur mientras mantiene una conversación y, aun así, acaba de insonorizarlo por completo—. …pero cuido muy bien de lo que tengo.

—Pero… ¿cómo?

—¿Eso importa? —descarta, avanzando ya hacia mí—. ¿Qué quería aparte del dinero?

La vergüenza arde más que el miedo. Entonces lo sabe… De verdad sabe que el motivo por el que finalmente digo que sí es…

—No necesito tu ayuda con esto. Yo… —empiezo, pero me interrumpe.

—¿Tú qué? —La pregunta carece de tono. Solo contiene acero.

Trago saliva y mantengo la barbilla alzada.

—Ya tengo el dinero. Lo resolveré. Solo estoy esperando que Anselmo se ponga en contacto. Le he dado mi número y él…

Arthur se ríe. Un sonido breve, pero más largo de lo que le he oído nunca. No contiene humor.

Sin responder, coge el móvil y pulsa unas cuantas veces. El mío vibra poco después: una notificación del banco.

Saldo bloqueado: 30.000,00 R$.

Mi pago. El dinero que iba a utilizar para pagar a Anselmo.

—¿Qué…? —La frase muere antes de nacer.

El aire desaparece de mis pulmones como si alguien hubiera apretado una banda alrededor de mi pecho. El estómago se me hunde y queda pesado, frío. Las manos, inmóviles a los lados del cuerpo, empiezan a hormiguear, y siento que la sangre me asciende al rostro y quema sin calentar.

El corazón late con tanta fuerza que parece resonar en mis oídos y ahoga cualquier otro sonido de la estancia. La esperanza que llevo conmigo desde el parque se contrae hasta convertirse en un punto pequeño y duro que duele solo por existir dentro de mí.

Rodea la mesa y se detiene delante de mí. Su pulgar seca la primera lágrima que escapa, un gesto suave y calculado. Después deposita un beso en mi frente. No es cariño, sino método. Con él siempre lo es.

—La parte sucia siempre me corresponde a mí —dice como si tradujera el contrato—. Y no es negociable. La única forma de evitarlo es renunciar al contrato.

—No estás siendo justo. Estás utilizando esto contra mí.

—¿Por qué? Fuiste tú quien aceptó porque quería utilizar las recompensas que te ofrecí. No te juzgo por ello, Alice. Pero te lo advertí. —Mantiene los ojos en los míos—. La noche que firmaste, ¿qué dije? Harás lo que yo decida. No tienes que apreciarlo ni repetirlo. Solo entender y cumplir.

Se me cierra la garganta y llega también el dolor, caliente y amargo, como si hubiera tragado algo que nunca quise. Es un peso que no tengo fuerzas para escupir ni forma de tragar.

Asiento apenas porque cualquier palabra saldría ahora demasiado temblorosa para ocultar lo evidente: estoy herida, pero no tengo adónde huir.

—¿Puedo irme?

Retrocede dos pasos y regresa a la silla.

—Puedes.

Me vuelvo, con una mano en el pomo, cuando me llama:

—Alice.

Miro por encima del hombro.

—Esta conversación ha terminado, pero queda otra que ni siquiera hemos empezado. Me has desobedecido. Otra vez. De varias maneras distintas. Y, como he dicho, no soy un hombre generoso.

No respondo. Arthur se sienta y, solo después de que su mano desaparezca bajo la mesa, suena el clic de la cerradura. Miro el

pomo y comprendo que, aunque hubiera querido marcharme antes, no habría podido. No hasta que él lo permitiera.

Pero ahora lo ha permitido y yo simplemente… salgo.

32.

ARTHUR MENDONÇA

El viento de la terraza llega en láminas frías y la ciudad respira abajo con un ruido que para mí ya es casi blanco.

Me gusta este punto elevado: dos paredes de cristal, una de piedra, suelo de madera climatizado. Si reduzco dos niveles la iluminación interior y activo la película de privacidad de la barandilla, quedo invisible desde fuera y puedo verlo todo desde dentro. Un mapa perfecto.

Envío el mensaje a las nueve: «Terraza. A las diez».

Llega a las 21:58.

La puntualidad después de nuestra primera lección no es un detalle, sino un diagnóstico. Desde lejos observo la secuencia de señales que solo yo registraría: la tensión fija de su mandíbula; un rubor que aparece y desaparece demasiado deprisa cuando sus ojos encuentran los míos; las manos vacías, como si quisieran decirme «no he traído armas».

Está dolida y aun así ha venido. Porque no me cabe ninguna duda de que Alice está enfadada. La mirada que me dirige cuando pregunta si puede salir de mi despacho es inequívoca.

Bien.

No lo comento. Me limito a registrar mentalmente que quedará anotado junto a las transgresiones de hoy: ha salido sin avisar, no ha dicho dónde estaba, se ha puesto en peligro y todavía ha tenido la osadía de afirmar que resolvería algo sola.

Si no fuera un hombre entrenado para controlar su propio cuerpo, admitiría que llevo esperando este momento con una expectación difícil de ocultar.

—Alice.

Mi saludo es seco, medido.

—Buenas noches.

Su voz desciende medio tono al cruzar el umbral de la terraza. No porque tenga miedo, sino porque reconoce el territorio.

Hago un gesto breve hacia el banco de madera apoyado contra el cristal. Se detiene exactamente donde quiero: a un paso de la silla, a dos de la barandilla, alineada con la columna. No necesito pedírselo.

Lleva el cabello suelto sobre los hombros y el abrigo ligero abierto, revelando la blusa fina. No se me escapa la ausencia de camisón.

Alice ha elegido un pijama de seda con pantalón y camiseta. No aparta los ojos, pero tampoco los fija en mí; los posa en algún punto a la altura de mi clavícula. No es sumisión, sino resistencia silenciosa.

—Quítate el abrigo —ordeno sin alterar el tono.

Obedece, pero dobla la prenda con calma antes de dejarla sobre una mesa. La calma es una respuesta, no un descuido.

La primera semana con ella ha sido un ejercicio de contención y cálculo. Aprendo deprisa que Alice Braga no es de las que se doblegan bajo el peso de una orden. Se curva… hasta descubrir dónde puede enderezarse sin que yo lo advierta.

Sabe escuchar, pero le gusta pensar que todavía decide cómo procesa lo que ha oído. Tiene talento para adaptarse: en el hospital ya lee mi agenda como si fuera la suya, se anticipa a lo que necesito sin que deba pedírselo, pero todavía conserva pequeños reductos: un silencio donde podría haber una confirmación, un contacto que tarda medio segundo más en responder.

Hoy todos esos reductos se derrumbarán. No con dolor. Con placer hasta el límite de su resistencia.

—Enumera —digo, apoyando la cadera contra el aparador bajo—. ¿Cuáles han sido tus desobediencias hoy?

Respira hondo. Entra demasiado aire frío y sale corto.

—He salido a la hora del almuerzo. Sin avisar. —Un segundo—. He ido a pie. Sin chófer. —Otro segundo—. No he respondido a tu «¿Estado?», porque… —calla, la palabra choca contra el paladar y regresa—. Y… he dicho que resolvería algo sola.

—¿Y lo has resuelto?

Silencio. Su mirada desciende hacia la madera, no hacia mis zapatos. Vergüenza, no mentira. Lo archivo.

Cruzo los brazos.

—Ya hemos hablado de la regla básica: puntualidad. Hoy has tocado otras tres columnas del contrato. Perímetro. Comunicación. Mando. Cuando sales de mi alcance sin avisar, rompes el perímetro. Cuando no me dices dónde estás, apagas el panel. Y cuando afirmas que vas a resolver algo sola, desafías el mando que te mantiene segura. —Ladeo ligeramente la cabeza—. Y ya hemos establecido que no decides cuál de mis órdenes importa más.

Traga saliva. Frío en la piel, calor por debajo. El cuerpo habla antes que la boca.

—Entendido.

—Perfecto. —Doy dos pasos y me detengo ante ella—. Lo primero que aprenderás hoy es a obedecerme incluso cuando tu cuerpo crea que no quiere. Y a darme exactamente lo que deseo hasta que no quede nada de ti aparte de eso. A no negociar. A oírme por encima del ruido.

La sombra de resistencia eleva su barbilla un milímetro. Me gusta cuando aparece: da trabajo. Y el trabajo fija.

Acerco dos dedos al panel de control integrado en el pilar y reduzco otro nivel la iluminación interior. La ciudad se vuelve más presente. Activo la calefacción del suelo a media potencia y apago la música, porque la única banda sonora que necesitaré esa noche

serán las respiraciones desacompasadas y los gemidos de Alice. Abro una rendija en el lado este para que cruce el viento.

El contraste térmico es una herramienta. El cuerpo aprende más deprisa cuando percibe una diferencia. La vuelvo de espaldas a la ciudad y le toco el hombro con un empujón mínimo.

—Las manos en la barandilla. Los pies a la anchura de los hombros. Columna neutra. —Apoyo dos dedos entre sus omóplatos; ella se ajusta—. Los ojos abiertos, Alice. Hoy no te escondes en la oscuridad detrás de los párpados. Miras lo que es tuyo y obedeces a quien te posee.

Mira. La ciudad devuelve nuestras sombras en el cristal como una verdad a medias. Bien.

Me coloco detrás de ella sin tocarla. Solo aire. Dejo que el frío nocturno ocupe la piel expuesta y, cuando aparecen los primeros escalofríos, apoyo la palma abierta en su cintura. Temperatura. Contacto. Método.

—Tres órdenes esta noche —digo en voz baja junto a su cuello—. Quédate. Espera. Ven. Yo las pronuncio. Tú cumples. Sin negociar.

—De acuerdo.

—Respiración. Cuatro, cuatro, ocho. —Marco el ritmo con mi propio aliento y ella entra en el compás: inspira cuatro, retiene cuatro, suelta en ocho. El diafragma desciende a su sitio. Los hombros pierden medio centímetro de tensión—. Muy bien.

La primera lección siempre es básica: obedecer a la respiración antes de obedecer al contacto.

Le bajo el pantalón de seda por las piernas con un movimiento rápido. Lo recojo, lo dejo a un lado y vuelvo a incorporarme. Apoyo la punta de los dedos en la curva de su zona lumbar, bajo la camiseta, y asciendo despacio dibujando la columna. T12, T8, T4… La piel se eriza por donde pasan mis nudillos. La mano desciende y se detiene sobre la cresta ilíaca. Ninguna prisa.

—Quédate.

La mano izquierda sujeta su cadera. La derecha recorre la cara interna del muslo, lenta, como quien lee braille. Casi en el centro, casi donde ella quiere. La retiro. Su cuerpo busca mi contacto un centímetro. Contengo el movimiento con los dedos sobre el hueso.

—Aprende la diferencia entre querer y necesitar. Espera.

Inspira brevemente. Vuelvo a corregirla: cuatro, cuatro, ocho. Obedece. Repito el mismo recorrido. Esta vez toco lo que creía que tardaría en llegar: el dorso de mis dedos roza el borde de las bragas de encaje que se ha puesto para mí aunque finja lo contrario. Tiro ligeramente del lateral. Lo suelto.

—Minuto uno —anuncio sin énfasis. Comprende el juego y no dice nada.

Repito. Minuto dos, tres. Sin entrar. Sin dar. Proporcionando contexto. Te gustará cuando yo lo ordene, no cuando tu ansiedad mande por ti.

Cuando siento que su cuerpo está más blando y la respiración obedece, me agacho hasta alinear la boca con su hombro y hablo contra la piel:

—Pídelo.

Permanece muda durante un segundo y medio. Rígida de orgullo. Después cede.

—Arthur… por favor.

—¿Por favor qué?

—Tócame.

—Ya te estoy tocando.

—Como… —Su voz asciende y desaparece—. Como lo necesito.

Satisfecho, apoyo toda la mano en la base de su vientre y desciendo. La otra abre camino por detrás. Aparto la tela, encuentro

un calor honesto, sin puesta en escena, y dibujo el primer círculo sobre el clítoris con el pulgar. No rapidez: presión.

Rotaciones breves, sin variar el ritmo. La mano inferior mantiene su cadera en su sitio. Quédate. Su cuerpo intenta escapar por las rodillas; lo corrijo con el pulgar. Espera. El sonido que emite es breve, abortado. No quiero sonidos altos aquí fuera.

—Silencio. —No prohíbo los gemidos. Enseño el tipo correcto.

Cuando su respiración empieza a tropezar, desciendo un centímetro. El dedo corazón se desliza por la entrada; mojo la falange y regreso arriba. Todavía no le concedo la penetración. Espera.

—Los ojos abiertos —recuerdo sin dureza. Intenta cerrarlos; no se lo permito. La ciudad es una testigo muda.

Entro con un dedo. Despacio. La pared anterior me recibe con esa resistencia elástica que ya conozco. Curvo la yema, encuentro la superficie que me interesa y presiono siguiendo una cuenta.

—Aprieta alrededor de mi dedo. Cuando yo lo diga. Uno… ahora. Dos… ahora. Tres… ahora. —El suelo pélvico responde como un músculo que aprende deprisa—. Muy bien. Otra vez. Más fuerte. Ahora. —El sonido que no quería emitir sale amortiguado entre los dientes—. Quédate.

Mantengo la presión interna y devuelvo el pulgar arriba. Dos puntos. Ritmo estable. Por cada ocho rotaciones sobre el clítoris, tres presiones en su interior. Después de cada tres, retiro ambas manos y dejo que el viento complete la ausencia. El cuerpo entra en una lógica de búsqueda. Bien. La mente, en una lógica de obediencia. Mejor.

—Espera.

—Por favor… —La petición llega más deprisa esta vez, casi irritada —. Arthur.

—No negocies con la prisa, Alice. —Muerdo suavemente el punto entre su cuello y el hombro—. Espera. Has salido de mi perímetro. Ahora permanece dentro de lo que yo establezca.

Cambio de posición. La giro un cuarto de vuelta hacia la izquierda y pego su frente al cristal, con mis palmas sobre las suyas en la barandilla. Apoyo el pecho contra su espalda, solo lo necesario. La mano derecha vuelve por debajo. La izquierda sujeta su barbilla y mantiene el rostro en un ángulo desde el que puedo ver su pupila reflejada. Los ojos. Intenta huir hacia dentro; la traigo de vuelta.

—Ven. —Lo autorizo por primera vez, sin aumentar la fuerza.

Es casi automático. Su cuerpo ha permanecido al borde el tiempo suficiente para que el permiso se convierta en detonante. El temblor empieza en los extensores de las muñecas, asciende por los brazos y se posa en la boca convertido en un «ah» mudo que bebo sin tocar sus labios. Mantengo el ritmo, no cambio nada y dejo que pase.

No retiro las manos. La superposición es la segunda fase. Cuando el primer clímax desciende hasta la mitad, añado la boca. No donde ella quiere. En la clavícula. Después, en el lóbulo de la oreja. Soplo aire frío sobre el rastro que mi lengua ha calentado. Su cuerpo reacciona como si fuera otro punto de estímulo. Lo es. Es uno más. Sobrecargar no es desorden; es arquitectura.

—Respira conmigo. Cuatro, cuatro, ocho. —Intenta obedecer y falla a mitad—. Otra vez. Quédate.

El segundo orgasmo no se lo concedo. Lo fabrico. Se acerca y yo me detengo. Una vez. Dos. Tres. La mano en su barbilla mantiene el rostro en su sitio cuando el cuerpo quiere echar la cabeza atrás. No se lo permito. Se enfada. Lo siento en la mandíbula. Perfecto. La ira es energía. Dirigida, se convierte en una obediencia más profunda.

—Vuelve a pedirlo —ordeno en voz baja, ya un poco ronca y no por el esfuerzo.

—Por favor, Arthur. —Ahora sin adornos—. Déjame… —No termina.

—Ven.

Llega como quien lleva horas en una sala de espera y por fin oye su nombre. Libre, intenso, silencioso. No le doy espacio para caer. No la dejo descansar. Cambio el ángulo del dedo interno, aumento medio milímetro la presión del pulgar, acelero una fracción. El tercero llega demasiado deprisa; no lo permito. Espera. Se traga la ira. La veo tragar saliva en el cristal, con los ojos húmedos y sin dramatismo. Todo su cuerpo protesta con una contracción involuntaria de los muslos. La sujeto.

—Aprende conmigo: el control no es ausencia de deseo. Es dominar el tiempo del deseo. —Le beso la nuca—. Y tu tiempo, aquí, es mío.

La libero despacio. Retrocedo dos pasos. Se tambalea medio centímetro; mis manos no la atrapan. Espera. Quiero que sienta el vacío calculado. Abro el cajón del aparador, saco una toalla de lino y un cubito de hielo de un cuenco de acero inoxidable, envuelvo el hielo para que no le queme la piel y regreso junto a ella.

—Las manos atrás. —Obedece; le ato las muñecas con una corbata, floja, solo para retirar las manos de la ecuación. No se trata de inmovilizarla, sino de limitar sus opciones.

Apoyo la tela helada en la cavidad supraclavicular. La descarga recorre su piel en cadena. Llevo el frío hasta los pezones, uno y después el otro, alternando el hielo y mi boca. Calor, frío, calor. Su espalda se arquea. El clítoris está hiperreactivo. Ni siquiera lo toco. Espera. Frío en el ombligo. Mi mano, caliente, deslizándose justo debajo. El cuerpo no sabe hacia dónde huir. Por tanto, no huye. Aprende.

—Lo segundo que aprenderás hoy —digo ahora con la boca en la base de su espalda y las palabras contra la piel— es a correrte sobre mí sin que yo esté dentro de ti. Montada a mi ritmo. Sin las manos. Solo caderas, muslos, respiración. Cuando yo lo diga.

Deja escapar algo parecido a una risa que en realidad es incredulidad. Yo conozco los sonidos.

—Puedes hacerlo. Yo te enseñaré. —Me arrodillo detrás, beso la base de su columna, asciendo, muerdo ligeramente su hombro y me levanto—. Date la vuelta.

Suelto la corbata, giro su cuerpo y me siento en la silla baja de madera, frente al cristal. La atraigo por la cintura hasta mi regazo. No me abro el pantalón. Todavía. Enseño antes de tomar.

—Colócate sobre mí. —No dentro. Lo comprende por mi mirada, vacila un poco y después encaja mis caderas entre las suyas con las bragas mojadas, el clítoris apoyado sobre el hueso, la tela trazando un surco exacto hacia donde quiero conducirla. Mis manos son meros apoyos en sus caderas. No empujo.

—Sin las manos —recuerdo. Tensa la mandíbula, retira las manos de mis hombros y las coloca detrás de su propia zona lumbar, contemplando el reflejo en el cristal. Hermoso—. Los ojos en mí. —Clava la mirada—. Ahora muévete.

El primer movimiento siempre es torpe. Demasiado consciente. Los músculos intentan resolver con fuerza lo que requiere precisión. La corrijo con contactos mínimos: hacia delante, un poco más lateral, reduce la amplitud, aumenta la frecuencia.

Obedece y se equivoca, obedece y se equivoca, hasta que de repente, como en todo aprendizaje motor, su cuerpo encuentra el surco y la fricción pasa del esfuerzo a la fluidez. Mi pubis como tope, la tela como riel, el clítoris como la pieza que se desliza. El sonido del tejido, del aire, de la piel: la música adecuada.

—Respiración. Cuatro, cuatro, ocho. —Intenta mantener el compás; se precipita; vuelvo a marcarlo—. Menos amplitud, más rápido. Eso es. —Toco con la punta del índice la base de su vientre: aquí—. Relaja el abdomen. Deja caer la pelvis. —Sus caderas responden con un círculo más bajo y casi rozan la hebilla de mi cinturón. Mi control vacila un segundo; lo recupero con la mandíbula —. Buena chica.

Sus ojos quieren cerrarse. No lo permito. Le sujeto el rostro con una mano, con el pulgar en la barbilla, y mantengo su mirada

alineada con la mía. El rubor asciende en una oleada desde su pecho hasta los pómulos. Su respiración sale en soplos que fallan el ocho y yo la recoloco con mi propio aliento, obligándola a seguirme por el movimiento de la caja torácica. Superposición de estímulos: fricción, orden, respiración, mirada.

—Espera. —Le sujeto las caderas con dos dedos, casi sin fuerza, solo la suficiente para romper el ritmo un segundo antes del clímax. Emite un sonido breve de protesta, casi un arañazo en la garganta —. No negocies. Espera.

—Arthur… —Ahora no es orgullo. Es una necesidad sencilla.

—Ven.

Obedece a la llamada como si su nombre estuviera contenido en la palabra. Todo su cuerpo entra en un temblor fino, los muslos apretados contra mí como si quisieran engullirme allí mismo, por fuera. La sujeto por la nuca para mantenerla en la superficie de la conciencia, para que aprenda mientras se corre y no se limite a desplomarse.

No la dejo caer. Una vez más, no lo hago. Cuando el clímax cede, guío sus caderas de vuelta a pequeños círculos sin apartar los ojos de los suyos. El segundo orgasmo por fricción llega demasiado deprisa; rompo el ritmo y cambio el plano del movimiento. Su cuerpo protesta con un sollozo. Me mantengo. Cuando la veo en el punto exacto entre la frustración y la rendición, empujo sus caderas hacia delante con los pulgares y bajo las mías dos milímetros. Ven.

Se corre otra vez sobre mi pubis. Hermoso. Sin sonido, con la boca abierta, con la garganta intentando encontrar la voz y el contrato recordándole que no. Le sujeto la nuca, beso la línea de su mandíbula, muerdo suavemente la piel fina bajo la oreja y susurro:

—Uno más. Quédate. Respira.

Está líquida sobre mi regazo cuando por fin decido tomarla. Disfruto enseñando. Todavía más recogiendo lo que enseño.

La levanto un poco, la tumbo boca abajo sobre el banco largo, acerco sus caderas al borde y me abro el pantalón. Preservativo. El periodo de seguridad del implante todavía está en curso y no confío en probabilidades cuando la consecuencia ocupa una vida entera. La protección no entorpece el control; forma parte de él.

Me alineo con su espalda. Paso el glande por la entrada, lo mojo y lo apoyo. No entro. Espera. Su cuerpo se eleva unos milímetros buscando; lo contengo con una mano firme sobre el sacro. Bajo la zona lumbar hasta que su columna percibe mi peso. La mano libre asciende hasta sus pechos, aprieta y afina el pezón con el pulgar. Superposición: arriba, centro, abajo.

—Los ojos abiertos, Alice. En la ciudad. Y aquí. —Vuelve el rostro hacia el cristal, ve nuestros contornos, ve mi mano, ve la línea de su propio cuerpo dividida por la barandilla—. Ven.

Entro. Despacio. Hasta el fondo. Me detengo. Quédate. Oigo el «Dios mío» que no es oración, sino referencia. Salgo dos centímetros, regreso tres. Mis manos ajustan sus caderas con ángulos de precisión y buscan el punto donde un milímetro provoca un terremoto. Cuando lo encuentro, mantengo. Ritmo medio, profundidad constante, el punto superior otra vez presente bajo mi pulgar. Su cuerpo ya no contiene líneas rectas, solo curvas y temblores. Respiro contra su nuca: cuatro, cuatro, ocho. Ella entra en mi patrón. La música se vuelve perfecta.

—Has salido del perímetro sin avisarme —digo entre embestidas, sin alzar la voz—. No volverá a ocurrir. —Atraigo sus caderas hacia atrás y entro más hondo—. Has intentado resolverlo sola. —Golpeo con la boca abierta su omóplato y marco calor—. Eso termina aquí. —Presiono por dentro y señalo mi punto—. Yo decido adónde vas, cuándo y cómo.

—Sí… —sale en un soplo, sin adjetivos.

—No me has informado de dónde estabas. —Cambio a un ritmo más corto, más rápido—. Aprende a decírmelo antes de que pregunte.

—Entendido.

—Ven.

Se rompe en mi mano como un vidrio templado: suena bajo, se quiebra entero, no corta. Hermoso. Dejo que la oleada la recorra y mantengo la cadencia hasta que termina el clímax. Solo entonces me lo permito.

Le aprieto la cintura, hundo los dedos en la carne como quien sujeta a un caballo durante el último metro y me corro donde quiero, cuando quiero, como quiero. En silencio. No le concedo ese sonido al mundo.

Nos quedamos así. Solo el viento. Mi mano recorre su espalda en línea, desde el sacro hasta la nuca y de vuelta. Su cuerpo tiembla de cansancio, no de frío. Salgo despacio, retiro y desecho el preservativo, cojo la toalla que había dejado sobre el aparador y la limpio con calma.

Agua, dos sorbos. Azúcar, medio sobre en la punta de la lengua. No lo pide; yo lo ofrezco. Ella lo recibe.

La siento de lado sobre mi regazo, con las piernas extendidas sobre la silla, un brazo mío en su espalda y el otro sosteniendo el vaso. Dejo que su cabeza caiga sobre mi hombro y permanezco así el tiempo necesario para que su respiración vuelva a parecer humana.

—¿Qué has aprendido? —pregunto sin prisa.

Tarda en responder, lo cual me agrada: pensar después de correrse es la prueba.

—A respirar a tu ritmo… —dice en voz baja—. A pedirlo de la manera correcta. A esperar. —Silencio—. A venir cuando tú lo ordenas.

—¿Y?

—A no negociar.

—Muy bien. —Le toco la barbilla, alineo su rostro con el mío y le doy algo que casi nunca concedo: un beso lento en la boca. No para excitarla, sino para sellarlo—. Mañana almorzarás en el comedor. Si decides salir, avisas. Si quieres ir al parque, avisas. «Voy al parque». «Vuelvo en veinte minutos». Sencillo.

El músculo de su mandíbula se relaja. La ira sigue viva, pero obedece. Todo está bien.

Nos levantamos. La llevo de la mano hasta el dormitorio. La tumbo, le cubro los muslos con la colcha y dejo el agua en la mesilla. Le coloco un mechón de cabello detrás de la oreja. Sus párpados pesan. Salgo sin cerrar con llave.

En el pasillo vibra el móvil. Un mensaje de mi contacto. Lo abro.

Perímetro Rua dos Cravos: emisario identificado. Alias Guga. Jefe ANSELMO F. ha establecido contacto indirecto. Punto de observación mantenido. Sin aproximación al hospital de momento.

Apago la pantalla. «De momento» no existe en mi vocabulario. Ya está decidido.

Mañana respirará el aire que quiera, avisando. Guga no la tocará. Anselmo aprenderá a esperar. Miro una vez más la ciudad desde la terraza. La sombra en el cristal ya no es un contorno, sino un registro. Y el registro es lo que permanece.

Envío dos instrucciones. Mañana el chófer la recogerá diez minutos antes. Mañana el observador cambiará de posición hacia el lado norte. Mañana el hospital seguirá funcionando como si no hubiera ocurrido nada.

Pero ha ocurrido. Hoy ha aprendido a oírme por encima del ruido. Mañana aprenderá a hablar antes de que yo pregunte.

¿Y Anselmo? Anselmo descubrirá qué ocurre cuando toca lo que es mío.

33.

ALICE BRAGA

La pantalla del portátil se apaga sola.

Me froto los ojos. Los últimos párrafos que he escrito en el cuaderno son casi ilegibles; ni siquiera yo sabría decir si hablan de administración hospitalaria o de una receta de pan.

Levanto la mirada de la pila de apuntes abiertos en el suelo junto a la cama y solo entonces advierto el mensaje en la pantalla del móvil: «Cena».

Ni siquiera lleva punto final. Nunca lo lleva.

Suelto el aire, más por costumbre que por cansancio, y me estiro. El cuerpo protesta por el tiempo que llevo sentada, pero mi mente continúa pegada a los resúmenes de Historia del Arte y Administración Hospitalaria.

Se acerca el final del semestre y, si no quiero coleccionar suspensos, necesito recuperar el terreno que he perdido durante los últimos meses. Todo ello, por supuesto, sin descuidar los cursos que exige mi puesto como asistente de Arthur.

Desde que me mudo, las comidas son como timbres breves y puntuales que marcan el momento de salir del dormitorio. Almuerzo. Merienda. Cena. Una sola palabra, sin espacio para dudas ni conversación.

Y, hasta ahora, Arthur solo ha compartido una comida conmigo, el segundo día. También un casi desayuno el tercero, pero ese no lo cuento.

Bajo con la misma expectativa: mesa puesta, silencio, ningún dueño de la casa a la vista.

Pero, cuando cruzo la puerta y veo a Arthur sentado a la cabecera, la sorpresa me detiene un segundo en el umbral.

Levanta los ojos del plato. No sonríe ni parece dispuesto a comentarlo. Se limita a seguirme con la mirada mientras ocupo el asiento frente a él.

—Buenas noches —digo, y mi voz suena más baja de lo que quisiera.

—Buenas noches.

Su tono no cambia, pero hay algo allí… No es frialdad. Es constancia. Arthur nunca modifica el tono para adaptarse al otro.

Cojo los cubiertos, pero no empiezo a comer. Empujo un trozo de patata a un lado y después al otro. Finjo arreglarme la servilleta sobre el regazo. Cruzo las piernas bajo la mesa y vuelvo a cambiar de postura.

Solo cuando comprendo que no ha vuelto a mirar su plato, sino que me observa, aparece el mohín involuntario en mis labios.

—Habla —dice como quien da una orden sencilla.

—No tengo nada que decir.

—No es lo que lleva días gritando tu cuerpo. —Deja el tenedor en el plato y apoya el codo en el brazo de la silla—. Habla.

Aprieto los labios y miro el plato.

—Estoy enfadada.

—Lo sé.

—¿Y no te importa? —pregunto con algo más de acritud de la que pretendía.

Se recuesta en la silla.

—Esa clase de preocupación no es mi función.

—¿Y cuál es entonces? —Vuelvo a mirarlo.

—Cuidarte.

Desvío los ojos hacia el plato.

—Y la mía es obedecer.

—Exactamente. —Se lleva un bocado a la boca—. Come.

Vuelvo a revolver la comida.

—¿Y si no tengo hambre?

La comisura de sus labios se alza, apenas, pero de forma visible.

Suspiro y me llevo el primer bocado a la boca, más para poner fin al intercambio que por hambre. El silencio regresa, pero no es el mismo de antes. Es un silencio que deja espacio.

—No lo entiendo —murmuro—. Si tu papel es cuidarme, ¿por qué no te importa que esté enfadada?

—Porque, enfadada o no, estás aquí, haciendo lo que tienes que hacer. —Inclina la cabeza, con los ojos clavados en los míos—. Cuidar es garantizar que funciones, no que yo te guste.

—Eso parece… triste.

—Solo para quien cree que gustar viene antes que funcionar.

Remuevo la comida, pero ya no es pura rebeldía.

—Y tú no lo crees —constato.

—Estoy seguro. Gustar es… opcional. —Apoya el codo en el brazo de la silla y hace girar el tenedor lentamente, como si estuviera pensando—. Y, a veces, que alguien te guste estorba.

—¿Estorba para qué?

—Para la claridad. —Deja el tenedor en el plato, con la mirada fija en la mía—. Cuando alguien te gusta, empiezas a negociar con cosas con las que no deberías.

—Negociar… —repito, más para mí misma—. Entonces, ¿es más seguro que nadie te guste?

—Para algunos, es más eficiente.

—Y tú prefieres ser eficiente.

—Soy eficiente —corrige, como si fuera una característica inmutable, no una elección.

Apoyo el codo en la mesa y la barbilla en la mano.

—Entonces, si algún día empiezo a gustarte, ¿qué vas a hacer? ¿Despedirme?

La comisura de sus labios se alza, pero no llega a ser una sonrisa.

—Me adaptaré.

—¿Cómo?

—Depende de cuánto me gustes. —Hace una breve pausa, como si me diera la oportunidad de retirarme—. Y de cuánto cueste eso. Pero yo no me preocuparía por ello si fuera tú.

—¡Vaya! Me halaga saber que no tienes pensado dejar que te guste —refunfuño, sin recibir respuesta alguna.

También guardo silencio durante unos segundos, intentando decidir si eso es una amenaza o una promesa. Tal vez sean ambas cosas.

—¿Piensas así sobre todo? —pregunto, empujando un trozo de patata por el plato—. Coste, beneficio…

—Sobre casi todo. —Inclina la cabeza—. Pero hay cosas que no se pueden medir.

—¿Como cuáles?

—La lealtad. —La respuesta llega sin vacilar—. Una vez que la doy, no la retiro.

El comentario queda suspendido en el aire, más pesado de lo que esperaba.

—¿Y ya se la has dado a alguien?

No responde de inmediato.

—Pocas veces.

—¿Y la perdiste?

Su mirada cambia, se vuelve más cerrada, como si una parte de mí hubiera cruzado un límite que él no muestra a casi nadie.

—Sí.

La respuesta breve no invita a continuar, pero deja claro que, si insisto, la temperatura de la mesa cambiará. Me trago el impulso de preguntar más.

Vuelve al plato y, después de un bocado, me lanza otra pregunta:

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Funcionas mejor cuando alguien te gusta o cuando no?

Sonrío de medio lado.

—Creo que no conozco otra manera de funcionar que no sea sintiendo afecto.

—Entonces tendrás que aprender. —El tono no es frío ni cruel, sino firme.

Lo miro y es en ese momento cuando me doy cuenta: estamos hablando de verdad, sin términos ni condiciones, sin órdenes bruscas ni respuestas calculadas. Y eso, de algún modo, es más peligroso.

—¿Qué tal ha ido el día de estudio? —pregunta de repente, como si se diera cuenta de lo mismo que yo y decidiera devolver la conversación a su control.

Porque, pasada la sorpresa inicial, resulta fácil comprender que se trata de eso. Durante medio segundo, casi respondo con asombro. Después recuerdo con quién estoy hablando. Claro que lo sabe. Arthur siempre lo sabe.

Y, aun así, un escalofrío me recorre la espalda. Su manía de controlarlo todo me irrita. Y, mucho más de lo que me gustaría admitir, también me excita.

—Productivo —respondo, forzando la neutralidad—. Todavía tengo mucho que repasar, pero he avanzado.

—Bien. —Vuelve al plato—. Sigue así.

Yo también vuelvo al mío, pero la comida parece tener un sabor distinto. No por el condimento. Por él.

***

No recuerdo qué me hace levantarme.

Tal vez tenga sed o quizá solo me incomode estar demasiado despierta para dormir. El suelo de la cocina está frío bajo mis pies, incluso con la calefacción encendida.

Abro la nevera y el recuerdo de la primera vez que lo hice me golpea de pronto. Recuerdo haberme quedado inmóvil, mirando fijamente el interior del electrodoméstico. No por lo que había dentro, sino por cómo estaba dispuesto.

Cada estante formaba un bloque perfecto: envases alineados, etiquetas orientadas hacia delante, recipientes idénticos, un espacio milimétrico entre ellos. Pasé tanto tiempo allí parada, absorta, que tardé varios segundos en advertir la presencia de Arthur, apoyado en el marco de la puerta.

Miro por encima del hombro solo para asegurarme de que no vuelve a ocurrir. No. Aquí solo estoy yo.

Hoy, al abrir la misma puerta para coger agua, no siento la misma impresión. Convivir con su meticulosidad ya es algo natural. Tal vez ese sea el propósito de sus lecciones: conseguir que ciertas cosas dejen de parecer extrañas y pasen a formar parte de mi conducta.

Me gustan sus lecciones, aunque solo lleguen cuando desobedezco. Y, por increíble que parezca, me gusta obedecer. Me esfuerzo en hacerlo. Quiero verlo satisfecho. Quiero un elogio, uno que todavía no ha llegado.

La luz de la nevera ilumina un recipiente de mousse de chocolate, perfectamente centrado en el estante. Lo cojo, cojo también una

cuchara y me apoyo en la encimera.

El silencio de la madrugada en el ático es distinto al silencio nocturno de mi habitación: allí sé que él duerme. Aquí, cada ruido parece traer consigo el riesgo de que me oiga.

Por supuesto, sus pasos eligen justo ese momento para resonar en el suelo del pasillo. Me quedo inmóvil con la cuchara en la boca. Arthur entra descalzo, con pantalón de chándal y camiseta. Lleva el pelo todavía un poco húmedo; acaba de ducharse.

Parpadeo.

Llevamos poco más de tres semanas viviendo bajo el mismo techo y esta es la primera vez que veo a Arthur con ropa tan corriente… Hasta ahora siempre han sido los trajes perfectos o la desnudez. Y yo, sinceramente, no sé cuál de las dos versiones me marea más.

—No son horas de comer azúcar —su voz, tan dura como siempre, atraviesa mis pensamientos pervertidos.

Me saco la cuchara de la boca despacio. Inclino la cabeza.

—Pero sí son horas de inspeccionar la cocina, ¿no?

Se acerca, abre la nevera y coge la botella de agua.

—Siempre es hora de inspeccionar. —Se sirve un vaso, bebe y solo entonces me mira—. ¿Vas a comértelo todo?

—Tal vez.

Extiende la mano como quien no está preguntando. Empujo el recipiente hacia él. Arthur coge una cuchara, lo prueba y me lo devuelve.

—Está bueno.

No es un elogio dirigido a mí, pero me queda la sensación de que hemos compartido un secreto que no figura en el contrato.

—¿Así que al doctor Arthur Mendonça le gusta la mousse de chocolate? ¡Qué escándalo!

Esa ceja se arquea.

—¿Que me guste la mousse?

—Que te guste algo dulce —lo provoco, sin saber de dónde sale tanto valor.

Tal vez sea la hora. Tal vez sea el encuentro inesperado. Tal vez sea la leve sospecha de que esto no es más que un sueño que no recordaré a la mañana siguiente.

Arthur se inclina hacia delante, acercándose a mí sin mover los pies del sitio. La sonrisa muere en mis labios y mi respiración cambia.

—¿Y qué sabor crees exactamente que tienes tú, Alice? Pensaba que ya te había permitido probarte —pregunta muy serio, como si me exigiera rendir cuentas sobre un informe contable y, mientras yo parpadeo, aturdida, se aparta—. Buenas noches —dice y, sin esperar respuesta, se marcha.

Y yo me quedo.

Quieta.

Perpleja.

Y… excitada.

***

El número redondo en la esquina de la pantalla dice: 1 mes.

Un mes desde la firma del contrato. Un mes viviendo aquí, ajustando mis pasos a su compás, aprendiendo dónde ceder y dónde limitarme a seguir.

También ha pasado un mes desde que empezó a correr el plazo del usurero. Y, de pronto, me doy cuenta de que el tiempo ha pasado demasiado deprisa.

La notificación del periódico aparece en la parte superior de la pantalla, como todas las mañanas. Mi dedo ya se dispone a

deslizarla para ignorarla cuando un nombre congela el movimiento: Anselmo Faria.

Abro la noticia.

Leo despacio, como si cada palabra necesitara un poco más de tiempo para encajar. Detenido junto con sus hombres. Imputado por asociación ilícita, extorsión, amenazas y otra lista de delitos que ocupa la mitad de la pantalla.

El café se enfría en la taza, pero el calor que me sube por el pecho no tiene nada que ver con la bebida. Es otra cosa.

Arthur cruza mi campo de visión, impecable dentro del traje, con ese aroma familiar a perfume caro y control absoluto.

—Buenos días —saluda con su habitual voz grave.

—Buenos días —respondo.

No se detiene. No pregunta qué estoy leyendo. No mira la pantalla. Sigue hacia la puerta como hace todos los días, rumbo al hospital antes que yo. Pero lo sé.

Sé que él es el responsable de ese titular. De la sensación de libertad que se extiende dentro de mí como una bocanada de aire fresco.

Había dicho que se ocuparía. Y yo, de algún modo, confié tanto en él que, aunque no lo olvidé, de verdad dejé de preocuparme. Tal como dijo que debía hacer. ¿Qué clase de poder necesita ejercer alguien sobre otra persona para ser capaz de conseguir algo así?

Y, lo que es más importante, ¿en qué momento ha pasado Arthur a ejercer semejante poder sobre mis deseos?

Y se ocupó. Lo resolvió. Anselmo ya no es un problema. Ni volverá a serlo.

Algo se mueve dentro de mí. Pequeño, casi imperceptible, pero suficiente para hacerme consciente de que, en algún lugar bajo todas las cláusulas y reglas, empieza a formarse un cimiento diferente.

Termino el café frío sin apartar la mirada de la puerta por la que ha salido.

Días después, salgo de la habitación a primera hora de la mañana, quizá con la esperanza de repetir aquel encuentro inesperado en la cocina. En cambio, me tropiezo con Arthur en el pasillo del gimnasio.

Camiseta oscura pegada al cuerpo, marcas de sudor, respiración más pesada. No es un hombre que descuide su cuerpo; se ocupa de él con la misma precisión con la que se ocupa de todo.

—Buenos días —dice, pasándose la toalla por la cara.

—Buenos días. —Mi voz vacila un instante antes de recobrar su tono normal.

Su mirada baja y vuelve a subir en un segundo. No es descarada. Es un diagnóstico.

—Hoy te has levantado temprano.

—¿Y tú? —pregunto, aunque sé la respuesta porque quiero oírla.

—Siempre. —Pasa junto a mí, y el calor de quien acaba de terminar un entrenamiento contrasta con el aire acondicionado del pasillo—. Desayuno en quince minutos.

Sigo caminando y solo después me doy cuenta de que todavía contengo el aliento.

***

Por fin reúno el valor necesario para usar el televisor, que parece más bien una pantalla de cine. Llevo semanas queriendo hacerlo, pero también me da miedo. No consigo librarme de la sensación de que, si enciendo esa cosa, haré algo mal y la romperé.

Pero una mujer tiene derecho a ver de vez en cuando una película tonta después de cenar, sin necesidad de encerrarse en su propia habitación para hacerlo. Solo una.

Lo último que recuerdo es el sonido grave de la banda sonora y la sensación del sofá amoldándose a mi cuerpo.

Cuando abro los ojos, el salón está en penumbra. El televisor sigue encendido y proyecta un resplandor azulado sobre los muebles. El mando está en la mesa de centro, demasiado lejos para alcanzarlo sin levantarme. Arthur se encuentra en el sillón de al lado, recostado como si llevara mucho tiempo allí.

No me mira de inmediato. Solo después de un instante, sin apartar los ojos de la pantalla, dice:

—Roncas.

Mi voz sale ronca de sueño.

—No ronco.

—Hoy has roncado. —No sonríe, pero arquea una ceja, como si registrara mi negación para utilizarla en el futuro.

Alargo el brazo para coger el mando, pero él es más rápido. Sus largos dedos se cierran sobre el objeto antes de que mi mano se acerque. El clic seco apaga el televisor y el silencio cae con todo su peso, ocupando el espacio entre nosotros.

—Vete a la cama.

Me froto los ojos, intentando retomar mentalmente la película.

—La estaba viendo.

—Estabas durmiendo. —Se levanta y se queda quieto, como quien ya ha decidido que no repetirá la orden—. Vamos.

La vacilación dura un segundo. Todavía siento el cuerpo pesado y una parte de mí quiere llevarle la contraria solo para provocarlo. Pero hay algo en su forma de mirarme —firme, paciente, sin prisa por convencerme— que hace que mis piernas obedezcan antes de que mi cerebro tome una decisión.

Me levanto y paso junto a él. Siento el calor de su cuerpo en el breve espacio que separa nuestros hombros, como si fuera una

pared viva.

Cuando llego al pasillo, las luces se apagan detrás de nosotros. El sonido del interruptor, seguido por el silencio denso, lo vuelve todo más oscuro. Sus pasos llegan inmediatamente después, medidos, firmes, manteniéndose lo bastante cerca para que perciba su presencia, pero lo bastante lejos para no tocarme.

El suelo frío bajo mis pies descalzos contrasta con el calor que se extiende por mi espalda, provocado por la certeza de que está allí, controlando el ritmo de mis pasos. En el estrecho pasillo, oírlo caminar detrás de mí resulta… extraño. Reconfortante y amenazador a partes iguales.

Cuando doblo la esquina, su sombra se alarga en la pared junto a la mía, como si fuera imposible atravesar ese espacio sin que nuestras presencias se mezclaran de algún modo.

Entro primero en la habitación. Él se queda en la puerta, observándome mientras me acomodo, como si necesitara confirmar que de verdad voy a cumplir la orden de «irme a la cama».

Me siento en el borde del colchón y noto que el peso del día tira de mí hacia abajo. El roce frío de las sábanas contra mis muslos desnudos me estremece y, durante un segundo, pienso en cubrirme con la colcha. Pero él sigue allí, y tener su mirada sobre mí me mantiene inmóvil, como si cualquier movimiento fuera a romper algo que no quiero romper.

—Túmbate, Alice.

No suena brusco. Suena definitivo.

Inclino el cuerpo hacia atrás y me deslizo hasta hundir la cabeza en la almohada. El olor familiar del suavizante, mezclado con el de la madera encerada de la habitación, me envuelve, y me doy cuenta de que he contenido el aliento sin advertirlo.

Arthur da un paso hacia dentro. El sonido de la puerta al cerrarse resulta casi inaudible, pero el clic de la manilla hace que mi cuerpo registre que ahora estamos aislados.

Camina hasta la mesita de noche y ajusta la persiana con un movimiento rápido. La habitación queda sumida en un tono a medio camino entre la plata y la sombra.

Él no dice nada y yo tampoco. Pero alcanzo a oír el sonido discreto de su respiración, más lenta que la mía. Cuando se vuelve para marcharse, vacilo. Una parte de mí quiere darle las gracias. Otra, provocarlo. Al final no hago ni una cosa ni la otra.

Sale sin mirar atrás, pero el aire que deja parece más denso, como si algún vestigio de su presencia se hubiera quedado flotando en la habitación. Cierro los ojos y el silencio me arrulla con tanta rapidez que ni siquiera percibo el momento en que me quedo dormida.

La madrugada siguiente me despierto sin motivo aparente. La habitación está sumida en la penumbra, pero un haz de luz recorta la rendija bajo la puerta. Mi cuerpo vacila entre volver a hundirse en el colchón o seguir el impulso de averiguar de dónde procede aquel resplandor.

Mis pies tocan el suelo frío y un escalofrío me recorre las piernas. Camino descalza hasta el salón y percibo que cada paso resuena demasiado bajo para ser oído, pero lo bastante alto para recordarme que atravieso un espacio suyo, a una hora suya.

La luz viene de la terraza. Arthur está allí, de espaldas a mí, con las manos apoyadas en la barandilla y el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, como si contemplara la ciudad entera desde las alturas para tomarle las medidas. Su silueta recortada contra el resplandor de la madrugada parece inmóvil, pero hay algo en la forma en que sus hombros suben y bajan que delata un pensamiento en movimiento.

—¿Insomnio? —mi voz suena más baja de lo que pretendía, casi como una prueba para saber si tengo derecho a estar aquí.

No se vuelve.

—No.

—¿Entonces?

—Hoy es mi cumpleaños.

El silencio posterior a esa frase resulta casi más denso que las palabras. Durante un segundo, no sé qué decir. La luna se refleja en el cristal e ilumina parcialmente su rostro de perfil, pero no lo suficiente para que pueda leer su expresión.

—Felicidades —murmuro, y la palabra parece demasiado pequeña para la magnitud del momento.

Asiente despacio, como si aceptara la felicitación y diera el asunto por terminado al mismo tiempo.

—¿Vas a volver a dormir o te quedas?

Durante un instante considero retirarme, pero, si estar aquí significara cruzar una línea invisible, él me ordenaría que retrocediera. ¿No? El aire frío de la calle termina de despertarme.

—Me quedo.

Cruzo el espacio que nos separa hasta la barandilla. Apoyo la cadera junto a la suya, manteniendo una distancia que no llega a ser segura, pero tampoco constituye una intimidad abierta. El cristal está frío bajo mis brazos desnudos y la proximidad de él crea una diferencia de temperatura que mi cuerpo percibe antes que mi mente.

No decimos nada más.

La ciudad se mueve allá abajo a su propio ritmo, y percibo que en ese silencio hay algo diferente. No es incomodidad ni distancia. Es como si compartiéramos un espacio que hasta ahora él había reservado solo para sí y, de algún modo, yo hubiera recibido permiso para quedarme.

Me gusta la sensación.

34.

ARTHUR MENDONÇA

Las pruebas están dispuestas en dos pantallas: una con el historial clínico y otra con los gráficos de evolución. Analizo los datos de un posoperatorio reciente cuando la puerta se abre sin previo aviso.

Rafael entra sin llamar. Ni siquiera necesito mirar para saberlo. Solo él posee esa combinación de pasos largos y falta de respeto por las puertas cerradas.

—Entonces… —empieza, dejándose caer ya en la silla frente a mí como quien toma posesión de ella—, ¿qué se siente al ser un hombre comprometido desde hace dos meses?

Levanto los ojos del monitor apenas lo necesario para enfrentarme a su expresión.

—Tu apego a las verdades inventadas no deja de sorprenderme.

—¿Verdad inventada? —pregunta con un fingido tono de ofensa —. Si un contrato firmado no es un compromiso, ¿qué lo es? A efectos prácticos, podrías estar casado, amigo mío. Los protocolos son los mismos. Solo sale más caro. Pero, si la palabra compromiso ofende tus sensibles oídos, digamos… «logísticamente ocupado en exclusiva».

—Rafael.

—Arthur. —Apoya los codos en los brazos de la silla, como si disputáramos una partida de ajedrez—. Puedes darme el diagnóstico en términos técnicos, si lo prefieres.

Vuelvo a mirar la pantalla. No porque lo necesite, sino porque hablar con él resulta más productivo cuando decido qué incluyo y qué dejo fuera.

—No ha cambiado nada.

—Ah, sí que ha cambiado. —Me señala con un gesto despreocupado—. Estás menos dispuesto a participar en almuerzos largos, en copas después del trabajo, en cualquier cosa que implique a mujeres más interesadas en ti que en historias clínicas.

No respondo. No necesita estímulo alguno para continuar.

—¿Y ella? —insiste—. La… asistente.

—Mi asistente sigue siendo eficiente —respondo con el tono más neutro posible.

Lo que no digo: eficiente, adaptable y con un talento irritante para ocupar espacio sin pedir permiso. Las últimas semanas se han convertido en una sucesión de ajustes, algunos planeados, otros no.

Ha aprendido rápido la coreografía de mi mundo, pero encuentra formas de improvisar pasos en medio. Pequeñas brechas. Pequeñas grietas.

—Sabes que «eficiente» es una palabra horrible para responder a un amigo curioso —dice, recostándose—. Sirve para Recursos Humanos, no para mí.

—Entonces resérvala para Recursos Humanos.

Se ríe solo, como si el silencio fuera una respuesta llena de detalles.

El móvil vibra sobre mi escritorio. Reconozco el nombre en la pantalla. No contesto. Rafael sigue mi mirada y veo cómo alza una ceja.

—¿Tu padre?

—Sí.

—¿Todavía quiere fijar la fecha de tu boda?

Una vez más, no respondo. Sigo mirando los gráficos, pero la pregunta queda suspendida en el aire y él sabe que mi falta de respuesta constituye una confirmación suficiente.

—¿Ya te he dicho que debería abrir una agencia de organización de eventos? —prosigue Rafael—. Especializada en plazos imposibles e invitados a los que nadie quiere ver.

—Él no fija plazos imposibles. —Cierro la pantalla del paciente—. Impone plazos y espera que todos corran.

—Y tú siempre has corrido —dice con mayor seriedad, aunque enseguida recupera el tono provocador—. ¿Quizá ahora ya no? Quién sabe, a lo mejor corres en otra dirección.

—Estás especulando demasiado.

—Y tú me estás dando demasiado la razón al no negarlo —advierte, arqueando una ceja, y lo único que hago es volver a ignorarlo—. Menos mal que mis padres tuvieron más de un hijo —dice cuando se instala el silencio, porque ese es su enemigo número uno. Rafael hace la señal de la cruz en el aire de forma exagerada—. Así no cargo yo solo con la responsabilidad de dar gloriosa continuidad al linaje.

Niego con la cabeza y me pregunto cuánto tiempo más tendré que soportar esta conversación inútil.

—Hablando de linajes… ¿te puedes creer que una loca con la que me acosté en Inglaterra tuvo la desfachatez de enviarme un mensaje esta semana diciendo que espera un hijo mío?

Levanto una ceja.

—¿Te has revertido la vasectomía y no me lo has contado?

—¡Claro que no! —La ofensa en su voz resulta casi cómica—. ¿Por qué iba a hacer una locura semejante?

—Entonces, ¿qué le respondiste?

—Que debía repetir las cuentas o, como mínimo, la prueba de ADN… con otro. —Se encoge de hombros—. Pero me quedé pensando… ¿y si fuera verdad?

—Habrías descubierto que los milagros no son monopolio de la Biblia.

Rafael se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Menos mal que, conmigo, los milagros solo ocurren en la mesa de operaciones. Y, hablando de milagros… —dice como si cambiara de tema, aunque mantiene el mismo tono—. Eso es lo que ha ocurrido con ese sujeto, Anselmo. Ha desaparecido del mapa de una forma… limpia.

Lo miro, sabiendo ya adónde quiere llegar.

—He oído que lo han detenido —continúa, estudiando mi reacción —. ¿Coincidencia?

Lo miro por encima de la pantalla.

—Tienes una fijación con las coincidencias.

—No. Me fascinan las intervenciones quirúrgicas fuera del quirófano. —Su sonrisa es la de quien sabe más de lo que dice—. Limpio, rápido… y permanente.

—No va a tocarla. —Punto final.

Lo que no digo: que no es solo una cuestión de seguridad. Se trata de cumplir lo que le dije. De la confianza silenciosa que vi en los ojos de Alice cuando prometí que me ocuparía.

Rafael me observa durante un instante y después sonríe de medio lado.

—Me gusta cuando hablas como si estuvieras exponiendo un caso ante el consejo.

—Es lo que sé hacer.

—Y por eso eres un pesado. —Se levanta, se arregla la corbata y se dirige a la puerta—. Pero… a veces hasta tú tienes que admitir que ciertas variables merecen el riesgo.

—Hoy no.

—Hoy no —repite mientras abre la puerta—. Pero estaré aquí cuando llegue ese día.

Cuando sale, la consulta recupera su silencio habitual.

Miro la pantalla, pero no veo los números. Veo las últimas semanas en secuencia: el café nocturno compartido sin conversación, el pasillo después del entrenamiento, el salón cuando ella se quedó dormida frente al televisor, la madrugada en la terraza el día de mi cumpleaños.

Pequeñas desviaciones que no estaban en el contrato. Pequeñas desviaciones que permití o que sucedieron antes de que pudiera evitarlas.

El control no consiste en la ausencia de imprevistos. Consiste en elegir cuáles permanecen. Y, hasta ahora, yo estaba eligiendo dejarlos permanecer.

El móvil vuelve a vibrar. La misma llamada. La rechazo. Abro la siguiente historia clínica y regreso al trabajo.

35.

ALICE BRAGA

Me despierto como si alguien me hubiera llenado las articulaciones de arena durante la noche.

Cada movimiento parece crujir por dentro. Me arde la garganta en ese punto concreto que convierte hasta el acto de tragar saliva en una tarea. El estómago da vueltas perezosas y amenaza con rebelarse en cualquier momento.

Me levanto despacio, como quien procura no despertar su propio cuerpo, y voy al baño. El agua fría en la cara no cambia nada. La imagen del espejo no hace más que confirmarlo: piel pálida, ojeras profundas y el cabello extrañamente apagado después de haber recuperado algo de brillo durante las últimas semanas.

Aun así, me pongo la ropa de siempre para ir al hospital.

Bajo a desayunar, intentando convencer a mis pasos de que son normales. La mesa está puesta como todos los días: café solo, fruta cortada, pan todavía caliente.

Basta el olor del café para que mi estómago proteste. El calor del pan sube acompañado por una arcada seca, sin previo aviso. Aprieto los dedos contra los muslos, intentando disimular mientras me siento.

Respiro hondo.

Error.

El aroma dulce de la fruta mezclado con el café hace que mi cuerpo comprenda que estoy en guerra con él.

Arthur cruza mi campo de visión, ya con la chaqueta puesta y el maletín en la mano, el nudo de la corbata impecable.

—Buenos días.

Tardo dos segundos en conseguir responder.

—Buenos días. —La voz me sale débil, rasposa.

Ya ha pasado junto a mí cuando se detiene, como si hubiera percibido el retraso de mi reacción. Se vuelve y, en unos pocos pasos, está frente a mí. Su mano se posa en mi frente antes de que pueda reaccionar.

—¿Qué notas?

—Nada.

Su mirada deja claro que la respuesta no cuela. Fingir nunca ha sido una opción aquí.

—¿Te duele el cuerpo?

—Un poco.

En realidad, parece que me ha atropellado un coche.

—¿La garganta?

—Me pica.

—Tienes fiebre.

No es una pregunta, sino una constatación.

—Tal vez.

—¿Náuseas?

Asiento apenas.

Da un paso atrás, como si organizara mentalmente la información, y me examina de arriba abajo.

—¿Por qué te has levantado de la cama?

—Porque tengo que ir a trabajar.

La mirada que me dirige no necesita palabras. Es su versión de «respuesta incorrecta». En silencio, se quita la chaqueta y la deja sobre el respaldo de la silla. Empieza a aflojarse la corbata.

—¿Qué… qué estás haciendo? —pregunto con la voz más débil de lo que me gustaría.

—¿Qué parece que estoy haciendo, Alice? —La corbata acaba sobre la mesa—. Cuidando de ti.

—Hoy ninguno de los dos irá al hospital.

—Pero tú… tú nunca faltas.

Se inclina ligeramente y apoya las manos en la mesa, cerca de las mías.

—Porque nunca tengo nada lo bastante importante como para hacerlo.

Me quedo mirándolo, intentando encontrar una respuesta, pero la presión detrás de los ojos y el peso del cuerpo no dejan espacio para razonamientos largos. Me tiende la mano.

—Vamos.

Dejo que me ayude a levantarme. Su mano me sostiene con firmeza, pero sin prisa, como si ahora mi ritmo fuera el único que importa.

Mientras me guía de vuelta a la habitación, siento el contraste de la temperatura de la casa, el aire acondicionado fresco contra la piel caliente, y cada paso hace que mis piernas cuestionen la lógica de haberme levantado de la cama en primer lugar.

Cuando me siento, acomoda la almohada, saca una manta del armario y me cubre con ella.

—Agua —dice, y desaparece durante un instante. Regresa con un vaso y un comprimido—. Antitérmico.

Obedezco, sin fuerzas para protestar.

—Duerme. —Utiliza el mismo tono con el que dice «Cumple con la agenda». Pero, por primera vez, no hay después ningún plazo ni ninguna tarea. Solo la orden de parar.

Cierro los ojos. El último sonido que oigo antes de quedarme dormida es el clic discreto de la puerta al cerrarse y el eco lejano de sus pasos alejándose por el pasillo.

Me despierto sin saber exactamente cuánto tiempo ha pasado. La habitación está en penumbra, con la persiana bajada hasta la mitad y una luz suave filtrándose en el interior. El aire tiene ese aroma limpio y ligeramente dulce que queda cuando alguien acaba de pasar por allí.

Arthur está sentado en el sillón, con el portátil sobre las piernas y la corbata en el brazo de la butaca. No me mira de inmediato; está terminando de escribir algo. Solo cuando vuelvo a cerrar los ojos oigo su voz.

—¿Cómo estás?

—Mejor… creo. —La garganta todavía me raspa, pero la fiebre parece haber bajado un poco.

Cierra el portátil, lo deja en la mesa auxiliar y se acerca a la cama. Me pone la mano en la frente como si fuera el gesto más automático del mundo.

—Sigues caliente.

Coge el termómetro, me lo coloca bajo la axila y espera en silencio. Cuando el aparato pita, mira la pantalla y asiente, más para sí mismo que para mí.

—Ha bajado un poco.

Se aparta, pero solo para volver con una bandeja: una taza de té humeante, un cuenco de sopa clara y dos rebanadas de pan. Como si hubiera calculado incluso el tiempo que dormiría para que coincidiera con la comida programada.

—Come despacio.

—No tengo mucha hambre… —empiezo, pero él se limita a arquear una ceja.

Suspiro y cojo la cuchara.

El té tiene exactamente el calor y el sabor necesarios para calmarme la garganta. La sopa es ligera, casi sin condimentos fuertes, y aun así reconforta. Cuando termino, retira la bandeja y vuelve al sillón.

La fiebre me arrastra otra vez hacia un estado de somnolencia. Entre una cabezada y otra, percibo que sigue allí, trabajando con el portátil, atendiendo llamadas en voz baja, sin alejarse nunca más de unos minutos.

El sonido de unos pasos que se acercan es lo que me despierta por segunda vez. Arthur lleva las mangas remangadas, no tiene chaqueta y trae otro vaso de agua y un comprimido más.

—Hora de reforzar la medicación.

—¿De verdad estás trabajando desde aquí? —pregunto con voz ronca.

—Como hoy has decidido tener fiebre, me ha parecido prudente mantenerte bajo una estrecha supervisión.

El tono es seco. Lo que hay entre líneas no.

Bebo el agua y vuelvo a recostarme en la almohada. Esta vez se sienta en el borde de la cama y sus dedos rozan el borde de la manta para acomodarla.

—¿Te molesta algo más?

—No… —respondo, aunque por dentro quiero decir otra cosa.

Quiero preguntarle por qué está haciendo todo esto, por qué le parece tan natural renunciar a un día entero en el hospital para quedarse aquí.

Se levanta, vuelve a coger el portátil y regresa al sillón.

—Duerme un poco más.

Cierro los ojos, sintiendo cómo el peso de mi cuerpo se hunde en el colchón. El sonido de las teclas y el ritmo firme de su respiración

son lo último que registro antes de sumergirme de nuevo en el sueño.

Me despierto otra vez y, esta vez, la habitación está más oscura, con la luz de la calle filtrándose entre las persianas, y durante un momento creo que estoy soñando.

Arthur está sentado… en mi cama. Apoyado en el cabecero, con el portátil abierto sobre las piernas y las piernas estiradas. Ha cambiado el traje por una camiseta oscura y unas bermudas, pero sigue pareciendo… Arthur.

—Qué sueño tan extraño… —murmuro, casi sin darme cuenta de que he hablado en voz alta.

No aparta los ojos de la pantalla.

—¿Te gustaría explicar por qué?

La lucidez regresa de golpe. No, no es un sueño. Es real. Arthur Mendonça está sentado en mi cama, trabajando como si este fuera su despacho particular.

Cierra el portátil, lo deja sobre la mesita de noche y se levanta. Regresa unos segundos después con una bandeja.

—Come.

Miro la sopa y después a él.

—¿Qué se siente al haber pasado de cirujano brillante a ser mi camarero particular? —pregunto sin saber por qué. Solo siento que necesito… ponerlo a prueba.

No responde. Se limita a apoyar la bandeja sobre mi regazo. Empiezo a comer sin apartar los ojos de él. Se da cuenta.

—Desde aquí puedo oír cómo giran los engranajes de tu cerebro —dice impasible.

Apoyo la cuchara en el borde del cuenco, respiro hondo y lo suelto:

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué me cuidas así?

Mira la cuchara que tengo en la mano, no a mí.

Pongo los ojos en blanco y tomo otra cucharada.

—¿Estás segura de que leíste nuestro contrato con atención antes de firmarlo? —responde con otra pregunta cuando queda satisfecho con el número de cucharadas que me he llevado a la boca.

—Lo leí, claro que lo leí —murmuro—. Todas las cláusulas. Pero… no pensé que la cláusula de «cuidado» significara… esto. Ni que fueras a tomártela tan… en serio.

—Que no sepas interpretar las respuestas no significa que no estén ahí.

—Qué borde… —refunfuño en voz baja, convencida de que no me oirá.

Alza las cejas. Vuelvo la cara hacia el otro lado como si no hubiera pasado nada y tomo otra cucharada de sopa.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta.

—Todavía tengo sueño.

—Es normal. El cuerpo quiere dormir para recuperarse. —Hace una breve pausa—. Entonces duerme. Yo haré lo mismo.

Cuando me doy cuenta, ya se está quitando la camiseta. Abro los ojos de par en par.

—Solo vamos a dormir, Alice. —Su voz es firme, como quien corta de raíz una interpretación equivocada.

También se quita las bermudas, se queda en calzoncillos y se tumba a mi lado.

—¿Vas a… dormir? ¿Conmigo?

—Necesito vigilarte. Tu historial médico no permite descuidos. Todo es importante.

La forma en que dice «todo es importante» suena como un diagnóstico, pero estoy demasiado ocupada intentando asimilar la

parte en la que va a dormir conmigo.

Dos meses viviendo bajo el mismo techo, follando casi todas las noches, y nunca había mostrado interés en esto. De acuerdo, no es exactamente interés… es vigilancia. Pero aun así.

Arthur apaga la luz sin dejar espacio para discutir. La habitación queda sumida en un silencio que solo mi respiración acelerada impide que sea absoluto.

Basta sentir su calor, incluso sin que me toque, para que mis pensamientos pierdan fuerza. El sueño llega tan rápido que parece haber sido convocado. Y entonces me duermo.

36.

ARTHUR MENDONÇA

Los hábitos de años moldean el cuerpo para que funcione antes que el mundo. Por eso abro los ojos a la misma hora de todos los días, sin necesidad de que suene un despertador. La diferencia es que esta vez no estoy solo.

Alice duerme de lado, vuelta hacia mí, con el rostro parcialmente escondido por la almohada. El pelo le cae en ondas desordenadas y su respiración es profunda e irregular, como la de alguien que todavía no se ha recuperado por completo. La fiebre ha bajado. Lo percibo por el calor más uniforme de su piel, sin necesidad siquiera de tocarla.

No suelo compartir la cama. Ni siquiera después del sexo. Sobre todo después del sexo. Es más eficiente que cada cual vaya a su lado, a su espacio. Mantiene el entorno limpio, previsible.
Pero anoche… anoche fue diferente.

No hubo ningún cálculo. Solo la constatación de que necesitaba vigilancia y la decisión de hacerlo de la forma más eficaz. No es intimidad. No es afecto. Es cuidado, y cuidar es un método.

Aun así, el simple hecho de que esté aquí, ocupando el mismo espacio durante horas sin que yo sienta la necesidad de poner fin a la situación, es… una anomalía.

Su mano se mueve bajo la manta, un reflejo inconsciente, y sus dedos rozan la sábana cerca de mi cadera.

Un contacto mínimo, pero suficiente para que una parte de mí registre que han pasado ya dos meses desde que entró en esta casa y que, a pesar de todos los parámetros que establecí, empiezan a acumularse pequeñas excepciones.

El control no se pierde de una vez. Se desgasta en microfisuras. Anoche dejé que se abriera una.

Podría decir que fue solo por la fiebre, que mañana todo volverá a la normalidad. Pero no sería del todo cierto.

Miro el reloj: 4:52. A la hora de todos los días, dentro de veinte minutos, ya estaría en pie, duchado, vestido de forma impecable, con un café solo en la mano. Hoy no.

Es sábado y no estoy de guardia, de modo que hoy no son necesarios los ajustes que tuve que hacer ayer para no ir al hospital. Sin embargo, los haría si fuera preciso.

Estiro el brazo para alcanzar el mando del aire acondicionado y bajo la temperatura. Ella se mueve, refunfuñando algo que parece una protesta.

—Hace demasiado calor —digo—. Vas a asarte.

—Hace frío… —llega el murmullo somnoliento.

—Será peor si sigues sudando.

Me levanto despacio para no despertarla, voy a la cocina y pido que dejen a mano todo lo que pueda necesitar, pero que nadie circule cerca de la habitación hasta nuevo aviso. La empleada de guardia alza las cejas, aunque no hace preguntas.

Regreso con un vaso de agua y un comprimido. Ella sigue dormida. La sombra de malestar en su rostro se acentúa cuando respira más hondo.

Me inclino.

—Alice —digo mientras le toco el hombro, pero la única respuesta es un gruñido amortiguado.

—Ahora… no… —murmura, volviéndose aún más hacia la almohada.

—Es la hora de la medicación.

Le acerco el comprimido a los labios. Ella hace un mohín de protesta, con los ojos todavía cerrados, y aparta mi mano.

Suspiro.

—¿Quieres ponerlo difícil? —No es una amenaza. Es una constatación.

Le sujeto la barbilla con cuidado, deslizo el comprimido dentro de su boca y mantengo el vaso a su alcance.

—Traga. —La voz me sale baja, pero con ese tono que no admite alternativas.

Obedece, todavía con los ojos entrecerrados, y después susurra:

—Pesado…

La ignoro.

Me quedo sentado allí, observándola regresar al sueño mientras su respiración vuelve a encajar en un ritmo más estable. No pienso en retomar mi rutina. En realidad, no pienso en nada. Me limito a quedarme.

El portátil ya está sobre mis piernas cuando se despierta por segunda vez. No me doy cuenta de que son casi las diez hasta que veo los dígitos en la esquina de la pantalla.

Se mueve despacio, con el rostro todavía marcado por el sueño, y empieza a subirse el borde de la camiseta de manga larga como si quisiera quitársela.

—No. —Sujeto la tela antes de que suba más—. No hagas eso.

—Tengo calor —replica con voz ronca y los ojos entrecerrados, como si el argumento fuera incontestable.

—Entonces será mejor que te duches. —Cierro el portátil.

Ya está levantándose antes de que termine la frase. Prácticamente salto del sillón para sujetarla por el brazo.

—No hace falta —refunfuña, intentando soltarse.

Esta versión suya, debilitada y contrariada, es más difícil de manejar que cualquier otra.

—Que estés enferma no significa que espere menos obediencia de ti.

—No voy a hacer promesas que no sé si podré cumplir. —La comisura de sus labios dibuja casi una sonrisa—. Eres un enfermero pésimo.

—¿O eres tú una paciente mimada?

—Soy una paciente adulta.

—Una cosa no excluye la otra. —Mantengo la mano firme en su brazo hasta guiarla al baño—. Y yo soy cirujano. Ser enfermero exige otro nivel de paciencia.

—¿Y por qué estás aquí?

—Porque no tienes otra opción.

La siento en el banco de madera mientras preparo el baño. Lleno la bañera y ajusto la temperatura del agua sin apresurarme. La pruebo con la mano y giro el grifo un cuarto de vuelta más hacia la izquierda.

Ni lo bastante caliente para aumentar la fiebre ni lo suficientemente fría para causarle un malestar real, aunque sin duda se quejará.

—Ven. —Mantengo un tono neutro; es solo una orden funcional.

Alice toca la superficie con la punta de los dedos y retira la mano como si hubiera preparado una piscina de hielo.

—Está helada.

—Está a la temperatura ideal para bajar la fiebre.

—Ideal para un pingüino. —El sarcasmo suena débil, pero sigue ahí.

No discuto. Le tiendo la mano y espero a que acepte mi ayuda para levantarse del banco.

—Quítate la ropa.

—Puedo hacerlo sola. —La respuesta llega demasiado rápido para resultar convincente.

—No se trata de que puedas. Se trata de no malgastar energía.

Me mira como si quisiera replicar, pero la fiebre ya le ha arrebatado casi todas las fuerzas. Cuando empieza a tirar del borde de la camiseta, me acerco y termino el movimiento, pasándole la prenda por encima de la cabeza.

La camiseta cae en un rincón. El pantalón va después, despacio, porque todavía quiere demostrar algo aunque ni siquiera sabe qué.

—Así es más fácil.

Mantengo el tono neutro, como si fuera solo una parte del procedimiento, apoyo una rodilla en el suelo frío y espero.

Se queda de pie, desnuda, con el cuerpo cubierto únicamente por el tenue calor del baño, y me dirige una mirada que pretende ser desafiante, pero que la fiebre suaviza a medio camino. Entra despacio en la bañera. El agua asciende por su piel y le eriza los brazos.

Sumerjo en el agua un cuenco que ya había dejado preparado y la dejo caer sobre su pelo. El sonido es amortiguado, casi íntimo.

El olor del champú que he elegido se extiende por el aire cuando empiezo a trabajar la espuma con los dedos sobre su cuero cabelludo.

—Relájate. —Inclino el cuerpo para que mi voz llegue cerca de su oído—. Será más rápido si dejas de encoger los hombros.

Noto cuándo cede, no porque quiera, sino porque su cuerpo siempre responde a mi tono antes de que su mente se decida.

Mis movimientos son firmes, circulares; bajan por las sienes y suben hasta la coronilla. La espuma se desliza hacia la nuca y sigue el trazo de la columna cervical.

No hay nada intencionadamente sugerente en mi forma de tocarla, pero hay cuidado, y eso, con ella, siempre cambia el

ambiente.

—¿Qué fue lo primero que compraste con tu propio sueldo? —pregunta de repente mientras le aclaro el pelo.

—Un traje.

—Qué previsible. —Cierra los ojos, con una sonrisa perezosa en la comisura de los labios—. Yo compré un billete.

—¿De quién huías?

—De todo el mundo. —La sonrisa permanece, pero pierde ligereza.

No insisto. Inclino el cuenco y vierto el agua tibia lentamente para retirar todo el champú.

Paso los dedos entre los mechones para asegurarme de que no quede nada; el tacto sigue el recorrido del agua por la curva del cuello hasta el hombro. Su piel reacciona con un escalofrío que no tiene relación con la temperatura.

Le inclino la cabeza hacia atrás y dejo que el agua le corra por la nuca y los hombros.

—Perdona —dice de repente—. Puede que… esté demasiado gruñona.

—¿Puede? —pregunto, y mi tono no deja espacio para dudas.

Alice se ríe y me gusta oír ese sonido, aunque quede amortiguado por el agua. La verdad es que siempre me gusta.

—No estoy acostumbrada a… esto —hace una breve pausa, como si comprobara si quiere continuar—. A que alguien me cuide y le importe si debo quitarme o no la camiseta mientras tengo fiebre.

—¿Y no fue precisamente ese uno de los motivos por los que firmaste aquel contrato? —pregunto sin rodeos.

—Sí —admite—. Sí… pero… de verdad no pensé que me lavarías el pelo.

Otra risa. La comisura de mis labios se alza.

—Cuidar es una parte intrínseca de poseer, Alice. A todos los niveles. Sigo teniendo que repetírtelo, así que quizá deba empezar a pensar en un castigo adecuado para esta obstinación concreta: cuido de lo que es mío.

Suspira. Cojo el bote de acondicionador, lo extiendo por las palmas y trabajo el producto sobre los mechones, deslizándolo hasta las puntas.

—La primera vez que enfermé lejos de casa tuve mucha fiebre. Pasé dos días sin poder levantarme —dice sin que yo se lo pregunte.

—¿Y quién te cuidó?

—Nadie. Aprendí pronto a arreglármelas sola.

La información permanece. Le aclaro el acondicionador, manteniendo una mano firme sobre su frente para impedir que el agua le corra por la cara.

—Pedir ayuda no es una debilidad. Es una señal de madurez.

—El problema es que dejar que alguien te cuide es… demasiado íntimo. Más que el sexo, en mi opinión.

El comentario llega acompañado por una media sonrisa, como si fuera una provocación destinada a hacerme pensar.

No le doy la satisfacción de verme reaccionar y paso al jabón, empezando por los hombros. La espuma le corre por los brazos hasta que nuestras manos se encuentran. Al girarle la muñeca para lavar la cara interna, reparo en una cicatriz fina.

—¿Cómo te la hiciste? —pregunto mientras enjabono la piel con cuidado.

—Me resbalé en la cocina de un restaurante donde trabajaba.

Una respuesta rápida, automática. Demasiado rápida para contener toda la verdad. Continúo, bajando por el brazo hasta la mano, entrelazando mis dedos con los suyos para retirar la espuma.

—No me gusta no poder moverme como quiero.

La declaración viene acompañada por un leve movimiento de retirada.

—El control es relativo. —Paso el jabón por la clavícula y bajo por el escote—. Aquí estás segura, aunque no mandes sobre nada.

—Estar segura y ser sumisa son cosas distintas.

—No siempre.

Me coloco detrás de ella y le enjabono la espalda, trabajando la espuma en círculos lentos a lo largo de la columna.

—¿Sabes cuál fue mi primera impresión de ti? —pregunta, mirando el agua.

—No.

—Que eras engreído, arrogante… y demasiado guapo para ser de fiar.

—Y yo me equivoqué contigo.

—¿En qué te equivocaste?

—Responderé parcialmente. —Le aclaro la espuma de la espalda y le pido que se vuelva.

Paso el jabón por el costado de su cintura y subo hasta el espacio entre las costillas y el brazo. Me observa en silencio, algo poco habitual. Cuando alzo la mirada, advierto que estudia cada movimiento como quien intenta predecir el siguiente.

—Lo haces todo como si tuvieras un manual interno —dice, inclinando ligeramente la cabeza—. Hasta bañarme.

—Así es más eficiente.

—¿Y si no hubiera ningún manual? —Arquea una ceja—. Si tuvieras un día libre sin obligación alguna, ¿qué harías?

—Organizaría la agenda del mes y revisaría mi planificación trimestral.

Se ríe.

—No sabes lo que es descansar.

—Descansar es tener el control.

Inclino el torso para lavarle las piernas y le sujeto el tobillo para limpiar entre los dedos. Cuando termino, la ayudo a levantarse y la envuelvo en una toalla, cerrándola con firmeza alrededor de su cuerpo.

—Entonces… ¿esto ha sido cuidado o posesión?

—Ambas cosas. —Le ajusto la toalla sobre los hombros—. Y no tengo intención de elegir solo una.

37.

ALICE BRAGA

La luz que entra por la abertura de la cortina tiene el color cálido de un sábado cansado cuando abro los ojos.

La casa guarda un silencio más espeso de lo habitual, como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo, y durante un instante no sé si ha sido la medicación o la fiebre lo que me ha envuelto en una bruma.

Respiro hondo y noto la sábana fría donde mi piel debería estar caliente; solo entonces me doy cuenta de que, a pesar del aire acondicionado, estoy sudando. Giro la cabeza hacia la derecha y encuentro a Arthur sentado en el sillón de la habitación, con el portátil apoyado en el muslo, las mangas remangadas y el rostro inmóvil como una pared.

Las teclas repiquetean al mismo ritmo que el reloj de la mesita. Con cada golpe, el mundo parece ajustarse un milímetro más.

—Sabes que esto no es vida, ¿verdad? —mi voz sale ronca y más pequeña de lo que pretendía.

No levanta los ojos.

—Imaginé que agradecerías un día libre.

—¿Un día libre? —Se me escapa una risa breve, deshidratada—. Esto no es descanso. Es una cárcel.

El tecleo se detiene. El silencio llena la habitación como el agua llena un vaso. Arthur alza la mirada despacio, solo hasta mí, calibrando mi expresión insolente y el pelo pegado a mi frente. Después cierra el portátil con un clic cuidadoso, como quien echa la llave a un cajón de bisturíes.

—Te sientes asfixiada, ¿es eso? —pregunta sin levantarse.

—Exactamente. —Aparto la sábana, y la piel se me eriza mientras los músculos protestan por el movimiento—. No es que no sepa vivir… —empiezo, pero me detengo al advertir que estoy a punto de decirle que el problema es él, no la habitación. La habitación es grande, enorme. Pero Arthur es más grande. La llena de tal manera que me hace sentir aplastada contra las paredes. No es una sensación desagradable, pero no estoy segura de cómo manejarla—. Es como si… —dejo que mi mano dibuje un círculo en el aire mientras busco las palabras—. Como si las paredes estuvieran acolchadas por fuera, pero fueran duras por dentro… No sé. Una bonita habitación de aislamiento.

Un músculo se mueve en su mandíbula. No es una risa, pero tampoco desaprobación. Algo intermedio.

—Y atrevida también, por lo que veo.

—¿Por decir la verdad? —Vuelvo a tumbarme, con la cabeza pesada como una piedra, pero sigo mirándolo, con el valor anclado en la fiebre—. ¿O por quejarme de quien me cuida? Una cárcel es una cárcel, con té o sin él.

Respira hondo una vez. Se levanta sin prisa, como si todo su cuerpo tuviera engranajes que necesitaran lubricarse con cada gesto, y se acerca a la cama. Su mano se posa un segundo en mi frente: seca, firme, clínica. Debería esperar el veredicto médico. En cambio, dice:

—Levántate.

—Acabo de decir que me siento asfixiada, no que quiera… —Me detengo porque la frase sale con menos aire del que tengo—. ¿Levantarme para ir adónde? —pregunto, entornando los ojos.

—A respirar. —Retrocede dos pasos, con los ojos todavía fijos en los míos—. Quieres salir de esta habitación. Voy a sacarte de aquí. Ahora.

—¿Me estás castigando por hablar? —Reprimo una sonrisa, un poco infantil por necesidad.

—Te estoy dando lo que has pedido. —Arthur se vuelve hacia el vestidor y, antes de que pueda entenderlo, empieza a sacar… mantas. Dos, tres. Más almohadas de las que debería poseer cualquier persona decente—. Y, por favor, no discutas. Gastarás el poco aliento que te queda.

—No estoy… —Toso— discutiendo.

—Sí lo estás —zanja con esa seguridad de quien emite diagnósticos sin dejar espacio para una segunda opinión—. Ponte la bata. Despacio.

La fiebre me vuelve dócil durante dos minutos enteros, tiempo suficiente para que me ayude a ponerme la bata y me rodee la cintura con un brazo, con la palma firme y serena sobre la zona lumbar, como si ese hueso hubiera sido creado para recibir aquel peso. La sensación es extrañamente correcta y, por eso mismo, peligrosa.

El pasillo hasta el salón parece más largo de lo que recordaba. Con cada paso cambia el olor de la casa: madera pulida, algo cítrico que utiliza el personal, el tenue aroma metálico de la estructura de la escalera y, más lejos, el reposo del sofá esperando.

Y él, constante, guiándome como quien conoce el camino y, por primera vez desde que nos conocemos, decide no enseñar, sino limitarse a llevarme.

Llegamos al salón. Arthur se dirige directamente a la chimenea, abre la portezuela y la enciende con una destreza que me enfada no haber sabido que poseía.

El chasquido de las primeras llamas se alza como un suspiro que también es mío. En cuestión de minutos, hay en el suelo, frente a la chimenea, un territorio mullido, indecentemente cómodo, formado por capas de mantas y almohadas. Coloca dos en el centro, les da unos golpecitos para ablandarlas y, por fin, me mira.

—Siéntate.

—Parece que te hayas entrenado para darme órdenes. —Me siento de todos modos, porque en este momento la gravedad conspira con él—. No sabía que tenías chimenea.

—Casi nunca la uso.

—Entonces, ¿por qué…?

—Porque has dicho que te sentías asfixiada. —Arthur no me mira a mí, sino al fuego—. Y, extrañamente, me ha parecido que valía la pena solucionarlo.

Siento que la sonrisa nace antes de que llegue a existir. No es gracioso. Pero, cuando quiere, sabe herir con delicadeza.

La madera empieza a desprender un aroma dulce y el calor allí, en el suelo, parece extenderse por músculos cuya existencia ni siquiera recordaba. Arthur saca el móvil del bolsillo y, sin preguntar, baja el volumen del equipo de sonido. Solo quedan el sonido de la chimenea, la respiración y yo.

—Eres una compañía pésima para un sábado —lo acuso, tumbándome de lado sobre dos almohadas, con la bata demasiado ceñida a la cintura.

—Estoy aquí —responde con sequedad.

—Pero no hablas.

—Mi trabajo no es entretenerte.

—Menos mal. Te despedirían —digo, y mi risa es algo que no había planeado.

Oírla parece dejarlo… atento. Quizá curioso. No se ríe, pero la línea de sus labios se relaja un milímetro.

Pasamos un rato sin nada más que el fuego. Entonces, por obstinación o por una gratitud que no quiero confesar, me arrastro un poco más cerca de él hasta que mi pierna roza el borde de su pantalón. No se aparta. En cambio, apoya el codo en una almohada y gira ligeramente el cuerpo hacia mí.

—¿Cuándo fue la última vez que te sentaste en el suelo? —pregunto.

—Hoy —dice sin parpadear.

—Antes de hoy.

—No lo recuerdo —admite, y no suena como una excusa. Suena como una sentencia.

—Qué triste —comento con los ojos fijos en el fuego—. Aquí se está cómodo.

—Lo sé. Lo he preparado yo.

La respuesta es arrogante, pero merece una sonrisa. Se la doy.

La fiebre sube y baja como una marea lenta; la percibo a medida que mi cuerpo se calienta y se debilita, pero ahora sigue una cadencia más suave. El calor intensifica el olor del cuero de los sillones y el salón se transforma en un capullo de sombras y tonos anaranjados.

Arthur, con una paciencia que no encaja con la leyenda que me había formado sobre él, me acomoda una manta sobre las piernas con una precisión casi ridícula. Las puntas alineadas, los pliegues como si contaran la historia de alguien que no soporta nada fuera de lugar, ni siquiera el malestar de los demás.

Cuando me doy cuenta, he apoyado la cabeza en su hombro. La camisa que lleva huele a limpieza impecable y a un resto de perfume caro que siempre finjo no advertir.

Su hombro posee una firmeza convincente. No hace ningún comentario. Pero su respiración cambia de manera imperceptible, se vuelve más profunda. Un sí tácito.

El crepitar se convierte en nuestro reloj y, con él, el cuerpo pide una tregua. Cierro los ojos durante un tiempo que podría haber durado una canción entera. Cuando los abro, me está observando como lo hizo antes: clínico y, sin embargo… cercano.

Algo dentro de mí comprende que aquí empieza un territorio nuevo, donde el cuidado no nace solo de la obligación, sino de una voluntad a la que él todavía no ha puesto nombre. Y yo, que siempre he sido entrenada para reconocer las puertas que no se abren, decido no forzarla. Me limito a quedarme.

***

La noche llega alrededor del fuego, como si primero se hubiera oscurecido el techo y después todo lo demás. Arthur ha vuelto al portátil durante una hora, dos; he perdido la cuenta, pero ahora está otra vez a mi lado. Hemos tomado sopa y comido tostadas, y eso ha sido una sorpresa. Siempre había imaginado que Arthur era una de esas personas convencidas de que la sopa no es una cena.

—Me aburro —digo con la insolencia de quien ya ha soportado demasiado silencio—. Creía que eras un hombre de soluciones, Arthur.

Solo me responde con una mirada. La promesa de que semejante osadía tendrá un precio. Por favor, estoy deseando pagarlo. Hacer cualquier cosa que no sea estar tumbada, entrar en calor, enfriarme y existir.

—Soluciona mi aburrimiento, por favor —pido, y me dirige esa mirada de quien sopesa ventajas e inconvenientes sin parecer que está sopesando nada.

—Muy bien —dice, acomodándose sobre la almohada—. Vamos a jugar.

—¿A jugar? —Abro mucho los ojos, satisfecha—. Lo sabía. En el fondo de toda alma controladora hay un niño que inventa reglas.

—Examen de lucidez —decreta—. Cada pregunta que respondas con vacilación me da derecho a comprobarte la fiebre.

—Eso tiene un nombre. Se llama «aprovecharse de la paciente».

—Es medicina aplicada. —Su mano ya busca el termómetro frontal en la bandeja—. ¿Preparada?

—Nunca. —Me tumbo de lado, de cara a él, abrazando una almohada contra el pecho—. Adelante.

—Primera pregunta: ¿cuándo fue la última vez que pediste ayuda antes de necesitarla?

—Ayer —suelto rápidamente, orgullosa.

—Mentira. —Arthur se acerca y el termómetro roza mi sien como un beso que no se reconoce como tal. El pitido confirma el gesto y la fiebre. Asiente, satisfecho con el pretexto—. Otra vez.

—Pedí ayuda cuando… —La frase muere en la curva entre el recuerdo y aquello que quiero callar—. De acuerdo. Una vacilación equivale a un toque en la frente. Ya entiendo el juego.

—Segunda pregunta: si pudieras revivir un único día de tu vida, ¿cuál elegirías? —Entorna los ojos, atento a mi reacción.

—Un día en la playa, en Paraty. Tenía nueve años, la marea estaba baja y mi mayor problema era perder el cubo rojo en el agua. —La sonrisa aparece sola, pero dura poco—. Ya no sucede.

—Interesante. —Acerca el termómetro a mi sien lentamente, como si me concediera tiempo para cambiar de opinión—. Un día sin utilidad práctica alguna.

—A veces eso es lo que me gusta —digo, y la comisura de sus labios casi se mueve.

—Ahora me toca a mí. —Alzo la barbilla—. ¿Qué es lo más impulsivo que has hecho?

—Una operación de emergencia en un aeropuerto —responde sin vacilar.

—Eso no es un impulso, es currículum —lo provoco.

—Estaba de vacaciones —añade, y entonces sí cuenta como impulso.

—Otra —pido—. ¿Qué te gustaría que la gente nunca diera por supuesto sobre ti?

Tarda en responder, pero lo hace:

—Que no sé adaptarme.

—¿Y sabes hacerlo? —Arqueo una ceja.

—Estoy aquí, ¿no? —El termómetro vuelve a tocarme la frente, con un roce ligeramente más prolongado de lo necesario.

—Siguiente —prosigue—. ¿Cuál es el sonido más reconfortante que conoces?

—El ruido de una olla a presión —respondo sin pensar, y me río al ver su expresión—. Es el sonido de que viene comida.

—La comida como medicina… previsible —juzga, pero hay algo menos clínico en su voz.

—Tu turno. —Apoyo el codo en la almohada—. ¿Qué no sabes hacer en absoluto y nunca has admitido?

—Responder esa pregunta iría completamente en contra de su esencia —contesta con demasiada rapidez. Pongo los ojos en blanco, aunque me río por lo bajo.

—Entonces otra —añado—: ¿cuándo fue la última vez que te arrepentiste de algo… que no dijiste?

Tarda en responder. Ya estoy a punto de celebrar su vacilación cuando dice:

—Hoy.

—¿Conmigo? —No consigo disimular el brillo bobo de mis ojos.

—Has entendido la regla. —El termómetro vuelve a posarse en mi frente. Me río en voz baja, sabiendo muy bien dónde piso.

El silencio posterior no está vacío; es el que aparece cuando dos personas ya han dicho más de lo que pretendían.

La cercanía, la fiebre, el juego: todo hace vibrar el aire entre nosotros con una electricidad silenciosa. En algún momento, sin que lo advierta, mi mano ha encontrado el puño de su camisa y juega

con el borde doblado: despliega un centímetro, vuelve a doblarlo. Él mira el gesto y lo permite.

—La última —dice, con la voz un tono más baja—. ¿Cuándo dejarás de poner a prueba los límites?

—Cuando dejes de existir —respondo con una sonrisa—. O cuando me canse de ganar.

—No estás ganando —afirma, aunque el brillo de sus ojos dice lo contrario.

Llevamos el juego hasta el límite posible sin precipitarnos al abismo. Cuando llega el cansancio, lo hace de una forma agradable. Me estiro junto a Arthur; mi cuerpo ya no sabe dónde termina el frío y empieza el calor.

Pasa un brazo por detrás de mí, vacila durante un segundo que registro para la posteridad y apoya suavemente la mano sobre mis costillas. Me quedo quieta, temiendo espantar esa especie esquiva de gesto.

Entonces el mundo cabe en dos sonidos: el fuego vivo y su respiración, que voy memorizando como si fuera una canción que ya nunca quisiera olvidar.

38.

ALICE BRAGA

La noche del domingo tiene un color concreto. Es el color de las promesas que el lunes vendrá a cobrar y del final de cualquier excusa que te hayas inventado.

He pasado el día negociando con mi cuerpo lo que puede y no puede hacer y, a estas alturas, me siento, si no entera, al menos ambulante.

Sin embargo, lo que quiero es algo muy concreto que me acompaña desde la infancia, desde los tiempos en que la fiebre convertía la cama en un barco en plena tormenta y el olor de la cocina era una tabla de salvación.

—Quiero preparar mis buñuelos —anuncio por tercera vez, sentada en el nido que continúa reinando en medio del salón—. Y quiero hacerlo ahora.

Arthur no levanta los ojos del portátil. Ha pasado todo el día con él y, aun así, parece tener paciencia de sobra para aguantar varias horas más.

—No —responde sin elevar la voz—. Todavía te estás recuperando.

—Ya sé que me estoy recuperando. —Me subo la manta hasta la barbilla y, al mismo tiempo, la arrojo lejos porque tengo demasiado calor—. Pero quiero esto. Es lo único que como siempre que enfermo. Es un ritual. Y hoy es el último día de licencia poética. Mañana volveré a ser un modelo de conducta.

—Lo dudo —dice, y algo en la forma en que lo hace despierta en mí ganas de reír y de morder al mismo tiempo.

—Quiero… —respiro y compongo la voz— …¡mis buñuelos! —exijo como una niña mimada, sin avergonzarme lo más mínimo.

—Todo lo que necesitas comer para recuperarte por completo está preparado. Cualquier otra cosa es un capricho. —Cierra una ventana del portátil con la convicción de un juez—. El personal tiene el día libre. Hoy nadie va a cocinarte buñuelos.

—Los cocinaré yo —replica mi obstinación.

—No —vuelve a decir, como si la palabra bastara.

—¡Por favor! —repito, consciente de que estoy sobrepasando los límites como he hecho durante todo el fin de semana y quizá ahí resida la gracia—. ¡Esto es ridículo! Soy una mujer adulta, vivo en esta casa y tengo derecho a preparar media docena de buñuelos sin tener que suplicarlo —argumento, y los ojos de Arthur se alzan hacia mí. Allí está la luz de incendio que solo aparece cuando tenso demasiado la cuerda: controlada, pero candente—. ¿Por favor? —repito por si acaso—. Y, si es necesario, acepto un castigo después.

—Ah, puedes apostar a que lo aceptarás —se asegura de confirmar—. Puede que ahora no estés en condiciones —considera, casi educado—, pero eso no durará eternamente.

—Lo sé —respondo, tragándome el escalofrío que me recorre la columna—. Lo aceptaré de buen grado si puedo comerme mis buñuelos.

Durante un segundo, nada se mueve en su rostro. Después, el sonido del portátil al cerrarse es un golpe nítido en el aire.

—Dos buñuelos, ni una miga más —decreta—. Muy bien. Vamos. —Se levanta.

—¡Lo sabía! —Doy un salto, demasiado contenta para mi propio bien, y me arrepiento un microsegundo después por culpa del corazón acelerado por los restos de fiebre—. Prometo… —No prometo nada.

Lo sigo, atravesando el salón, que todavía parece un campamento y huele a madera quemada mezclada con té.

En la cocina, la luz es distinta, más fría, y las encimeras de piedra gris parecen el escenario de otra versión de nosotros. Arthur empuja la puerta con el hombro y, cuando doy un paso para rebuscar en la nevera, apoya una mano sobre mi hombro y me guía con firmeza hasta los taburetes.

—Siéntate.

La palabra es ley.

—Yo voy a cocinar —lo desafío, ya riéndome, ya derrotada.

—Yo voy a cocinar —corrige—. Tú me das las instrucciones.

—No sabes hacerlo.

—A estas alturas, ¿sigues creyendo que me prestaría a hacer algo con menos que excelencia? —pregunta arqueando una ceja. Abro la boca, pero no sale ningún sonido. Tiene razón. Arthur abre la nevera —. Dime.

La sensación de que él me obedezca tiene un sabor inédito. Le digo: mantequilla, azúcar, el cazo correcto, el punto en que la mezcla queda lo bastante homogénea, la cantidad de canela que no lo arruina, el agua que hay que dejar reposar y no derramar, y el toque final que, anuncio como si revelara un secreto familiar, es lo que cura.

Lo ejecuta todo con una seriedad ridícula, observando cada detalle con los ojos de quien aprende para no olvidar jamás. La precisión de su mano al sujetar las varillas me produce un orgullo que no me pertenece.

En algún momento me río sola al ver el cuidado que dedica a algo que, para mí, siempre ha sido lo opuesto a la precisión: la comida es cariño, desorden, improvisación. Ver a Arthur improvisar con método es como contemplar una tormenta a la que están enseñando a pasar la fregona.

—Ahora remueve despacio —pido, levantándome del taburete lo suficiente para mirar dentro del cuenco—. No raspes el fondo; ve

soltándolo…

—Sé escuchar —dice, mirándome por encima del hombro.

Esta vez su mirada contiene algo parecido a… diversión. Lo sorprendo sonriendo, una sonrisa breve y secreta, y mi corazón hace lo que le da la gana.

—Más harina —pido, intentando ocultar mi propia sonrisa—. Eso es. Ahora pruébalo.

Lo prueba con la cuchara de madera y permanece tres segundos sin hacer ningún comentario; parecen tres capítulos.

—Está… —empieza.

—Si dices «aceptable», te arrojo este cazo a la cabeza —amenazo, y su risa brota entera, cálida, sin pedir permiso. La guardo en un bolsillo dentro de mí para escucharla después.

—Está bueno —capitula—. Está… bueno.

—¿Está qué?

—Está perfecto. —Y, por alguna razón, la palabra en sus labios tiene el peso de un contrato firmado.

Después de poner la masa en los moldes y estos en el horno, llega el turno de la cobertura de chocolate.

El vapor del cazo se condensa en los mechones de mi pelo; la cocina tiene ese olor que me transporta a cualquier otro lugar donde haya vivido y, a la vez, a ninguno: mantequilla, canela, lo correcto en el momento preciso.

Arthur apaga el fuego y, cuando se vuelve con la cuchara todavía en la mano, estamos demasiado cerca. Yo no retrocedo. Su cuerpo tampoco. Respiramos el mismo aire durante el tiempo suficiente para que el perímetro del mundo se reduzca.

Apoyo las yemas de los dedos en el borde del delantal que no lleva —solo es la camisa, pero esa es la imagen que aparece en mi

cabeza— y subo un poco más, tocando primero la tela y después la piel.

No dice nada. Se limita a apartarme un mechón de la cara con el dorso de los dedos, un gesto limpio, hermoso, y en él hay un cuidado que, si lo acepto sin reírme, cambiará el punto en el que se encuentra nuestra historia.

—Todavía te estás recuperando —dice casi sin voz.

—Así me recupero más rápido —replico, inclinando el rostro hacia el suyo y sintiendo cómo su calor se suma al mío en un dibujo peligroso.

—No —dice, y el «no» llega desde tan cerca que podría ser un beso—. Podría… —Se detiene, buscando una palabra que no delate el delito—. Podría hacer que te corrieras, pero has desobedecido durante todo el fin de semana. Y no te lo mereces.

La acusación me atraviesa como una línea sobre la piel: fina, precisa, excitante. Me río por lo bajo, esa clase de risa que nace en lo profundo y dice «he entendido el juego». Extiendo la mano y le toco la cintura; mis dedos ascienden por la tela y perciben el contorno bajo la camisa. Me sujeta la muñeca con firmeza, como quien impone una frontera sin retroceder. Su mirada es la de siempre: acero. Pero allí algo cede, sutilmente.

—Por favor —pido, y ese «por favor» no es una rendición. Es una llave.

Tarda un segundo, dos. Su mano se relaja alrededor de mi muñeca. Avanzo un poco, lo suficiente para que nuestros cuerpos se rocen, y toda la electricidad acumulada durante el fin de semana hace su trabajo.

El beso llega sin que ninguno lo anuncie: primero un contacto seco, después otro más prolongado y luego su boca de verdad, caliente e intencionada, que me hace olvidar dónde ha dejado el cazo. Cuando me aprisiona por la cintura, pienso que este es el lugar: exacto, peligroso, nuestro.

—Todavía estás… —empieza, y yo acallo la frase con la boca, con las manos, con una urgencia calibrada para no destruir lo que hemos construido a base de silencio.

Lo permite durante un tiempo que no se mide con relojes. Mi mano, envalentonada por la fiebre y por él, viaja más de lo debido. La protesta que debería llegar se queda atrapada en su garganta. Lo siento vacilar: un paso en el límite de lo que él llama control.

—Por favor —repito—. Si no merezco correrme porque he desobedecido, déjame al menos compensarte por tu paciencia —pido con mimo, y la mano de Arthur viaja hasta mi cuello, con la mirada firme en la mía y nuestros labios pegados.

Los suyos se estiran en la sonrisa de quien sabe demasiado. Su pulgar se introduce entre nuestras bocas y tira de mi labio inferior hacia abajo.

—Tantos desafíos, Alice… —murmura—. No espero menos que la docilidad prometida cuando llegue el momento de recibir tus castigos.

Sonrío, porque puede que eso no sea un sí, pero tampoco es un no. Mis dedos se cuelan dentro de sus bermudas, después bajo los calzoncillos, y mi piel roza la suya, caliente y dura.

Entonces el mundo se reduce al sonido bajo de nuestras respiraciones, al metal frío de la encimera contra mi espalda y a la manera en que por fin me sujeta la nuca, decidido, como quien firma.

—Alice… —pronuncia mi nombre como si lo probara por primera vez.

—Lo sé —respondo, sabiéndolo.

El resto lo entiende la cocina por nosotros. El tiempo se ralentiza, la luz de la campana extractora dibuja sombras en el acero del fregadero y hay un instante en el que solo oigo mi nombre pronunciado entre dientes y esa clase de «sí» que no necesita gramática.

Mis manos trabajan sin detenerse, de la manera que Arthur me ha enseñado que le gusta, hasta llevar su cuerpo al límite, con los músculos tensos y la respiración atrapada en la garganta.

La mano que me sujeta la nuca aprieta un poco más, como si quisiera mantenerme allí un segundo adicional.

—Arthur… —susurro, sintiendo cada trazo de tensión recorrer su piel—. Quiero sentirte. En mi boca —pido—. Por favor.

Cierra los ojos durante un instante, como si la frase hubiera atravesado todas sus defensas. Cuando vuelve a mirarme, el acero sigue allí, pero está agrietado.

Su mano se desliza lentamente desde mi barbilla hasta la línea de la garganta y el pulgar presiona suavemente, probándome. No retrocedo.

Su respiración se vuelve más profunda, como si contara los segundos antes de ceder. Tiene la mandíbula trabada, la punta de la lengua humedeciéndole los labios, y por un momento creo que va a negármelo solo para demostrar que todavía puede hacerlo.

Me empuja hacia abajo con firmeza hasta que mis rodillas tocan el suelo. El sonido amortiguado del contacto con el piso resuena en el silencio denso de la cocina.

A partir de ahí, el mundo se reduce a la forma en que me guía, controlado y entregado al mismo tiempo. Su calor, el sabor metálico del aire entre nosotros, la cadencia que se acelera y que, aun así, intenta contener.

Siento que el momento se aproxima en los estremecimientos de su cuerpo, en la forma en que se le tensa la mandíbula, y sé que ya no existe distancia posible entre lo que él quiere y lo que yo he pedido.

De rodillas, con la mirada alzada y las manos apoyadas a ambos lados de sus caderas, respiro como quien emerge del agua. Y él, que por lo general no lo permite, lo permite.

Arthur se corre con la fuerza de algo inevitable y yo lo recibo sin apartar los ojos de él, guardándome el instante exacto en que deja de controlar y permite que sea mío. El descanso posterior es una especie de luz.

Permanecemos así durante un segundo que vale por muchos. Arthur, todavía jadeante, me apoya una mano en la frente, pero esta vez no es para medir la temperatura. Después la desliza hasta mi barbilla en un gesto que nunca le había visto: un agradecimiento sin palabras. Sonrío, pequeña y entera.

—Ahora… —susurro con esa voz de seda que cuesta— …vas a probar nuestros buñuelos.

Se ríe. Otra vez esa risa completa, sin pedir permiso. Y es hermosa porque, en el fondo, es una capitulación.

—Lo haré —dice, y me ayuda a levantarme, firme, pulcro, como siempre—. Y después beberás agua, tomarás la medicación y volverás al salón. Porque mañana es lunes y has prometido ser un modelo de conducta.

—He dicho «tal vez» —corrijo, apoyándome en la encimera.

—Yo he anotado «sí». —Saca los moldes del horno, desmolda dos buñuelos, coloca cada uno en un plato, los cubre con la salsa y me entrega uno—. Y, por algún motivo que todavía pienso investigar, hoy te creo.

Me siento en el taburete con el buñuelo caliente entre las manos. El primer bocado sabe a hogar, a todos los hogares que he tenido y a todos los que he inventado.

Lo miro por encima del borde y me resulta imposible no volver a sonreír. Arthur coge su propio buñuelo y me observa como quien termina una operación y, al quitarse los guantes, se permite el lujo de contemplar al paciente mientras despierta.

—Gracias —digo.

—No abuses —replica, pero el «no» suena más pequeño y, por primera vez desde que lo conozco, suena feliz.

39.

ARTHUR MENDONÇA

El timbre de la planta suena dos veces seguidas y, desde mi despacho, reconozco el patrón: entrega de suministros, retraso administrativo.

El hospital posee sonidos que se convierten en relojes. El reloj de esta mañana marca «ineficiencia». Abro el correo para confirmar la agenda y encuentro el asunto que esperaba: Beneficencia — lista definitiva — jueves. Hago clic, bajo hasta los nombres y me detengo donde necesito: Alice Braga.

Salgo del despacho sin cerrar el portátil. Encuentro a Alice en la mesa exterior, demasiado erguida, con los hombros tensos y los ojos alternando entre la tableta y un bloc de papel. En el vaso de agua que tiene al lado ascienden pequeñas burbujas: se lo han rellenado hace poco.

Me habría satisfecho comprobar que se está hidratando, como ordené antes de salir de casa, si el resto de las señales no delatara que está incumpliendo la otra orden que le di.

Alice sujeta el bolígrafo demasiado cerca de la punta, señal de quien fuerza la letra cuando está cansado. Su caligrafía es firme, pero empieza a volverse agresiva.

—¿Situación? —pregunto sin aminorar el paso.

—La operación del doctor Nóbrega está confirmada, la reunión con Patrícia se ha trasladado a las quince y el departamento jurídico ha enviado el borrador del convenio con Santa Laís. —No mira sus notas. Lo ha memorizado. Bien.

—¿Y tú?

Parpadea.

—¿Yo…?

—¿Has comido?

—Todavía no.

Dejo de caminar. El pasillo huele a café viejo y desinfectante.

—Diez minutos. Un sándwich y fruta. Tráelos a la sala de reuniones B. —Miro el reloj—. Ahora.

Asiente y se levanta con tanta rapidez que la silla raspa el suelo.

En la sala B, el aire acondicionado está dos grados por encima de lo necesario. Lo ajusto uno.

Alice entra con una bandeja: pan integral, queso, una manzana. El visitante anterior ha dejado un olor a perfume dulce que no encaja con el espacio. Abro un palmo las ventanas automáticas.

—Siéntate.

Señalo la silla de la izquierda, no la de enfrente. Obedece sin preguntar. Coge la manzana, pero no la muerde. Espera.

—He advertido que falta un asunto en tu agenda de esta semana.

—¿Cuál? —pregunta frunciendo el ceño, como si repasara mentalmente el calendario del mes entero.

—El jueves. Hotel Renaissance. —Le paso la invitación. Papel grueso, tipografía limpia, nombres donde corresponde—. Un acto benéfico. Vendrás conmigo.

El silencio posterior no es de desobediencia explícita, sino de procesamiento.

Alice parpadea, endereza la postura y por fin murmura:

—Pensaba que… no era el tipo de ocasión en la que yo tendría… cabida.

—No es una elección, Alice. —Mantengo el tono neutro—. Tu nombre figura en la lista desde hace meses.

Frunce todavía más el ceño. La manzana queda en su mano como un objeto sin manual de instrucciones. Durante un segundo, sus ojos

se dirigen a la ventana, no a mí.

—¿Desde… antes del contrato?

Asiento sin prisa.

Su mirada oscila entre la indignación y la curiosidad, pero se queda a medio camino: ese terreno ambiguo en el que nunca sabe si darme las gracias o sentirse invadida.

Alice desliza la yema de un dedo por el relieve de la invitación. Ese pequeño gesto siempre revela más que un párrafo.

—¿Por qué? —La pregunta sale baja, pero clara. Tiene la inflexión de «qué significa esto para mí», no la de «por qué decidiste sin consultarme». Bien.

Me inclino hacia delante y apoyo los antebrazos en la mesa.

—Porque, incluso antes de que supieras de mi existencia, yo ya había decidido saber de ti. —Sé que esa respuesta puede interpretarse de varias formas, todas verdaderas en distinto grado. Dejo que la pausa dure exactamente lo necesario para que la idea se asiente—. Y porque no improviso en público.

Asiente despacio. Vuelve a mirar la manzana y por fin le da un mordisco. Demasiado pequeño para alguien que tiene hambre.

—Come. —Es una orden, no un consejo.

Come.

—Es un acto social, Alice. Médicos, empresarios, filántropos. No se trata de glamour, sino de imagen. —Mantengo la voz limpia, objetiva—. Estarás a mi lado como mi asistente. Eso significa que cada gesto tuyo se reflejará en mí.

Le explico lo esencial sin convertirlo en una lección: donantes importantes, nombres a los que hay que saludar primero, distancias que deben mantenerse, distancias que deben acortarse.

El estilo del acto exige la misma precisión que un quirófano, pero con peor iluminación y demasiado ego por metro cuadrado. No me

gustan las multitudes; me gustan los mapas. Le doy el mapa.

—Entendido.

—Perfecto. —Cojo una carpeta y la deslizo hacia ella—. Este es el programa del acto. Estudia los nombres. Quiero que sepas identificar a cada uno antes de que lleguemos.

Pasa los dedos por la cubierta de la carpeta, como si tanteara el alcance de la orden.

—¿Esto… forma parte de mi trabajo? —pregunta, pero no es una duda; es una provocación.

—Todo lo relacionado conmigo forma parte de tu trabajo. —Inclino el rostro y fijo los ojos en los suyos—. Lo he repetido suficientes veces para que no quede ninguna duda.

El silencio posterior no es de sumisión. Es de resistencia contenida. Alice respira más hondo y tiene la mandíbula tensa. Sé reconocer los pequeños desafíos; siempre preceden a una ruptura o a una petición.

—¿Alguna objeción? —pregunto.

—No. —Su voz delata un hilo de ironía—. Solo me ha parecido… curioso que decidieras por mí antes incluso de que dijera que sí.

Inclino la cabeza.

—Decido por ti en muchas cosas, Alice. Este acto es solo una más.

Sostiene mi mirada durante tres segundos, más de lo habitual, y después la desvía hacia el programa.

Hay fuego ahí. Fuego útil, siempre que esté controlado. Me recuesto en la silla.

—El jueves. Un vestido sobrio, adecuado para el ambiente. Negro o azul oscuro. Hombros cubiertos. —Hago una pausa—. Y nada de sarcasmo.

Alice se muerde el labio inferior. Un gesto inconsciente, pero siempre elocuente.

—Sí, señor —responde.

Ese «señor» resuena como una victoria discreta.

Dejo que el silencio se acomode. El sonido del reloj llena el despacho y cada segundo es una oportunidad para estudiar la forma en que aprieta la carpeta contra el regazo, como si sostuviera un escudo.

Mis ojos recaen sobre la curva de su cuello, donde el rubor todavía persiste. Pequeñas señales. Pequeñas excepciones. Microfisuras en el control. Son las que más me interesan.

La carpeta permanece entre sus manos, con los dedos apretando el lomo con una fuerza innecesaria. El gesto dice más que la voz: resistencia no expresada, pero cultivada.

Me ajusto la corbata mientras la observo por encima del borde de unas gafas que no necesito usar.

—Vas a practicar. —Dejo caer la frase limpia, sin verbo auxiliar ni adorno—. Esta noche cenaremos fuera. A solas. Quiero ver cómo te comportas en un entorno social antes del jueves.

Alza la mirada con rapidez, casi alarmada.

—¿Fuera? ¿A solas?

Arqueo una ceja como respuesta y Alice suspira como si preguntara: «¿Por qué no puedes ponérmelo fácil?».

Se humedece los labios, como quien busca una réplica que no existe. La carpeta todavía pegada al regazo es su último vestigio de defensa.

—Entendido. —La palabra sale seca y, aun así, el timbre revela un hilo de nerviosismo.

—¿Crees que doña Dalva soportará otra noche sin que tú la acuestes?

—Se está acostumbrando. Sabíamos que no podríamos mantener esta rutina para siempre, pero la echo de menos.

—Sabes que puedes visitarla cuando quieras.

—Lo sé. Gracias.

Asiento. El reloj marca la hora exacta y el sonido metálico de las agujas es la única interrupción en el aire.

No añado nada. No es necesario. El silencio restante dice lo suficiente: el jueves no será solo un acto.

Será el primer escenario donde lo profesional y lo personal dejarán de existir como fronteras diferenciadas. Y quiero ver hasta dónde aguanta bajo esa clase de luz.

40.

ALICE BRAGA

No era solo un vestido. Era un uniforme.

Negro, discreto, de una tela lo bastante pesada para imponer forma y ligereza al mismo tiempo. Los hombros cubiertos, la falda cayendo en el punto preciso: ni demasiado corta para sugerir ni demasiado larga para desaparecer. Lo encuentro extendido sobre mi cama cuando llego hoy a casa después del hospital.

Aunque quisiera discutir, no habría lugar para hacerlo: me queda como si lo hubieran moldeado sobre mi cuerpo.

Los zapatos, menos cómodos de lo que deberían, me recuerdan la contradicción exacta que mencionó durante la cena del lunes: parecer adecuados sin parecer fáciles. Eso era lo que Arthur Mendonça hacía con todo: simplificar una ecuación imposible.

En el coche, el silencio no es el habitual. No es el silencio funcional de cuando vamos al hospital. Es otro: está lleno del sonido no pronunciado de que ahora ya no se puede fingir que no formo parte de su perímetro.

Me acomodo las manos sobre el regazo y solo advierto lo inquieta que estoy cuando él dice:

—Te estás apretando los dedos como si quisieras rompértelos.

Los suelto despacio, ruborizándome.

—Solo estoy… nerviosa.

Vuelve el rostro hacia mí y, durante un segundo, sus ojos claros se clavan en los míos con una intensidad que parece atravesar capas. Después se limita a ajustar su cinturón de seguridad y vuelve la vista a la carretera.

—No tienes por qué estarlo. No improvisas. Solo sigues.

El tono no es amable, pero tampoco frío. Es… una promesa.

El vestíbulo del Renaissance huele a flores caras y pulimento reciente. El salón, sin embargo, tiene otro aroma: perfume en exceso, vino abierto demasiado pronto, tensión social enmascarada con risas sonoras.

Arthur camina como si el espacio le perteneciera, y quizá sea así. Saluda a dos, tres, cuatro personas, cada gesto calculado para parecer espontáneo. A mí, a su lado, me presenta sin énfasis, pero con precisión:

—Mi asistente, Alice Braga.

Cada vez que pronuncia mi nombre se enciende una chispa. No es la palabra, sino la forma en que la sostiene en el aire, como si fuera indiscutible que estoy aquí porque él lo ha querido.

Sonrío. Mido la mano que estrecho, calculo la distancia entre un «mucho gusto» y el siguiente. En cada intercambio, siento el peso de su mirada evaluando cómo me muevo por este tablero.

Hasta que aparece Rafael. Por supuesto que aparecería.

—Vaya, vaya, Mendonça, ¿robando las estrellas antes de que empiece el acto? —Su voz atraviesa el murmullo y me veo envuelta en ese encanto expansivo que llena todos los espacios—. Alice, querida. Estás deslumbrante.

Me sostiene la mano más tiempo del debido. Me río sin saber si es por nerviosismo o ironía. Arthur no se mueve. Se limita a observar.

—Doctor Leme. —Mi voz suena educada, profesional—. Me alegro de volver a verlo.

—«Doctor Leme»… —Rafael finge recibir una puñalada en el pecho—. Después de tantos cafés no correspondidos, esperaba al menos un «Rafael».

Sus ojos me hacen reír por reflejo, pero los de Arthur… están fijos, limpios, como un bisturí sobre la mesa.

—Es un acto benéfico, Rafael —dice Arthur con sequedad—. No la hora del recreo.

—Ah, pero hasta durante las operaciones necesitas una pausa para respirar. —Rafael me guiña un ojo antes de apartarse—. No la mates de aburrimiento, Mendonça.

Se aleja dejando tras de sí un rastro de perfume amaderado y un silencio que duele. Respiro hondo, intentando recomponerme.

Arthur no hace ningún comentario. Se limita a inclinarse un centímetro hacia mí, lo suficiente para que solo yo lo oiga:

—Bien. Has mantenido la compostura.

Es un elogio. El primero de la noche.

Más saludos. Más nombres. Un hombre de pelo blanco me hace preguntas sobre mi formación como si pusiera a prueba la consistencia de mi papel aquí.

Una mujer elegante me ofrece una tarjeta y dice que parezco tener «buena cabeza para la administración». En cada interacción, Arthur está lo bastante cerca para ser la sombra que regula el espacio.

El pasillo lateral está lleno de gente con demasiadas copas en la mano. Un hombre de habla pastosa y corbata floja me bloquea el paso; su sonrisa es demasiado fácil para resultar inofensiva.

—Asistente, ¿eh? —dice, inclinándose más de lo debido—. Un título bonito para una mujer tan… competente. —Su mano me roza el brazo con demasiada lentitud para que sea accidental.

Mi cuerpo se pone rígido. Retrocedo medio paso, dispuesta a responder, pero no hace falta.

Arthur ya está allí. No llega rápido ni de forma brusca. Sencillamente, está presente. El silencio que se instala en el pasillo pesa más que cualquier palabra.

—Retire la mano —dice en voz baja, tan limpia como un bisturí.

El hombre se ríe, incómodo, pero obedece.

—No pretendía ofender…

—Pero lo ha hecho. —Arthur no eleva la voz, pero cada sílaba posee el peso de quien está acostumbrado a no repetir una orden—. Y no habrá una segunda vez.

El hombre retrocede, con la vergüenza más visible que el alcohol. Arthur se limita a volver el rostro hacia mí y, durante un segundo, veo algo en su mirada que no es cálculo. Es una advertencia.

No digo nada. No es necesario. Camino a su lado de regreso al salón, con el corazón acelerado no por el hombre que ha retrocedido, sino por el otro, el que nunca retrocede.

Cuando por fin nos sentamos a la mesa y empiezan a servir la cena, advierto que tengo la espalda tensa como una cuerda.

—Respira —dice en voz baja, sin apartar los ojos del plato—. El escenario es más pequeño de lo que parece.

Obedezco.

El acto termina con aplausos protocolarios. El salón empieza a deshacerse en grupos más pequeños y las conversaciones se diluyen.

Mientras caminamos de vuelta al coche, el frío de la madrugada de São Paulo entra por los pasillos del hotel, y solo entonces me doy cuenta: no he cometido ningún error. Ningún tropiezo, ninguna desviación.

Debería sentirme aliviada. Pero me llena otra cosa: la certeza de que, por primera vez, alguien me ha mostrado en público como parte de sí mismo.

Arthur me abre la puerta del coche. Un gesto sencillo, pero poco habitual. Entro.

El silencio durante el trayecto de regreso no es pesado. Es eléctrico. Como si cada respiración dijera: has superado la prueba, pero todavía no has visto nada.

Y sé que tengo razón.

41.

ARTHUR MENDONÇA

El timbre del ático suena una vez, breve, funcional, y detiene mi embestida a mitad de camino. El cuerpo de Alice se pone rígido bajo mis manos en un pequeño reflejo; su respiración pierde el compás durante un segundo y después busca mi ritmo como quien tantea una barandilla en la oscuridad.

El domingo tiene un sonido propio en mi casa. Antes de Alice era un día de pura pausa, el silencio de un hospital después de la jornada. Esa clase de silencio que no está vacío: es calibración. Ahora sigue siendo calibración, pero con preguntas demasiado atrevidas y demasiado poco silencio.

Aquí el timbre significa dos cosas: error o emergencia. Error administrativo o emergencia familiar. Miro el reloj de la mesita: 10:07. Ningún error suele subir hasta la última planta a las diez de la mañana de un domingo.

El telefonillo vibra sin urgencia; me empeño en no soltar a Alice. El silencio se prolonga de forma deliberada. No por crueldad, sino por diagnóstico. Su cuerpo responde, dispuesto, dúctil, y ya estoy a punto de retomar el movimiento interrumpido cuando se enciende sola la pantalla del panel de la pared: Conserjería.

—Ignóralo —susurra sin abrir los ojos, con la voz rasposa por el deseo.

No lo ignoro. Alcanzo el control del panel sin apartarme de encima de ella. Un toque breve. La pantalla se abre.

El rostro del portero aparece encuadrado por la cámara, profesional, pero tenso. Es una comunicación unidireccional. Yo lo veo y lo oigo; él solo me escucha.

—Buenos días, doctor. Don Francisco Mendonça está en el vestíbulo. Dice que nadie responde a la puerta.

El nombre cae como metal frío dentro de un vaso de agua.

Siento que Alice se pone alerta bajo mi cuerpo; no es exactamente miedo, sino una forma de encogerse aprendida. Un repliegue de convento, pienso, recordando lo que ya me ha contado.

Sus manos suben de manera natural hasta mis hombros, como si el contacto pudiera negociar con el tiempo.

Salgo de ella despacio, no por escrúpulos, sino por método, y apoyo la frente contra la suya durante un segundo. La piel de Alice todavía conserva el calor denso de las sábanas. Abre los ojos, turbios, y solo entonces el rubor le alcanza las mejillas.

—¿Qué pasa? —Su voz sale fina, a medio camino entre la vigilancia y la vergüenza—. ¿Le ha ocurrido algo a…?

—No. —Le rozo la barbilla—. Es mi padre.

La palabra «padre» suele funcionar en mí como un detonante de auditoría. En su sistema, los domingos son puntos de control; los almuerzos, inspecciones.

Para Francisco, llegar tarde no es un descuido, sino una falta de respeto. Hace semanas que no voy.

Alice parpadea rápidamente, como quien calcula las salidas: la puerta del vestidor, el baño, la terraza. Su instinto más antiguo, el de desaparecer, ensaya primero.

—¿Quieres que yo…? —No termina la frase, pero conozco las frases por sus mitades. La palabra es «me esconda».

Frunzo el ceño, no por el contenido, sino por la hipótesis. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Le acomodo la sábana sobre la cintura y respondo con el mismo tono con el que pongo fin a una discusión estéril durante una reunión:

—Claro que no, Alice. Vives aquí y seguirás viviendo durante los próximos nueve meses y medio, como mínimo. No tiene sentido que

finjamos algo distinto.

Asiente despacio, sin sentirse del todo aliviada. Su sí viene acompañado de tensión muscular.

Abre la boca como si fuera a plantear otra objeción —contrato, confidencialidad, riesgo— y vuelve a cerrarla. En cambio, se desliza hasta el borde de la cama, coge la camisa blanca que yo había dejado sobre el respaldo y se la pone. La camisa se la traga; en el espejo, durante un instante, parece una marca mía, visible, sencilla.

Me pongo un pantalón de chándal y una camiseta, y me echo agua en la cara.

—Terminaremos lo que hemos empezado —digo mientras me detengo a medio camino de salir de la habitación solo para rozar mis labios con los de Alice.

—Te lo voy a exigir —responde con una sonrisa provocadora, aunque todavía tiene las mejillas rojas. Yo alzo una sola comisura de los labios.

Cada vez con mayor frecuencia me descubro disfrutando de ese rasgo de su personalidad. Salgo de la habitación irritado por haber tenido que salir de dentro de la mujer que permanece en ella.

Cuando atravieso el pasillo, el olor de la colonia de Francisco ya se ha apoderado de la mitad del salón: tabaco, ámbar, un fondo que se niega a quedar anticuado. Ese olor se adhiere a la madera.

Mi padre está de pie, contemplando una fotografía antigua del hospital: la inauguración del primer edificio, mi abuelo en el centro y él a su lado, más joven y con la misma postura de puntal. No le gusta sentarse antes que el dueño de la casa. No por educación, sino por estrategia.

—Hace semanas que no apareces por nuestro almuerzo dominical ni respondes a mis llamadas.

No se vuelve. El mensaje va dirigido al cristal.

—He estado ocupado.

Mantengo el volumen bajo y la voz limpia. Aquí, «ocupado» es tanto anestesia como provocación; ambos lo sabemos.

Deja el periódico doblado sobre la mesa como quien presenta una prueba: los nombres destacados en la columna de sociedad, las cifras recaudadas en el último acto benéfico. No hace ningún comentario. No es necesario. Su método es la insinuación documentada.

El leve sonido de unos pasos en el pasillo me hace volverme antes que él. Alice aparece en el marco de la puerta, con el pelo recogido a toda prisa, mi camiseta sustituida por un vestido ligero —no me gusta—, descalza y con un vaso de agua medio lleno en la mano.

Casi imperceptible, aparece también el gesto de hacerse pequeña: retrocede medio paso cuando nos ve de perfil. Pretendía pasar directamente a la cocina, invisible, comprendo. No se había dado cuenta de que estaríamos aquí. Su expresión de sorpresa es toda la confesión que necesito.

Francisco siempre detecta primero aquello que puede humillar sin ensuciarse las manos.

—¿Con tu… asistente? —La palabra entra retorcida, pulida por una repugnancia discreta. No es pregunta ni afirmación: es una sentencia.

Alice se detiene. El músculo de su hombro derecho sube un milímetro; el vaso tiembla apenas lo suficiente para que yo lo advierta. Clavo la mirada en Francisco, no porque ella lo necesite, sino porque no permito que nadie ponga nombre a lo que es mío sin mi consentimiento.

—Alice se ocupa de mi agenda —respondo con voz plana—. Y de mi casa cuando es necesario.

Una de sus cejas sube un grado. «De mi casa» ha sido deliberado. Lo ha visto y archivado. Siempre lo archiva todo.

—Buenos días, don Francisco —dice Alice antes de que pueda detener su impulso de ser amable. Su voz sale educada, con la ese

de «señor» suave. No le tiembla la voz; solo la mano—. Con permiso.

Atraviesa el salón economizando los gestos, con la cabeza erguida, los ojos en el vaso y siguiendo la ruta más segura posible. Pasa junto a mí y noto la temperatura de su piel, todavía caliente, rozar la mía cuando me entrega el vaso como quien completa un protocolo.

No le toco la mano, no es necesario, pero dejo que la cercanía dure el tiempo suficiente para que mi padre comprenda que no es casual.

—Tú no haces guardias los domingos, Arthur —dice Francisco, mirándome ahora, con esos ojos claros donde otros ven frialdad y yo veo cálculo—. ¿O eso ha cambiado sin que me lo comunicaran?

—Los médicos siempre estamos de guardia —respondo.

Me siento. Le indico el sofá de enfrente. Él no se sienta allí; elige el sillón lateral, un ángulo de entrevista. Acomoda el periódico en el brazo de la butaca y alisa el pantalón sobre las espinillas. Todo en Francisco es alineación.

Alice retrocede hacia el pasillo con el ruido controlado de quien no quiere molestar. Cuando desaparece, respiro mejor. No por vergüenza, sino por estrategia: una conversación con mi padre no es un escenario para espectadores. Pero el daño ya está hecho, y yo he elegido que así sea al decirle que no tenía que esconderse.

—Necesito coordinar algunas cosas contigo —empieza, con el timbre de un consejo formulado como una orden—. La dirección quiere cerrar el calendario trimestral de donaciones. Faltaste al almuerzo y el viernes dejaste a Renata hablando sola. La impresión que estás dando es…

—Yo me ocupo de mi imagen personal. En el hospital, habla con Renata —lo interrumpo. No es una grosería; es delimitación—. Y, cuando falte a un almuerzo, concertarás otro con antelación. Hoy es domingo. Estás en mi casa.

Asiente una vez, casi satisfecho con la fisura que ha provocado. La mayor especialidad de Francisco consiste en señalar una frontera y avanzar un paso como si fuera una prueba.

—Interesante —murmura, mirando el borde del vaso sobre la mesa—. La casa está más… viva.

La palabra «viva» queda entre nosotros como una migaja envenenada. Nunca utiliza «llena». Utiliza «viva», que es sinónimo de «fuera del patrón previsto».

—El café está en la cocina —informo, sin ofrecérselo—. Puedes pedírselo al servicio.

—Me serviré yo mismo. —Se levanta con la ligereza calculada de quien no quiere parecer viejo. A medio camino se detiene y vuelve la cabeza hacia mí—. Entonces, ¿vas a volver a almorzar conmigo, como haría un hombre sensato, o prefieres que siga viniendo a buscarte?

—Trabajo con agendas, no con nostalgia —respondo.

Sonríe sin enseñar los dientes. Su sonrisa solo aparece cuando encuentra una pieza que faltaba en el tablero. Antes de dirigirse a la cocina, lanza la última frase como distracción:

—El acto benéfico del jueves produjo buenas fotografías. A la prensa le encanta que aparezcas con… novedades.

Mi respiración no cambia.

—A la prensa le encanta el ruido. Yo prefiero los resultados.

—Claro que sí. —Y se marcha.

Me quedo solo con el reloj. El tictac parece más fuerte. El apartamento nunca es exactamente grande; se contrae o se expande según quién lo ocupe. Con Francisco dentro, se contrae por principio.

Desde la cocina llega el olor del café recién preparado. Oigo dos tazas; siempre bebe dos. Oigo el armario, el plato, la servilleta de

tela; ninguna cuchara golpea con fuerza. En las casas ajenas, Francisco se comporta como el dueño. En la mía también.

Francisco regresa con la bandeja que él mismo ha preparado: dos tazas, azúcar que no usa, una galleta que no come. Escenografía. Por fin se sienta. La rodilla derecha le cruje desde los cincuenta; hoy lo hace con más fuerza. Finge no oírlo.

—Hace semanas que no apareces… —repite, como quien vuelve al tema principal solo para dejar claro que no lo ha olvidado—. La familia Mendonça tiene rituales, Arthur. No los inventé yo.

—Y yo tengo horarios —replico—. Tampoco los inventé yo.

Inspira por la nariz, nivel tres de irritación, el que precede a la grosería elegante.

En lugar de emplearla conmigo, desvía los ojos hacia el pasillo por el que Alice ha desaparecido.

—Con tu… asistente, entonces —repite con mayor suavidad, como si probara la palabra en la boca—. Imaginé que, a estas alturas, habrías prescindido de esa clase de distracciones.

—En mi sistema no hay distracciones. Hay funciones —respondo —. Alice sabe cuáles son.

—Perfecto. —Su taza se posa con un sonido seco—. Entonces, ¿cuál es su función hoy?

—La de siempre: optimizar todo lo que me concierne —digo sin apartar los ojos de él. Hago una pausa—. Y ella me concierne.

La frase no es grandilocuente. Es suficiente. El músculo de su mandíbula se mueve un milímetro.

Silencio. El apartamento entero escucha.

Francisco es quien parpadea primero. Devuelve la taza a la bandeja y saca una tarjeta del bolsillo.

—No me gusta improvisar —dice como si lamentara la decadencia de la música—. Te llamaré más tarde para coordinar la semana.

Elige: martes a las trece o miércoles a las doce y media. —Breve pausa—. No salgas con lo de la «agenda».

—El martes a las trece —respondo. Siempre es mejor elegir una de las opciones que inventar una tercera; la tercera se convierte en una batalla.

Se levanta. Mira por última vez hacia el pasillo y, al acercarse a la puerta, vuelve la cabeza de lado como quien comenta el tiempo.

—Ah, y Arthur… —Su voz tiene la textura de un consejo que en realidad es una amenaza—. Si vas a insistir en comportamientos infantiles, procura al menos no pagar un precio demasiado alto por ellos. —Media sonrisa—. La ciudad está llena de gente… lista.

No respondo. Lo acompaño hasta el vestíbulo del ascensor. Pulsa el botón y el «ding» responde enseguida. Antes de que se cierren las puertas, lanza el último anzuelo:

—Almuerzo el próximo domingo. A las doce y media. —No espera mi «sí». No es necesario. Cuenta con mi presencia como un recurso aprobado mientras no se demuestre lo contrario.

Las puertas se cierran. El ascensor se traga su olor y escupe de vuelta el silencio.

Me quedo mirando el metal durante dos segundos. Después regreso al salón. Alice está de pie en medio, con las manos juntas delante del cuerpo y los dedos enredando y desenredando un hilo invisible. El vaso, vacío, sobre la mesa auxiliar. Sus ojos, fijos en mí.

—Perdona —dice, y casi me río por lo inadecuado de la palabra—. Solo… iba a coger agua. No quería… —gesticula, buscando un verbo que no la empequeñezca— interferir.

—Vives aquí. —Cruzo el salón. Me detengo frente a ella—. Vivir no es interferir.

Respira. No es un alivio completo. Es aceptación.

—Él… no parecía… sentir simpatía por mí —se arriesga a decir, con un tono neutro que respeto.

—No le gustan las variables —corrijo—. Intentará alterar el perímetro por donde yo no mire. —Inclino la cabeza—. Lo intentará a través de ti.

Traga saliva. Veo cómo la información aterriza, dolorosa y útil, como todas las que importan.

—Terraza. —Señalo—. Dos minutos. Después, café. Y vuelves a comer.

Asiente. Salimos a la terraza, la única zona de la casa sin cámaras. El frío de la mañana todavía corta y el sol incide oblicuo. Alice se apoya en la barandilla y contempla la ciudad como quien intenta descifrar un electrocardiograma sin leyenda.

La piel de su cuello todavía conserva las marcas de mis dedos. El mundo allá abajo parece lo bastante lejos para ignorarlo y lo bastante cerca para caer.

—Si habla contigo, me lo dices —digo sin endulzarlo—. Inmediatamente.

—¿Va a hacerlo? —La pregunta llega sin dramatismo; es solo logística.

—Sí.

No es una conjetura. Es conocer la literatura de mi padre.

Vuelve a asentir, apenas. Después me mira con ese enfoque seco de quien cumple órdenes porque confía en ellas y porque cumplirlas la excita. No sonrío. No toco cuando la instrucción basta.

Regresamos. En la cocina, el café todavía está caliente. Preparo dos tostadas, una con queso y otra con mermelada. Deslizo el plato hacia ella. Come primero la de queso, como siempre.

—El martes a las trece —informo, solo para que quede registrado en ambos—. Almuerzo con él.

—¿Quieres que vaya? —La pregunta es profesional. También la oigo en el otro registro.

—Quiero que estés disponible y que respondas al teléfono al primer timbrazo —contesto—. Del resto me ocupo yo.

Mordisquea el borde de la tostada. El rubor vuelve a instalarse, discreto. Podría retomar donde lo dejamos, y una parte de mí lo desea por economía del gesto, pero no sería estrategia, sino concesión. No cedo para aliviar una presión reciente. La redirijo.

—Dúchate —digo—. Después, a la cama. Duerme una hora más. Te avisaré cuando tengas que levantarte.

—Sí, señor.

Aquí, «señor» no es un juego. Es un ancla. Se marcha. Yo me quedo un minuto más, inmóvil, mirando la mesa.

Cojo el móvil y envío dos mensajes breves:

A Seguridad: Registro de visita — Sr. Francisco — domingo, 10:05–10:34. Protocolo: anunciar siempre.

A Renata: Coordinar orden del día del Consejo, martes 13:00. Nada fuera del guion.

Antes de guardar el teléfono, escribo otro mensaje que borro y vuelvo a redactar con menos palabras. Al contacto que se ocupa de mis puntos ciegos: Vigilar perímetro exterior sin intervenir. 15 días. Prioridad: rutas de Alice. Máxima discreción.

Lo envío.

Doy dos pasos hacia el pasillo y me detengo en la puerta de la habitación. Alice ya está sentada en la cama, de espaldas a mí, deshaciéndose el moño.

Su cabello cae oscuro y liso, cubriendo el lugar donde mi padre intentará morder. Vendrá por donde crea que soy débil. Y yo, que detesto admitir debilidades, estoy obligado a reconocerlas para controlarlas.

—¿Arthur? —me llama sin volverse—. ¿Está todo bien?

El silencio de un latido. No miento a quien es mío.

—Todo está bajo control. —Y, en mi idioma, es lo más cerca que puedo llegar a decir «sí».

Se tumba. Apago las luces. El reloj vuelve a contar los segundos al ritmo correcto. El domingo recupera el sonido de un hospital después de la jornada.

Cuando el teléfono de la cocina vuelve a vibrar, no respondo. Es conserjería confirmando que el chófer de Francisco ya ha salido del garaje. Todo dentro de lo previsto. El imprevisto llegará después. Y, cuando llegue, quiero estar despierto.

Cierro la puerta. La casa respira. Y, tumbado junto a Alice, cuento tres ciclos de su respiración hasta que recupera la regularidad. Solo entonces dejo que mis ojos se cierren.

42.

ALICE BRAGA

El avión rueda despacio por la pista de Congonhas, con todo el fuselaje vibrando por el rugido metálico del motor, y yo todavía no sé si respiro hondo para no marearme o para creer que esto está ocurriendo de verdad.

Es la primera vez que vuelo. Nunca había pasado del asiento de un autobús nocturno entre Ribeirão Preto y São Paulo, y ahora estoy atada a un asiento estrecho, con el hombro pegado al del doctor Mendonça, como si el mundo hubiera decidido jugar con los contrastes.

Él lee un informe en la tableta, tan tranquilo como si estuviera sentado en el sofá de su salón, mientras yo intento fingir que no me fascina el ángulo de las alas cortando el cielo gris. Tengo los dedos entrelazados sobre el regazo, pero me tiemblan de manera casi imperceptible. El cinturón de seguridad parece una esposa educada.

—¿Tienes miedo? —Su voz llega baja, sin apartar los ojos de la pantalla.

—No. —Respondo demasiado rápido.

Alza apenas una comisura de los labios, como quien archiva una mentira.

El avión gana velocidad y mi corazón también. Siento que el estómago me sube hasta la boca en el instante en que las ruedas abandonan el suelo. Arthur se limita a pasar de página en la tableta.

—¿Es la primera vez? —pregunta, mirándome ahora de lado, directamente.
Asiento.

—Pensaba que era evidente —añado sin conseguir contener la sonrisa nerviosa.

—Lo es. —Vuelve los ojos al informe—. Pero quería oírtelo decir.

El vuelo es demasiado breve para que llegue a acostumbrarme. Entre el despegue y el aterrizaje en Río, él revisa sus notas y yo intento memorizar los nombres del simposio. Me duele el cuello de disimular cuánto miro por la ventanilla. Con cada nube tengo la sensación de estar atravesando no solo el cielo, sino versiones enteras de mi vida que jamás había imaginado.

Al desembarcar, el contraste vuelve a golpearme: yo, tropezando con mi pequeña maleta; él, atravesando la terminal con pasos que parecen dibujar orden en medio del caos. El coche del hotel ya nos espera; el conductor sabe su nombre incluso antes de acercarse.

El Renaissance de São Paulo era grande, pero el hotel de Río parece otro mundo: mármol frío en el vestíbulo, aire acondicionado demasiado fuerte, un arreglo floral que cuesta más que el alquiler de cualquier lugar en el que haya vivido antes del ático de Arthur. Me ocupo de registrarnos; Arthur ni siquiera mira los documentos, solo firma.

—Dos habitaciones comunicadas, ¿verdad? —me pregunta, y asiento, aunque hace una semana, cuando me pidió que hiciera la reserva, ni siquiera sabía que se podía elegir esa opción.

La habitación que me asignan es más grande que todo el pequeño apartamento de doña Dalva. El cristal ocupa una pared entera y el Cristo Redentor se alza en el horizonte como si lo hubieran colocado allí solo para recordarme que estoy lejos de casa. Apoyo la frente contra la ventana y permanezco así demasiados segundos, hasta que suena el teléfono.

—Sala 502. —La voz de Arthur suena seca por el teléfono interno —. Quince minutos.

Bajo. El simposio se celebra en el auditorio del hotel, con filas de médicos de bata impecable, corbatas caras y perfumes invasivos. Arthur parece hecho para este escenario.

Yo soy un punto fuera de lugar, pero pegada a su lado, y aprendo enseguida que su presencia crea un campo: las miradas chocan primero contra él y después me evalúan a mí, como si preguntaran qué hago aquí.

Durante la primera ponencia intento concentrarme en las tablas proyectadas, pero mi cuerpo no presta atención a eso. Presta atención a la manera en que Arthur se inclina ligeramente hacia delante cuando discrepa, a cómo se mueve su mandíbula cuando quiere interrumpir y se contiene.

Cuando sube al escenario para hablar, comprendo por qué lo llaman insensible. Su discurso es limpio, sin adornos ni falsa modestia. Cuando termina, el silencio del público no es de frialdad; es el de quien sabe que no tiene réplica.

Aplaudo con todos los demás, pero siento que mi piel aplaude antes que mis manos.

Durante el cóctel del descanso me presenta a personas cuyos nombres jamás recordaría si no hubiera pasado las últimas noches estudiando. Sonrío con seguridad, pero sin hablar demasiado, obedeciendo el mapa que me entregó para el acto benéfico.

Y, aun así, lo percibo: la forma en que me presenta no es idéntica a la de la última vez. Allí yo era «mi asistente, Alice Braga». Aquí soy «Alice, que me acompaña en el consejo y en la administración». Un pequeño desplazamiento lleno de implicaciones.

Mientras habla con un director, advierto que se acerca una mujer. Alta, elegante, con una sonrisa demasiado pulida. Le toca el brazo con la intimidad de quien ha ensayado el gesto muchas veces.

—Doctor Mendonça, es un honor conocerlo por fin. —Su mirada pasa por encima de mí como si fuera parte del mobiliario.

Arthur responde con educación, pero después me mira directamente. Es una mirada rápida, pero suficiente: está midiendo mi reacción.

Enderezo la postura, sonrío como si nada me hubiera atravesado y sigo sosteniendo la copa de agua con ambas manos.

Termina la conversación en menos de dos minutos. Cuando se aleja de la médica, se inclina ligeramente hacia mí.

—Eso es interpretar el ambiente —murmura.

—¿Y lo he interpretado bien? —replico, intentando mantener la voz estable.

—Lo suficiente. —La comisura de sus labios se alza apenas.

El resto del simposio transcurre entre intervenciones técnicas, cafés demasiado amargos y un cansancio que solo advierto en el cuerpo cuando volvemos a la habitación del hotel.

Es última hora de la tarde. Subimos juntos en el ascensor. El silencio es distinto, cargado con una clase de energía que no procede de las ponencias.

Cuando la puerta se abre en nuestra planta, él no se despide. Se limita a pasar la tarjeta por la cerradura de su habitación y dice:

—A las ocho. En la terraza.

Y entra.

Permanezco en el pasillo tres segundos más, con el corazón latiendo como si fuera a despegar de nuevo.

La ducha es rápida, aunque no tanto como le gustaría a Arthur. El agua caliente ayuda a quitarme el peso del cuerpo, pero no disuelve lo que tengo atrapado en la mente.

Me descubro repitiendo, como un estribillo secreto: «Alice, que me acompaña en el consejo y en la administración». No es solo semántica. Es un mapa territorial. Me está desplazando de un punto a otro y todavía no sé si debería sentir orgullo o preocupación.

A las ocho en punto, llamo a su puerta. Un golpe seco, para que no parezca una vacilación.

Arthur abre casi de inmediato. Está sin chaqueta, con las mangas remangadas hasta los antebrazos y el reloj marcando exactamente las ocho.

—Puntual. —Asiente—. Ven.

La terraza de su habitación es enorme. El cristal se abre hacia un horizonte demasiado iluminado, pero lo que domina la escena es el Cristo Redentor, suspendido sobre la ciudad como si la observara de cerca. El viento nocturno es cálido y trae un aroma salado que recuerda a la playa, aunque desde aquí no pueda ver el mar.

Arthur sirve dos copas de vino, pero no me entrega la mía de inmediato. Se limita a sostener una y solo extiende la otra después de evaluarme.

—¿Estás cómoda? —pregunta, pero no espera respuesta—. Será mejor que te apoyes aquí. —Señala la firme barandilla.

Apoyo los codos sobre el pasamanos frío, intentando controlar el impulso de mirarlo a él en lugar de las vistas. Siento que se acerca antes de oírlo. El calor de su cuerpo llena el espacio detrás de mí y la copa que sostiene aparece junto a mi mano sobre la barandilla.

—Hoy has oído más nombres de los que recordarás. —Su voz grave y baja suena casi contra mi nuca—. Pero solo necesitas guardar uno: el mío.

Trago el vino como si fuera una respuesta. El alcohol me quema la garganta más de lo debido.

Deja la copa en la mesa auxiliar y vuelve a acercarse. El calor de su mano se desliza por mi cadera, firme, sin pedir permiso.

—¿Recuerdas lo que dije sobre la imagen?

—Que cada gesto mío se refleja en ti. —Consigo repetirlo, aunque ya me falta el aliento.

Hace casi dos semanas que me dijo esa frase, unos días antes del acto benéfico. Pero la recuerdo. No creo que pudiera olvidarla.

—Exacto. —Sus dedos ascienden despacio y encuentran la piel bajo la tela ligera del vestido—. Entonces demuéstrame que lo has entendido.

Cuando vuelvo el rostro hacia él, Arthur ya está demasiado cerca. El beso llega sin aviso, un corte en el silencio. Boca caliente, exigente, con la lengua dominando como si fuera natural que cada espacio también le perteneciera.

El mundo se reduce hasta que solo quedan el viento contra la piel, la ciudad en miniatura allá abajo y la certeza de que no tengo adónde huir ni quiero hacerlo.

Me vuelve despacio hasta que mi espalda toca la barandilla. El contraste del metal frío contra mi piel caliente me hace jadear. Arthur me sujeta el rostro con una mano, obligándome a mantener los ojos fijos en él.

—No bajes la mirada. —Una orden limpia.

Obedezco.

Baja la cremallera del vestido de un solo movimiento y la tela se desliza por mis hombros hasta caer al suelo. Quedo frente a él únicamente en ropa interior, con el Cristo iluminado detrás como testigo silencioso.

Arthur me mira como quien evalúa una pieza rara, no como quien admira. Es posesión. Es verificación.

—Preciosa. —La palabra sale casi ronca, como si escapara a propósito.

Sus manos recorren mis costillas con firmeza antes de aprisionarme por la cintura. El beso regresa, más profundo, y yo respondo como quien ya no sabe dónde empieza su cuerpo y termina el mío.

Cuando sus dedos se deslizan por el lateral de mis bragas, bajándolas despacio, siento el aire nocturno contra mi piel y el corazón se me dispara como durante el despegue del avión.

Arthur me levanta con facilidad, haciendo que mis piernas se enrosquen alrededor de su cintura, y me apoya contra la barandilla. El metal frío contra mis muslos contrasta con su calor y me arranca un gemido que él ahoga con la boca.

Me besa durante una eternidad entera mientras yo le desabrocho la camisa. Le aparto la tela de los hombros y sus labios descienden por mi cuello. El lazo de mi bata se deshace y la prenda se abre.

El viento marino azota la piel caliente de mi abdomen, el valle entre mis pechos. Arthur retira la cabeza, me roba sus propios labios, y sus ojos descienden hacia mis senos. Me encanta la forma en que los contempla, como si fueran preciosos.

Inclina la cabeza y captura uno de mis pezones. Gimo hacia el viento, arqueando el cuerpo contra la barandilla, y siento su firme succión como una corriente eléctrica que viaja desde mi pecho hasta el vientre.

Aprieto los dedos contra sus hombros, intentando aferrarme a alguna parte de mí que todavía sea racional, pero ya no queda ninguna.

El Cristo iluminado está ahí, tan cerca, como un faro que nos mirara directamente. Y, aun así, todo dentro de mí grita que estoy segura, porque Arthur me sostiene. Porque cuando dice «deja que te guíe», mi cuerpo lo cree antes que mi mente.

Vuelve a atraerme hacia su regazo y la bata termina de abrirse, dejándome desnuda en la terraza. El aire nocturno muerde mis pechos mojados y me estremezco, no de frío, sino por la vulnerabilidad descarnada de estar así, expuesta, entregada.

Y lo peor —o lo mejor— es que me gusta. Me gusta el riesgo, el hecho de que cualquier mirada pueda descubrirnos y que, aun así, obedecerlo me parezca más importante que cualquier pudor.

Arthur me muerde el pezón antes de soltarlo y, de pronto, baja la boca por mi abdomen, succionando la piel entre las costillas como si quisiera marcar un camino. Con cada contacto me arqueo un poco

más, como si mi cuerpo hubiera sido entrenado para responder a esa cadencia.

—Arthur… —suspiro, echando la cabeza hacia atrás.

—Dime, Alice.

Obligo a mis ojos a mirar al frente y veo el resplandor de la ciudad allá abajo, las luces temblando como constelaciones caídas. La sensación de altura me hace estremecer, pero entonces su mano asciende por la cara interna de mi muslo, caliente, firme, recordándome que no estoy al borde de un precipicio. Estoy en sus manos.

Y, cuando sus dedos por fin se deslizan entre mis piernas y me abren, la sacudida es tan profunda que todo mi cuerpo cede, indefenso. Jadeo, con la frente apoyada en su hombro, pero mantengo los ojos abiertos, como sé que le gusta.

—Eso es —murmura contra mi oído—. Los ojos en mí.

El placer físico y la obediencia se mezclan de una forma que me hace perder el equilibrio. Quiero más, lo quiero todo, quiero que me tome aquí mismo, con el viento, el Cristo y el riesgo de que nos vean. El mundo entero parece pequeño ante su voluntad.

Me levanta y yo le rodeo automáticamente la cintura con las piernas. Siento todavía la molesta tela del pantalón entre nosotros y llevo las manos a su cintura, impaciente. Arthur me lo permite; se limita a observar mientras le bajo la cremallera y aparto la tela hasta liberar su erección.

El contraste de piel contra piel me arranca un gemido urgente y solo consigo susurrar:

—Por favor…

Arthur roza lentamente el glande contra mi entrada, saboreando la desesperación que provoca. Mi cuerpo ya suplica, húmedo, tembloroso, pero él me sujeta la cintura y permanece inmóvil hasta que vuelvo a mirarlo a los ojos.

—Ahora.

Su voz es una sentencia.

Y, cuando me penetra, profundo y firme, comprendo que ya no existe diferencia entre la confianza y el deseo.

Me rindo porque quiero. Obedezco porque me da placer. Y cada centímetro suyo dentro de mí es la prueba de que estar aquí, desnuda, expuesta, obediente, es exactamente donde debo estar.

Arthur entra despacio al principio, y cada centímetro es una sacudida, un alivio y un castigo al mismo tiempo.

Gimo demasiado fuerte para alguien que se encuentra en una terraza abierta, pero Arthur vuelve a apoderarse de mis labios, ahogando el sonido con su boca y su lengua, obligándome a liberar el placer únicamente contra él.

Su cuerpo me llena por completo y, con cada embestida lenta y calculada, siento la barandilla fría contra la espalda y la seguridad de sus manos en mi cintura, sosteniéndome para que no caiga, ni al abismo ni dentro de mí misma.

—Más… —pido en un susurro que apenas reconozco como mío.

—Siempre quieres más.

Me muerde la mandíbula y aumenta el ritmo de repente. El impacto de sus caderas contra las mías reverbera en oleadas, y cada vez que vuelve a atraerme hacia su regazo es como si me recordara que solo estoy entera porque él me sostiene.

La bata termina de resbalar por mis hombros y cae al suelo. El viento nocturno lame mi piel, mezclando frío y calor en un contraste que me saca de órbita. Su cuerpo, caliente, firme, es mi único norte.

Arthur me recoge el pelo con una mano y tira suavemente hacia atrás hasta obligarme a alzar el rostro.

—Mírame. —La voz llega grave, cortando el aire.

Obedezco, aunque me ardan los ojos de placer. Ver su rostro tan cerca, la mandíbula tensa, la respiración caliente, elimina cualquier resistencia.

Cada embestida es más profunda, más certera, hasta que el placer se extiende por mis huesos como fuego líquido.

—Arthur… yo… —La voz me falla, quebrada en gemidos.

—Córrete para mí. —La orden cae firme y es todo lo que necesito.

Mi cuerpo explota contra el suyo, cada músculo contrayéndose, cada grito tragado por su boca. Me deshago por completo al ritmo que él impone, temblando, apretándome a su alrededor, mientras la ciudad allá abajo continúa indiferente.

Arthur gime en voz baja contra mi cuello, un sonido grave de quien se ha contenido hasta el límite. Entonces se hunde de una sola vez, profundo, y su cuerpo tiembla junto al mío. La respiración atrapada, el chasquido final de la contención al ceder. Siento su calor llenarme, y la forma en que me sujeta la nuca y la espalda me dice, sin palabras, que no es solo una descarga física: es posesión. Es la confirmación de la orden que acabo de cumplir.

Permanecemos así, pegados, respirando de forma entrecortada, con el viento intentando separarnos y él sujetándome con firmeza. Cierro los ojos durante un instante y advierto que todavía sonrío, porque obedecer nunca me había parecido tan correcto.

Arthur no dice nada de inmediato. Se limita a apoyar la frente contra la mía, el peso de su cuerpo sosteniendo el mío, y durante un segundo incluso el viento deja de importar.

43.

ALICE BRAGA

La avenida parece más grande de lo habitual. Tal vez sea la noche en medio, esa luz de las farolas que no se decide entre el blanco y el amarillo y hace que todo parezca más expuesto de lo debido; quizá sea el cansancio que presiona detrás de mis ojos.

Vengo de la universidad con la cabeza dividida en listas: un trabajo de Historia del Arte que tengo que entregar, el correo del departamento jurídico que debo reenviar a Arthur, los horarios de doña Dalva, que ahora memorizo como quien memoriza una oración.

Y, por debajo de todo, Río sigue empeñado en atravesarme en fogonazos: el viento de la terraza, la boca de Arthur, la ciudad entera allá abajo como si no tuviera nada que ver con nosotros.

Camino deprisa porque, cuando camino deprisa, pienso menos. Un puesto de maíz desprende un aroma dulce y cálido mezclado con gases de escape; un vendedor ambulante apila fundas de móvil que brillan bajo la luz de una farola; un perro ladra al otro lado de la calle como si siempre fueran las seis de la tarde.

Me duelen los pies dentro de unos zapatos que he aprendido a considerar parte del uniforme. Un autobús pasa demasiado cerca y desplaza mi cuerpo un centímetro. Mi corazón lo acompaña. Un coche negro se detiene junto a la acera.

No toca el claxon. Solo se aproxima de forma limpia y silenciosa, como quien conoce sus propios frenos. El sedán se detiene a mi lado a la distancia exacta para no rozar el bordillo. La ventanilla delantera baja con la lentitud de quien tiene tiempo o quiere darte el tuyo para que lo comprendas.

—Alice.

No necesito verlo. Mi nombre en su voz basta: grave, pulida, sin prisa, con la sílaba final más larga de lo normal. Vuelvo el rostro y

encuentro el perfil de Francisco Mendonça antes que su mirada directa.

No sonríe. El coche tiene el interior de cuero claro, un brillo discreto en el salpicadero y ese olor que reconozco de la casa de Arthur, pero más antiguo: tabaco, ámbar, alguna madera que no cede.

—Suba —dice como quien ofrece agua a alguien que se atraganta.

Todo mi cuerpo se pone rígido al mismo tiempo que me sudan las manos. Miro a mi alrededor por un reflejo que detesto admitir: como si alguien pudiera verme, como si hubiera testigos capaces de convertir esto en otra cosa.

La calle continúa indiferente. La gente pasa, las bolsas golpean, una pareja discute en voz baja sobre una factura. Yo, frente a la puerta abierta, contengo el aliento durante un segundo.

Arthur habría dicho: «¿Situación?». Y yo respondería: «Coche negro, su padre». Es el protocolo evidente. El pequeño rectángulo de mi bolsillo pesa como plomo. Pero estoy a dos pasos de Francisco y no parece un hombre al que le guste esperar.

—Cinco minutos —añade, con un tono que convierte cinco minutos en una sentencia.

Entro.

El aire acondicionado está a una temperatura fría que no me respeta. La puerta se cierra con un sonido suave. De cerca, Francisco parece una fotografía antigua bien conservada: todo en su sitio, nada fuera de tono.

No me ofrece la mano. No me ofrece nada. Se limita a inclinar el cuerpo lo suficiente para verme mejor sin que parezca que me está mirando.

—Camina mucho —observa, como si fuera una conclusión médica —. La universidad, el hospital, el apartamento de doña Dalva. A toda

la ciudad le gusta observar a quien no tiene coche.

Mi corazón golpea dos veces con demasiada fuerza. Guardo silencio. Su mano izquierda toca una carpeta situada en el asiento entre nosotros. Lleva las uñas cortas, limpias. El reloj no brilla.

—Me satisface saber que está… sana —dice. La palabra «sana» llega con la suavidad de un paño sobre una hoja afilada—. Y ocupada. Mantener las manos y la cabeza ocupadas evita ciertas… distracciones.

No respondo. El cuero produce un leve ruido cuando cambio el peso de las piernas. El vestido se me pega un poco a la piel; el sudor frío del sobresalto y el aire seco del coche se encuentran sobre mi regazo.

—Sabe quién soy —continúa, sin formular una pregunta—. Imagino que Arthur nunca me habrá presentado formalmente. No tiene delicadeza para esas cosas.

—Lo sé —respondo en voz baja—. Usted es… su padre.

Un músculo diminuto se mueve en su rostro, sin llegar a ser una sonrisa. El retrovisor del conductor refleja la calle como una película fina. Allí me veo partida: la mitad dentro del coche, la mitad fuera, como si alguien pudiera elegir por mí cuál de las dos seguirá existiendo.

—Me gusta la precisión, Alice. —Apoya dos dedos sobre la carpeta, pero no la abre—. Y desconfío de las iniciativas impulsivas. Su presencia en la vida de mi hijo… ¿cómo empezó?

Durante un segundo entero no sé si quiere que responda «trabajo», «contrato» o «cama». Elijo la única palabra que me parece defendible.

—Como una función.

—Ah. —El sonido no expresa conformidad. Es un registro—. Una función. —Hace girar la palabra en la boca, como quien prueba un

vino barato para comprobar que no lo han engañado—. Y, como toda función, imagino que tiene… parámetros, ¿verdad?

El metal frío del asa del bolso me roza el antebrazo. Me dan ganas de reírme de mis propias ganas de reír. Aquí no hay nada gracioso. Respiro por la nariz.

—Eso es asunto de él y mío —respondo, intentando que suene como una frontera y no como un desafío.

—Todo lo relacionado con mi hijo está relacionado conmigo —corrige sin alterar el tono—. Es el privilegio y la maldición de las familias antiguas. —La pausa llega limpia—. Recibe mucho más de lo que cobra una asistente. —No hay juicio en la frase. Hay datos—. Vivienda. Transporte. Cobertura médica. —Inclina ligeramente la cabeza—. Y una cantidad mensual… generosa.

El estómago se me encoge como cuando un ascensor da una sacudida. No me avergüenzo de lo que acepté. Me avergüenza oírlo contado desde fuera como si fuera un inventario de muebles.

—Usted ha investigado —digo.

—Yo preparo el terreno —vuelve a corregirme con una amabilidad ofensiva—. Me gusta saber dónde piso. Me gustaría que Arthur hiciera lo mismo, pero mi hijo siempre ha tenido debilidad por los cachorros abandonados. —La palabra queda entre nosotros: «cachorros». Trago saliva—. No estoy diciendo que sea una estafadora. Digo que es… útil. Y la utilidad tiene un precio.

Golpea dos veces la carpeta con un dedo, como quien llama a un perro que no acude. Me muerdo la cara interna de la mejilla y siento el sabor metálico del impulso de dar una respuesta equivocada.

—Ahora, una pregunta —dice, y por primera vez suena como un médico que avisa de que va a doler—. ¿Qué método anticonceptivo utilizan?

Me falta el aire. No por pudor, sino por la violencia limpia de que ese hombre formule así la pregunta, dentro de ese coche.

Mi cuerpo reacciona primero: los hombros rígidos, las manos buscando automáticamente una posición que parezca menos expuesta. El mundo fuera de nosotros continúa con su suave ruido del final de la tarde. Sé que nadie puede oírnos. Y, aunque lo hicieran, no lo entenderían.

—Usted no tiene derecho a… —empiezo.

—Sí lo tengo —me interrumpe sin elevar la voz—. Porque no pienso permitir que un heredero de la familia Mendonça aparezca en un tabloide como consecuencia de una… fantasía de poder mal administrada. —Lleva una mano al bolsillo de la chaqueta, saca un pañuelo de tela y se toca con él la comisura de los labios, un gesto tan calibrado que duele—. Son jóvenes, impulsivos, y el cuerpo confunde las emociones intensas con necesidades. —Mira apenas mi mano—. No hay ningún anillo en su dedo. —Vuelve los ojos hacia mí —. Así que repetiré la pregunta: ¿qué método utilizan?

Podría mentir. Podría inventarme un DIU, decir «la píldora» o limitarme a admitir «un implante». Algo dentro de mí, quizá esa parte de Alice que aprendió a sobrevivir diciendo la verdad cuando más dolía, me hace elegir la última opción.

—Tengo un implante.

El silencio vale más que una frase.

—Es lo que imaginaba —dice casi con lástima—. Mi hijo tiene muchos defectos, pero no es estúpido. —Breve pausa—. Precisamente por eso tendremos que ser cuidadosos. La propuesta es sencilla.

Todo mi cuerpo retrocede el centímetro que el asiento no permite. Apoya la carpeta sobre las piernas, abre el cierre y revela documentos organizados en fundas transparentes. No necesito leer nada. Basta ver el papel para comprender que, con Francisco, todo lleva un sello incluso antes de existir.

—Dinero —dice como quien administra gas a un paciente dolorido —. Mucho dinero. Suficiente para que doña Dalva no vuelva a ver

una factura en toda su vida. Suficiente para que termine la universidad sin trabajar. Suficiente para comprar silencio y seguridad durante el tiempo que desee. —Cierra la carpeta sin dejarme tocarla —. A cambio, se retira el implante sin que Arthur lo sepa —puedo ocuparme de eso— y se queda embarazada. No voy a fingir romanticismo. No me interesa. —Su mirada se vuelve impersonal de una forma que quema—. Me interesa el resultado. El nombre. El registro. La continuidad.

Siento que las náuseas ascienden desde el mismo lugar que la conmoción. No es mareo de autobús ni nerviosismo. Es una náusea llena de rabia. Miro mis manos. Están demasiado firmes para lo que siento.

—No —digo, y la palabra me sorprende al salir antes de que pueda organizar una frase—. No significa no.

No se mueve. Se limita a inclinar un poco más el cuerpo, como si quisiera oírme de cerca.

—No tiene que responder tan deprisa —dice—. Aprecio los buenos reflejos, pero no las decisiones precipitadas. —El pañuelo vuelve a tocarle la comisura de la boca sin necesidad—. Piénselo. Pero no demasiado. Al igual que mi hijo, no soy un hombre paciente.

Quiero abrir la puerta y echar a andar, aunque el coche esté en movimiento, aunque eso signifique despellejarme la rodilla contra el asfalto como cuando tenía ocho años. Él no me retiene. No hay violencia explícita en este habitáculo limpio. Es peor: es una violencia técnica. Limpia. Repetible.

—No voy a pensarlo —respondo en voz más baja—. No hay nada que pensar.

—Siempre lo hay —dice, casi didáctico—. Sobre todo cuando hay facturas. —Mira hacia fuera como si calculara el ángulo de la luz—. Y cuando hay mujeres mayores que necesitan medicamentos caros. —Vuelve a mirarme—. Respeto su… lealtad. Pero la lealtad sin estrategia se convierte en martirio. —Cierra despacio el broche de la carpeta—. Coja esto.

Introduce una mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saca una tarjeta. No me la ofrece a la mano derecha, que está más cerca. La extiende hacia la izquierda, obligándome a inclinar un poco el cuerpo. El gesto es pequeño y humillante.

La cojo. Es una tarjeta pesada, de papel grueso, con el nombre «Francisco Mendonça» impreso en bajorrelieve. El número del reverso está escrito a mano, demasiado legible.

—Utilícelo cuando quiera hablar conmigo sin… intermediarios —dice—. Y, por favor, cuando llegue el momento de decidir, evite mentirse a sí misma o mentirme a mí. Detesto que me hagan perder el tiempo.

—Ya he decidido —digo, y esta vez mi voz no tiembla—. No.

Asiente como quien oye a un estudiante diagnosticar una enfermedad crónica. Hay algo parecido al respeto, el que se siente por una piedra que no se mueve y, debajo, la certeza de quien cree que todas las piedras se mueven cuando la palanca tiene el tamaño adecuado.

—Como prefiera —dice, y da dos golpecitos en el salpicadero. El conductor, cuya existencia casi había olvidado, mete la marcha sin mirar. El coche se detiene junto a la acera, dos esquinas antes del edificio de Arthur—. Pero no tarde. —La ventanilla empieza a subir, como si la conversación hubiera sido una ventana en el tiempo—. La ciudad es muy hostil con los inocentes, Alice. Y Arthur es peor que la ciudad.

La última frase penetra por otro lugar de mi cuerpo. No es una amenaza. Es un diagnóstico. Y es mentira.

Abro la puerta antes de que la ventanilla termine de cerrarse. El aire exterior está demasiado caliente para lo que necesito. Bajo sin elegancia. El tacón raspa el bordillo y mi tobillo protesta.

El coche se aleja con la misma discreción con la que llegó. Permanezco inmóvil un segundo adicional, porque a veces eso es lo que hacemos cuando el cuerpo no sabe dónde es seguro apoyarse.

Recorro con prisa la distancia restante hasta casa como quien ha olvidado el fuego encendido. El ascensor tarda, pero, cuando se abren las puertas: llaves, puerta, pasillo. El ático está en silencio. Arthur me había avisado de que hoy llegaría después que yo. El reloj de la pared marca una hora que no registro. Voy directamente al baño.

La luz fría del espejo hace que mi rostro parezca otro, o quizá solo más verdadero. La tarjeta está entre mis dedos como un trozo de hueso.

La miro durante tres segundos que parecen contener todo el tiempo del mundo y después la parto por la mitad. No basta. Vuelvo a romperla. Cuatro fragmentos claros en el fondo del lavabo. Cojo cada uno y lo arrojo al inodoro. El blanco del papel parece aún más blanco contra el agua. Tirar de la cadena es lo único fácil que hago ese día.

Contemplo cómo el remolino se traga los pedazos como si también pudiera tragarse la sensación del cuero en mis brazos, la voz limpia diciendo «quédese embarazada», la propuesta que no era una propuesta. El sonido del agua resuena demasiado fuerte en el pequeño baño. Cuando se detiene, todavía tengo la mano sobre el botón.

Me lavo la cara con agua fría hasta que duele. Las náuseas regresan de improviso, ascendiendo por la misma tubería que el miedo. Bajo la tapa del inodoro, me siento y respiro durante un minuto entero, contando hasta cuatro al inspirar y hasta ocho al soltar el aire. La técnica de Arthur, la que me ordenó aprender, funciona de una manera retorcida: no elimina el malestar, solo me concede un margen.

Debería llamarlo. Situación. Debería enviarle un mensaje breve, limpio, sin adjetivos, como le gusta a Arthur: «Tu padre me ha abordado. Coche negro. Me ha ofrecido dinero a cambio de un embarazo. Me he negado». Es sencillo. Es el procedimiento. Y, aun así, mis dedos no obedecen.

La vergüenza procede de un lugar cuya existencia desconocía. No de su propuesta. Esa podría aplastarla bajo el tacón. La vergüenza nace de imaginar el rostro de Arthur al oír el nombre de su padre junto al mío.

Nace de la posibilidad de que, aunque solo sea durante un segundo, me mire con la mirada reservada para los riesgos y no para una persona. Nace del miedo a que su control, que me calma y me enciende, se vuelva contra mí sin llegar a verme.

Me levanto despacio. Voy a la cocina con pasos que casi no oigo. En el fregadero no hay ningún plato de anoche, ningún borde con restos de salsa que olvidé enjuagar. Todo está perfectamente ordenado, como en toda la casa, salvo yo. Yo soy la variable.

Lavo un plato limpio solo para intentar quitarme de encima esa sensación. Empleo más fuerza de la que necesitaría incluso un plato sucio, como si los platos pudieran expiar coches negros. El olor del lavavajillas de limón vuelve a darme náuseas. Las contengo. Bebo agua. Muy poca. El vaso queda empañado con mis huellas.

Regreso al salón, el mismo donde vi por primera vez a Francisco Mendonça hace poco menos de dos semanas. Me siento en el sofá y miro el móvil sobre la mesa como si fuera una criatura viva.

La pantalla apagada me devuelve un rostro que parece mío y a la vez no. Mi mano va sola hasta el bolso para confirmar que la tarjeta ya no está allí, como si mi memoria pudiera traicionarme. No está. Vi cómo se la llevaba el agua. Aun así, el bolsillo parece contaminado. Aparto el bolso del sofá y lo cuelgo de una silla, como quien se quita los zapatos mojados antes de entrar.

Siento que el ático está caliente, aunque sé que el termostato siempre está ajustado a veintidós grados. Abro una ventana. El ruido de la calle asciende como una alfombra.

Un niño se ríe en la acera. Siento un escalofrío que no procede del viento. Después de una conmoción, el cuerpo intenta recuperar el equilibrio con pequeñas tácticas: lavar los platos, abrir una ventana, hacer listas. Enumero mentalmente: ducha, té, llamar a

doña Dalva, revisar la agenda, enviar un correo. La palabra «llamar» queda brillando sola. Intento apartarla con la mente. No se mueve.

Cojo el móvil. La pantalla se enciende. Dos mensajes de Renata, uno de Amanda, un vídeo de un gato que parece no saber caer, un correo del departamento jurídico. Nada de Arthur. Quiero sentir alivio. Siento decepción.

Escribo: «Tenemos que hablar». Lo borro. Vuelvo a escribir: «Cuando puedas, llámame». Lo borro. Respiro. Escribo lo que Arthur me ha enseñado sin enseñármelo: «Asunto urgente. Estoy a salvo». Lo miro. No lo envío. Lo borro.

El impulso de obedecer es fácil cuando la orden viene de fuera. Lo difícil es cuando la orden tiene que proceder de mí y consiste en exponerme en la dirección equivocada. Cierro los ojos un segundo. Veo la terraza del hotel, su cuerpo, la confianza absoluta del momento en que ningún ruido del mundo podía alcanzarnos.

Abro los ojos y veo el inmenso salón, el piano de cola en un rincón, la planta que el personal casi invisible que trabaja aquí mantiene viva.

Voy al baño de su habitación, una estancia que ahora posee más huellas mías que mi cepillo de dientes en su cuarto de baño. En algún momento durante las últimas semanas, dormir juntos dejó de ser vigilancia y se convirtió en rutina. Ahora compartimos la cama.

Me cepillo los dientes con fuerza suficiente para hacerme daño en las encías y me doy una ducha breve con agua tibia. Mi cuerpo parece más pesado y, al mismo tiempo, más ligero por todo lo que no he dicho. Me pongo una camiseta. Regreso al salón. Me siento en el suelo, con la espalda contra la pared. Respiro.

El estómago vuelve a revolvérseme sin previo aviso. Corro al aseo. No vomito mucho. Solo lo suficiente para recordarme que mi cuerpo posee ahora una agenda propia que no comprendo. Vuelvo a enjuagarme la boca. Apoyo las manos en los bordes del lavabo hasta que los dedos se vuelven blancos.

Debería habérselo contado todo. El abordaje. La propuesta. La tarjeta. La descarga. El sabor metálico en la boca cuando dijo «heredero». Debería hacerlo. En cambio, estoy aquí debatiéndome con esa certeza sin hacer nada para convertirla en un hecho.

Regreso al salón. Me tumbo en el sofá y encojo las piernas. La calle continúa. Cierro los ojos. Durante un instante, antes de que el sueño me arrastre a un lugar sin imágenes, veo la tarjeta girando en el agua. Y comprendo, con una claridad dolorosa, que lo que se fue por el desagüe no fue el problema. Fue la prueba.

El problema se ha quedado aquí, sentado conmigo en la oscuridad: la sombra de un hombre que prefiere los documentos a las personas y que ahora conoce mi nombre, mi rostro y la forma en que respiro cuando necesito mentir.

Me vuelvo de lado. La ciudad tarda en quedar lejos. Cuando por fin lo hace, todavía tengo en la boca el sabor de esa conversación. Y la certeza de que, la próxima vez, no bastará con decir «no». Tendré que decir «no» y enseñar los dientes.

Pero eso será en el próximo capítulo. Hoy solo necesito dormir. Y esperar que, cuando despierte, el mundo todavía quepa en el mapa de Arthur y que yo pueda caber dentro de él sin perderme.

44.

ALICE BRAGA

Me despierto antes de que suene la alarma, con la boca seca y el estómago sumido en una rebelión silenciosa.

La habitación todavía está envuelta en la cuidadosa penumbra que Arthur ha programado: cortinas automáticas entreabiertas y una tenue luz de cortesía junto al rodapié. El reloj marca las 4:42. Es la primera vez en semanas que despierto antes que el reloj.

No necesito extender la mano hacia el espacio a mi lado para saber que estará vacío. A estas horas, Arthur debe de estar en mitad de su entrenamiento. Me siento despacio, esperando que el mundo deje de flotar. No lo hace.

Cruzo el pasillo descalza, con el suelo frío empujando las náuseas de vuelta a mi garganta. La luz del baño se enciende automáticamente cuando piso la alfombrilla. Apoyo la frente contra la puerta del armario durante unos segundos. Respira, Alice. Agua. Me lavo la cara y dejo que el agua helada me corra por el cuello. Ayuda, pero no demasiado.

Cuando salgo, Arthur está detenido en el umbral de la habitación, con camiseta gris y el pelo mojado. Me observa como si emitiera un diagnóstico. No pregunta «qué pasa»; pregunta a su manera:

—¿No puedes dormir?

—No.

Asiente una vez, brevemente. No representa el teatro del cuidado, aplica el protocolo.

—Hoy no tendremos tiempo de desayunar en casa. Así que bebe agua. Come una galleta. Tienes veinte minutos. Después nos marchamos.

Me toca asentir. Él va al baño y yo al vestidor de la habitación de invitados, a elegir lo que me pondré en esta gloriosa mañana. Como un cronómetro, alternamos el uso de la ducha, y no vuelvo a ver a Arthur hasta que bajo a la cocina, ya vestida, peinada y maquillada.

El apartamento huele a café recién hecho y pan tostado; paradójicamente, ambos me provocan arcadas. Lleno un vaso de agua, me humedezco los labios y bebo dos sorbos.

La galleta se queda en el plato. Arthur pasa detrás de mí, me apoya suavemente una mano en la nuca durante un segundo, lo suficiente para anclarme, y coge el maletín de la encimera.

—Agenda —dice como quien enciende un aparato.

—Operación con el equipo de válvulas a las ocho, visita del proveedor a las once y media, llamada con el comité a las catorce, revisión con el departamento jurídico a las diecisiete. —Mi voz sale demasiado baja. Lo sé todo, pero mi cabeza parece ir dos segundos por detrás del resto.

Él también percibe esos dos segundos.

—Situación a las 7:40. —Breve pausa—. Y come algo antes.

—Sí, señor.

En el coche, me siento detrás de él y cierro los ojos, fingiendo que es por la claridad. El cristal frío contra mi frente me calma durante tres manzanas.

Después asciende desde la calle el aroma dulce de algún perfume y, durante un instante, estoy segura de que voy a pedirle a Dênis que pare. No lo hago. Arthur mira una vez por el retrovisor; su mirada no expresa lástima, sino medición.

El hospital me devuelve un suelo conocido. Luz blanca, ritmo, tareas. El cuerpo suele obedecer cuando la cabeza tiene una lista. Hoy mi lista se escurre.

—¿Situación? —pregunta Arthur en cuanto entro en el despacho. Todavía son las 7:38.

—Equipo confirmado, sala preparada, el proveedor lleva quince minutos de retraso, ya lo he reprogramado. —Dejo la botella de agua sobre su escritorio y el café exactamente como le gusta, sin que tenga que recordármelo—. El departamento jurídico ha solicitado que adelantemos los documentos, yo…

Me detengo. El «yo» falla, pequeño, como una cuerda deshilachada. Arthur alza ligeramente la barbilla.

—Siéntate.

Me siento.

Acerca el vaso de agua, como si empujara una instrucción con los dedos. Su silencio no es frialdad; es un campo eléctrico que organiza.

—Respira.

No es un consejo. Es una técnica.

Respiro. Dos veces. El mundo encaja un poco. Observa mi pulso durante un segundo, sin tocarme. Después se limita a asentir, como quien guarda un archivo y cierra la ventana.

—Vamos.

La mañana transcurre como una maratón controlada por alguien que calcula el oxígeno y la cadencia. Yo sigo adelante. Pero las náuseas eligen sus propios horarios: una sacudida cuando se abre el autoclave, otra cuando una limpiadora desinfecta la sala con un producto demasiado cítrico.

Bebo agua, como media manzana en el pasillo de la tercera planta y trago saliva dos veces antes de responder a su «Alice, aquí» y entrar en la sala de reuniones.

Al mediodía acepta la misma sopa que normalmente rechaza —caldo de pollo con jengibre, preparado por la cocina clínica— y pide otra sin mirarme. La deja delante de mí antes de que llegue a levantarme.

—Come.

Obedezco. El caldo tibio se asienta mejor que cualquier otra cosa. Se lo agradezco con una mirada. Él la recibe y me la devuelve en forma de silencio, la moneda que ambos entendemos.

La tarde es peor. La pantalla del ordenador parece palpitar. Lo anoto todo como siempre, pero mi letra se vuelve más grande, fea, como si alguien me hubiera robado el pulso y hubiera dejado otro en su lugar. Al final del día me espera la universidad, y habría apostado que no llegaría entera. Llego. No entera.

En el auditorio, el profesor habla sobre composición y luz, y yo intento abrir el cuaderno como si la palabra «luz» no me agrediera. El aire huele a café recalentado y ansiedad juvenil.

Cuento los segundos entre las pausas del profesor, una costumbre compulsiva que inventé para sobrevivir a épocas en que todo dolía y el tiempo era una masa. Treinta y ocho. Cincuenta y dos. Sesenta y uno.

El móvil vibra en mi bolsillo. Un mensaje del banco. Lo abro por reflejo, dispuesta a ignorarlo. La notificación aparece limpia, quirúrgica:

Abono recibido — R$ 120.000,00 — EMPRESA JR PARTICIPAÇÕES LTDA — «según lo acordado — gestación»

Primero siento el hielo. Después el fuego. Las letras brillan y desaparecen en el mismo instante, como si me hubieran expulsado de mi cuerpo y me contemplara desde fuera sosteniendo el aparato con unos dedos que no son míos.

«Según lo acordado — gestación».

Francisco posee la delicadeza de un cuchillo demasiado afilado.

Me levanto del banco sin excusarme, como quien corre después de oír un grito que solo ella ha escuchado. Voy al baño, cierro la puerta y apoyo las manos en el lavabo. La bilis llega sin aviso. Breve, seca, cruel.

Me enjuago la boca con agua del grifo hasta que la lengua pierde el sabor metálico. Miro mi reflejo: ojos hundidos, piel demasiado pálida. La vergüenza llega acompañada por una dosis de esa rabia que guardo para no morir.

Abro la aplicación bancaria con dedos temblorosos. El extracto muestra el ingreso con todos los números. CNPJ, banco, sucursal. Puedo devolverlo desde allí. Lo intento. La aplicación se bloquea en el segundo paso. Por supuesto.

Empiezan a aparecer mensajes en el grupo de clase sobre el examen del jueves. Leo «examen» y pienso: «¿Examen de qué? ¿De que no soy quien él cree que soy?». La risa brota sola, breve y nada graciosa.

Envío un único mensaje a Arthur, siguiendo el protocolo que me enseñó para desplazamientos fuera de la rutina:

Desplazamiento: banco / 20–30 min / regreso directo.

La respuesta llega veinte segundos después:

OK. Situación al regresar.

Salgo del edificio como si tuviera fiebre. El aire nocturno duele. Llamo a Dênis. Está a cinco minutos. En tres, el coche se detiene junto a la acera.

—¿Todo bien, doña Alice? —Me llama «doña» por timidez y respeto. Nunca he conseguido convencerlo de que deje de hacerlo.

—Solo al banco, Dênis. —Mi voz sale demasiado firme y lo agradezco.

La sucursal todavía está abierta; tiene horario ampliado para los clientes con cuenta de nómina del hospital. En la ventanilla pido hablar con el director. Llega con una sonrisa cordial y ojos de guion. Le muestro la pantalla del móvil, el extracto, las palabras sucias:

—Necesito devolverlo. Ahora. Es un ingreso indebido. No hay ningún «según lo acordado». Ha habido un intento de… —La palabra me ahoga durante un segundo— …fraude.

Primero me escucha con el oído de la institución. Después, con el de una persona. No pregunta qué empresa es ni qué significa allí «gestación». Abre un formulario. «Declaración de no conformidad». Me pide la firma. Me pide el RG. Me pide que confirme los datos del beneficiario.

—Podemos realizar una devolución a la cuenta de origen, una TED de retorno, con el concepto «restitución». Figurará en el extracto. Y, si lo desea, podemos activar una alerta de fraude: cualquier transferencia procedente de esta razón social requerirá su presencia física para abonarse.

—Sí, quiero.

Firmo. Contemplo cómo rellena los campos en la pantalla. El sonido de la impresora me parece una respiración. Me entrega un justificante con el dinero saliendo de vuelta y la palabra «restitución» como una limpieza sobre un azulejo antiguo. Siento alivio y asco al mismo tiempo. Lo que entra fácilmente sale sucio.

En el coche, Dênis no pregunta nada. Se lo agradezco en silencio. Escribo a Arthur:

Resuelto. Regresando.

No llega ninguna respuesta. Con él, la ausencia de respuesta también habla. ¿Está operando? ¿En el comité? ¿O se limita a concederme el espacio exacto para moverme sin tener que explicarme?

Cuando se abre el ascensor del ático, la casa tiene otra temperatura. Cálida, pero no sofocante. Luces tenues. Olor a jengibre, canela y… ¿pan? Dejo el bolso sobre la consola. Agua hirviendo en el fogón. Arthur en la cocina, con las mangas remangadas y la postura de quien no está «ayudando»; está haciendo lo necesario como quien opera.

Alza los ojos cuando me ve. No pregunta «qué ha pasado». Dice:

—Dúchate. Después, siéntate.

Señala la encimera con la barbilla.

Voy. Dejo que el agua me corra por el cuerpo como si pudiera arrancar de mi piel la frase «según lo acordado — gestación». El calor alivia un dolor al que todavía no había puesto nombre.

Salgo en silencio, me pongo una camiseta suya y un pantalón de algodón. El pelo recogido en alto, la piel húmeda. No comenta mi ropa. Sirve la sopa en un plato hondo y coloca al lado una rebanada de pan tostada exactamente en su punto.

—Despacio. —Se sienta frente a mí, pero no come—. Respira entre cucharadas.

Obedezco. Cada dos cucharadas me pasa un vaso de agua tibia con limón. El gesto es tan específico que me entran ganas de llorar. No lo hago. A veces el cuerpo aprende otra clase de obediencia: la de no derrumbarse cuando un lugar parece demasiado seguro.

—¿Te has tumbado hoy? —pregunta con tono neutro.

—No he podido.

Asiente. Mira el reloj. Hace cálculos. Se levanta, va hasta la sala contigua, regresa con una caja sin logotipo y la deja junto al plato. La miro sin comprender. Hace ese mínimo gesto con la cabeza que equivale a «ábrela».

Dentro hay un estuche de lápices de grafito, un bloc de papel Canson tamaño A3 y una lámpara articulada que ya había admirado en la tienda de la universidad y dejado para «algún día». Encima, una nota breve escrita con su letra precisa:

Exámenes: jueves y lunes.

Iluminación — 20:00–22:00.

Dormir — 22:15.

No es un regalo. Es un sistema. Y, precisamente por eso, me desarma más que unas flores. En su idioma, me está diciendo que conoce mi vida más allá del cuerpo al que ordena acostarse y levantarse. Y que quiere que apruebe.

No solo por mí; también por su perímetro. Pero es cuidado, y lo reconozco incluso cuando viene disfrazado de horario.

—Gracias. —La voz me sale baja.

—Hoy no vas a utilizarlo. —Apoya el índice en el margen de la nota—. Hoy te acostarás temprano. Y, antes, vas a escucharme.

El frío que me recorre no es miedo. Es expectación. Rara vez anuncia «vas a escucharme». Por lo general dice «hazlo». La diferencia me atraviesa.

—Si algo entra en tu perímetro sin mi autorización —dice con voz limpia—, me lo cuentas. Inmediatamente. No tienes que protegerme. Yo no necesito que me protejan.

Trago saliva. Pienso en Francisco, en el coche, en la ventanilla bajando, en el olor a cuero y amenaza. Pienso en el ingreso y en el formulario del banco.

Pienso en el miedo absurdo de que, si se lo cuento, cambiará de tono, me mirará con otros ojos, me juzgará por algo que no hice. Pienso en toda la infancia durante la que decir la verdad significaba dar a mis padres un motivo más para castigarme. Y miento por omisión.

—De acuerdo. —No es una respuesta. Es una promesa aplazada.

Arthur me mira como quien ve la línea fina entre lo dicho y lo que ha quedado debajo de la lengua. No insiste. En cambio, recoge el plato, se seca las manos y señala el pasillo.

—Ven.

Vamos a la habitación. La luz vuelve a ser esa penumbra que me produce la sensación de estar dentro de un acuario templado.

Empuja la puerta con el pie, se detiene frente a mí y se limita a observarme durante el tiempo suficiente para que sea consciente del recorrido de mi respiración.

Sé qué diagnóstico está a punto de emitir: demasiado cansada, tiene que dormir. Pero no quiero dormir. Quiero borrar el cansancio

de otra manera.

—Túmbate —dice, señalando la cama. Acorto la distancia entre nosotros y le sujeto la muñeca—. No quiero dormir.

Arquea una ceja; durante un segundo, la vacilación queda suspendida en el aire. Es suficiente para que me acerque más. Cojo las manos de Arthur y las planto en mi cintura bajo la camiseta holgada. El calor de su contacto me eriza la piel y su mirada calienta todo dentro de mí.

—Alice… —Su voz llega baja, casi como una advertencia.

—No me pidas que pare. —Le toco el pecho por encima de la camisa, sintiendo el músculo firme, caliente—. Necesito esto. Te necesito a ti.

Sus manos permanecen inmóviles sobre mi piel durante un instante, como si calcularan riesgos, pero, cuando empiezo a desabrocharle la camisa, me ayuda. La tela que le cubría el torso no tarda en besar el suelo y puedo ver ese cuerpo que siempre parece más una decisión que una casualidad.

Le beso el pecho despacio, saboreando la piel, y percibo el momento en que su respiración pierde el compás. Es mi permiso y lo utilizo.

Me pongo de puntillas y paso los labios por su hombro, por el cuello, hasta encontrar su boca. Arthur cede, pero no de la manera habitual: cede controlando, ajustando, dictando la profundidad del beso como quien calibra un bisturí.

Mi camiseta sigue el camino de la suya y, cuando roza con los dedos el valle entre mis pechos, se me escapa un gemido antes de que pueda contenerlo. No de dolor ni de fiebre, sino de alivio.

—Despacio —murmura contra mi boca—. Hoy necesitas que sea despacio.

Asiento, aunque quiero más, y dejo que me guíe hasta la cama. Me tumbo boca arriba y siento que el colchón se hunde bajo su

peso.

Abre con un gesto firme el pantalón que lleva, tan firme como el gesto con el que me quita los pantalones cortos, y, cuando por fin nuestras pieles se encuentran, desnudo contra desnuda, el mundo entero parece quedar suspendido.

Me penetra sin prisa, profundo y constante, con los ojos fijos en los míos como si vigilara cada reacción. Quiero más velocidad, quiero el abandono, pero recibo control y descubro que eso es exactamente lo que necesito.

Cada embestida está medida, cada movimiento calculado para arrancarme no solo placer, sino rendición. Mi respiración tropieza, mi cuerpo pide más, pero, cuando apoya la frente contra la mía y susurra «confía», lo comprendo.

Y confío.

La oleada llega despacio, creciendo como una marea que no retrocede. Siento que mi cuerpo se arquea contra el suyo y los músculos tiemblan buscando algo que por fin me alcanza. Me corro aferrada a los hombros de Arthur, gimiendo su nombre como si fuera la única palabra que me queda.

Él espera. Solo cuando todo mi cuerpo cede, entregado, acelera. Unos pocos movimientos, duros, certeros, hasta que su respiración se quiebra contra mi boca. Su orgasmo me inunda, caliente, inevitable, y me descubro sonriendo en medio del caos.

Permanecemos así, pegados, respirando juntos, hasta que el silencio vuelve a llenar la habitación. No el silencio vacío de antes, sino ese otro, vivo, que solo existe cuando él me da exactamente lo que yo no sabía pedir.

—Ahora sí —dice Arthur en voz baja, apartándome el pelo pegado al rostro—. Duerme.

—Sí, señor.

Apaga la luz. Se queda de lado, lo bastante cerca para que sienta el calor de su brazo y lo bastante lejos para no confundirme.

Su respiración se ralentiza antes que la mía. Me quedo mirando la línea de las cortinas, la sombra recortada de la hilera de libros. El sueño llega por fin como una ola correcta.

Antes de quedarme dormida, me atraviesa un pensamiento sencillo y cruel: debería contárselo. Lo del coche. Lo del dinero. Lo de «según lo acordado». Abro la boca en la oscuridad. La cierro.

Mañana, me digo. Mañana.

Me vuelvo de lado y apoyo el rostro en el espacio entre su hombro y la almohada. Olor a piel y jabón. Doméstico. Seguro. La ciudad allá abajo vuelve a ponerse en marcha. Aquí arriba, durante unas horas, todo queda en silencio.

45.

ARTHUR MENDONÇA

La alarma interna de mi cuerpo se activa a las 4:02, como siempre. El reloj de la mesita lo confirma, pero no lo necesito. Nunca lo he necesitado.

Lo que no forma parte del protocolo es lo que encuentro cuando abro los ojos.

Alice, envuelta en la sábana a mi lado, respira profunda y rítmicamente, con un brazo suelto sobre mi cintura. Su cuerpo busca el mío incluso mientras duerme.

Lleva semanas sucediendo. Todas las noches se repite la misma escena: ella en mi cama, yo quedándome. Una concesión que debería haberse limitado a los días en que estaba enferma, pero que se ha convertido en rutina. Sé catalogar una excepción. No sé catalogar la insistencia.

El sueño es el último bastión del control. Ningún médico que se precie renuncia a él. Y, aun así, permito que duerma aquí. Conscientemente. De forma continuada.

Si fuera otra persona, ya habría impuesto distancia. Con ella… no he corregido el error.

Me levanto sin hacer ruido, apago la alarma antes de que suene y voy al baño. Ropa de gimnasio, entrenamiento, ducha fría, cuchilla en la barba, camisa blanca, corbata gris.

La rutina está intacta, pero no suena igual.

Mientras ajusto el nudo de la corbata, recuerdo lo ocurrido anoche. No fue una orden, ni un castigo, ni siquiera una prueba. Fue Alice quien me quiso.

Su petición continúa grabada en mi oído como un diagnóstico: sin vacilación, sin cálculo.

Obedece porque yo lo exijo. Pero anoche me quiso sin que se lo exigiera. ¿Qué cambia eso?

La pregunta no cabe en ninguna de las categorías que reconozco: obediencia, utilidad, placer. Se infiltra por las grietas entre ellas. No me gustan las preguntas que no tienen un cajón donde guardarlas.

Me encierro en el despacho para revisar unos correos y, cuando bajo, la mesa ya está puesta. Café servido, zumo de naranja, tostadas.

Alice está allí, impecable, preparada como siempre. El pelo recogido, vestido sobrio, postura demasiado erguida para alguien que pasó la noche enferma de sueño entre mis brazos.

Coge primero la taza de café. Pero, en lugar de beber, la desliza hacia mí.

—Está fuerte, como te gusta.

La acepto. No la necesito, pero la acepto.

Es un gesto mínimo, casi banal. Y, aun así, me parece más íntimo que el sexo con muchas de las mujeres que han pasado por mi cama.

—¿Alguna necesidad imprevista para tus compromisos externos de hoy? —pregunta, como si fuera una simple comprobación de la agenda.

—Tú.

Bebo el café y ella se limita a asentir, pero no con el tono de quien responde a una orden. Es el de quien ya anticipa el siguiente paso. Esa diferencia importa.

Más tarde, en el teléfono, parpadea un mensaje breve de mi padre: Sábado. Cena. Confirmado.

Nada más.

Francisco no necesita mucho para ocupar espacio. Un recordatorio seco basta para reavivar el eco de las últimas conversaciones:

herederos.

La familia Mendonça tiene rituales.

Sus palabras regresan sin que yo las haya llamado. Miro a Alice al otro lado de la sala, ajustando unos informes, y comprendo por qué mi padre no deja de pinchar. Siempre ataca a través de la variable que yo no puedo admitir como vulnerabilidad.

Cierro el móvil y vuelvo a guardarlo en el bolsillo. Primero el trabajo. Francisco, después.

Pero unas horas después, ya en la consulta, ocupado revisando unas pruebas mientras Alice escribe notas en la mesa auxiliar, esa promesa silenciosa cobra su precio. El sonido de las teclas es rítmico, constante.

De vez en cuando me mira para confirmar cifras o nombres. Pero no es solo una función. Hay convivencia en cada intercambio. El problema no es que el trabajo funcione. El problema es que funciona demasiado bien.

Vuelvo a recordar la noche anterior. Su cuerpo pidiendo, no obedeciendo. El placer que le di porque quise, pero también porque ella quiso.

¿Y si esto se está convirtiendo en algo más que un contrato? La pregunta vuelve a atravesarme, pesada, y no consigo apartarla.

Cuando estamos a punto de salir hacia la reunión, Alice se acerca con una carpeta en la mano.

—¿Quieres que lleve los informes directamente a la sala de conferencias?

—Sí. Siempre.

Ese «siempre» se escapa con más carga de la debida.

Para ella es solo una respuesta objetiva. Para mí, la palabra resuena en todo el espacio de la consulta como una confesión que no pretendía hacer.

46.

ALICE BRAGA

El espacio a mi lado todavía conserva el calor y un pliegue en la sábana delata el cuerpo que estuvo allí unas horas antes.

Ya no resulta extraño abrir los ojos y ver en la cama las huellas de la presencia de Arthur, ni encontrarme dentro de su espacio. O, mejor dicho, del nuestro. Al principio me parecía una cárcel; ahora parece un hogar. Y eso me asusta más que cuando parecía una cárcel.

El olor a café asciende por las rendijas, inconfundible. Siempre preparado a la misma hora, como si hasta el café hubiera aprendido disciplina de Arthur.

Saco las piernas de la cama, sintiendo que el frío del suelo me sube por los huesos, y durante un segundo necesito sujetarme a la mesita para no perder el equilibrio. Las náuseas no llegan en ese momento, pero el mareo sí.

Respiro hondo y voy al baño. En el espejo, mi piel está demasiado pálida. El reflejo me devuelve una versión de mí que parece cargar con un peso que no recuerdo haber puesto sobre sus hombros. Me lavo la cara con agua fría hasta que el mareo retrocede.

En la cocina, la bandeja está en su lugar de siempre. Tostadas, fruta cortada, café humeante. Me siento ante ella sin hambre. Me obligo a dar un mordisco a la manzana solo para evitar la discusión que vendría si Arthur se diera cuenta. El sabor dulce me revuelve el estómago y dejo la manzana a un lado, acercándome la taza de café.

Arthur no está a la mesa, como casi todas las mañanas. Pero su ausencia no es una ausencia real. Es una orden silenciosa. El café servido, el vaso de agua lleno al lado, la organización milimétrica de cada detalle… todo grita su presencia incluso cuando no está.

El día transcurre en el hospital con el mismo engranaje previsible. Él camina un paso por delante, yo uno por detrás, aprendiendo a traducir las señales que solo Arthur emite.

La forma en que se ajusta la corbata indica que una reunión ya está terminando, aunque los demás todavía hablen. El silencio más breve es una orden. La mirada más larga, una advertencia.

Ya no necesito anotarlo todo; anticipo los movimientos y eso me produce la extraña sensación de formar parte de un sistema. Al principio pensé que sería asfixiante. Ahora resulta casi seguro.

Casi.

A media tarde, la seguridad se derrumba con un mareo repentino. Estoy de pie, revisando un calendario de operaciones, cuando parece que el suelo se desliza bajo mis pies.

Me apoyo en la mesa más cercana y sonrío a una de las secretarias como si solo fuera cansancio. Arthur no está en la sala. Menos mal. Si lo hubiera visto, no habría explicación capaz de convencerlo.

Respiro hondo y continúo como si no hubiera ocurrido nada. Pero ya no puedo fingir que se trata de un episodio aislado. No es el primer mareo ni la primera náusea. Sin embargo, prefiero engañarme, culpar a las noches mal dormidas, al exceso de café, a las prisas.

Cualquier cosa menos eso que ronda el fondo de mi mente, porque, si le pongo nombre, si lo admito, no habrá vuelta atrás. Y eso es… imposible. ¿No?

Por la noche, ya en casa, el cansancio es un manto pesado. Me siento en el borde de la cama, masajeándome las sienes, cuando vibra el móvil. La notificación de la pantalla acelera mi corazón: Francisco Mendonça.

La abro sin querer, antes de que pueda prohibírmelo.

«¿Ya tiene una respuesta para mí?»

Las palabras son breves, frías, precisas. Como el propio Francisco. Siento que el estómago se me revuelve, no solo por las náuseas que insisten en acompañarme, sino por el recuerdo de cuando me abordó en el coche. La mirada calculadora, las preguntas invasivas. La propuesta que parecía suciedad barnizada de racionalidad.

Borro el mensaje sin responder. Y, aun así, es como si se hubiera grabado directamente sobre mi piel. Francisco no es un hombre que acepte el silencio durante mucho tiempo.

Dejo el móvil en la mesita y me tumbo, fingiendo ante mí misma que conseguiré dormirme antes de que regrese Arthur.

Oigo abrirse la puerta del ático y después la cadencia de sus pasos por el pasillo. Unos segundos más tarde, la puerta de la habitación cruje y su alta silueta llena el marco. Finjo estar dormida, pero el colchón se hunde cuando se tumba a mi lado. La sábana se mueve y me cubre la cintura.

No necesito abrir los ojos para saber que está aquí, entero, sólido, real. El calor de su cuerpo contrasta con el frío que el mensaje de su padre ha dejado dentro de mí.

El gesto sencillo de acomodar la sábana debería ser banal. Pero no lo es. Es un ancla. Es cuidado y, al mismo tiempo, posesión. Y eso me divide entre la sensación de estar protegida y la certeza de que cada vez estoy más enredada.

Esta vez cierro los ojos de verdad. Cuento los segundos de su respiración hasta que la mía empieza a acompasarse al mismo ritmo. Y, cuando me doy cuenta, el sueño me arrastra, pesado, inevitable, como si dormir fuera más seguro que enfrentarme a lo que de verdad está ocurriendo dentro de mí.

47.

ALICE BRAGA

El pasillo del edificio de doña Dalva tiene el mismo olor de siempre, flores blancas que evocan calma. Pero, aun así, cuando salgo del ascensor, el corazón me late como si entrara en territorio prohibido.

Es sábado y Arthur me ha dado permiso con la misma naturalidad con la que programa operaciones: «Dos horas. Ve. Después avísame cuando estés regresando». Ninguna protesta, ninguna negociación. Solo un cronómetro invisible funcionando en segundo plano.

Llamo al timbre. El sonido metálico resuena por el pequeño apartamento antes de que la voz familiar se alce al otro lado:

—¡Ya voy!

Cuando se abre la puerta, verla allí, frágil pero con los ojos vivos, es como respirar hondo después de una semana entera sin aire. Miriam fue despedida la semana anterior. Podría haber sido antes, pero la mantuve por precaución y también porque me parecía bueno que doña Dalva tuviera compañía.

Sin embargo, fue la propia doña Dalva quien exigió que despidiera a Miriam. Dijo que ya había gastado demasiado dinero en eso sin necesidad. Y, como no podía justificar que el dinero ya no era una preocupación, no tuve más alternativa que ceder a su cariñosa exigencia.

Odio saber que está sola, pero me consuela la certeza de que se encuentra bien. Después de casi cinco meses recibiendo el tratamiento adecuado y tomando la medicación sin tener que saltarse días para que durara más, doña Dalva ni siquiera parece enferma.

Entro despacio, con el cuerpo recordando instintivamente cada detalle de este espacio: el sofá que abraza, las fotografías que ha

repartido por los muebles y colgado en las paredes, las plantas que ahora decoran los rincones y el mantel de ganchillo sobre la mesa, que yo misma compré en un mercadillo.

Con el tiempo, doña Dalva ha transformado el apartamento en un hogar. Uno que es solo suyo, pero donde aun así ha esparcido pequeños fragmentos de mí.

—Mi niña… —Doña Dalva me estrecha entre sus brazos. El olor de su crema de siempre se adhiere a mi ropa—. No se te ve el pelo.

Sonrío, cohibida.

—El trabajo, los exámenes… Ya sabes.

Me siento en el sillón. El contraste entre la vida de aquí y la vida en el apartamento de Arthur resulta tan estridente que hasta a mí me desconcierta. Como si dos mundos compitieran dentro de mí y yo no supiera a cuál debo lealtad.

Hablamos de trivialidades: el tratamiento, las vecinas, las telenovelas. Respondo, pero tengo la cabeza lejos, demasiado ocupada con el peso en el estómago, los mareos que parecen acumularse cada día y las náuseas insistentes que el desayuno no logra enmascarar.

Entonces me interrumpe sin previo aviso:

—Alice… estás diferente.

La frase queda suspendida en el aire, sencilla, pero con el poder de atravesarme por completo.

Parpadeo, sorprendida.

—¿Diferente… cómo?

—En los ojos, en la forma de estar. —Entorna los suyos, como quien intenta descifrar un cuadro torcido—. No sé explicarlo. Parece que estés viviendo otra vida y todavía no me la hayas contado.

Trago saliva, sintiendo que el calor me sube por el rostro. Quiero negarlo. Decir que solo es cansancio, que el hospital exige

demasiado, que la universidad me está absorbiendo hasta el último hilo de energía. Tengo todas las excusas en la punta de la lengua. Pero ninguna sale.

Porque, en el fondo, sé que tiene razón.

Guardo silencio más tiempo del debido. Su mirada no presiona, pero tampoco me suelta. Es esa clase de mirada que solo puede sostener alguien que nos conoce desde siempre.

Y, dentro de ese silencio, me veo obligada a enfrentarme a la verdad que ha crecido dentro de mí desde que crucé aquella puerta por primera vez: estoy enamorada de Arthur.

Admitirlo es absurdo. No tiene sentido. Sé que no debería, que nunca prometió nada más que control, disciplina y posesión temporal. Pero lo cierto es que cada día, con cada gesto suyo, incluso los más bruscos, me siento más atrapada. No solo por las reglas, sino por el hombre.

Porque eso es lo que duele admitir: me he acostumbrado a su manera de cuidarme fingiendo que no es cuidado.

El vaso de agua que ya me espera cuando bajo. El seco «Almuerza» del móvil, que parece más una orden que cariño, pero organiza mi cuerpo por dentro. La toalla caliente las noches en que me rescata del exceso: primero castiga, después cose.

La mitad con mermelada que siempre desliza hasta mi plato «porque hoy necesitas azúcar». El «bien» casi inaudible que se convierte en combustible para tres días.

El abrigo que me coloca sobre los hombros sin discurso, como quien ajusta un equipo antes de una operación. El aire acondicionado regulado medio grado. La mano sobre mi pulso durante un segundo, solo para contar los latidos.

Y, aun así, donde más me pierdo es cuando aparta las cámaras del camino: la terraza. «¿Estás bien?», dos palabras que en cualquier otra boca parecerían pequeñas, pero que en la suya significan: te he visto entera y he decidido no apartar la mirada.

En el hotel de Río, con el viento cortando y las luces de la ciudad pegadas al agua, me sujetó por la nuca como si la caída fuera el mundo y no la barandilla; en casa, el «A dormir» pone fin al día y me concede permiso para ceder. Obedezco y siento la extraña paz de quien por fin ha encontrado dónde apoyar la columna. No es solo el sexo. Es la rutina que su mano inventa dentro de mí.

Detesto la palabra «pertenecer». Pero, cuando me presenta por mi nombre y mi función, cuando se arregla la corbata sin pedirme que mire, cuando decide que no me esconderé de su padre porque «vives aquí», mi cuerpo comprende antes que mi cabeza: me ha elegido.

Y, sin darme cuenta, he empezado a elegirlo a él también. He elegido quedarme cuando habría sido más fácil marcharme. He elegido responder al primer timbrazo. He elegido su silencio como idioma.

No es sensato ni seguro, y sé que el contrato no promete nada más que orden y disponibilidad. Pero, entre un «Cena» y un «Dúchate», entre la reprimenda y la paciencia de esperar a que se me pase el rubor, algo dentro de mí se ha ido inclinando hacia él hasta perder el equilibrio.

Allí, frente a doña Dalva, comprendo que lo que me retiene no son las reglas. Es el hombre que las escribe con mano firme y, en el último instante, afloja el lazo justo lo necesario para que pueda respirar. Eso es. Me he enamorado de Arthur. Y lo peor —o lo mejor — es que mi cuerpo ya lo sabía antes que yo.

Doña Dalva sonríe apenas, como quien comprende más de lo que finge. Cambia de tema para protegerme. Pero la frase ya ha causado el daño.

Salgo del edificio con el corazón oprimido. El sol del final de la tarde incide oblicuo y vuelve las fachadas desconchadas más amarillentas que nunca. Camino sin rumbo durante unos minutos, como si pudiera andar hasta que su frase se disolviera en el aire.

Pero, en el fondo, algo todavía más incómodo palpita dentro de mí. No es solo estar enamorada. Es mi cuerpo, gritando. Las náuseas, el mareo, el cansancio que no se marcha. Cuando paso frente a la farmacia, no pienso demasiado. Entro.

El estante de las pruebas de embarazo está escondido al fondo, cerca de las vitaminas. Cojo una y la oculto entre dos cajas de analgésicos, como si eso bastara para camuflar la vergüenza, y voy a la caja con el corazón martilleando.

La dependienta apenas mira. Escanea el código, me entrega la bolsa y ya está. Para ella es solo otra venta. Para mí, es como si acabara de robar una bomba de relojería.

Salgo a la calle y aprieto la bolsa contra el pecho. Empieza a soplar el viento frío de la noche, trayendo el olor a gasolina de los coches que pasan. Y es entonces cuando la pregunta me golpea en seco:

¿Y si da positivo?

El mundo parece encogerse a mi alrededor. Arthur, el contrato, Francisco, doña Dalva… nada parece tener espacio suficiente para esa posibilidad.

Sigo caminando, con cada paso más pesado, como si el suelo quisiera recordarme que no hay vuelta atrás.

48.

ALICE BRAGA

Los azulejos del baño no perdonan el frío. Apoyo la espalda contra ellos y siento que la piel se me eriza como si mi cuerpo quisiera replegarse dentro de sí mismo.

Tengo la prueba en la mano: plástico barato, promesa cara. Tres minutos. El prospecto dice que no hay que mirar antes. Miro de todos modos. Dos veces. Después vuelvo la pantalla hacia la pared, como si el objeto pudiera verme ceder.

Respiro contando: cuatro al inspirar, cuatro conteniendo, cuatro al soltar el aire. El reloj digital del espejo marca las 6:58. Arthur salió a las 5:41; un mensaje de una sola palabra en mi móvil: «Operación». Yo respondí con otra: «Entendido». Nada más. Es la manera correcta de existir por la mañana.

El primer minuto es de negación. En realidad podría decir que han sido las primeras horas, porque tengo la prueba desde ayer y no había reunido el valor necesario para hacérmela.

Repaso fechas, un calendario mental que siempre ha funcionado, hasta que deja de hacerlo. El implante. Lo siento bajo la piel cuando paso la mano, un puntito duro, promesa de una estadística elevada. Las estadísticas fallan. Las personas también.

El segundo minuto es de mareo. No esa clase bonita de mareo en que gira la habitación. Uno pesado, con la lengua llena de metal. Dejo que mi cuerpo se deslice hasta el suelo, me siento con las rodillas pegadas al pecho y cierro los ojos como si la oscuridad pudiera aplazar la lectura.

El olor del jabón líquido asciende desde mis brazos, mezclado con el olor de Arthur en mi bata. Vainilla y algo suyo que no tiene nombre, solo presencia. Me aferro a ese olor.

El tercer minuto es solo espera. Extiendo la mano sin mirar, cojo la prueba por el mango y le doy la vuelta.

Dos líneas. Nítidas.

Tan nítidas que quiero culpar a la luz. Inclino el brazo hacia otra lámpara. Dos líneas. Apoyo la frente contra la rodilla y todo lo que creía entender sobre mi cuerpo decide hablar al mismo tiempo. Una parte de mí quiere reír. Otra quiere vomitar. Ambas se quedan quietas, educadas, porque aquí el silencio ha aprendido a convertirse en costumbre.

No lloro de inmediato. Siento calor en el rostro, ardor detrás de los ojos, pero las lágrimas no salen. El cuerpo espera al resto de mí.

Me levanto despacio y me lavo las manos dos veces, como si el plástico estuviera cubierto con el polvo de una mala noticia. El espejo me devuelve a una niña con una bata demasiado grande y un rostro que no reconozco. Estoy igual y no lo estoy. ¿No empieza así? Sin cambios visibles, solo los internos intentando acomodarse al espacio.

Desato el cinturón de la bata y vuelvo a anudarlo. No es el cinturón. Son las manos.

La primera voz que aparece en mi cabeza no es la de Arthur. Es la de Francisco: «La ciudad está llena de gente… lista». Después, su propuesta, el coche negro, la ventanilla bajando, la pregunta sucia que ni siquiera necesitó vulgaridad: ¿cuánto vale un heredero?

El ingreso al día siguiente con el concepto «según lo acordado — gestación», como si yo fuera un servicio bancario. La visita al banco para devolverlo. La empleada menuda mirándome como si me lo hubiera inventado y, aun así, tramitando mi negativa.

Salí de allí con el justificante de devolución doblado en el bolsillo y ganas de frotarme toda la piel hasta eliminar el olor de un dinero que no era mío. Vuelvo a mirar la prueba, como si pudiera pedirme perdón. No lo hace.

Abro la tapa del cesto de la ropa, saco una camiseta vieja de Arthur —la gris que usa cuando vuelve de correr— y envuelvo la prueba como quien envuelve un cristal.

No es por culpa, sino por pudor. Salgo del baño, atravieso la habitación y voy al armario de la limpieza. Cojo una bolsa pequeña y transparente, y la doblo hasta que se vuelve lechosa. No quiero ver nada. La arrojo al fondo de la bolsa grande de la cocina de manera que haga ruido. La cierro con un nudo doble. Después tiro encima dos papeles limpios: escenografía doméstica.

El sol entra de frente por la ventana de la cocina, ese sol de São Paulo que no calienta, solo ilumina como una lámpara de consulta. Cojo un vaso de agua y solo entonces me tiemblan las manos. El agua se agita como si fuera demasiado pequeña para la gravedad del vaso.

El móvil vibra sobre la encimera. Una notificación corriente tendría un sonido corriente, pero mi cuerpo la oye como una sirena. Es solo la aplicación del supermercado sugiriendo que reponga el café.

Me río con la garganta, una risa sin dientes. Después desbloqueo la pantalla y abro la conversación cuya existencia llevo fingiendo que ignoro. Francisco. Su último mensaje es breve, educado, repugnante: «Piénselo con calma. No tarde». Es de hace varios días. Nunca respondí. A él no le importan las respuestas; le importa la relación coste-beneficio.

Mis dedos escriben antes de que piense en un guion. Borro. Vuelvo a escribir. Borro otra vez. El mensaje definitivo es sencillo, sin margen para negociar:

No vuelva a buscarme. No acepto. No hay dinero en el mundo capaz de hacerme aceptar esto. Borre mi número.

Lo envío. El doble visto aparece demasiado rápido para que me guste. No espero respuesta. Bloqueo el contacto, guardo una captura de la confirmación y me la envío por correo con un asunto que solo yo reconoceré después: «Negativa formal — Francisco».

Adjunto también al correo una fotografía del justificante de devolución. No sé si esto me salva o solo me recuerda lo ridículo de la situación, pero necesito conservar documentos. Las monjas eran buenas con la fe; con ellas aprendí a apreciar los archivos.

Me siento en el taburete alto con el vaso en la mano y dejo que el cerebro empiece a elaborar la lista que crea cuando el corazón se complica. La lista no respeta ningún orden bonito:

Contrato: reglas, confidencialidad, exclusividad, disponibilidad.

Arthur: control, cuidado, cortes.

Yo: veinte años, doña Dalva, la facultad de Bellas Artes, el cuerpo que siempre ha sido trabajo.

Implante: existen fallos. Hijo: una palabra demasiado grande para mi boca ahora.

Cierro los ojos y aparece la imagen de él mirándome en la terraza del hotel de Río, con las manos firmes en mi cintura, el Cristo al fondo y la ciudad entera respirando por nosotros.

También aparece el pequeño cuidado de ayer: quitándome la goma del pelo al darse cuenta de que me dolía la cabeza, guardándola en su propia muñeca como si fuera suya. Aparece la ducha que reguló para mí, ni caliente ni fría, exacta.

Aparece la frase «duerme media hora más», pronunciada como una orden y como un regazo. Resulta extraño pensar en alguien como refugio después de pasar toda la vida fingiendo que un refugio era un lujo. Y ahora… dos líneas.

No es momento para romanticismos. No puedo ser ingenua. Pero una parte de mí —la parte cansada, a la que le gusta que él diga «bien» sin sentimentalismo— solo oye una cosa: Arthur lo solucionará.

¿Y si no lo soluciona?

¿Y si me mira y ve una trampa? No soy estúpida. ¿Y si cree que he utilizado mi cuerpo para romper sus reglas y atrapar al hombre

que no quiere verse atrapado por nadie?

El recuerdo de Francisco me hace un nudo en el estómago. La vergüenza llega por añadidura: no le conté lo del coche, la tarjeta, el ingreso ni la devolución. Debería habérselo contado. No lo hice. La palabra «confidencialidad» del contrato arde con ironía dentro de mi cabeza.

La culpa es un animal obediente; se sienta cuando lo llamas. Siento ganas de contarlo todo de una vez, de limpiar el suelo antes de que él entre. Y otro impulso, hermano del primero, me ordena esperar. Imaginar su cara, medir. A Arthur no le gusta improvisar. A mí tampoco. Y estoy improvisando desde las 6:58.

Vuelvo a coger el móvil y abro la conversación con él. Su avatar es solo gris. Escribo «tengo que contarte algo» y lo borro. Escribo «¿tienes un minuto?» y lo borro. Escribo «dolor de cabeza» y lo borro con más rabia que antes. El vacío de la pantalla parece acusarme.

Me levanto. Voy a la ventana y la abro un poco. La ciudad despierta con el ruido distante de las frituras, un claxon atascado, alguien discutiendo el precio de la fruta junto a un camión.

Aquí arriba, el sonido llega limpio, como si São Paulo fuera una grabación de São Paulo. Despertar junto con la ciudad me produce la sensación de formar parte de una estructura mayor que yo. Hoy me siento una fisura.

Regreso a la habitación, abro el cajón de los calcetines y saco la pequeña caja donde guardo dos o tres objetos que merecen un nombre: la cadenita con una cruz que me regaló una de las monjas; un pendiente suelto, único superviviente de un par robado en el autobús; una nota de doña Dalva escrita con una caligrafía temblorosa: «come algo caliente, niña». Sostengo la cruz en la mano. No se trata de rezar, sino de recordar que tengo que respirar.

El móvil vibra sobre la cómoda. Un mensaje suyo:

Arthur: Desayuna.

Es la orden seca, con ese punto final mudo que siempre está ahí aunque no aparezca. La mano que sostiene la cadena se cierra con fuerza. Respondo como siempre, con dos palabras ordenadas:

Alice: Sí, señor.

Me quedo mirando la respuesta como si me acusara de seguir siendo capaz de decir «sí» con fluidez. No es ironía. Es necesidad.

Mientras espero que pase el tiempo, porque sé que no conseguiré tragar nada, hago la cama. Estiro la sábana como le gusta, tirando desde ambos lados, con las esquinas alineadas. Cambio la funda de mi lado por otra que ya huele a jabón.

Abro el armario y apoyo la frente contra la madera durante un segundo. Me pregunto si cuidar de un bebé ya consiste en esto: hacer cosas pequeñas y repetidas que nadie ve, pero que te recuerdan que existe alguien aparte de ti.

La mañana se arrastra lentamente, pero pasa, y a la hora del almuerzo llega otro mensaje. Uno que sé que ya no puedo limitarme a fingir que también pienso obedecer. Ahora ya no soy solo yo.

En la cocina caliento un caldo que dejó preparado la cocinera. El vapor asciende y me cubre el rostro de niebla. El sencillo olor de las verduras me devuelve al cuerpo. Me siento con la taza entre las manos. Tomo tres cucharadas y apoyo el metal contra el labio como si el objeto pudiera darme una respuesta.

Entonces la culpa rebasa los bordes y se convierte en una lágrima. No es un sollozo; es una lágrima silenciosa que se desliza con mucha educación por mi barbilla. La seco con el dorso de la mano y me siento tonta. No por llorar. Por creer que llorar sirve de algo.

El recuerdo del banco llega como un fogonazo. La pantalla del cajero, la opción «devolución», la confirmación. Voy hasta la mesita de la entrada y abro la carpeta de documentos, donde todo lo mío ha adquirido una versión organizada desde que existe Arthur.

Saco el papel, leo mi nombre, la cantidad, el sello. Hago una buena fotografía, con luz, sin sombras. También me la envío por correo. No se puede discutir con un sello. Voy a necesitarlo. No ahora. Después.

Cierro la carpeta con llave. El clic es un sonido que quiero conservar. Control. Pequeño, pero mío.

El móvil vuelve a vibrar.

Arthur: Llego en 20.

Lo leo y siento que todo mi cuerpo se organiza. Como si mis células se hubieran alineado, preparadas para el examen. Miro la bolsa de basura, con el nudo doble, en el fondo, y decido que no quiero que eso siga dentro de casa cuando él entre.

Cojo la bolsa con cuidado, atravieso el salón con prisa contenida y bajo un tramo por la escalera de servicio hasta el cuarto de basuras de la planta. El olor es desagradable, pero honesto. Empujo la bolsa dentro del contenedor y cierro la tapa con demasiada fuerza. Subo de vuelta escuchando mi propia respiración, contada.

En el salón cojo un paño y lo paso por las superficies sin polvo, solo por el gesto. Subo un grado la temperatura del aire acondicionado. Él siempre lo advierte. Yo también.

Lleno un vaso de agua y lo dejo en la mesa auxiliar. En el baño me rehago la coleta y me lavo la cara sin frotarme los ojos para que no se enrojezcan. El espejo devuelve señales de vida. Echo los hombros hacia atrás como ordena cuando me ve encogida. No por el efecto sobre el cuerpo. Por el efecto sobre la cabeza.

Suena el timbre interno del ascensor, ese breve «ding» que no miente. El corazón da un paso largo dentro de mi pecho. No sé cómo voy a contárselo. Solo sé que, cuando cruce la puerta, el aire cambiará de peso y yo respiraré, aunque duela. Eso es lo que hace conmigo: organiza mi falta de aire.

La cerradura electrónica hace clic, el sensor verde se enciende y Arthur entra acompañado por el aire del pasillo. Lleva la camisa

abierta en los dos primeros botones, las mangas remangadas y un cansancio muy bien educado en el rostro.

Siempre llega oliendo a hospital: alcohol, acero, algo que no tiene olor, solo limpia. Hoy me parece que también huele a hogar. Me avergüenza pensar «hogar» y guardo el pensamiento en el bolsillo.

—¿Cómo estás? —pregunta sin rodeos, como quien palpa un hematoma para encontrar sus bordes.

—Mejor ahora. —Mi voz sale firme, por milagro o por costumbre —. Hay caldo. —Señalo la cocina como si eso explicara algo mayor.

Deja el reloj sobre la consola, toca el vaso de agua sin beber y me mide con la mirada desde los tobillos hasta la coronilla. No es lascivia. Es triaje.

—¿Fiebre? —pregunta.

Esa fue la excusa que di para estar durmiendo ayer cuando llegó. Envié un mensaje culpando a un malestar.

—No. Dolor, solo un poco. —Me toco la sien—. Ya ha pasado.

Asiente una sola vez y se quita la chaqueta. La casa produce ese leve sonido de tela cara deslizándose sobre la madera. Siento el impulso inmediato de acercarme y abrir el tercer botón de su camisa, el que siempre se resiste, pero me contengo. Todo mi cuerpo pide cercanía y negocio con él: un minuto.

—¿Has comido? —pregunta mientras ya camina hacia la cocina.

—Sí. —Le muestro la taza medio llena de caldo en el fregadero, prueba material de obediencia.

Se lava las manos despacio, como quien prepara un instrumento, y me mira de lado. Su mirada dice «bien». No pronuncia nada. Aun así, siento ese «bien».

Estoy preparada para contárselo, pero la frase llega torcida a mi garganta, algo sin el verbo correcto. No puedo poner «dos líneas» dentro de una frase y soltarla en el salón como quien deja caer una tabla al suelo. No cuando él todavía huele a quirófano. Camino hacia

el pasillo, dos pasos hacia atrás, como si la distancia pudiera organizar mi valor.

El móvil vibra en mi bolsillo y me traiciona. Miro y el nombre que aparece en la pantalla me hiela el estómago: Desconocido.

No contesto números desconocidos desde lo de Francisco. Mis dedos se niegan. Silencio la llamada. Vuelvo a guardarlo. Arthur se da cuenta. Siempre percibe lo que mi cuerpo intenta hacer sin avisarme.

—¿Algún problema? —El timbre baja medio tono. Solo medio. En ese medio tono habita su preocupación.

—No. —Y quiero que sea verdad—. Spam.

No me cree ni deja de creerme. Lo archiva. Vuelve al salón, coge su móvil y escribe rápidamente algo que yo no veré. Es su manera de decirme que, si existe un problema, se convertirá en tarea de otra persona, no mía. Respiro hondo y dejo que eso me calme y me oprima al mismo tiempo.

—Arthur… —empiezo. Su nombre completo siempre es un peldaño —. Más tarde yo… —Más tarde te lo contaré. La frase muere sin explicarse.

Alza los ojos hacia mí, esperando la segunda parte. No se la doy. Todavía no. Necesito una cuerda.

—Más tarde —repite, aceptando el aplazamiento como quien acepta un hilo de sutura antes de la siguiente capa.

Se acerca. Creo que va a besarme. No lo hace. Apoya dos dedos sobre mi pulso, allí donde golpea la sangre. Lo mide sin reloj.

Jadeo sin querer. Lo ve. Y, de pronto, ocurre lo que siempre ocurre cuando el mundo entero está demasiado alto: quiero pertenecer a alguien solo para que disminuya el ruido dentro de mí. Quiero obedecer porque obedecer es, a veces, la forma más rápida de volver a respirar.

—Dúchate —dice con suavidad—. Yo prepararé la cama.

—Sí, señor. —Y ese «señor» suena como el único idioma posible para no derrumbarme.

Voy al baño, abro la ducha en el punto exacto en que él siempre la deja y permanezco bajo el agua el tiempo suficiente para que mi piel comprenda que sigo siendo un cuerpo. Salgo, me pongo la camiseta que le gusta —esa blanca que me cubre demasiado— y regreso a la habitación con el pelo goteando sobre la nuca.

Está de pie junto a la cama, con la luz tenue, la misma que utiliza cuando quiere que duerma sin pelearme con el sueño.

Me detengo en la puerta. El mundo cabe aquí. Yo, él, la cama, la nueva información dentro de mí, grande, silenciosa, palpitante, y la horrible certeza de que todavía no consigo hablar.

—Ven —dice, nada más, y abre un lado de la sábana.

Me tumbo. Él se tumba conmigo. Su brazo encaja bajo mi cabeza con la naturalidad de quien tiene práctica.

Su cuerpo es blando y duro en los lugares precisos; la parte blanda siempre llega primero. Apoyo el oído en su pecho y cuento latidos. No rezo. Contar latidos es mi manera de no deshacerme.

Mi mano encuentra el borde de su camisa y tira suavemente, una pequeña petición. Me mira como quien lee una receta. Lo comprende sin traducción. Su otra mano va a mi nuca, con los dedos abiertos y el peso exacto.

Podría habérselo contado allí, antes que nada. Debería. En cambio, beso su cuello, y el mundo se vuelve lo bastante pequeño para caber en los centímetros que separan mi boca de su piel.

El olor a hospital cede y solo queda su olor. Mi cuerpo, que lleva todo el día pidiéndome respuestas grandes, acepta una pequeña. Y basta para que crea que podré contarle el resto después.

Solo después.

Cuando despierto, no he dormido. Solo he descargado el peso de la verticalidad. Arthur se ha levantado. La luz del salón entra por una

rendija de la puerta. Me siento, sujeto el borde de la cama y apoyo los pies en el suelo. Respondo a un mensaje de la universidad con un «presente» automático. Cierro la aplicación enseguida, como si la palabra fuera mentira.

En el baño, el espejo me devuelve un rostro menos asustado. Me toco el vientre como quien comprueba si ha escondido bien un secreto. No siento nada aparte de piel. Pero el pensamiento está ahí, ocupando un espacio que antes estaba libre.

Regreso al salón. Está en el sofá, leyendo informes en la tableta. Alza los ojos cuando me ve. No pregunta nada. Se limita a bajar el volumen de la casa un grado cuya existencia yo desconocía. Eso es lo que hace: mueve botones que yo no alcanzo.

Me siento a su lado sin tocarlo y deslizo la mano hasta que mi meñique roza el suyo. Es ridículo y exacto. Vuelve la palma hacia arriba. Pongo la mía encima. La cierra.

Respiro. Por primera vez desde las 6:58, respiro como quien tiene aire.

Miro el móvil, la carpeta con mi justificante de devolución, el nudo doble de la basura que ya no está en casa, la ventana con São Paulo ensayando ser cielo, su perfil —un ángulo que he aprendido mejor que el mío—, y decido que, si el mundo va a volcarse, yo empujaré con él. Con ambas manos.

Pero ahora no. No en este minuto.

La prueba ha quedado atrás. Dentro de mí, no.

49.

ARTHUR MENDONÇA

El corazón abierto frente a mí sigue el compás inestable del monitor. Incisión limpia, pinza en mi mano, respiración medida por el tubo de ventilación. Aquí dentro, todo se organiza de acuerdo con las leyes que respeto: anatomía, disciplina, precisión.

Pero, incluso con el bisturí firme, otra parte de mi mente orbita lejos de la mesa. Orbita alrededor de Alice.

Hoy ha vuelto a marcharse temprano: «malestar». La palabra me incomoda más de lo debido.

No es un síntoma físico, ya sé reconocerlo. Es retraimiento. Distancia calculada. Su ausencia en la sala exterior pesa tanto como la sangre viva frente a mí.

—Presión estable —dice Rafael a mi lado, con su habitual aire ligero.

Nunca comprende la gravedad de lo que tiene delante y precisamente por eso lo mantengo aquí. Quien observa de forma distinta señala otros fallos.

—Aspira —ordeno.

El sonido del aspirador llena la sala. La válvula queda expuesta, el tejido limpio. El mayor riesgo ha pasado.

—Estás más callado de lo normal —murmura Rafael mientras me entrega el hilo—. Más seco de lo normal. —Alza una comisura de los labios—. No me digas que echas de menos a tu sombra.

No necesito preguntar a quién se refiere. Alice. Siempre ella.

—Concéntrate en la sutura, Rafael.

Mi voz es limpia, sin pausas, pero no consigo apartar de mi mente la imagen de ella sentada en el sillón del despacho contiguo, con la

frente apoyada en una mano. Su silencio no es solo ausencia de sonido: es la presencia de un peso.

Lleva días así.

Su cansancio no es el de la fiebre que conozco, ni el de la garganta irritada, ni el de la inflamación silenciosa de los ganglios; es otro. Es un cerco emocional. Medido.

La respiración más breve, los ojos que encuentran los míos y se apartan demasiado tarde, la curva del hombro que anuncia retirada.

La cama revela más de lo que imagina: desde hace casi una semana, Alice despierta lejos del alcance de mi mano, como si huyera de mí mientras duerme, cuando antes me buscaba.

Terminamos la operación en un tiempo récord. Cuando salimos al pasillo, con la ropa quirúrgica ya sustituida por el traje y la bata, Rafael todavía no se ha rendido.

—Si quieres, puedo pasar más tarde por tu casa y hacer compañía a tu asistente. —Su sonrisa es demasiado amplia—. Dicen que reír ayuda a recuperarse.

Me detengo y lo miro durante un segundo. No hay una amenaza explícita en lo que digo, pero la frase sale con la frialdad de un bisturí:

—Alice no necesita compañía.

Levanta las manos en señal de rendición, divertido, pero no retrocede.

—¿No necesita compañía o no necesita mi compañía?

No respondo. Sigo caminando. El sonido de nuestros pasos llena el espacio blanco como si fuera un tercer interlocutor. Rafael resopla y echa los hombros hacia atrás, teatral como siempre.

—Llevas casi seis meses jugando a las casitas con ella, Arthur. Ni siquiera tú serías capaz de fingir que esto sigue sin significar nada.

Finjo no haberlo oído. El ascensor todavía está a diez metros.

—Lo admito —continúa con la voz más baja, sin sarcasmo esta vez—. Pensé que duraría un mes. Que te cansarías de tener a alguien invadiendo tu territorio. Pero las semanas se multiplicaron, uno se convirtió en dos, después en tres… y empecé a preguntarme lo bueno que debía de ser el sexo.

Me detengo. Vuelvo el rostro hacia él apenas lo suficiente para que vea el movimiento de mis ojos.

—Cuidado.

Se ríe.

—Exactamente. Después llegaron los celos.

No respondo. Pulso el botón del ascensor. La luz roja parpadea. Rafael me observa como si sopesara el silencio. Entonces dice:

—¿Cuándo fue la última vez que permitiste que alguien despertara en tu cama durante tanto tiempo?

La pregunta me golpea con más fuerza que cualquier provocación. Respiro hondo, manteniendo el rostro neutro, pero la respuesta aparece sola, sin necesidad de pronunciarla. Nunca.

—¿Y cómo sabes exactamente dónde despierta Alice? —lo desafío de todos modos, y Rafael se limita a alzar una comisura de los labios.

—Porque, con lo posesivo que te has vuelto, ni de puta coña dejas que esa chica duerma en ningún lugar que no sea tu cama.

Tiene razón, pero jamás lo admitiría en voz alta. Aun así, se da cuenta. Siempre se da cuenta.

—Eso pensaba. —Su tono no es de victoria, sino de constatación —. Entonces el problema no es ella. Eres tú.

El ascensor llega con un suave «ding». Entro primero. Él me sigue.

—Si de verdad creyeras que esto es solo un contrato, no te preocuparía ahora que se haya marchado antes de tiempo dos veces

esta semana —añade.

Miro el panel luminoso, no a él. La mano cerrada dentro del bolsillo de la chaqueta.

—Hablas demasiado, Rafael. ¿No tienes nada más que hacer? ¿Pacientes que atender? ¿Informes que analizar? Si te falta trabajo, no me importaría librarme de una parte de todo lo que tengo acumulado.

Se limita a reír, saca el móvil del bolsillo y empieza a desplazarse por el contenido de alguna red social.

—Y tú preguntas demasiado sin abrir la boca —replica.

El silencio ocupa el resto del descenso. Pero no está vacío. Es el silencio de quien ya ha oído la verdad y ha decidido fingir que no.

El problema es que, con Alice, ya no finjo tan bien.
Mis métodos siempre han funcionado: delimitar, cartografiar, corregir. Con ella intento aplicar el mismo protocolo y termino descubriendo que ya estoy dos pasos fuera de él.

Ocupa espacios que antes eran solo míos: la cama, la terraza, incluso los silencios. Y yo, que siempre he preferido la previsibilidad de la rutina, me descubro todas las noches ajustando el pliegue de la sábana para que quepan dos cuerpos.

Eso no es un contrato. No es cálculo. Es una desviación. Y las desviaciones no se sostienen sin consecuencias.

Las puertas del ascensor se abren en la planta administrativa y la corriente de aire frío me devuelve a lo que conozco: hormigón, acero, control. Pero ya sé que hay una diferencia: es la primera vez que utilizo mi disciplina para vigilar lo que ocurre dentro de mi propia casa, no fuera de ella.

Y lo peor: no es por método. Es por necesidad.

Entro en el despacho, enciendo el sistema de cámaras y dejo que la rutina vuelva a girar. No para vigilar. Para comprender. Para llenar

el intervalo que la lógica no cubre. Porque Alice se ha convertido en un intervalo.

El sistema carga con el mismo azul frío de siempre, pero ya no observo como quien comprueba una lista de seguridad. Observo como quien busca un indicio, un detalle, cualquier cosa que explique por qué, durante los últimos días, Alice siempre parece estar a un paso de distancia de mí.

Retrocedo hasta media tarde. Entra por la puerta con el bolso al hombro y el pelo recogido bajo. Se quita los zapatos y los alinea en el mueble. No arroja la llave, la deja con cuidado. Pequeños rituales; nunca sabe todo lo que me revelan.

Cocina. Abre el grifo, llena un vaso, no bebe. Apoya las manos en el mármol. Se queda así. Dos minutos enteros. Los cuento. El cuerpo inmóvil, solo trabajando el músculo de la mandíbula. Después, un gesto rápido: se lleva la mano al vientre, como quien comprueba si tiene fiebre, y retrocede como si la hubieran sorprendido. Incluso la cámara.

El pecho se me oprime en un reflejo que no tiene nombre en el vocabulario médico. No es fiebre. No es la garganta. No es físico. Es otra cosa. Si fuera solo el cuerpo, ya lo habría tratado.

Dejo que continúe la grabación. La veo atravesar la sala contigua y sentarse en mi sillón. No abre ningún libro ni enciende nada. Se limita a mirar el vacío, como si temiera que un movimiento revelara lo que esconde.

Cierro los puños sobre la mesa.
Alice habla cuando cree que me debe un informe. Cuando guarda silencio así es porque la deuda es otra. Sigo observando, aunque sé que lo que me mueve no es el control, sino la necesidad. Saber. Llenar. Descifrar.

Mis ojos van a la pestaña abierta con mi agenda, que comparte espacio con las imágenes del sistema de seguridad. La hoja de costes parpadea en el monitor, cifras pendientes de revisión, informes que exigen análisis.

La pila completa de tareas del día está frente a mí, cada punto un recordatorio de que mi trabajo no permite intervalos.

Pero la otra ventana sigue abierta: Alice en el sillón de la sala contigua, con el pequeño cuerpo encogido bajo la manta que no está usando y los hombros caídos como si cargaran con un peso invisible.

Cierro los ojos durante un instante. Deber frente a deseo. Siempre ha sido fácil elegir. El hospital exige y yo cumplo. La operación requiere y yo entrego. La agenda señala y yo sigo. Pero, por primera vez en mucho tiempo, la ecuación parece demasiado sencilla y equivocada.

Porque lo que quiero es estar allí. No para interrogarla ni arrancarle una respuesta que todavía no está preparada para dar. Quiero estar allí para que sepa que puede hablar cuando esté preparada. Quiero cumplir en silencio lo que prometí el primer día: protegerla.

Mi mano pasa por el teclado. Envío respuestas rápidas, liquido asuntos pendientes que en otro momento habría desmenuzado hasta la última línea, abrevio informes. Derivo problemas que antes no habría delegado. Estoy desmontando deliberadamente la muralla del método a cambio de minutos.

Decido que volveré a casa antes de que caiga la noche. Decido que hoy la prioridad no es la mesa del hospital, sino el sillón de la sala contigua y la mujer que se encoge en él.

Me levanto para coger la chaqueta y la puerta se abre sin aviso. El olor a tabaco seco llega primero, antes que la figura completa.

Francisco entra sin la representación del «¿puedo?». No pide permiso. No lo necesita. No en su cabeza. Ocupa la sala como si hubiera pagado cada centímetro y, en parte, lo ha hecho.

—Estoy a punto de marcharme —advierto antes de que pueda abrir la boca.

No responde. Deja una gruesa carpeta de cuero marrón y esquinas marcadas justo en el centro de la mesa. No me mira. Mira la silla frente a mí, no se sienta. Espera. El reloj de la pared marca otro minuto de ventilación.

—¿Tan pronto?

—No sabía que controlar mi agenda fuera una de tus funciones.

—No lo es. Pero administrar los cambios irresponsables en tu conducta siempre lo ha sido. En realidad, me pregunto cuándo dejará de serlo. ¿Cuándo, Arthur?

Suspiro y cierro despacio la pantalla del ordenador para ganar unos segundos. Por dentro, la decisión que acabo de tomar —volver a casa— resiste como un hilo de sutura a punto de romperse.

—¿Hay algún motivo para que estés aquí, aparte de retrasarme, padre?

—Siempre has sido excelente con los números —dice como si la afirmación tuviera algún sentido, con voz limpia de sala de juntas y sin apartar los ojos de la carpeta—. Pero los números solo cuentan lo que ya ha sucedido. He venido a hablar de intención.

No toco la carpeta.

—Di de una vez qué quieres.

—Ábrela, Arthur.

El viejo baile. No afirma, insinúa. No acusa, induce. Siempre ha sido así: convertir el silencio en veneno y esperar a que el otro se intoxique.

La abro.

El primer documento: un extracto bancario. Una empresa con nombre de misa, una cantidad elevada y el concepto: «Según lo acordado — gestación». Fecha: hace varias semanas. Mis ojos se deslizan rápidamente, pero no lo suficiente para ahorrarme el impacto.

La segunda página: una captura de un mensaje. Un número que conozco. Una frase breve: «No. La respuesta sigue siendo no. No cuente conmigo para esto».

Es la clase de respuesta que reconozco como suya. Directa, sin adornos. Pero sobre el papel, en manos de Francisco, es un artefacto de guerra. Paso las páginas como quien inspecciona una radiografía que ya muestra la sombra de un tumor.

—Era sencillo —dice Francisco con voz limpia, casi suave—. La contraté para solucionar lo que tú insistes en aplazar. Un heredero. Libertad para ti, garantía para ella. Todos ganaban.

Alzo los ojos. Los suyos permanecen fijos en mí, esperando mi reacción. No se la doy.

—Pero se volvió ambiciosa —continúa, inclinándose ligeramente hacia delante—. Descubrió que tienes una debilidad previsible. Los cachorros abandonados. —Media sonrisa—. Vio que podía prescindir del intermediario.

Guardo silencio durante un rato. Inclino la cabeza y, sin prestar la menor atención al dosier de Francisco, me limito a observar a mi padre. Mantiene el rostro tan neutro como yo y sospecho que, por dentro, está tan agitado como me siento yo.

No me sorprende que Francisco afirme haber contratado a alguien. No me sorprende que sostenga que todo forma parte de un plan mayor. Esa es su gramática: transformar cualquier variable en una pieza de un tablero invisible y después presentarse como el único capaz de mover las piezas correctas.

Ya he presenciado este teatro antes. Consejo, donantes, prensa. Siempre la misma táctica: dejar que el otro tropiece solo hasta convencerlo de que la caída era inevitable.

Esta vez solo hay un fallo en su plan: Alice.

Porque, aunque estoy seguro de que mi padre es perfectamente capaz de la obra cuya autoría reclama, también estoy seguro de que

Alice no es capaz de aquello de lo que la acusa. Sé que no. Necesito saberlo.

Aunque la imagen de ella en el salón, demasiado pequeña bajo la manta que no usa, estalle en mi mente pidiendo una explicación y parezca ansiosa por encontrarla en las acusaciones tan bien construidas por Francisco.

Sea cual sea el motivo, es otro. No ese.

—¿Y esperas que crea esto? —pregunto y suelto una risa fría—. Por favor, no me ahorres los detalles sórdidos de tu invención. ¿Cómo la conociste? ¿Dónde la encontraste? ¿Era una actriz entrenada o solo alguien insignificante con quien tropezaste y a quien decidiste dar alguna utilidad?

Francisco no se ofende por la ironía. Nunca se ofende, almacena. Se ajusta el pantalón a la altura de la espinilla, se acomoda mejor en el sillón y entrelaza las manos, como si estuviera a punto de narrar una historia antigua de esas que nunca pierden su veneno.

—¿Actriz? No. Habría elegido mejor. —Su mirada da en el blanco —. E insignificante, sí. Todos lo son hasta que demuestran su utilidad.

Apoya un dedo sobre la carpeta como quien marca territorio.

—Apareció en el mapa como tantas otras. Endeudada, con una anciana enferma a la que cuidar, necesitada de cualquier oportunidad para sobrevivir. A gente así no se la encuentra, Arthur. Se la compra.

No aparto la mirada. Su truco consiste en hablar como si describiera estadísticas. Pero conozco la diferencia entre un perfil genérico y un rostro concreto. Alice no cabe en unas tablas.

—Qué conveniente —respondo con sequedad—. Casi resultaría convincente si no fueras tú quien lo dice.

Se ríe en voz baja.

—No necesito que me creas, Arthur. Necesito que reconozcas patrones. —Baja la voz medio tono. Se inclina hacia delante, firme—. No eres estúpido. Me aseguré de que no lo fueras, así que utiliza la cabeza.

—Cuidado —advierto en voz baja, no como una amenaza, sino como un diagnóstico.

Francisco lo ignora.

—¿Con qué? ¿Con la verdad? Yo te crie, muchacho.

Las palabras caen como un bisturí sobre el hueso. Precisas, acusadoras.
Empujo despacio la carpeta hacia el centro de la mesa, y mi tono adquiere la misma frialdad que utilizo en el quirófano cuando la decisión es cortar o perder al paciente:

—Solo estás dando vueltas en círculos.

—Intenté no entrometerme —dice Francisco con suavidad, negando con la cabeza como si creyera su propia mentira—. Pero tú… no me dejaste otra opción.

—Claro, aquí la víctima eres tú —coincido, y ni siquiera se molesta en mirarme.

—Aquí no hay víctimas. Puede que ella sea codiciosa, pero fuiste tú quien le dio espacio para serlo.

Exhalo con fuerza y niego con la cabeza.

—Tu método está anticuado —respondo—. Insinúas sin decir, acusas sin ensuciarte las manos y esperas que yo haga el trabajo.

Me observa durante largo rato. Después inclina el cuerpo hacia delante.

—No necesito que hagas nada. —Baja la voz—. Necesitaba que lo supieras. Para que no pagaras demasiado cara tu ingenuidad. —Pausa mínima—. ¿Crees que no sé lo que es tener sed de supervivencia, Arthur? Lo sé. Y ella la tiene. Mucha. No me quejo. Es útil para quien paga. —Se recuesta—. Pero tú… tú eres pésimo

calculando el valor de alguien cuando parece demasiado limpio. Y ella lo parece. Es perfecta para ti. —La sonrisa sin dientes—. Hasta que deje de serlo.

—Como he dicho, das vueltas en círculos.

—Sí, sigue diciéndotelo y quizá se convierta en verdad. O quizá sea demasiado tarde cuando comprendas que nunca lo fue. —Se levanta. Mira hacia la ventana, desde donde solo se ve el lateral del otro bloque del hospital.

—«Según lo acordado — gestación» no tiene poesía. —Vuelve el rostro hacia mí al recitar el concepto impreso en el justificante de pago—. La poesía la pones tú. ¿Te lo contó? —pregunta, mirándome —. ¿En algún momento durante los últimos meses te dijo que se reunía conmigo? ¿Que aquel día en tu apartamento no era la primera vez que nos veíamos? Hay fotografías de nuestro último encuentro en la carpeta —advierte antes de volver a mirar la ventana.

No quiero buscarlas, pero mis dedos se mueven antes de que pueda evitarlo. Mi mente quiere ver cada una de las pruebas que presenta para poder refutarlas.

Las fotografías son sencillas. El interior de un coche. Un día antes de la fecha indicada en el justificante de pago. Recuerdo ese vestido. El día en que lo llevaba. El día en que pareció extraña por primera vez. Llegué tarde, no la vi hasta la noche del día siguiente. Y, el domingo… Alice parecía agotada.

—Esa chica no cayó del cielo en tu vida, Arthur. Nada cae del cielo. Ni siquiera lo que parece un milagro. Y tú ansiabas uno… ¿Verdad? ¿Desde Marjorie?

Aprieto los dientes.

—Si ya has terminado, puedes marcharte.

Se ríe sin apartar los ojos de la ventana.

—Ansiabas tanto algo que te sacara de los primeros años de lucidez de toda tu vida. Recuerdo cómo eras antes. Perdido. Y después, durante aquello, completamente desenfocado. Persiguiendo cosas tan banales como la felicidad.

Bajo los ojos hacia la carpeta, pero no es eso lo que veo. Veo los recuerdos que Francisco evoca. El joven que fui, que odiaba la frialdad de su propio padre. Que intentaba comprender qué lo llevaba a ser así. Que quería ser diferente, pero no sabía cómo.

Recuerdo la primera vez que vi a Marjorie. Su elegancia entrenada. Recuerdo la primera vez que la vi reír sin reservas y descubrí que aquella primera expresión que había visto no era más que una máscara. Recuerdo cómo me enseñó que yo también podía utilizar una, por mi propio bien.

Y recuerdo que la máscara fue lo único que quedó de mí después de su muerte.

—Entonces la perdiste —continúa Francisco—. Y, por primera vez, vi al hombre que te enseñé a ser. Concentrado. Objetivo. Con los pies en la tierra. Pero tú no querías ser esa persona, ¿verdad? Fingías bien. Doctor insensible, dicen cuando recorres los pasillos. Siempre me he preguntado cuánto odias ese apodo…

Mucho. Al principio. Después me acostumbré.

—Y todavía estaba… la resistencia. —Mi padre menciona la palabra como si le dejara mal sabor de boca—. La maldita resistencia a resolver tu descendencia con la sencillez necesaria. Seguías aplazando el matrimonio, el hijo, como si aún albergaras la estúpida esperanza de que no fuera necesario hacerlo con la frialdad de un acuerdo cualquiera. —Chasquea la lengua—. No me dejaste otra opción que organizar la farsa que tanto ansiabas.

—Tú lo llamas farsa —replico sin levantar todavía los ojos—. Yo lo llamo una mentira mal cosida.

—¿Mal cosida? —Se ríe con sequedad—. La cosió tan bien que ni siquiera advertiste la primera puntada. Ni la segunda. Ni las otras

cincuenta. Solo cuando ya estabas envuelto notaste que la costura apretaba.

Francisco da un paso lento, casi sonoro sobre el suelo.

—Piensa, Arthur. Le ofrecí lo que aceptaría cualquier persona sensata. Seguridad. Garantía. Para toda la vida. Solo tenía que cumplir lo acordado. —Hace una pausa medida—. Y dijo que no. Ahora dime… cuando alguien rechaza una estabilidad absoluta, ¿qué busca? No es sacrificio ni moralidad. Es oportunidad. —Sus ojos claros se clavan en los míos—. Y la oportunidad, Arthur, es el terreno más fértil para la codicia. ¿Crees que canceló nuestro acuerdo porque tenía principios? —Hace un gesto mínimo hacia la carpeta—. No, Arthur. Lo rechazó porque ya estaba dentro. Porque comprendió que podía librarse de mí y absorber directamente de ti. No era estupidez, era cálculo.

Mantengo la mandíbula rígida, pero él lo sabe. Sabe leer. Siempre ha sabido. El problema no es que me lea, sino que sé que estoy permitiendo que lo haga.

La carpeta abierta sobre la mesa parece irradiar calor, como si fuera una prueba radiactiva. No quiero creer nada de lo que dice Francisco, pero el recuerdo de Alice llevándose una mano al vientre, sola en el salón, regresa con demasiada fuerza. No debería haber regresado.

El instinto que siempre me ha servido tan bien —el que indica dónde cortar, cuándo retirarse, qué riesgo no merece la pena— falla cuando se trata de ella. Lleva mucho tiempo fallando. Lo sé, y eso —no las palabras de Francisco, ni sus acusaciones, ni su método— es lo que empieza a hacerme dudar: la sensación de que, por primera vez en años, no estoy seguro. Y la duda, en mí, siempre duele más que la verdad.

Francisco sonríe con el veneno sereno de quien sabe que basta plantar la semilla. Y yo siento, contra mi voluntad, cómo la raíz de aquello araña mi pecho.

—Esa es la diferencia entre nosotros —prosigue en voz más baja —. Tú todavía crees que puedes confiar en el instinto. Que sabes distinguir a quien es puro de quien es astuto. Yo no. Yo sé que la pureza es solo una forma de astucia que ha encontrado una máscara más bonita.

Mi mirada vuelve a caer sobre la fotografía: Alice en el asiento del coche. El vestido. El mismo día. El agotamiento. El silencio.

La carpeta frente a mí parece respirar. Francisco vuelve a colocarse delante de la mesa y se sienta otra vez. Toca suavemente la carpeta con el índice.

—Mira el extracto, mira los mensajes. No son invenciones, Arthur. Son rastros. Y los rastros no se fabrican de la nada. —Se recuesta con calma—. Pero lo importante no es lo que está escrito. Es lo que no está. Su silencio. ¿No lo has notado? —Arquea una ceja—. ¿Los últimos días? Marchándose antes, evitando tu mirada. Fingiendo cansancio. ¿Crees que es casualidad?

Hace una pausa.

—Si no tenía nada que ocultar, ¿por qué no te lo contó? Ni una palabra sobre mí. Estoy seguro de que, después de que saliera de tu apartamento aquella mañana, hablasteis de esto.

Lo afirma porque sabe que, del mismo modo que él me conoce, yo lo conozco a él.

—Le advertiste que yo la buscaría porque me conoces —Francisco pone voz a mis pensamientos—. Le dijiste que te informara cuando sucediera. Si es inocente, ¿por qué tienes delante una fotografía que afirma lo contrario, hijo? —Aprieto los dientes, odiando que ahora dé voz no a una de mis certezas, sino a una de mis dudas—. Puedes caer en la tentación de llamarlo inseguridad. Yo lo llamo ensayo. Para ensayar una gran mentira hacen falta un millón de pequeñas verdades omitidas.

Mi puño se cierra lentamente. Se inclina hacia delante, casi como quien ofrece un consejo a un socio.

—Siempre has confiado demasiado en las «apariencias». —Prosigue con firmeza, como si dictara un diagnóstico—. Crees que sabes leer a las personas como lees los informes. Pero los informes no cambian cuando saben que los están leyendo. Las personas sí.

Un músculo palpita en mi mandíbula. El desgraciado no habla de Alice. Habla de síntomas. Y los síntomas siempre dejan rastro. Trago saliva; continúa sin darme espacio.

—Esto es preparación. —Su tono es casi suave, como si lo lamentara—. No va a desaparecer sin más, Arthur. Preparará el terreno para que creas que era inevitable. Y, cuando ocurra, mirarás atrás y verás todas las señales.

Francisco vuelve a inclinarse, más cerca, con voz baja y cortante:

—Y, si algún día te dice algo lo bastante grande para atarte… no te engañes. Solo será la jugada final. —Pausa calculada—. El jaque mate. Y lo hará. Y tú la creerás. La creerás porque ya lo necesitas. Porque estás hambriento de volver a creer en alguien.

Me duele la mandíbula. Él sonríe sin enseñar los dientes.

—Eres mi hijo. No eres estúpido. —La última frase llega como una sentencia—. Piensa: si ya rechazó la garantía que yo le ofrecía, ¿qué le queda sino utilizarte a ti como garantía?

La carpeta permanece en el centro de la mesa como una herida abierta. Francisco no vuelve a tocarla. No es necesario.

—Siempre has sido excelente con las líneas temporales —dice como quien ofrece un bisturí—. Haz lo que mejor sabes hacer. Reconstruye. Fechas. Horas. Quién entró. Quién salió. Quién pagó. Quién autorizó.

Silencio.

—Y esta vez, Arthur, no te engañes con las excepciones. Las excepciones solo parecen puras cuando tienes hambre.

Se levanta. No pide permiso. El olor a tabaco retrocede con él por el pasillo. Me quedo mirando la puerta cerrada, respirando por la

nariz hasta que el aire deja de doler.

50.

ARTHUR MENDONÇA

Línea temporal.

Acerco el teclado. Abro el panel de acceso que clasifica la vida de todos los que entran en este edificio. Control de accesos. Entradas/salidas. Credenciales. El filtro que yo mismo creé para todo lo relacionado con Alice Braga ya está allí, como siempre, fijado en la parte superior.

«Remitir autorización previa y confirmación a Mendonça, dirección médica — justificación: agilidad interdepartamental». Siempre he sabido que algún día esto me mordería.

Escribo: Braga, Alice.

Registro externo — Conserjería, viernes, 20:41: «Vehículo negro. Conductor no registrado. Matrícula XXF-…»;

observación: «Acompañada por un hombre de traje oscuro; permaneció en el vehículo ~12 min; regreso a conserjería». La marca temporal coincide con unas semanas antes de la fecha del extracto con el concepto «Según lo acordado — gestación».

Ni siquiera es el día de la fotografía. Y hay más registros como ese. A menos que Alice se esté reuniendo con otra persona que tenga exactamente la misma matrícula que el coche de mi padre, ambos llevan algún tiempo hablando, repetidas veces, tal como afirmó Francisco.

Se me tensa la mandíbula.

Abro la agenda de la doctora Beatriz en el sistema interno. No debería hacerlo. No me importa. Busco Braga.

Una consulta añadida dos días atrás:

«Amenorrea / orientación».

La primera parte no resulta sorprendente. El implante anticonceptivo debía provocar la ausencia de menstruación en Alice. Eso era lo previsto desde el principio.

Sin embargo, lo que aparece después está completamente fuera del guion: «Solicitar pruebas, beta y ecografía transvaginal, 6.ª planta». La sexta planta.

La planta que no pertenece a Ginecología, sino a la clínica de fertilidad. Me quedo inmóvil en la silla, con el pulgar apoyado en la tecla Esc sin fuerzas para moverse, porque entonces el encuentro con mi padre semanas atrás no ha sido lo único que no me ha contado.

Y para eso podría encontrar justificaciones: miedo, inseguridad y muchos otros sentimientos fáciles de conciliar con la imagen que tengo de la mujer que duerme en mi cama… Pero para los datos que tengo delante —que no me ha traído Francisco, sino mi propia manía de control— no conozco ninguna mujer con la que puedan conciliarse. Ni ninguna excusa.

No me lo ha contado.

Ni lo de la consulta añadida. Ni lo de la sexta planta. Nada. El gesto de su cuerpo al llevarse una mano al vientre, sola, regresa completo, con la precisión de una grabación clínica.

Estoy contemplando el rastro con mis propios ojos y nunca, hasta ahora, había odiado tanto a mi padre como en este momento.

Regreso al panel de las cámaras de mi apartamento. Arrastro la línea temporal hasta la mañana. Vestíbulo. Cocina. Sala contigua. Reproduzco a velocidad normal.

Alice abre el cajón de los cubiertos, no coge nada, lo cierra. Abre el armario alto, saca una pequeña bolsa blanca de farmacia con un logotipo azul y se la lleva al baño de su habitación. Puerta cerrada. Dos minutos y treinta y ocho segundos.

Sale con el rostro demasiado limpio, esa clase de limpieza que es una máscara, no higiene. Va directamente a la terraza.

La terraza. El único espacio donde no veo.

La ironía me corta como una cuchilla. Fui yo quien decidió que la terraza sería un lugar sin miradas. Allí le enseñé a permanecer de pie contemplando la ciudad cuando necesitaba respirar. Allí dije: «Aquí nadie te ve». Ahora es allí donde yo no veo.

Regresa. Manta en el brazo. Sillón de la sala contigua. Se queda. Mira la nada con todo el cuerpo despierto. Sobre la mesa auxiliar, con el zoom al máximo, un papel doblado. Blanco, con el trazo de una cruz tenue en el reverso, como si un bolígrafo hubiera presionado con fuerza sobre una superficie porosa.

Me inclino sobre la pantalla sin respirar. Es ridículo intentar leer un papel por el reverso. Y, aun así, lo intento.

Línea temporal.

Vuelvo a abrir la carpeta de Francisco.

Extracto: Fundación São Miguel; concepto: «Según lo acordado — gestación».

Fotografías: Alice en el asiento del coche de mi padre.

Mensaje impreso con su negativa.

Derivación de la consulta de la doctora Beatriz para beta + ecografía en la sexta planta.

La orden de cita confirmada.

En la pantalla, una bolsa de farmacia dentro del baño de la habitación que ella ya ni siquiera utiliza. Un papel con una cruz en el reverso. La terraza —el único espacio sin cámaras— ocupada por ella exactamente entre el baño y el sillón.

En mí, la duda siempre duele más que la verdad. Y esto ya no es una duda sencilla. Es un dato compuesto.

Reúno mis cosas y salgo del despacho. En el pasillo, el aire helado golpea las paredes como siempre. Pero siento calor por dentro, un

calor que no es fiebre. Es rabia aferrada a una espina de humillación que me niego a nombrar.

Repito la rutina: llave, bolsillo, reloj. Llego a la planta baja en automático. Dênis ve mi rostro y abre la puerta sin preguntar. El coche toma la calle como una línea recta.

—A casa.

—Sí, señor.

Seis semáforos. Tres en rojo. Conozco la ciudad en bloques de decisión. Hoy cada bloque parece más pequeño.

En el vestíbulo del apartamento, el sensor indica: Puerta principal: abierta, cerrada a continuación. Sin movimiento. Silencio denso.

Entro.

Salón: intacto. Cocina: fregadero seco; un plato en el escurridor, tarta de hace dos días, recuerdo sin querer. Sala contigua: manta en el brazo del sillón, papel doblado en la mesa auxiliar.

Parece demasiado pequeño, doblado, para contener lo que temo. Parece tener exactamente el tamaño de lo que temo.

Lo cojo.

Lo despliego a la altura del estómago, como quien mantiene la distancia ante un contagio.

Dos estrechas ventanas de resultado, una línea horizontal marcada con la precisión de una mano que no ha temblado. La otra, pálida. Cierro y abro los ojos. La palidez no desaparece. Prueba de embarazo. Una marca corriente. Instrucciones en el reverso. Tiempo de lectura. Repetir tras X minutos. Confirmar con beta.

El papel solicita un beta. La agenda contiene un beta. La cita está confirmada. La fundación de mi padre ha autorizado la ecografía de la sexta planta. Y ella, ella no me ha dicho nada.

No es lo que está escrito. Es lo que no está. Devuelvo el papel al lugar exacto donde lo encontré. No por delicadeza. Por protocolo. No

dejo rastros cuando no es necesario.

Cruzo el pasillo hasta su baño. La bolsa está en la papelera, debajo de una toalla. La saco. Recibo: Farmacia Santa Luzia; hora 08:06; Prueba de embarazo — 2 unidades; Ácido fólico; Sulfato ferroso. Los comprimidos que yo mismo habría recomendado, en otra vida, a cualquier mujer con anemia que planeara quedarse embarazada.

El lavabo está limpio. El espejo, sin marcas. Nada salvo método. Regreso a la sala contigua. Me siento en su sillón. La tela cede en el punto donde suele apoyar el hombro.

Miro hacia la ventana como suele hacerlo ella. Por primera vez desde que el desgraciado de mi padre entró en mi despacho, no pienso en lo que dijo. Pienso en lo que he visto.

La puerta de la habitación se cierra en algún lugar del pasillo. Pasos ligeros. Alice aparece en el salón como quien entra en un museo: cuidado en cada milímetro.

Se detiene al verme. El sobresalto es pequeño. Entrenado. Sus ojos pasan por mí, por la manta, por la mesa. No por el papel; está exactamente donde lo dejó.

—Has llegado pronto.

Voz baja. Sin defensas.

—Sí.

Espera la siguiente instrucción, que no doy.

—¿Qué tal ha ido la operación? —pregunta porque es lo que corresponde preguntar.

—Bien.

Silencio. La terraza entre los dos. Miramos en la misma dirección. El único lugar sin cámaras. El único lugar donde siempre creí que no necesitaba mirar.

Da un paso hacia mí y se detiene. Su mano asciende un milímetro y cae antes de tocar ninguna parte de su cuerpo.

—Arthur… —empieza.

El teléfono vibra en mi bolsillo en el preciso instante en que pronuncia mi nombre. Lo saco sin mirar y contesto sin pensar.

—Mendonça.

—¿Doctor Arthur? Buenas noches. Soy la secretaria de la doctora Beatriz, jefa de Ginecología del Jardim Coração. Disculpe la hora. Se ha producido una incoherencia en las instrucciones del sistema: el perfil interno determina que todo resultado relacionado con Alice Braga debe remitirse con copia a su correo; sin embargo, se ha realizado algunas pruebas sin cita previa y la entidad pagadora ha solicitado absoluta discreción: sin nombre en pantalla ni copia. Ya hay resultados disponibles. ¿Debo cumplir el protocolo interno?

Casi me río. Casi. Una vez más, mi obsesión por el control actúa como protagonista en este teatro absurdo.

—El interno.

—Perfecto. Acabo de enviárselo. Buenas noches.

Cuelgo y mantengo los ojos fijos en la pantalla, esperando. El correo llega, pero no lo abro de inmediato. No sé qué quiero leer. A estas alturas, cualquiera de las alternativas parece pésima.

Mis dedos se deslizan por la pantalla y recorro con la mirada el texto que se abre. La palabra que busco es la opuesta a la que he leído en el papel. Negativo. No me muevo, salvo por la mandíbula, que se tensa con fuerza.

Guardo el teléfono. Alice sigue inmóvil a la misma distancia. Sus ojos ya no atraviesan. Evitan. Lo que se instala entre nosotros no es una pregunta. Es una ecuación con todos sus términos a la vista.

Ella — terraza.

Ella — prueba sobre la mesa.

Ella — bolsa en la basura.

Ella — amenorrea en la agenda.

Ella — ecografía de la sexta planta pagada por la fundación de mi padre.

Ella — silencio.

—Si tienes algo que decirme, dilo ahora —digo sin elevar la voz.

Frunce el ceño de esa forma que siempre anuncia duda, no culpa. Su mano asciende hasta la clavícula y se queda allí, sin saber dónde posarse; el pecho busca bocanadas breves.

—Yo… —Abre la boca dos veces antes de emitir sonido—. Tengo que contarte algo.

Tiene que hacerlo. Claro que ahora tiene que hacerlo.

—Antes —la interrumpo—, el lunes. Después de la visita de mi padre al ático. ¿Volviste a verlo? ¿Estuviste con él?

Su rostro pierde el color de forma brutal, como quien descubre en ese instante de qué conversación se trata. Parpadea, confusa, y da un paso microscópico hacia atrás.

—S-sí.

El sí cae al suelo como metal. La palabra sale demasiado breve. Le tiembla la barbilla, como si los dientes hubieran perdido su lugar en la boca. Lo que venga después importa menos que la omisión anterior.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Una cuchilla.

Le tiembla la nariz. La voz le sale torcida.

—Yo… me daba vergüenza… —traga saliva— y tenía miedo de… de hacerte daño. No… no sabía cómo decirlo.

Vergüenza. Miedo. Las dos palabras correctas para ensayar un secreto, no para limpiarlo.

—¿Te ofreció dinero?

Abre los ojos de una forma que normalmente indica sorpresa auténtica. Sus manos van al vientre por reflejo y se detienen en el aire, sin tocarlo.

—Sí —susurra, horrorizada al oír su propia voz afirmarlo.

—¿Y tú?

—Dije que no.

Esta vez responde deprisa, como quien se defiende de una cuchillada. La respuesta correcta. La respuesta obvia. La primera respuesta que ensayaría cualquier actriz.

Sus hombros suben y caen con un pequeño gesto, esa clase de defensa que inventa el cuerpo cuando no encuentra palabras.

—¿Tienes retraso?

El sobresalto aparece por segunda vez en sus ojos, acompañado por un rubor que asciende y muere a medio camino.

—Yo… no lo sé. Mi ciclo todavía es irregular, pero… he sentido… he tenido algunos síntomas.

—¿Compraste una prueba?

Mira fugazmente la mesa auxiliar, traicionándose antes de pensar.

—Sí.

—¿Te la hiciste?

—Sí.

—¿Y?

Su rostro parece más joven de lo habitual. La garganta se cierra; la lengua humedece el labio inferior; el llanto asciende y queda tragado por pureza o por cálculo; hoy sirve cualquiera de las dos cosas.

—Yo… vi una línea… creo que sí —su voz se quiebra en el «creo»—. Tenía miedo de estar interpretándolo mal.

Creo.

Que sí.

Miedo. El manual entero en tres palabras y un temblor.

Suena el telefonillo. El sonido atraviesa el salón como una sirena. Yo lo cruzo como un rayo calculado.

—Conserjería —suena la voz burocrática cuando pulso el botón—. Ha llegado una entrega para la señorita Alice. Una carpeta de la Fundación São Miguel. ¿La subo?

Vuelve la cabeza hacia mí como un animal acorralado. Sus ojos piden una explicación. No la hay.

—Súbala —respondo.

—Arthur, yo no… ¿qué fundación? No he pedido… —empieza, y la frase se deshace en el aire.

—Quédate donde estás.

Dos minutos. Los cuento. Timbre. Recojo la carpeta. Cuero fino. Escudo en bajorrelieve. La abro.

Folleto:

Programa de Apoyo a la Gestación — Bienvenida.

Formulario de adhesión con ALICE BRAGA preimpreso — firmas en blanco.

Volante con el sello PAGADO. Tarjeta de la asistente del doctor Francisco. Folleto con unas manos dibujadas abrazando un vientre.

Doy la vuelta al volante. Observación: Atención prioritaria — 6.ª planta — solicitar discreción.

Lo coloco todo sobre la mesa, pieza por pieza, como quien prepara un campo quirúrgico. Alice se lleva una mano a la boca, con los dedos temblorosos; le vacila la barbilla; se le llenan los ojos de esa forma que, en ella, siempre aparece al final. Horror, no sorpresa cultivada. Lo veo. Y, aun así, mi cerebro registra: sincronización perfecta.

—Yo no… —La voz le falla—. Yo no he pedido esto. Lo juro. No sabía que… —traga saliva— existiera.

—No te hizo falta pedirlo.

Da un paso lento hacia mí, como si temiera recibir una descarga.

—Arthur, iba a contártelo hoy. Necesitaba tiempo porque… porque creía que estaba… que era imposible. Tenía náuseas, yo… no conseguía comer, he temblado todo el día, yo… —Las lágrimas salen calientes, sin ruido; las seca con el dorso de la mano, enfadada consigo misma—. Yo no he pedido cita. No quiero nada de él. Ahora tengo miedo de él —la palabra miedo aparece limpia—. Pensé que te lo diría y tú… —respira entrecortadamente— tú me dirías qué hacer.

Su cuerpo siempre es honesto primero. La rodilla le cede un milímetro; la mano sobre el vientre por fin lo toca. Podría interpretarlo como verdad. No lo hago.

—¿Comprender qué, exactamente? —pregunto.

Sostiene mi mirada con esfuerzo.

—Que yo… —Cierra los ojos durante un instante, como quien salta— estoy embarazada.

El salón se detiene. Y, dentro del espacio detenido, oigo crujir mi propia mandíbula. Una pequeña descarga eléctrica atraviesa mi mano y desaparece. Suficiente para saber que todavía tengo cuerpo.

—¿De quién? —Mi voz sale demasiado limpia.

Frunce el ceño como si yo hubiera hablado en otro idioma.

—Tuyo, Arthur. —No es un grito. Es urgencia—. Tuyo.

La risa llega sin aire, lo bastante dura para cortar por dentro.

—Claro. Mío. ¿Y en qué otro cuento quieres que crea, Alice? ¿En el conejo de Pascua? ¿En Papá Noel? ¡Tú no llevas nada mío dentro!

—Yo… ¿Qué?

—¿Para qué me necesitas, aparte de para conseguir un apellido? —Señalo la carpeta con la barbilla—. Kit de bienvenida incluido. Nota de discreción. Sello de pagado. Asistente de mi padre. —Doy la vuelta al formulario y le muestro las líneas en blanco—. Hasta la inocencia está ensayada.

—Yo no sabía que esto existía, Arthur —la frase sale más alta—. Ni siquiera sé qué es esa fundación. Rompí su tarjeta porque… porque me pareció repugnante —la palabra le duele en la lengua—. No te lo conté porque me avergonzaba. De mí. No de ti.

Ahora el llanto es grande, intenta descender y ahogarla al mismo tiempo. El pecho asciende en tres tiempos, fuera del ritmo de respiración que le enseñé. Intenta ajustarlo: cuatro, cuatro, ocho. Falla.

El aire entra mal; lo contiene al llegar a cuatro y su mirada se vuelve vidriosa durante un segundo. Su mano busca apoyo en el lateral de la mesa, pero no lo encuentra. Siente náuseas. Traga saliva.

Lo veo todo. Y vinculo cada gesto a lo que quiero demostrar.

—¿Fuiste a una consulta con la doctora Beatriz hace dos días? —pregunto como quien recopila datos.

—No. —Firme. Después menos firme—. Pensaba… pensaba ir mañana a hablar con la doctora —sus hombros se hunden— contigo. Yo no he pedido cita ni he llamado. No sé por qué está esto aquí. —Señala la carpeta con un dedo mojado de lágrimas, como si señalarla pudiera borrarla.

—Lo pensabas —repito.

Asiente, desesperada por acertar.

—Quería contártelo hoy. Quería que tú fueras el primero en saberlo. Tú.

La palabra «primero» corta un lugar donde no me gusta que nada toque. Duele durante un segundo. Borro ese segundo.

—No. —Mi voz baja un tono—. No querías contármelo. Querías atraparme.

Niega con fuerza; el moño se afloja y un mechón le cae sobre la nuca.

—Yo… te quiero, Arthur —confiesa, y no es estrategia. Es un desastre—. No sé por qué me hablas así. No entiendo qué está pasando. Tengo miedo. —Aprieta la camiseta a la altura del estómago—. Tengo mucho miedo.

Miedo. Lágrimas. Vientre. Todo en el lugar correcto para conmoverme. Todo dentro de mi mapa de debilidades.

—Has aprendido el guion —digo, y oigo la frialdad de mi propia voz con retraso—. Silencio cuando conviene. Palabras cuando rinden. La terraza cuando no hay cámaras. El folleto cuando las hay. Formulario en blanco, sello de pagado, nota de discreción. Y ahora yo firmo como garantía.

—No —dice con un soplo; después, más fuerte—. No. No quiero nada aparte de ti. No he tenido tiempo de… —Su cuerpo cede; apoya las manos en las rodillas, con la cabeza baja, intentando no caer—. No he tenido tiempo.

Ya no la escucho. Estoy concluyendo.

Voy al despacho. Ella no me sigue, se queda en el salón pidiéndome explicaciones. La ignoro hasta que su voz se pierde en la extensión de las paredes. Pulso tres botones.

Acceso suspendido — correo electrónico, acreditación, vehículo.

Conserjería: «A partir de este momento, la señorita Alice Braga no puede subir».

Conductor: «No recoger».

Informática: «Desvincular dispositivos».

Regreso. Tiene un pie sobre la alfombra y otro en el suelo frío, como si no supiera en qué casa pisa. El llanto ya no es bonito. Es

húmedo, nervioso. Y, aun así, la parte de mí que existe para cortar ve: culpa; teatro.

—Coge tu bolso —digo.

—Arthur, por favor, yo no… No me sueltes —la frase sale infantil, no calculada; sus manos se acercan a mí y se detienen antes de tocarme.

—El bolso.

No se mueve. Llega a su mirada esa clase de miedo que implora: dime que esto no es real.

Cruzo la distancia. Le sujeto el antebrazo. El músculo salta bajo mi mano. Tiro de ella con un gesto. Su cuerpo obedece como siempre lo hace cuando la orden es limpia; el resto de ella, no.

En el pasillo, su respiración se convierte en hiperventilación. Vuelve a intentar el cuatro, cuatro, ocho. Se equivoca al contar. Llora un «no» que sale sin pregunta.

—Vas a marcharte ahora —digo en voz baja—. Y nunca volverás.

—Estoy embarazada de tu hijo —insiste sin técnica, solo con desesperación—. Yo no pedí cita. No cogí nada. No sabía nada. No puedo… —La voz se le quiebra; asciende una náusea; respira de lado, intentando contenerla.

—Se acabó —repito—. El contrato, la casa, la agenda, todo. Ya no existes dentro de mi perímetro.

Llega el ascensor. Dentro, el espejo devuelve dos imágenes: yo con la mano en su brazo; ella sin maquillaje, con el rostro hinchándose rápidamente, sin lágrimas teatrales, sino lágrimas calientes de pánico.

En la planta baja, el mármol devuelve el eco. La puerta automática chirría. La calle golpea el rostro con aire sucio. En el bordillo: agua oscura, un envoltorio de caramelo, un resto de periódico.

Le suelto el brazo. Da un paso en falso, casi cae y recupera sola el equilibrio. Sus manos vuelven al vientre, ahora enteras. Esa imagen penetra en un lugar de mi pecho cuya existencia niego. La quemo allí mismo.

—Arthur… —Su voz sale más pequeña de lo que jamás la he oído.

—No pronuncies mi nombre.

—Por favor… escúchame… Yo no he mentido. Estoy embarazada, Arthur. Es tuyo. Me hago la prueba contigo ahora mismo. Por favor, yo… no sé qué ha pasado. No sé qué te ha dicho él, pero es mentira… Te juro que es mentira.

Él. Lo catalogo.

—Te he dicho que no pronuncies mi nombre.

—Mírame, por favor. Yo no te he traicionado. Rompí su tarjeta, no acepté nada. Solo tardé en… en conseguir contártelo. Mírame. —Lo suplica con las lágrimas vertiéndose como ríos por su rostro—. Sabes leer mi cuerpo, sabes cuándo miento. No he mentido. ¡Estoy esperando un hijo tuyo!

—Tu cuerpo miente mejor que tu boca. Y, si hay algo ahí dentro, no es mío. Arréglalo con quien te ha pagado.

—Por el amor de Dios, créeme… Arthur…

—Última vez: no pronuncies mi nombre —exijo entre dientes—. No llevas nada mío dentro.

Le doy la espalda. El portero se incorpora a medias, indeciso. No miro. Ni a él, ni a ella, ni a nadie. Vuelvo al mostrador.

—Registre esto —digo al conserje sin bajar la voz—: «Alice Braga sin acceso. No sube, no entra. Ninguna excepción».

—Sí, doctor.

El ascensor solo lleva números hacia arriba. En mi mano, el temblor regresa un milímetro. Cuatro. Cuatro. Ocho. La técnica falla en el segundo ocho.

En el apartamento, la carpeta de la Fundación sigue abierta. El formulario todavía sin firmar. El estúpido folleto. El papel de la prueba, con su línea pálida. La manta sobre el brazo del sillón.

Cierro una cosa tras otra, como si el método todavía me sirviera, y, a través del cristal, la ciudad devuelve un contorno. El otro ha quedado abajo, fuera del perímetro, con una mano sobre el vientre.

51.

ALICE BRAGA

«No pronuncies mi nombre».

La frase se queda fuera conmigo, golpeando mi oído como una puerta de ascensor que insiste en cerrarse.

El viento de la calle me sube por las piernas y se detiene en el estómago. Retrocedo un paso para no caer y mis manos van solas al vientre, como si allí hubiera una barandilla.

—Por favor… —todavía lo intento, pero la puerta automática chirría, vuelve a cerrarse y yo dejo de existir dentro del perímetro.

Durante un segundo, el mármol del vestíbulo devuelve mi reflejo —ojos rojos, boca abierta sin sonido— y después desaparece. Me quedo inmóvil mirando mi propia sombra en el cristal como quien espera que alguien regrese a buscarla. Nadie regresa.

Intento respirar correctamente: cuatro, cuatro, ocho. Me equivoco en el segundo cuatro. Las náuseas ascienden como un ascensor lleno. Trago saliva. El envoltorio de caramelo baila en el bordillo, el agua negra corre, y pienso sin gracia que hasta la basura de este barrio parece ordenada.

El teléfono. Mi mano va al bolsillo por reflejo. Nada. ¿El bolso? No. No lo he cogido. No tengo nada aparte de la ropa que llevo y aquello que intento proteger con las manos.

Me vuelvo hacia el portero, que se mantiene lejos, protegido detrás del cristal, detrás del mostrador, detrás de la indiferencia.

El «por favor» se queda atrapado en mi garganta y desisto. No quiero que nadie me vea así. Solo quiero ir adonde todavía haya alguien que conozca mi nombre sin que duela.

Doña Dalva.

Empiezo a caminar. No pienso en el trayecto, pienso en el movimiento. El zapato desgastado sobre la acera pegajosa, sin prisa ni valor para correr. Me detengo en el primer semáforo.

El sudor frío me baja por la espalda y la boca adquiere el sabor dulce del vómito que no llega. Hay un taxi parado más adelante. Levanto el brazo como quien pide auxilio, no una carrera.

—Señorita, ¿adónde? —pregunta el conductor con la voz de quien ya debe de haberlo visto todo.

—Yo… —respiro—. Barrio Feliz… número 762… —Mi mano derecha aprieta la camiseta sobre el estómago, como si sujetara a un perro que quiere escapar—. Pago allí, por favor. Por el amor de Dios, pago allí.

Mira mi rostro, mira mis manos, mira mi nada. Abre la puerta trasera sin moralizar.

—Sube.

Entro. El asiento cede más de lo que esperaba y mi cuerpo quiere llorar por eso, por un pedazo de espuma que me acepta sin preguntar.

El paisaje tras la ventanilla se convierte en líneas que no registro. En alguna esquina, el olor a pan me enfurece porque hay gente comiendo pan como si el mundo no estuviera terminándose en esa misma calle.

—¿Está todo bien? ¿Quiere que pare? —se arriesga a preguntar mientras estamos ante un semáforo.

—No pares —pido con voz áspera—. Si paras, me derrumbo.

No se detiene.

Cuando doblamos la última esquina, el olor a flores blancas me alcanza incluso antes de que vea la fachada. Nunca había entendido cómo un edificio podía tener olor. Este lo tiene.

—Tengo que subir a buscar el dinero —digo deprisa, con la mano ya en la manilla. Asiente como quien dice «claro» ante algo que no

está claro. Corro hasta conserjería con las rodillas débiles.

—¿Señora Alice? —El portero me reconoce a pesar de mi estado —. Doña Miriam acaba de subir. Ha venido de visita. Avisaré de que usted también ha llegado.

Miriam abre la puerta del apartamento en dos partes: primero el rostro, después los brazos.

—Santo cielo, niña —dice en voz baja, como quien reza—. Ven.

Entro. El olor de la crema de doña Dalva llega desde la izquierda, desde la habitación. Quiero ir directamente allí, pero Miriam me corta el paso con el cuerpo a propósito.

—Estás blanca, Alice —dice con firmeza—. Siéntate, respira. Agua.

Me siento en el borde del sofá como una niña esperando una reprimenda y miro mis propias manos. Son las mismas, pero no. Tiemblan donde antes no temblaban. El vaso aparece frente a mí, demasiado transparente para mi vergüenza.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunta Miriam sin curiosidad, solo con cuidado.

—Él… me ha echado —digo, y la palabra «echado» me golpea la lengua con sabor a óxido—. Ha dicho que no puedo… que no puedo volver. Que no llevo nada suyo dentro.

Solo después de pronunciar las palabras recuerdo la cláusula número uno: confidencialidad. ¿Sigue vigente aunque haya terminado el contrato? El contrato ha terminado, repito mentalmente. El contrato ha terminado.

El silencio golpea el suelo y permanece allí. Miriam no sabe qué responder, ni siquiera sabe de qué hablo, de modo que se limita a extender una mano y acariciarme la espalda en pequeños círculos, sin intentar arreglar lo que no puede arreglarse en cinco minutos.

—¿Doña Dalva? —pregunto de repente, como si el mundo pudiera recuperar su eje al pronunciar el nombre correcto—. ¿Dónde está?

—En el baño —dice Miriam—. Yo también acabo de llegar. Apenas me abrió la puerta y salió corriendo.

Niego primero con la cabeza, después asiento, después vuelvo a negar. Mi garganta decide que va a actuar por su cuenta; el resto de mí no tiene voto.

—Tengo que decírselo —susurro—. Antes de que otra persona diga otra cosa.

Miriam asiente, pero no se mueve. Se queda conmigo un poco más, el tiempo que necesita mi cuerpo para comprender que hay un sofá, agua y un techo.

—¡El taxista! —Lo recuerdo y abro mucho los ojos—. Yo no… no he pagado.

Miriam asiente.

—Voy a hablar con el portero. ¿El conductor está esperando el pago?

—Yo… le pagaré después —siento que me arde el rostro—. No tengo… —Me río de la nada, un sonido sin humor—. No tengo nada aquí, yo…

—Yo pago, Alice —me interrumpe Miriam, y lo hace como solo ella sabe: no es caridad, es un procedimiento—. Después me das un abrazo y quedamos en paz.

Va a resolver el mundo práctico. Yo camino hasta el fregadero como quien cruza un puente estrecho. Agradezco que el baño esté ocupado. No quiero mirarme en el espejo. Estoy segura de que tengo sal en las mejillas, ojeras de varios días y un mechón de pelo fuera de lugar, como si ese fuera el problema.

Bajo la cabeza, apoyo la frente contra la puerta de madera del armario y respiro cuatro, cuatro, ocho. Al llegar a seis, las náuseas amenazan; las contengo al llegar a ocho.

Cuando regreso, doña Dalva está sentada con la manta azul sobre las rodillas y un pañuelo anudado con esmero. La sonrisa que me

ofrece es esa clase de sonrisa que solo pueden ofrecer dos personas en el mundo: la que te creó y la que tú elegiste. Y solo una de ellas está aquí.

—Hija mía —dice, abriendo los brazos.

Caigo en ellos como quien conoce el camino. Su olor casi me hace llorar más que todo lo demás. Crema barata, un resto de la lavanda que utiliza a escondidas, jabón nuevo, hogar. Permanezco allí durante tres respiraciones correctas y una equivocada.

—Ahora cuéntamelo despacio —pide, mirándome a los ojos como quien enciende la luz.

Se lo cuento. Sin adornos. Desde el principio de todo hasta el bordillo. Que la confidencialidad reviente, exactamente igual que ha reventado mi vida.

Le hablo del atraco y del trabajo; de la noche de tormenta y de la propuesta que llegó después. Le digo que al principio me negué; no le cuento qué me hizo aceptar más tarde, pero ella llena los vacíos.

Le cuento, riendo y llorando, los meses posteriores. Cómo me sentía. Cómo olvidé la vergüenza. Cómo llegué a amar todo lo que hacía. Cómo lo amé entero.

Después, solo llorando, le cuento lo ocurrido aquella noche: el kit, la fundación, el volante sellado, las líneas en blanco, sus palabras. Cuando repito «no pronuncies mi nombre», su pequeña mano aprieta mi brazo con firmeza. Cuando digo «no llevas nada mío dentro», el pañuelo le tiembla un poco sobre la cabeza.

—¿Y tú…? —pregunta con un miedo en la voz que no le pertenece —. ¿De verdad estás…?

Asiento con la cabeza, que no consigue quedarse quieta. La barbilla intenta traicionarme; la sujeto con los dientes.

—Creo que sí —respondo, pronunciando deliberadamente bajo ese «creo» para no atraer algo malo—. La línea… apareció. Muy

tenue. Compré dos. Me hice una. La otra… iba a hacérmela con él. —Asciende un sollozo ridículo—. Quería que él la viera.

Silencio. Lleva despacio la mano hacia mi vientre, pero no la posa. Se queda suspendida, como quien pide permiso.

—¿Puedo?

Asiento. Cuando me toca con los dedos, siento algo para lo que no tengo nombre. No es certeza. No es una prueba. Es una columna. Ese contacto me mantiene en pie.

—Entonces respira —dice sencillamente—. Mientras siga entrando y saliendo aire, resistiremos. El resto lo solucionaremos después.

Me río como puede reírse alguien cuando acaba de dolerle algo. Miriam regresa, pero no se detiene en el salón. Va directamente a la cocina como alguien que ya hubiera vivido en esta casa y vuelve después con dos tazas calientes y un plato de galletas que no conseguiré comer, pero que agradezco como quien recibe una medalla.

—Hoy dormirás aquí —decreta doña Dalva, reuniendo almohada, manta y un medicamento para las náuseas después de que Miriam se despida y nos quedemos las dos solas—. Y mañana veremos qué hacemos.

¿Qué haré? Ya no tengo nada.

—Ha dicho que no puedo ir al hospital —digo en voz baja, como si Arthur fuera un código capaz de invocarlo en el salón—. Ha dicho: «No pongas un pie allí».

—El hospital no puede negarte asistencia —replica doña Dalva con dureza y después, con cuidado—: Pero de momento podemos no ir allí, solo para que respires. Hay clínicas que hacen el beta sin vincularlo a nadie. —Me mira por encima de la taza—. Si tú quieres.

Asiento, en parte por la prueba y en parte por haber oído «si tú quieres» después de pasarme todo el día escuchando frases en imperativo. «Si tú quieres» es una cama con la luz apagada.

—Alice —me llama doña Dalva, mi nombre pronunciado de la forma que cura un pequeño corte—. Mírame.

La miro.

—Si te quiere, volverá. —Pausa—. Y, si no vuelve, seguiremos adelante. Pero no sola, ¿me has oído?

La oigo. No sé dónde, pero la oigo.

Suena el telefonillo.

Doña Dalva y yo nos miramos. Va hasta el panel y pulsa el botón.

—¿Sí?

La voz del portero llega limpia, sin maldad y sin mundo.

—Doña Dalva, hay una joven aquí abajo… Dice que viene del hospital, de la… Fundación São Miguel. Trae un sobre a nombre de Alice. Entrega personal. Pregunta si puede subir.

No me doy cuenta de que estoy de pie hasta que doña Dalva me sujeta el brazo para impedir que avance hacia ninguna parte.

—No sube —responde con voz cristalina—. De ninguna manera. Dígale que lo deje en conserjería.

—Entendido —dice el portero, y la palabra que yo utilizaba para sobrevivir regresa para morderme por dentro.

El mundo entero cabe entre un pitido y el siguiente.

—Alice —vuelve a llamarme doña Dalva con firmeza—. Respira.

Respiro cuatro, cuatro, ocho. Al llegar a ocho, desaparece el sabor de la bilis. Al nueve —el nueve no existe, pero yo lo invento—, porque ahora hay alguien aquí.

Y, abajo, en el mostrador, alguien escribe correctamente mi nombre en el sobre equivocado.

52.

ARTHUR MENDONÇA

La casa ha recuperado su silencio base. El sistema regula el aire a 21,5 °C. Oigo el clic del relé y sé que la parte de la máquina que nunca falla ha vuelto a su lugar.

Yo todavía no.

En el monitor, la tenue línea de la prueba parece iluminarse bajo el papel, incluso apagada. Pongo boca abajo el folleto de la fundación como quien silencia un pitido inexistente. Una cosa cada vez.

Vuelvo a abrir el correo. NEGATIVO. La palabra permanece fría en el centro de la pantalla, impasible, útil. Me aferro a ella como si los números pudieran ser una muralla. No pienso en la sincronización. No pienso en quién solicitó «absoluta discreción». No pienso que dos hechos verdaderos pueden construir una mentira perfecta.

Pienso que no soy estúpido. Y, si no lo soy, ella no es inocente. Envío correos en serie. Sin adjetivos.

Informática — revocar credenciales (red, telefonía, VPN), desvincular dispositivos.

Recursos Humanos — rescisión inmediata con pago de las cantidades debidas el primer día laborable; NDA reforzado adjunto; retirada de acceso a beneficios corporativos. Entrega por mensajero en la dirección de Rua Feliz.

Departamento jurídico — notificación extrajudicial de desalojo del apartamento de Rua Feliz en siete días; oficial de registro para acreditar la recepción; borrador de cobro prorrateado de suministros; cláusula de prohibición de subarrendamiento (para que no quede ningún cabo suelto).

Administradora — programar inspección final; cambiar el bombín de la cerradura el octavo día.

Seguridad privada — observación pasiva en la manzana, contacto cero. La función no es vigilar por mí, sino garantizar que allí no quede nada mío.

Me detengo. Añado:

Finanzas — suspender adendas de la partida de programas sociales no justificadas mediante informe firmado.

Apilo órdenes cuando no quiero sentir. Las respuestas de «recibido» llegan como pitidos: una, dos, tres, cuatro, seis confirmaciones a pesar de la hora.

El móvil vibra. Rafael. Lo ignoro. Vuelve a vibrar. Rafael no sabe cuándo rendirse.

—Habla —respondo con sequedad.

—¿Estás en casa? —pregunta con voz tranquila—. Estaba pensando en pasar por ahí para…

—Hoy no —lo interrumpo.

Pausa. Después, una risa.

—Prometo no robarle ninguna sonrisa a tu asistente. ¿O debería decir… novia?

—Nunca fue lo segundo —respondo como el acero—. Y dejó de ser lo primero hace unas horas.

Otro silencio.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con seriedad.

—Nada que sea asunto tuyo.

—Entonces, ¿por qué parece que estés suturando sin anestesia? —Silencio—. Arthur… —empieza, pero no termina, y yo permanezco

callado durante el segundo necesario para alinear lo que quiero decir con lo que tolero oír de mi propia boca.

—Ya no trabaja para mí. Ni mantiene ninguna clase de relación conmigo.

—Y tú, nivel cero de explicaciones, claro —ironiza, pero la ironía es pequeña—. Mira… no voy a entrar en tu casa con las botas sucias, pero te diré una cosa y colgaré: no sé qué ha pasado, pero nada es definitivo hasta que decidimos que lo sea. —Respira—. Recuerda eso al menos durante una noche antes de arrasarlo todo. Ya está. Adiós.

Me cuelga.

Miro el teléfono como si tuviera la culpa. Después lo pongo en silencio y regreso a mi mejor mentira: el trabajo.

A las 2:13 cierro el despacho con llave. Me detengo ante la puerta de su habitación por instinto. No llamo. No abro. El pasillo tiene la temperatura correcta y una sensación equivocada. Estoy agotado de mí mismo.

Duermo poco en la cama que todavía huele a ella, pero me niego a cambiar las sábanas. No soy un niño. No necesito caprichos. No sueño nada.

A las 4:40, el panel del edificio muestra una anotación de conserjería: «Sobre Fundación São Miguel — dejado en conserjería para la Sra. Alice Braga, 22:07». El mismo sobre que vi en mi casa, multiplicado ahora en la conserjería de la suya. Sistema eficiente. Asco eficiente.

—Dênis —digo al entrar en el coche—. Rotación de trayecto. Sin paradas. —No pregunta por qué—. Si alguien pregunta hoy por mí, no estoy. —Y cierro la mampara sin ofrecer educación a quien nunca me la ha exigido.

En el hospital, una manguera limpia con agua el patio cuando bajo del coche. Me gusta el olor a cloro por la mañana; sustituye

cualquier perfume. Fátima alza los ojos del teclado cuando me ve. No pregunta por ella. Está bien entrenada.

—Orden del día —digo.

Enumera los puntos a la velocidad que respeta mi impaciencia: consejo, capex, contrato del proveedor de Ortopedia, cumplimiento normativo de la Fundação São Miguel. Duele oírlo, porque ahora la palabra «fundación» posee otro peso.

—Reunión con Renata y Patrícia a las 8:40 para asuntos administrativos relacionados con la rescisión —continúa Fátima.

Un tropiezo en la última palabra es su única señal. Lo ignoro.

8:41. Renata y Patrícia se sientan. Firmamos todo lo necesario, incluso lo que no sería necesario si quisiera ser generoso. No quiero.

—Patrícia, aviso de desalojo con siete días. Sin discutir el plazo.

—Siete días —repite mientras lo anota.

—Renata, TRCT y formulario. El NDA irá grapado. —Señalo—. Ningún error de numeración.

—¿Quiere que conste algún motivo? —se arriesga a preguntar Renata.

—No. Sin motivo formal. —Miro a las dos—. Si hoy llama alguien para preguntar el motivo, no lo saben. Y, aunque lo supieran, no lo dirían.

Asienten. Regreso adonde necesito estar: los números. La mañana avanza haciendo lo que hacen las mañanas cuando no permito que me toquen: pasa por encima.

Proyectores, salas, cifras. La parte del hospital que no sangra. Necesito esa ficción de normalidad durante treinta minutos para poder hacer el resto.

Opero. Hago parecer fácil lo que no lo es. A las 12:03 me detengo frente al cristal de la sala y me veo entero por primera vez desde

ayer. Estoy arreglado. Vacío. El reflejo de alguien que sabe lo que hace. Alguien que llevo años fingiendo ser.

El teléfono vibra en mi bolsillo con un número privado. Contesto por costumbres peores que yo.

—Arthur —la voz de mi padre llega baja y limpia—. ¿Has reconstruido la línea temporal?

—Sí. —Puedo devolverle el metal en la misma moneda.

—¿Y?

—Y plantaste lo que necesitabas cosechar. —Apoyo dos dedos en la mandíbula para aliviar la tensión—. Enhorabuena.

Se ríe como quien nunca pierde.

—No me des las gracias. Protégete. —Pausa—. Ah, la entrega de ayer… ¿fue recibida?

—Sí.

—Perfecto. Evita confusiones.

Cuelgo antes de que empiece a cantar victoria. Tengo la mano cerrada sin haberlo advertido. Cuando la abro, las uñas han dejado cuatro marcas sobre la piel. Cuatro. Cuatro. Ocho. La técnica vuelve a fallar al llegar a ocho.

Voy al lavabo y me lavo las manos más de lo que exige el protocolo. Agua. Jabón. Agua. Limpio incluso lo que no se va.

Cuando regreso a la mesa, llega un mensaje del sistema interno, el único vínculo con el nombre Alice Braga que todavía no he desatado: «Confirmado: ecografía, 6.ª planta — 7:15».

El resultado negativo de anoche sigue abierto al lado. Ambas cosas existen. Y yo elijo cuál creer. Siempre elijo. Cierro la ventana del negativo. Dejo abierta la otra, como quien anuda su propia sentencia con un nudo limpio.

A las diecisiete me siento en un extremo de la mesa de capex. Proyector, gráficos, ROI, obsolescencia, flujo de caja. Corrijo la

previsión de Ortopedia con dos frases y una línea en la pizarra. Mientras tanto, una parte de mi mente mantiene encendida otra pantalla: sobre, mensajero, firma, portero.

Salgo de la reunión sin café, sin sala de descanso, sin conversación. Rafael está apoyado en el marco de la puerta de mi despacho sin haber llamado. No sonríe.

—¿Qué has hecho? —pregunta directamente.

—Trabajar. —Paso junto a él.

—Con Alice. —Ni siquiera finge—. Todo el pasillo ya sabe que algo ha salido mal. Fátima no me mira a la cara; Patrícia ha salido con un sobre que parecía un certificado de defunción; y tú tienes la mandíbula fuera de sitio desde ayer. No soy estúpido.

—No es asunto tuyo.

—No lo es —coincide, sorprendiéndome—. Pero te conozco. Y, cuando sangras por dentro, hablas mediante órdenes. —Señala la mesa—. Y estoy viendo demasiadas órdenes.

—Vuelve a tu departamento, Rafael. Hay un paciente esperando hacerse una fotografía contigo.

No se marcha. Empuja la puerta con el talón hasta oír el clic. Los dos nos quedamos con el silencio dentro de la misma habitación.

—La has despedido. —No es una pregunta, sino una constatación lanzada lo bastante cerca para doler.

No respondo. El orgullo anestesia más deprisa que cualquier sustancia intravenosa.

Rafael da dos pasos, suficientes para ver lo que no debía: la pestaña del correo iluminada en la parte superior de la pantalla, asunto «TRCT — Braga, Alice — entregado». Lee sin pedir permiso; yo minimizo la ventana un segundo demasiado tarde.

Suelta el aire por la nariz y después desvía la mirada hacia el borde de la mesa. Hay un papel torcido, medio cubierto por la

grapadora. Su mano llega antes que la mía. Lee el encabezado en voz baja, como quien lee para sí mismo un mal resultado:

—«Notificación de desalojo — Rua Feliz — plazo de siete días». —Alza los ojos—. ¿Siete días, Arthur?

Le quito el papel de la mano con limpieza, sin fuerza teatral.

—El papel no es tuyo.

—¿Y ella lo era? —replica sin elevar la voz—. Trabajo y techo de un solo golpe. ¿Desahuciando a su abuela? Pensaba que eras mejor que esto.

Me pongo de pie solo para recordarle que el despacho es mío. No retrocede.

—¿Por qué? —pregunta por fin—. ¿Qué ha pasado?

—No es asunto tuyo.

—Sí lo es cuando entras en el hospital sin rostro y pasas la mañana disparando órdenes en todas direcciones como si fueran un vendaje. —Señala la pantalla con la barbilla—. No haces esto por una tontería.

—No te debo ningún informe.

—No. Quizá te lo debas a ti mismo. —Apoya una mano en el respaldo de la silla, pero no se sienta—. Es Alice, joder.

—Sé perfectamente quién es. Cierra la puerta al salir.

No se marcha. Se pasa una mano por la cara como quien contiene la lengua.

—Ha sido el viejo, ¿verdad? —La forma en que dice «el viejo» podría figurar como diagnóstico en cualquier historia clínica—. Solo hay una persona capaz de dejarte así sin que adviertas de dónde ha llegado el golpe.

No le concedo la satisfacción de confirmarlo. El silencio lo confirma por mí. Rafael apoya ambas manos en el respaldo de la silla frente a mí. No se sienta.

—Entonces haz al menos lo mínimo que predicas. —Ahora habla bajo—. Comprueba la línea temporal. Con tus propios ojos. No con una voz prestada. Antes del octavo día. Antes de cambiar el bombín. Antes de convertir el «orgullo» en una sentencia.

—Ya he decidido.

Se ríe sin humor.

—Claro. Decides deprisa cuando algo duele. —Retrocede un paso —. Guarda esta frase para cuando llegue la factura: «Firmé antes de comprobarlo». Te ahorrará un poco de humillación cuando descubras que estabas equivocado. —Me observa durante un segundo, valorando si decir algo más. No lo hace—. Ya está. Lo he dicho. Cierra tú la puerta. Yo voy a trabajar.

Se marcha. La puerta se cierra con el mismo clic mudo del principio, solo que por dentro.

Abro el correo de Recursos Humanos: «TRCT entregado — recepción confirmada en conserjería por la Sra. M. — 10:22».

Departamento jurídico: «Notificación de desalojo registrada — AR en tránsito — plazo: siete días desde su recepción».

Administradora: «Inspección programada para D+8 — bombín reservado».

El perímetro hace ruido cuando vuelve a su lugar. Es leve, pero lo oigo. Algunos lo llaman conciencia. Yo lo llamo sistema.

Mi mano tiembla un milímetro. Cuatro. Cuatro. Ocho. La técnica vuelve a fallar en el segundo ocho.

Regreso a la mesa. Saco de un cajón el estúpido folleto solo para volver a guardarlo. Abro la hoja del bloque quirúrgico y empiezo a modificar la vida útil de los equipos como si eso pudiera prolongar la vida útil de cualquier otra cosa.

En la esquina de la pantalla, el mensaje «TRCT — entregado» continúa abierto. No lo cierro.

Procedimiento.

53.

ALICE BRAGA

La ventanilla del autobús devolvía la ciudad en retazos, como si alguien hubiera cortado São Paulo en tiras para hacerla caber dentro de un cristal.

Las luces se alejaban despacio y yo me aferraba a lo que se quedaba, no a lo que se iba: la mano de doña Dalva sobre la mía, ligera, cálida, con el olor de su crema de siempre.

El motor hacía un ruido grave que yo no reconocía dentro del cuerpo; parecía el sonido de un corazón cansado intentando mantener el compás. Cuatro, cuatro, ocho. Respiré sin contar en voz alta. Ella me apretó la mano cuando el pecho me falló en el seis.

—Estoy aquí —dijo sin grandes discursos—. Y tú también.

Asentí mirando el reflejo de las dos en el cristal: ella con la manta azul doblada sobre el regazo; yo con el pelo recogido de cualquier manera, la cara desnuda. Aquella noche tenía dos certezas: gemelos. Y huida.

Pasaron siete días entre la cuneta y el autobús. El aviso de desalojo llegó con sello burocrático y la prisa de quien nunca ha perdido un techo. Siete.

Los conté con los dedos como una niña, incapaz de creer que la mano se acabara antes que el plazo. En conserjería recibieron un sobre con mi nombre correcto y todo lo de dentro equivocado: rescisión, acuerdo de confidencialidad, llave para devolver, instrucciones frías.

El portero no me miró a los ojos; no por maldad, por función. Me lo entregó como si fuera una pizza. Firmé con una mano que no parecía mía.

El segundo día fui al hospital por el instinto absurdo de quien todavía cree que un lugar conocido protege. El torno no se abrió. El guardia de seguridad miró la pantalla, me miró a mí y se plantó entre el ascensor y yo como una pared educada.

—Lo siento, señorita Alice. Hoy no puede subir.

Hoy. Hoy fue la palabra más cruel que oí aquella mañana. Hoy significa que ayer se podía y mañana quizá se pueda, pero ahora no. Respiré mal, di las gracias como quien pide perdón, di media vuelta y salí con las manos en los bolsillos de un abrigo que no contenía nada salvo mi respiración.

El tercero fui a la facultad. El semestre ya había terminado; la empleada de administración me explicó que «si suspendes ahora la matrícula, conservas el expediente y no pierdes las asignaturas aprobadas».

Asentí, con el bolígrafo temblando al firmar, y quise reír porque el verbo cerrar se convirtió en mi vida. Cerré la matrícula. Me cerraron puertas. Encerraron mi nombre en conserjerías y correos electrónicos. Quedé suelta donde necesitaba estar sujeta y sujeta donde necesitaba quedar libre.

El cuarto, la clínica del barrio. Sin un nombre importante en la fachada, sin sexta planta, sin escudo en bajorrelieve. Efectivo contado dos veces, descuento por pagar en el acto. La recepcionista me llamó «cariño» y me dio una ficha de plástico con el número 17.

Gel frío, luz tenue, silencio. El monitor tardó en encenderse y, cuando lo hizo, el mundo emitió un sonido que todavía no existía en mi diccionario: dos latidos. El médico buscó palabras sencillas como quien escoge tenedores en un cajón.

—Es pronto… pero son dos. —Inclinó la pantalla hacia mí—. Dos sacos gestacionales, dos latidos. La longitud craneocaudal todavía es pequeña, pero están ahí. —Hizo una breve pausa—. Enhorabuena.

La palabra enhorabuena me golpeó la piel y no entró a la primera. Miré hacia un rincón de la consulta, como si el resto del mundo se

escondiera allí. Doña Dalva me apretó los dedos una sola vez. Habría llorado si me quedara agua, pero parecía que toda la del día se había ido al gel.

—¿Y ahora? —pregunté con voz de quien pide el prospecto de un medicamento fuerte.

—Ahora comes cada tres horas, descansas, evitas esfuerzos, tomas los suplementos que te indique tu ginecóloga y vuelves dentro de dos semanas. —Escribió en un papel con letra pequeña y ordenada—. Te daremos una cartilla para el seguimiento del embarazo. Si quieres, podemos poner solo tu nombre. —Lo dijo exactamente así, y yo lo miré de una forma que reconocí en mí: sorpresa agradecida.

—Con Alice está bien —respondí. Algunos nombres duelen. El mío no.

Cuando salí, la calle parecía más ruidosa de lo habitual. Compré un paquete de galletas que no quería solo para tener un recibo que acreditara mi existencia. Escribí en el reverso dos puntos y dos letras que aún no significaban nada, solo señalaban vida: A y B. Lo borré. No era el momento de jugar a poner nombres.

El quinto empecé a llamar. Las puertas que se abrían con mi «buenos días» comenzaron a quedarse entornadas, atrapando mi voz en la rendija. «Es un momento difícil», «todo saldrá bien», «llámame si necesitas cualquier cosa». Cosas de buena gente que no puede ayudarte. Escuché sin enfadarme. La buena gente también necesita un sueldo.

El sexto, las cajas. Siempre creemos que tenemos más cosas de las que en realidad tenemos. Yo tenía pocas y, aun así, pesaban demasiado. Miriam apareció sin avisar con cinta adhesiva y un rotulador.

No preguntó nada que yo no pudiera responder. Escribió «cocina» en un papel torcido y dijo «listo» con el tono de quien repara un pequeño desastre. Después me estrechó como si me pegara los pedazos y se marchó deprisa antes de que yo me deshiciera.

El séptimo, el autobús.

El pasillo se balanceaba al compás del motor. Doña Dalva apoyó el hombro en el mío y yo apoyé la cabeza en el cristal, frío, limpio, casi compasivo.

—¿Tienes náuseas? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí. —Tragué aquel sabor dulzón y desagradable—. Pero se pasa.

Sonrió con una comisura. Su sonrisa tiene un ritual: empieza en los ojos, baja por el lado correcto, se detiene en el pañuelo, regresa. Quise guardármela en un bolsillo para usarla después.

—La chica de la taquilla dijo que llegaremos por la mañana —recordó, como quien ofrece futuro con la mitad de una certeza—. Ribeirão no se ha movido de sitio.

Ribeirão no se ha movido de sitio. Yo sí. Y eso es más difícil de admitir.

La ciudad del otro lado terminó convirtiéndose en oscuridad constante, no en claridad entrecortada por edificios. Conté postes para engañar a la cabeza. Dos, dos, dos.

En algún momento, los ojos se me cerraron sin permiso y regresé a la sala anexa, a la terraza que él juró que era un «lugar sin cámaras». Dije «Arthur» en aquel sueño y desperté enfadada conmigo misma por haberlo dicho. No digas mi nombre. Podía obedecer incluso dormida.

—Agua —ofreció doña Dalva, y la taza de plástico se convirtió en vaso entre mis manos.

—No voy a caerme, ¿vale? —dije en voz baja, como si alguien pudiera oír mi miedo—. No voy a caerme.

—No te has caído —me corrigió con sencillez—. Te han empujado. No es lo mismo.

La miré como si acabara de inventar una forma nueva de mantenerse en pie. Quizá lo hiciera.

El autobús se detuvo en cualquier ciudad para ir al baño y comer algo. Yo no bajé. El olor a aceite entró por las puertas y me aplastó el estómago.

Doña Dalva trajo galletas saladas y una goma para el pelo. «Para que no te moleste en el cuello». Hay amor en las gomas del pelo. Dejé que me lo recogiera como quien aprende a recibir.

Cuando reanudamos la marcha, el bebé A —así lo llamé dentro de mi cabeza, en contra de mi voluntad— se movió. No sé si se movió de verdad; el médico dijo que todavía era pronto, demasiado pronto, o si fui yo inventándome una prueba.

El cuerpo miente menos que la cabeza. Le concedí el beneficio de la duda. La otra mitad de mí, el bebé B, permaneció quieta de una forma que me dio miedo y, al mismo tiempo, paz.

Los dos no tienen que demostrar que están ahí al mismo tiempo. Me reí sola, débilmente, con miedo de haberme convertido en alguien que habla con su barriga y cree que eso resuelve los problemas. No los resuelve. Distrae.

—Estás pensando en voz alta —dijo doña Dalva, cómplice.

—Estoy pensando en ellos —confesé.

—Pues piensa bajito, para que duerman —respondió, y obedecí porque obedecerla a ella no duele.

No quería marcharme de São Paulo. Me marché. Y, en el lugar de lo que quedaba, dejé cosas que no caben en una caja: la respiración que aprendí a contar, la manta de la sala anexa, el olor a café de las seis y veintinueve, la sensación de una puerta que se abre y se cierra, el cristal negro que devolvía nuestra sombra cuando todavía creía que la sombra era un lugar donde descansar. No lo es. Es una herramienta.

Quise llamar. No llamé. Un bloqueo no es solo técnico. A veces nos bloqueamos porque sabemos que la voz del otro romperá lo que aún queda entero. Y hoy yo no estaba entera, pero sí en pedazos compatibles. Bastaba para viajar.

La carretera trazaba curvas que yo no recordaba. Intenté descubrir en cuál de ellas había girado también mi vida. No fue ayer. No fue hoy. Fue cuando acepté silencios por amor a quedarme. Cuando confundí cuidado con control y dejé que las reglas me llamaran por mi nombre.

—Alice —llamó doña Dalva en voz baja, como quien posa la mano en el hombro de una niña testaruda—. Duerme un poco.

—Si me duermo, despiértame cuando lleguemos a nuestra ciudad, ¿vale?

—Yo no duermo, mi niña —mintió con dulzura—. Yo cuido de ti.

Apoyé la cabeza en ella. Lo último que vi en el cristal antes de que la noche terminara de cerrarse fue el letrero de una gasolinera que prometía café caliente y baños limpios. Pensé que las promesas fáciles sientan bien en los viajes largos. Cerré los ojos.

Cuando desperté, el cielo tenía el gris de la mañana y la carretera, línea continua. No sabía que el alivio tuviera sonido, pero lo tiene: es el sonido de un autobús que reduce la marcha para entrar en la ciudad donde alguien pronuncia bien tu nombre sin necesidad de mirar un documento. Ribeirão no se ha movido de sitio.

Desperté a doña Dalva sin querer al acomodarle la manta sobre la rodilla.

—¿Hemos llegado?

—Casi.

Se arregló el pañuelo y puso una mano sobre mi vientre, como quien comprueba la temperatura.

—Están bien, ¿verdad?

—Están bien —dije, y esta vez no fue un creo.

El autobús se arrimó al andén y el mundo volvió a hacerse grande: voces, maletas, silbatos, olor a pan, el sonido de la radio de

un taxista, una mujer que gritaba «¡mamá!». Yo me hice pequeña, pero no menos. Pequeña con dos.

Bajamos despacio. El suelo parecía un poco más firme que siete días atrás. Respiré: cuatro, cuatro, ocho. En el ocho no hubo bilis. Hubo sed. Sed de agua, de colchón, de un lugar donde las cartas equivocadas tardaran más en encontrar a la persona correcta.

—Vamos a casa, hija mía —dijo doña Dalva, como si la palabra casa pudiera existir en cualquier lugar donde uno pone una manta y dos cepillos de dientes—. Y después ya veremos lo demás.

Miré al frente. Tenía dos latidos dentro de mí y una mano sosteniendo la mía por fuera. Lo demás podía esperar una manzana más.

La ciudad me devolvió mi nombre sin dolor. Lo acepté.

54.

ARTHUR MENDONÇA

El día 9 ajusté las persianas en el ángulo exacto en que la ciudad entra sin reflejar nada.

El pasillo olía a detergente neutro. Abrí el cajón de la sala anexa, saqué la manta y la doblé con una regla mental, tres pliegues idénticos. La metí en la caja de donaciones. Cerré.

En el hospital, tres operaciones. Todas limpias. Al final del día, escribí «procedimiento» en la parte superior del orden del día siguiente solo para descubrir que ya había escrito la misma palabra, en el mismo lugar, cuatro veces.

El día 14 Rafael entró sin llamar y salió sin respuesta.

Trabajé como una máquina: triaje, bisturí, sutura, dictamen, consejo. El cuerpo hace lo que la cabeza ordena.

Por la noche llegué a casa y advertí que el reloj de la pared adelantaba dos minutos. Lo corregí. El ruido mínimo de la aguja al retroceder dolió como una muela.

El día 37 cambié la ruta del chófer. Pedí itinerarios variables. No por una paranoia teatral; por hábito defensivo. Evité el barrio Feliz como si las calles fueran virus.

En el comedor, un cochecito de bebé se cruzó en mi camino. El llanto llegó de otra mesa y se metió en mi oído interno como ciertos pitidos: se quedan. Bebí agua y el cuerpo no la aceptó.

El día 52 abrí el panel de accesos por reflejo y lo cerré en el primer segundo. Sé dónde mirar. No voy a mirar.

En el despacho, el folleto que quedaba de un día imbécil apareció debajo de una pila de informes. Lo tiré a la basura. Abrí la papelera. Separé el papel del plástico. Volví a tirarlo. Cerré la tapa. Me lavé las manos más de lo que dicta el protocolo.

El día 73, farmacia abierta las veinticuatro horas.

Necesitaba un analgésico. Demasiada luz blanca. Demasiada gente a las dos de la madrugada. Cogí lo que necesitaba. En la cola, sin pensar, mi mano cogió también un sonajero que giraba con dos aros de silicona. Dos. No uno. Solo me di cuenta al ver el recibo.

En la acera metí el sonajero en el contenedor verde de la esquina y lo empujé hasta el fondo con el pie. El sonido amortiguado del plástico contra el metal pareció una carcajada. Regresé y me lavé las manos en el lavabo de una gasolinera. Cuatro. Cuatro. Ocho. La técnica falló en el ocho.

El día 90 llamó mi padre. No contesté. Envió un mensaje. Lo borré sin abrirlo. El teléfono vibró una vez más de lo debido. Lo puse en silencio y operé con una precisión que solo poseo cuando anestesio sin aguja: orgullo.

El día 110 ajusté las previsiones del bloque quirúrgico como quien remienda piel: sin cicatriz. Al terminar, alguien del departamento jurídico dijo «Fundación» en un contexto genérico de cumplimiento normativo y la sala giró medio grado.

Sujetando la mesa por debajo con el pulgar, logré que nadie lo advirtiera. Por la noche, la cama se quedó fría en el lado que no uso. No por falta de uso; por memoria. Me levanté, fui hasta la terraza y me detuve un paso antes. Lugar sin cámaras. Lugar sin mí.

El día 141 Rafael me encerró en el despacho y habló durante diez minutos como quien intenta sacar un cuerpo extraño del ojo de alguien que no quiere que lo toquen. «Todavía puedes remediarlo», dijo. Yo dije «trabajo». Se marchó dejando en el suelo la frase «te estás muriendo y estás matando por orgullo». La dejé caer. La pisé.

El día 160 recibí una invitación para hablar en un simposio sobre control en el entorno quirúrgico. Escribí «El control por sí solo no salva a nadie» en la primera diapositiva y lo borré antes de guardar. Me quedé ante la pantalla en blanco hasta la hora del café. Fátima trajo el orden del día. Firmé donde me indicaron.

El día 181 un residente dejó en mi despacho una taza con bizcocho casero para agradecerme un dictamen.

El olor levantó una parte del techo que yo había clavado con clavos imaginarios. Lo tiré. Después saqué la taza de la basura, la lavé y la dejé en la cocina con una etiqueta: USO COMÚN. Fui al baño y estuve a punto de vomitar.

El día 200, en el dormitorio, desperté en mitad de la madrugada con el corazón fuera de compás. Busqué el pitido que no existía. Era el mío. Me senté en la cama. Cuatro. Cuatro. Ocho. Otra vez no llegó al final. La ventana devolvía la ciudad en estado neutro. Quise que todo regresara a cuando lo neutro bastaba. No regresa.

El día 224 compré crema de manos en el quiosco de la planta baja. La dependienta me entregó el cambio envolviendo con él, por error —o porque yo debía de parecer alguien—, dos calcetines de recién nacido. Blancos. Minúsculos.

Aquello no pesaba nada y, aun así, cayó sobre mí. Lo devolví con la misma mano que tiembla un milímetro. Ella se disculpó. Yo dije «no pasa nada» como quien dice «sutura cutánea»: práctica, no verdad.

El día 250 atravesé Pediatría para acortar camino. No volví a hacerlo. Cambié la ruta por la escalera de servicio, como quien evita un charco. No miré dentro. Oí un llanto. El cuerpo respondió antes que la cabeza.

El día 270, trabajo. Máquina. Lista. Orden. Dictamen. Al final del día abrí el cajón izquierdo de la mesa y encontré —no sé cuándo lo dejé allí— un recibo de la farmacia abierta las veinticuatro horas.

Artículo 3: «Sonajero de doble aro». No guardo recibos. No guardo nada que no sirva. El cajón lo guardó por mí. Lo rompí en cuatro pedazos y lo tiré en dos papeleras distintas, como si el crimen necesitara un protocolo.

El día 300 soñé con la terraza. La ciudad era cristal y nosotros éramos sombra.

Alice estaba de espaldas, con el pelo mal recogido. La manta en el brazo del sillón. Apoyé una mano en el marco y la madera me devolvió el calor de un cuerpo, el mío o el suyo, no lo sé.

En el sueño no dije «no digas mi nombre». En el sueño nadie dijo «mío».

En el sueño, una voz pequeña llegó desde un lugar que no existe en los andamios ni en los planos del apartamento: llegó de dentro.

—Papá.

Desperté con la palabra entera en la boca, como quien traga una pastilla sin agua. Permanecí sentado, con la mano en el pecho, midiendo lo que no se puede medir.

Cuatro. Cuatro. El ocho no llegó.

La ciudad continuó neutra. Yo no.

55.

ALICE BRAGA

Mes 0:

Ribeirão tiene un sol que no pide permiso. Salí de la maternidad con dos paquetitos humanos en brazos y una hoja de cálculo invisible abierta en la cabeza.

Casa de una sola planta, dos dormitorios, patio minúsculo con una mata de albahaca que ya estaba allí antes que nosotros: alquiler al día, fianza pagada, contrato de doce meses. No era una mansión, tampoco un cuchitril; estaba bien.

Dinero: me traje de São Paulo una cifra que permitía respirar —el sueldo que él no me dejaba usar y que por eso ahorré—, la indemnización, la parte proporcional de vacaciones y aguinaldo que llegó en un sobre sellado en lugar de hacerlo con palabras sinceras, y lo que quedaba del contrato.

Dos palabras gobernaban lo demás: reserva y precaución. Aparté doce alquileres en un rincón que no toco, seis meses de seguros médicos en otro, y lo restante quedó preparado para los imprevistos que ahora sé que siempre llegan.

Trabajar nunca fue negociable; volver a depender de alguien, tampoco.

Cunas de segunda mano compradas en un mercadillo del barrio, un carrito doble que chirría al bajar el bordillo, sacaleches prestado por la vecina, sillón de lactancia rebajado por «pago en el acto». Cosas lo bastante buenas para durar; lo bastante baratas para no doler.

—Cuatro, cuatro, ocho —me decía, y a veces funcionaba.

El bebé A mamaba y dormía. El bebé B parecía tener su propio huso horario. Cuando uno se calmaba, el otro ponía a prueba los

pulmones. Me convertí en un turno de fábrica con una sola persona.

Mes 1:

Di de alta a los dos en el seguro médico: pediatría, medicina general, pruebas; urgencias, sí; hospitalización, después. Conozco la palabra carencia mejor de lo que quisiera.

Planeé lo que podía pagar en la sanidad privada y encajé el resto en aquello a lo que tenemos derecho. Pediatra fija, citas programadas, pulsioxímetro y medicamentos básicos en la cajita de plástico.

Aprendí las señales. La boquita que busca hacia un lado es hambre. La mano cerrada, incomodidad. El llanto que sube como una escalera es sueño; el que llega como una sirena son cólicos.

Los brigadeiros volvieron como complemento, no como desesperación. Doscientos por semana pagan el gas y los pañales sin morder la reserva. Aprendí a calcular el tiempo de la masa a fuego lento con el bebé en el portabebés: once minutos hasta lograr la consistencia necesaria para formar las bolitas, sin dejar de remover con el brazo derecho mientras el izquierdo hacía de cuna.

La olla prestada de doña Celina, la vecina de enfrente, volvió limpia y acompañada de media docena de dulces:

—Para que los pruebe, ¿eh?

Vendí la mitad de la primera tanda en la acera de la escuela.

Mes 2:

Empecé a vender también brigadeiros de cuchara. Cuentas sencillas: ocho latas al mes, cinco paquetes de virutas de chocolate, dos de cacao, el gas que se acaba al final de la semana.

Los domingos, iglesia. No porque me haya convertido en una santa, sino porque allí sobran brazos que los sostengan gratis.

La Pastoral da Criança los pesó, miró sus cartillas y me enseñó a preparar papilla de plátano machacado «cuando llegue el momento». Prometieron pañales del rastrillo cuando recibieran más.

Regresé a casa con una bolsa de ropa «sin género» y un suspiro un poco más largo.

Mes 3:

La salud en forma de lista: seguimiento posparto para mí, dos consultas y una molestia que pasa; pediatra cada quince días; hematólogo de doña Dalva; pruebas; ajuste de medicación; un día de hospitalización breve para acertar con la dosis. Nada urgente, todo agotador.

Pago sin mirar dos veces el precio, pero siempre miro la hoja de cálculo al volver. La reserva, intacta; solo trabajan los intereses donde los dejé.

Mes 4:

Acuarelas. Corté papel bueno en trozos más pequeños, me senté a la mesa cuando el silencio lo permitía y empecé a anunciarme en el grupo del barrio: invitaciones caligrafiadas, recuerdos de bautizo, miniaturas de ángeles.

El primer encargo fue de Jaque, la de la panadería.

«¿Puedes escribir Miguel con letra bonita para mi niño?».

Lo escribí. Pagó por adelantado y me trajo pan caliente cuando vino a recogerlo. «Para que no te olvides de comer». Aquel mismo día, B soltó una risa sin dientes, de esas que te rompen por dentro y vuelven a pegarte.

Me di de alta como microemprendedora individual para poder emitir facturas cuando hiciera falta; nada grande, solo una casita de papel que siguiera en pie por si soplaba el viento. Doña Dalva ayuda de madrugada: ella coge a uno, yo al otro, y la casa se llena de dos respiraciones diminutas que marcan el compás.

Mes 5:

Las noches empezaron a separarse mejor. Dormí tres horas seguidas y creí que me había tocado la lotería. A descubrió su pie y

decidió que era un juguete. Yo descubrí que la mano de un adulto también se convierte en juguete: duele y cura al mismo tiempo.

En la parroquia hubo rastrillo. Llevé unos dibujos pequeños y una caja de brigadeiros envueltos con cinta. Volví sin nada y con transferencias Pix de cinco personas.

«Después te encargo más».

Apunté los nombres en la columna «después» del cuaderno y me reí, porque hace mucho que vivo del después.

Hice mi primera tirada grande de invitaciones, cuarenta caligrafiadas, y transferí la mitad del pago directamente a la cuenta del seguro.

Trabajar me coloca en mi sitio. El dinero en su sitio me deja dormir una hora más. Compré una trona usada, una alfombra de goma EVA que no lastima las rodillas y cambié la cerradura «solo por si acaso».

Doña Dalva estuvo débil unos días. No se desplomó, se apagó. Compré más fruta en el mercado, la llevé a revisión y regresé con más pastillas organizadas en tarritos rotulados a mano: mañana/tarde/noche. Todavía se ríe de mis notas, pero obedece.

Ajusté los trabajos por encargo para hacerlos con los bebés en brazos: acuarelas durante las siestas, brigadeiros de cuchara por la noche, menos esfuerzo, más rendimiento.

Mes 6:

Primeras papillas: boniato, plátano, manzana, pecho entre medias. A las adora, B desconfía. Tres personas diferentes me dijeron «necesitas descansar» y, por educación, no me reí en la cara de ninguna.

Descansar se convirtió en una palabra de libro; la leo y no la practico. Monté una página web sencilla con la ayuda del sobrino de Marlene: fotos de las invitaciones, de las acuarelas, testimonios de vecinas.

El enlace circuló por dos grupos de la iglesia. Empezaron a llegar encargos de nombres que no sabía ni de dónde eran.

Pagué la anualidad del seguro con descuento —respiré dos veces antes—, garanticé vacunas fuera del calendario cuando el pediatra las indicó e hice un chequeo completo de doña Dalva en la sanidad privada porque la espera me produce urticaria desde mi vida anterior.

Parte del dinero salió de la columna «imprevistos buenos», parte de mi trabajo, nada de la reserva grande.

Doña Dalva está aquí. Cansada, pero aquí. Su mano todavía cabe en la mía como un registro. Cuando mi cabeza devora lo demás, dice: «Cuatro, cuatro, ocho, hija mía. El resto lo hacemos con lo que tenemos».

Obedezco, y es la clase de obediencia que no hace daño.

Mes 7:

Doña Dalva empezó a fallar. El cansancio iba y venía; ella lo llamaba «tonterías de vieja», hasta que el cuerpo dijo basta. No ocurrió el día de una sonrisita ni en una fecha especial. Fue un martes cualquiera.

Me miró como quien sostiene la barbilla de alguien y dijo: «Mírame. Estás preparada». No lo estaba.

El velatorio fue pequeño y sencillo. Las mujeres de la parroquia trajeron café, pan y mantas. El padre Elias habló bajo, sin querer romperme aún más. Las catequistas dejaron dos zapatitos de ganchillo en la cuna, «para que se lleven el olor de unos brazos que los acunan».

Después dormí sentada durante tres noches, con uno en cada brazo, porque la almohada se hizo demasiado grande sin su respiración al lado.

Mes 8:

Desperté llorando sin saber por qué y paré porque alguien tenía que despertarse a la hora correcta. Lurdes, la del número 12, apareció con una batidora antigua. «Así haces menos fuerza con el brazo, cariño».

La parroquia organizó una jornada comunitaria en mi calle: cambiaron una teja y pintaron la ventana por fuera. El padre Elias les acarició la cabeza a los dos, los bendijo con un agua que olía a hierbas frescas y dijo que «los nombres fuertes resisten el viento».

Sonreí. Nombres tengo. Aún no los digo en voz alta, eso es todo. La iglesia se convirtió en algo más que bancos y cantos. Es una red. Márcia, la catequista, sostiene a los dos como quien sujeta un tendedero firme en un día de vendaval. Yo puedo remover la olla sin miedo a que se caiga nada.

Mes 9:

La casa aprendió el ritmo. Baño a las seis, toma a las siete; yo me desmayo a las diez si nadie cambia el plan. A veces la ducha se convierte en llanto. A veces el llanto se convierte en ducha.

Comprendí que sobrevivir es hacer dos cosas a la vez con las manos y tres con la cabeza y, aun así, olvidar alguna. En el mercado vi un sonajero con dos aros de colores. No lo compré. Hice bolitas de papel de aluminio y las até con una cinta. Se rieron igual. Uno se acostumbra a inventar.

Mejoré las fotos de la página web, puse precios justos y un texto breve:

«Lo hago a mano, lo envío con cuidado».

Empezaron a llegar encargos de barrios que no conozco.

Mes 10:

Empecé a preparar recuerdos de Navidad: miniacuarelas de la Sagrada Familia, tarjetas con guirnaldas pintadas, brigadeiros con virutas rojas. Me duele el brazo, protesta la espalda, el alma agradece cada diez reales.

A las 3:17 despertó A. Después B. Cogí a los dos, me senté en el sofá, una cabeza en cada hueco de mi cuello. La casa olía a café frío y suavizante barato. El ventilador hacía el ruido de una playa inventada por nosotros.

—Cuatro, cuatro, ocho —dije bajito y, por primera vez en mucho tiempo, el ocho cupo.

Mes 11:

La palabra «papá» todavía vive en un rincón que mantengo cerrado. A veces cruza el pasillo de mi cabeza e intenta abrir la puerta. Yo finjo que es un vecino que se ha equivocado al llamar.

Por la tarde, Jaque vino a recoger las invitaciones para el bautizo de la hija de su prima. Las envolví con cuidado, cinta de color crudo, etiqueta con letras redondeadas. Los niños sobre la alfombra, dos rollitos humanos descubriendo cuerpo y espacio.

—Di «ba», cariño —jugué, exagerando el movimiento de los labios para que B me copiara—. Ba.

La boquita se redondeó; sus ojos se clavaron en mi boca como quien mira la luna desde una ventana.

—Pa —dijo. Solo eso: un sonido pequeño que entró entero en la habitación.

Mi cuerpo se paralizó. A dio unas palmaditas como quien aplaude un milagro corriente. B repitió, sin saber lo que me hacía. —Pa.

Tragué saliva. Apoyé la espalda en la silla, la mano buscó el cuaderno en el bolsillo del sofá y no lo encontró. Cuatro, cuatro… El ocho no llegó.

—Es pa-pi-lla, hijo —mentí con dulzura, como quien intenta cambiar el destino con una consonante—. Pa-pi-lla.

Se rieron de todas formas. A los niños no les importan las sílabas; les importa el sonido del corazón del adulto.

Por la noche hice las cuentas: el dinero seguía allí, menos una parte destinada a la vida real, más un callo en el dedo de la mano

que escribe. La reserva continúa intacta, como una maleta cerrada en lo alto del armario: si algún día necesito trepar para cogerla, puedo marcharme otra vez.

No porque quiera; porque ahora sé que puedo. Escribí dos palabras en un papel y lo guardé en el cajón de las acuarelas: Sobrevivimos.

Apagué la luz.

La habitación quedó en la penumbra de una lámpara barata, con dos respiraciones pequeñas marcando el compás. Fuera, un perro ladró tres veces. El mundo siguió. Yo también. Con dos. Y con ella aún cerca.

56.

ARTHUR MENDONÇA

El salón de actos del hotel tenía demasiada luz y demasiada gente. Cristal, voz de micrófono, olor a perfume que intenta parecer discreto. Gala de donantes.

Pronuncié el discurso previsto en el orden del día: siete minutos cronometrados, dos pausas para aplaudir a nombres que pagan facturas, un agradecimiento final al equipo que hace funcionar el edificio. No improvisé, no hubo más foto que la única obligatoria. No doy más que eso.

Cuando bajé del escenario, Francisco ya estaba en mi camino, con la corbata impecable y la sonrisa de quien cierra un acta sin necesidad de votación.

—Tienes que volver a la vida civil, Arthur. Han pasado ya dos años y medio —dijo como quien informa, no como quien aconseja—. En la mesa diez hay alguien que te va a interesar. Buena familia, trabajo respetable, ningún escándalo.

—No me interesa.

—Nunca te interesa. —Su «nunca» venía cargado de contabilidad —. El consejo se fija. Los donantes se fijan. La ciudad se fija. Basta de este punto muerto.

Inclinó la cabeza hacia la mujer sentada en la mesa indicada: Helena Prado, abogada, con la postura de quien soporta una sala fría sin abrigo. No había culpa en su rostro. Había una expectativa ensayada.

Podría haber dicho que no.

Dije que sí por inercia.

Me senté. Hablé de trabajo. Ella habló de filantropía y de libros. Escuché. Pedí agua. Veintidós minutos después, me levanté.

—Lo siento —informé, no pedí disculpas—, tengo que volver al hospital.

No tenía que hacerlo. Me marché a mitad de la velada. En el aparcamiento, el aire nocturno olía a árboles mojados y no logré decidir si aquello me ayudaba o me irritaba.

La inauguración del nuevo centro de tratamiento neonatal tuvo lugar una semana después.

Impulsé aquella inversión durante dos años, recorté la grasa de tres proyectos y compré las incubadoras que el presupuesto juraba que no cabían.

Corte de cinta, discurso protocolario. Pitido constante, el aire del filtro soplando como un mar inventado.

Una madre con gorro y bata, la piel todavía marcada por el puerperio, se sentó en el sillón canguro. La enfermera colocó al bebé contra su pecho, con los cables del monitor como hilos de marioneta.

—Respire con él —dije en voz baja, siguiendo el guion y señalando la pantalla—. Sat. 94, FC 152.

Asintió con los ojos de quien sostiene el mundo con una sola mano.

Un padre, con una acreditación que decía «Marcelo — acompañante», hacía temblar los dedos junto al metacrilato.

—¿Él va a…?

—Sí —respondí, sin adjetivos—. Un cuerpo pequeño aprende deprisa cuando el entorno ayuda.

La fotógrafa preguntó si quería sostener el lazo junto con la familia.

—Solo la familia —respondí.

Así quedó registrado: los dos con el lazo, el bebé entre ellos y yo fuera, fuera a propósito.

Terminado el protocolo, crucé el pasillo. El panel de la dirección ya exhibía «Proyecto Neonatal — Finalizado», fotos de la obra, sellos de auditoría, mi nombre en una tipografía limpia. Alguien me dio una palmada de felicitación. La mano golpeó la bata, no entró.

En el almacén, cajas abiertas:

«Manos que Abrigan — gorritos para recién nacidos (donación)».

«Calcetines de doble capa».

«Sonajero — dos aros».

Cogí un calcetín minúsculo. Algodón ligero, borde que no deja marca. Lo devolví a su sitio. Alineé el paquete por costumbre. La enfermera sonrió sin llegar a reír:

—Doctor, esto llegará muy lejos.

—Esa es la idea.

Al salir me detuve en la tienda de la planta baja sin motivo médico. Cogí un sonajero igual al de la caja, pero distinto de aquel de la farmacia de treinta meses atrás. Pagué en efectivo.

—¿Nombre en el recibo?

—No.

En el coche, el objeto hizo ruido dentro del sobre al posarse en el asiento. En mi edificio, el ruido se repitió dentro del conducto de basura. Descendió como desciende cualquier cosa que no cabe.

***

—Enhorabuena por la nueva unidad, capitán —dijo Rafael al final de la noche, apoyándose en el marco de mi despacho con la acreditación torcida y la cara de quien nunca deja pasar el momento oportuno—. Ahora salvaremos a más gente pequeña.

Asentí. Cerré un archivo, abrí otro.

—¿Y tú? —continuó, abandonando el tono de payaso—. ¿Tú, Arthur?

—¿Hay algún punto en el orden del día para esa pregunta? —No aparté los ojos de la pantalla.

—Sí. Se llama vida. —Entró y cerró la puerta con la punta del pie —. Dos años y medio y estás pasando de largo por la vida. No es una metáfora. Es literal. Pasas por ella como quien completa una lista y da media vuelta antes de llegar a la parte que duele.

—Termina —pedí con sequedad.

—Termino: operas como una máquina, decides como un consejo de administración, duermes como una alarma. Y cuando alguien te ofrece una salida —levantó las manos, recordando la noche del hotel —, aceptas por inercia y huyes a mitad de camino. Las cuentas no cuadran, Arthur. Ni para ti ni para quienes te rodean.

—No sabes dónde cuadran mis cuentas.

—Sé dónde se abren —replicó en voz baja—. Y sé dónde encerraste el nombre que no pronuncias. Convertiste el hospital en un búnker y quieres convencerme de que eso es una virtud. No lo es. Es miedo con acreditación.

Levanté la mirada. Treinta segundos de silencio absoluto.

—Evita la psicología barata en mi despacho.

—Pues evita morir de pie —replicó sin moverse—. Sé que no quieres oírlo. Pero alguien tiene que decirlo. Lo convertiste todo en perímetro y no quedó ni un centímetro para respirar. La vida llamó dos veces a tu puerta y respondiste con un procedimiento.

—¿Has terminado?

—No. —Dio un paso—. ¿Piensas comprobar los hechos alguna vez o seguirás cómodamente instalado en la versión que te protege?

El cuerpo respondió antes que yo. Mandíbula, trapecio, el viejo cuatro empezando automáticamente sin llegar al ocho.

—Ten cuidado con lo que llamas protección, Rafael.

—Ten cuidado tú con lo que llamas verdad.

—Sal de mi despacho.

—No salgo. Un amigo no obedece una orden estúpida.

—¿Amigo? —Solté una risa breve—. Un amigo no insiste en especular sobre lo que desconoce y no está capacitado para evaluar.

—La competencia es tu excusa para no hablar de valor.

La palabra entró. Hizo ruido por dentro.

—A partir de ahora —dije con un tono irreductible—, quedas apartado de mis casos programados por tiempo indefinido. Nada que pase por mí pasará por ti. Puertas cerradas también fuera del bloque. Temas exclusivamente técnicos. Sin invitaciones, sin cenas, sin conversaciones en los pasillos. Hemos terminado.

Respiró una vez, midiendo la distancia entre nosotros como quien mide una carrera que no quiere disputar.

—Te veré al otro lado, Arthur —dijo al fin—. Aunque sea cuando llegue el ocho. Y llegará. Siempre llega.

—La puerta.

Rafael la abrió. Se detuvo medio segundo.

—No estás vivo, Arthur. Estás conservado.

—La puerta.

Salió. Yo me quedé con el pequeño clic golpeando la madera como un bisturí contra el hueso.

Me senté. Abrí la agenda. Bloqueé tres horas de la semana siguiente con la etiqueta «cirugía» sabiendo que no lo eran. El hospital recuperó su ruido de fondo.

21,5 °C.

La persiana en el ángulo que deja entrar la ciudad sin reflejar nada.

La silla al otro lado de la mesa quedó vacía, del mismo tamaño que la palabra que no pronuncio.

57.

ALICE BRAGA

La mañana tiene su coreografía. Despierto antes que el despertador porque A se despierta riendo y B se despierta preguntando por lo rojo, cualquier cosa que él decida que es roja ese día. Hoy, la tapa del tarro de galletas.

Un lavado rápido para los dos, pomada, camisetas iguales con animalitos para simplificar el mundo, zapatillas que intentan ponerse solos; se equivocan de pie, aciertan en las ganas.

Sobre la mesa, plátano machacado, dos vasitos de agua y un recipiente de brigadeiros todavía sin virutas porque los formaré por la tarde. En el tendedero del salón se secan acuarelas con nombres que no me pertenecen.

En la encimera, las fiambreras: dos frutas, dos tarritos, dos notas con un corazón dibujado; el corazón cambia de color cada día, para que sean distintos sin complicarlo todo.

—Ba —digo abriendo la boca despacio, y B me imita porque se ha convertido en nuestro juego.

—Pa —concluye, como siempre. Sonrío con una parte pequeña de la cara y sigo.

—Pa-pi-lla —completa A, aplaudiendo a su hermano como árbitra del idioma.

Guardería a las ocho. Las señas ya conocen nuestro ritmo. La señ Paula viene primero; la señ Letícia ofrece el cuento del mono. Entran como si el aula fuera una prolongación de nuestra casa: alfombra de goma EVA, música baja, un olor a gel hidroalcohólico que antes olía a pánico y ahora solo huele a cuidado.

—Si pasa cualquier cosa… —dejo la frase en el aire.

—Te llamamos —responden, sin hacer promesas que nadie puede cumplir.

De vuelta en casa, el silencio parece un premio durante unos minutos. Lavo tres biberones, tiendo paños, abro la página web para ver los pedidos nuevos: invitaciones de bautizo, un cuadro de un ángel para un dormitorio, recuerdos de primera comunión.

Separo papeles, corto cintas, trazo con lápiz la línea donde descansará la letra. Pongo la olla a fuego lento: leche condensada, cacao, mantequilla; once minutos removiendo con el brazo derecho, el izquierdo libre por si hay que atender el telefonillo, el móvil, un llanto que llega de la memoria.

«Cuatro, cuatro, ocho», ensayo mientras el brigadeiro espesa. La cuchara empieza a abrir un camino en el fondo de la olla cuando suena el teléfono. El tono de la guardería es distinto. Breve, insistente. Me seco la mano en el delantal y contesto con el corazón ya a medio camino.

—¿Alice? —Es la voz de la seño Paula, más alta de lo habitual—. Benjamin ha empezado a fatigarse. Tiene sibilancias. Ya lo hemos llevado a la sala de descanso, está alterado… Creo que será mejor que vengas.

El mundo se despoja solo de todo lo superfluo. Apago el fuego, tapo la olla, cojo la carpeta con las tarjetas del seguro, los documentos y un pañuelo, y salgo dejando que la puerta golpee suavemente, sin descuido.

La verja de la guardería ya está entornada cuando llego. Benjamin está en brazos de la seño Letícia, su cuerpo pequeño intentando decidir si pide brazos o aire. La piel no está azulada, pero la respiración hunde las costillas, las aletas de la nariz se abren como si también la nariz respirara.

—Estaba bien y, de repente… —explica la seño Paula, apartándome el pelo de la cara con la delicadeza de quien pide disculpas porque exista un problema—. Le hemos puesto vapor

como nos dijiste, pero no ha cambiado. Será mejor que lo lleves, Alice.

Aymé aparece al otro lado del aula con el cochecito de juguete y lo entiende sin que nadie le diga nada: abraza la muñeca como si fuera su hermano y se coloca a mi lado sin exigir un papel.

Cojo a B. Su mano se aferra a mi blusa, la barbilla se acomoda en el hueco de mi cuello como quien recuerda un atajo.

—Cuatro, cuatro, ocho —me susurro a mí misma, no a él—. Cuatro, cuatro…

En la calle, el taxi de la esquina reconoce mi gesto. El conductor me ve con dos niños y el cuerpo inclinado para sostenerlos y abre la puerta sin quejarse de la espera.

—Hospital Santo Amaro, por favor. Urgencias pediátricas.

—El cinturón, mamá —me recuerda, y agradezco que alguien llame mamá a lo que estoy siendo.

En urgencias, la recepción divide el mundo en números. Digo el nombre, la fecha de nacimiento, la tarjeta del seguro. La mujer de la ventanilla ve a mis dos hijos y me entrega dos números, uno prioritario. Ni siquiera sabía que existía prioridad para el pánico.

En triaje llaman primero a Benjamin. La enfermera lleva zapatillas blancas con pegatinas de caritas sonrientes, uñas cortas y una voz que no se deshace.

—¿Vamos a escuchar ese pecho?

Apoya el estetoscopio en su espalda. B intenta escapar del frío; yo canto bajito la canción que inventé el primer mes para engañar a la madrugada.

—Saturación de 92 —le dice al ordenador, como si mis oraciones se tradujeran en cifras—. Respiración taquipneica. Mamá, efectivamente tiene sibilancias; vamos a nebulizarlo ahora mismo y a observarlo.

Le colocan la mascarilla pequeña sobre la cara. Protesta al principio, abre la boca para rechazarla; después decide que aceptarla es más rápido.

Me siento con B en brazos, sujeto la mascarilla con una mano y a A sobre mi rodilla con la otra; dos cuerpos en un solo cuerpo, la vieja matemática que no cuadra, pero que hacemos funcionar.

El olor del suero y del medicamento es un limón extraño. B respira, inspira, suelta, inspira. Cuento fingiendo que es un juego:

—Vamos a inflar el globo, hijo. Uno, dos, tres…

Me mira a través del plástico y en sus ojos reconozco lo que siento: queremos salir corriendo, pero nos quedamos.

En la sala contigua, un niño llora con fuerza. Parece llorar por nosotros. A apoya la cabeza en mi brazo y pregunta con el diccionario nuevo que posee:

—Mamá, ¿B está malito?

—Un poquito. Se pondrá bien.

Acepta la respuesta como quien acepta agua. El monitor marca una saturación de 95 después de unos minutos; la respiración baja un escalón, el pecho suelta la mitad del miedo.

La pediatra llega con un moño firme y una acreditación que dice «Dra. Lúcia». Sonríe primero a los niños, luego a mí, como si conociera la jerarquía.

—Hola, familia. Dejadme escuchar a este jovencito.

Lo ausculta, pide a B que levante los brazos y apoye la espalda contra mi vientre; cierra los ojos un segundo como quien traduce un sonido en palabras.

—Es un broncoespasmo, probablemente vírico. A esta edad ocurre cuando una corriente de aire tonta se encuentra con una vía respiratoria a la que no le gustan las bromas. La nebulización ha ayudado. —Me muestra la gráfica de saturación subiendo como si fuera el termómetro de una fiesta junina—. Quiero que se quede

unas horas en observación conmigo. Si se mantiene así, se irá a casa con unas indicaciones y lo seguiremos durante los próximos días.

Asiento con una cabeza que no quiere montar un drama. A pide agua, B apoya la mascarilla contra mi pecho como si también ella necesitara que la abrazaran. La enfermera trae un vaso con pajita y una cuchara dosificadora, y dibuja en el papel unos horarios que se convierten en apoyo: 8:00, 12:00, 16:00.

—Repita la nebulización si vuelve a hundírsele el pecho. Observe si se le marcan demasiado las costillas, si reaparecen los silbidos, si los labios se ponen morados. No debería ocurrir —dice, y su «no debería» es la máxima promesa que acepto.

La cama de observación está limpia, la sábana tirante, una barandilla lateral que olvido subir y que la enfermera coloca sin regañarme.

Me siento en el sillón con los dos. B en mi regazo, con la mascarilla ya colgando; A tumbada al lado, construyendo una carretera con los coches que Pediatría presta para engañar al tiempo. Envío un mensaje a Jaque:

Alice: Entrega del paquete verde aplazada. Hospital.

Responde con un corazón y «estoy rezando».

Envío un audio a Márcia, la de la iglesia: «¿Puedes recoger el paquete de los recuerdos en mi puerta? Hay una cinta azul al lado para terminarlos. Luego te explico». Responde «lo recojo», sin preguntar nada.

B se duerme medio sentado, con ese sueño ligero que sale a pescar aire. Su pecho sube sin exagerar. Saturación de 96. Cuatro, cuatro, ocho. El mío también se acompasa.

—Mamá, ¿el papá del niño? —pregunta A de repente, señalando la cama de enfrente, más curiosa que otra cosa.

Allí, un padre acaricia la frente de una niña y cuenta una historia que no alcanzo a oír.

—Sí, cariño. Está aquí —digo, y aprieto suavemente la rodilla de mi hijo—. El nuestro está trabajando en nuestra casa, ¿vale?

La palabra casa resuelve lo que no tiene solución. Ella regresa a su carretera de coches.

La pediatra vuelve dos veces, escucha, anota, explica. El reloj avanza despacio. Bebo un café de máquina que sabe a plástico caliente y aun así me sienta bien. B despierta, se quita la mascarilla con una mano autoritaria, pide «zumo» olvidando que aquí todo llega con pajita. Me río y lo recuerdo. Él se ríe conmigo, más bajito.

—Dos horas más y os vais a casa —decide por fin la doctora Lúcia —. Si empeora esta noche, llámame o vuelve. No creo que ocurra. Es uno de esos episodios que detienen la vida durante un minuto y después fingen que no ha pasado nada. Obsérvalo. Hidrátalo. Un beso en el pecho ayuda.

Le doy las gracias con esa gratitud que se queda detrás del esternón sin convertirse en lágrimas. Firmo los papeles del seguro, paso la tarjeta de la consulta sin dolor —para esto quedó el dinero —, visto a B, cojo a A, me convierto en bolsa, brazos y maleta.

El pasillo nos devuelve al mundo mientras el pitido queda atrás. En el taxi, A apoya la cabeza en la ventanilla y dice que las nubes avanzan despacio para que podamos seguirlas. B apoya la cabeza en mi brazo, respirando en tres tiempos. Contemplo su rostro como quien mira un mapa que ha aprendido de memoria.

En casa me espera tapada la olla de brigadeiro. La remuevo otra vez; tres vueltas y está en su punto. Formo cuatro bolitas, como si fueran una. La vida intenta ser la misma. No lo es. Envío a la pediatra un mensaje de agradecimiento que no cabe en la pantalla.

En el dormitorio, los dos duermen juntos por capricho del día. B deja escapar un suspiro que no raspa. A sueña con carreteras. Mueve un pie como si acelerara.

Me siento en el borde de la cama y me quedo. El corazón baja del lugar equivocado al correcto. Cuatro, cuatro, ocho. Esta vez, el ocho

llega entero.

Mañana habrá guardería, acuarelas, brigadeiros, hoja de cálculo. Hoy ha habido hospital y el mundo se ha detenido durante unos centímetros. El baile regresa, pero el cuerpo ya ha aprendido el paso de emergencia.

58.

ARTHUR MENDONÇA

Siempre era el mismo sonido: metal golpeando madera, breve, suficiente. No dormí para no soñar. Me acosté e hice lo único posible cuando el cuerpo pide noche y la cabeza se niega: inventé una vigilia.

Cuatro. Cuatro. El ocho no llegó.

A esa hora, la superficie suele ser de piedra. No lo estaba.

Marjorie apareció primero, como siempre que bajaba mal la guardia: la risa mostrando todos los dientes, el abrigo sobre el brazo, aquel «¿puedes ser menos eficiente y más humano durante cinco minutos?» que me enseñó a escuchar sin responder.

Después el coche, el asfalto mojado, aquello que me arrancaron de una sola vez y guardaron en un armario cerrado con llave.

Cuando la imagen se cerró, otra ocupó su lugar como quien exige su turno: archivo, luz entrecortada, olor a polvo y papel mojado.

La puerta se atascó, el mundo se redujo al tamaño de una habitación que no olvida nada. Volví a oír el sonido de mi propio razonamiento rompiéndose allí donde la piel decide antes que los argumentos.

Alice apoyada contra la estantería, su boca como una orden que yo no había escrito, mi mano sobre su rostro como si conociera el mapa desde niño. Allí cedí por primera vez, milímetros antes de dibujar el resto. Allí, antes del contrato, antes de la rutina, antes del perímetro.

El cerebro intentó cambiar la película. No pudo. Las dos aparecieron al mismo tiempo. Lo que perdí. Lo que expulsé. Lo que nunca llegó a existir fuera de aquello que proyecté con una regla.

Cuando el reloj marcó las 3:17, ya había memorizado otra vez los defectos inexistentes del techo. Sabía exactamente dónde podrían encajar varios.

Me levanté antes del alba. Gimnasio vacío, pesas con cifras fijas, repeticiones que devuelven el contorno al músculo. Remo, 12 repeticiones; press de banca, 10; plancha, 60 segundos dos veces.

Ducha fría.

Camisa blanca, corbata en el segundo botón, reloj sobre el hueso correcto. Café sin azúcar, pan sin mantequilla. Despacho de casa: firma en tres archivos PDF, un ajuste de inversión con reasignación a mantenimiento preventivo del aire comprimido, un «aprobar» en rojo que convertí en «aprobar con reservas» para dormir tranquilo con mi propia mentira.

A la hora exacta, camino al hospital. Ventanillas cerradas, radio apagada, ciudad en modo neutro.

En el bloque administrativo, 21,5 °C. La persiana en el ángulo de siempre. Rafael no estaba en el marco de mi mañana y aquel rectángulo vacío tenía el tamaño exacto de una verdad que no quise escuchar.

Me senté, abrí la bandeja de entrada, cerré los correos innecesarios, repasé la lista de pendientes. El panel de la planta todavía exhibía la foto de la nueva unidad neonatal. No miré.

Sonó la extensión interna. Pediatra de guardia en la pantalla.

—Mendonça.

—Doctor, buenos días. La central de coordinación está en la línea dos. Solicitan una cama en la unidad pediátrica.

Pulsé el botón sin que me cambiara el pulso.

—Pásamela.

La voz al otro lado estaba entrenada para transmitir urgencia sin derramar pánico.

—Doctor Arthur, soy Camila, de la Central de Camas. Tenemos una solicitud de traslado interhospitalario a UCI pediátrica. Paciente de dos años, bronquiolitis grave con oxigenoterapia de alto flujo, saturación de 89–91 % con O_2, taquipnea intensa, tiraje subcostal. Gasometría con pCO_2 en ascenso. No hay camas disponibles en la región. Preguntan si su UCI puede admitirlo.

Los datos impactaron en mitad del esternón como una piedra pequeña. Mi mano permaneció sobre el teclado.

—¿Peso? —pregunté.

—Doce kilos y medio. Sin comorbilidades relevantes. PCR y paneles respiratorios en curso; el cuadro clínico apunta a VRS o similar. Dosis de carga de dexametasona, nebulizaciones según protocolo. Alto flujo a 2,0 l/kg/min. De momento, sin intubación. El equipo no se siente seguro manteniéndolo otra noche.

—¿Y qué más? —pregunté, sabiendo que ese cuadro no bastaba para solicitar una cama en nuestra nueva unidad.

—El problema no se limita a la vía respiratoria. El equipo responsable informa de signos de insuficiencia cardiaca desproporcionados respecto al cuadro respiratorio: taquicardia sostenida, hepatomegalia de tres centímetros, tercer ruido audible, radiografía con cardiomegalia y congestión, BNP elevado y troponina ligeramente elevada. El ecocardiograma preliminar realizado allí con apoyo remoto describe una disfunción importante del ventrículo izquierdo —fracción de eyección aproximada del 25–30 %— e insuficiencia mitral, con flujo coronario pendiente de aclarar. La pediatra solicita una cama con consulta inmediata de Cardiología y Cirugía Cardiaca Pediátrica para el diagnóstico diferencial entre miocarditis y anomalía coronaria congénita. Por eso han solicitado específicamente el Jardim Coração.

Entonces no necesitaban la unidad pediátrica. Me necesitaban a mí.

—Tenemos cama —confirmé con sequedad—. Ventana de cuarenta y ocho horas, prorrogable según evolución. Aceptado.

—Perfecto. Activo el transporte. Aeromédico si el tiempo y el clima lo permiten; de lo contrario, UCI móvil terrestre. Necesito la lista de comprobación de su centro.

—Enviaremos el protocolo por correo. —Abrí la hoja estándar—. Mantener oxigenoterapia y monitorización continua; evitar sedación si no se intuba; tubo con balón del 4,5 si fuera necesario; vía venosa de buen calibre antes de salir a carretera; hidratación conservadora. ¿Nombre de la responsable médica allí?

—Doctora Cláudia Fernandes, de guardia. Los incluiré en el expediente de coordinación. Salida prevista dentro de noventa minutos.

—Los esperamos. Diríjanlo a UCI pediátrica A-2. Autorización y resumen adjuntos.

—Gracias, doctor.

La línea se cortó. Me quedé con el cursor parpadeando sobre el campo de edad. El formulario empezó a completarse solo: hora, equipo receptor, respirador preparado, oxígeno de reserva, bombas calibradas. Acepté los gastos en el sistema y autoricé el bloqueo de la cama.

Llegó el correo con el asunto «Traslado Pediatría — Solicitud aceptada». Lo abrí. La primera línea decía «Paciente: …». El resto todavía no se había cargado.

El hospital respiraba al ritmo que yo enseño.

Cuatro. Cuatro. El ocho se quedó suspendido entre la pantalla y el hueso.

59.

ALICE BRAGA

La palabra que menos quería oír apareció en la pantalla como si alguien hubiera programado mi miedo: Coordinación.

Estaba en el Santo Amaro con Benjamin en brazos y Aymé enroscada alrededor de mi rodilla cuando llegó la voz entrenada para no derramar pánico:

—¿Señora Braga?

—Sí.

—Hemos conseguido el traslado. Ciudad de São Paulo, Hospital Jardim Coração. UCI pediátrica con Cardiología de guardia. Traslado dentro de noventa minutos.

El pánico quiso paralizarme, pero el niño que sostenía no tenía tiempo para eso. Obligé al ritmo de mi corazón a no silenciarme. Expulsé las palabras al mismo tiempo que me tragaba mis propios latidos descontrolados al oír aquel nombre.

—¿Hay otro hospital? —Intenté un camino que ya sabía que no existía.

—No hay otro con cama y Cardiología disponibles en las condiciones solicitadas por el equipo del Santo Amaro, señora.

Lo intenté una vez más:

—¿Y… uno privado fuera de la red? Yo pago la diferencia…

—Mamá, la entiendo. Pero estamos hablando de tiempo y oxígeno. Aquí está estable y bien atendido, pero tenemos que llegar al otro lado antes de que anochezca. —La voz se volvió incluso afectuosa—. Le enviaré la lista de comprobación. En el transporte irán un fisioterapeuta y una enfermera. La acompañaremos hasta que crucen la otra puerta.

Se me secó la boca por dentro. Sujeté a Benjamin con más fuerza, el adhesivo de la cánula pegándose a mi dedo como un recuerdo nuevo.

Todo había ocurrido demasiado deprisa. Un día, la doctora Lúcia nos mandaba a casa con la mera indicación de observar; al siguiente, regresaba con Benjamin no solo sin aire, sino con el corazón que parecía tropezar. Las nuevas pruebas mostraron un corazón agrandado, lo que explicaba el cansancio repentino y desproporcionado de mi niño.

De pronto, las conversaciones a mi alrededor perdieron el sentido porque se convirtieron en una carrera de palabras que repetían «pruebas» sin parar, hablaban de un corazón que bombeaba con debilidad y de que teníamos que llegar. Pero ¿llegar adónde?

Al Jardim Coração, por lo visto. Lo que nadie decía, lo que nadie sabía, era que en realidad íbamos a regresar. Aunque no pudiéramos. Aunque hubiéramos jurado que nunca volveríamos.

Miré a Benjamin. La cánula sobre la mejilla, el adhesivo que a veces arranca un pelito, la barriguita subiendo demasiado deprisa.

—Está bien —le dije a la voz y a mí misma—. Iremos.

Primero puse a Benjamin en la cama; después, a Aymé. Leí y releí el consentimiento para el traslado cuando me lo entregaron. En las primeras líneas figuraban su nombre, el mío, el seguro médico.

«Madre: Alice Braga / Padre: —». La raya parecía demasiado alta. La doctora Lúcia entró con el moño firme y la mirada serena que mi cuerpo reconoce como la de quien camina junto a un abismo.

—¿Más malas noticias? —pregunté mientras me ponía de pie y miraba aquella cama demasiado grande para los cuerpos pequeños de mis dos hijos.

Apretó los labios y asintió, como si no quisiera contármelo, pero lo hizo.

—El hígado se palpa con cada latido, hay un tercer ruido que no me gusta y la radiografía muestra el corazón agrandado. Puede ser solo el virus forzando un corazón todavía inmaduro; puede ser una miocarditis; puede ser algo congénito que se ha ocultado hasta ahora.

Tragué saliva.

—El traslado es la mejor opción. En el Jardim pueden hacerle un ecocardiograma detallado y tienen equipo quirúrgico por si fuera necesario. Además, cuentan con un especialista que es una referencia internacional —anunció como si fuera una novedad. No lo era. No para mí—. El doctor…

—¿Tendrán que intubarlo? —la interrumpí, sin importarme que pareciera una maleducada.

No podía oír aquel nombre. No en ese momento.

—No, si continúa respondiendo al alto flujo y al diurético —respondió con cuidado—. Y, si fuera necesario, se hará en el momento adecuado. Iré con vosotros hasta la ambulancia cuando esté preparada, ¿de acuerdo?

Asentí. Era la única respuesta de la que era capaz.

Obligué a mi cerebro a trabajar a pesar de su resistencia. Se lo expliqué a Jaque por audio: Aymé se quedaría con ella hasta que yo organizara dónde dormir. Jaque respondió sin dramatismo: «Tráela ahora. Hay cama. Hay sopa».

Aymé llegó al pasillo de mi mano. Miró a su hermano con la mascarilla y decidió que quería una igual. Le dieron una de mentira y sonrió debajo del plástico.

—Mamá volverá, ¿vale? —le susurré al oído al entregársela a Jaque.

—Vuelves —decretó, y obedecí aquella ley.

La UCI móvil olía a goma nueva y alcohol. Benjamin sujeto con correas pequeñas, el alto flujo silbando bajito, la saturación pulsando

con luz verde. La fisioterapeuta habló cerca de mi rostro:

—Parecerá que el aire sale con mucha fuerza. Es para recordarle el camino. ¿Puedes sujetar la mascarilla si se resiste?

—Se resiste. —Sonreí con los ojos, sin la boca—. Y se cansa.

—Nos cansaremos juntos —replicó, y estuve a punto de abrazar su bata.

Sujeté la mascarilla con una mano y la suya con la otra. El conductor preguntó «¿preparada?» y no esperó mi respuesta. La ciudad se convirtió en rectas, señales, puentes. El nombre São Paulo apareció enorme en mi horizonte interior.

En el ascensor del bloque pediátrico, tres plantas parecen un mes. Benjamin emitió el sonido del cansancio que conozco: un soplido más largo, casi un gemido, no de dolor, sino de peso. Cuatro, cuatro, conté. El ocho llegó roto, pero llegó.

La puerta de la UCI se abrió con un sensor. Cristal, metacrilato, el pitido que impone orden. Una pegatina en el cristal: A-2. En recepción pidieron nombre y apellidos. Dije Alice Braga.

—¿Del niño?

—Benjamin Braga.

La mujer tecleó como quien lo resuelve antes de que yo cambie de idea. Pulsera en mi muñeca: MADRE.

En la sala de estabilización comenzó la coreografía que infunde valor: una asegura un cable, otra comprueba la cánula, otra abre la historia clínica. Me quedé un paso atrás para no estorbar y para no derrumbarme.

—¿Diuresis? —preguntó alguien.

—Hace horas que no moja el pañal —respondí con esa voz que se aprende en medio del susto.

—Anótalo. Furosemida, 1 mg/kg por vía intravenosa —ordenó una voz firme desde el pasillo, antes de que entrara el cuerpo.

Entró como entra siempre: bata abierta, corbata oscura, el paso de quien resuelve. Pero esta vez supe que llegaba también como otra cosa: cirujano cardiaco en el lugar preciso.

Arthur no me vio. No miró la sala. Vio el monitor. Vio el tórax de mi hijo. Vio su vientre subiendo de forma incorrecta. Vio lo que yo no quiero que exista.

—Mantener el alto flujo. Furosemida ahora. ECG en tres minutos. Ecocardiograma a pie de cama con Doppler. —Llamó a alguien por su nombre—. Cuidado con el volumen: mantener la restricción. Repetir gasometría en veinte minutos. Preparad dobutamina en la bomba, sin iniciarla todavía.

Tocó la frente de Benjamin con el dorso de los dedos para comprobar el sudor, apoyó la mano en su esternón para medir la frecuencia, auscultó el pecho. ¿Oyó también el mío? Soplo. Vi el momento en que sus oídos llegaron al foco apical y se detuvieron medio segundo.

—Hepatomegalia presente —dictó para la tabla de alguien—. Desproporcionada respecto al cuadro respiratorio. Diagnóstico diferencial: miocarditis frente a anomalía coronaria. El ecocardiograma determinará el orden.

—¿Nombre del paciente para la etiqueta? —preguntó la enfermera. —Benjamin… —Abrí la boca, pero me faltó el valor y otra voz sonó antes que la mía—. Benjamin Braga.

Nadie me miró para confirmarlo. Etiqueta pegada. Jeringa en el sistema. ECG sobre el tórax.

Mantuvo la visión de túnel. No me vio. No pronunció mi nombre. Y, durante un segundo que dolió en línea recta, lo preferí así: que no me viera antes de ver lo que importaba.

Se llevaron a Benjamin. La camilla salió al pasillo, dobló la esquina antes de que yo pudiera seguirla y ni siquiera pude sujetarle la mano y decirle que todo saldría bien.

Una enfermera cuya acreditación decía «Carina — UCI Pediátrica» se quedó a mi lado y suavizó la prisa con la voz:

—Mamá, ahora instalaremos a Benjamin en su cama, conectaremos los monitores, repetiremos las pruebas y ajustaremos la medicación. En cuanto esté estable y acomodado, te llamaremos. Será muy rápido. —Señaló el camino—. La sala de espera está ahí a la derecha. Hay baño, agua y café. Si me necesitas, pregunta por mí en recepción.

—¿Puedo quedarme…? —intentó mi boca, sin saber ni siquiera qué pedía.

—Enseguida podrás entrar —aseguró, sin prometer lo que nadie puede—. Alcohol en las manos siempre, un acompañante cada vez, móvil en modo vibración. Si suena, contesta aquí fuera, ¿de acuerdo?

Asentí. Me puso en la muñeca un papel con indicaciones: horario para cambiar de acompañante, si lo hubiera; normas de la UCI; lista de lo que podía entrar. «MADRE» en negro, otra vez.

La puerta automática chirrió. Lo último que vi fue la etiqueta con su nombre pegándose al sistema y la corona de cables que subía hasta el monitor. Lo demás se convirtió en pared.

La sala de espera parecía intentar ser otra cosa: cuadros de paisajes, televisión sin sonido, hijos de otros en brazos de otros.

Me senté en el extremo de una hilera y dejé la mochila en el suelo como quien ancla una barca pequeña. Cuatro, cuatro… El ocho solo llegó cuando una máquina pitó a lo lejos, recordándome que el aire conoce el camino.

Envié un audio a Jaque:

—Hemos llegado. UCI A-2. Lo están instalando. ¿Cómo está Aymé?

La foto llegó con dos segundos de retraso: Aymé tumbada de lado, abrazada a una cuchara de plástico, el pelo recogido en una

coleta torcida.

Jaque: Se tomó la sopa. Está dormida. Estamos aquí.

Respondí con un corazón que no cabía y guardé el teléfono en el bolsillo del pantalón como quien guarda un pedazo de aire.

La recepcionista llamó a otro nombre; alguien lloró de alivio; alguien salió a hablar al pasillo; alguien entró con flores y fue amablemente detenido. El reloj de la pared cambió de minuto como si fuera algo importante y yo continué haciendo lo único que me permitían: esperar.

60.

ARTHUR MENDONÇA

Primero, el cuerpo. Después, el nombre.

La saturación sube un punto después del alto flujo. La frecuencia continúa elevada, tercer ruido presente. Soplo apical que me hace querer ver anillos y valvas en el ecocardiograma, no limitarme a oírlos.

Hígado dos dedos y medio por debajo del reborde costal. Perfusión deficiente en las extremidades, relleno capilar de tres segundos. Dobutamina titulada lentamente. El diurético ya está pasando. Restricción de volumen.

Así funciono: primero el algoritmo, nunca la emoción. Hoy algo se cuela por la grieta. Cuando levanto el párpado del niño para comprobar el reflejo fotomotor, lo que sube por mi pecho no es un dato; es un impulso.

Castaños.

Un tono cálido, con los bordes ligeramente más oscuros. La clase de ojos que devuelven la luz en vez de limitarse a recibirla. Ridículo. Los ojos son ojos. Y, sin embargo, durante un segundo que detesto, juraría que estoy mirando los míos.

Aparto la mano. Continúo.

—¿Ya está en curso el ecocardiograma a pie de cama con Doppler?

—Sí, doctor.

—ECG impreso en la historia clínica. Control de BNP y troponina dentro de dos horas. Panel vírico completo. Hemocultivo. Repetir gasometría. —Con cada verbo, un ancla. Con cada ancla, un intento de cerrar la grieta.

El ecocardiografista describe un ventrículo izquierdo deprimido e insuficiencia mitral importante; flujo coronario atípico. Se mantiene el diagnóstico diferencial. Equipo cardiaco a las 17:00; yo coordino.

—¿Quién es la pediatra de referencia?

—La doctora Lúcia, del Santo Amaro —responde la enfermera—. Ha dejado su contacto y ya ha enviado el informe.

Asiento. Miro la camilla, el pecho pequeño trabajando demasiado. La sensación regresa, más baja, más lenta, como una presión detrás del esternón. Extraña. No doy nombre a aquello que no ayuda a operar. Continúo.

—¿Dónde está el responsable? —pregunto ya con la tabla en la mano.

—En la sala de espera. La madre ha firmado el consentimiento y espera autorización para entrar.

Doy la vuelta a la hoja para ver la etiqueta identificativa. Benjamin, un nombre corto que cabe en una muñeca diminuta.

—Benjamin… Braga. —Leo en voz alta como si fuera solo para mí. Mis cejas se juntan medio milímetro. Braga. Hay decenas de personas apellidadas Braga en el mundo. Una que importa.

Bajo los ojos. MADRE: Alice Braga.

El papel pesa como metal en mi mano. La línea siguiente abre un agujero que casi se traga la sala entera: PADRE: —.

Vuelvo a mirar al niño por puro reflejo. La presión del pecho cambia de ritmo; no acelera, se hunde. Dos cálculos rápidos: fecha de nacimiento, edad, meses de silencio, tiempo transcurrido desde la cuneta. Las casillas encajan con una crueldad geométrica.

Me devuelvo la tabla como quien devuelve un arma a la funda. Camino hasta la puerta de la sala de espera. La palabra Braga recorre mi lengua como un corte.

—¿Responsable de Benjamin Braga? —llamo, sabiendo la respuesta antes de oírla—. ¿Alice Braga?

Ya está de pie antes de que termine el sonido. El rostro que conozco y evito: el mismo y, de algún modo, otro. Una línea nueva junto a la boca que antes no existía, una especie de cansancio vertical en los ojos, la postura de quien ha aprendido a sostener su propio peso y otros dos.

Durante un segundo desaparece toda la sala. Solo quedan dos cosas: el nombre sobre el papel y la mujer frente a mí. Devuelvo las cosas al mundo con una pregunta que sale más baja de lo debido y no parece mía:

—¿Tú eres la madre? —Y, antes de que mi filtro lo impida, llega la otra pregunta que no era para nadie—: ¿Y el padre? ¿Quién es el padre?

Se ríe sin risa; solo hay amargura.

—¿Quién crees? —Su voz corta sin elevarse—. Tú. Tú eres el padre, Arthur. Pero ahora no tengo tiempo para esto. —El siguiente golpe llega seco, sin adjetivos—. El hijo al que rechazaste solo tiene a su madre y ahora la necesita.

La imagen del niño me inunda la cabeza. No datos: rasgos. La curva del pómulo, la forma en que descansan los labios, los ojos que devuelven la luz. La presión detrás del esternón deja de ser extraña; se convierte en un dolor identificable. Tengo un hijo. Y mi hijo está enfermo.

Da un paso. No pide permiso.

—Quiero ver a mi hijo. Inmediatamente —exige, con los ojos encendidos por un sentimiento demasiado parecido al odio y que no debería mover las piezas de mi pecho como lo hace, pero las mueve.

Durante dos segundos es como si recuperara la capacidad de respirar después de meses bajo el agua. Pero solo dura eso: dos segundos.

Después, la sensación que se propaga por mi sangre es otra. No me resulta familiar, pero la reconozco de inmediato.

La culpa no avisa; cae. No truena a lo lejos. Ocurre dentro del hueso, como si el esternón se abriera solo. No le doy nombre. Ahora no.

—Soy el médico responsable.

—¡No! ¡Eres el padre que rechazó a mi hijo antes de que naciera! ¡Y no te quiero cerca de él!

Pienso en abrir la boca para responder, pero en vez de eso me limito a dejar entrar a Alice. En el pasillo de acceso. En el hospital. En mi vida. En el mar de decisiones que ya he tomado y que ahora empiezo a cuestionar.

La enfermera sigue el procedimiento habitual —higiene, bata, cubrirse el pelo— y coloca el sillón pegado a la cama. Alice se sienta y sostiene la mano del niño. No pronuncia mi nombre. No dice nada. Yo tampoco.

Primero observo, como si eso bastara para hacerme comprender lo que sucede allí mismo, delante de mis ojos. Como no basta, hago lo que sé hacer: actuar.

—Gasometría dentro de quince minutos; control de BNP y troponina; PCR y panel vírico; perfil hepatorrenal; lactato. Mantener dobutamina, titulando según la presión arterial media. Iniciar milrinona a dosis baja si tolera la presión. —Miro el ecocardiograma impreso—. Angio-TC coronaria sin sedación si la tolera; de lo contrario, cateterismo mañana temprano. Nada por boca después de las dos.

—¿Grupo sanguíneo y pruebas cruzadas? —pregunta la intensivista.

—Dos bolsas de concentrado de hematíes pediátrico preparadas, plasma en espera.

Sé que exagero en lo que pido. Una parte es útil; otra es solo el instinto estúpido de no volver a ser sorprendido.

Quiero cada detalle de ese corazón, de la bomba que no impulsa, de la válvula que pierde, de la coronaria que quizá nació en el lugar equivocado. Lo quiero todo.

Salgo del box y disparo el resto. Correos a tres personas que contestan mis llamadas a las dos de la madrugada. Llamo a coordinación de quirófanos:

—Reserva un quirófano pediátrico a partir de las 13:00. Equipo completo: anestesia pediátrica, perfusionista sénior, ecocardiografía transesofágica disponible.

—¿Cirujano?

—Lo estoy trayendo.

El hospital tiene acuerdos con gente que resuelve. Me salto los acuerdos y voy directamente a lo que funciona: un vuelo chárter desde una pista ejecutiva.

—Doctora Helena Sato, cirugía cardiaca pediátrica —lanzo las palabras a mi secretaria, que todavía no se ha marchado a casa—. Las coronarias anómalas son su especialidad. Recógela en Curitiba. Que aterrice en Congonhas.

—¿De madrugada, doctor?

—De madrugada.

Mientras el hangar pone en marcha la operación, lanzo otras líneas: cardiopediatra de Recife por teleconsulta; especialista en ecocardiografía de Río para una segunda lectura; Anestesia envía la lista de comprobación y la tabla de peso y fármacos.

Monto el tablero que siempre he montado y, por debajo, observo a alguien que se parece a mí hacerlo todo desde fuera de su propio cuerpo.

La doctora Lúcia responde a la primera llamada. Mi voz sale demasiado recta.

—Doctora, Mendonça. Lo he recibido. Gracias por su ojo clínico.

—Me asustó, doctor. El cuadro respiratorio me habría engañado cualquier otro día. El hígado y el tercer ruido no.

—Estoy de acuerdo. Lo estamos tratando como una insuficiencia. Mantenemos el diagnóstico diferencial entre miocarditis y ALCAPA. Vamos a determinar la anatomía.

Cuelgo. Regreso al box. Alice mantiene la mano sobre la muñeca del niño, con los dedos pálidos de tanto apretar.

Hace cuatro, cuatro, ocho sin saber que yo sé contar con ella. La luz del techo se refleja en los ojos del niño. ¿Mis ojos? Ridículo. Hoy todo en mí es ridículo y peligroso.

—Mamá —explica la enfermera en voz baja—, vamos a cambiar la mascarilla del alto flujo por otra igual, solo cambia la interfaz. Puedes mantener la mano aquí.

Alice asiente sin mirarme. Pienso en hablar. No tengo ninguna frase. ¿Qué se le dice a una mujer a quien uno afirmó, literalmente, que no llevaba nada suyo dentro?

Sigo haciendo listas porque es lo único que me queda.

Lista de comprobación de madrugada:

• Explicar el consentimiento para la angio-TC y, si fuera necesario, el cateterismo diagnóstico.

• Trabajo social de guardia, alojamiento para acompañante, vale de comida; hoy nadie paga nada.

• Farmacia: garantizar milrinona, captopril si lo tolera, espironolactona en dosis inicial.

• Laboratorio: prioridad Benjamin para cualquier resultado. Todo llegará a mi correo.

• Informática: asociar mi correo a los resultados automáticos.

• Conserjería: autorizar el acceso de la doctora Sato en cuanto llegue.

La madrugada va estirando el hospital hasta convertirlo en lo que conozco bien: pasillo, neón, café malo. El reloj pasa de las tres y la angio-TC se realiza deprisa, sin sedación, con respiraciones cortas y placas que los radiólogos conocen mejor que la poesía.

Las imágenes llegan a las 4:12. Las abro antes que el informe. Veo lo que temía: el origen anómalo de la coronaria izquierda encaminándose hacia donde no debía, un lecho insuficientemente irrigado, un miocardio que lleva demasiado tiempo pidiendo auxilio. ALCAPA entra en la sala y toma asiento.

El cardiopediatra externo aterriza a las cinco y entra directamente al box con unos «buenos días» que no combinan con la noche. Me estrecha la mano y después apoya el estetoscopio en el pecho del niño. Los dos ponemos la cara de quien ya ha decidido.

—Es eso, Arthur. La anatomía concuerda con ALCAPA. Insuficiencia mitral importante. Función deprimida.

No me mira demasiado. Mira al niño.

—Helena llegará a las 6:20 —informo—. Equipo cardiaco a las siete. Quirófano a las 13:00, si aguanta.

—Aguantará si la dobutamina lo sostiene. La milrinona ayudará. No podemos demorarlo mucho —dice lo que ya sé—. Cuanto más tiempo pase, más miocardio muere.

—Estoy de acuerdo.

Yo no voy a operar. No puedo. Sería poco ético y estúpido. Yo coordino. Yo reúno. Yo me quedo.

Las 4:59. Por fin hablo con ella y elijo la única frase que no intenta reparar lo que no tiene arreglo en una madrugada.

—Necesitará una operación, Alice. Hoy. El riesgo es alto, pero no hacer nada entraña un riesgo aún mayor. La doctora Sato es la mejor persona que conozco para una anomalía coronaria infantil. Ya la he traído. Ella cierra los ojos un segundo; no es teatro. ¿Alguna

vez lo fue? Ayer estaba seguro de que sí; ahora… Cuando los abre, formula la pregunta correcta: —¿Qué tengo que firmar?

Casi digo «deja que lo firme todo yo». No lo digo. Porque el padre en la ficha es una raya y mi firma no sirve para nada.

—El equipo te explicará cada documento. Si algo no tiene sentido, llámame. —Giro un poco el rostro, no por huir; por control.

A las 6:17 crepita la radio de conserjería. Helena está en el ascensor con una maleta de cuero y el pelo corto recogido. Entra en el box, mira las imágenes, inclina la cabeza con ese gesto mínimo que significa «vamos».

—Reimplante directo si la longitud lo permite. De lo contrario, técnica de tunelización. Reevaluaremos el anillo mitral con la ecografía transesofágica; si es demasiado, plastia sencilla. —Habla bajo al equipo sin necesitar traducción.

Las horas se pegan unas a otras: consentimientos explicados, hemoderivados preparados, profilaxis antibiótica, lado del campo decidido, temperatura del quirófano ajustada a una persona de ese tamaño. Me observo haciéndolo todo. Fuera de mi cuerpo, dentro de la obligación.

La estadística intenta entrar por un costado de mi cabeza: mortalidad de una ALCAPA intervenida tardíamente, curva de supervivencia a cinco años, probabilidades de recuperar la función, riesgo de un bypass fallido. La expulso con una frase que no es técnica, sino defensa: No convertiré a mi hijo en una cifra.

Mi hijo.

Las dos palabras, apenas pensadas, disparan un escalofrío agresivo por todo mi cuerpo. Mi hijo.

Son las 7:10 cuando el equipo cardiaco termina de coordinar los pasos. Alice no me habla. No hace falta. Reconozco cada músculo de su silencio: es el de una mujer que sostiene el hilo del mundo con ambas manos y no pide ayuda para hacerlo. Ya vi ese músculo una vez y decidí no reconocerlo. Hoy no tengo elección.

—Programaremos la entrada en quirófano a las 12:45 para empezar puntualmente a las 13:00 —cierra Helena.

—Lo acompañaré hasta la puerta —digo.

Nadie protesta. No es poder; es posición. Es lo único que me queda dentro de la norma.

Salgo del box para buscar documentos. En el pasillo acristalado, mi sombra camina un paso por detrás. Yo me detengo; ella no.

Cuatro, cuatro, ocho. El ocho no llega. Finjo que sí y continúo. Porque él me necesita. Y porque se lo debo, antes que cualquier cosa, antes que cualquier nombre, antes que toda la rabia que esculpí para protegerme de mí mismo.

Desde la puerta veo a Benjamin mover los labios como quien intenta emitir un sonido. Veo a Alice bajar el rostro y apoyar suavemente la frente contra la suya.

Siento la tormenta entera dentro del pecho y permanezco exactamente en mi sitio hasta el momento de abrirle el corazón y cambiar el curso de aquello que permití que ocurriera.

61.

ALICE BRAGA

La noche me atravesó sin pedir permiso y se quedó. El sillón estaba pegado a la cama; tenía una pierna dormida, la otra sostenía el suelo por pura terquedad.

Mi mano estaba dentro de la de Benjamin, pequeña, cálida, con olor a suero, y la mitad de mi corazón permanecía en Ribeirão, con Aymé. Estar dos horas lejos de ella siempre dolía; tantas horas dolían en otro idioma.

No lloré. Todo en mí pedía ceder, pero me mantuve entera de la única forma posible, con lo que tenía: columna, dedos, una oración susurrada que ni yo reconocía. «Respira, mi amor. Cuatro, cuatro, ocho». La que obedecía era yo.

Arthur entraba y salía como una pared que se movía. Traía gente, se llevaba gente, hablaba bajo un idioma que yo no dominaba. «Angio…», «eco…», «cama», «dobuta»; las palabras pasaban a mi lado como viento de pasillo. Solo una se quedó: operación.

Mi niño, con dos años y dos meses, iría a una mesa que cortaba. Distinguía el paso de las horas por la luz que entraba en las rendijas de la persiana. La madrugada se deslizó en un segundo que duró toda una vida y, de pronto, era de día.

Supe que había entrado sin levantar la cabeza. El cuerpo reconocía la gravedad. Por el rabillo del ojo vi a Arthur quieto, mirando a Benjamin como quien había aprendido ayer que mirar también era tocar.

—¿Has comido? —preguntó.

—No creo que sea asunto suyo, doctor.

Cerró los ojos y respiró. Su método chocó contra la pared en la que yo me encontraba y cayó.

—Alice, sé racional.

—La época en que tú me decías qué debía hacer y qué no terminó hace toda una vida. Si no tienes nada importante que decirme sobre Benjamin, me gustaría quedarme a solas con mi hijo.

—No tienes que… ¿Administración no te ha entregado el vale de comida? Podrías…

—No pienso salir de aquí.

Silencio. Las máquinas del fondo componían una música equivocada.

—¿Puedo pedir que te traigan algo, entonces?

—No tengo hambre. ¿Cómo iba a tenerla?

Levanté la cara. La suya era la misma y otra. ¿Era eso posible?

—Tienes que comer.

Había una grieta en la máscara que yo conocía. No importaba. Ya no. La primera lágrima venció. No hizo ruido.

—Necesito que él se ponga bien —susurré, tragándome el sollozo como quien traga una medicina sin agua.

El suelo desapareció bajo el pie que no tenía dormido. Estaba otra vez en São Paulo, sin techo, sin red, con un hijo en la UCI y la otra lejos. La añoranza de doña Dalva subió entera, caliente, como fiebre.

—¿Doña Dalva ha venido contigo? —preguntó, como si pudiera oír su nombre cuando yo lo pensaba.

—No. Hace un año y seis meses que ella… nos dejó.

Abrió la boca y el silencio decidió por él.

—Lo siento mucho. ¿El cáncer?

—Un infarto. Fulminante.

Asintió. Se mordió el labio.

—¿Tienes adónde ir?

—No quiero nada de ti. Nada.

—Alice, yo…

—Nada. —Mi voz tembló y se sostuvo.

La puerta se abrió. Rafael entró con esa forma suya de ventilar una habitación cargada sin pedir permiso al aire.

—No es un buen momento —intentó expulsarlo Arthur.

—No existe un momento mejor para volver a ver a mi sobrino —replicó con claridad. Se volvió hacia mí—. ¿Cómo estás, Ali?

Negué con la cabeza. No.

El llanto me atrapó de abajo arriba, en un único sollozo que lo puso todo del revés. Rafael tiró de mí y caí en su abrazo como quien baja de una camilla. Estaba cálido, firme; no dijo nada hasta que tuve menos sal en la cara.

Arthur observó con los dientes apretados. Rafael lo vio por encima de mi hombro.

—Quizá sea mejor que esperes fuera —dijo con sencillez.

Arthur lo miró como si leyera una traición. No discutió. Salió.

Rafael me dio agua. Bebí dos sorbos.

—¿Por qué no me dijiste que venías? —preguntó en voz más baja —. ¿Por qué no me dijiste que estabas aquí? He venido en cuanto me he enterado.

—Todo ocurrió demasiado deprisa y…

—¿Cómo habéis llegado?

—En ambulancia.

—Podría haber conseguido algo mejor.

—No quiero nada de él. Lo sabes.

Rafael resopló.

—Arthur no es el único de los dos que tiene recursos, Alice.

—Tú no tenías ninguna obligación de ayudarme.

—Pero quiero hacerlo. —Se inclinó hacia mí con firmeza—. ¿Cuántas veces hemos tenido esta conversación en dos años y medio? Arthur puede estar ciego, pero yo no. Sé quién eres. Sé quiénes son esos niños. Y me importan.

Se arrodilló delante de mí, como en el velatorio.

—Siento mucho lo de doña Dalva.

—Ya me lo dijiste en el funeral.

—Es una de esas cosas que uno nunca deja de sentir. Me parece injusto dejar de decirlo.

Parpadeé despacio.

Recordé.

Cuando apareció en Ribeirão unos meses después de mi llegada, me quedé paralizada en la puerta del salón, creyendo que me habían encontrado. Vino solo. Dijo que me creía, que sabía que yo no había hecho nada de aquello, que la versión de Francisco apestaba a despacho, no a personas reales. Dijo que quería ofrecerme su amistad y que, si yo no la aceptaba, sabía ser insistente.

Acepté. No estaba en situación de rechazar a ningún amigo.

Desde entonces, su nombre despertaba cada día en mi móvil: un «buenos días», una broma tonta, un «te he mandado un Pix para que me insultes y aun así lo aceptes». En cada fecha señalada escribía «no es ayuda, es un regalo», y yo respondía con una acuarela de un santo porque no tenía otra forma de agradecer sin contraer una deuda. Nos vimos pocas veces, dos o tres, pero llamaba todas las semanas, preguntaba por Aymé, por Benjamin, por doña Dalva, hasta el día del «fue fulminante». «Estoy aquí», escribió. Se quedó.

—¿Qué voy a hacer, Rafael? —La pregunta salió de la parte más fea de mí—. Benjamin… puede… puede que no… Volvió a

abrazarme, con la mano abierta sobre mi espalda.

—Todo saldrá bien. Si alguien puede conseguirlo, es Arthur. Y puede ser un imbécil, pero no es idiota. Todo saldrá bien.

Lloré un poco más y después me sequé. No porque hubiera pasado, sino porque se agotó la fuente.

—Te quedarás en mi casa —avisó, sin abrir una negociación.

—¿Aymé se ha quedado en Ribeirão?

—Sí, con Jaque. Y yo no quería molestar. Me quedaré aquí, necesito quedarme. Solo…

—Necesitas cuidar de los dos, lo sé. —Me sujetó las mejillas y enfocó mi mirada—. Y eso empieza por cuidar de ti. Benjamin está mejor atendido ahí que en ningún otro lugar. Tú necesitabas una ducha, una comida decente, una cama. Para estar entera más tarde y enfrentarte a lo que venga.

—Yo no…

—Tú sí. —Consultó el reloj—. Está dormido y ya he preguntado: no se despertará pronto. Me quedaré un poco más, pero dentro de dos horas volveré y nos iremos juntos a mi casa. Comerás, te acostarás, aunque no duermas. La operación es a las 13:00, ¿verdad?

—Han dicho que se lo llevarán de aquí a las 12:45.

—Entonces te prometo que a las once volverás a sostenerle la mano. Hasta entonces, yo sostendré la tuya. ¿De acuerdo?

Miré a Benjamin, el mechón pegado a la frente, el adhesivo del monitor formando un dibujo torcido en su pecho. Tenía que llamar a Aymé, pero no quería que me viera en un hospital. Saldría al pasillo; el fondo blanco no entraría en la llamada si orientaba la cámara hacia el corazón de la pared.

—De acuerdo.

—De acuerdo —repitió como quien sellaba un pacto.

—Dos horas.

—Dos horas.

Apoyó suavemente la mano en mi cabeza y salió. La puerta se cerró. Las máquinas continuaron con su música. Yo continué sosteniendo la mano de mi hijo como si fuera una barandilla.

Nada estaba bien. Pero me quedé. Y respiré: cuatro, cuatro… El ocho tardó, y llegó. Solo porque él estaba allí. Y porque dentro de poco yo regresaría, cuando el valor me necesitara.

62.

ARTHUR MENDONÇA

Recorrí el pasillo como quien mide con sus propios pasos los metros de su culpa.

Puerta de cristal, franja de luz azul en el suelo, el pitido del monitor filtrado por el aislamiento de la UCI. El equipo ya estaba situado; yo había dejado instrucciones claras y redundantes. Aun así, el cuerpo exigía movimiento.

Rafael salió del box de aislamiento secándose las manos en la bata. Su reflejo pasó por el cristal antes que él. El impulso de romperle la mandíbula me atravesó el brazo como un arco eléctrico. En lugar de hacerlo, hice lo que siempre hago: controlé la dirección.

—Conmigo. —Señalé con la barbilla.

Lo entendió. No habló. Entramos en el ascensor sin compartir el aire. La pantalla recorrió doce plantas en silencio. En el bloque administrativo, el pasillo reconocía nuestros pasos. Abrí mi despacho y dejé que la puerta se cerrara con el pestillo.

La explosión llegó desde un lugar que creía amputado.

—¿Desde cuándo? —Fue el primer golpe, sin mano—. ¿Desde cuándo me mientes?

Rafael se quitó la acreditación del cuello con un gesto breve. No apareció su sonrisa habitual.

—¿Quieres reformular la pregunta antes de que te rompa esa nariz almidonada?

Fui yo primero. El sonido de mi puño contra el hueso de su mejilla fue seco. Dio medio paso atrás y regresó con el codo contra mi esternón, robándome el aire.

Intercambiamos tres golpes sin modales. Mi puño alcanzó su boca, el suyo mi ceja, hasta que el cuero del sofá me atrapó el muslo y la mesa devolvió los papeles al suelo.

—¿Desde. Cuándo? —repetí con los dedos en el cuello de su camisa.

—Desde que la arrojaste a la calle embarazada. —Escupió a un lado, no sobre mí, un hilo de sangre—. ¿Satisfecho con la fecha?

Volví a intentarlo. Me sujetó la muñeca en el aire.

—¿Me has oído? —Rafael mordió las sílabas—. EM-BA-RA-ZA-DA. Arrojaste a la cuneta a una mujer EMBARAZADA.

—Tú lo sabías —gruñí— y viniste a jugar a ser el tío bajo mi techo. ¿Tío? ¿Así te haces llamar?

—Yo llamo vergüenza ajena a lo que hiciste. —Me empujó lejos, jadeando—. Y decencia a lo que hice después.

—¿Te acostaste con ella? —El veneno salió antes que el filtro.

Sabía la respuesta. Pregunté de todas formas. Rafael soltó una risa desdeñosa; el labio partido le manchaba un diente.

—Mira en qué te has convertido. —Abrió los brazos, invitando a lo que viniera—. Incluso ahora, viendo tu reflejo en ese niño, tienes el valor de hacerme semejante pregunta. ¿Te das cuenta?

La sangre caliente descendió desde el corte de mi ceja. Parpadeé, no por dolor, sino por la rabia de haber parpadeado. Golpeé la mesa con la mano; las hojas y los bolígrafos saltaron.

—Entraste en mi casa. ¿Le llevaste dinero?

—Llevé comida cuando faltaban brazos. Llevé pañales cuando las cuentas se dispararon. Llevé un aire acondicionado portátil durante el verano de Ribeirão cuando Aymé tuvo fiebre a las tres de la madrugada y ella estaba sola. —Fue enumerándolo como quien ya no soporta seguir callado—. Le hice transferencias bajo el concepto de «regalo» en fechas en que no me habría permitido ayudarla de otra forma. Le mandé un mensaje cada santo día. Llamé todas las

semanas. La abracé en el funeral de la única familia a la que había llamado suya antes de tener a los niños. Y, si quieres pegarme por eso, hazlo. Te ofrezco la otra mejilla.

—¿Cuánto tardaste en encontrarla?

—Estaba embarazada de seis meses. —La respuesta llegó sin vacilar—. Fui a buscarla, Arthur. Porque alguien tenía que comprobar lo que tú preferiste no comprobar. Vi a Alice con una mano sobre la barriga, avergonzada de pedir un descuento en la farmacia. Y le oí decir lo que tú te negaste a escuchar: que el hijo era tuyo.

Cerré los ojos un segundo. Benjamin en la camilla, el párpado fino debajo de mi pulgar, el reflejo de la luz en su iris… El contorno de mi propia genética devolviéndome la mirada sin pedir permiso.

—Me mentiste. —Aún salió, obstinado.

—Te lo oculté porque eras el último hombre del planeta que merecía saberlo. —Apoyó dos dedos en mi pecho, sin fuerza, solo para marcar el punto—. Creíste un extracto bancario de tu padre y no los ojos de una mujer. Preferiste un sello a una vida. No quisiste saber. ¿Y ahora tienes la audacia de exigirme lealtad?

La palabra «padre» cortó como una hoja vieja. Sentí palpitar el músculo de la mandíbula.

—No invoques su nombre aquí.

—Invocaré lo que haga falta para que dejes de delirar. —Rafael respiró hondo, miró la alfombra convertida en un trapo ensangrentado y bajó el tono—. Siéntate, joder.

Nos sentamos. Uno al lado del otro. Dos idiotas con batas invisibles, uno con sangre bajándole de la boca, el otro de la ceja.

El silencio pesó primero y después cedió. Pero, de repente, otro dato escupido por Rafael rebotó en mi cerebro y me hizo fruncir el ceño.

—¿Quién es Aymé? —pregunté, y la pregunta sonó idiota al cruzar el despacho—. ¿Quién es Aymé, Rafael?

—La hermana de Benjamin. —No parpadeó—. Tu hija.

Permanecí inmóvil durante tres segundos medidos por el reloj de la pared. El zumbido del aire acondicionado se convirtió en mar. Sentí subir el sabor a hierro por la lengua; no supe si procedía del labio partido o de otra cosa que se rompía por dentro.

Rafael me miró como quien empuja a alguien al borde de una piscina porque necesita respirar.

—Gemelos, Arthur. Aymé y Benjamin. Eres padre de gemelos.

El aire falló un centímetro dentro de mí.

—No —dije, pero no era negación, sino retraso—. No… ¿cómo…?

—Como siempre: biología básica y tu ceguera de lujo. —Torció la boca, sin ironía—. Nacieron con unos minutos de diferencia. Ella, testaruda desde la primera inhalación; él, más tranquilo, siempre observando. Aymé duerme orientada hacia el ruido; Benjamin, hacia la luz. Ella se tapa la oreja para desconectar. Él aprieta la mano de su madre para saber dónde está. Y tú no tienes ni idea de nada de eso, Arthur.

No la tenía.

El respaldo del sofá parecía demasiado duro. La palabra hija abrió un espacio nuevo en el pecho y dolió de una manera que no figura en ningún atlas.

—Me estás diciendo que… —La frase se rompió por la mitad— que dejé a dos en la calle.

—No los «dejaste». Los empujaste. Y eran tres, no dos. —Rafael no alivió el peso—. Y ella no te buscó porque le ordenaste que no lo hiciera. Porque la enseñaste a obedecer, ¿recuerdas? Doña Dalva me ayudó muchas veces. —Habló mirando la pared, como quien recuerda con respeto—. Hasta que murió. Hace un año y medio. Fui al funeral. Estuve al lado de Alice todo el tiempo. ¿Sabes lo que es sostener a una mujer con dos bebés en brazos y ninguna red? Yo sí. Tú no estabas.

El aire se volvió un grado más fino.

—Nunca me permitió pagar nada importante —continuó—. Testaruda como tú. «Trabajo, Rafael», decía. Yo encontraba la forma de ayudar por fuera, sin humillarla. Me permitió ser su amigo. Nada más.

Miré mis manos. Las mismas manos que suturaban una arteria fina como un cabello temblaron un milímetro sobre mi regazo.

—Sentí al niño —dije en voz baja, sorprendiéndome incluso por el tiempo verbal—. Yo… lo sentí.

—Menos mal. —Rafael se frotó el labio con el puño, extendiendo más la sangre—. Quizá por fin veas lo que todos vieron antes que tú: que tu «ecuación» estaba equivocada desde el primer término.

Mantuve los ojos sobre la madera de la mesa, en los arañazos diminutos que nunca había advertido.

Pasé el pulgar por los nudillos despellejados. Escoció. Pensé en la mano de Benjamin cerrándose por reflejo alrededor de mi dedo en urgencias. Pensé en una mano más pequeña que nunca había sostenido.

—Aymé —probé el nombre en voz baja, como quien palpa el borde de un objeto cortante—. ¿Dónde está?

—En Ribeirão. Con la vecina de Alice. Y, aunque no mereces saberlo, tu hija encontró la boca para decir «pa» antes que su hermano —soltó sin piedad, como si la frase necesitara acertar en un punto exacto de mi esternón—. Y no era para ti. Era por papilla. Alice me lo contó riéndose y conteniendo el llanto. Eso es lo que ocurrió durante estos dos años y medio: una madre, dos hijos y tú ausente en todas las fotos. Porque elegiste no estar.

El silencio se apoyó en los dos. Oí mi propio corazón allí donde suelo oír silencio. Dos latidos imaginarios superpuestos, uno que conozco, otro que inventé demasiado tarde.

Rafael apoyó la nuca en el respaldo, agotado.

No respondí. El despacho entero cupo en el movimiento de mi mandíbula cuando volví a cerrarla. La sangre descendió despacio desde el corte de la ceja y cayó sobre el cuello de mi camisa. Ninguna palabra se ofreció. Ninguna.

—¿Qué he hecho? —La pregunta salió sin adornos, sin defensa.

No era para él. Era para el techo. Para la versión de mí que todavía creía que el método aislaba el dolor. Rafael no respondió enseguida. Permaneció sentado, respirando conmigo, sopesando las palabras por primera vez desde que entró.

—Cortaste lo que debías haber cuidado —dijo al fin—. Ahora haz lo que sabes hacer. Salva a tu hijo. Después, si queda algo de ti, descubrirás cómo llegar hasta tu hija sin destruir lo poco que aún queda. Cuida, Arthur. Empieza por no estorbar. Después… —se encogió de hombros— aprenderás a pedir perdón. De verdad. No para aliviar tu culpa. Para devolverle el suelo a quien se lo arrancaste.

Asentí sin saber si asentía al consejo, al juicio o a la sentencia. Permanecimos callados un rato más. El reloj completó una vuelta.

Fuera, el hospital siguió funcionando. Allí dentro, conté el tiempo entre una respiración y otra como quien espera que reaparezca una línea en el monitor.

Y lo único que quedó entero cuando dejé de buscar justificaciones fue la imagen del niño en la camilla —Benjamin— y el nombre que acababa de aprender y nunca olvidaría. Aymé.

La certeza llegó cortante, sencilla, irreparable:

Tenía un hijo. Tenía dos hijos. Y los había dejado fuera.

Dos.

Ninguno dentro de mi perímetro porque yo decidí que no.

El silencio hizo el resto del trabajo. No necesité que Rafael repitiera la frase que quedó entre nosotros, en el suelo.

¿Qué he hecho?

63.

ALICE BRAGA

Rafael regresó a la hora prometida. Antes yo había salido al pasillo para llamar a Jaque. La llamada se abrió con el ruido de la calle de arriba: un minibús tocando el claxon, alguien pregonando pamonha al fondo. Aymé apareció en pantalla con el pelo recogido en una coleta torcida y una mancha de plátano en la comisura.

—Mamá está en el médico con Benja, mi amor —dije en voz baja, orientando la cámara hacia el vacío blanco de la pared—. La tía Jaque está ahí, ¿verdad?

—¡Estoy aquí, mujer! —La voz de Jaque llegó desde cerca—. Tranquila. Ha comido, ha jugado y se duerme si le canto.

—Mamá, haz el «pececito» —pidió Aymé, abriendo y cerrando la mano.

Lo hice. Sonrió como si yo hubiera encendido una luz. Colgué antes de fallar. Cuatro, cuatro, ocho. El ocho no cupo entero.

Cuando Rafael apareció en la puerta del box, yo ya había regresado al sillón, con la mano atrapada dentro de la de Benjamin y los monitores marcando un compás equivocado.

—Dos horas —recordó sin imponerse, pero firme—. ¿Vamos?

Quise decir que no. El cuerpo dijo que sí. Me llevó hasta el coche por el acceso de servicio, sin espectadores, y me dejó bajo la ducha de un dormitorio de invitados que olía a jabón nuevo y toalla limpia. Comí medio bocadillo porque permaneció sentado frente a mí, con los codos sobre las rodillas, mirando como quien sostiene una puerta.

—A las once estarás de vuelta. —No tuvo que repetirlo.

Regresamos. Eran las 10:57 cuando volví a apoyar los dedos en la puerta de la habitación. Benjamin dormía; su respiración era más

redonda, el pecho subía siguiendo una regla diminuta. El equipo había cambiado las vías; el esparadrapo nuevo formaba un dibujo distinto en su brazo.

La enfermera de bata azul —Cida, había leído en su acreditación— trajo el consentimiento. Explicó las partes como quien dobla una sábana: riesgo, beneficio, alternativas, porcentajes. Firmé donde indicaban las líneas y escribí mi nombre completo, por si alguien necesitaba recordar quién era yo si me faltaba valor.

Arthur entró entre una firma y la siguiente. Llevaba una tabla sin ningún papel visible, como si sus manos necesitaran un objeto para no tocar.

—Anestesia vendrá quince minutos antes —dijo, mirando primero el cuerpo de mi hijo y solo después a mí—. Le administrarán midazolam por vía oral para reducir la ansiedad. Estará más somnoliento. Volveré para acompañarlo al quirófano.

Asentí. No pedí que me tradujera lo que ya no entendía. Él no se ofreció.

Cida regresó con un vasito de plástico y una jeringa dosificadora. Apoyó la punta en un lado de la boca de Benjamin, que refunfuñó sin abrir los ojos, hizo una mueca y tragó, tan obediente como le permitían sus dos años. Alguien bajó las luces. Le aparté el pelo detrás de la oreja como hacía doña Dalva conmigo cuando tenía fiebre.

—Si quieres, puedes llevar su «mantita con olor» —dijo Rafael, apareciendo discretamente con la manta que vivía en el fondo de mi bolso. No pregunté cómo había llegado allí. Siempre encontraba la forma de estar en el lugar preciso sin hacer ruido.

Puse la manta sobre el pecho de Benjamin, con una punta junto a la nariz. Inspiró, murmuró un «ma» suelto que no era una palabra y se hundió.

El cardiólogo pediátrico —el de fuera— entró a continuación y se presentó con un apellido que olvidé diez segundos después. Repitió

con otras palabras lo que ya había oído: la miocardiopatía, el riesgo, la necesidad de operar. Pregunté lo que podía preguntar.

—¿Hay muchas probabilidades de que salga bien? —La voz me salió más pequeña de lo que quería.

—Hay riesgos —dijo, profesional, sincero—. Pero fue bueno que llegaran deprisa. Eso cambia la curva.

Le di las gracias como quien sostiene hielo con la mano. Cuando salió, Arthur se quedó. El silencio no disimuló nada.

—El equipo está preparado —dijo bajo—. He pedido todo lo necesario y también lo innecesario.

—Ya lo he visto —respondí sin mirarlo.

Pareció tragarse algo áspero.

—Alice, si tú… —empezó.

—Solo necesito estar aquí cuando se lleven a mi hijo —lo corté sin alzar la voz.

Asintió. El midazolam completó su curva; los dedos de Benja aflojaron alrededor de los míos sin soltarlos. Besé su frente caliente y dije lo que siempre decía antes de cualquier cosa que no entendiera: «Mamá está aquí». Mi voz no tembló. Todo el temblor quedó dentro.

El reloj marcó las 12:40. Cida entró con dos celadores de Pediatría, una tabla, una manta blanca y la pulsera de identificación que comprobó en voz alta. Arthur apoyó la mano en la barandilla, no en mi hijo, y realizó la verificación habitual —nombre, fecha, procedimiento, lado— como si cada palabra fuera un tornillo.

—La madre puede acompañarlo hasta la puerta del quirófano —avisó Cida con amabilidad—. Después nosotros cuidaremos de él.

—Voy con él —dije, ya de pie.

Rafael dio un paso atrás como quien reconoce los perímetros. Arthur abrió camino sin pedir permiso al aire, y Cida y yo

empujamos la pequeña cama por pasillos que yo conocía con otros ojos. Nadie habló.

El ascensor nos llevó solo a nosotros. En la puerta doble del bloque, la luz roja encendió «PROCEDIMIENTO EN CURSO» antes de que empezara procedimiento alguno. Besé la mano de mi hijo y apoyé el rostro en su pelo; el olor a pomada y jabón decía casa donde no la había.

—Benjamin Braga —dije para él, para mí, para la puerta—, vuelve conmigo.

Cida apoyó brevemente la mano en mi hombro. Arthur me miró como quien contempla su propio error con un bisturí en la mano. No le devolví la mirada.

—Vamos a cuidar de tu hijo —fue lo que eligió decir.

Asentí, solté la barandilla y retrocedí dos pasos. La puerta se tragó mi mundo en silencio.

Rafael estaba quieto en una esquina del pasillo. Apoyé la espalda contra la pared fría y me deslicé hasta el suelo, con el bolso en el regazo y las manos en una plegaria que no se atrevía a pedir, repitiendo la única frase que cabía sin romperse: cuatro, cuatro… Y el ocho llegó, tarde, pero llegó, como todo lo que importa y cuesta.

64.

ARTHUR MENDONÇA

La antesala parecía más pequeña de lo que era. Cristal esmerilado, luz fría, el sonido doméstico de los grifos y del velcro al abrir los campos quirúrgicos.

El cristal del box devolvía la imagen de un niño demasiado pequeño para tantos cables. Mi hijo. El cuerpo quiso avanzar; lo devolví al lugar correcto. El equipo ya estaba preparado; aun así, necesité repetir el guion como quien asegura una cuerda con un nudo doble.

—Lo reitero: tú diriges. —Señalé al doctor Alvarez, que asintió con la seguridad de quien ya ha cruzado mares peores—. Tú marcas la línea de incisión y cierras. Perfusión en comunicación constante. Pediatría supervisa en todo momento. Yo observaré desde la galería. Si surge alguna duda, llamadme por el intercomunicador.

Las cabezas asintieron; el ritual del «entendido» con los ojos por encima de la mascarilla. El perfusionista levantó el formulario plastificado.

—ECMO en espera. Falta autorización de la dirección médica para abrir la cama.

Cogí la tabla. Tres rúbricas y una firma con letra firme. El consentimiento clínico de la madre ya estaba adjunto, obtenido en el preoperatorio, como debe ser. Yo firmaba la disponibilidad y la responsabilidad del recurso. Costes. Cama. Personal. Tiempo. Las únicas cosas que todavía sabía prometer.

—¿Banco de sangre? —pregunté sin mirar.

—Comprobado. Dos unidades preparadas, otras dos disponibles en cinco minutos.

—¿Y la UCI pediátrica?

—Box de aislamiento libre, caliente, equipo preparado.

Repasé lo que no necesitaba repaso, por costumbre o por necesidad. En mí, esas dos palabras siempre se confundían. Pedí dos cosas: redundancia y silencio fuera de lo necesario.

Se pusieron los últimos guantes. Se comprobaron las mascarillas. El reloj de la pared marcó el minuto exacto en que abandonamos la antesala. Me quedé medio paso atrás, en el lugar de quien manda y hoy no toca.

Desde la galería, el quirófano era luz en estado sólido. Campo verde, metal alineado, gente entrenada para desaparecer detrás del gesto. El cuerpo de mi hijo era menor que la idea que me había formado de él en veinticuatro horas; la tira del monitor a un lado recordaba que ninguna idea sostiene una vida: la sostienen el pulso y el método.

El cirujano alzó la mirada y encontró mi rostro al otro lado del cristal. No había ninguna pregunta. Solo reconocimiento de mi presencia. Bajé la barbilla. Empezó.

Vi manos. No detalles técnicos: manos.

La mano que sujetó como si el mundo cupiera dentro de las pinzas. La mano que pasó un hilo diminuto con la delicadeza que solo conoce quien ya ha perdido sangre. La mano que contuvo el impulso y esperó el compás correcto antes de avanzar otro milímetro.

Al otro lado del cristal, busqué mi propio método: acompasé la respiración con un metrónomo antiguo que solo yo escucho. Entré en el estrecho cuadrado de pensamiento donde siempre he logrado trabajar: separar el ruido de la señal. Y, aun así, el ruido llegaba del pecho, no del quirófano.

Benjamin.

El nombre latía de una forma que no me obedecía. Me negué a recordar cualquier otra cosa. Observé.

Hubo un momento en que el mundo de abajo se redujo hasta caber en una esquina del campo, dentro del silencio elástico que precede al primer retorno.

No sé cuánto duró. Lo medí con la mandíbula, no con el reloj.

Entonces el trazado del monitor se elevó como debía elevarse; no alto, no hermoso, pero suficiente. Un murmullo quedó atrapado detrás de las dos barreras de cristal; era del equipo, no mío. Yo solo asentí.

—Flujo —vi indicar al perfusionista con la barbilla—. Presiones correctas.

—Continuamos —llegó limpia la voz del cirujano por el intercomunicador.

No recé. No sé rezar. Pero durante un segundo acepté cualquier cosa ajena a mi perímetro, si con eso el trazado permanecía encendido.

Los minutos siguientes estuvieron hechos de pequeños aciertos y ningún heroísmo. A veces la medicina es eso: repetir lo correcto hasta que lo correcto surta efecto.

La ECMO permaneció en espera. Estuve a punto de dar las gracias por aquel papel firmado que quizá nunca se utilizaría. A punto. Todavía no era momento de agradecer.

Cuando el campo empezó a retirarse y el recuento final del material adquirió el tono burocrático de quien sabe lo que hace, solté la mitad del aire. Guardé la otra mitad porque ya he aprendido que el peor sabor del mundo es el del alivio prematuro.

El equipo elevó el cuerpo pequeño para trasladarlo. Vi el apósito limpio, la cinta que sujetaba el sensor, la oreja minúscula aplastarse contra la almohada provisional y recobrar su forma.

Me descubrí fijándome en cosas estúpidas: el dibujo del pliegue, la forma en que su índice intentó cerrarse por reflejo cuando la

sábana le rozó la palma. No es ciencia; es una certeza recordada por la piel.

Salí de la galería antes de que me vieran bajar con prisa. En el pasillo, el plástico de las calzas chirrió como un invernadero. Encontré al cirujano en la antesala, ya sin la bata.

—Estable al salir —dijo primero, manteniendo la medida—. Corrección completada. No he necesitado ECMO. Soporte vasoactivo bajo. «Estable, pero crítico». Las primeras cuarenta y ocho horas son de oro, ya lo sabes.

Lo sabía. Asentí.

—¿La UCI está preparada?

—Preparada. Lo llevamos ahora.

Me detuve en la puerta medio segundo más de lo debido. Vi pasar la camilla, los monitores detrás como pequeños animales obedientes. La imagen de Alice sentada, con las manos unidas sobre el regazo, apareció sola, sin que la llamara. No fui hacia ella. Todavía no. Pedí a Enfermería que la avisara en cuanto instalaran al niño.

En el ascensor de servicio apoyé la cabeza contra la pared de acero y cerré los ojos durante dos plantas. El teléfono vibró en el bolsillo; no el del hospital, el mío. Lo abrí.

Asunto: Procedimiento confirmado — reconocimiento de paternidad

De: Bufete MP (personal)

Para: A. M.

Arthur: hemos presentado la demanda de reconocimiento de paternidad con solicitud de medidas cautelares urgentes para autorizar de inmediato todas las decisiones médicas, incluidas las retroactivas. El juzgado ha aceptado la presentación por el procedimiento de guardia. Necesitamos hoy mismo el nombre completo del otro hijo o hija para incluirlo en el mismo

procedimiento, según lo acordado. Cuenta con nosotros las veinticuatro horas.

Miré la pantalla durante un segundo entero. El dedo quedó suspendido sobre el teclado como si el aparato perteneciera a otra persona. Escribí despacio, comprobando el acento y el espacio como si el mundo dependiera de ellos.

Aymé Braga.

Envié.

Guardé el teléfono. El ascensor se abrió. La UCI respiraba el aire de siempre: filtrado, insistente. Seguí la camilla hasta la puerta del box de aislamiento.

Cuando la pantalla se encendió y el trazado volvió a escribir el nombre de la vida con líneas, dejé salir la mitad de aire que faltaba.

«Estable, pero crítico».

Cuarenta y ocho horas de oro. He librado guerras por mucho menos. Hoy, aquí, la única batalla que importaba cabía en las dimensiones de una cama pediátrica y en el tiempo entre dos pitidos.

Permanecí fuera, con las manos a la espalda y la espalda contra la puerta, hasta que Enfermería avisó: «La madre ya puede entrar».

Asentí. Hice una señal para que abrieran. Y, por primera vez en años, me obligué a quedarme donde más duele: fuera de aquello que quería controlar, confiando en que, dentro, lo importante estaba por ahora en su lugar.

65.

ALICE BRAGA

El tiempo empezó a pesar como plomo fino en el aire.

Benjamin dormía de esa forma que no es sueño: el cuerpo pequeño demasiado quieto, el pecho subiendo con ayuda, una cinta en la muñeca sujetando la vía, un apósito blanco ocultando la entrada de un drenaje que yo no quería mirar.

Mantenía los dedos sobre los suyos, encima del esparadrapo, como quien sostiene una barandilla en una escalera oscura. La enfermera ajustó un botón, consultó un papel sujeto a la tabla y sonrió con una amabilidad ensayada.

—Está estable —dijo en voz baja—. Estable es bueno.

Estable era un hilo tenso. Respiré dentro de él.

Rafael entró sin hacer ruido con la puerta. Llevaba café en una mano, agua en la otra, y esa forma de ocupar poco espacio cuando el espacio ya está demasiado lleno.

—Tengo una pregunta —avisó, quedándose a mi derecha, frente al cristal—. De Arthur.

Mi cuerpo se tensó antes que su nombre. Permanecí callada.

—Quiere saber si autorizas que Jaque traiga a Aymé —continuó despacio, como quien pisa un suelo que puede hundirse—. Ya lo he preparado todo por si dices que sí: piloto, coche, sillita, autorización para conserjería, habitación de apoyo en la planta de arriba. Con una palabra tuya, pulso «enviar».

Miré a Benjamin y después la pared. «Dos hijos, un solo cuerpo». No tenía espacio para caber entera dentro de mí.

—Hay normas para los niños en la UCI —dije con una voz más áspera de lo que pretendía—. ¿Puede entrar?

—No. —Rafael fue sincero—. Pero puedo conseguir una sala de acogida aquí al lado, con cristal. Sales cinco minutos, ves a tu hija y se lo explicas a tu manera. Sin tubos, sin sustos. Yo me quedo con Benjamin mientras tanto. Y, si lo prefieres, yo mismo explicaré a Jaque lo que Aymé oirá y lo que no. Nadie decide por ti.

La frase «nadie decide por ti» empujó un nudo por mi garganta. Cerré los ojos un segundo.

—Con algunas condiciones —conseguí decir—. Jaque la trae, la recoge y se la lleva de vuelta. Aymé no verá nada que pueda asustarla. Y… —me detuve para tragar saliva— y no verá a Arthur.

—Hecho. —Ya estaba escribiendo.

Asentí. Las puntas de mis dedos regresaron a los dedos de Benjamin, como si necesitara recordarle que yo estaba allí.

Rafael dejó el vaso de agua sobre el brazo del sillón.

—Tardarán entre una hora y hora y media —dijo después de un «enviado» que oí en el aire—. Si cambia algo, te avisaré antes que conserjería.

Parpadeé, advirtiendo solo entonces una cosa:

—¿Piloto? ¿Va a… volar?

—En helicóptero, Alice. Es la forma más rápida.

Una sonrisa breve y triste se dibujó en mis labios.

—Le va a encantar —le conté—. A Benjamin le gustan los coches y los autobuses. A Aymé le encantan los helicópteros y los aviones. Le va a encantar subir a uno de verdad, y yo no estaré allí.

La lágrima que me bajó por la mejilla parecía idiota. Aquel sentimiento era demasiado trivial comparado con la gravedad de la situación que, de la noche a la mañana, había puesto mi vida patas arriba; aun así, no podía evitarlo.

Rafael se acercó y no dijo nada. Se limitó a abrazarme suavemente, dejándome sentir.

—Eres un buen amigo, Rafael —dije al fin—. ¿Te lo había dicho alguna vez?

—Soy el mejor. —Sonrió con una arrogancia que también me hizo reír. Sabía lo que estaba haciendo, y aquel era solo otro motivo en la pila que acumulaba para sentirme agradecida a ese hombre.

Permaneció allí unos minutos o unas horas; yo no habría sabido decirlo. En algún momento acercó otra silla y simplemente… se quedó. En silencio. No me sostuvo la mano, pero… estuvo allí. Hasta que pitó su reloj.

Rafael se puso de pie en un segundo, me tocó el hombro y salió. La sala volvió a ser máquina, cristal y mi hijo respirando con ayuda.

La enfermera regresó y volvió a comprobar los parámetros.

—Después de la prueba podremos reducir un poco la sedación —explicó con amabilidad—. A veces responden a la voz. Hablarles ayuda.

Acerqué la boca al oído de mi niño.

—Mamá está aquí, mi amor. La abuela diría «cuatro, cuatro, ocho» —la risa me dejó a medias— y yo he obedecido, ¿vale? Aymé viene a contarte lo de la mata de albahaca. Te va a gustar. Y va a volar en helicóptero. A ti no te gustaría, pero a ella le encantará.

El pitido respondió con el mismo compás de antes. Seguí contando. Uno, dos, tres. Y repitiendo nombres que se convirtieron en oración.

La puerta volvió a abrirse. Reconocí el silencio antes de verlo. Arthur permaneció en el umbral, sin bata, sin invadir. Llevaba un sobre en la mano; todo su cuerpo decía que quería acercarse y había aprendido a no hacerlo.

—¿Puedo? —preguntó en voz baja.

No respondí. Tampoco le ordené que se marchara. Dio dos pasos, dejó el sobre sobre la mesita junto al sillón —en el mismo lugar que el vaso de agua— y no me tocó.

—He pedido a Rafael que hablara contigo sobre Aymé —dijo sin rodeos—. Nada ocurrirá sin tu «sí».

Miré el sobre como quien mira un objeto cortante.

—¿Qué es?

—Reconocimiento voluntario de paternidad. —No dio rodeos—. Ya lo he firmado. Y una autorización para que mi abogado inscriba de inmediato a los dos. Ahora mismo no te necesita. No te exige nada. Solo garantiza sus derechos. Y… —la frase salió más despacio— os protege de mí, si fuera necesario.

Os protege de mí. La sala se hizo más pequeña.

—¿Crees que un papel arregla algo? —pregunté sin soltar la mano de Benjamin.

—Creo que el papel no arregla nada. —Se mordió el labio, un tic que yo conocía y odiaba conocer—. El papel repara lo que otro papel estropeó. Lo demás es trabajo mío, y no es para hoy.

Volví a mirar a mi hijo porque mi hijo era lo que importaba. La cinta del monitor, la cinta de la muñeca, la cinta que me até a mí misma cuando desconecté el telefonillo del ascensor dos años y medio atrás y prometí que nunca más.

—Jaque viene —murmuré, más para mí que para él—. Aymé viene. Saldré cinco minutos.

Arthur asintió. Permaneció donde estaba.

—Cuando salgas, yo me quedaré aquí —dijo sin mirarme, mirando a Benjamin como si aprendieran juntos un idioma nuevo—. No tocaré nada. Solo me quedaré.

No hubo tiempo para responder. El pitido dio un salto breve y la enfermera apareció de inmediato, como convocada por el pensamiento. Un ajuste. Una orden. El trazado volvió. Me tragué el «Dios mío» que quería salir.

—Estable —repitió, y quise abrazarla por aquella palabra pequeña.

Rafael reapareció en la puerta, móvil en mano y respirando como quien acaba de bajar y subir un tramo de escaleras. Probablemente también tenía el monitor de Benjamin conectado a su propio reloj.

—Jaque ha respondido «ya voy», sin tilde y todo —informó, y su humor mínimo hizo cosquillas allí donde aún me dolía—. La recibiré en conserjería. Llevaré a Aymé hasta la sala de acogida y te llamaré.

Asentí. Me miró como quien pregunta «¿algo más?». Solo conseguí decir:

—Gracias.

Se encogió de hombros, como si «gracias» no fuera una palabra entre amigos, sino un procedimiento entre personas que se eligen.

Cuando salió, quedaron en la sala dos presencias y un niño. Arthur no habló. Yo tampoco. El sobre continuó allí, callado, como un animal que no se mueve para no asustar.

Me incliné sobre Benjamin. Besé su frente, caliente de esa forma controlada que figura en el monitor.

—Aymé viene —volví a contarle al oído. Dios mío, cuánto echaba de menos a mi hija—. Pronunciará raro «albahaca», dirá «albacaca». No la corregiremos, ¿vale? Nos reiremos después.

El pitido respondió en el mismo lugar. Decidí que significaba sí. Arthur carraspeó, un sonido pequeño que no cabía dentro de él y que, aun así, salió.

—Cuando el departamento jurídico me envió el correo… —empezó desde el umbral del silencio—. Me pidieron el nombre de la otra hija. Escribí «Aymé Braga». Yo… —No terminó con «lo siento»; no era el momento. El «yo» quedó flotando.

No miré. No era por él. Era por mí.

El picaporte giró despacio. La enfermera regresó con una mascarilla infantil de tela en la mano y un aviso:

—La sala de acogida está preparada. Cuando llegue Aymé, os acompañaré. Cinco minutos, ¿de acuerdo?

Asentí. Cinco minutos pueden ser toda una vida si uno los utiliza bien.

Arthur retrocedió medio paso, como quien abre paso a la noticia. Después colocó dos dedos sobre el sobre y lo empujó unos centímetros hacia mí.

—Lo dejo aquí —dijo, firme sin ser duro—. No es una petición. Es información. Los reconozco. Ahora. Lo demás… —respiró, y yo lo oí — me quedo.

Retrocedió otro paso. Se detuvo en el marco de la puerta como quien aprende por primera vez a no cruzar una línea sin que lo llamen.

Volví a mirar a mi hijo. Sus pestañas temblaban apenas bajo la sedación. Conté cuatro, cuatro… El ocho tardó y, aun así, llegó. Solo porque él estaba aquí. Y porque en el pasillo ya podía oír unos zapatitos que no eran imaginarios.

El sobre continuaba al alcance de mi mano. No lo toqué. Todavía.

Fuera sonó un pitido distinto, un pequeño ajuste de la máquina al compás del cuerpo. La enfermera sonrió sin ruido. Rafael me envió un «estamos subiendo» que sonó bajito en mi móvil.

Apreté los dedos de Benjamin dentro de los míos y, durante un segundo, la sala pareció respirar conmigo.

La operación había terminado; el monitor mantenía el trazado; la ficha decía «estable, pero crítico — 48 horas de oro».

Y, al borde de la mesa, en letras negras, un título sencillo: Reconocimiento de paternidad — Arthur Mendonça.

No extendí la mano. Todavía no. El picaporte volvió a girar. La vocecita que conocía de memoria habló con suficiente fuerza para que pudiera oírla aunque siguiera en el pasillo:

—¿Ma?

66.

ARTHUR MENDONÇA

Las horas de oro siempre habían parecido un concepto clínico. En la práctica eran un reloj con dientes.

El monitor del box marcaba el tiempo en mi lugar. Presión, frecuencia, saturación. Tres cifras para contener una culpa que no cabía en ninguna.

Ya había repetido dos veces la lista de comprobación: drenajes, analgesia, sedación ligera, vía de seguridad, plan de extubación tardía. Nada de aquello me devolvía el aire. Permanecía al otro lado del cristal como quien vigila su propio error anestesiado.

La alteración llegó como una sombra: presión que cede, trazado que pierde el compás, la caja torácica pequeña trabajando a la fuerza a pesar de la ventilación.

El ecocardiograma a pie de cama mostró lo que ningún padre debería ver: una lámina negra comprimiendo el lugar donde solo debía haber latidos.

Taponamiento.

Apreté los dientes y obligué a mis dedos a moverse para llamar al doctor Alvarez en vez de resolverlo yo mismo. Ordené que avisaran a la madre de que no podría regresar al box durante los próximos minutos.

El cirujano entró dos minutos después con la misma economía de siempre. Yo ya llevaba mascarilla y guantes; el campo estaba preparado.

—Ventana subxifoidea —dijo—. Te quedas conmigo.

Asentí. Sostuve el gel, coloqué el transductor; la lámina negra volvió a mirarnos desde el monitor portátil como si se riera por dentro. El tórax pequeño subió a destiempo.

—Aguja. —No levantó la voz.

Se la pasé. Mantuve quieto el campo y la otra mano sobre Benjamin, como si la piel sintiera mi orden de quedarse. Sentí mi propio corazón latir en la muñeca enguantada. Alvarez avanzó milímetro a milímetro. El trazado perdió un diente, ganó otro. Mi impulso de ocupar su lugar murió donde debía: en el borde del autocontrol. Hoy obedezco.

—Aquí —susurró para nadie y para mí. Cuando retrocedió el émbolo, la jeringa se llenó del vino equivocado. La presión de Benjamin respondió como si alguien aflojara una correa invisible. El pitido subió medio tono.

—Drenaje. —Se lo pasé. Él lo fijó. Yo contuve. Un hilo oscuro recorrió el tubo transparente; la lámina del ecocardiograma descendió dos milímetros y desapareció. El silencio de la sala cambió de color.

—Se estabiliza —confirmó Alvarez sin apartar los ojos del monitor —. Por ahora, sí.

Solté el aire despacio. Repetí la lista una vez más como quien reza sin saberlo: drenaje fijado, apósito limpio, analgesia, sedación ligera. Benjamin dormía como solo duerme un niño sedado: sin defensa alguna, entregado por obligación.

Volví al otro lado del cristal, con las manos en los bolsillos de la bata para que no inventaran una tarea. Las horas de oro masticaban la aguja del reloj.

Lo oía todo y, al principio, pensé que era cosa de mi cabeza: un llanto pequeño, lejano. Creció, encontró la junta de la puerta contigua, atravesó las rendijas del marco y entró en el pasillo.

Un nombre de dos letras repetido por impulso:

—Be… Be… Be…

La primera reacción fue animal: avanzar. La segunda fue método: quedarme. Alcé la barbilla hacia el monitor, como si tres cifras

pudieran encadenarme al suelo. Dos hijos. Un cuerpo. ¿Así era como se sentía ella? ¿Todo el tiempo?

El llanto no se rindió. Subió un escalón, se rompió al final, regresó. Aymé quería ver a su hermano; en la cabeza de una niña, madre y hermano son una misma cosa pegada. Aquí, no.

—Quédate.

Lo dije bajo, para mí, para Benjamin, para la desesperación; no lo sé.

La puerta de la sala familiar chirrió. Di un paso a pesar de mi propia orden. Otro. El pasillo era demasiado corto. Cuando llegué, una mujer empujaba la puerta con la cadera para salir; pelo recogido sin vanidad al final del día, uniforme de panadería, ojos que determinaron quién era yo en medio segundo.

La niña estaba en brazos de su madre, con el rostro manchado de lágrimas y el puño cerrado sobre la blusa de Alice. Y los ojos… Los ojos eran un espejo que no pedí.

Me detuve en el umbral como si fuera de cristal. No entré. No podía. Aymé me ve. La condición estaba clara.

El llanto continuó, pero disminuyó, como si alguien hubiera bajado el volumen. El silencio entre sollozos era lo más ruidoso que había oído nunca.

Busqué primero los ojos de la madre. Alice envolvía a su hija con todo el cuerpo, la barbilla rígida, la mandíbula apretada, una mano abierta formando una concha entre la espalda de la niña y mi nombre.

Pedí sin emitir sonido. Ella negó con un gesto casi imperceptible. Aymé dijo «Be» una vez más, apenas un hilo de aire, y apoyó la frente contra su barbilla. El no de Alice vaciló.

—Ahí —dijo con sequedad. Permiso mínimo. Límite claro.

Me incliné. Me puse a la altura de Aymé, todavía fuera, con una sala entera entre nosotros. Mostré las palmas vacías sin avanzar un

centímetro.

—Hola, Aymé. —Hablé por primera vez con mi hija como quien posa la mano sobre una piedra caliente—. Soy Arthur. Be está dormido, ¿vale? Estoy con él. Te lo prometo.

No parpadeó. Inspiró por la nariz, sollozó y su boca pequeña intentó la ergonomía de mi nombre sin saber lo que hacía.

—Tu-tu.

Estuve a punto de reír y de derrumbarme. Nada ocurre en mi rostro. El pecho arde.

—Me quedaré aquí con Be —repetí con sencillez, para ella y para su madre—. Solo está dormido.

Alice no me dio las gracias. No era necesario. Inclinó la cabeza un milímetro, un acuerdo de pasillo, y cerró los brazos con más fuerza alrededor de su hija. Me puse de pie. No crucé la línea.

Regresé al box de Benjamin. El pitido encontró un compás que no hiere. Apoyé dos dedos en el metacrilato —no sobre él, sobre el metacrilato— y solo entonces saqué el móvil del bolsillo.

Abrí el antiguo panel, aquella basura de hábitos que un día llamé seguridad: rutas fijas, vigilancia pasiva, horarios duplicados, una aplicación que me mostraba cada desplazamiento de quien vivía conmigo.

Nunca volví a utilizarlo, pero tampoco me había desconectado por completo. Eliminé cada elemento, uno por uno. No por un remordimiento teatral. Para crear espacio para otra cosa que todavía no sabía nombrar.

El drenaje evacuó lo necesario durante otros diez minutos. El color del vino se convirtió en rubí y después en agua sucia. Alvarez regresó, miró y asintió. La enfermera ajustó la bomba con un cuidado que pareció una caricia. Me quedé. No salí mientras pude no salir.

En el pasillo, el ruido de la niña cedió a las voces bajas. Pensé en lo que acababa de ver: me reconoció como si ya me hubiera visto. No como padre; como respuesta. A veces basta.

Dos hijos. Un cuerpo. Elegí la cama. Volví a elegirla cuando el deseo de cruzar el umbral regresó con más fuerza. Respira. Cuatro. Cuatro. Ocho.

Benjamin se estabilizó. Era toda la victoria que teníamos hoy. La acepté como quien acepta agua después de atravesar el barro.

Cuando Alice regresó al box, yo volví al pasillo. Me senté en la silla metálica junto al cristal. No entré. La mano de Alice permanecía abierta sobre el metacrilato. Dentro, la mano de mi hijo también dormía abierta. Dos manos que no se tocaban y que, aun así, me sostenían.

El médico de guardia anotó algo en la historia y me trajo un resumen que cabía en una línea:

—Estable, pero crítico. Las primeras ocho horas han sido buenas. Seguimos vigilando. Las próximas treinta y seis siguen valiendo oro.

Oro. Había pasado toda la vida midiendo mal el valor de las cosas.

En el correo parpadeó una breve confirmación del departamento jurídico: demanda recibida. Vista señalada. Un campo vacío esperaba la firma de quien realmente mandaba en aquella historia.

Volví a mirar a través del cristal. Apoyé el peso de la cabeza en el respaldo de la silla y dejé pasar un pensamiento sin combatirlo:

Dos hijos. Uno dormía entre tubos. La otra, en una habitación de la casa de Rafael, después de que Alice aceptara que permaneciera en la ciudad un día más, según él mismo me había informado por mensaje.

Y yo, fuera, aprendiendo por fin a quedarme fuera de lo que no es mío hasta que me permitan entrar.

La noche cayó despacio. La máquina cantó la misma canción. Y, por una vez, el control que me quedaba era exactamente lo que

Benjamin necesitaba: esperar.

67.

ALICE BRAGA

Aymé se calmó entre mis brazos como se calman los niños: por agotamiento.

El llanto se convirtió en sollozo, el sollozo en gemido nasal, el gemido en suspiro contra mi blusa. Le acaricié la espalda con el ritmo que aprendí poco a poco. Tenía sueño, no quería salir de mis brazos, pero yo no podía dejar que se quedara.

No podía permitir que viera a su hermano así, lleno de cables y tubos. Debería haberla enviado de regreso a Ribeirão la noche anterior, pero no pude. No tuve valor.

Saber que estaba a unos kilómetros, en el apartamento de Rafael, ya era bastante difícil. Imaginarla a cientos de kilómetros, en Ribeirão, era insoportable. Sencillamente, no podía.

—Yo me la llevo, Alice —dijo Jaque en voz baja, ya con la mochila de Aymé al hombro—. La baño, intento que duerma un poco. Si ocurre cualquier cosa, te mando un mensaje.

Asentí. Mi cuello dijo que no primero; el resto de mí empujó el sí. Dos hijos. Un cuerpo.

Rafael se apoyó en la puerta con cara de quien pide permiso al aire.

—El chófer ya está disponible, tanto para llevarla como para traerla cuando quieras.

—Gracias —salió sin adornos. Él se limitó a inclinar la cabeza como quien dice «eso es». Me volví hacia Jaque.

—Otra vez, Jaque. Gracias. Muchísimas gracias.

Resopló y rechazó mi agradecimiento con un gesto.

—¡Ya te he dicho que dejes de hacer eso! Cuando el pequeño Ben esté bien, nos reiremos de todo y te confesaré que esto es lo más parecido a unas vacaciones que he tenido en años. La casa de este señor… —dijo señalando a Rafael—. ¡Es casi un complejo turístico! ¿Sabes cuándo fue la última vez que alguien cocinó para mí? ¡Nunca!

Me reí, repentina e inesperadamente.

—Pues cuando volvamos a casa te prometo un mes entero de desayuno, comida, merienda y cena —aseguré, y ella se rio.

—No hace falta nada de eso, boba. Las vacaciones solo son una vez al año.

Le entregué a Aymé. Su manita permaneció un segundo más aferrada al cuello de mi blusa, insistente, y después la soltó.

Jaque se marchó despacio, como quien transporta cristal. Seguí mirando el pliegue del codo de mi hija hasta que desapareció tras la curva del pasillo. El pecho emitió ese ruido mudo que nadie oye.

—¿Señora Braga? —La enfermera apareció en la entrada de la sala familiar—. Podemos volver. Todavía no es horario de visita, pero… —evaluó mi rostro y decidió— encontraremos la forma.

El camino hasta el box de Benjamin siempre parecía más largo de lo que era. Dentro, todo resultaba más pequeño de lo debido: cama, cuerpo, apósitos. Ahora el drenaje evacuaba un líquido claro. El monitor emitía el ruido de siempre, hoy medio tono menos agudo.

No lo toqué de inmediato. He aprendido a pedir permiso.

—Hola, hijo… Mamá está aquí.

Su mano, abierta por la medicación, no respondió; el pecho subía sometido a una disciplina ajena. Permanecí de pie, después me senté, después volví a levantarme, hasta que la silla cedió en el punto exacto de mi columna.

La enfermera ajustó la bomba; Alvarez pasó en silencio, con mirada clínica y el pulgar en alto de una forma que no era

optimismo, sino constatación.

—Si continúa así, esta tarde pensaremos en reducir la sedación y probar la respiración —murmuró al salir.

Me limité a asentir. La cabeza lo entendió; el resto del cuerpo permaneció en las cifras.

Sobre la mesita, el sobre que Arthur había dejado el día anterior me miraba sin ojos: Reconocimiento de paternidad. Firmado por él. Líneas en blanco para mí. Pasé un dedo por el borde del papel, pero no lo abrí. Hoy mi nombre era una fibra que se rasga con facilidad.

—¿Puedo? —preguntó una voz desde el cristal.

Arthur. Permaneció en el pasillo, con una mano en el bolsillo de la bata y el rostro de perfil, como quien no invade.

—Ahora no —respondí sin levantarme—. Quédate ahí.

Se quedó. No salió. No entró. Se quedó y, por una vez, no odié su elección.

Canté bajito a Benjamin, la canción torcida que inventé durante el puerperio, cuando las palabras faltaban y sobraban al mismo tiempo. Una enfermera apagó la luz intensa; otra colocó una manta azul sobre mis piernas.

A veces, el hospital aprende a susurrar.

Rafael regresó con un café que no bebí y un vaso de agua que sí acepté.

—Aymé se ha dormido en el coche —dijo, apoyando el hombro en el marco, con la voz en penumbra—. Jaque enviará una foto cuando lleguen.

Asentí. Volví los ojos hacia mi hijo. El reloj avanzó en círculos pequeños. En algún momento, la mano enguantada del técnico cambió un sensor con precisión de bordado.

Después vino la fisioterapeuta, explicándolo todo con diminutivos: «Solo vamos a hablar un poquito con sus pulmones, ¿vale?». Dejé

que hablaran. Hoy mi vocabulario era presencia.

En el pasillo, Arthur solo se movía cuando era necesario. Solicitó pruebas que yo no entendía y que, aun así, me tranquilizaron solo porque eran acción.

Oí dos veces su apellido, vi el respeto en la postura del personal de guardia y volví a tragarme lo que siempre me había tragado: él sabe. Sobre el cuerpo siempre supo. Sobre el mío nunca quiso aprender.

El móvil vibró: una foto de Aymé con el pelo mojado recogido hacia arriba, su pijama favorito, la mejilla caliente por un llanto que ya olvidaba. «Dormida», escribió Jaque. Respondí con un corazón que no suelo usar. Hoy lo necesitaba.

Pasé la mano sobre el sobre. No lo abrí. Lo acerqué al bolso y lo empujé hasta el fondo, como quien guarda un cuchillo fuera del alcance de un niño.

—¿Señora Alice? —Otra vez la enfermera—. Vamos a probar una pequeña reducción de la sedación, ¿de acuerdo? Poco a poco, con el doctor cerca.

Miré hacia el cristal. Arthur no pidió nada con la boca; todo su cuerpo estaba en modo «vigilar sin interferir».

—De acuerdo —respondí—. Me quedo.

Me quedé. Contando algo que no es una cifra: cada vez que el pecho de mi hijo subió por sí solo un milímetro más. En una de ellas respiré con él y el ocho llegó más deprisa.

Cuando una luz de alerta parpadeó en el panel de alguien al fondo, estuve a punto de levantarme para impedir que llegara hasta allí; era de otra cama. La nuestra, por ahora, continuaba al compás correcto de quien todavía debía días al mundo y los pagaba a plazos.

Alvarez reapareció, comprobó y anotó.

—Mantenemos. Si continúa así durante las próximas horas, ensayaremos la extubación más tarde o mañana temprano. Sin

prisa. Con el oro no se corre.

«Con el oro no se corre». Lo anoté en la cabeza porque no tenía bolígrafo. Toqué suavemente la pierna cubierta de Benjamin y volví a cantar casi sin voz.

En el reflejo del cristal vi a Arthur retroceder un paso y, por primera vez desde que todo volvió a empezar, vi también lo que no estaba en su rostro: el cansancio en el cuerpo de quien no ha dormido porque ha elegido quedarse. No se lo agradecí. Todavía no. Solo lo registré.

Rafael apoyó una mano en mi hombro.

—¿Quieres que yo me quede y tú vayas a ver a Aymé diez minutos?

—No. —Miré a mi hijo, el tubo, el apósito, las cifras—. Hoy me quedo aquí. Aymé tiene el olor de Jaque y la mentira bondadosa de «todo está bien». Ben solo tiene esta mano.

Asintió. Salió. Regresó media hora después con una manta mejor, sin decir de dónde procedía. Me cubrió las piernas sin ceremonias.

El reloj pasó del mediodía. El turno cambió sin ruido. Alguien trajo una bandeja que no toqué; otra persona se la llevó. El hospital masticó el tiempo por nosotros.

Cuando apoyé la frente en el brazo del sillón durante dos minutos que fingieron ser cuarenta, escuché el pitido como una canción de cuna. Desperté con la misma cifra en el monitor y un poco menos de arena en los ojos.

Al final de la tarde, la noticia que cabía en un suspiro:

—Mantenemos el plan. Estable.

Miré el sobre dentro del bolso. Respiraba conmigo. Dos hijos, un cuerpo. Hoy el mío permaneció entero donde hacía falta. Mañana volveré a dividirme.

Hasta entonces, le sostuve la mano, conté cuatro, cuatro… Y el ocho por fin llegó sin luchar.

Por la noche, Alvarez registró: «Reducción de la sedación sin incidencias. Valorar prueba de respiración espontánea a la mañana siguiente».

En el móvil, un audio breve de Jaque: «Aymé ha despertado llamando a Be. Le he enseñado tu foto. Te ha mandado un beso».

***

La enfermera apareció con esa forma de quien sabe entrar en el dolor ajeno sin arañarlo.

—Mamá, ya está sin tubo. Solo lleva una mascarilla nasal. Respira por sí mismo.

Creí que mi cuerpo se desmontaría sobre el sillón. Me puse de pie despacio, con Aymé sobre la cadera y la cabeza apoyada en mi hombro. Jaque ya había levantado la mano: «Yo me quedo», por tercera vez. Aymé se negó. «Be», insistió. Dos letras que valen el mundo.

—Desde la ventana —dije—. Solo desde la ventana.

Fuimos hasta el pasillo de la UCI, con el cristal del box a dos pasos. Acomodé a Aymé sobre mi hombro y señalé a su hermano.

—Mira, cariño. Be. Está dormido.

Observó la cama, la mascarilla pequeña, el cable pegado a la piel. Frunció el ceño de esa forma que conozco —pensar para una niña es dibujar— y respiró superficialmente, como si imitara a su hermano. «Be», otra vez, más bajo.

La puerta lateral se abrió.

Arthur salió. Estuvimos a punto de rozarnos. Su bata tenía un pliegue torcido en la manga izquierda. Vi de golpe todo lo que no quería ver: método, cansancio, culpa intentando posarse sin hacer ruido. Me miró y se detuvo. Sus ojos fueron de mi boca a Aymé, de Aymé al cristal, del cristal al suelo.

Aymé irguió el cuerpo en mis brazos, con la curiosidad encendida. Extendió una mano en el aire, pidiendo algo que no sabía nombrar.

Arthur bajó la mirada hacia aquella mano de dos años y olvidó lo demás.

Se agachó hasta nuestra altura, fuera de la línea amarilla, sin invadir un centímetro. Extendió el índice, desnudo de guantes. Aymé lo cogió. Apretó con la fuerza de quien comprueba si algo es real.

—¿Pa? —dijo.

Se me paralizó la columna. El sonido golpeó primero el estómago, después el pecho, después ese lugar sin nombre donde guardo las cosas que no puedo pensar.

Arthur cerró los ojos como quien recibe un puñetazo con un guante. Cuando los abrió, tenía agua atrapada en el borde. No cayó. Bajó la cabeza, con la nuca rígida, y respiró. Cuatro, cuatro… El ocho no llegó para él.

—Es pa de papilla —intenté, sin fuerza, como quien cambia el destino con un adjetivo. Salió torcido. Aymé no se lo creyó. Volvió a apretarle el dedo y susurró como un secreto—: Pa.

Jaque me miró de reojo y esperó a que yo decidiera. Decidí.

—Cinco minutos —dije, y mi voz quiso temblar, pero no lo hizo—. Aquí. Lejos de la puerta. Y me la devuelves antes que cualquier otra cosa.

Arthur asintió como quien recibe una orden en quirófano. Se quitó el reloj y se lo guardó en el bolsillo sin mirarlo. Abrió los brazos despacio, sus manos enormes convertidas en concha. Aymé fue hacia él.

Su cuerpo encajó contra su pecho como si hubieran encontrado un antiguo molde. La sostuvo como quien conoce el peso de un órgano vivo: sin aplastarlo, sin perderlo. La miró como quien aprende tarde a leer.

—Hola, Aymé. —Su voz salió baja, sin adornos—. ¿Te acuerdas de mí? ¿Arthur?

Metió los dedos en el bolsillo de su bata, encontró la acreditación, tiró de ella y la soltó, satisfecha con el ruido del plástico. Apoyó la frente en su barbilla como había hecho conmigo. El pecho de Arthur descendió un grado. Oí dos latidos que no eran míos ni de ella. Permaneció allí, sujeto a su propio permiso.

Mantuve los ojos en el reloj del móvil sin ver la hora. Cuando su mano tembló un milímetro —no de miedo, de milagro— hice la señal. Me la devolvió.

No protestó por el tiempo ni pidió más. Solo rozó la punta del pelo de Aymé con el dorso de los dedos, el gesto antiguo de quien recuerda lo que nunca vivió.

—Gracias —dijo, y fue lo primero que le oí en años que no venía acompañado de una coma y una instrucción. Solo gracias.

Incliné la cabeza y acerqué más a Aymé, hasta que volvió a pegarse a mi cuerpo. Permanecí allí otro segundo, con el cristal delante y dos varones al otro lado: uno grande aprendiendo a quedarse; uno pequeño durmiendo el sueño difícil del «se ha estabilizado». Después regresé con Jaque a la sala familiar. Era todo lo que podía dar. Hoy.

El móvil vibró en mi mano antes de que me sentara. Notificación de un mensaje. Rafael: «No lo abras. Solo quería avisarte yo primero: ha salido algo. En la prensa. Estoy eliminándolo donde puedo».

Lo abrí. El instinto es un animal testarudo. Enlace de un portal con nombre de ciudad: «Exjefe y exasistente: romance secreto, embarazo y "Fundación" en el centro de la polémica».

Una foto antigua mía en el mostrador de recepción, otra suya durante una conferencia. La palabra Fundación en negrita. La vieja herida despertando con los zapatos sucios.

El suelo del hospital se inclinó un grado hacia la izquierda. Jaque vio cambiar mi rostro.

—¿Qué ocurre?

Bloqueé la pantalla, puse el móvil boca abajo y besé el pelo de Aymé solo para recordar a mi cuerpo que el mundo real estaba en mis brazos.

—Nada que pueda arreglar ahora —respondí, más para mí que para ella—. Primero sostenemos lo que es nuestro.

Desde el pasillo, el pitido del box volvió a marcar el compás. Respiré. Cuatro, cuatro. El ocho llegó tarde y, aun así, llegó.

La noticia permaneció en mi bolsillo, caliente e inútil. Al otro lado del cristal, mi hijo dormía. En mis brazos, mi hija pesaba dulcemente. Y entre los dos, el pasado decidió volver a gritar.

La apreté con más fuerza. Primero atravesamos la ola. Después, lo demás.

68.

ARTHUR MENDONÇA

El enlace se abrió como una hoja antigua.

«Exjefe y exasistente: romance secreto, "Fundación" en el centro de la polémica».

Su nombre aparecía en negrita, el mío en el subtexto. Cerré antes de terminar el primer párrafo. Respiré una vez en el pasillo de la UCI y elegí una dirección. No era el box. Era la novena planta.

Dirección.

—Sin comunicado, sin «posicionamiento» —dije a Comunicación sin sentarme—. Reafirmad la confidencialidad absoluta. Ante cualquier pregunta sobre un paciente: silencio y ley. Quien insista, a mi abogado.

—¿Su abogado… del hospital?

—El personal. Los abogados del hospital no intervienen en esto. Y reforzad Seguridad: ningún periodista pasa de la acera. Si aparece alguien con un móvil en la mano, lo acompañáis hasta la calle y volvéis. Sin escenas.

Mis órdenes fueron recibidas con la misma eficiencia con que las di. Solo fueron las primeras. Para las siguientes utilicé mi teléfono personal:

—Leandro, está circulando contenido difamatorio. Requerimiento extrajudicial ahora, solicitud cautelar para retirarlo hoy. La demanda protege a Alice por su nombre, no me menciona, no insinúa ninguna relación pasada; solo invoca el derecho a la propia imagen y a la intimidad. Y, por favor, ninguna iniciativa que la exponga. Yo firmo, pero el objetivo es quien publicó, no ella.

—Entendido. ¿Direcciones?

—Te enviaré las tres de mayor alcance y la copia reeditada. Las demás las localizáis vosotros.

Colgué. Envié los enlaces. Cada envío dolió como una sutura mal hecha, pero era lo que había.

Cumplimiento Normativo fue mi siguiente destino.

Patrícia me recibió con la tabla ya abierta, como si llevara toda la vida esperándome. Fui directo al asunto.

—Auditoría de urgencia sobre los flujos de la Fundação São Miguel hacia el hospital. Treinta y seis meses. Todo lo que haya entrado y salido con las etiquetas «embarazo», «apoyo materno», «salud de la mujer» y variantes. Centros de coste, contratos, facturas, contraprestaciones, exenciones. Si llamaron inversión a lo que no era inversión, quiero verlo.

—¿Bloqueamos las transferencias?

—Todas las que tengan esos conceptos, sí. Congelación preventiva hasta nueva orden. Si hace falta autorización del Consejo, firmaré personalmente la responsabilidad por el bloqueo.

—¿Nombre de la persona responsable en la Fundação?

—Formalmente, una dirección colegiada. En la práctica, ya sabes quién. —No pronuncié el nombre de mi padre. El aire lo hizo por mí. Ella tomó nota sin levantar los ojos—. ¿Y el alcance dentro del hospital?

—La sexta planta, sobre todo. Cruzad las derivaciones «externas» con las atenciones de Fertilidad, Obstetricia y Pediatría. Rutas anómalas.

—¿Ventanas temporales?

—Antes y después de la entrada de la «Fundación» como patrocinadora de proyectos del bloque nuevo. Activos, equipos, «donaciones vinculadas».

—¿Plazos?

—Ahora. Tres horas me darán un mapa preliminar. Veinticuatro, un informe ejecutivo.

Patrícia asintió una vez. Ya estaba de pie cuando yo todavía hablaba. Memoria institucional.

—Fátima. —La llamé y apareció con el abrigo sobre el brazo y un manojo de llaves que debía de abrir todo el pasado—. ¿Recuerdas cuándo empezaron a utilizar nombres de santos para proyectos que no querían demasiados focos? —pregunté.

Su sonrisa desdentada fue breve.

—«São Miguel», «Santa Luzia», «Nossa Senhora do Bom Parto»… Cuando el nombre lleva aureola, ya separo la hoja de cálculo.

—Entonces busca «embarazo» con olor a milagro y cara de hoja de cálculo. Necesito saber quién lo pidió, quién lo ejecutó y quién lo autorizó. Y también quiero las notas de pasillo. Tú siempre las guardas.

—Las guardo porque los angelitos desaparecen de los PDF.

Asentí.

—Dame una hora y te traeré una caja y memoria —dijo, girándose ya—. De lo demás tiraremos del hilo.

El equipo de Seguridad fue el último en recibir mi visita.

—Conserjería de la UCI pediátrica, sin excepciones. Lista de autorizados impresa y en el sistema: la madre, Jaqueline Flores y Rafael. No sube nadie más. Periodista que se disfrace de paciente, familiar o sacerdote: a la calle. Y con educación.

—Sí, doctor.

—Cualquier intento de abordar a Alice pasa por Rafael. Nada de guardias de micrófonos en la sala familiar.

Regresé al pasillo. El cristal del box de Benjamin respiraba por la máquina. Me quedé a dos pasos sin tocarlo.

Alice no estaba allí; la sala de acogida debía de estar llena del olor a champú infantil y de la palabra «Be» pronunciada por una vocecita. Pensé en Aymé diciendo «pa», en su mano cerrándose alrededor de mi dedo, y me tragué algo que no tiene nombre humano.

El móvil vibró. Leandro.

—Dos plataformas ya lo han retirado. En la tercera, el juez de guardia ha pedido alegaciones. Argumento: interés público.

—El interés público no prevalece sobre los derechos del paciente. Presiona con la LGPD, el secreto médico y el hecho de que ella no es una figura pública. Si hace falta, apareceré yo como responsable de las medidas de protección; yo, no el hospital.

—Estoy redactándolo.

—Leandro… —La palabra salió más baja de lo que esperaba—. Si ella no quiere, no se hace nada. Avísame y lo detengo.

—Entendido.

Treinta y nueve minutos después, Patrícia reapareció en mi despacho con un tablero de notas adhesivas que parecía una sala de guerra.

—Mapa preliminar.

Me acerqué. Columnas. Años. Partidas. Todo un pasillo de «proyecto mater», «apoyo natal», «vales de acompañamiento» con identificadores fiscales repetidos que no pertenecían al hospital. Flechas que unían la «Fundação São Miguel» con proveedores «colaboradores» que, casualmente, también tenían contratos para reformar el bloque nuevo.

—Aquí —señaló—, inversión camuflada: compra de equipos declarada como «donación» de la Fundação, pero con factura emitida por el mismo proveedor que figura como beneficiario del «apoyo al embarazo». El dinero sale por un lado con exención fiscal y vuelve por el otro con margen.

—¿Autorización?

—Capa externa de la Fundação. —Dio la vuelta a otra nota—. Y esta firma electrónica valida la «contraprestación institucional»: Francisco Mendonça.

El nombre de mi padre quedó allí como un bisturí olvidado dentro del paciente y me pregunté cómo era posible que nunca lo hubiera visto. Pero la respuesta era sencilla: uno no ve aquello que se esfuerza por no mirar.

Fátima entró detrás sin llamar, equilibrando dos carpetas y un sobre marrón que parecía haber sobrevivido al tiempo.

—He traído a los angelitos. —Los abrió sobre la mesa—. Memorando de hace cuatro años: «vincular flujo de "embarazo" a la sexta planta — discreción — aprobación directa». Rúbrica de quien imaginas. Y una nota sin membrete, encontrada por el personal de limpieza detrás de un armario al final del pasillo.

Empujó el papel, amarillento en los bordes, con la letra apresurada de quien manda un recado que no quiere convertir en correo: «No exponer nombres. Usar Fundação. Asunto: heredero».

«Asunto: heredero».

El estómago se convirtió en hierro.

—Bloqueo general —dije con una voz limpia, como cuando el quirófano espera una decisión—. Patrícia, oficio al Consejo: suspensión inmediata de cualquier transferencia rotulada con esas partidas. Comunicación a Auditoría Externa y, si fuera necesario, a la Fiscalía, sin involucrar a pacientes. Fátima, guarda esto fuera de la red. Dos copias físicas, una conmigo y otra contigo.

—¿Y con quién más confías? —preguntó Fátima, con los ojos de quien ya ha visto morir secretos.

—Con nadie. Todavía.

Patrícia asintió una vez.

—¿Y usted?

—Me quedaré en la planta de abajo. —Miré el reloj—. Y, Patrícia…

—¿Sí?

—Cualquier contacto de la Fundação que pida explicaciones, me lo remites. Ningún correo, ninguna reunión, ni una palabra por teléfono. Si vienen, que vengan por escrito. Y que esperen sentados.

Salieron. Cerré la puerta. Apoyé las manos en la mesa y bajé la cabeza. Fuera, el hospital mantenía su música. Dentro, el pasado acababa de obtener documentos.

Antes de regresar a la UCI, envié un mensaje breve a Rafael:

Arthur: La prensa está contenida por ahora. Si alguien intenta acercarse a ella, avísame antes de avisar al mundo.

La respuesta llegó en segundos:

Rafael: Me ocupo. Alice está con Ben. Aymé está bien.

¿Encontraría algún día una palabra suficiente para decírsela? Porque gracias nunca se acercaría siquiera.

Bajé y caminé hasta el cristal del box. Me senté en la silla metálica. El biombo dejaba ver medio perfil de Benjamin. Su mano pequeña dormía abierta sobre la sábana. Al otro lado del metacrilato, mi reflejo tenía el rostro de quien ha rebasado el punto de retorno y, aun así, ha elegido quedarse.

El teléfono volvió a vibrar. Patrícia.

—La última pieza por ahora: al cruzar los registros de autorización de «donaciones vinculadas» con el acceso remoto de la Fundação, hemos encontrado metadatos de la cuenta personal de Francisco que validan tres movimientos del «proyecto mater». La misma IP que autoriza contratos de reforma del bloque. Fecha y hora registradas. Miré hacia el cristal. Solo dije:

—Regístralo. Y bloquéalo.

—Bloqueado.

Guardé el móvil en el bolsillo como quien guarda un informe que cambia el tratamiento. Al otro lado, mi hijo respiraba un poco más por sí mismo. De este lado, yo por fin dejaba de confundir proteger con controlar.

El pasillo permaneció quieto un segundo más de lo normal. Y en el silencio llegó la constatación que llevaba aplazando desde la carpeta marrón de cuatro años atrás: el golpe siempre había venido de dentro. Ahora tenía firma. Y apellido.

69.

ALICE BRAGA

La terraza de Pediatría no era una terraza. Era un rectángulo de luz al final del pasillo, techo de cristal lechoso, dos bancos, tres macetas que sobrevivían al aire acondicionado y a mucha fe. Y una cámara en la esquina.

Terraza invertida, calculó mi mente: aquí todos podían ver.

—Quince minutos —propuso Rafael con la mano abierta, sin empujar.

—Comes mientras ves jugar a Aymé. Yo me quedo con Ben.

Yo dije «cinco». El cuerpo aceptó «quince».

Cida me acomodó la manta sobre las piernas como si fuera a despegar y explicó que permanecería pegada al box, que cualquier oscilación sonaría primero en el busca que llevaba en el bolsillo.

Aparté el pelo de Benjamin detrás de la oreja, le pedí permiso al oído y dejé que mi mano dibujara el contorno de su frente: «Mamá vuelve enseguida». El pitido permaneció en el mismo lugar. Me fui.

La terraza olía a café de máquina y gel hidroalcohólico. Jaque ya estaba allí, sentada en el banco con Aymé en brazos. Mi niña sostenía un helicóptero de juguete —claro que sí—, yo sabía de dónde lo habría sacado, y hacía con la boca el «cha-cha-cha» de las hélices. La sonrisa apareció en mi cara antes de que se lo permitiera.

—Come —recordó Rafael, dejando un bocadillo templado y un zumo—. Yo controlo el tiempo.

Mordí por obediencia. La garganta se resistió; el estómago lo aceptó solo porque lo necesitaba. Aymé me vio, soltó el helicóptero sobre la pierna de Jaque y corrió hacia mí con sus pasos cortos de siempre; frenó a dos palmos, como le había enseñado, esperando una señal.

Abrí los brazos. Su cuerpo encajó en mí con la urgencia de quienes saben lo que son los brazos de una madre.

—¿Be? —preguntó, mirándome a los ojos y jugando con el cuello de mi blusa.

—Dormido. —Hice sobre su mejilla el gesto de «siesta»—. Mamá está aquí.

Apoyó la frente en mi barbilla. «Cha-cha-cha», más bajo, como un mantra. Respiré dentro de aquel ruido tonto que me salvaba: cuatro, cuatro, ocho. El ocho llegó casi entero.

Solo entonces lo vi.

Arthur se había detenido al comienzo del pasillo, allí donde la luz de la terraza se encuentra con la sombra del hospital. Las manos a la espalda, bata abierta, aquel pliegue torcido en la manga que antes no era suyo y ahora sí.

No avanzó. Ni un paso. Permaneció lo bastante cerca para ser una presencia, lo bastante lejos para obedecerme. Terraza invertida: ahora era él quien me veía, y yo se lo permití.

No lo saludé. No pedí nada. Dije «agua» a Rafael solo para tener algo que hacer con las manos. Bebí dos sorbos. Aymé apuntó el helicóptero hacia el techo, repitió el ruido, cantó «albacaca» en mitad de una frase suelta y aquello me rompió en un lugar que nadie ve.

Quince minutos son toda una vida si uno los utiliza bien. Los utilicé contemplando su rostro, contando pecas que aún no existían, cartografiando la paz posible.

—Faltan tres —avisó Rafael con discreción—. Si quieres, os acompaño hasta la puerta del pasillo; Cida me enviará un mensaje si ocurre algo.

Asentí. Aymé se apretó más contra mí; Jaque se levantó con la mochila al hombro y ese cuidado de quien transporta cristal. Le di las gracias con la cabeza, sin voz. La terraza cambió de color cuando

me volví: Arthur seguía allí. No rehuí su mirada. Tampoco me quedé. Regresé con Benjamin.

La UCI tenía la misma música. El drenaje evacuaba líquido claro; la mascarilla pequeña formaba una nube en el aire. Cida miró el monitor, me miró a mí y levantó el pulgar el milímetro suficiente. Me senté. Apoyé la frente en la barra de la cama, volví a pedir permiso y enumeré nombres al oído de mi hijo: «Benjamin, Aymé, mamá».

Cuando levanté la cabeza, había un papel nuevo sobre la mesita, junto a un vaso de agua fresca que sabía que no podía haber traído Rafael. No tan deprisa.

El sobre no llevaba membrete. Tampoco firma.

Tres palabras en la parte superior, en letra negra, un título sencillo:

Unidad Doña Dalva — propuesta

Lo demás eran puntos breves, frases que cabían en un pasillo: habitación de apoyo para madres y cuidadores llegados de fuera; sala de duchas calientes las veinticuatro horas; lavandería con fichas; vales para comidas decentes; rincón infantil supervisado; atención psicológica de crisis; mediación con guarderías de la red municipal; transporte intermunicipal en colaboración con empresas; «beca respiro» durante setenta y dos horas para quien no tiene red; asesoramiento jurídico básico para mantener alejado el acoso. Y, subrayado a lápiz: «Fondo Doña Dalva — donaciones trazables, sin apellido familiar encima».

El nombre de mi abuela sobre el papel se convirtió al mismo tiempo en cuchillo y abrazo. Pasé el dedo por encima despacio, como quien aprende el braille de sí misma. Lloré.

¿Manipulación? Posiblemente. ¿Necesario? También. No decidí. Si hubiera sido sobre mí, lo habría doblado en cuatro y metido en el fondo del bolso. No lo era. Era sobre mujeres que llegan desde lejos sin ninguna red. Era sobre mí dos días atrás. Era sobre Jaque, si no existiera Jaque. Era sobre las demás.

No sonreí. Solo lloré por todas nosotras y dejé el papel allí, visible, como quien admite haberlo leído sin prometer nada.

—¿Señora Alice? —Cida apareció en la puerta—. ¿Todo bien?

—Todo —mentí de la forma correcta—. Gracias.

Desapareció. El pasillo murmuró voces conocidas. Rafael asomó medio cuerpo sin cruzar la línea.

—¿Estás bien?

—Sí. —Miré a Ben—. Él también.

Rafael abrió y cerró una mano antes de hablar. El móvil vibró en el bolsillo de su bata; leyó la pantalla y su rostro cambió de ángulo.

—El Consejo ha convocado una reunión extraordinaria —dijo bajo —. Hoy. Francisco estará en el hospital, pero nos aseguraremos de que no se acerque a vosotros. Te lo prometo.

El suelo se inclinó un grado hacia la derecha. El monitor junto a mi hijo no cambió de compás. Le apreté los dedos con más fuerza, como si sujetara una barandilla.

—Primero Ben —respondí para mí misma, para el cuerpo que quería salir corriendo y no podía—. Después, lo demás.

Rafael asintió. Guardó el móvil.

—Me quedaré en el pasillo. Si ocurre algo, entro.

Salió. Me quedé con la mano de mi hijo, el papel sobre la mesa y la cámara de la terraza grabando el banco vacío donde, durante quince minutos, había respirado. Terraza invertida: alguien veía. Esta vez dolió menos.

Apoyé la otra mano sobre el papel. No era un sí. No era un no. Era el primer «nosotras» que me permitía pensar: madres, niños, personas. Lo demás —nombres, culpas, consejos y viejas fundaciones— esperaría al otro lado del cristal.

Volví a cantar al oído de Benjamin. Cuatro, cuatro… El ocho llegó más deprisa. Y durante un instante entero el mundo cupo dentro de

una habitación que contenía a mi hijo, un papel con el nombre de mi abuela y un pasillo donde el pasado había decidido aparecer como punto del orden del día.

70.

ARTHUR MENDONÇA

La sala del Consejo fue diseñada para intimidar: madera oscura, cristal grueso, micrófonos que convierten cada respiración en un registro.

Hoy no me intimidaba la sala. Era la suma de dos pitidos que no podía oír desde allí: un niño dormido entre apósitos y el recuerdo de una niña diciendo «tu-tu».

Pasé la acreditación. La pantalla parpadeó en verde. Antes de empujar la puerta comprobé el mensaje de la UCI: «Benjamin estable. Sin incidencias». Guardé el teléfono como quien guarda un bisturí en su funda: cerca, pero fuera de la mano.

Patrícia ya me esperaba, con carpetas numeradas y los ojos de quien ha visto lo suficiente para no temblar sin motivo. Fátima estaba en un extremo, con un cuaderno de cubierta gastada y la memoria institucional del hospital apilada en notas legibles.

Francisco llegó el último, sin olor a tabaco por primera vez en años. Había cambiado de vicio: hoy vestía olor a público. La sonrisa de quien conoce desde hace décadas cada silla de aquella mesa.

—¿Empezamos? —propuso el secretario.

Empecé yo. Sin preámbulos. Primero el método; después, lo demás.

—Señores, seré directo. —Ajusté el micrófono sin mirar hacia el lado desde el que mi padre ya me observaba—. Lo que presento es un informe técnico sobre un patrón. No sobre un episodio. Un patrón

de utilización de la Fundação São Miguel con fines ajenos a su objeto social, camuflados como inversión y «apoyo al embarazo».

Hice clic. La primera pantalla no contenía gráficos. Contenía fechas, cifras y la misma descripción repetida como un sello malicioso: «Según lo acordado — embarazo».

—Patrícia, por favor.

Tomó la palabra con la voz del departamento que existe para recordarnos que la ética no es una sugerencia.

—Hemos cruzado apuntes de la Fundação con órdenes de pago y documentos médicos sellados en la sexta planta. Encontramos quince pagos a lo largo de dos años, descritos como «apoyo» y contabilizados como gasto de capital: adquisición de «activos sociales» que, sobre el papel, eran kits y «programas» sin respaldo físico. Al volver a los documentos, encontramos tres patrones: 1) sello «PAGADO» de la Fundação; 2) observación «solicitar discreción»; 3) ausencia de una historia asistencial correspondiente en la consulta de Ginecología. —Pasó la página—. En dos casos existen además «documentos de adhesión» preimpresos, sin firma de la supuesta beneficiaria.

—¿Nombres? —presionó alguien a la derecha.

—Datos confidenciales —respondí—. Las víctimas no forman parte del orden del día. El mecanismo, sí.

Clic. Cronología. Las mismas fechas que me habían conducido hasta allí ahora tenían voz. Pagos un día; mensajes impresos otro; documento sellado al siguiente. El mismo guion.

—¿Y los mensajes? —quiso saber el director jurídico, práctico.

—Manipulados. —Patrícia tomó un informe—. Marcas horarias incoherentes; metadatos ausentes; cortes milimétricos. No afirmo que sean falsos; afirmo que fueron editados, lo cual por sí solo invalida el valor probatorio que intentaron atribuirles.

Fátima levantó el cuaderno con seguridad.

—En el archivo histórico encontré memorandos internos de hace cinco años que proponían un «programa piloto» de apoyo al embarazo vinculado a la Fundação, sin informe del comité de ética y sin aprobación de este Consejo. Firma: asesoría del presidente del Consejo. —Giró el cuaderno y mostró en la parte inferior de la página la rúbrica que yo conocía desde la infancia—. Al cruzarlo con las salidas, el flujo se cierra.

Miré la mesa, no al hombre que ocupaba la cabecera. El método exige hablar con datos, no con fantasmas.

—No me corresponde juzgar las intenciones. Me corresponde señalar hechos y solicitar medidas. Propongo dos. —Apoyé las manos en la madera—. Primera: separación cautelar del señor Francisco Mendonça de la presidencia de este Consejo y de toda función ejecutiva vinculada a la Fundação, hasta que concluya una auditoría independiente. Segunda: contratación inmediata de una auditoría externa con acceso irrestricto a documentos, personas y sistemas.

Varios pares de ojos se desviaron hacia Francisco como quien busca instrucciones. Sonrió apenas, la misma sonrisa que había aprendido a utilizar cuando quería que el otro tropezara con sus propias convicciones.

—¿Puedo? —preguntó mientras ya empezaba a hablar.

—Exponga su postura —concedió el secretario.

Se arregló la solapa. La voz llegó con la suavidad calculada de quien vende hielo en agosto.

—El doctor Arthur posee un talento indiscutible para la medicina y, por lo visto, para las narraciones. —Una pausa de dos segundos para garantizar la nota exacta de burla—. Pero hoy nos presenta, como mucho, coincidencias envueltas en insinuaciones. «Según lo acordado — embarazo» puede referirse a campañas educativas, a donaciones vinculadas con programas legítimos de la Fundação. El sello «discreción» es una práctica habitual para proteger la intimidad de las beneficiarias. Y «metadatos ausentes»… —levantó los

hombros— ¿qué despacho del hospital no conoce una impresora que se come el encabezado?

Sonrió al Consejo; no a mí.

—Lo que me preocupa, señores, es otra cosa. La utilización de esta institución para operaciones personales. —La silla chirrió un centímetro bajo el peso de la acusación que se aproximaba—. Esta semana todos hemos visto a la prensa hablar de «exjefe y exasistente». —La palabra «asistente» llegó envenenada—. Hemos visto helicópteros, equipos movilizados, ECMO autorizada «en espera» con la firma de la Dirección Médica; todo para atender… —torció la boca— un caso con apellido. Existe un conflicto flagrante, una mezcla indecente entre la vida privada y los recursos de esta institución. El hijo, si es que lo es, recibió atención prioritaria y el hospital fue arrastrado a un melodrama. Eso sí nos expone.

La última frase estaba claramente diseñada para pinchar donde la sangre aún no había cicatrizado. No funcionó. Hoy había aprendido dónde colocar el cuerpo.

—He terminado —concluyó, todavía suave—. Y, por deber de diligencia, propongo que el doctor Arthur también sea apartado de cualquier decisión estratégica mientras dure el escándalo.

Algunos murmullos. El secretario pidió orden con el mazo. No respondí a todo. Respondí a lo que importaba.

—Dos cosas. —Mi voz salió baja, recta—. Primera: el hospital no es un escenario para «melodramas». Es un lugar donde se practica medicina. El paciente pediátrico en cuestión fue atendido por indicación clínica, conforme a los criterios que salvan vidas todos los días en esta institución. Mi conflicto técnico quedó registrado y fue respetado: no operé, no firmé decisiones médicas, no prioricé una cama en detrimento de otro caso. Si la auditoría determina que me equivoqué, responderé. Segunda: respecto a «exjefe y exasistente». —Ahora lo miré de frente—. No corresponde a este Consejo especular sobre la vida de nadie. Lo que les digo es sencillo y definitivo: reconozco públicamente a mis hijos. Son dos. No añadiré

una sola palabra sobre su madre. Cualquier intento de arrastrarla a este pleno será combatido por mí en los tribunales. Aquí se debate una desviación de finalidad, no el carácter de quien no está sentada en esta mesa.

Silencio de pasillo antes de que el bisturí toque la piel.

—Y sí —continué—, mantengo mi solicitud: separación cautelar del señor Francisco y auditoría externa. Su defensa podrá realizarse con las mismas herramientas que siempre exigió a los demás: documentos y resultados. Hoy las palabras pesan poco.

Patrícia deslizó un sobre hacia el centro. Propuesta de contratación de auditoría: tres firmas sugeridas, plazos, alcance, presupuesto.

Fátima depositó al lado una lista de cajas del archivo que debían preservarse precintadas. Firmé donde me correspondía: «acepto someterme de inmediato a auditoría», incluidas las decisiones tomadas en el episodio pediátrico de aquella semana.

—A votación —dijo el secretario cuando advirtió que nadie tenía nada útil que añadir.

Se alzaron tarjetas. Se contaron manos. La sala respiró al ritmo del recuento. No miré hacia un lado. Mantuve los ojos en la cifra que importa al abrir un tórax: el retorno. Allí, el retorno era la suma de manos.

—Aprobado —leyó la secretaria sin soltar el aire hasta el final—. Por un margen estrecho: separación cautelar del presidente del Consejo y apertura de una auditoría externa en los términos presentados.

La madera emitió un ruido que no era de madera; eran hombros. Unos, de quienes sentían alivio por no tener que hablar. Otros, de quienes apretaban los dientes al ver agrietarse la hegemonía.

Francisco no montó una escena. Se arregló la chaqueta como quien se trasladaría a otra sala y continuaría presidiendo cualquier otra cosa. Me miró una sola vez: una mirada antigua, pesada, más

advertencia que pregunta. Se la devolví con la misma economía con que había pasado la mañana frente al cristal de la UCI: sin retroceder, sin avanzar.

—Secretaría, preparen las comunicaciones y los precintos —pidió Patrícia con formalidad—. Informática, bloqueo de credenciales inmediato. Departamento Jurídico, oficio a la Fiscalía informando de la apertura voluntaria de una auditoría.

Me levanté. No había ninguna victoria que celebrar; había un niño al que volver a vigilar.

En la puerta, Fátima me tocó el brazo con un gesto que solo puede hacer quien lleva años a tu lado.

—Has dicho solo lo necesario —dijo, orgullosa y triste—. Vuelve con tu niño.

Asentí. Y volví.

El pasillo del bloque administrativo siempre me había parecido largo. Hoy fue corto. El ascensor descendió como descienden las cosas que necesitan llegar deprisa.

El teléfono vibró: «Benjamin estable. Prueba de respiración espontánea mañana temprano». En ese mismo instante, otra alerta: «Informática: credenciales del presidente suspendidas; Cumplimiento Normativo de camino a la Fundação».

La sala del Consejo quedó detrás de mí como quedan las salas donde uno corta sin anestesia: el aire pesa, pero uno respira de todas formas. Delante, el cristal de la UCI me esperaba con la única medida que importa cuando todo lo demás es ruido: el trazado encendido.

Mientras cruzaba el vestíbulo, el periodista del portal que había publicado «exjefe y exasistente» intentaba colarse por una rendija. Seguridad lo contuvo. No desvié el paso. Hoy proteger significaba no alimentar.

Me detuve frente al box. Alice estaba sentada, con la mano sobre la manta azul y la espalda recta por pura voluntad. No entré. Recé en el idioma que conozco: método.

Arriba, donde las decisiones se convierten en actas, se había dicho lo necesario. Abajo, donde la vida se convierte en una línea, seguía haciéndose lo necesario: esperar. Y garantizar que esta vez nadie utilizara la palabra «embarazo» como recibo de un acuerdo sucio.

La madrugada llegó sin anunciarse. Iluminó apenas lo suficiente para que viera, reflejado en el cristal, al hombre que había prometido no ser. Y al padre que empezaba, demasiado tarde, a aprender a ser.

71.

ALICE BRAGA

El olor a cera antigua y aire acondicionado fatigado me llenó los pulmones cuando me senté en el último banco de la capilla del hospital, porque siempre he preferido los bordes.

No vine a pedir nada. Vine a respirar sin una máquina cerca.

Una vela temblaba en el nicho de cristal. Pensé en doña Dalva de la forma más sencilla que conocía: «Cuida de nosotros». Cuatro, cuatro, ocho. En el seis, el pecho dolió; en el ocho, se asentó.

La puerta chirrió. Supe que era él sin volverme. El peso de sus pasos, no de su culpa; un método que había olvidado caminar.

—¿Cinco minutos? —preguntó Arthur desde un lado, sin avanzar.

Asentí sin mirarlo. Me levanté. Preferí el pasillo vacío a la imagen de un santo. Me detuve a una distancia en la que cabían dos sillas de ruedas aparcadas junto a la pared.

—Habla —dije—. Y después vuelve al cristal.

Respiró una vez. Solo entonces levantó los ojos.

—Confundí el silencio con la culpa —empezó sin adornos—. Vi método donde había miedo. Convertí el control en un arma. Creí un extracto bancario de mi padre y no a ti. Firmé órdenes para sacarte de mi perímetro como si una persona fuera un artículo de inventario. Te expulsé estando embarazada. Te empujé a ti, a doña Dalva y a dos niños fuera y lo llamé lógica. No tiene excusa.

No respondí. Las luces frías del techo formaban cuadrados sobre el suelo.

—No he venido a pedir perdón —continuó—. He venido a pedir otra cosa. El derecho a ser padre. Y tiempo. Tiempo para hacer lo que puedo hacer con las manos que tengo: cuidar sin atravesarte.

Quedarme junto al cristal cuando quieras que me quede junto al cristal. Llevarte café y aceptar un «no» por respuesta. Aprender a caber. Si dices «fuera», me quedo fuera. Si dices «no lo toques», no lo toco. Solo… —su voz falló un milímetro y regresó— solo no quiero ser otra ausencia que yo mismo elegí. Déjame el trabajo. El peso. Lo cotidiano. Dame la oportunidad de acertar en las cosas pequeñas.

Miré por encima de su hombro. Al otro lado del pasillo, el letrero «Capilla» parecía más grande que ayer. Volví a mirarlo. Su rostro era más viejo que en mi recuerdo, menos liso, con más suelo.

Seguía siendo el mismo hombre que me dijo «no digas mi nombre». También era alguien que había escrito «reconozco» en un papel que yo no había tocado.

—Y aquella nota… —dijo, leyendo lo que yo no había dicho—. La Unidad Doña Dalva. No es un regalo. Es una deuda. Con ella, contigo, con quien llegue aquí sin una red. No pongo mi nombre donde el nombre no ayuda. Me limito a hacerlo. Y desaparezco, si hace falta.

Me reí sin ganas. El pasillo devolvió un sonido que ni siquiera era risa.

—¿Sabes cuál es el problema? —pregunté en voz baja—. Tus palabras siempre parecían verdad. Hasta que se convertían en un cuchillo. Puedo oír lo que dices, Arthur. Veo lo que has hecho desde ayer. Pero mi cuerpo recuerda otra cosa. Recuerda la calle. Recuerda la cuneta. Recuerda «no llevas nada mío». Y yo… tuve que aprender a no caer para poder levantar a dos.

Asintió como quien acepta una sentencia que ya conocía.

—Sé lo que dije. —Mantuvo las manos quietas en los bolsillos de la bata—. Viviré con ello. No te pido que vivas conmigo. Solo te pido que me permitas ser padre. Lo demás… trabajaré con lo que quede de mí.

Miré el reloj que no llevaba. El tiempo no estaba en una aguja; estaba en una UCI a dos pasillos de allí.

—El derecho a ser padre ya lo tienes —dije, midiendo cada palabra para que no cayera antes de llegar—. Lo demás no lo sabemos.

Cerró los ojos un instante. No de alivio. De suelo.

—De acuerdo —dijo sin más—. Me quedaré junto al cristal.

—Y no hables con Aymé sin que yo esté presente —añadí con firmeza—. No decidas por mí. No decidas por nosotros. Ni intentes traducir lo que siento para que quepa en tu método.

—No decido. No traduzco. —Sujetó el borde del bolsillo, casi un tic—. Obedezco.

Permanecimos callados, dos seres humanos en el pasillo de un hospital, llenos de palabras que ya no servían para nada. Pensé que su culpa no cabía dentro de mí y que mi cansancio no cabía dentro de él.

Desde la capilla llegaba un olor a vela que no combinaba con el acero y el cristal. Aun así, me tranquilizó un poco. La radio de Enfermería crepitó cerca de la esquina. Mi nombre salió primero, con apellido, como si eso me colocara en mi sitio.

—Madre de Benjamin, por favor, UCI pediátrica.

Los dos nos movimos al mismo tiempo. Yo seguí. Él se detuvo medio paso atrás, recordando lo que acababa de prometer. El pasillo se encogió. Caminé deprisa y en el último metro estuve a punto de correr.

Cida abrió la puerta con una prisa buena.

—Ha despertado —avisó con una sonrisa pequeña que no era celebración, sino noticia—. Ha buscado a su madre.

Entré. Benjamin llevaba la mascarilla diminuta y tenía los ojos medio pesados por la medicación y el esfuerzo. Su mano derecha hacía el gesto que yo conocía desde su primer mes de vida: búsqueda ciega, dedos abiertos, alambre de espino de la añoranza.

—Mamá está aquí —dije apoyando mi palma contra la suya. Su mano se cerró como si conociera de siempre la geografía.

Fuera, al otro lado del cristal, Arthur permaneció inmóvil. No miré. No hizo falta. Supe que estaba allí. Supe que lo había visto. Supe que, por primera vez, comprendía lo que «dos hijos, un cuerpo» hace con quien se queda.

Benjamin apretó una vez, soltó e intentó de nuevo. Le di mi dedo para que lo sujetara como quien entrega la casa entera.

—Hola, mi amor. —Apoyé la frente en la suya sin peso—. Cuatro, cuatro…

El ocho llegó deprisa. Él respiró conmigo. Yo también. Y durante un segundo largo, el mundo entero cupo en tres cosas: un trazado que se negó a caer, una mano pequeña buscando la mía y un hombre al otro lado del cristal aprendiendo a esperar.

72.

ARTHUR MENDONÇA

La palabra «preparado» cupo en mi pecho por primera vez en días cuando Cida avisó por el interfono:

—Cama de cuidados intermedios disponible.

El traslado fue un pequeño ballet. Dos celadores, una enfermera, el fisioterapeuta a la izquierda para sostener los tubos; yo detrás, sin tocar.

La camilla atravesó el pasillo pediátrico con pegatinas de animales torcidos y, a la derecha, la puerta de cristal esmerilado con una pegatina de colores: sala de juegos.

Media docena de coches y bloques de madera dormían sobre una mesa baja. No entré. Seguí el compás de la camilla.

En el nuevo box había más luz y menos máquinas. Monitor, oxígeno con mascarilla, vía segura, drenaje que ya recogía poco. Benjamin, mi hijo, respiraba con un ritmo que no hería. Asentí al fisioterapeuta. Presentó las manos como quien presenta un instrumento:

—Empezaremos con suavidad: higiene bronquial, vibrocompresión mínima, estímulo de expansión. Sin prisa.

Asentí. Me quedé de espaldas al cristal y llamé uno a uno a los elementos del plan: Fisioterapia, Enfermería, Nutrición, Trabajo Social, Pediatría. No levanté la voz. No pronuncié ningún discurso. Entregué el guion.

—Secuencia —empecé en voz baja—. Hoy: estabilizar, analgesia ajustada, estímulo respiratorio. Mañana, si se mantiene, prueba completa de respiración espontánea; sentarlo en el sillón durante quince minutos, dos veces. Después del alta, fisioterapia domiciliaria

dos veces por semana en Ribeirão, si la madre lo autoriza; teleconsulta de apoyo entre las visitas.

La trabajadora social tomó nota.

—Puedo localizar la red asistencial de allí y presentar las opciones directamente a la señora Braga. Sin intermediación.

—Eso es lo que quiero —respondí—. Nada pasa por mí antes de pasar por ella.

La nutricionista levantó los ojos del formulario:

—Reintroducción oral lenta cuando se autorice: líquidos claros, después textura triturada. Sin prisa, sin culpa.

—El equipo de alta incluirá un pulsioxímetro en préstamo, un filtro adicional y el número directo de Pediatría las veinticuatro horas —completó Cida, anticipándose a lo que yo pediría.

—Seguimiento —finalicé—. Ecocardiograma de control dentro de siete días; consulta solo si ella la prefiere. Podemos desplazar un equipo a Ribeirão durante las veinticuatro horas posteriores al alta, para la primera noche. Si ella quiere.

«Si ella quiere».

Me obligué a repetir el condicional hasta que se fijara. Control y cuidado eran ahora líneas distintas. Había decidido aprender dónde terminaba una.

—Todo lo que no cubra el seguro lo pagaré yo. No quiero nada cargado al hospital y todo a mi cuenta —me dirigí por último a Administración.

Golpeé discretamente el marco después de despedir al equipo.

—Alice, ¿podemos hablar? Cinco minutos.

Se puso de pie despacio, mirando las cifras antes de mirarme. Mantuve la distancia.

—El equipo tiene un plan. —Le entregué una hoja impresa, sencilla, sin membretes ni jerga—. Es una propuesta, no una orden.

Nada se hará sin tu «sí». Si no quieres que esté presente, salgo y ellos te lo explican.

Primero leyó deprisa; después, más despacio, recorriendo con el dedo dos puntos: «visitas domiciliarias» y «teléfono directo 24 horas».

—Tú no estarás al otro lado de ese teléfono, ¿verdad? —preguntó sin azúcar.

—No. —La miré a los ojos—. Será Pediatría. Me quedo donde me pusiste: fuera de lo que no es mío.

Guardó la hoja en el bolso, junto al sobre cuyo peso yo ya reconocía.

—Adelante —dijo al fin, no a mí, sino a la sala.

El fisioterapeuta sonrió con una comisura. Cida ajustó una pinza; la nutricionista apuntó la hora de la siguiente evaluación. Durante quince minutos, el mundo funcionó como debía: sin espectáculo.

En el descanso fui a la planta baja. La tienda del hospital tenía lo que tienen todas: demasiado plástico, demasiada luz, demasiada urgencia. Pasé de largo.

A la salida, un puesto de un artesano local exhibía tres juguetes de madera sobre una balda: un camión sencillo, un cubo de encaje y una torre de aros.

Cogí el cubo. Madera lisa, cuatro formas, sin pilas. Pagué con la misma mano con la que, años atrás, había tirado uno igual a la basura.

Regresé en silencio. El box tenía una luz suavizada. Benjamin dormía sin tubo, con una mascarilla nasal diminuta como una concha. Dejé el cubo sobre la bandeja de la cabecera, al alcance de una mano pequeña. Sin nota. Sin «de parte de». Cida arqueó una ceja:

—¿Un regalo de la unidad?

Asentí. Fue la única mentira del día.

Pedí permiso con un gesto y salí para organizar el borde de lo que vendría después. En el pasillo, Patrícia me alcanzó con un gesto.

—El comité externo ha confirmado una auditoría paralela. Te pondré al día después.

—Gracias. —Volví los ojos hacia el cristal. El resto del mundo podía esperar ocho latidos.

Más tarde, acerqué dos sillas a la sala de juegos. Pedí a una voluntaria que dejara allí una caja de bloques «por si la hermana venía de visita».

Dije «hermana» y la palabra trazó una fina raya sobre el esternón. Coloqué las dos sillas en diagonal, sin saber si algún día me sentaría allí con los dos. Solté la mitad del aire y regresé a la cama.

Alice había vuelto. Sus manos, las mismas que aprendieron sin formación qué significa sostener una vida, apoyaban suavemente la manta sobre los pies de Benjamin. Me detuve en el umbral.

—¿Probamos el sillón? Quince minutos, sin prisa —propuso el fisioterapeuta.

—Él acepta —respondió ella, y aquel «él» sonó como quien da nombre al mar.

La maniobra fue milimétrica. Dos tubos, una mascarilla, el cable del monitor, el drenaje que ya no recogía casi nada. Posición, frenos, almohada.

Benjamin despertó apenas, como quien emerge de un sueño superficial y regresa. Abrió los ojos una rendija y volvió a cerrarlos. El trazado del ECG continuó contando una historia sin sobresaltos.

Cida acercó la bandeja de la cabecera. El cubo de madera esperó, quieto. No lo empujé. No lo señalé. Solo me quedé. Tres minutos después, la mano de Benjamin salió de debajo de la manta como un animalito que emerge de su madriguera. Buscó. Tanteó el aire, encontró el borde del juguete, resbaló, volvió a intentarlo. La pinza

apareció con toda la solemnidad del mundo. La punta del índice encontró la estrella azul y la tocó.

La sala dejó de respirar. Insistió, se cansó, descansó dos segundos y volvió a intentarlo. A la tercera, la estrella entró un poco torcida y se asentó. El silencio hizo ruido. El ECG mantuvo el ritmo de una persona viva. Oí a mi propio cuerpo elegir no caer.

Alice parpadeó despacio, húmeda sin llorar. No me miró. No hacía falta. El fisioterapeuta sonrió de esa forma técnica de quien sabe que, a veces, un juguete es fisiología.

—Más tarde —dijo mientras anotaba— intentaremos sentarlo otra vez. Mañana, si se mantiene, cinco minutos en la sala de juegos, sin aglomeraciones. Si la madre quiere.

Asentí automáticamente y solo después advertí que había repetido el gesto: el condicional se había convertido en un idioma.

Cida dejó un vasito de agua sobre la mesita. El reloj completó media vuelta. El monitor escribió la misma palabra sin letras: estable.

Antes de salir, ordené lo que podía sin tocar lo que no debía:

—Mañana temprano, una reunión breve con Pediatría para validar paso a paso el plan de alta. Si lo prefieres, podemos hacerla contigo en el pasillo, sin cerrar la puerta. Y… —la frase llegó sin ángulo— cuando volváis a Ribeirão, quiero que el equipo te presente las opciones y espere a que tú elijas. Nada de «se hará así». Alice se sujetó el pelo con la goma de su muñeca como quien se coloca su propia corona.

—Yo elijo —dijo.

—Sí. —La palabra me atravesó de la forma correcta.

Permanecí un poco más junto al cristal. Benjamin tocó la segunda pieza del cubo, un triángulo, se equivocó de hueco, desistió y la sostuvo solo para sentirla.

El ECG respondió con una línea que parecía música sencilla. La enfermera escribió en la historia: «Ritmo estable. Analgesia eficaz. Responde a estímulos».

Salí. En el pasillo me detuve un segundo junto a la puerta de la sala de juegos. Quise abrirla. No lo hice. Habría tiempo, si ella quería.

Volví el rostro hacia el cristal una vez más. La mano pequeña seguía sobre la madera. El cubo respiraba con él. Y durante un instante breve y entero supe que cuidar puede ser eso: poner el mundo al alcance de una mano de dos años y esperar a que elija.

73.

ALICE BRAGA

La carretera de regreso parecía más corta que a la ida. Quizá fuera el alivio a plazos: cada kilómetro pagaba un interés del miedo.

Benjamin viajaba en brazos de la enfermera de atención domiciliaria, sujeto por correas y cuidados. El pulsioxímetro parpadeaba débilmente en su dedo, la mascarilla nasal diminuta y ese sueño que es trabajo, no descanso.

Aymé, en el asiento trasero con Jaque, señalaba los árboles con la autoridad de quien reconoce su propio patio: «¡casa!», «¡albacaca!». Asentí y sostuve lo demás con la columna.

Ribeirão nos recibió con el sol de siempre, sin ceremonias. La verja de la casa se abrió con un gemido conocido y la sombra de la mata de albahaca rozó el umbral como quien dice «me quedé». Pertenecer es eso: algo que te espera incluso cuando desapareces.

El equipo entró primero. El salón se convirtió en un mapa clínico: soporte para oxígeno portátil, nebulizador, aspirador, maletín de medicación, una carpeta con separadores de colores que me explicaron con paciencia.

«Plan de visitas», «fisioterapia», «telemonitorización», «contacto 24 horas». Había incluso un imán de nevera con los horarios impresos, de esos que doña Dalva habría pegado torcido solo para fastidiar. Firmé donde me pidieron y escuché cuanto conseguí escuchar.

—Tres medicamentos por ahora, mamá —dijo la enfermera con dulzura sin restar importancia—. Los horarios están marcados. Volveremos esta tarde para comprobar la adaptación.

—Yo me quedo —aseguró la fisioterapeuta—. Ensayaremos la respiración jugando: pompas de jabón, un silbato. Aymé puede ayudar si quiere.

Aymé quiso. Sopló con demasiada fuerza y escupió una carcajada. Benjamin movió un dedo, lo suficiente para que mi pecho obedeciera el primer cuatro del día.

Cuando por fin acostamos a Ben en su cama, la suya, el dormitorio se encogió de una forma buena. La sábana con estampado de triángulos, el coche de madera en la estantería, la almohadita un poco torcida que nunca consigo colocar bien.

La ventana dejaba entrar un pedazo de gente y de luz. Le acaricié el pelo, ya limpio del olor a hospital, y frunció el ceño en el límite de la consciencia. «Mamá está aquí», dije por dentro y por fuera.

Fuera oí apagarse un motor. Miré por la rendija de la cortina. El coche negro se detuvo a una distancia respetuosa, de las que han aprendido a contar pasos antes de pisar.

Arthur bajó, intercambió unas palabras con la coordinadora de atención domiciliaria —con la postura de quien entrega y no toma— y miró hacia la casa sin alzar la barbilla. No abrió la verja. Giró sobre sí mismo, como quien reconoce una frontera, y se marchó despacio, sin el teatro de la prisa.

Solo vi el recorte de su espalda entre la mata de albahaca y la calle. Bastó para que mi cuerpo recordara algo antiguo y decidiera que no era el momento.

—Listo, mamá —sonrió la enfermera, devolviendo mi atención—. Si ocurre cualquier cosa, el número está en el papel y también en el imán. Volveremos a las cinco.

La casa absorbió los pasos hasta recuperar el silencio. Un silencio bueno, con olor a suelo fregado ayer, fruta cortada hoy, pomada infantil en el aire. Aymé corrió al patio, pisó la tierra como quien comprueba su territorio y regresó con dos tizas.

—¿Dibujas, mamá? —pidió, ya sentada sobre las baldosas y observando mi rostro como si fuera un manual.

Dibujé. Dos círculos torcidos se convirtieron en dos caras con orejas desproporcionadas. Aymé señaló.

—Be. Yo.

—Sí —respondí, y aquel «sí» llegó con un peso que no dolió.

En la verja sonó brevemente el timbre. Jaque llegó antes que yo, pero fui a abrir. En el umbral encontramos una cesta de madera clara, de las que se venden en mercados bonitos, cubierta por un paño blanco. Sin lazo. Sin tarjeta encima. Lo supe antes de mirar.

Dentro, lo mínimo suficiente y exactamente lo necesario: termómetro de infrarrojos, suero fisiológico, gasas, esparadrapo de papel, una caja de guantes, alcohol al 70 %, un pulsioxímetro adicional —sencillo, de dedo—, protector solar infantil, jabón neutro, un cepillo de dientes nuevo con mango pequeño, un cuaderno diminuto con goma lateral y un bolígrafo negro.

Debajo, doblado como una servilleta cara, un papel con dos líneas:

«Sin exigencias. Solo disponibilidad. Estoy cerca, si tú quieres».

No llevaba firma. Llevaba una letra que antes habría reconocido con los ojos cerrados. Pensé en romperlo. Pensé en guardarlo. Acabé deslizando el papel dentro del cuaderno con goma, como quien neutraliza un objeto cortante y lo deja en una balda alta.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Jaque por educación, no por curiosidad. Sabía reconocer una cosa buena.

—Herramientas —respondí—. Y silencio.

Asintió, conforme. Aymé ya había convertido la alfombra de goma EVA en una pista de aterrizaje; empujó un coche, imitó el ruido de un motor con la boca y anunció: «¡Helicótero!».

Me reí por el recuerdo; giró sobre sí misma, cayó sentada y se rio al verme reír. Benjamin dormía, respirando su propio aire, con la mascarilla de oxígeno colgada a un lado, disponible, no obligatoria. Mi mano encontró la suya sobre la manta. Dos hijos, un cuerpo. Por primera vez en días, el cuerpo no se partió. Solo pesó.

La tarde avanzó con pequeñas tareas: etiqueta de medicación, vaso de agua, paño doblado, llamar a la Pastoral para avisar «ya estamos». Lurdes dio unas palmadas en la verja y trajo una fuente de arroz con pechuga de pollo que alcanzaba para dos días.

—No discutas.

No discutí.

El equipo de atención domiciliaria regresó a la hora prometida, reajustó un medicamento y confirmó la visita de madrugada.

—Llama ante cualquier alarma. En serio.

Prometí que llamaría.

Cuatro, cuatro, ocho. Cupo entero en el pasillo cuando cerré la puerta detrás de ellos.

El móvil vibró cuando ya casi se había apagado la luz del día.

Rafael: ¿Habéis llegado bien?

Envié una foto de la zapatilla de Aymé boca abajo, de la mata de albahaca y de la mano de Ben bajo la manta. Respondió con un corazón y un «aquí, si me necesitas».

Fui a la cocina y preparé un café pequeño. Jaque puso los ojos en blanco y me acercó el vaso antes de que olvidara beberlo. Regresé al salón.

Benjamin abrió los ojos como quien emerge, vio techo y sombra y buscó mi mano con la suya en la oscuridad. La encontró. No sonrió. Tampoco hacía falta.

El teléfono volvió a sonar, otra vibración. Patrícia, nombre guardado junto al apellido por sus conversaciones del hospital: Cumplimiento Normativo. Sentí que el corazón ensayaba una carrera y le ordené detenerse.

«Informe preliminar cerrado.

Se confirman irregularidades en la Fundação. Las facturas y documentos sellados corresponden a inversión encubierta; la cadena

de firmas conduce a Francisco Mendonça.

Se ha remitido el expediente a la Fiscalía. Posible imputación en las próximas horas. La mantendremos informada sin exponer su nombre».

Lo leí una vez. Después otra. Jaque se acercó por detrás de mi hombro, leyó conmigo y soltó un silbido bajo.

—¿Esto cambia algo aquí? —preguntó, señalando la casa entera con la barbilla.

Miré hacia los dormitorios. Aymé dormía atravesada, dueña de todo el colchón individual. Benjamin respiraba suavemente, una barca en aguas poco profundas, y la marea obedecía por ahora al viento correcto. Mi mano seguía dentro de la suya.

—Aquí no —respondí—. Aquí nada cambia.

Cerré el mensaje. El gran mundo podía moverse como quisiera fuera. En nuestra casa, sobre aquel pedazo de suelo, tenía una tarea conocida y suficiente: cuatro, cuatro, ocho; medicación a su hora; beso en la frente; tizas de colores a la mañana siguiente.

Y un cuaderno con goma y una frase que guardaría un tiempo antes de decidir qué hacer con ella. Sin exigencias. Solo disponibilidad.

Apoyé la cabeza en el respaldo del sofá, todavía sentada, y dejé que los ojos se cerraran mientras el pulsioxímetro no pitaba. La albahaca de la ventana se movió sin viento. Pertenecer, otra vez, es cuando hasta la planta lo entiende.

74.

ARTHUR MENDONÇA

Su despacho todavía olía a tabaco seco y cuero viejo, como si el aire quisiera recordarme quién había mandado allí durante décadas.

La placa «Francisco Mendonça — Presidente» ya no estaba en la puerta. Dentro todo seguía igual: los cuadros alineados, el bar con cristalería, la carpeta marrón en el centro de la mesa como un animal en reposo.

No se levantó cuando entré. Sonrió con aquella calma de sala de consejo que siempre había sido más amenaza que afecto.

—Has venido —dijo, satisfecho con el verbo, como si yo hubiera respondido a una llamada y no concertado una cita con los abogados de la Fundação para formalizar un final.

No escribí ningún preámbulo en mi rostro.

—Firmamos hoy. —Puse las carpetas delante de él, una clara, otra azul—. En esta, tu renuncia irrevocable a todos los cargos. En esta, el acuerdo judicial: no te acercarás a Alice, Benjamin ni Aymé. Sin contacto directo ni a través de terceros. Sin pronunciar sus nombres ante la prensa. Si incumples, multa diaria y medidas más severas. Sencillo.

Abrió la carpeta despacio, interpretando curiosidad.

—¿Crees que una familia se gobierna con contratos?

—Tú me enseñaste eso. Yo solo lo aplico.

Un músculo mínimo se movió en la comisura de su ojo. La voz llegó limpia.

—Has expuesto a la familia. Me has expuesto a mí. Al final, ¿qué quieres? ¿Que me disculpe en público? ¿Que acepte la humillación? ¿Que reconozca… el error de intentar protegerte de ti mismo?

—Quiero distancia. —La palabra cayó entre nosotros como un objeto pesado—. Y reparación. No para mí. Para aquellos a quienes utilizaste como piezas. La auditoría ya ha solicitado tu portátil, tu teléfono y las copias de seguridad de la Fundação. Encontrarán lo que yo ya he visto.

Apoyó dos dedos sobre la carpeta azul.

—¿Y quieres castigarme poniendo a un proyecto el nombre de una vieja de barrio?

—Quiero garantizar que lo que contaminaste se convierta en terreno limpio. —Incliné la cabeza—. «Unidad Doña Dalva». Apoyo a madres y cuidadores: logística, atención psicológica, asesoramiento jurídico, alojamiento. Gobernanza externa, consejo mixto con personas ajenas a la familia y derecho de veto de Patrícia y mío ante cualquier interferencia. El dinero saldrá de aquí. —Empujé una tercera carpeta—. Relación de todos los beneficios que alguna vez llegaron hasta mí a través de ti: coche, participaciones, asesorías camufladas como honorarios, el ático. Todo revertido como donación irrevocable. Auditado. Sin tu nombre en placa alguna.

Soltó una risa baja.

—Vas a devolver la casa… Esa vista siempre fue tuya.

—La vista nunca fue mía. —Apoyé la palma en la mesa—. Era un faro de control. Hoy es una prueba. Mañana entrará un equipo para arrancar todas las cámaras y el cableado. Después se venderá. El importe íntegro irá al fondo de la Unidad.

—Estás tirando a la basura toda una vida que te di.

—No me diste una vida. Me diste un instrumento. Yo decido qué permanece.

Los abogados entraron con dos testigos; pasamos las páginas sin discursos. Francisco firmó la renuncia con la misma letra elegante con que siempre había aprobado sus propias maniobras. Al llegar a las medidas de alejamiento de los niños, lanzó suavemente el bolígrafo con teatralidad.

—¿Crees que querré verlos?

—Estoy seguro de que querrás utilizarlos. Por eso existe el papel. —Mantuve el tono quirúrgico—. Y porque, si algún día ellos quieren verte, no será sin una red.

Observó mi rostro como quien busca una sutura floja.

—¿Y la madre? ¿Te perdonará? —Saboreó la pregunta—. ¿Crees que un contrato te salva de este capítulo?

—Un contrato protege a quien necesita estar protegido de mí y de ti. Lo demás es trabajo. Mío. No tuyo.

Firmó. Al terminar, recogí las copias, di las gracias a los testigos y abrí la puerta. Antes de que saliera, lanzó una última frase sin levantarse:

—Siempre fuiste excelente haciendo cortes. Veremos si sabes suturar.

Cerré sin responder.

***

El ático devolvió un silencio de museo. Suelo limpio, cristales impecables, la terraza que un día había sido un «lugar sin ojos». Llamé a los equipos de Mantenimiento e Informática; recorrimos cada habitación.

—Aquí, aquí y aquí. —Señalé los puntos ciegos que yo mismo había diseñado—. Todo fuera. Cableado, DVR, rúteres ocultos. Nada de «mantener por seguridad». No queda ni un tornillo.

—¿Y quiere reutilizar…?

—No. —Respiré—. Eliminación documentada. En acta.

En el despacho abrí el cajón donde guardaba restos de método como quien guarda hojas. Dejé en el suelo una caja con los dispositivos y otra con las llaves.

Saqué las dos fotos que habían quedado por olvido: una de Marjorie antes de la primera operación y un papel viejo con la letra

de doña Dalva, una nota que Alice había dejado sin querer. Me las guardé en el bolsillo. Lo demás fue al carro.

El agente inmobiliario subió a las cuatro. Inspeccionó el piso y recorrió todo con una mirada de respeto ensayado.

—Precio de mercado, doctor. Si quiere rapidez, tengo un comprador institucional.

—Quiero rapidez y confidencialidad. Escritura dentro de treinta días. El precio irá a esta cuenta. —Le entregué los datos del fondo de la Unidad—. Si fuera necesario rebajarlo, cubriré la diferencia con mi dinero. Sin regatear.

Asintió. Tomó nota. Nos estrechamos la mano. Cuando se cerró la puerta, permanecí de pie en el centro del salón vacío durante diez segundos exactos. Salí sin mirar atrás.

***

El teléfono vibró dentro del coche:

Número desconocido: Has cortado a tu propio padre. Corta esto también: resultados de la «santita» de la sexta planta — beta, ecografía. A la ciudad le encantaría saberlo. Tengo capturas. Precio por mi silencio: llama.

Un enlace vacío, una amenaza de manual y exactamente lo necesario para quemarme el esternón. Llamé a Patrícia.

—Protección de Datos y Cumplimiento Normativo, ahora. Salas 3 y 4, nada de correos. Mi investigador privado estará presente. Trae a Fátima. Treinta minutos.

—¿Ha habido una filtración? —preguntó sin dramatismo.

—Ha habido una amenaza de filtración. De datos de una paciente. De Alice. —Pronuncié el nombre que ella ya conocía sin añadir una sola palabra—. Y quiero al hospital entero en posición de respuesta como si ya se hubiera producido.

Llegué antes que ellos. En la sala de crisis había una pizarra blanca, café malo, luz fría. Patrícia abrió el portátil solo para

consultar la hora; no escribió nada. Fátima trajo una carpeta de «flujos antiguos» con etiquetas amarillas, el mapa vivo de la institución.

—Protocolo: bloqueo de accesos sospechosos, revisión de registros de noventa días, prohibición de exportar archivos CSV, comunicación preparada para la prensa sobre la medida cautelar —Patrícia fue marcándolo en la pizarra con flechas limpias—. Y, Arthur, a partir de ahora ninguna conversación sobre este asunto por WhatsApp personal. Solo Signal, carpeta del incidente, teléfono fijo o presencial.

—El departamento jurídico ya está de guardia —completé—. Solicitaremos una medida inhibitoria con multa por publicación, orden de retirada inmediata a las plataformas y oficio a la unidad de delitos informáticos. Firmaré la solicitud como parte interesada y como director clínico.

Fábio, mi investigador, acercó su móvil al mío para mostrarme, sin enviar nada, tres direcciones IP internas que habían accedido a la historia de Alice fuera de la ventana de necesidad asistencial. Horas próximas al turno administrativo de la sexta planta.

—Esto es «curiosidad» o un encargo —resumió—. Puedo reconstruir el rastro completo en cuatro horas.

—Empieza ahora. Y, Patrícia, eleva el nivel de confidencialidad de las historias de Alice, Benjamin y Aymé: nombre enmascarado, acceso solo con doble autenticación y justificación escrita. Quien las abra aparecerá en mi pantalla.

—Hecho —respondió, ya al teléfono con Informática.

Fátima sacó un papel del fondo de la carpeta.

—Y está esto: memorando de hace cinco años, «colaboraciones estratégicas — Fundação/6.ª planta», con la rúbrica de Francisco. Términos vagos. Puede ser la pista que vincula aquel «embarazo» con los documentos sellados.

—Digitalízalo, regístralo y entrégaselo solo a la auditoría externa. —Toqué la mesa despacio—. Esto saldrá de nosotros por los cauces internos, no por una columna de cotilleos.

El teléfono volvió a encenderse. Otro mensaje anónimo: una foto borrosa del encabezado de la prueba. No era una captura del sistema, sino una foto de una pantalla. Alguien de dentro.

—Sin pánico —Patrícia sostuvo mi mirada como si sostuviera un campo quirúrgico—. Quien filtra datos médicos no entiende lo que nosotros entendemos. Tiempo y método. Lo sellamos ahora, identificamos mañana y despedimos de forma procedente al día siguiente. La medida cautelar contendrá a la prensa.

Asentí. No pedí que «lo resolvieran hoy». Eso era lo importante: proteger, no controlar.

—Arthur —bajó el tono—. ¿Quieres que solicite seguridad discreta en Pediatría el día de la revisión?

—Sí. Para Alice y para cualquiera que entre o salga del box de Benjamin. Nada ostentoso. Y una indicación para la prensa en conserjería: «asunto judicial en curso, sin declaraciones». Cualquier vehículo con cámara, al aparcamiento B y que quede registrado en el protocolo.

—Hecho.

Salí de la sala con la certeza limpia que me proporciona el método cuando sirve a alguien además de a mí. En el pasillo, el hospital volvió a ser un hospital: pasos, carros, alguien riéndose con cansancio. Abrí la conversación con Rafael:

Arthur: Sin alarmar. A partir de ahora, todos se identifican antes de acercarse. Ya he hablado con Enfermería.

Respondió con lo que necesitaba:

Rafael: De acuerdo.

Tres horas y media después llegó el mensaje que esperaba:

Patrícia: Hemos localizado el punto de filtración. Antiguo empleado de la sexta planta, contrato externalizado. Lo mantenemos en la sala de descanso hasta que llegue Recursos Humanos. Y una segunda IP en Administración: contraseña débil, «maria123». Ya la hemos cambiado. La medida cautelar ha sido concedida.

Respiré. Cuatro, cuatro. El ocho llegó a su tiempo.

Francisco había sido apartado. Las cámaras de mi antigua casa irían a la basura. Los «beneficios» se habían convertido en un presupuesto sellado y gobernanza externa.

Y alguien, oculto detrás de un chip, me había regalado el siguiente paso de la limpieza: la prueba viva de que la cultura de mi padre todavía se deslizaba por debajo de la puerta.

75.

ALICE BRAGA

El domingo huele a pan e incienso. El patio de la parroquia hierve de niños sueltos, una mesa de rifa de tartas, botellas de agua sudando dentro de una nevera de poliestireno.

Aymé salió disparada antes del «ya»: lazo torcido en el pelo, zapatillas de velcro, rodilla preparada para coleccionar historias. Benjamin llegó a mi ritmo, con su mano dentro de la mía, pasos cortos, una mirada que sopesa las cosas antes de liberarlas.

—Despacio, Ben —dije, y asintió sin voz, con el pecho que aún recordaba las máquinas y ahora entrenaba el valor sin ellas.

La catequista hizo una señal para formar la fila de entrada al aula infantil. Saludé desde lejos a la profesora, con los ojos en Aymé, que ya ensayaba un equilibrio imposible sobre el murete, y volví al banco de la plaza con Ben apoyado contra mi cadera y su mano todavía en la mía.

Arthur llegó a la hora acordada, ni un minuto antes ni uno después. Camiseta sencilla, pantalón oscuro, zapatillas demasiado limpias para aquel suelo de arena. Se detuvo a dos pasos.

—¿Puedo…? —No terminó el verbo. Miró primero a Benjamin—. Hola, Ben.

Benjamin lo observó de abajo arriba, concentrado, como si midiera su altura y su voz al mismo tiempo. Aflojé un centímetro la mano. Permaneció firme a mi lado.

—La clase de Aymé… ¿cuarenta minutos? —preguntó Arthur con el tono de quien estudia el orden del día antes de una reunión.

—Cuarenta. Después merienda y plaza. —Le entregué la fiambrera con la precisión de las normas—. Fruta en el recipiente rojo, pão de queijo en el azul. Nada de zumo ahora. Primero agua.

Se cansa si corre demasiado; la pierna izquierda avisa primero. Si avisa, paras.

—Paro. —Guardó las instrucciones como quien archiva una prueba importante—. ¿Puedo empujar el columpio?

—Puedes. —Y fue más que un permiso; fue una prueba.

Aymé reapareció del aula como quien desconoce la existencia de una fila de salida. Vio el columpio y olvidó la catequesis. Arthur miró a su hija, calculó la cadena, la distancia, el impulso.

El primer empujón salió tímido; ella pidió más con un movimiento de los hombros. Encontró el compás. Los dos se quedaron en un diálogo de aire: ella subiendo entre carcajadas; él respondiendo con brazos controlados, de esos que han aprendido a sostener la vida sin aplastarla.

Benjamin observó un rato, muy serio; después señaló el tobogán pequeño. Fui con él. El segundo escalón era alto; le presté la rodilla como peldaño. Se deslizó con aquella media sonrisa que parece miedo vencido y al final dio unas palmaditas, como quien celebra su propia respiración.

—¿Agua? —Arthur apareció a un lado sin anunciar su presencia.

Me ofreció primero la botella y después a Ben. Él aceptó, bebió dos sorbos y apoyó la frente en mi hombro. Le besé el pelo por reflejo.

La plaza fue dibujando un pequeño «nosotros» sin que nadie lo advirtiera. Arthur ató un cordón de Aymé. «Toto, Tutu», le indicó ella. «Aprenderé», respondió, y lo rehízo sin orgullo hasta dejarlo como a ella le gusta: dos orejas de conejo firmes. Trajo el pañuelo cuando un hilo de leche escapó de la boca de Benjamin, le levantó el bajo del pantalón para quitarle el polvo sin invadir con el contacto; solo servicio.

No hubo ninguna conversación difícil. Cuando mi cuerpo miró el reloj del sueño, él lo adivinó antes de que yo hablara.

—Ben se duerme hacia…

—Las doce y media. —La costumbre salió redonda—. Aymé se resiste diez minutos más y cae si hay un cuento.

—¿Qué cuento funciona? —preguntó muy serio.

—El del ángel de la guarda que no duerme ni cuando cerramos los ojos. —Sonreí de lado—. Y el de la mata de albahaca que conoce el nombre de las hormigas.

Asintió como quien toma nota. Aquello no era espectáculo. Era presencia. Era el hombre del parque que sostenía una fiambrera y empujaba un columpio, que preguntaba la hora de la siesta en vez de hacer una promesa bonita.

Nos sentamos en el banco cuando sonó la campana que anunciaba el final de la catequesis y el patio se convirtió en un caos organizado de personas buscándose. Aymé llegó desgarrando el suelo, con el pelo fuera del lazo y las mejillas encendidas.

—¡Señor, empuja! —pidió mientras ya volvía a subir al columpio. Arthur me miró; le di permiso con las cejas. Fue. Benjamin se acomodó en mis brazos como un gato, sujetando mi blusa a la altura del hombro para echar el ancla.

—¿Estás bien? —se arriesgó Arthur sin invadir, mirándome a los ojos solo un segundo.

—Hoy, sí. —No le di más. Él no pidió.

Aymé gritó «¡hola, mamá!» desde lo alto del arco, y miré. Por primera vez intentó soltar las manos un milímetro. Volvió a agarrarse, se rio de sí misma y pidió «más». Arthur se rio con ella, un sonido bajo que yo no recordaba.

En mitad de aquella risa, su móvil vibró. No contestó de inmediato. Le dio otro impulso pausado, comprobó a Aymé, comprobó a Benjamin y solo entonces miró la pantalla. Su rostro cambió un centímetro; no miedo, no alivio, gravedad.

—Un segundo. —Pidió permiso con la mirada antes de alejarse dos pasos del ruido.

Seguí sus labios sin querer, el antiguo arte de leer noticias en el silencio.

—Entiendo. —Pausa—. Recibido… Sí, lo confirmo. —Otra pausa breve—. Que conste: colaboraré plenamente. —Silencio—. Gracias.

Colgó sin acercarse a mí. Se detuvo, miró el suelo, guardó el aparato como quien guarda una pieza de ajedrez que acaba de caer del tablero y regresó al columpio. Aymé pidió «última»; se la dio. Solo después se acercó despacio.

—¿Ruido externo? —pregunté sin dulzura.

—Justicia, por fin. —No pronunció ningún discurso—. Han imputado a Francisco.

El vientre se me encogió con un reflejo antiguo. Miré a mis hijos como quien comprueba una fiebre. El gran mundo intentó entrar por la verja de la plaza; lo cerré desde dentro con el cuerpo.

—¿Comemos, entonces? —cambié de tema con el tono de quien organiza la supervivencia—. La fruta antes que el pão de queijo.

Asintió. Abrió la fiambrera como si abriera un campo quirúrgico. Distribuyó los trozos sobre la tapa, agua a un lado, servilleta en forma de triángulo. Aymé cogió primero una uva; Benjamin, el plátano machacado que yo había traído en un tarrito.

—¡Albacaca! —anunció Aymé riéndose de sí misma y señalando la maceta de albahaca del parque, pequeña, superviviente.

—Albacaca —repitió él, pronunciando bien el error a propósito.

La sombra del árbol cambió de sitio. Las campanas de la iglesia dieron las doce. Guardé el móvil en el fondo del bolso. Ya sabía lo necesario: mis hijos habían comido, reído y se habían cansado en la medida exacta; el hombre que me negó había aprendido a estar sin pedir nada a cambio; y, fuera de nuestro cuadrado de césped,

alguien pronunciaba por fin la palabra que siempre había faltado: consecuencia.

—Cinco minutos más —avisé—. Después, siesta.

—Cinco más —confirmó, y fue a empujar el columpio con la medida exacta de quien ha aprendido que el cielo, por ahora, llega hasta aquí.

76.

ARTHUR MENDONÇA

La mesa estaba preparada como un quirófano: luz fría, micrófonos alineados, fichas apiladas. Patrícia a la izquierda; Fátima a la derecha; los abogados al fondo. Al otro lado, una pared de objetivos. Conocía esa clase de ruido: no era sonido, sino presión.

—Buenas tardes. —Mi voz entró antes que las preguntas—. Esta rueda de prensa tiene un único tema: la Fundação São Miguel y el resultado de la auditoría independiente. No comentaré pacientes ni vida privada. Respeten ese perímetro.

Patrícia proyectó la primera diapositiva. Seguí el guion, bisturí en mano.

—Principales hallazgos: transferencias contables clasificadas como inversión, pero ejecutadas con respaldo social —«programas de apoyo»—, bajo descriptores genéricos. —La flecha descendió—. Entre ellos, «Según lo acordado — embarazo».

Fátima pasó a la siguiente.

—Documentos médicos sellados con «observación: solicitar discreción», introducidos por terceros ajenos a la cadena asistencial. —Puntué con el índice—. Los registros del sistema muestran que se incorporaron con credenciales vinculadas a la Fundação, no al equipo clínico.

Otra diapositiva: flujos, flechas, cuentas puente.

—No existe prueba de una contraprestación asistencial compatible con las salidas. Es decir: el dinero salió como si financiara cuidados; no los financió. Y, algo importante, la auditoría no encontró ningún indicio de connivencia por parte de pacientes o empleados del hospital en esos apuntes.

Se alzó el primer brazo, apretado entre cámaras.

—¿Eso significa que las supuestas beneficiarias…?

—Significa que fueron utilizadas como pretexto contable —corté sin elevar la voz—. Los nombres de las personas no son partidas presupuestarias.

Patrícia indicó que iba a intervenir.

—Medidas: suspensión de transferencias; bloqueo de convenios; notificación a la Fiscalía; conservación de documentos bajo una cadena de custodia externa. —Marcó cada punto como quien cuenta compresas.

—¿Y usted? —interrumpió otro periodista—. ¿Durante cuánto tiempo creyó a su padre?

Tragué el sabor metálico de la pregunta y no delegué la respuesta.

—Demasiado tiempo. —Sencillo—. Me equivoqué en el carácter: confundí influencia con legitimidad, indicios con certezas. Asumo la responsabilidad por lo que permití que pasara dentro de mi perímetro.

Se levantó un murmullo y con él llegó la pregunta que ya esperaba:

—El expresidente de la Fundação, Francisco Mendonça, afirma que todo esto es una reacción emocional suya debido a una exasistente con quien habría mantenido…

—No. —Sequé la pregunta en el primer sustantivo—. Hoy no hablo de mí. Hablo de delitos y de gobernanza. Respecto a pacientes y empleados: cualquier intento de difamar, exponer o vincular

nombres con esos flujos sin fundamento será llevado ante los tribunales. El hospital ya ha adoptado las medidas necesarias.

—¿Confirma que es padre de dos niños? —Llegó otra pregunta de frente, intentando cruzar el perímetro.

Miré de reojo las luces. La respuesta era una línea recta.

—Confirmo que soy padre. Lo demás no pertenece a esta sala. Y nadie tiene autorización para convertir a unos niños en noticia.

La sala bajó dos grados el volumen. Aproveché el silencio.

—Para concluir: el Consejo ha aprobado una auditoría externa; la Fiscalía ha sido informada; Francisco Mendonça está apartado cautelarmente. El hospital ha creado un comité de reparación para las personas afectadas por la conducta de la Fundação. —Pasé suavemente la hoja—. Crearemos una unidad permanente de acogida para cuidadores y embarazadas en situación vulnerable, con gobernanza independiente y presupuesto auditable. El nombre de esa unidad no me pertenece; se ofrecerá a quien de verdad encarnó el cuidado cuando falló el sistema.

—¡Última pregunta! —gritó alguien.

—No. —Cerré la carpeta—. Se ha dicho lo esencial. Lo demás es trabajo.

Bajé. El pasillo respiró con olor a equipos eléctricos y paño húmedo. Rafael estaba apoyado en una columna de hormigón, con el traje torcido y la misma media sonrisa que utiliza para decir cosas serias.

—Ahora ha empezado —dijo sin teatro.

Asentí. No cabía ninguna bravata.

En la sala contigua, Patrícia y Fátima esperaban con los asuntos pendientes. Firmé la cancelación definitiva de todos los convenios con la Fundação, autoricé la publicación de los datos de la auditoría —preservando el secreto médico— y deposité, por indicación del

departamento jurídico, las cantidades objeto del litigio para una futura reparación bajo tutela externa.

—Falta el oficio de la unidad —recordó Fátima con esa voz suave que siempre anuncia algo grande vestido de cosa pequeña.

Apoyé el bolígrafo sobre el borrador y eliminé la única frase que todavía atravesaba como una orden. La reescribí.

«A la señora Alice Braga: propuesta formal de denominación y directrices de la Unidad de Acogida a Cuidadores — nombre a su criterio. Sin exigencias. Sin prisa. Con respeto».

—Envíalo por correo electrónico y en papel —pedí—. Hoy.

Patrícia cogió el sobre; el departamento jurídico confirmó el registro con un «llegará en unos instantes» que dejé pasar sin mirar el reloj.

En el cristal, la réplica de mi imagen parecía otra persona: alguien que por fin había comprendido la diferencia entre proteger y controlar. Toqué el móvil por reflejo. No escribí nada. Al otro lado de la ventana, la prensa ya exprimía las últimas preguntas ante unos micrófonos vacíos.

Rafael golpeó suavemente el marco.

—¿Y ahora?

—Ahora trabajamos y esperamos —respondí.

Sonrió con una comisura, de acuerdo con algo que no necesita aplausos.

En la parte inferior de la pantalla de mi correo personal apareció la confirmación, seca como todo lo importante:

Enviado: Solicitud formal — denominación de la Unidad de Acogida.

Respiré hondo, como quien entrega una historia clínica y sale de la sala para dejar que el cuidado ocurra donde debe.

En algún lugar entre São Paulo y Ribeirão, vibró un teléfono. Y, por primera vez desde que todo había vuelto a empezar, la siguiente palabra no era mía. Era de ella.

77.

ALICE BRAGA

La placa dormía bajo una tela azul. Auditorio lleno sin estar abarrotado. Micrófonos comprobados. Demasiada luz blanca. Me senté en las últimas filas con Aymé en brazos y Benjamin entre mis piernas, su mano dentro de la mía. No era una fiesta; era reparación.

Rafael ocupaba su lugar de siempre: en el pasillo, con un hombro apoyado en la pared, un ojo en nosotros y otro en el escenario. Jaque saludó desde lejos, bolso cruzado y esa sonrisa que sostiene los nervios. La doctora Lúcia hablaba con Patrícia, la mujer de Cumplimiento Normativo, con papeles sobre el regazo; el padre Elias se arregló discretamente el cuello, sin presencia de púlpito, con presencia humana.

Cuando llamaron mi nombre no fue para subir al escenario. Fue para ocupar el «lugar reservado a la familia». Me quedé. Familia es una palabra que camina con cuidado dentro de mi pecho.

Aymé me golpeó la barbilla con la frente por la emoción contenida. Ben, todavía ahorrando energía, se limitó a apoyar el peso de su cuerpo en mí.

Patrícia habló primero. Sin adornos. Leyó los puntos como quien monta un mueble útil, no algo destinado a exhibirse:

—Gobernanza independiente, identificación fiscal propia, consejo con puestos rotatorios: hospital, Pastoral, asesoría jurídica pro bono, Trabajo Social, comunidad. —Levantó la lista—. Patrícia, doctora Lúcia, Fátima, Jaqueline. Alojamiento para cuidadoras, alimentación, atención psicológica, asistencia jurídica, transporte, guardería temporal en la planta baja. Fondo permanente auditado. Publicación trimestral de cuentas.

El auditorio escuchó. No vibró. Aprendió. Bien.

A continuación, un asesor de la dirección leyó la breve carta que todos querían oír y él no quiso pronunciar:

—El doctor Arthur Mendonça renuncia a sus funciones ejecutivas. Continúa como médico. Dona parte de su patrimonio para constituir el fondo permanente de la Unidad.

Dobló la hoja. Sin contraprestaciones. Sin su nombre en ninguna placa.

No busqué su rostro. No hacía falta para comprender que, por primera vez, no se trataba de él. Aymé susurró «¿globo?» al ver la tela azul. Sonreí. Globo, no. Placa.

Patrícia anunció:

—Hoy inauguramos lo que debería haber existido desde hace mucho tiempo: la Unidad Doña Dalva.

Mi cuerpo tardó un segundo más en comprender. La palabra entró entera, hizo el ruido de una puerta conocida. Doña Dalva. La mujer que me enseñó a inventar cuando el ocho no cabía dentro de la respiración que él me había enseñado. Mis manos apretaron a mis hijos como quien sujeta una imagen sagrada durante un terremoto.

—Ali… —susurró Jaque desde el pasillo, con el ojo húmedo junto al mío—. Mira su nombre.

Miré. La tela azul cayó con una elegancia que no combinaba con nuestra historia. Letras negras sencillas. Unidad Doña Dalva — acogida a madres y cuidadoras. Sin apellido, sin patrocinador impreso. Nombre limpio.

Pidieron que alguien de la familia subiera al escenario para tirar de la cinta simbólica. Fui porque ella me enseñó a ir cuando las piernas querían quedarse. Benjamin de la mano, con pasos cortos y firmes; Aymé en brazos de Jaque, balanceando una pierna en el aire.

En el escenario, el orden era práctico: Patrícia a la izquierda, la doctora Lúcia a la derecha, Fátima con las tijeras, el padre Elias en

el silencio de una bendición sin ritual. Tiré despacio de la cinta. No temblé. O temblé y nadie lo vio.

Patrícia acercó el micrófono a la boca, pero habló bajo:

—Si quieres decir unas palabras…

No tenía un discurso. Solo una línea.

—Gracias por poner nombre a quien sostuvo mi mano.

Eso fue todo. Algunos pares de ojos lo entendieron. Otros hicieron fotos.

Arthur no pronunció ningún discurso. Hubo un gesto: la carta leída por terceros, la ausencia de protagonismo, la presencia silenciosa de pie en un rincón en sombras, como quien vigila sin invadir.

Lo vi de reojo cuando bajé con Ben. Había cambiado la bata por una camisa sencilla, tenía las manos vacías y los hombros un poco más bajos. No había una petición. Había una oferta.

Después de los aplausos contenidos, abrieron las puertas de la Unidad para una visita guiada.

Habitaciones pequeñas con literas limpias, taquillas con candado, baño con barra de apoyo, sala de atención psicológica con sillones que no lastiman la espalda, comedor luminoso con tronas junto a las sillas grandes, una sala de juegos que cabía en la mirada de mi hijo: trineo de madera, muñecas gastadas en su justa medida, juegos de encaje.

Aymé señaló un coche amarillo y Benjamin fue detrás, obedeciendo al faro particular de su hermana, hasta que se cansó y se sentó en la alfombra con su mano dentro de la mía.

—Uno puede quedarse unas horas cuando aprieta la UCI —explicó Fátima con la voz de quien encuentra, guarda y entrega—. Hay vales, transporte y alguien que cuida de los pequeños para que podamos firmar papeles importantes sin los brazos vacíos.

Yo asentía, un sí detrás de otro. En cada estantería, un pedazo de reparación. En cada etiqueta bien escrita, un mensaje: nadie pasará por lo que tú pasaste sin nombre, sin documento, sin techo.

En el patio interior, los adultos hablaban bajo. Iba a regresar al auditorio para tomar café con pan y bizcocho sencillo —como le gustaba a doña Dalva— cuando una sombra se detuvo a un paso de la mía.

Arthur.

Lo bastante cerca para que lo viera, lo bastante lejos para no acorralarme. No preguntó «¿puedo?». No era una petición para hablar. Era una entrega.

Un sobre marrón, pequeño, sin membrete. Le temblaban las manos. No mucho. Lo suficiente para que yo lo viera.

—Para ti —dijo con una voz que no llevaba coma—. No tienes que responder.

No extendí la mano de inmediato. Miré a mis hijos. Aymé contaba las rayas de su vestido con Jaque; Benjamin daba la vuelta al coche amarillo para entender el eje. El mundo no se detuvo.

Cogí el sobre.

—Gracias por la Unidad —dije de frente, sin darle más de lo que podía—. La señora cuyo nombre lleva sonríe desde algún lugar.

Asintió con los ojos y retrocedió un paso antes del segundo «gracias» que yo no pronunciaría. Dio la espalda despacio, el cuerpo aprendiendo una geometría nueva, y salió del patio por donde había entrado. No esperó una respuesta. No pidió un plazo. No pidió nada.

Rafael apareció en mi visión periférica justo cuando la puerta se cerró detrás de Arthur. No hizo ningún comentario. Solo levantó la barbilla con ese gesto que pregunta «¿todo?». Me encogí de hombros: «por hoy».

Benjamin apoyó el coche contra mi pie como quien devuelve una pieza a quien sabe guardarla. Aymé corrió hacia mí con una galleta

partida por la mitad, una para mí y otra para ella. Pan, bizcocho, juguete, nombre. Lo esencial alineado.

Sostuve el sobre con el pulgar dentro, como quien sujeta el ala de una carta. No lo abrí. No allí. La Unidad acababa de nacer. Lo demás podía esperar hasta el regreso, hasta la capilla donde uno deja las cosas en manos de alguien y respira.

En el pasillo de salida, alguien pegó con cinta una hoja A4 en el cristal: «Funcionamiento en régimen piloto durante los próximos treinta días. Para preguntas y sugerencias, consulte a Patrícia». Sonreí de lado. A doña Dalva le habría encantado la palabra «piloto». Prueba, comprueba si sirve, ajusta, vuelve a intentarlo. Como nosotros.

Fuera, la prensa estaba lejos, como debe ser. El auditorio se vació sin ruido. La placa permaneció, limpia, nueva. Pasé los dedos por «Doña». Di las gracias con todo el cuerpo. Y me llevé a mis dos hijos a casa de la forma en que la vida me había enseñado: mano con mano, paso a paso, con un sobre en el bolsillo que pesaba menos que la culpa y más que el papel.

78.

ALICE BRAGA

Llegué tarde a casa, con el viento templado de Ribeirão pegándoseme al cuello y el olor de la albahaca del patio atravesando la ventana de la cocina.

Aymé se había desplomado de cansancio sobre el colchón, con un pie fuera; Benjamin dormía ligeramente, con el zumbido bajo del nebulizador aún en la memoria de la casa.

La técnica de atención domiciliaria se había marchado una hora antes, después de comprobarlo todo dos veces. A esas alturas, su presencia era más exceso de celo que necesidad. Ya habían pasado tres meses desde el alta de Ben.

Quedamos los tres y los ruidos conocidos: nevera, reloj, un grifo que a veces piensa.

Puse la carta de Arthur sobre la mesa, el sobre grueso doblando la sombra. No lo abrí de inmediato. Fui al dormitorio, acomodé la sábana sobre la pierna de Aymé, apoyé los dedos en la barriguita de Ben, respiré con él: cuatro, cuatro… El ocho llegó perfecto. Solo entonces regresé al salón y me senté. El papel pesaba del lado equivocado.

Lo abrí.

Alice:

No escribo para pedir. Escribo para asumir y comprometerme.

No te creí. Y creo que eso nunca se repetirá lo suficiente. No te creí.

Ese fue, sin duda, el más profundo de mis errores. Siempre he sido un hombre de lógica, de acción y de dos más dos son cuatro. Pero tú nunca fuiste lógica, ¿verdad? No en mi vida.

Eras una mirada que no debía dirigir, pero que insistía en permanecer dentro de mi visión periférica. Eras el nombre que no debía querer conocer, pero que pregunté de todas formas. Eras el llanto que nunca debería haber oído, pero que oí. Y cambié.

Mi vida era prosa, Alice. Tú eres poesía. Siempre lo fuiste. Y unos ojos cansados como los míos no saben leer rimas. No supe leerte. Y no te creí.

Corté el acceso, la cortesía, el suelo. Lo hice yo. No fue mi padre, no fue la Fundação, no fue el clima de aquel día. Fui yo.

Lo que ya he hecho —y no depende de ti—:

1. *Reconocimiento de paternidad registrado y efectivo para ambos. Fondo irrevocable para la salud y educación de Benjamin y Aymé, con gobernanza externa —una empresa especializada— y sin que yo tenga facultad de disposición. Tú recibes los informes; yo no lo toco.*
2. *Unidad Doña Dalva constituida con una dotación permanente, un consejo independiente y auditoría ajena al hospital. He renunciado a los cargos ejecutivos. Me quedo donde siempre debería haber estado: como médico.*
3. *Apartamento vendido. Cámaras desactivadas y destruidas. Contratos que un día utilicé para vigilar, cancelados.*
4. *Terapia iniciada. No como un sello, sino como trabajo. Aprender a no invadir, a soportar el «no», el «quizá» y el «solo como padre».*

Lo que haré, si me lo permites:

1. *Estar disponible y ser puntual para todo lo relacionado con Benjamin y Aymé, sin convertir mi presencia en moneda.*
2. *Respetar tus límites escritos y no escritos. No aparecer sin invitación. No decidir por ti. Sin contrato, sin perímetro,*

sin cámaras: solo invitación.

3. *Tratarte con el mismo rigor con que trato un posoperatorio delicado: cuidado, no prisa; atención, no control; reparación, no espectáculo.*

No pido perdón en esta carta. El perdón es gracia, no exigencia. Si llega, que sea por el tiempo, por lo que haga y por lo que deje de hacer.

Si algún día quieres que esté en la terraza —de tu casa, de tu rutina, de tu día—, iré. Si no, me quedaré y aprenderé a esperar. Aprenderé a mirar desde lejos y a limitarme a desear.

Aprenderé a apreciar la poesía, a leer rimas que nunca pronunciaré. Pero me quedo, Alice. Decidas lo que decidas, debes saberlo: me quedo. Detrás del cristal para siempre o solo hasta que me dejes entrar.

Arthur

Terminé de leer y permanecí un rato mirando mi nombre al principio, como quien comprueba si todavía le pertenece. No era una petición. Era un peso reconocido, algunos tornillos reapretados, otros abandonados en el lugar correcto. No dolió como creí que dolería. Dolió de otra manera: un alivio que cuesta.

Me quedé allí, escuchando cómo la casa me devolvía lo que necesitaba recordar: dos hijos, un cuerpo; hoy entero en el lugar preciso. Pasé la mano por el sobre, lo volví a doblar y lo guardé en el cajón de las acuarelas, el mismo donde había escrito «Sobrevivimos» tantos meses atrás. Su letra quedó junto a la mía.

Fui a la terraza.

La noche descansaba templada sobre el patio; la mata de albahaca parecía mayor que ayer. Me apoyé en el marco y, sin querer, miré las esquinas. Una risa breve. Aquí nunca hubo cámaras.

Aun así, mi cuerpo seguía buscándolas. El recuerdo del miedo es más disciplinado que yo. Me reí de mí misma, bajito, por haber comprobado. Me reí por primera vez en meses sin pedir disculpas.

Me senté en el escalón donde sopla poco viento y respiré de la forma en que a doña Dalva le gustaba verme respirar: cuatro, cuatro… El ocho llegó con facilidad.

Pensé en la Unidad con su nombre, en la alfombra del salón parroquial, en la mano de Rafael empujando el columpio el domingo, en Benjamin abriendo los dedos para sujetar madera, en Aymé llamando «pa» a lo que era papilla y destino.

La gracia del perdón, comprendí allí, no es un sello estampado sobre la herida. Es el cuerpo aceptando descansar en la parte que ya no sangra. Aún no sabía si lo concedería, cuándo, cuánto. Pero reconocí su forma: se parece al descanso, no a una negociación.

El móvil vibró en mi bolsillo. Su nombre en la pantalla, sencillo, sin insistencia.

Arthur: Estoy donde tú quieras que esté.

79.

ARTHUR MENDONÇA

La plaza era sencilla: dos bancos, un tobogán desgastado, la sombra de un almendro dividiendo el suelo por la mitad. Llegué antes.

Me senté en el banco del lado soleado para no dar la impresión de que quería ocultar algo. Dejé el móvil boca abajo, lejos de la mano. Respiré cuatro, cuatro, ocho hasta que el cuerpo aceptó que hoy el control no servía de máscara, sino de freno.

Alice llegó desde el lado del mercado. Pelo recogido en alto, una bolsa de tela al hombro, la postura de quien sabe sostenerse sola. Se detuvo a una distancia cómoda. Me levanté, no para abrazarla, sino para mostrar respeto, y volví a sentarme cuando ella lo hizo, manteniendo el mismo espacio entre nosotros.

—Gracias por venir —dije primero.

La voz salió limpia, sin prisa.

—He venido porque lo pediste bien —dijo—. Y porque hay cosas que afectan a nuestros hijos.

Nuestros. Asentí.

—No te he llamado para hablar de volver —empecé, eligiendo cada sílaba como quien coloca unas pinzas—. He venido para hablar de construir. Empecé terapia hace ocho semanas. Dos sesiones por semana, por ahora. Ya he empezado a remover cosas que siempre traté como herramientas y que eran una armadura. Control, método. —Pasé la mano por la rodilla, deteniendo el tic antes de que naciera —. No espero aplausos por ello. Solo es información para que sepas con qué hombre estás tratando.

No apartó la mirada. Esperó.

—Respecto a los niños —continué—. Puedo venir a Ribeirão los miércoles y fines de semana alternos. Ajustaré mis guardias para ello. Cuando necesites trabajar, me quedaré con ellos. Cuando digas «no», significa no. Sin argumentos, sin rodeos. Si intento negociar un límite, me cortas. Me detengo. —Tragué saliva—. Y quiero poner por escrito de verdad nuestra rutina, con margen para enfermedad, imprevistos, vida real. La revisamos cada mes. Si es demasiado, lo dices. Y yo retrocedo.

Tardó un segundo en responder. El viento movió el bajo de su vestido; un niño corrió detrás de una paloma y la paloma ni siquiera se molestó en volar.

—Se acabó la época en que confundías el «no» con una provocación —dijo sin dureza—. «No» es un límite.

—Repítelo —pedí antes de que el hábito de interpretar ocupara el lugar de escuchar.

—«No» es un límite.

—Lo repito contigo: «No es una provocación, es un límite». —Cogí el móvil despacio y le mostré la pantalla vacía—. ¿Puedo apuntarlo? Como recordatorio. Para escucharme cuando lo olvide.

Asintió. Escribí la frase completa. La guardé como alerta diaria a las siete de la mañana.

—Hay otra cosa —dijo—. Palabra clave. Si vuelves a refugiarte en el método y empiezas a construir gráficos sobre personas, diré «terraza». Tú te detienes.

Sentí que la palabra golpeaba donde suele doler. Terraza. El único lugar donde una vez prometí no mirar.

—Me detengo —respondí, llevando la palabra a la boca con cuidado, como si cortara—. Me detengo, respiro cuatro, cuatro, ocho y pregunto «¿cómo ayudo?». Te doy mi palabra.

Bajó el rostro un milímetro. No fue una sonrisa. Fue el reconocimiento de un idioma.

—No volveré con el hombre que me empujó, Arthur —dijo sin más, dejando caer la sentencia entera entre nosotros sin levantar polvo—. Puedo caminar con el hombre que extendió la mano cuando yo quise. Y eso es todo lo que puedo decirte sobre nosotros ahora.

No pedí una contraseña, ni perdón, ni un plazo. Asentí. Lo anoté por dentro: caminar es un verbo en plural y en presente.

—Respecto al pasado —añadí, mirando la copa del almendro para no utilizar los ojos como un bisturí—, reconozco que toda la responsabilidad es mía. Ya lo he dicho y lo repetiré cuantas veces sea necesario, pero quiero que sepas, Alice, que aunque no tienes ninguna obligación de seguir mis pasos, continuaré reparando, incluso cuando tú no estés mirando.

Inspiró largamente, como quien comprueba si el aire tiene dueño. El ladrido de un perro cortó la calle; alguien vendía maíz en la esquina; la ciudad hizo de testigo.

—Y respecto al futuro —pregunté sin prisa—, ¿cómo ayudo hoy?

—¿Hoy? —Pensó en medio de la plaza, y vi cómo su cabeza hacía las cuentas de una madre que carga con dos—. Vienes conmigo al supermercado y cargas el peso. Después regresamos a casa. Ellos comen temprano.

—Cargo yo —respondí sin dificultad—. Y friego los platos.

—Sin discutir el método —advirtió, y la sombra del almendro dibujó en sus ojos una risa que no llegó a sonrisa.

—Sin discutir el método —confirmé.

Permanecimos callados un rato. El ruido del parque se convirtió en banda sonora. Quise decir algo que me quemaba la garganta desde la UCI y decidí decirlo de la forma correcta, sin pedir nada a cambio.

—Te echo de menos —dije en voz baja—. Y aprenderé a vivir con ese sentimiento sin ponerlo como un peso en tu mano.

Parpadeó una vez, despacio. No fue una respuesta. Fue un registro.

Nos levantamos casi al mismo tiempo. Cogí la bolsa más grande sin pedirlo. Caminamos hasta el supermercado de la esquina y compramos lo que se compra para una casa con niños: fruta, yogur, pan, jabón en pastilla, ceras porque estaban junto a la caja y después alguien las convertiría en un dibujo sobre la pared. Pagué y guardé el recibo en el bolsillo, sin exhibir el gesto. Pero me gustó muchísimo aquel peso.

De regreso, en la acera antes de la verja, se detuvo. Me miró como quien comprueba una sutura.

—Si digo «terraza», te detienes.

—Me detengo, respiro y pregunto «¿cómo ayudo?». Te doy mi palabra.

Abrió la verja. Retrocedí medio paso.

—No entro si tú no me lo dices —avisé—. Siempre que quieras, puedo limitarme a dejar las bolsas. La casa es de ellos. Y tuya.

—Será nuestra cuando quepamos —corrigió, sin prometer, sin negar—. Y hoy tienes unos platos que fregar.

Asentí. Entré. Nuestras manos no se rozaron. El contacto quedó para después, cuando tocar significara lo mismo para los dos.

Oí el sonido que ya reconozco a distancia: una risa infantil que anuncia hambre.

Permanecí un segundo en la entrada, respiré cuatro, cuatro, ocho y avancé hacia dentro con la cabeza llena de lo importante: una pareja no es un perímetro. Es caminar sobre el mismo suelo. Hoy dimos el primer paso, sin atajos, sin beso. Pero con aquello que me importa: esperanza.

80.

ALICE BRAGA

Avisó desde la verja.

Arthur: ¿Puedo entrar?

Alice: Sí.

Entró con las manos vacías y pasos contenidos, como quien ha aprendido a pedir permiso al aire. El patio olía a albahaca y ropa tendida. Aymé corrió hasta la alfombra de goma EVA; Benjamin llegó más despacio, de mi mano. Dos hijos, un cuerpo, y hoy el cuerpo estaba entero.

—Hola, Aymé. Hola, Ben —dijo en voz baja, en plural, sin aspavientos.

La mañana empezó en el suelo: bloques de construcción, coches, un oso que había perdido un ojo y seguía sirviendo. Arthur se sentó con las piernas cruzadas; extendió los brazos sin apresurar a nadie. Cuando Benjamin le ofreció medio camión, aceptó la mitad.

Él cambió el pañal de Ben bajo mi supervisión desde lejos. No porque necesitara vigilar, sino porque mi mano todavía no había desaprendido a estar cerca.

Vi el gesto entrenado de quien conoce el cuerpo; vi el cuidado de quien todavía aprende los centímetros exactos de la piel de un hijo. No narró lo que hacía; se limitó a hacerlo. Cuando el esparadrapo se pegó en el lugar equivocado, se rio de su propio error y dijo «tranquilo» al trozo de cinta, no al niño. Benjamin levantó el pie, satisfecho con la reverencia.

En la cocina, bocadillos sencillos. Pan, queso, tomate. Preguntó dónde guardaba los cuchillos y descubrí que me gustaba aquella pregunta. Mientras cortaba la fruta, la casa se llenó de olor a

manzana y miga fresca. Aymé apareció pidiendo «triángulo», y él acertó el corte a la primera como si fuera una línea de sutura.

—¿La canción del baño? —preguntó mientras se secaba las manos.

—No tiene nombre. Solo ritmo. —Golpeé suavemente el azulejo con la uña: tum-tum, tum, tum—. «Agua que corre, agua que lava…»

La repitió tropezando con la melodía y después acertó. A la hora del baño cantó sin avergonzarse de equivocarse. Benjamin apoyó la frente en su hombro durante dos segundos enteros, que en nuestra escala es mucho.

El imprevisto llegó dentro de un vaso de agua. Literalmente.

Aymé derramó el vaso en el suelo de la cocina y el lago se abrió deprisa. Arthur, por un reflejo antiguo, levantó la barbilla y cerró los hombros medio centímetro; la orden contenida ya estaba preparada en su garganta. Sentí encenderse en mi boca la palabra acordada. Terra…

—¿Me enseñas dónde está el paño? —Se tragó la antigua respuesta y eligió otra. Se agachó antes que yo, con las manos abiertas y el paño sujeto por los dedos de Aymé—. Lo secamos juntos. Cuidado con resbalar.

Secamos los tres. El silencio que quedó no era de los que acusan; era de los que enseñan sin cortar.

La hora de la siesta es un mapa. Señalé los hitos: cuento breve, luz tenue, un biberón pequeño para Ben, la palma ahuecada sobre la espalda de Aymé durante tres respiraciones largas.

Arthur lo anotó en el cerebro y, delante de mí, en el móvil: «Siesta — domingo — 13:00: Ben —cuento de los animales—; 13:20: A —mano ahuecada sobre la espalda—». Lo leyó en voz alta como un niño que quiere memorizar una tabla nueva.

—¿Todavía necesitas que diga «terraza»? —me arriesgué con media sonrisa.

—Espero necesitarlo menos cada domingo —respondió sin pose —. Pero, si vuelvo a caer, dilo.

Benjamin se durmió primero, con un dedo en mi blusa y la respiración redonda. Arthur permaneció sentado en el suelo junto a la cama, una rodilla doblada y la otra estirada, una presencia tranquila.

Cuando Aymé llegó frotándose un ojo, ahuecó la mano sobre su espalda, imitando mi gesto con una delicadeza que dolió en un lugar bueno.

En la cocina, el sonido del grifo y del cuchillo sobre la tabla.

—Cuantas más sesiones de terapia hago, más claro tengo por qué me resistí durante tanto tiempo. —Habló como quien deja un vaso sobre la mesa—. La semana pasada otra persona me oyó decir la palabra «control» sin convertirla en un elogio. —Pausa breve—. Hablé de Marjorie. Sin teatro. Solo… le puse nombre. Ella fue amor. Después, duelo. Después, el armazón de una máscara. Permanecí demasiado tiempo dentro de ese armazón.

No había ninguna pregunta en la frase. Había una entrega. Yo solo dije:

—Gracias por contármelo.

Asintió sin buscar un premio. Lavó el cuchillo, lo secó y lo guardó en el lugar que había aprendido a encontrar en cinco minutos dentro de la casa.

El armario bajo el fregadero siempre se atascaba en la bisagra inferior. Se agachó y probó hacia un lado y hacia el otro.

—¿Puedo?

—Si encuentras las herramientas.

Las encontró. Un WD-40 perdido al fondo, una llave pequeña. El ruido del metal al rozar desapareció, como si el armario respirara por

primera vez.

Lo abrió y cerró tres veces para comprobarlo y no me miró esperando un «muy bien». Pasó al filtro: cambió el cartucho y dejó limpio el fregadero. Una microreparación discreta: la casa lo notó.

Fuera, las sombras del tendedero empezaron a alargarse. Antes de la puesta de sol se puso los zapatos en el mismo lugar donde los había dejado. Recorrió el salón con los ojos: juguetes recogidos con la previsión de quien sabe que el suelo también es territorio. Fue hasta el fregadero.

—¿Me quedo a fregar?

—Friego yo —respondí por reflejo.

—Entonces traeré el postre en la próxima visita. —Sonrió de lado, como quien comprende que cuidar también es continuidad.

En la verja no abrió los brazos para despedirse; preguntó:

—¿Necesitas algo hasta el martes? —La revisión de Ben era dentro de dos días.

—No. —Y después, antes de que la sinceridad se arrepintiera—: Si necesito algo, te lo diré.

Asintió como quien recibe un recurso de UCI: con respeto. Se marchó. El teléfono vibró en ese mismo minuto.

Arthur: Gracias por dejarme quedarme. Duermo mejor sabiendo que vosotros dormís mejor.

Miré la casa. Aymé dormía atravesada, con un pie descubierto que pedía un calcetín. Benjamin respiraba con un pequeño ronquido que se había convertido en música. La bisagra no chirriaba. El filtro estaba limpio.

Línea de anclaje, silenciosa: no representó el cuidado. Cuidó.

Me senté en la terraza del salón, que no es una terraza, sino apenas un escalón a la sombra. El cielo de Ribeirão tenía ese color

indeciso entre naranja y rosa. Cogí el móvil para comprobar si el tiempo se había detenido por casualidad.

Notificación del hospital:

«Consulta de revisión — Benjamin Braga — 48 h».

El corazón se encogió de una forma que ya había aprendido a no derribarme.

Respiré cuatro, cuatro… El ocho llegó con la respiración de los dos niños desde el dormitorio. Y, en el fondo del pecho, algo nuevo se asentó: un espacio seguro no se anuncia. Se reconoce en la práctica. Hoy lo reconocí.

Mañana continuamos.

81.

ARTHUR MENDONÇA

La Unidad Doña Dalva parecía mayor por la noche. Sala ventilada, círculo de sillas, juguetes dentro de una cesta de mimbre, termo de café y un plato de galletas que siempre sobraban.

Patrícia abrió la sesión con esa voz que sabe afirmar sin endurecerse:

—Normas sencillas: escuchar sin interrumpir; nadie aconseja a quien no lo ha pedido; lo que se diga aquí se queda aquí.

La doctora Lúcia se sentó cerca de la pizarra, con el cordón de la acreditación escondido en un bolsillo. Había sido una buena incorporación a la plantilla del Jardim Coração.

Dos mujeres de la Pastoral se quedaron en un rincón, con cuadernos sobre el regazo y los ojos de quien acoge un ejercicio respiratorio. Elegí una silla cualquiera, de espaldas a la ventana. Rafael me hizo un gesto breve desde la puerta y desapareció.

Sabía, porque él me había avisado, que Alice podía pasar «por casualidad» junto a la terraza interior. No la busqué. No había ido para tener público.

Hablaron los primeros. Un padre de la planta de Oncología contó lo del calendario de náuseas. Otro, de Neonatología, habló del ruido fantasma de las bombas incluso en casa.

Una madre se interrumpió para llorar de cansancio sin culpa. Patrícia guardó los silencios del grupo como quien sostiene la cabeza de un niño dormido en el autobús.

Mi turno llegó sin anuncio. Respiré cuatro, cuatro, ocho. Me levanté apenas lo necesario para que me vieran; no había micrófono ni hacía falta.

—Me equivoqué con la madre de mis hijos —dije sin preámbulo—. Confundí el silencio con la culpa. Defendí el método frente al miedo. Convertí el control en un arma.

Decirlo en voz alta dolió menos esta vez que la anterior. Quizá porque ya se lo había dicho a la principal interesada. A quien tenía mi deuda y no exigía el pago. Sin duda dolió menos que seguir ocultándolo. Continué sin levantar la barbilla.

—Hoy intento aprender otras palabras para cuidar. Voy a terapia todas las semanas. Hablo de cosas que dejé enterradas y que me convirtieron en un muerto. Ya no fabrico santos ni excusas. Todavía tengo máscaras de las que desprenderme, lo sé. Las estoy retirando capa a capa. No deprisa. Bien.

Un hombre tocó su reloj. Una niña con mochila saludó a su madre desde el otro lado de la sala. Continué.

—Amo a la madre de mis hijos. —Lo admití en voz alta por primera vez y allí el silencio no hirió a nadie. Quizá fuera mala idea decírselo a desconocidos antes que a la única persona a quien de verdad importaba, pero necesitaba ensayar. Lo sabía tanto como sabía todo lo demás sobre mí—. Y hoy no pido nada a cambio. Pido la oportunidad de ser padre todos los días.

Puse nombre a lo concreto, como le gusta al pediatra, como necesita el padre:

—Ribeirão: martes por la noche y sábados por la mañana, por ahora. Me alojo en un hotel cercano, no invado la casa. Los recojo en la guardería durante la tercera visita y los llevo el miércoles por la mañana, si ella lo permite. Baño a las seis, cena sencilla: arroz, huevo, verduras. —Pasé la mano por la pizarra mental de la rutina—. Visitas domiciliarias de Fisioterapia programadas. Cocino cuando estoy allí. Dejo comida congelada. Friego los platos antes de marcharme. Sin desaparecer. Si ella dice «no», reprogramo. «No» no es una provocación. Es un límite.

Patrícia asintió como quien dice «así es».

—He formalizado la paternidad —completé—. No ocupo ningún cargo ejecutivo. He donado parte del patrimonio al fondo permanente de la Unidad, con gobernanza independiente. Eso no es una virtud. Es una corrección de rumbo.

Nadie aplaudió. Menos mal. El turno pasó al siguiente; un señor habló de su nieta, una mujer describió la logística del autobús de madrugada. Al terminar, apilé las sillas infantiles, recogí tres coches de plástico, encontré un lápiz mordido y lo guardé en el bote.

Patrícia me alcanzó en la puerta.

—Gracias por hablar de esa forma —dijo bajo—. Sin defender una tesis. Estar aquí transmite un mensaje importante. Ser sincero transmite otro aún mejor.

Asentí. No miré hacia el pasillo. No necesitaba verla para saber que alguien respiraba cerca de la terraza acristalada. La mano me picó por costumbre. Respiré cuatro, cuatro, ocho y fui a recoger vasos.

Fui el último en salir, con las luces tenues apagándose ya. En el pasillo, el móvil vibró. Número de la clínica:

Asunto: Revisión — Benjamin Braga mañana.

«Por favor, traigan las pruebas anteriores y la medicación actual a la consulta del miércoles. No hace falta ayuno. — Equipo Jardim Coração».

Respondí «de acuerdo» y añadí a la agenda: 14:00, llevar cuaderno de Alice, receta de Lúcia, juguete de madera por si lo quiere.

Me detuve antes del ascensor. La Unidad, con la puerta entornada, respiraba como una casa: mantas dobladas, fotos de madres en el mural, el nombre de doña Dalva escrito en un cartel infantil con guirnaldas de papel.

Toqué la madera del marco con dos dedos y di las gracias sin emitir sonido. Después continué.

82.

ALICE BRAGA

La sala de espera olía a gel hidroalcohólico y televisión sin sonido. Las sillas grises de plástico chirriaban cada vez que alguien cambiaba de postura.

Aymé se sentó con las piernas abiertas sobre la alfombra de la zona infantil y convirtió tres ceras en una familia: «mamá», «Be» y «yo». Benjamin permaneció en mi regazo, con la cabeza apoyada en mi hombro y el cansancio de los últimos meses todavía viviendo en su cuerpo pequeño incluso después del alta.

El móvil vibró en mi mano con la puntualidad que él había ensayado durante las últimas semanas.

Arthur: Estoy en el vestíbulo. ¿Puedo subir?

Alice: Sí.

Arthur apareció dos minutos después con las manos vacías. Sin flores, sin un paquete caro, sin nada que pesara.

Se detuvo a tres sillas de distancia, me miró de reojo y miró mucho más a los dos niños. Aymé mostró una sonrisa desconfiada; él respondió de la forma correcta: se arrodilló, puso la barbilla a su altura y preguntó con sencillez:

—¿Puedo ver el dibujo?

Ella le mostró los tres garabatos con nombre. Él asintió como quien respeta el museo de alguien. No invadió. Volvió a mirarme, buscando sin pedir. Asentí un milímetro: quédate.

Llamaron a Benjamin para el ecocardiograma. El técnico abrió la puerta y pronunció mi apellido con cuidado. Entré primero, con el niño en brazos. Arthur vino detrás, callado, con los pasos medidos de quien ha aprendido a preguntar hoy antes de actuar.

El gel frío tocó el pecho de mi hijo; el sonido de lluvia del Doppler llenó la sala. El técnico frunció el ceño, ajustó el transductor, presionó un poco más y lo desplazó a otra ventana. Regresó, insistió, escribió una cifra. Levantó los ojos hacia su compañera.

—Voy a repetir esta proyección… Solo un instante, ¿de acuerdo?

Mi estómago se convirtió en latón. Sentí que Arthur se tensaba a mi lado sin tocarme. Su antiguo gesto llegó de forma automática: la mano descendió al bolsillo buscando el teléfono, la mirada saltó hacia la puerta como quien convoca a medio mundo con tres pulsaciones.

—Terraza —dije bajo sin apartar los ojos de Benjamin.

Se congeló en el acto. Se detuvo. Guardó el teléfono. Respiró de la forma que conozco: cuatro, cuatro… Los hombros descendieron en el ocho. Sacó las manos de los bolsillos y mostró las palmas vacías.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Agua. —La palabra salió antes de que pensara—. Aymé. Y… avisa a Rafael.

Fue. Pasó por recepción, regresó con una botella pequeña y un vaso con boquilla que no pertenecía a Benjamin, pero servía. Se detuvo en la zona infantil, levantó a Aymé del suelo con la autorización de mi cabeza, la abrazó de lado y dijo algo sobre un «tiburón que nada despacio» que la hizo reír. Envió un mensaje. Regresó. No intentó traducir el silencio con control. Se limitó a hacer.

El médico entró con el técnico, miró el monitor y pidió otras dos imágenes.

—Variación dentro de lo esperado en este posoperatorio —dijo sin rodeos—. Sin nuevo derrame. Sin ingreso. Ajustaremos la dosis del medicamento y lo revisaremos dentro de dos semanas.

Nunca me había gustado la palabra «ajustar» hasta aquel momento. Todo mi cuerpo soltó unos músculos que ni siquiera sabía

que estaba contrayendo.

El alivio llegó deprisa, caliente, casi indecente. Asentí muchas veces, cogí la receta y la guardé como quien conserva un documento que autoriza a seguir respirando.

En recepción, mientras programaban la revisión, Aymé me enseñó la lengua azul por el chupachups que algún ángel de Enfermería le había dado. Arthur permaneció detrás, a dos pasos, callado. Solo cuando todo terminó se acercó lo suficiente para preguntar:

—¿Quieres que lleve la mochila?

—Llévala. —Se la entregué.

Salimos. El sol de la tarde golpeaba el cemento del aparcamiento con la crueldad habitual. El mundo real hacía un ruido normal: alguien discutía por una plaza, un niño pedía agua, un señor decía por teléfono que «ya bajaba».

Apoyé la espalda en el coche y, antes de decidir qué hacer con tantas cosas al mismo tiempo, llegó el llanto. Primero de alivio —feo, sin aviso— y después de aquella otra clase, la que reconoce un cambio y se asusta por reconocerlo.

Aymé señaló la cafetería.

—Palomitas.

Rafael, que había llegado a tiempo para encontrarnos a la salida, lo entendió sin que yo pidiera nada.

—Me llevo las dos palomitas y me quedo cinco minutos con estas dos personitas, ¿vale? —Cogió a Aymé de la mano, dejando el carrito de Ben junto a mí mientras yo seguía llorando sin elegancia.

Quedamos los dos solos con el ruido del aparcamiento.

—Te dije que te amaba y te reíste de mí —solté sin pensar, sin preparar el terreno. Me limité a dejarlo en el suelo.

No apartó la mirada. No buscó una excusa en el bolsillo. No corrió hacia la trinchera del método. Permaneció delante de mí, vulnerable

de una forma en que nunca lo había visto.

—Te amo, Alice. —Salió bajo, entero—. No desde hoy. Desde hace mucho, y ahora sé que solo tenía demasiado miedo para aceptarlo. —Arthur soltó una risa amarga—. Creo que te amé desde la primera vez que te vi. Quizá desde la segunda. Sin duda antes de preguntar tu nombre a cualquier enfermera. Todo lo demás fue solo un disfraz. —Su mirada se volvió más profunda, más intensa, como si repasara todo aquello dentro de su cabeza. No el final, sino todo lo demás. El principio, el medio, las lecciones…—. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo. —Solo entonces apartó los ojos—. Pero probablemente mi terapeuta odiaría oírme decir eso. Solo es otra muestra de control. Así que lo único que puedo y haré es pasar el resto de mi vida demostrando que mi amor no tiene tecla de control.

No dio un paso. No abrió los brazos. El «te amo» permaneció entre nosotros como algo vivo, respirando con los dos. El viento movió un mechón de mi pelo. Volví a colocarlo detrás de la oreja.

—Todavía siento algo. —Dolió decirlo, pero lo dije—. Pero no voy a lanzarme sin suelo.

—Yo traeré el suelo. —Asintió despacio—. Poco a poco.

Permanecimos callados unos segundos, escuchando los sonidos que quedan cuando la verdad ocupa la habitación.

Mi móvil vibró.

Padre Elias: Encuentro de familias el martes a las diez, en la plaza. Juegos, merienda, un círculo pequeño. Venid cuando podáis.

Arthur vio encenderse la pantalla, pero no leyó. Esperó a que yo decidiera qué decir o qué callar.

—¿Puedo ir? —preguntó cuando elegí contárselo, con el cuidado de quien devuelve una llave—. Como padre.

—Ve. —Respiré, secándome la cara con el dorso de la mano—. Como padre.

Rafael regresó con Aymé y dos bolsas de palomitas; Benjamin dio unas palmaditas descoordinadas desde el carrito, feliz solo porque todos habían vuelto a su círculo.

Besé la coronilla de mi hijo y la frente de mi hija. Arthur sonrió suavemente a los dos y retrocedió un paso, ofreciendo espacio como quien ofrece respeto.

En la pantalla, el mensaje del sacerdote seguía brillando. Respondí «allí estaremos» y sentí, por primera vez en mucho tiempo, que el ocho de mi cuatro, cuatro… llegaba a su hora.

No porque el mundo se hubiera vuelto ligero. Porque, por primera vez, alguien que un día me empujó se había detenido cuando dije «terraza». Y me había preguntado, sin coma, sin manual, cómo ayudar.

83.

ARTHUR MENDONÇA

Acordé por mensaje la hora y el punto de encuentro en la plaza. Cuando llegué, envié otro:

Arthur: ¿Puedo acercarme?

Esperé el «sí» antes de cruzar el césped con la fiambrera al hombro. Ninguna bolsa de tienda, nada que brillara más que el sol de última hora. Solo fruta cortada, botella de agua, gel hidroalcohólico, pañales adicionales, paño pequeño, protector solar en el bolsillo lateral.

Aymé apareció primero, con el pelo recogido en alto y las zapatillas gastadas. Benjamin llegó dos pasos detrás, de la mano de su madre. Me detuve a un metro, por debajo de la línea de sus ojos, y mostré las palmas vacías.

Aymé señaló el columpio; Benjamin apuntó hacia el tobogán y después cambió de idea. Alice asintió con la barbilla y me entregó la mitad de la escena: «Tú empujas; yo me quedo aquí». Hice lo que dijo.

Empujé despacio, hablando con la cadena del columpio como quien negocia con un instrumento. A veces la vida aprende la altura mediante la contención. Benjamin protestó cuando el viento le dio en la cara; ajusté el ritmo. Aymé soltó una carcajada en lo alto de un arco pequeño. Risa breve, correcta.

Al cruzar hacia el parque cubierto tuvo lugar la justa disputa de manos: yo extendí la derecha, Alice la izquierda. Aymé decidió sin teorías, una de cada uno, y Benjamin, por simetría, repitió el gesto. Cuatro manos. La calle no pudo con nosotros.

En el suelo abrí la fiambrera como quien abre un botiquín de campaña. Fruta, bocadillos sencillos, una servilleta grande convertida en mantel. Benjamin se interesó por el juguete de

madera que yo había elegido en silencio: el mismo modelo que un día compré y tiré a la basura.

Hoy me senté con él. Le enseñé los encajes —rueda en el hueco, cubo en el cuadrado— y esperé a que su mano pequeña explorara el camino hasta acertar. Se equivocó, probó, acertó. Aymé se acercó solo para narrarlo con voz de receta: «Dos vasos de bolita, una cuchara de cuadrado». Alice se rio de lado, con una mano sobre la rodilla de su hija.

Corté fruta con una navaja pequeña que llevo en el bolsillo desde la residencia. Mientras el cuchillo descansaba, me limité a mirar a Alice sin tirar de cuerda alguna.

Habían pasado dos meses desde aquel «puedes caminar conmigo» en la plaza. Desde entonces, los intervalos habían cambiado de temperatura.

No había besos ni promesas pronunciadas en voz alta, pero su cuerpo ya no me evitaba por reflejo: a veces la manga de mi sudadera rozaba su antebrazo junto al fregadero y nadie se disculpaba; a veces su mano tocaba suavemente mi muñeca al pasarme el cuchillo de la fruta y permanecía un segundo más de lo que exigía el objeto.

La cabeza todavía levanta murallas; el cuerpo ya pide paso. He aprendido a escuchar a los dos.

Sonó el timbre y la puerta abierta mostró que los otros tres invitados habían llegado juntos: Jaque, Rafael y el padre Elias. Un grupo insólito, como poco. Pero era el grupo que hacía sentir en casa a mis hijos.

Benjamin había recibido el «alta». Continuaría con seguimiento durante años, pero lo peor había pasado y Alice quiso hacer algo pequeño, que no lo agotara, porque al igual que el seguimiento médico, el cansancio todavía sería un inconveniente que lo acompañaría durante muchos años.

Rafael y Jaque prepararon la mesa como quien organiza un respiro: jarra de zumo, pan cortado, servilletas improvisadas con tela buena.

El arriate de albahaca de la esquina había crecido desde mi última visita; hojas nuevas, un olor que invade incluso cuando nadie lo toca. El padre Elias llegó sin ruido, solo con la mano abierta y agua dentro de un frasco reutilizado.

—Un nombre fuerte resiste el viento —dijo, rociando el arriate y a nosotros con la naturalidad de quien habla del tiempo.

Aymé se divirtió y ofreció la frente. Benjamin, en mis brazos, se olió un dedo y mostró una sonrisa pequeña, el cansancio bueno del final de la tarde.

No intenté abordar ningún tema importante. Sostuve el plato, serví lo que tenía a mano, llené los vasos como quien aprende el mapa de una mesa nueva. Cuando los niños ya masticaban despacio y la luz bajaba un tono, pedí espacio con una frase sencilla:

—¿Puedo hablar dos minutos? Aquí mismo.

No levanté el tono ni busqué palabras de sala de consejo. Miré a quienes importaban. Alice, los dos niños y la red que nos sostuvo cuando yo no supe hacerlo.

—Gracias por «terraza» —empecé sin apartar la mirada—. Por enseñarme la palabra que me trae de vuelta cuando el método intenta adelantarse. Y gracias por el «después» que no tenías que darme y que aun así me diste. Me equivoqué contigo. No existe ningún ajuste fino para eso. Existe trabajo, día tras día. Lo estoy haciendo. Despacio. Sin atajos, sin cámaras, sin contratos.

Rafael, de pie, asintió suavemente. Jaque apretó por detrás el hombro de Alice; el padre Elias mostró una sonrisa breve y se marchó como había llegado, dejando el aire ordenado.

No me arrodillé. Arrodillarme habría sido un espectáculo, y ella ya me había dicho lo que pensaba de los espectáculos. Permanecí de

frente, lo bastante cerca para sentir el calor de su rostro, lo bastante lejos para que pudiera decidir.

—¿Puedo construir nuestra casa desde aquí… con tus puertas? —pedí sin abusar de las metáforas—. Puerta abierta cuando sea el momento. Puerta cerrada cuando no. Yo llamo. Yo espero. Yo vuelvo mañana.

Su respiración cambió medio milímetro. Alice apoyó la frente contra la mía, un contacto que el cuerpo reconoció antes que el cerebro: saludo y advertencia al mismo tiempo. Su mano se afirmó sin prisa en mi nuca durante dos segundos que cambiaron el eje del patio.

—Puedes intentarlo —dijo.

No fue romance de telenovela. Fue autorización, que vale más.

Aymé protestó por el banco y Benjamin quiso bajar al suelo. Me senté con él en la alfombra de goma EVA que Jaque había extendido y saqué el juguete de madera de la mochila.

La rueda en el hueco, el cubo en el cuadrado, el triángulo en el triángulo. Alice se acercó por detrás, se arrodilló a mi lado y su rodilla rozó suavemente la mía, como si fuera inevitable. Su cuerpo no retrocedió. El mío permaneció, obediente.

—Junta la mano, Ben —dije en voz baja, y acercó el juguete.

—¡Yo también! —Aymé llegó con sus pasitos rápidos, chocó contra la espinilla de Rafael, cayó de rodillas riéndose y posó su mano pequeña sobre el juguete.

Alice puso la suya encima de la de Aymé. Yo coloqué la mía debajo de la de Benjamin. Cuatro manos. Cuatro pieles. La albahaca a un lado, el sol terminando de caer al otro.

—Cuatro —marqué el compás, aprendiendo a hablar en su idioma —. Cuatro… ocho.

Aymé contó como sabe hacerlo: «cua-to, cua-to, o-cho», y Benjamin, con su nueva respiración todavía corta, imitó el ritmo con

el pecho. Sentí que los latidos cambiaban la temperatura del aire. No recé. Solo me quedé.

El móvil vibró en mi bolsillo. Miré por reflejo y estuve a punto de guardarlo sin leer. Notificación del juzgado:

«Vista final — reconocimiento + custodia compartida — señalada para el 10/… a las 14:00».

La mirada de Alice encontró la mía en el pliegue del segundo.

—Es del juzgado —dije, ofreciéndole la pantalla sin empujarla—. Han señalado la fecha. Prepararé la parte que me corresponde para después de la vista. Nada que te presione. Algo sencillo, nuestro. Si me dejas.

La comisura de su boca se elevó un milímetro; casi sonrisa, casi advertencia. Asintió una sola vez. Después volvió a mirar a los niños.

Rafael y Jaque empezaron a recoger los platos. Aymé «leyó» la receta del zumo con mucha seriedad. Benjamin encajó la última pieza en el lugar correcto y dio unas palmaditas.

El juguete quedó en el centro como si fuera un símbolo; no lo era. Era madera.

Y, aun así, sostenía lo importante: cuatro manos, el mismo compás, la terraza correcta, ahora sin paredes, abriéndose dentro de la casa.

84.

ALICE BRAGA

Un juzgado es un lugar de papel y verdad.

Sala pequeña, mesa clara, una maceta cansada en la esquina. El juez habló como quien lee una receta. Paternidad reconocida, custodia compartida, trámites registrales ya en curso. Oí pronunciar mi nombre completo en voz alta sin que doliera.

—¿Alguna objeción? —preguntó el juez con neutralidad.

Arthur no se apresuró a responder. Primero me miró, como quien pide instrucciones en silencio. Cuando habló, lo hizo de la forma correcta.

—La última palabra es de la madre.

Firmé. Él firmó. Sello. El sonido de un sello es un martillo que no hace daño cuando acierta.

Fuera caía una lluvia fina que lavaba el ruido de la ciudad. Arthur caminó a mi lado sin tocarme. Había aprendido. Mantuvo la mano en el bolsillo de la chaqueta hasta que tiré dos dedos de su manga sin mirarlo.

—Quédate.

Se quedó. Bajó un poco los hombros. Las órdenes que utilizaba para controlar se habían convertido en «estoy aquí». Abrimos el mismo paraguas.

El borde me rozó la frente; por primera vez en años, el mundo cupo debajo de un círculo negro. Caminamos dos manzanas enteras sin decidir nada, y sentí, en el estómago y en el hueso del pecho, que mi corazón todavía sabía correr hacia él.

No por método. Por calor. Por añoranza del cuerpo.

Por la noche, el patio nos esperaba con el tamaño de los cuatro: luces colgadas de la verja, un tendedero con dos dibujos de Aymé y un coche abollado de Ben apoyado en la pata del banco.

La silla adicional estaba junto a la pared, vacía, como quien ensaya una promesa. El juguete de madera, el de cuatro carriles, dormía en el centro de la mesa.

Rafael y Jaque lo habían dejado todo preparado y se habían marchado temprano, como buenos cómplices. Los niños, rendidos por el cansancio del día, respiraban sincronizados en el dormitorio. El olor de la albahaca subía de la tierra mojada. Habría jurado que doña Dalva emitía un «hum» de aprobación desde algún rincón.

Arthur llegó sin bata, sin carpetas, sin armadura. Se detuvo a dos pasos, con las manos visibles.

—¿Puedo? —preguntó, tocando con la punta de un dedo la silla a mi lado.

Asentí. Me senté primero. Él se sentó después, respetando el silencio como quien respeta la dosis de un medicamento.

El tiempo quedó entero en el intervalo entre nuestras respiraciones. Todavía sentía la lluvia en el pelo, unas gotas atrapadas en el flequillo. Sacó del bolsillo un pañuelo —quién lo diría — y se limitó a ofrecérmelo, sin tocarme.

Lo cogí y me sequé la frente. Una risa diminuta cruzó corriendo entre nosotros, sin valor para quedarse.

Entonces respiró hondo, con la mano temblando apenas, y dejó un estuche pequeño sobre la mesa. Vi la vena de su cuello latir un compás antes que su boca.

—No he venido con un discurso —empezó, y supe que esta vez era verdad—. He venido con algo que puede caer al suelo sin romperse.

Lo abrió. Dos alianzas sencillas, oro sin lujo, un hermoso acabado mate. Por dentro, grabado, el trazado del ECG de Benjamin el día del

alta, aquel zigzag que me devolvió el aire; y después, tres cifras que ahora viven sobre la piel de nuestra familia: 4/4/8.

—Te empujé fuera de mi vida —dijo en voz baja, firme—. Y me arrojé contigo, aunque no lo admitiera. Pasé dos años y medio creyendo que el suelo era control. Descubrí que una casa es el lugar donde tu «no» cabe entero. Te amo, Alice. No desde ahora. Y pasaré el resto de mi vida haciéndote feliz como compañero y como padre que se queda. Sin contrato. Sin perímetro. Sin cámaras. Solo cuidado. Tú eres mi casa. ¿Me dejas quedarme?

Reí y lloré al mismo tiempo. El cuerpo eligió antes que la cabeza: el corazón latió tan alto que lo oí, el calor subió por mi cuello, me hormiguearon las puntas de los dedos.

No fue bonito, fue vivo. El recuerdo de mi frase atravesó la escena, aquella de dos años y medio atrás, escupida sobre el mármol de conserjería, aplastada por un «no digas mi nombre». La antigua rabia vino a reclamar su sitio. Dejé que me atravesara como el viento. Cuando salió, quedó lo que siempre quedaba: lo que siento.

—Te amaba antes de que se cerrara la puerta del ascensor —respondí, llorando sin vergüenza y pronunciando cada sílaba con precisión, porque ahora era el momento—. Después te odié. Y sobreviví. Hoy elijo vivir. Contigo. Con condiciones. Con verdad. Con terraza. Y con deseo, Arthur. Porque te quiero en mi día y en mi cama, pero de la forma correcta. Si digo «terraza», te detienes.

—Me detengo, respiro y pregunto «¿cómo ayudo?». Te doy mi palabra. —Lo dijo como quien jura sobre un corazón expuesto.

—Entonces pregúntamelo ahora —pedí, apoyando la frente en la suya. El contacto me incendió de una forma que recordaba y que mi cuerpo estaba preparado para recordar mejor.

Cerró los ojos despacio, como quien aprende un verbo nuevo.

—¿Cómo ayudo?

—Empieza por quedarte. —Sonreí, con sal y deseo—. Y vuelve a pedírmelo mirándome a los ojos.

No se arrodilló para posar en una foto. Solo descendió un poco, como quien quiere quedar a la altura exacta de mi sí. Sus manos grandes permanecieron abiertas entre nosotros.

—Quédate conmigo, Alice. Cásate conmigo. Te prometo rutina, humor, terapia programada, una mano en mitad de la madrugada, agua con hierro en la mesita, masajes en los pies durante las noches malas y ningún monólogo cuando digas «no». Prometo ser padre todos los días. Prometo barrer el patio después de la lluvia. Prometo preguntar antes de tocar. Prometo dar las gracias, siempre.

Me derrumbé. Lloré de esa forma que limpia las cosas viejas y me reí en medio porque la escena —nuestro decorado barato de luces, nuestro banco torcido, nuestra vida con olor a albahaca— era más hermosa que cualquier fotografía preparada.

—Sí —dije antes del beso, para que el beso fuera consecuencia, no condición—. Sí.

Puso la alianza en mi dedo con una mano que sabía suturar arterias y ahora aprendía a vestir piel. Yo puse la suya. Cogí el juguete de madera de la mesa y lo sostuve. Lo entendió. Apoyó su mano sobre la mía. Cuatro carriles. Cuatro dedos. Cuatro latidos.

—Cuatro —conté, riendo y sorbiéndome la nariz—. Cuatro.

—Ocho —completó, con la voz quebrándose de una forma hermosa.

El beso llegó después, sin urgencia por demostrar nada, pero con el cuerpo entero diciendo «ahora». Lento. Consentido. Un reconocimiento.

El sabor de la lluvia en su boca, mi mano en su nuca, el pecho tocándose y recordando. Ya no había ningún contrato entre nosotros. Había una casa.

La puerta del pasillo chirrió. Aymé apareció primero, con el pelo eléctrico y su mantita en una mano. Benjamin llegó detrás con un pequeño tropiezo y la tapa de la fiambrera como trofeo. Se detuvieron. Aymé miró las luces de la verja, después el juguete entre nuestras manos, y llegó corriendo en una línea torcida.

—¿Pa? —dijo sin ninguna duda. Esta vez no era papilla.

Arthur respiró como quien recibe un golpe y un regalo al mismo tiempo. Se agachó, abrió los brazos y esperó la invitación aunque ya se la hubieran dado. Benjamin se apoyó en él por un lado, con la naturalidad del cuerpo de un niño que reconoce un puerto.

Respondí por todos, con esa voz limpia que solo aparece cuando llegamos.

—Papá. Pa-pá, cariño.

Cerró los ojos un segundo, volvió a apoyar la frente en la mía y sonrió con toda la cara. La lluvia regresó finísima, casi nada. Las lucecitas vibraron como si también respiraran.

Dentro, el horno antiguo crujió al calentarse. Vi sin ver la cocina de la mañana siguiente: taza esmaltada, pan cortado, dos pares de pies golpeando las baldosas, una mano grande apoyando mi zona lumbar al levantarme, otra decidiendo la cantidad exacta de agua en el vaso con hierro. Vi la vida sucediendo con ruido pequeño y felicidad grande.

Interrumpí el pensamiento en el momento justo. El ahora bastaba.

—Venid —dije, tirando de los tres por las manos, cada uno de un dedo—. Tenemos una casa que estrenar.

85.

ARTHUR MENDONÇA

Ribeirão olía a azahar y pan caliente.

Me casé en la ciudad de la que ella huyó y que después la sostuvo. No fue idea mía. Fue suya. Dije que sí antes de comprender que a veces «sí» significa quedarse dentro del marco elegido por la otra persona.

El padre Elias nos esperaba en la puerta lateral de la parroquia, con las mangas remangadas y la sonrisa de quien ha visto nacer una familia en el pasillo de un hospital.

La ceremonia civil había sido temprano, en el salón contiguo, sin pompa. Ahora venía la bendición. Las guirnaldas de luces ya estaban atadas en el patio, albahaca en el arriate, la mesa del pastel cubierta con el mantel blanco que había planchado la Pastoral.

—¡Pa! —llegó saltando sobre las baldosas antiguas.

Aymé me golpeó la cintura, con olor a champú dulce y un lazo torcido en el pelo. Benjamin llegó dos pasos detrás, concentrado, aferrando la tapa de la fiambrera como un trofeo.

La palabra golpeó mi pecho con la misma vibración que la primera vez en el pasillo de la UCI e hizo la misma estupidez: abrió agua en la comisura de mi ojo.

Me arrodillé para caber dentro de su mundo.

—Hola, pequeña. Hola, campeón.

—Pa, hola. —Aymé tiró de mi corbata, deshizo un centímetro del nudo y se rio de su delito.

Benjamin apoyó la tapa en mi barbilla, satisfecho con el ruido del plástico.

—Pa —repitió, entero, como quien vuelve a comprobar que el nombre todavía sirve.

Servía. Hoy todo en mí servía.

Rafael apareció desde la sacristía con su torpeza habitual en las ocasiones solemnes, una flor en la solapa; Jaque, madrina por decreto popular, arregló el bajo del vestido de Aymé como quien cose el viento.

—Vigilo esa corbata, doctor —avisó—. Si se deshace, le hago otra con cordel.

—Déjala —respondí riéndome—. Si la ata su mano, me quedo atado.

El patio se llenó con la gente que importaba a Alice. No había prensa. Había red.

Ella entró por la puerta del salón y el resto del día aprendió a caminar al mismo compás.

Alice llevaba un vestido sencillo que parecía hecho con la tela de su propia piel, el pelo recogido de una forma que yo seguiría confundiendo con otras mil, una sonrisa que no prometía perfección, solo presencia. Yo, que había pasado una vida midiendo, comprendí qué ocurre cuando una persona entra en un lugar y todas las cosas ocupan el suyo.

Advertí el banco vacío a la izquierda, no por casualidad. Sus padres no estaban. No estaban desde que cumplió dieciocho años. No los buscó cuando regresó embarazada ni ahora. Respeté la ausencia como parte del cuadro, no como un defecto que reparar. Sostuve aquella ausencia junto con su mano cuando llegó a mi lado.

El padre Elias hizo lo que sabía. Habló de la casa como algo que se construye con puertas y ventanas, no con murallas. Habló de «terraza» como palabra de seguridad. Pidió silencio para la bendición. Yo permanecí exactamente donde debía: a su lado.

—¿Prometéis deteneros cuando el otro diga «terraza»? —preguntó con los ojos sonrientes.

—Lo prometo —dije—. Detenerme, respirar cuatro, cuatro, ocho y preguntar «¿cómo ayudo?».

—Lo prometo —dijo ella, y fue la palabra más hermosa del día.

No recité un discurso. Ya había dicho lo necesario en el patio, en la carta, en el círculo de padres. Hoy era un rito.

—Las alianzas —susurró Rafael a Aymé, que llegó seria, como si cumpliera una misión.

El grabado interior —el trazado del ECG de Ben el día del alta y «4/4/8»— era nuestro secreto. Cuando la alianza tocó su piel, vi toda la historia caber en un anillo fino.

—Te amo —dije bajo, sin micrófono, y fue para ella, no para el mundo—. Y me quedo.

—Lo sé —respondió—. Quédate.

El «puedes besarla» llegó con un aplauso tímido de terraza. No me pegué a ella como quien llega tarde a su propia vida. Apoyé la frente en la suya, respiré con el ritmo que había aprendido y nos besamos como quien vuelve a casa y comprueba la cerradura por dentro.

La fiesta fue en el patio, con mesa de madera, vasos sencillos, pastel cortado en cuadrados. Aymé corrió detrás de pompas de jabón; Benjamin las persiguió con la tapa. Jaque dirigió la cola de las coxinhas como quien dirige el tráfico. Rafael bailó con tres niños a la vez y recibió dos regañinas de la Pastoral.

En un rincón vi el juguete de madera y a Ben encajar una pieza con la lengua entre los dientes. Aymé «leyó la catequesis» para su madre en una hoja en blanco. Comprendí la palabra que llevábamos meses tanteando: pertenecer.

Más tarde, cuando el sol se convirtió en miel sobre la albahaca, me senté junto a Alice en el escalón que da al arriate. Los niños se

disputaban mi rodilla como un territorio amistoso.

—São Paulo mañana —dijo, apoyando el hombro.

—La casa ya tiene demasiadas almohadas —respondí con falsa seriedad.

—Y una terraza sin cámaras.

Se rio y guardé el sonido donde no llega el polvo.

La casa es suya. Está en una urbanización que yo habría elegido por defecto; no la elegí. Solo entré cuando ella dijo «ven a verla». Volvió a estudiar Bellas Artes, noches y mañanas entre las siestas y las rutas de la guardería, y descubrí que «vida» es otra palabra para taller cuando las manos correctas viven en la misma dirección.

Me convertí en chófer de fiambreras, afinador de guitarras de juguete, y el mejor lugar del mundo pasó a ser la alfombra con dos personas pequeñas que cabían sobre mi pecho.

Pensé un segundo en sus padres, solo para decidir que no llenaría con control un vacío elegido. Si algún día se abre esa puerta, estaré a su lado. Si no se abre, yo seré la puerta.

Cuando el padre Elias pasó junto al arriate y roció agua bendita sobre las hojas, sonrió:

—Un nombre fuerte resiste el viento —repitió su frase ensayada. Alice sonrió y vi en sus ojos la añoranza de doña Dalva.

—Resiste —confirmé, y no hablaba de la planta.

La noche encendió las lucecitas. Jaque colocó a Aymé en mis brazos con autoridad de madrina:

—Sujétala, que voy a buscar su mantita.

—¿Sujetar qué? —respondió Aymé por mí, riéndose—. A pa.

Benjamin apoyó la cabeza al otro lado, todavía con la tapita en la mano. Dos pesos exactos, el mismo compás.

Si alguien me preguntara allí qué hacemos ahora que «ha terminado», diría que no ha terminado nada. Hemos empezado.

Llamamos arte a lo que otros llaman rutina: las migas sobre la mesa son textura; el baño templado, acuarela; su silencio, fondo; mi petición de perdón, primera capa; «terraza», nuestra regla; sus carcajadas, pintura fresca.

Y el amor, ese en el que me equivoqué tanto y que reaprendí despacio, es la luz que lo cambia todo sin pintar nada.

En la pared del salón colgaba torcido a propósito un cuadro antiguo. Lo enderecé con dos dedos, vieja manía domesticada. Alice me vio y negó con la cabeza, sonriendo.

—Así está bien, Arthur. Así está perfecto.

Respiré cuatro, cuatro, ocho. Dos cabezas pesaban sobre mi pecho. El mundo cabía por fin dentro del marco correcto. Y, por primera vez en mucho tiempo, no necesité medir nada para saberlo: todo estaba en su lugar.

EPÍLOGO

ALICE MENDONÇA

DOS AÑOS DESPUÉS

La luz de la tarde golpeó la encimera y convirtió la harina en oro. La cocina olía a bizcocho de naranja y jabón neutro. Aymé se subió a la silla con el cuaderno en el regazo y un lápiz innecesario detrás de la oreja, porque «lee» la receta a su manera:

—Do güevos, una tása y media de… asúcar… remueve, remueve, remueve, descansa.

Me mordí la risa y las ganas de corregirla. Benjamin estaba en el suelo, sentado en W como odia el fisioterapeuta; sin decir nada, le toqué la rodilla para que corrigiera la postura. Ni siquiera protestó.

Tenía el juguete de madera de siempre; ya encajaba fácilmente las piezas en sus huecos correctos y, aun así, cuando acertó el cuadrado en el cuadrado levantó los ojos buscando mi «lo he visto». Lo vi.

Arthur cruzó la cocina despacio, sin bata, sin prisa, con el pelo húmedo por la ducha de última hora. Dejó delante de mí un vaso grande de agua, dos gotas de condensación bajando por el cristal como si hubieran nacido de la casa.

—Con hierro —dijo bajo.

Y llegó sin anuncio con la almohada que él llama «milagro lumbar». Me giré en la silla para que la colocara detrás de mi cintura. El cuerpo se lo agradeció antes que la boca.

—Aymé, compruébalo para mamá: después de «descansa», ¿qué se hace?

—«Terrasa»… —tropezó, seria como quien firma un documento. El lápiz cayó al suelo y ella misma se rio—. Terraza no es de pastel, mamá.

—Hoy sí —respondí, y Arthur sonrió con una sola comisura, como quien recuerda el código y acepta el juego de palabras.

Benjamin golpeó dos veces la pieza contra el tablero, pidiendo sitio.

Arthur se agachó y extendió una mano, dejando que el pequeño guiara de nuevo el encaje, su mano debajo de la del niño. La pieza entró. El corazón hizo un ruido que había aprendido a medir por fuera y por dentro.

El interfono sonó dos veces, deprisa. Rafael entró un segundo después, como siempre, sin caber entero por la puerta:

—¡Traigo noticias y carbohidratos! —Levantó una bolsa de pan como un trofeo y dos pulseras de papel quedaron prendidas de su manga, recuerdo de la Unidad. Aymé corrió; Benjamin se levantó despacio, con una mano en el borde del armario y un paso nuevo y seguro.

—¿Cuánto movimiento ha habido hoy? —pregunté.

—Lleno —respondió, dejando sobre la mesa un paquete con el sello de la Unidad Doña Dalva—. Ha llegado una madre nueva con dos bolsas de ropa y un miedo enorme. Se ha marchado con tres teléfonos, alojamiento garantizado y consulta programada. —Me guiñó un ojo—. Y con una receta de bizcocho de naranja robada no sé de dónde.

—Es pública —me defendí, y me hizo una reverencia y chocó los cinco con Aymé, que calculó mal y le dio en la nariz.

Nos reímos.

Se quedó el tiempo suficiente para enredar la cocina y se marchó prometiendo regresar «para comer sin ayudar», como cualquier padrino serio de travesuras.

En el silencio que quedó, Arthur cogió el dibujo de Aymé —un ángel con barriga de carpeta— y lo sujetó a la nevera con un imán en forma de tucán.

La foto de doña Dalva estaba al lado: pañuelo en la cabeza, ojos sonrientes. Arthur se detuvo un segundo más de lo necesario. No pronunció ningún discurso. Solo apoyó la yema del dedo en una esquina de la foto y murmuró un «gracias» que oí sin que él quisiera.

El bebé se movió. Como una ola pequeña. Mi barriga estiró la blusa medio centímetro. Arthur volvió a acercarse y, sin interrumpir nada, apoyó suavemente allí su mano cálida, como quien pregunta primero con la piel. El contacto dijo todo lo que comprende nuestra casa: cuidar no es controlar. Es estar presente.

—«Remueve, remueve, remueve, descansa» —entonó Aymé, consultando un reloj que no llevaba.

Benjamin apoyó el oído en mi vientre como si fuera una caracola. Arthur abrió un poco el horno y el olor a naranja estalló en la sala. La ventana estaba abierta. El viento trajo el sonido lejano de la calle y se llevó nuestras risas.

—¿Está listo? —preguntó Ben.

—Ven a mirar —pidió Arthur, pero sin verbo de comandante; fue más una invitación que una orden.

Caminó correctamente y se detuvo junto a su padre, estirando el cuello porque la torre caliente era alta.

Arthur lo cogió en brazos y lo mantuvo a una distancia segura del horno entornado:

—Mira —le indicó. Ben miró—. Diez minutos más, campeón.

Me quedé contemplando cómo los dos encontraban el mismo ritmo sin estorbarse. A veces la felicidad es un plato hondo y una cuchara de madera.

Me alejé un poco de la mesa y estiré las piernas. Arthur cerró el horno y regresó. Dejó a Ben en el suelo y se arrodilló a mi lado, presionando suavemente la planta de mi pie para buscar el edema del día: manía de médico, hábito de marido, mi remedio.

El recuerdo de la madrugada llegó solo: su mano sobre mi pie bajo la manta, los dos despiertos por un calambre y por el deseo de hablar sin palabras. La risa baja. La vida de esta casa cabiendo en un gesto anónimo a las tres de la madrugada.

—Mamá, ¿puedo leer la parte del «cuatro»? —preguntó Aymé, y la dejé aunque no hubiera ningún «cuatro» en la receta. Inventamos donde hace falta. Abrió el cuaderno y recitó con solemnidad—: Cuatro, cuatro, ocho.

Arthur y yo nos miramos por encima de su cabeza. Nadie lo explicó. Nadie lo necesitó.

Sonó el temporizador. Él apagó el horno y abrió un poco la puerta para que el bizcocho «respirara». Benjamin tiró de mi mano.

—Ahora está listo, ¿verdad, mamá?

—Ahora sí, hijo —confirmé.

Aymé dio una orden que no era una orden:

—Todos juntos.

Nos juntamos. La madera templada por el sol de la tarde tocó cuatro palmas. Sentí los latidos en mi pulso, en el suyo, en los cuerpos pequeños que cargamos y protegemos. Respiré bien. Ellos también.

En la ventana, la cortina bailó sin ceremonias. La foto de doña Dalva, en la nevera, atrapó un reflejo y pareció guiñar un ojo. Le devolví el guiño.

No existe contrato capaz de nombrar lo que aprende la piel. Ahora hay una casa, una ventana abierta y cuatro respiraciones marcando el mismo compás.

AGRADECIMIENTOS

Este libro pasó por muchas manos invisibles antes de llegar a las tuyas. Gracias a quienes creyeron cuando todavía era un puñado de escenas y una respiración contada.

A las lectoras que caminaron conmigo, pidiendo más emoción de Alice, freno para Arthur y espacio para «terraza». Afinasteis el compás de la historia y me recordasteis que la presencia no se representa: se demuestra.

A los profesionales sanitarios —cardiólogos pediátricos, perfusionistas, anestesistas, fisioterapeutas y, sobre todo, enfermeras— que me prestaron términos, rutinas y silencios de pasillo. Toda imprecisión es mía. A vosotros, que sabéis cuándo hablar y cuándo limitaros a estar al lado, mi respeto diario.

A quienes trabajan en gestión, cumplimiento normativo y auditoría, que me explicaron con paciencia las diferencias entre inversión y gasto operativo, la burocracia que salva y el papel que protege. Gracias por traducir sistemas para que yo pudiera después traducirlos en personas.

A mis lectoras beta, correctoras y equipos de asesoría, diseño y difusión: gracias por limar las aristas sin lijar el alma del texto. Hicisteis que la historia respirara mejor.

A quienes me recordaron que red es un verbo: las Jaques, los Rafaeles, las Patrícias, las doctoras Lúcias y los padres Elias de la vida real, que sostienen la logística y el afecto cuando tiembla el suelo. La Unidad Doña Dalva es un agradecimiento en forma de páginas.

A mi familia y mis amigos, que leyeron borradores, escucharon dudas y enviaron mensajes a las tres de la madrugada diciendo «respira». Fuisteis la mano sobre la barandilla.

A la memoria de quienes nos cuidaron cuando nosotros no sabíamos cuidar, en las figuras grandes y pequeñas: toda doña Dalva

que enseñó «come un poco y descansa otro tanto». Este nombre es un homenaje, no un personaje.

Y, por último, a ti, que abriste este libro y te quedaste hasta aquí. Que los capítulos siguientes, fuera de estas páginas, te encuentren con las ventanas abiertas, los límites respetados y personas que sepan detenerse cuando digas «terraza». Que tu ocho llegue siempre.

Nota: esta es una obra de ficción. Los procedimientos y las rutinas hospitalarias se han adaptado o condensado con fines narrativos. No constituyen asesoramiento médico.

Con amor,

Taylor McQueen